

EL AURIGA DE HISPANIA



JESÚS MAESO
DE LA TORRE



Narrativas Históric

Lectulandia

Gayo Apuleyo Diocles, uno de los aurigas más famosos, pierde la memoria como consecuencia de un asalto, que poco a poco se descubre que responde a una conspiración a través de la manipulación en las carreras. Las autoridades le pedirán su colaboración para contrarrestar este plan. La novela nos descubrirá tanto la conspiración como la vida del auriga, que se irá reconstruyendo a medida que va recuperando la memoria durante la novela. Esta vez Maeso nos rescata la vida de un hispano que apenas figura en la historia, porque no era político, ni militar, ni filósofo, y que sin embargo en su tiempo gozó de una fama extraordinaria. La descripción de la vida en el circo, de las costumbres de los aurigas y el relato de emocionantes carreras va acompañado de una subyugante trama de alta política que convierte la novela en una lectura sumamente gratificante y llena de sorpresas.

Lectulandia

Jesús Maeso de la Torre

El auriga de Hispania

ePub r1.0

Titivillus 08.10.18

Título original: *El auriga de Hispania*

Jesús Maeso de la Torre, 2004

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PATENT CSA



Narrativas Históricas

ROMA

(Primavera y verano del año 146 d. C.)

Imperio romano



I

UNA LLAMADA INESPERADA

El dueño de una de las más fastuosas villas de Preneste, un hombre dotado de distinguida presencia, alzó los ojos al oír el relincho de un caballo.

Sus pupilas se excitaron y aguzó los sentidos, pero sólo olió el nacimiento de la primavera. No recordaba aguardar la visita de nadie hasta la noche, en la que celebraría el banquete de las fiestas Parentalias en honor de Eneas el troyano, padre del pueblo romano.

El recién llegado fue conducido a una estancia exornada con estatuas áticas y candelas que parpadeaban ante las máscaras de los antepasados. El mensajero compuso una reverencia, dedicándole una mirada de admiración al anfitrión, que lo aguardaba en el centro de la exedra sumido en la duda.

—¡Salve! —lo saludó.

—Ave, Léntulo. ¿Qué te trae a Preneste? ¿Es que arde Roma quizá?

—Soy portador de un mensaje de tu amigo Aulio Galo Cimber, quien precisa con urgencia de tu inestimable ayuda.

—Siempre receló de los escribanos y prefiere las palabras —sonrió—. Los ruegos de Galo siempre serán escuchados con respeto en esta casa. ¿Le ocurre algo? Habla sin reservas.

—El asunto que te voy a anunciar precisa de total discreción.

—Salid y cerrad la puerta —ordenó a los esclavos.

Aunque en la expresión del enviado a floraba un matiz de circunspección, sus palabras aletearon inquietantes, como un mal augurio. El emisario avizó la cabeza en su derredor, recelando de la presencia de algún testigo inoportuno, y comenzó a narrarle en tono enigmático el motivo que lo había traído de Roma. Pero no bien hubo iniciado su perorata, cuando discretamente se entreabrió una cortina, y una mujer prestó atención a la conversación entre su esposo y el visitante.

—Galo te transmite el deseo de que la diosa Fortuna te favorezca en tu retiro, que no se atrevería a profanar si no fuera porque una artimaña de imprevisible gravedad se está urdiendo a espaldas del muy amado Antonino Pío.

—¿De nuestro emperador? —se extrañó visiblemente.

—Así es, *domine*. Resulta que Galo, en su responsabilidad como edil imperial, ha alertado al príncipe Marco Aurelio de una trama relacionada con nuestros intereses y encaminada a socavar las finanzas del Imperio.

—¿Tan grave es el asunto?

—Así lo cree Aulio Galo —insistió—. Sostiene que de nuevo la tribu hispana, como ya sucediera en tiempos de los divinos Trajano y Adriano, es hostigada desde las sombras y es preciso actuar unida frente a una anónima perversidad.

—Cuando se apela a la sangre se han de olvidar los provechos propios —replicó agriando el semblante.

—Galo te ruega encarecidamente que te reúnas con él a la hora tercia de mañana en la cercana casa de postas de Tres Tabernae, en la Vía Prenestina, y allí, lejos de oídos ajenos, te desvelará más detalles de esta espinosa cuestión que precisa de tu irremplazable concurso en Roma.

—¿Me necesita de veras? Si el motivo es tan grave, ¿por qué no ha advertido directamente al emperador a través del Prefecto o de Julia Balbila, su amiga y confidente de la hija del César? —dijo—. Aulio pertenece al restringido mundo de las amistades de la princesa asiática.

—Deseará escuchar antes tu leal opinión —reconoció.

El insólito mensaje pareció sacudir la tierra bajo sus pies. Desconcertado, dio rienda suelta a las más inimaginables conjeturas, mientras negros pensamientos se precipitaban por su mente. Pero el deseo de Aulio Galo, persona muy apreciada por él, constituía el único aliciente que podría apartarlo de su irrevocable decisión de no regresar a Roma. Retirado del mundo, saboreaba los placeres de la vida sencilla y le costaba interrumpirlos.

—Además me ha entregado esta moneda, asegurándome que tú sabrás interpretar su significado —afirmó, adoptando un tono misterioso.

Y con parsimonia sacó de su faltriquera y entregó al dueño de la casa un denario de oro, que al exponerlo a su examen brilló diáfano cegando sus ojos. Reflexionó y recordó que había visto una pieza semejante cuando su amigo y César Adriano sofocara años atrás la rebelión de Judea y le fuera mostrada en las termas por el senador Lucio Cómodo, como botín de guerra. Luego, estupefacto, musitó las dos palabras grabadas en su anverso: *Jerusalén y Libertad*.

¿Qué significaba aquella extraña leyenda con la que el dueño de la casa parecía evocar un gravoso recuerdo?

Por una inesperada cabriola del destino, tres faros sugestivos lo convocaban de nuevo a Roma, uno era la nostalgia del emperador Adriano y la curiosa moneda, otro Aulio Galo, a quien quería como a un padre, y finalmente la hermosa Julia Balbila, a quien había mencionado, la más afamada poetisa y astróloga de Roma, cuyo lecho había calentado muchas noches, provocándole aún fascinación.

Su mujer, Camila, que seguía escuchando sigilosamente tras la cortina, se limitó a

encoger el ceño, pues no ignoraba que a su marido y a la libertina Julia los unía una antigua y turbulenta relación amorosa, cuyas ascuas creía extinguidas en el rescoldo de su corazón. Intrigada, meditó qué negocio de tan capital importancia habría impulsado a Galo a rogarle que quebrantara su promesa de no regresar a Roma hasta no saciarse de quietud y reposo.

No obstante, esperaba que se resistiera a aceptar la invitación. Ella se sentía feliz al verlo alejado de Roma, en aquel apacible vergel abrazado por los montes Albanos y las umbrías del Tíbur. ¿Acaso Roma no se había convertido en el trono de la vanidad donde hasta el aliento poseía su precio, una cárcel dorada en la que tan sólo importaba la consecución de una fortuna apresurada y no la honradez de la República? Pero sabía que su esposo no tenía elección, y aunque sólo fuera por saciar su malsana curiosidad, accedería a entrevistarse con su padrino.

Camila, alarmada, se esfumó silenciosamente por las pérgolas del jardín, sumida en una honda preocupación. Y entre suspiros, musitó:

—¡Que la divina Hera, protectora de esposos, nos preserve!

Después de unos instantes de juiciosa reflexión, el anfitrión se pronunció:

—Léntulo, me resisto a renunciar a mis excursiones a Baulas y Misena, a holgar en las termas de Nesis, y a ascender al amanecer al monte Pausílipo para presenciar el nacimiento del sol, como hiciera en algunas ocasiones junto al divino Adriano, pero no puedo negarme al deseo de tu amo.

—Puede que sea por poco tiempo —dijo, sabiendo que mentía.

—Trasmítele a Aulio Galo que no faltará mañana a la cita.

La inquietada esposa del anfitrión se acordaba muy bien de Julia, a la que odiaba visceralmente. Camila se sentó en un escaño y recordó el día en que conoció a Julia y al que ahora era su esposo, hacía veinte años. El pecho le palpitaba, mientras le brotaban las imágenes. Las percibía con nitidez, aun a pesar del tiempo transcurrido. Ella estaba allí en la villa de Julia, invitada con su padre Floro el Griego, el secretario del emperador Adriano.

Para la entonces joven Camila, aquella mujer era la mezcla perfecta de la sutileza y la erudición, aunque también de la perfidia femenina. Desde el primer instante le había parecido una encantadora de serpientes, una diosa salida de un recóndito *fanum*^[1] sirio dispuesta a devorar corazones de hombres. Su tentador retrato y la fama entre la aristocracia romana habían espoleado sus ansias por conocerla. Desde pequeña sentía una congénita pasión por las mujeres originales, a las que intentaba imitar, antes de ser invitada al Palatino a las fiestas del emperador. La jovencísima Camila no podía sustraerse al panal de miel que suponía para sus fantasías juveniles, ajena a que le aguardaba un volcán que conmocionaría su vida.

El ocaso se derrumbaba por el horizonte del Tíber, de donde ascendían las llamaradas de un sol agónico, cuando apareció el elegante patricio Galo Cimber acompañado de un joven con rostro de halcón y mirada soñadora que convulsionó los pulsos de sus venas, agitando su pecho como si galoparan dentro de él una manada de

potros salvajes. Era el recuerdo más intenso de su juventud. La mirada soñadora del invitado denotaba despego de lo trivial, y la nariz aguileña y su carnosa boca, franqueza y sinceridad. Su mandíbula era angulosa y la frente despejada, en la que caracoleaban unos cabellos rizados y castaños, según la moda griega.

Camila jamás olvidaría la expresión candorosa del recién llegado ni la mirada de insensible pantera de la princesa. Las columnas resplandecían en abanicos de luz, prestándose de escenario a un coro de mujeres que danzaban con Julia al son de un arpa griega, y que bajo velos de Zedán, se contoneaban con impudicia.

—¡Ave!, la flor más olorosa de Oriente —la saludó Galo.

—¡Salve, querido Galo y a tu honorable compañía! —replicó jadeante—. Acomodaos y bebed mientras admiráis la danza de Adonis.

Según la inclinación del deseo, una mujer sabe cuando un hombre es hermoso si al contemplarlo siente que le arden las entrañas, y la garganta de Camila era una hoguera. Pero, para su desdicha, también percibió que el acompañante de Galo se quedaba fascinado con la figura de Julia. Miraba el diseño perfecto de su semblante, la clámide griega de color verdemar, los pies descalzos y la nitidez de sus rasgados ojos como hechizado. Se manifestaba como una soberana y su sonrisa negligente hizo que el corazón del joven amigo de Galo Cimber apurara sus latidos.

—Princesa, eres como el perfume de un sicómoro, y doy gracias a Mitra por haberte conocido —le dijo embelesado, y Camila sintió que la punzada de los celos le rasgaba el alma.

Los labios de la astróloga se abrieron henchidos de promesas, esbozando una sonrisa conquistadora, mientras rogaba a su aturdido huésped:

—Por favor, llámame siempre Julia.

Camila, entristecida, pensó que la confidente de Adriano podía helar el corazón del hombre que se acercara a ella. No obstante, su conversación era sugestiva y, tras un galanteo con el recién conocido, lo acarició sensualmente, sometiéndolo después a un exhaustivo examen sobre su vida.

A la cena habían acudido invitados asiduos de su casa, una princesa sármata rehén de Roma, de enfermiza figura y extravagante atuendo, el entonces senador Aurelio Antonino y su esposa Annia Faustina, que era tenido por estudioso de la cosmografía, ciencia en la que se había instruido en Susa, siendo procónsul en Siria, conocimientos que compartía con la bella anfitriona. Asistían también al banquete otros influyentes personajes de Roma que libaron en honor del emperador Adriano.

Julia ocupaba el triclinio de honor y entre la *gustatio* y la *prima cena* los deleitó con recitaciones de la *Eneida* y con versos de su propia inspiración que declamó con voz sugerente. Camila no le quitaba ojo y reparó en que mostraba una indisimulada atracción por el joven amigo de Galo. Con un gesto arrebatador, Julia se inclinaba sobre la bandeja y le ofrecía cerezas almibaradas, fruta que los enamorados se ofrecen en señal de amor, mientras un efebo, bello como Cupido, tañía una lira tendido en un diván de marfil.

Poco a poco se entremezclaron los senos desnudos, los ropajes vaporosos, los sedosos sexos, los mantos púrpuras, las curvas sinuosas, las muselinas, las togas con palmas de oro y los espesos maquillajes en un delirio de promiscuidad, al que la hija de Floro era ajena. Y Julia vino al fin a salvar su apurada situación.

—Quienes deseen conocer su futuro en las estrellas que me sigan al planetarium —los invitó, y la siguieron algunos comensales que aún se tenían en pie o no habían buscado pareja. Pocos repararon en los que seguían a Julia, entre ellos Camila y el recién llegado, que se dejaba llevar con docilidad movido por una complicidad sin límites con la hermosa astróloga. Camila observaba que el distinguido joven se sentía unido a aquella mujer de mirada felina con un ardor que rayaba el fervor, y que se sometía a sus deseos sin rebeldía.

Según los instintos femeninos de Camila, el joven se había prendido a los encantos de la princesa y a su estela de fascinación como el trueno sigue al relámpago. Reparaba con irritación en que todo su ser era atraído por la beldad asiática y, olvidando cuanto lo rodeaba, intentaba derribar sus muros, asediándola con galantería. Julia los condujo con ademanes de misterio a una estancia situada en el mirador de la casa, que ella denominó como *pyrateia* —el lugar que mantiene el fuego sagrado. En Roma se decía que pronosticaba el futuro en un extraño ojo de cristal de origen egipcio guardado por monstruos inanimados, pero siempre vigilantes. Encendió unas lámparas y el difuso claror puso de manifiesto la magnitud de sus tesoros personales: esferas de cristal de roca, figuras de coral negro, amuletos sirios, discos con los siete dioses astrales, cuernos de marfil y astas de narvales, que con la luz parecieron cobrar vida propia.

Algo insondablemente majestuoso los sobrecogió y sus gargantas trepidaron por la subyugante atracción que les inspiraba el misterioso planetarium.

Un estante de cedro del Líbano atesoraba tablillas de geomancia asiria y rollos que, según las palabras de la princesa, guardaban las enseñanzas de Hermes, Zoroastro, Demócrito y Ptolomeo, y un volumen de cuero que pregonaba con letras rojas como el Agatodemón egipcio, el hermético libro de los diez rangos místicos consultado por los astrólogos caldeos para sus adivinaciones.

Un universo de fantásticos arcanos transfiguraba el aposento en un lugar que infundió a los convidados una paz sosegadora; tenía forma circular y resultaba ser un sugestivo museo de arte y excentricidades. En unos anaqueles se ordenaban redomas en las que en griego podía leerse *baaras*, raíces contra los genios maléficos, calcedonia o antiveneno, ópalo de bactriana contra abortos y el venenoso cinamomo de Arabia. Julia se acomodó en un asiento y, en tono intrigante, les explicó:

—Aquí en este planetarium escribo mis versos, trazo las líneas del cosmos, los calendarios, los presagios de mis horóscopos y estudio los ciclos del cielo.

—Seductor lugar para consolarse con la búsqueda y el estudio —dijo el invitado.

—Las incógnitas de las estrellas me fascinan —les aseguró la anfitriona, mientras encendían las lámparas que alumbraban el techo.

Al instante la luz de las candilejas se encumbró hacia la techumbre iluminando una cúpula de cristal, un prodigio del ingenio arquitectónico. Ante los ojos atónitos de sus invitados se abría un mundo donde se aglomeraban los cursos celestes y las divisiones geométricas del espacio, o sea los signos del Zodíaco con sus moradas astrológicas, con las que Julia elaboraba sus horóscopos, por los que según Galo cobraba verdaderas fortunas. Y con una cenefa mágica que los sostuviera, rielaban en nácar las estrellas judías, los aros sidonitas y los nombres olvidados de Mitra y Ahura, los dioses de sus antepasados seleúcidas. El joven comensal se quedó petrificado, pues parecía hallarse en el interior de un templo de Nínive o Susa lleno de misterios aterradores.

—Veo que eres una mujer consagrada a los saberes del cielo —le aseguró.

—¿Y sabes qué es lo que me fascina de esta ciencia astral?, oír el apacible bisbiseo de las estrellas junto a mi corazón y saber que un día regresaré a ellas.

Contemplaban absortos la esplendorosa imitación del firmamento, los planetas y las luminarias suspendidas en la bóveda celeste que Julia, en su erudita soledad, había construido secretamente, y les aseguró que bajo aquella cúpula acristalada examinaba los destinos de los hombres más poderosos de la tierra.

—El cielo posee una fuerza ineluctable y por este tragaluz espío sus tránsitos irrefutables con la ayuda de Apolo Febo, dios de la adivinación.

—Todos los mortales estamos atados a los designios de las estrellas —dijo el desconocido huésped.

—Ya las evoluciones de los astros, que, si no deciden nuestro destino, sí lo orientan con sus influjos —le atestiguó—. No cabe duda de que tu fulgurante carrera está dictada por el cielo; y el hecho de que Adriano se fijara en un desconocido como tú, cosa paradójica en él, me ha chocado sobremanera. Si me concedes tu anuencia, desearía bucear en tu futuro y acudir al vaticinio del espejo de Tiy, la Gran Esposa Real del faraón Amenhotep y madre de Akhenatón, el hijo predilecto del Sol. Sus revelaciones resultan inequívocas e irrefutables. ¿Lo deseas?

Los convidados no articulaban palabra, pues un ambiente de enigmas hervía en la estancia donde Julia practicaba sus predicciones en la reserva de su intimidad. ¿Se trataba de hechicería, de sabiduría, de irreverencia a los dioses? Sin embargo, nada atraía más a un romano que una adivinación emanada de los centros mágicos del Egipto faraónico. El joven no sabía qué responderle, pero ¿se iba a negar al oráculo de la astróloga de Adriano, de la emperatriz Sabina y de otros muchos reyes?

—Si tú lo quieres, quién soy yo para contradecir tu sabiduría —dijo un poco temeroso.

Julia, como una hechicera emergida del pozo del tiempo, se dirigió al centro de la sala donde se erguía un llameante pebetero de oricalco^[2] adornado con estatuas de animales esotéricos, el toro minoico, un ibix alado, el símbolo de la vida persa, un grifo babilónico y un león de Susa. Se inclinó y de un arcón de marfil extrajo un óvalo de oro purísimo que poseía el extraordinario don: un espejo de dos palmos

esmeradamente pulido que reflejó el rostro cobrizo de Julia. Lo tomó por su asidero de ébano y a la media luz de los lampadarios lo enfrentó al fuego, en cuyas ascuas fue derramando los óleos rituales, alzándose al instante altas llamaradas.

Y en el más prodigioso de los embrujos, el espejo se cubrió primero de un vaho tenue, y luego se fueron reflejando en él los fulgores de las llamas, apareciendo unas sombras informes y vibrátiles, que a los pocos instantes se transmutaron en perfiles reconocibles: a todos les parecieron imágenes análogas a caballos que galopaban ralentizadamente acosados por otras siluetas amorfas, hasta desaparecer por el borde del espejo, en una inaudita secuencia que duró sólo unos instantes, pero con una asombrosa claridad. La astróloga siguió mirando el espejo y se ensimismó en una absorta reflexión. Lo prodigioso los sobrecogió, y hasta Julia palideció. Sus estirados ojos y su exquisita nariz aleteaban. Camila, inmersa en el hechizo, advirtió sin embargo que la aceitunada tersura de la piel de Julia se tornaba lívida. Al cabo, en medio de un silencio inviolable, desaparecieron las figuras equinas de sus miradas atónitas, y hasta Camila ahogó un grito de admiración, boquiabierta y abrumada.

Julia, mujer intimada con lo mágico, era la viva estampa de la perplejidad.

—¡*Equus ad gloriam*, «Caballos hacia la gloria»! —exclamó balbuceante—. Nunca se me habían revelado unas apariencias con tan meridiana clarividencia.

—Sorprendente —saltó el huésped, pasmado—. ¿Y qué predicen?

—¿Y me lo preguntas tú a mí? —tartamudeó alarmada, enmudeciendo.

La astróloga le aseguró luego con la mirada álgida y los ojos entornados:

—Hacía meses que el espejo de Tiy no se me manifestaba, y por Istar que lo ha hecho con un augurio pasmosamente claro. Tu vida está unida al riesgo, al azar, a la pelea, a los carros aqueos, a la victoria, también a la sangre, a la pasión brutal, al dolor de tus semejantes y a los caballos, los mensajeros de la guerra, de la contienda y de la liza, que te conducirán por igual al dolor y a la amargura, pero también al triunfo y a la celebridad.

—Me basta con ser paciente con mi propio sino —dijo el joven, y su réplica les agradó.

Julia se hallaba presa de una confusión rayana en el estremecimiento.

—¿Conoces tu signo zodiacal? —se interesó de nuevo, excitada.

—Sí, nací en el sino del Ánfora^[3], en la Lusitania hispana, justo cuando el lucero del alba clareaba el cielo en los nones de *februarius*^[4] del año 857 de la fundación de Roma —respondió el invitado, sin saber de nuevo qué pretendía.

—Me has intrigado y deseo conocer también las respuestas de los astros sobre tu azarosa vida. La señal del espejo me ha perturbado, pues rara vez se muestra.

Julia olvidó a sus otros invitados y dirigió su saber hacia su desconocido huésped. Colocó sobre sus rodillas el Agatodemón y una escribanía, marcó luego sus ascendientes con un punzón, determinando la alineación del Sol, de Saturno, Júpiter y Mercurio, el planeta que al parecer gobernaba su vida. Siguiendo procedimientos aritméticos, los cuatro elementos y las casas astrológicas, aplicó sus habilidades de

clarividencia, para revelar los signos fastos y nefastos de su devenir, ante la curiosidad de los asistentes. Y como si profanara lo más íntimo de su ser, le desveló misteriosa:

—¡Y además, Mercurio el mensajero, y Marte, deidad de la guerra, te amparan! —exclamó—. Inconcebible tu sino, te lo aseguro. Indudablemente, mi afortunado amigo, los astros te han asignado además el papel de conciliador, pues posees una morbosa fascinación por lo desconocido, el valor, la lucha y por la estricta justicia; es la primera vez que estas dos divinidades juntas se me asocian a un mortal que no sea rey, y he sentido agitaciones. ¡Ni el emperador es tan amado por los dioses como tú!

—Excúsame, pero no puedo vanagloriarme con tus augurios, aunque me siento turbado. Esas imágenes del espejo egipcio jamás las podré olvidar. «La Memoria de los Caballos de Tiy», las llamaré —dijo extrañamente premonitorio—. Aguardaré lo que mi sino me fije, aunque no creo que alcance lo que me predices.

Después de tan incomparables experiencias, conversaron sobre la misteriosa lámina de bronce de la faraona devota de Athor, de cuyo templo había sido extraída, y Camila conoció entonces algo de su vida, pero sin conseguir que le dedicara una sola palabra o una simple mirada de simpatía. El desconocido no reparó en ella siquiera, pues sólo tenía ojos para Julia, que le escanciaba vino en su copa y le abría su corazón como la flor se abre al rocío. La princesa lo hizo confidente de sus sentimientos, de las experiencias con la familia imperial, de sus añoradas raíces hispanas y sirias, y aunque el joven quiso atraerla hacia sí varias veces, ella lo rechazaba con rudeza, como un inaccesible fortín. No obstante, ante la insistencia del invitado, su fortaleza se disipó y lo besó con pasión, mientras sus ojos cuajados de pestañas negrísimas lo miraban con arrobos.

—No te sientas turbada, Julia, nos amaremos con sosiego —la animó—. Ebe, diosa de la juventud eterna, te ha concedido su don natural.

—Sí, no debemos ofender a Ebe, a quien venero. Prolonguemos en nuestros cuerpos lo que su voz nos ha inspirado —le dijo afectuosa.

Julia tiró de él hasta su alcoba, y Camila sintió una dolorosa decepción. Aquel atractivo muchacho, para ella desconocido pero admirado, ni tan siquiera había advertido su presencia, embelesado como estaba en la princesa selúcida.

Camila siguió hurgando en sus recuerdos con insistencia, recordó la predicción del espejo egipcio con turbación y advirtió que, si bien otros pasajes de su juventud permanecían en la sombra, aquel recuerdo de la pérfida princesa astróloga y sus esotéricos augurios prevalecían aún con torturante fulgor. Notó un sordo dolor en su alma y una respuesta de inquietud. Su esposo era como entonces un hombre valeroso, esforzado y sencillo, pero Julia Balbila aún se seguía comportando como un áspid de dientes afilados, y se preocupó. No le agradaba que tuviera que regresar a Roma y volver a relacionarse con algunas de las hienas que habitaban la *domus* del emperador Antonino.

Emitió un hondo suspiro y volvió para cuidar sus flores preferidas, un bancal de

lirios blancos que rodeaban una estatua de Afrodita de Pafos.

* * *

El día siguiente, quinto de las calendas de marzo, amaneció lustrando de gris las ramas de los árboles. La incierta luz del amanecer fue disipando la bruma que lamía las columnatas del templo de Fortuna Primigenia, encaramado en la montaña de Preneste, el centro de negocios más importante del Lacio, que a aquella temprana hora se llenaba de banqueros procedentes de Roma, Spoletium y Antium.

La puerta de la villa se abrió y compareció el dueño, cuya expresión era la viva imagen de la determinación. Ataviado con el *birrus* de viaje, se tocaba con un *petaso* de piel, amplio sombrero para protegerse del sol y la lluvia. Sus ojos estaban fijos en su esposa Camila Flora, una matrona de grácil esbeltez y cabellos como el trigo maduro. Sus dos hijos, Nevio, un mozalbete de mirada cándida, y Drusila, muchacha de incipiente belleza, habían acudido al atrio a despedirlo.

—La distancia es corta y antes del anochecer habré vuelto, Camila. No hace falta que me acompañen. Además, el astrólogo me asegura que el día es fasto. Así saldremos de dudas sobre las alarmas del buen padrino Aulio —aseguró a su esposa.

—Espero que sólo sea eso. Que Mercurio te acompañe —replicó risueña, aunque recelaba que tras la llamada se ocultara alguna perfidia de Julia Balbila.

Tras el estímulo de Camila, cruzó la verja coronada con cabalgantes racimos de lilas y montó el alazán con una agilidad desacorde con su edad, pues frisaba ya la cuarentena, aunque su fibroso cuerpo revelaba que visitaba el gimnasio con asiduidad. Era un hombre fornido, de nariz aquilina, piel curtida y sutiles arrugas verticales indicadoras de una obstinada voluntad. Sus amigos lo tenían por un alma espontánea que atemperaba en dosis perfectas el arrebató y la afabilidad, el tesón y la indolencia y la fidelidad con la egolatría, dejando fácilmente profanar su intimidad cuando requerían su favor o afecto.

Hombre admirado en Roma, jamás había caído en la trampa de las influencias de quienes lo adulaban y no solía traicionar sus sobrios principios. Fiel a sus creencias, los únicos ídolos de su devoción lo constituían la familia, los ritos del dios Mitra, que seguía con místico fervor, y aquellas tierras feraces que cultivaba con sus propias manos. Lejos del bullicio de Roma y ajeno al semillero de intrigas de la Domus Augustana^[5], ocultaba su identidad en aquel plácido lugar, embebido en la soledad de las florestas, en la caza y en la crianza de caballos.

Apenas rayaba el día, cuando se adentró en la calzada que conducía a Roma. Se cruzó con cuadrillas de labradores que con las alforjas al hombro se dirigían a cultivar las heredades, con literas cerradas y con algunas *redas* de pasajeros, carruajes que abandonaban la *diversoria* de Preneste, el albergue donde se cambiaban los uros y estiraban las piernas los viajeros. En un gesto instintivo besó un amuleto que le

colgaba del pecho para conjurar los sortilegios adornados con las efigies de Alejandro el Macedonio, del dios Mitra y la diosa Epona. Según marcaba el cipo que traspasó, le quedaban aún dos millas^[6] y espoleó la montura, mientras rumiaba sobre el motivo de la llamada de Galo, que indudablemente debería guardar relación con la moneda dedicada a la insurrección de la nación judía contra Roma. «En una hora las incógnitas se despejarán», pensó, y aceleró el trote.

Tras cabalgar la mitad de la distancia, detuvo el caballo. Oculto en un bosquecillo de mirtos cerca del camino, espejeó la blancura de un templete dedicado al dios Silvanus, la deidad de los montes y arboledas, y como acostumbraba en sus viajes a Roma, se detuvo para dedicarle una ofrenda. El solitario santuario poseía una singularidad que lo atraía, pues bajo el ara ardían los granos de incienso sin ascuas, tal vez porque bajo su suelo discurriera un venero de aguas termales. Desmontó y ató la brida en un decrepito enebro, antes de aproximarse al altar. Un mantillo de flores amarillas lo circundaban, en tanto que un silencio sedoso acecinaba la atmósfera.

El jinete aspiró el bálsamo de la fronda y sus ojos se clavaron con ansiedad en las gradas del templo. Un cosquilleo le subió por la espalda y apostó sus músculos en tensión. Había un hombre tendido en las escalinatas y no sabía discernir si se trataba de un devoto orante o de un hombre malherido, por lo que se sobresaltó. ¿Un accidente? ¿Un repentino vahído? ¿Atacado por un salteador que no respetaba ni lo más sagrado? Una corriente de sospecha perturbaba la sacralidad del lugar, pues nada justificaba la presencia de aquel desconocido de semejante guisa. Escudriñó con recelo los alrededores, buscando al sacerdote que cuidaba del oratorio, y en su mirada afloró un interrogativo temor.

Al pasar de la luz a la penumbra del templete, un vaho de sombras le impidió identificar al individuo caído, que olía a vino barato y sudor. Pero de súbito, el cuerpo tendido se removió como el de una culebra mientras otra silueta deformada surgió inesperadamente a sus espaldas. La esponjosa alfombra del prado había amortiguado el ruido de sus pasos y no lo había advertido. Las pupilas se le reavivaron con el peligro, en el momento en el que una porra de hierro relampagueó en la violácea opacidad del templo.

Su agilidad y fortaleza impidieron que el golpe fatal le aplastara el cráneo, instante que aprovechó para golpear en pleno rostro al otro atacante, que se dio de bruces en el suelo entre gemidos de dolor. Sin embargo, no pudo evitar que otro falso devoto le asestara un golpe con el hierro entre la sien y la oreja derecha, de la que brotó un reguero de sangre. Su cuerpo se tambaleó y cayó en las losas como un fardo, mientras observaba vagamente cómo uno de los asaltantes arrastraba a su compañero inerme, y maldecía:

—¡Malditos sean los perros del Averno, qué fatalidad!

Se oyeron ecos de cascos de caballerías, posiblemente de la guardia urbana, y los dos asaltantes huyeron por una trocha, tras robarle el alazán y una bolsa donde guardaba la moneda judía y unos sestercios de plata. El agredido sintió un vacío en la

cabeza, como si la vida se le escapara sumiéndolo en las brumas del sueño. La oscuridad lo iba envolviendo y el templo vacilaba en una alucinación de distorsiones, presto a caer sobre él y aplastarlo. Su ingrátido cerebro se fue hundiendo en el abismo de la nada, mientras unas náuseas espantosas le ascendían por la garganta. Y mientras perdía la percepción del mundo, vio en su desmayo cómo el ordenado mosaico de su vida saltaba hecho añicos, y la razón, en una demoledora vibración interior, le borraba la noción del tiempo y sus recuerdos, que se le escapaban en una tolvanera de negras ensoñaciones.

A continuación se hizo la nada y la más total de las inconsciencias.

* * *

Volvió en sí de la oscuridad a la luz, pero no recordaba nada.

Arrastrado por la tibieza del sol escuchó el bullicio de la calzada, el trino de los pájaros y la armonía del bosque, presa de una rara sensación. Tras unos instantes de relajo, se palpó el cuerpo e invocó sus recuerdos, pero por más que lo procuraba, las imágenes que habían jalonado su inmediata existencia no comparecían al reclamo de su cerebro, perdidas en una sensación de ausencia. Aterrado, comprobó que había descarriado la memoria y que, a pesar de sus denodados esfuerzos, no conseguía hallar lo que su voluntad solicitaba.

Se preguntaba quién era y qué le había acontecido, pero ninguna respuesta de su antigua naturaleza germinaba en su mente, que en una sorprendente ruptura con el pasado se negaba a responderle. Algo así como si su raciocinio hubiera sido ahuyentado por un maléfico designio, impidiéndole regresar a su viejo mundo y convirtiéndolo en un extraño incluso para sí mismo.

El pasado se le había desvanecido como los jirones de la niebla ante el sol, y su memoria retrospectiva, en una fatídica sucesión de ausencias, naufragaba en la más absoluta de las cerrazones. Intentó recomponer los últimos momentos vividos antes de ser golpeado, pero el epitafio de su vida lo había borrado un tallador caprichoso sin dejar vestigios. No recordaba qué hacía en aquel lugar, ni lo que había realizado en los días y meses anteriores, como si un mal viento los hubiera desvanecido, o un perturbado gobernara su pasado. El golpe, que ahora le dolía como si un clavo candente lo taladrara, había invertido el reloj de arena de su vida, arrinconándola caprichosamente en el más nefando de los olvidos.

Ni un solo pensamiento remoto, ni una remembranza. Sólo la nada.

Sepultado en un limbo fantasmal, su mente no le permitía traspasar el umbral de sus evocaciones más inmediatas, transmutándolo en un ser sin nombre. Y amargamente desconcertado, sometía a prueba una y otra vez su cerebro para restituir el compendio de su universo, pero la cerradura de sus vivencias estaba sellada. Sin embargo, de repente, como un único eslabón de la memoria extraviada que aún le

permitía asirse al pasado, sus labios reseco balbucieron un nombre y un objeto cuya afinidad ignoraba:

—¿Galo...?, yo portaba una extraña moneda —era cuanto era capaz de recordar.

Como el náufrago a la tabla salvadora, se acogió a aquellas desconocidas identidades, pues los motivos que lo habían llevado hasta allí seguían erráticos e inexplicablemente ocultos en la esfera infinita del extravío.

—¿Quién soy yo? ¿Qué hago en este lugar? —se preguntaba.

Reparó en la presencia del dios Silvanus, rodeado de flores y de *argeos*^[7], en las redomas de vino y en los panes de las dádivas desperdigados por el suelo en una barahúnda de cristales y cascotes rotos. Se palpó el reguero de sangre reseca que se perdía por el hombro, sintiendo a continuación una sed espantosa.

Comprobó que el morral, su única esperanza de recobrar la verdad, contenía un trozo de cecina, una ferralla ibera y la redoma de vino que pensaba ofrendar a la deidad. Palpó el talismán que le colgaba bajo el atuendo y lo remiró con intenso interés, pero ni las efigies del anverso ni del reverso le despertaban el más mínimo atisbo sobre su persona.

—Parece que no me han expoliado del todo, pero ¿por qué? —conjeturó.

Comenzó a razonar de una manera absurda, aunque, para su satisfacción, notó que conocía los objetos animados o inanimados que lo rodeaban. Sabía que había llegado a aquel lugar idílico procedente de alguna parte, pero ¿de dónde?, que vestía ropas costosas y que se dirigía a alguna parte ahora ignota para él. ¿Lo aguardaba alguien? ¿Qué tenía que ver con el asalto una extraña moneda cuya procedencia y efigie no podía precisar? De vez en cuando, como una luminiscencia repentina, invocaba el nombre surgido al despertar, pero sin lógica aparente para su perplejo juicio.

—Galo, Galo —se repetía—. ¿Seré yo mismo?

Se atrincheró asustado en el fortín de su angustia, mientras recapitulaba el desbarajuste de las imágenes recientes. Miró a su alrededor y no vio a ningún testigo que le relatara algún detalle capital o un legado sutil de sus recientes pasos, por lo que se sumió en la desesperanza. Interpretó que había adquirido una nueva percepción de la realidad, como si todos los genios subterráneos se hubieran confabulado para mofarse de él y enviarlo a otra vida, vulnerable y sin memoria.

Se veía a sí mismo como un actor que había olvidado en escena su papel y aguardaba el reproche del público, o como un impostor que hubiera violado un universo ajeno. Resignado a su suerte, todo le resultaba odioso y decidió, como mecanismo de defensa, no salir a la calzada, donde podían tomarlo por loco, sino aguardar en la soledad del bosquecillo unas horas con la esperanza de hallar una voz, un lugar o una imagen que le devolvieran su identidad y el arca de sus recuerdos extraviados.

¿Ocultaría su vida algún secreto críptico y temible? Lo único cierto era que su capacidad de evocar se había convertido en un jeroglífico imposible de recomponer. Y en aquel momento, con un porvenir vacilante, se sentía indefenso y marcado por el

vacío y el desgarramiento interior.

La materia de sus recuerdos se había desvanecido y, prisionero de un pasado anónimo, su vida se había convertido en un libro con las páginas en blanco y cerrado bajo la llave de la desesperación.

II

JUSTICIA DE ROMA

Rumbo a lo inexplorado y en una huida a ninguna parte, traspasó la espesura por donde habían desaparecido los asaltantes.

Aunque retraído, se aventuró a través de los hayedos buscando una pista, pero tan sólo halló un calvero donde regateaba un venero de aguas cristalinas. Se curó la herida colocándose un apósito de hojas y barro, y sació la mortificante sed en el arroyo. Luego se sentó en una piedra y se detuvo a disponer en orden los últimos acontecimientos vividos.

Devoró el pan con miel, acompañándolo con unos sorbos de vino, y en una irrupción de júbilo comprobó que, oculta en la costura del cinturón, guardaba uno tras otro una retahíla de al menos treinta ases de oro que siempre solía llevar disimulado para caso de imprevistos. «¿Pertenezco a una familia acomodada?», cavilaba observando las rutilantes piezas.

Pasó las horas absorto en deliberaciones inextricables, y al amparo de la frondosidad caminó con paso vacilante por un laberinto que comunicaban entre sí los campos de labor. No halló ningún rastro de quienes habían intentado eliminarlo, ni tampoco caras conocidas, y las esperanzas de encontrar un vínculo con el pasado se le esfumaban mientras bordeaba las haciendas protegidas por jaurías de perros y esclavos armados que lo hicieron retroceder.

El paisaje no le era familiar, ni las granjas, ni las quintas de recreo, ni los sembrados de trigo, ni las viñas o los hórreos de heno. Prefirió no comunicarse con ningún semejante de los que avistaba, pues aunque le descubrieran el lugar donde se encontraba, la ignorancia de su nombre y procedencia convertirían en inútiles sus curiosos, si no lo tomaban incluso por perturbado y lo apedreaban.

«Ni tan siquiera sé quién soy», pensaba aterrado. Hablaba para sí mismo en un soliloquio de locura, sumido en la amnesia de sus evocaciones, repitiendo palabras que le demostraran que únicamente había descarriado los recuerdos, pero no el lenguaje y la comprensión de cuanto le rodeaba. Al fin, verificando que no estaba inmerso en un mal sueño sino en una cruda verdad de olvidos, llegó a la conclusión

de que, debido al fatal golpe, se le había alterado en su cerebro la memoria de sus actos pasados.

Compareció el ocaso cubriendo el vacío con un manto de soledad, y en lontananza distinguió entonces oscilantes antorchas que se movían de un lado para otro como ojos de cíclopes en la oscuridad. Temeroso, se ocultó en unas zarzas, mientras contemplaba cómo las estrellas se adueñaban del firmamento. Devoró un trozo de cecina, unos ajos silvestres y unas zumosas moras, que paladeó como si fueran néctar celestial.

«Mi mente se ha vuelto una tumba de secretos, pero ¿cómo abrirla?», pensó. Improvisó un lecho entre un tronco reseco y unos matojos, y ajeno a las criaturas invisibles que se adueñaban de la noche, se arrugó como un gusano herido entre la capa y el matorral, sumiéndose en un sueño de pesadillas.

* * *

La luz del día le provocó la idea de que si regresaba al camino imperial, alguien podría reconocerlo y devolverlo a su casa, aunque una ojeada a su desaliñada presencia y su fea herida le auguró dificultades. Reconoció su lenguaje y fue consciente del mundo en el que vivía, y esa certidumbre lo reconfortó. De todas formas, intentaría procurarse un baño reparador y comer decentemente en algún mesón, por lo que le pareció una idea lúcida e inspirada.

Con una sucia e incipiente barba, la túnica enlodada de barro, los brazos asaetados de rasguños y con una costra sangrante en el rostro, volvió sobre sus pasos, agitado por la ansiedad. Regresaba como un hombre diferente y sin memoria, cuando de entre la espesura surgió la blancura del templete de Silvanus. La respiración se le aceleró y por sus pulsos corrió la linfa de sus venas. ¿Y si hallara en el recinto algún indicio que lo reconciliara con el pasado? Entrevió entre las columnas la silueta del sacerdote que lo cuidaba y el corazón se le alegró. A él acudiría, confiándole sus pesares y rogándole auxilio.

Pero el augur, al ver surgir la fantasmagórica aparición de entre el follaje, lo miró con recelo y pareció asustarse, por lo que huyó despavoridamente hacia la calzada imperial. Quiso detenerlo y explicarle su penosa situación, pero a los pocos instantes se oyó el chirriar de los ejes de un carromato, el galope de caballos y el tumulto de hombres armados. Se regocijó al reconocer a los *vigiles* que rondaban cerca de las ciudades del Imperio, pero receló al ver cómo se le acercaban precavidos y con gesto adusto.

—¡Es él, lo he reconocido! —lo acusaba, colérico, el sacerdote—. Se trata del sacrílego que ayer desparramó las ofrendas por el suelo y ultrajó al dios Silvanus. Lo vi esconderse en el bosque tras perpetrar su fechoría.

Sin darle tiempo para que despegara los labios y explicara el error deshonesto del

sacerdote, se abatieron como una manada de lobos sobre el desconocido, le arrebataron el morrión y, tras golpearlo de forma inmisericorde, lo redujeron maniatándolo con grilletes. El jefe de la patrulla, un oso embutido en un amasijo de cuero y hierro, le espetó iracundo:

—¿Cómo te llamas, ciudadano? ¿A qué *gens* perteneces?

Suspendido entre sus propios interrogantes, la pregunta lo aturdió, pero ¿qué habría de responderle? No poseía ni la más remota oportunidad de contarles la verdad. ¿Y qué verdad? Su estado era tan equívoco que le costaba trabajo admitirlo. No era nadie, carecía de nombre y de casta, era como un proscrito en tierra extraña. Durante unos desesperantes instantes, y al no obtener respuesta del profanador, la desconfianza cundió entre los guardias, que ya no dudaban que aquel hombre ocultaba un crimen inconfesable.

—¿Alguien conoce a este miserable blasfemo? —insistió el vigilante—. Bien, augur, tu testimonio nos servirá.

—¿Adónde me lleváis? —preguntó el apresado, pálido de horror.

—¡A Roma! Allí responderás ante el pretor.

«Roma, Roma, Roma», asimiló el nombre y lo repitió para sí.

Lo empujaron a un carromato cerrado con barrotes donde se hacinaban otros reos, vagabundos de andrajosas ropas, salteadores y delincuentes de una ferocidad ofensiva. Le dolían los golpes recibidos en la desproporcionada acción de los soldados y le supuraba la herida, que liberaba un reguero sanguinolento. Intentó proclamar su inocencia y gritarles que el atropello le parecía intolerable, pero uno de los sicarios, por toda respuesta, le asestó un golpe en la cara con el pomo del látigo, abriéndole la ceja, de la que le manó un borbotón de sangre cálida.

«Con qué dureza contradice el destino lo que los mortales nos proponemos —pensó aterrado—. Ahora mi futuro no se reduce a recordar quién soy, sino a salvar el pellejo y no morir». Dolorido y taciturno, con sus principios arruinados y los hostiles dioses en contra, se veía empujado a una fatalidad enloquecedora. Se taponó el corte con un trozo de la túnica y se acomodó en un rincón, junto a un joven que, o era un consumado simulador, o por su porte no parecía haber cometido ninguna descabellada bellaquería. Su aspecto revelaba sangre aristocrática y sus costosas sandalias, el *calceus patricius*, probaban su distinción.

Se replegó sobre sí mismo, consumido en un sentimiento de orfandad, rumiando su desgracia. Aguardaba lo peor y los ojos se le enturbiaron anegados por las lágrimas, lamentándose de no haber sido más cauto. Pero ¿cómo serlo, si la estrella de la fortuna se la había eclipsado desamparándolo en la indefensión?

—¡Cometéis un error! Yo no he deshonrado el altar del dios —gritó, fulminando con la mirada a sus captores.

El joven patricio, con piedad y amable voz, le susurró al oído:

—No pierdas el tiempo con estos esbirros que pueden testificar en tu contra. Lo que hayas de decir, guárdalo para el tribunal y calla.

Era la primera voz amiga que escuchaba tras el lastimoso incidente, el primer ser humano que le insuflaba valor para no desnucarse contra los hierros. Le sonrió con una mueca de duda, sumiéndose luego en un profundo mutismo; el desaliento se había convertido en la única medida de su vida.

—Benignos dioses del cielo, amparadme —rogó entre dientes, mientras, incrédulo y desesperado, se aferraba el rostro con las manos.

—Por Júpiter Estator el que detiene a los fugitivos, que hoy la captura ha sido fructífera —se pavoneó uno de los soldados.

—¡Justicia de Roma! ¡Adelante! —ordenó el decurión de la cohorte.

* * *

Aguardaron a la noche para entrar en Roma, donde estaba prohibido circular con carros durante el día. Hicieron un alto frente a las murallas, en el Castro Novo, un fortín rodeado por la arboleda de las Camenas. Vaciaron el carro a golpes de bastonazos y gritos tan aterradores, que erizaban los cabellos. De los diez convictos que lo ocupaban, seis fueron separados, uno, un esclavo desertor, atado a un poste, y los otros tres entregados a un centurión que los esperaba.

—¡A estos conducidlos al Castro Pretorio! —ordenó—. Al resto encerradlos en el cobertizo hasta el traslado a la cárcel Mamertina.

—Esos salteadores de caminos y criminales no verán la luz del día de mañana —aseguró el joven patricio—. Se les hará un juicio sumarísimo y luego serán ejecutados y arrojados al Tíber.

Con los ojos vidriosos por la alarma, los tres presos separados fueron arrojados a un cobertizo que olía a cuadra. Pasaron las siguientes horas arrebujados en las capas, pues el viento *boros* del Adriático se colaba por las rendijas, y salvo unos lamentos de cólera, el silencio se había adueñado de sus labios. Desconfiaban entre sí, pero se reveló la noche y con ella los temores y la necesidad del calor humano. Acallaron el hambre con un jarro de vino aguado y un pan mohoso, mientras la despiadada mirada de los reos se dulcificó, interesándose por su adverso destino.

El más viejo, que se decía entrenador de gladiadores, un sujeto baladrón que demostraba más simplicidad que inteligencia, peroró sobre sus victorias y la fama de que gozaban los luchadores del Anfiteatro de fogosos amantes, enumerando los lechos de damas de alta alcurnia que había escalado, y de las veces que había tenido que escapar como un ladrón en la noche perseguido por maridos burlados.

—He mirado la muerte de frente, pero también he gozado de los placeres de la vida —se pavoneaba ante la mirada irónica de sus compañeros.

El profanador del templo no podía desahogar su rabia, y su rostro reflejaba confusión. Asentía sin hablar asimilando a marchas forzadas los nuevos escenarios, que absorbía como el mar traga las aguas de los ríos. Permanecía descorazonado, y el

patricio, un joven de ingenuo carácter, se interesó por el compañero:

—¿Qué te pasa, amigo, no encajas tu adversa fortuna? A todos nos une la irreverencia a las leyes, así que tranquilízate. Estás entre iguales.

Se exasperó, pero pensó que no podía mantener una hostilidad recelosa con quienes le tendían la mano y dominó su mal humor.

—Somos compañeros de infortunio, pero no me censuréis por mi mutismo. Me disponía a ofrendar una dádiva en aquel templo cuando fui asaltado por unos desconocidos, que apostados al acecho, me golpearon y me abandonaron creyéndome muerto. Es cuanto recuerdo. Mi vida pasada, quién soy y de dónde vengo, han sido borrados de mi memoria con el golpe y me siento aterrado.

Los dos camaradas de cautividad lo miraron con gran asombro.

—¿No sabes quién eres ni de dónde procedes? Qué calamidad, amigo mío, ¡por todas las Furias! —se sorprendió el viejo gladiador—. ¿Has perdido entonces la memoria?

—Así lo creo yo —replicó alicaído—. Ignoro quién soy, y cuál es vuestro pecado, pero ¿puede haber castigo peor que el mío?

—¡Nunca se sabe! Cada uno arrastra su propio tormento —sentenció el joven.

El hombretón, que se rascaba el bello en los brazos, sacudió su cresta pelirroja y le manifestó amistoso:

—¡Es un mal jodido ése de perder el cacumen, por Marte Vengador! Los médicos griegos de Asclepio lo llaman *amnesia* o flaqueza de la memoria. Has de resignarte por un tiempo a vagar en un galimatías y a que vuelvan los recuerdos al redil. Se trata, según creo, de una privación pasajera del magín —diagnosticó el que se decía instructor de gladiadores—. Debes aguardar a que los dioses, con otro golpe o emoción inesperada, te la restituyan.

—Te expresas como si fueras un sacerdote de Esculapio. ¿Qué sabes tú de este padecimiento? —se extrañó el desmemoriado de sus entendederas.

—Escucha, amigo. En mi dilatada vida de lanista^[8] he convivido con la muerte, pero también con los mejores físicos del Imperio. En el Anfiteatro Flavio he conocido varios casos semejantes al tuyo —se explicó—. Uno de ellos no se recobró y vagabundea loco por la Vía Sacra. Pero otro, el gran Tusco, que en la arena perdió el seso por una contusión de espada, lo recobró en los *ludi* de Apolo meses después, tras experimentar una conmoción mientras combatía. Es un mal del espíritu, y por ende, imprevisible.

—Ignoro lo que es, pero percibo un vacío insoportable, una pesadilla de angustia. Desconozco si provengo de Roma, de alguna ciudad de Italia, o de una provincia, y si iba o venía. Sólo sé que viajaba, pero ¿adonde?, y ¿por qué?

—La herida te ha supurado, y si no se malquista, el día menos pensado rescatas la sesera y recuperas tu casa, tu familia y tus sestercios. ¿O no quieres volver a yacer con tu *caya*^[9] y hacer frente a tus deudas, bribón? —se burló el lanista, y soltó una sonora carcajada.

—Este mal me impacienta. Pienso que puedo tener hijos abandonados en la indefensión, y aunque presumía de no saber llorar, ya he vaciado el saco entero de mis lacrimales.

—A simple vista no pareces de condición modesta. Posees modales corteses propios de un *sénior* —manifestó el joven.

El exgladiador alargó su mano descomunal y vellosa, y reveló:

—Tu expresión hasta me parece vagamente conocida, te lo aseguro. Acierto a ver que tienes una cicatriz en el brazo y un tatuaje en el hombro de Helios, el dios del sol. Lo llevan grabado muchos combatientes de las legiones, en especial de las que han luchado en Oriente y en el Rin. ¿Serás quizás un asiático que ha venido a parar a Roma por alguna extraña circunstancia? ¿No serás un soldado? ¿Quizás un navarca de la mar?

—¡Qué se yo! Sé que tengo por dios a Mitra, pero no sé más, maldita sea.

—¡Lo ves! —insistió el lanista—. Yo diría que eres un centurión sirio, o un marino acostumbrado a los campamentos, al adiestramiento militar y a la lucha. Lo digo por tu reciedumbre. ¡Y yo no me equivoco, por Marte!

El patricio miró al preso sin nombre, aguardando alguna luz o una chispa en sus ojos. ¿Simulaba, o era realmente un guerrero sitiado por el infortunio?

—¿Y no has retenido ni tu nombre?

—No, pero el primero que me vino a la memoria al recobrar el resuello fue el de Galo. Lo repetí cien veces, pero desconozco si es el mío, o no.

—¿Solamente Galo? Más te vale poseer una identidad completa, blasfemo de dioses —dijo el lanista—, o el juez suspenderá tu caso hasta que recobres la razón y te enviará a las galeras, o al Tulliarum del Capitolio, donde se pudren los extranjeros y los locos, créeme. Procura recordarlo o invéntate uno, hazme caso. En Roma, además de los mudos, los locos carecen de los derechos de ciudadanía.

El desconocido, impresionado, posó su mirada en él, como rogando una solución a su lamentable contrariedad.

—¿Tan grave es carecer de nombre en Roma?

—Sí, si eres un procesado y no quieres verte atado a un remo de por vida.

—Busquemos entonces un nombre y me aferraré a él sin olvidarlo.

—¿Qué te parece Silvano Galo Mesto? —reflexionó—. El *praenomen* de Silvano por el dios que dicen has infamado, el *nomen* de Galo, por tu recuerdo, y Mesto o melancólico como apodo. ¡Serás Silvano Galo Mesto, ciudadano romano de la lejana Acaya en tránsito a Etruria! ¿Qué te parece?

A las palabras del veterano gladiador, que parecía jugar con la desgracia ajena, siguió un murmullo aprobatorio, y el recién apodado se mostró satisfecho.

—¡Es una buena identidad para empezar una nueva vida! —exclamó burlón.

—Y si quieres hacerme caso, no menciones en el tribunal la pérdida de tu memoria. Argumenta que padeces el *morbis sacer*^[10] y el magistrado se mostrará indulgente. Nadie condena severamente a quien sufre la enfermedad de los dioses —

dijo el joven patricio.

—Seguiré vuestras recomendaciones, pues hasta el discernimiento me ha abandonado —respondió apenado—. Gracias, amigos de infortunio.

Siguieron unos instantes de denso silencio que quebró el recién apodado con su natural fascinación:

—Y a vosotros ¿por qué os han apresado? Tampoco parecéis, por vuestras trazas, pertenecer al común de la criminalidad.

Para causar buena impresión, y con aire falsamente humilde, el aristócrata esbozó una mueca tímidamente burlona y se explicó:

—Me llamo Paulo Valerio Basso y soy *quirite* de la casta de un *equite*^[11] romano emigrado a Perusia, adonde me dirigía. Y aunque no estoy encausado, soy testigo de un caso de asalto a la mansión de las vestales —se lamentó.

—¡Mal negocio, por Juno! Las vestales son los personajes más sagrados de Roma y no te arriendo las ganancias en el caso, amigo mío —le espetó el gladiador—. Has jugado con fuego, muchacho.

—Por esa razón me fugué de Roma, pero uno de los *índices* o soplones del Pretorio me delató y me apresaron estando yo cerca de Preneste —se sinceró—. ¿Y tú qué deuda mantienes con la justicia?

El viejo luchador soltó un regüeldo y se mofó de sí mismo, pero como un bravucón engreído satisfecho de su fechoría, reveló.

—En el Anfiteatro me conocen como Ascón el Britano, pero no soy capaz de ejercer la violencia contra ningún inocente, aunque he destripado a más de cien adversarios. Hace unas noches asistí a una juerga en un burdel de la Suburra, donde unas truhanas me emborracharon, me robaron y me arrojaron a los cerdos. Regresé como Hércules vengador y arrasé el establecimiento. No dejé títere con cabeza y tomé cumplida satisfacción; y aunque intenté ocultarme, me detuvieron en Alicia. Seré juzgado por desorden público, pero no confío en los jueces, ¡por Lug!

—Una buena multa sentenciará el caso —dijo el patricio—. No debes recelar.

—Hemos ingresado en lo más sórdido de Roma —sentenció Silvano, y pensó que Circe, la deidad de los maleficios, le había tendido una celada infame.

* * *

Los tres presos ingresaron por la Puerta Capena en la gran urbe, Roma o *Ruma* en dialecto etrusco, *la dudad del* no, la fastuosa hija de la loba Larentia. Nimbaba con el azul del alba y el gris de la noche vencida, desplegándose en el tapiz de sus siete montículos, el Palatino, el Capitolio, el Quirinal, el Viminal, el Esquilmo, el Celio y el Aventino. Flanqueada por torreones ocre, su monumental grandeza rielaba como el cobre dorado, mientras el carro que conducía a los tres presos rodeaba el gran anfiteatro, el Coliseum, elevado sobre los cimientos de la Casa Áurea de Nerón,

donde rugía la plebe romana con las *venatioo* caza de fieras y las encarnizadas luchas entre gladiadores.

—Espero que el juez me restituya pronto a mi familia —dijo Ascón mirando con ojos vacuos el teatro de sus glorias y sudores.

Cruzaron la encrucijada de Aulio, atestada de mulas ambladoras, currucas con fardos y centenares de carretones de vituallas. Se internaron en la Vía Sacra, que por la *lex muniápalis* se hallaba repleta de jumentos y carretas que abandonaban la ciudad con el amanecer, para dejar el espacio a los madrugadores romanos y a los clientes de los patricios que se dirigían a cumplimentar a sus señores con la *sportula* o cesta de los víveres en la mano. A lo largo de la vía se dispersaban los edificios de columnas corintias, los templos, las estatuas de los dioses y héroes y las cúpulas de oro que Silvano contemplaba, rebuscando cabos perdidos de su memoria que lo relacionaran con algún rincón de la urbs.

—¿Reconoces alguno de estos lugares, Silvano?

—Vagamente, Paulo Valerio, aunque este aire rancio me resulta cotidiano; pero por el divino Mitra que me parece una ciudad fascinadora.

—Ese edificio de la derecha es el templo de Venus y Roma, y los de más allá el del Divino Rómulo y el de Cástor y Pólux, los dióscuros protectores de Roma, de los que soy especial devoto y a los que siempre ofrecí sacrificios.

El ruido se hacía cada vez más ensordecedor y Paulo le señaló el barrio del Palatino, que dejaban a la izquierda, primitivo emplazamiento de Roma, que desprendía un aroma afrutado de los jardines de Tiberio. Las mulas aminoraron el paso ante las puertas de las Basílicas Emilia y Julia, donde se impartía justicia y se reunía el Senado, en pleno Foro Romano. Paulo le señaló a Silvano la tétrica escalera de las Gemonias, donde los ajusticiados la noche anterior eran sacados con las primeras luces del día para ser recogidos por sus deudos, y si no eran reclamados, ser sepultados en el cementerio del Esquilmo.

Bordearon el Foro de César, donde ya comenzaba a bullir un heterogéneo contingente de senadores en sillas bamboleantes, furcias o *gironas* pintarrajeadas del Sumenio, ricas cortesanas del Emporium, proxenetas buscando niños abandonados, portadores nubios abriéndose paso a bastonazos, *humiliores* de la plebe de la Susurra, barberos, zapateros y prestamistas que ejercían sus oficios en las puertas de las *termopolias*^[12], y mesones ofreciendo sus servicios a los oficiales de las cohortes urbanas que terminaban el servicio de lidiar con la escoria nocturna de la ciudad.

Los carros de vituallas buscaban la salida de la Puerta Flaminia atropellando a los peatones, que, desgañitados, lanzaban blasfemias contra los carreteros que no se detenían a la hora de emplear el látigo y salpicarlos con la pestilente agua de los charcos. La jaula de los presos se movía por el angosto laberinto del barrio del Forum, habitado por un vecindario chillón donde hervía la grosería y la indigencia. Truhanes y mendigos de la más baja jaez, chiquillos de cabezas tiñosas y mujerzuelas de las que ocupaban las esquinas los insultaron lanzándoles cuanto de podrido

hallaban en el suelo.

Bordearon el Tabulado, donde se guardaban los archivos de Roma, el solitario templo de la Concordia y el de Juno Moneta, el de los dos rostros, la tétrica antesala de la cárcel Mamertina y final del trayecto. Silvano, que por una hora se había evadido de su desgracia, regresó a la cruda realidad a fuerza de empujones.

—¡Que las Parcas, compasivas deidades del destino, nos protejan, amigos! — balbució, y asintieron sus compañeros.

Los recibieron los carceleros en un cuartucho que desprendía un acre olor a vino agrio y paja podrida, donde les despojaron de sus pertenencias, advirtiéndoles que una nutrida bolsa podría hacerles más agradable la vida. Hubieron de testificar su nombre, que un escriba con cara de perro les requirió mientras lo anotaba en un papiro amarillento, anunciándoles su infracción a las leyes, las normas de la cárcel y la mazmorra asignada.

—¡Tú, el perjuro!, ¿cómo te llamas?

—Silvano Galo Mesto, de Acaya^[13] —declaró medroso su identidad.

—Hay que ser indigno para deshonrar a los dioses —le espetó—. Qué, ¿estabas borracho, o acaso eres un blasfemo irreverente?

—Me sobrevienen ataques del *morbus sacer* y a veces no me es posible controlarme. Por eso llevo conmigo este cinturón, para morderlo cuando se producen —dijo intentando ocultar las monedas y el medallón que atesoraba en las costuras.

—Siendo así, puedes quedarte con él —replicó el funcionario, con gesto agorero y hasta temeroso.

Tasados sus crímenes, a los tres camaradas de destino les ataron los pies con grilletes y les asignaron el calabozo XII del *arda minoro* prisión menor, un círculo de celdas abiertas a un patio y expuestas a la intemperie, protegidas por altísimos baluartes de ladrillo rojo. Atestadas de andrajosos reos de caras embrutecidas que purgaban sus penas o aguardaban el juicio, estaban excavadas en la piedra y no eran sino resbalosos antros donde se hacinaban decenas de convictos condenados por hurtos, sodomía, pederastía, violación y reos extranjeros. Un espeluznante chirrido clausuró la celda, incomunicándolos del mundo, y a Silvano el corazón le dio un vuelco. Sin poder dominar el temblor de sus piernas, se lamentó para sí:

—Siento encadenados los pies, pero también el alma. ¡Qué mala fortuna!

Los recién llegados se acomodaron en un rincón, temerosos del resto de los penados, que los miraban con feroz desprecio, y en callada sumisión se dispusieron a aguardar el día de la comparecencia ante el juez. Pero conforme pasaban las horas, el terror los hizo enmudecer y los debilitados ánimos de Ascón se derrumbaron. Silvano no comprendía cómo el antiguo gladiador, acostumbrado a vivir en el peligro del *gladius*^[14], se mostraba tan abatido, pues se golpeaba la cabeza contra los barrotes, vomitando imprecaciones contra su estrella. Silvano sostuvo su ánimo con mensajes confortadores, mientras el lanista gritaba como un poseso:

—Por Summanus^[15] y todo el muérdago de Britania que no podré resistir por

mucho tiempo en este antro. ¡Asísteme, te lo ruego! No aguanto vivir enclaustrado y de un momento a otro uno de esos desalmados puede cortarme el pescuezo.

—Los mortales sólo sentimos miedos, el valor no existe, Ascón, pero no por ello debemos desesperarnos. Pronto saldremos de aquí —lo animó Silvano—. ¿Qué diferencia hay entre morir aquí o en el anfiteatro?

Intercambiaban monosílabos y apenas si hablaban, pero permanecían juntos para defenderse de sus hoscos compañeros de celda, que los acechaban y los examinaban por si escondían alguna bolsa de monedas en lugar visible. Ascón no paraba de lamentarse desesperado, y Silvano, con estoica paciencia, consiguió serenar al fogoso britano, que se enroscó en un rincón, llevado por la desidia y la histeria. En la larga espera, y para olvidar sus pesares, el patricio lo animó a que les narrara historias de su Britania natal.

—¿Es cierto cuanto de mágico se narra de tu país, Ascón?

El lanista los miraba con contento y sólo entonces, como transportado a otros mundos, relegaba sus abatimientos. Silvano y Paulo se sentaban a su lado y les describía sus correrías por ciénagas, pantanos, selvas de árboles espinosos y su bucólica aldea enclavada cerca del campamento romano de Londinum, donde siendo aún joven luchaba con legionarios romanos entre las empalizadas a cambio de unos ases de cobre y la comida.

—Habéis de saber que mi padre era un guerrero de la tribu trinovante y por sus venas corría sangre del rey Cimbelino —les contó con orgullo—. Me siento muy orgulloso de mi origen britano. Mis antepasados procedían del valiente pueblo picto llegado del Rin, cuando Roma aún ni existía.

Notaba inmediatamente el sosiego al recordar episodios de su infancia y le helaba la sangre cuando les detallaba con palabras de misterio los sacrificios drúidicos a los que había asistido en el poblado de Sulis, donde tras el banquete sagrado se disfrazaban con máscaras de animales y sacrificaban a sus enemigos romanos tras cortarles la cabeza, para luego devorar sus corazones y enterrarlos bajo troncos. Les enseñó un talismán de oro en forma de serpiente que había ocultado en la bota, asegurándoles que se llamaba Lug, dios de la medicina y de la fortuna, a quien rezaba, asegurándoles que no los abandonaría en tan funesta calamidad.

Al cumplirse el tercer día de reclusión, Silvano también hubo de obligar al joven caballero a ingerir la sopa de avena que les servían, pues se negaba a comer el nauseabundo rancho y su aspecto, lívido y cadavérico, movía a la compasión. Un barbero que más parecía matarife les rapó las cabezas para liberarlos de los piojos, y el aspecto de Silvano, con las barbas crecidas, esquelético, demacrado y trasquilado a enviones, se asemejó entonces al de un pordiosero del Tíber.

Al anoecer los tres hacían causa común para defenderse de los zafíos inquilinos de la celda, que intentaban robarles sus escasas propiedades intimidándolos con pinchos corvos. Ascón y Paulo se sentían amparados por el violador de templos y cada día sentían por él mayor respeto, abandonándose a su amistad y protección.

—¡Juro por Saturno^[16] que nunca olvidaré tu generosidad, Silvano! —le aseguró el viejo gladiador, palmeándole el hombro.

Sin embargo, Silvano no ignoraba que su destino no podía haberse precipitado tan discrepante con la razón. Temía someterse a un proceso incriminador con unos jueces que, a fuer de corrompidos, no abrigarían consideración alguna con un vagabundo perjuro de los dioses, y se desesperaba. La angustia de la indefensión le corroía las entrañas y unas veces le parecía ser la víctima de una conspiración, otras del simple azar y las más de la maldad de unos ladrones sin piedad.

Se encomendaba a Mitra, el valedor de la verdad que su memoria había rescatado de las sombras, y aterrado arrastraba los pies trabados por los grilletes por la mazmorra, mientras su mente se resistía a aceptar aquella tiránica injusticia y tal vez el más deplorable de los veredictos. Pero ¿a quién acudir en su desventura si desconocía quién era? Había sido separado de su vida pasada y de sus familiares, y ahora, por un fatídico golpe del albur, su negra suerte había alcanzado el dintel de una desdicha difícilmente soportable. Y cuando creía conciliar el sueño, se sobresaltaba al observar a sus embrutecidos compañeros de celda espiándolo con ojos acechadores.

En aquel terrorífico recinto se palpaba el olor del miedo, y en su apenado espíritu bufaba con fuerza el soplo de la desgracia.

III

EN LA CÁRCEL MAMERTINA

Cuando llovía, el calabozo olía a cieno y las angosturas en las que se hacinaban los reos provocaban una intensa sensación de angustia.

El suelo se embarraba y las ratas menudeaban sigilosamente bajo la paja, mientras tras los barrotes tan sólo se percibían los muros de piedra de la cárcel más siniestra de Roma, imposibles de escalar, y las espectrales siluetas de los otros encarcelados, que se lamentaban con gritos horribles o escarnecían a los novatos con imprecaciones nada alentadoras.

En el centro del patio se abría una reja circular que comunicaba con el *arda mayor*, una covacha de hierro y roca donde encarcelaban a los culpables de lesa majestad y a los violadores de vírgenes, que eran descendidos con un gancho, y del que escapaban los pavorosos gritos de los atormentados y los baladros inhumanos de los atormentadores.

—A ese recinto prohibido lo llaman el «foso de Hades^[17]» y de ahí jamás se sale con vida. A las mujeres que ingresan vírgenes, como la vieja ley de las Doce Tablas prohíbe ajusticiarlas, los verdugos las violan primero y luego las estrangulan — murmuró Ascón.

En las primeras noches cayeron chaparrones inclementes, y la mazmorra se llenó de regueros de agua que descendían del muro. Empapados, soportando la picazón de los parásitos y tiritando de frío, no podían conciliar el sueño, en tanto escuchaban aterrados los alaridos de los torturados en las entrañas del agujero y el machacón eco de la tos compulsiva de los prisioneros con enfermedad de los pulmones.

De madrugada, los sayones sacaban los cadáveres de los reclusos mutilados con garfios de acero, y a Silvano le flaqueaban las piernas de tanta inhumanidad. Había ingresado en un mundo de terror, y de sólo pensar que podría regresar a aquella cloaca tras el proceso, los instintos se le revelaban; pero unidos como una piña, los tres camaradas de infortunio superaron el horror ayudados por las confidencias, que incrementaron su reciente amistad nacida en la tribulación.

Uno de los carceleros, un sujeto deforme al que los presos llamaban

sarcásticamente Venustus —el *Bello*—, y gran aficionado a los combates de gladiadores, conocía a Ascón, y desde aquel instante se mostró interesadamente compasivo. Intolerante con el resto de los presidiarios, forzaba un gracejo venenoso, mientras los martirizaba escupiéndoles en el agua, no dejándolos ir a las letrinas o tirándoles al suelo la pútrida bazofia. El *lanista* le untó la mano disimuladamente con unos denarios que escondía en la bocamanga, y si con los demás el homúnculo empleaba el látigo con rigor, a ellos les toleraba ciertos privilegios, añadiendo tortas de garbanzos y algún trozo de berza en el nauseabundo rancho que servían al atardecer. Al octavo día de reclusión se acercó al britano y le manifestó amistoso:

—En pocos días juzgarán tu caso en la Emilia. Pronto serás libre.

—¡Por la maza de Hércules! Creí que nunca acabaría este tormento.

—Vosotros también sois aves de paso, aunque si caéis en manos del pretor Plontino o Mancía, no os arriendo las ganancias, pues os convertiréis en carne de patíbulo, os pudriréis en las minas o volveréis aquí, pero al foso —les informó, y lanzó una carcajada de las que cuajan el resuello.

Al día siguiente, el pelirrojo y asilvestrado Ascón abandonó la celda pletórico de alegría, fundiéndose en un amistoso abrazo con sus recientes amigos:

—No os faltará de nada, y os aseguro que no olvidaré este drama que nos ha unido, ¡por la maza de Hércules! Y en especial a ti, desmemoriado sin nombre, que me auxiliaste cuando no pude contener mi desesperación. Siempre podréis contar con Ascón. ¡Salud y fuerza!

—Quieran los dioses juntarnos pronto en la libertad —dijo Paulo.

Y con lágrimas en los ojos se despidió de sus camaradas de pesar, mientras recibía una ruidosa pita del resto de los presos, que lo insultaban con escarnios.

—¡Quiera Príapo que os corten la verga, hijos de una *loba* del puerto! —les contestó, soltando una sonora carcajada mientras abandonaba el calabozo.

—Que Mitra el dios de la luz te proteja, amigo mio —le deseó Silvano con una nube de lágrimas velándole los ojos.

—No lo olvides, seguro que eres un soldado. Que no te venza el abatimiento.

* * *

Un día se sucedía a otro en la Mamertina, con implacable monotonía.

Un amanecer ventoso, dos presos que habían reñido en la celda fueron arrastrados al patio, donde fueron brutalmente azotados por los *viris vigilis*, unos esbirros embrutecidos, de anchas espaldas y atroz estampa. Las puntas de plomo parecían clavársele en la cabeza a Silvano más que en los raquíuticos lomos de los castigados. La flagelación, que fue seguida con horror por los prisioneros, asidos a los barrotes, los venció pronto y ambos quedaron tendidos en el lodo, donde permanecieron hasta que recobraron el conocimiento.

A aquella escena de atrocidad siguieron otras de pesadilla. Se oían los alaridos de los interrogatorios a los presos, que, sometidos al *argumentum baculinum*, o sea el potro, el hierro y el agua helada en los pulmones, eran obligados a revelar la verdad, siendo sacados a la postre convertidos en un amasijo de huesos sanguinolentos. Silvano se veía a sí mismo como una caricatura vulnerable y reconoció que, sin una persona con influencia fuera de la cárcel, la posibilidad de salir libre de aquel abismo era mínima, por lo que su mente comenzó a hilvanar los hilos para escapar de aquella cloaca infernal. En su fuero interno brotaba una fuerza indomable que le impedía guarecerse en la locura, y debía aprovecharla.

—Si mi veredicto es retornar a este infierno no lo soportaré, Paulo. Antes me romperé la cabeza contra ese muro —le aseguró.

—Como todo en Roma, es cuestión de dinero y de influencias. Aquí se tiene más respeto a un asno cubierto de oro que al mismo emperador. ¿Por qué te crees que huí? Los otros testigos de mi caso son hijos de familias de abolengo y de patricios influyentes, y yo hijo de un modesto *equite* emigrado a provincias, que además desconfía de la justicia.

—Se trata entonces de soltar la bolsa, ¿no es así, Paulo?

—Ayudaría mucho, pero tú por enfermo, y yo por desheredado de la fortuna, lo tenemos difícil —se sinceró—. Si un rico del *Cardo Argenti* lo exigiera, no habría impedimento para demoler la roca Tarpeya con Júpiter encima, o variar el curso del Tíber y ahogar a todos los *quintes en él*. Si tienes oro, todo lo puedes en Roma.

—Entonces nuestro futuro no puede presentarse más incierto, Paulo.

—Así es, amigo mío, aunque a veces la diosa Fortuna desbarata las previsiones de cien sabios juntos —lo consoló el joven.

Sin que nadie ejercitara la clemencia a su alrededor, salvo Paulo, Silvano el desmemoriado siguió rebuscando en sus recuerdos. ¿Soy realmente un soldado como sostiene Ascón? Con rabia, se conjuraba en un rincón a perpetrar cuanto su ingenio le dictara para no regresar tras el proceso a aquella caverna de desesperación, en tanto el joven patricio, inmerso en la angustiosa espera del juicio, lo hizo partícipe de sus cuitas.

—Confío en que Ascón no se haya olvidado de nosotros. Ese aliado de infortunios se ha convertido en nuestra única esperanza.

—Así lo espero, pero ¿por qué no te fías del tribunal?

Paulo compuso una mueca de angustia, y se sinceró:

—Silvano, yo le deseo larga y venturosa vida al emperador Antonino, pero sus jueces son pura inmundicia. La Cloaca Máxima atesora más virtudes que esos venales magistrados que se dejan seducir por un puñado de sestercios.

—Serénate, Paulo. Si eres tan sólo un testigo, ¿qué has de temer?

—Temo que me consideren un instigador y me encausen para exculpar a otros más poderosos que yo —dijo con desánimo—. El poder del dinero manda, ingenuo.

—Si te sientes mejor, puedes descargar tus penas conmigo. Nada has de temer,

pues mis labios están sellados por la amistad.

Paulo lo miró fijamente y reconoció un gesto de lealtad en su mirada de compasión, por lo que se animó a sincerarse.

—Escucha, Silvano. En las últimas Saturnales, junto a cuatro *juventi* romanos, jóvenes de familias patricias con los que solía divertirme, decidimos superar el listón de la cordura y acabar nuestra noche de excesos con una diversión espectacular. Perdido el tino, a uno se le ocurrió quebrantar quizás el más severo precepto romano, saltar la verja del *Atrium Vestae*, la residencia de las sagradas vírgenes vestales, infracción castigada con la muerte.

—¿Cómo ideasteis tal atropello? ¡Por el casco de Minerva!

—Fue idea de un tal Emilio, quizás enardecido por el vino, o para saciar sus ruines instintos, ¡qué sé yo! Los romanos, desde que Nerón sedujera a la vestal Rubria, han sentido una morbosa atracción por las vírgenes de Vesta. Se dice que en sus ritos secretos se dilatan los sexos con falos de marfil, que son lascivas como los coribantes^[18] de la diosa Cibeles y que la cópula con una de ellas es pura delectación de dioses. Así que, llevado por la impudicia, el bravucón Emilio, que especulaba con la secular inmunidad de su *gens*, repudió nuestros ruegos, exponiéndose a tan arriesgado trance.

—¿Y seguisteis a ese loco redomado?

—Pensamos que se trataba de una baladronada, sin otro afán que envanecerse ante sus amistades, pero lo cierto es que, para nuestra sorpresa, se coló en el recinto sagrado. No llegó a traspasar las escalinatas de los aposentos prohibidos de la *Virgo Máxima*, pero se armó un gran revuelo. Detenido por la guardia, desencadenó un gran escándalo del que toda Roma se lamentó, exigiendo una pronta y contundente justicia.

—Pues su excéntrico esparcimiento le puede salir caro.

—Si le aplican la *Lex Maiestatis*, lo castigarán con la pena capital.

—¿Y por qué han de dudar de la inocencia de los demás?

—Porque el alma de Roma está podrida, Silvano —se explicó con pesadumbre—. Un escriba amigo mio de la Basílica Julia, donde se juzgará el caso, me previno que las familias de los otros cuatro crápulas habían dispensado una apreciable cantidad de dinero a los decenviros del Tribunal de Agravios para encubrir el asunto propio de jóvenes calaveras, y si acaso, culpar a «ese desconocido joven de provincias» como inductor e instigador del atropello.

—O sea, tú, mi buen Paulo —se lamentó—. ¡Qué canallada!

—Gran infamia, pero tan veraz como que tú y yo nos hayamos confinados en este inmundo lugar. No poseo una desahogada posición pecuniaria, y soy hijo de la viuda de un caballero, quien, aunque mantiene su fortuna de medio millón de sestercios para seguir siéndolo, nuestras casas en Roma y las posesiones en Mediolanum^[19] están hipotecadas. ¿Entiendes ahora mis fundadas suspicacias y la decisión de poner tierra de por medio? Un intento fallido que además actuará en mi contra y descrédito.

Mi futuro es un pozo de negruras, Silvano.

—Veo que posees escasa consideración por la justicia de Roma.

—¿Poca? ¡Ninguna! En mí han hallado el chivo expiatorio que buscaban, y ya me veo atado al remo de una galera, o al hierro de una mina de sal, si no encuentro un abogado de prestigio de los que cobran tres o cuatro mil sestercios por defensa. ¿Y hallaré yo esa cantidad? En Ascón deposito mis esperanzas, por Juno.

—Confiemos en los dioses, Paulo. No desesperes —lo consoló.

Y para más aflicción y tormento, mientras consumían el asqueroso sopicaldo en medio de una calma amenazadora, por entre las murallas de la Mamertina se oía el jolgorio del populacho celebrando las Liberaba, las fiestas del dios Baco de los *idibus* de marzo, y la desesperación los carcomía.

* * *

En tanto Silvano espantaba el miedo, aquella misma noche comenzó a tiritar comido por la calentura. Unas ojeras negruzcas entristecieron su mirada y, con la suciedad, la herida de la sien se le infectó. Se encogió en una esquina de la celda, mientras la abrasadura de la fiebre convertía su cerebro en un torbellino de imágenes pavorosas. Contraído en el suelo de la mazmorra, soñaba con tormentos atroces en un desvarío de delirios. Venustus, que seguía recibiendo los favores de Ascón, le proporcionó un brebaje de almástiga, cilandro y espinó blanco, de reconocidas virtudes curativas, que luego cobraría con creces al britano, y un capote de grosera lana con la que Paulo cubrió su cuerpo empapado en sudor.

La segunda noche se despertó gemebundo, debatiéndose entre el letargo y la vela, en un caos de sobresaltos, pero tras beber de la pócima se serenó y, enroscado entre las pajas, durmió profundamente.

Todo su cuerpo, atrapado en un cercado de dolor, luchaba contra el morbo. La herida segregó al fin una purulencia blan cuzca y al cuarto día la calentura aminoró. Recobró la lucidez y vio ante sí el rostro de Paulo, pero por la debilidad creyó tener ante sí a Caronte, el barquero del reino de los infiernos, y suplicó entre dientes a su protector Mitra que lo apartara de la muerte. Bebió agua con ansiosa avidez del jarro y esgrimió un vigor milagroso, agradeciéndole con balbuceos desordenados:

—Cuenta con mi gratitud, Paulo. De haber estado solo, hoy mi cuerpo estaría yermo y sin vida en esta apestosa cloaca. Esos de ahí me habrían estrangulado para registrarme y robarme, y me hallaría expuesto sin vida a la vergüenza pública en las escaleras de la Gemonias —dijo con entereza.

—Tus ansias de vivir lo han conseguido, Silvano —susurró en voz baja—. En las próximas calendas nos juzgarán y nos separaremos, y entonces tendrás que luchar solo contra esta canalla.

El desmemoriado Silvano arrimó el rostro a la pared salitrosa, la rascó con sus

dedos, la lamió con su lengua áspera y constató con amargura que aquel suplicio en la cárcel más dura del Imperio no era una pesadilla pasajera, sino una realidad rebotante de incertidumbres.

«¿Formaré parte de una sombría conjura que exige que no viva? ¿Qué crimen nefando he cometido que hasta los dioses me vuelven su rostro? —se preguntaba—. Me condenarán sin haber tenido la oportunidad de volver a mi casa y reconocer y besar a los míos. Jamás podré absolver a quien me ha infligido semejante tormento, pero por mis dioses *lares* que no estoy dispuesto a pudrirme en este pozo de maldad, y juro por Mitra mi dios que volveré a ser yo mismo», protestó para sí con rabia.

* * *

La claridad vertical del mediodía inundó el calabozo, iluminando hasta el último rincón de la prisión Mamertina.

A Silvano la intensa luz lo aturdió, y tras ingerir el repugnante *prandium*^[20] al que Venustus añadió un trozo de tocino rancio, se aferró a los hierros y permaneció ensimismado largo rato. Luego alzó la mirada por encima de los sombríos muros hacia un vestigio del firmamento, deteniéndose en las alturas donde despuntaba la techumbre del templo de Júpiter Capitalino.

Y como si escapara del vacío, una tenue llamarada emergió del caos de su memoria, un recuerdo retrospectivo a floraba al fin, y por muy funesto que fuera, no podía ser tan desdichado como el tormento del presente. ¿Sería acaso real? ¿No se habían eclipsado de su mente los recuerdos? Percibió un súbito temor, pero también un inconcebible júbilo. Había rondado los límites de la demencia, pero un destello de esperanza acababa de desplegarse ante él como el arco iris.

—¡Paulo, he atrapado un fragmento de mi pasado! —aseguró—. ¡El primero tras el asalto! Contemplando el templo de Júpiter, he evocado con nitidez unos hechos vividos no ha mucho.

—Tu universo comienza a recomponerse como un mosaico. ¿Y qué has recordado?, te veo transfigurado, Silvano.

—Dos eventos dispares entre sí. El primero, el día en que el emperador Adriano recibió los honores del Triunfo tras su victoria frente a los judíos. Yo presencié la apoteosis, el sacrificio y la procesión triunfal, pero no sé por qué ni en calidad de qué me hallaba yo allí. ¿Quizá con la plebe?

—Tu enajenación y tus trastornos comienzan a deshacerse.

—Abrigo esa esperanza, Paulo. Es un presagio alentador.

Paulo dedujo que su primera impresión había sido acertada y que aquel desconocido, si no mentía como un bellaco y se comportaba como un simulador magistral, poseía todas las trazas de ser un *sénior*.

—¿Y el segundo recuerdo, Silvano?

—Atañe al ámbito personal. Un sacrificio muy especial que consagré hace muy poco ante Júpiter. He recordado que realicé una ofrenda ante la divinidad de Roma, aunque no caigo en la cuenta de por qué motivo —se lamentó.

—Ante el ara del Padre de los dioses se ofrecen al día centenares de dádivas, y si tu propia familia o tus amigos no intentaron desembarazarse de ti, cosa que nunca se sabe, es posible que te estén buscando y sufran tanto como tú.

—Prefiero no contar con eso y valerme por mí mismo. Tengo que averiguar quién y por qué quiso deshacerse de mí.

—Los dioses te restituirán el pasado, estoy seguro de ello.

—No quiero seguir viviendo condenado a una existencia vacía.

De repente, Silvano, con la mirada pensativa, depositó su mano paternal sobre el hombro del joven, y balbuceó unas palabras que lo dejaron perplejo:

—He ideado un plan que, con suerte, puede conducirnos a la libertad —dijo enigmático—. No somos convictos, ni criminales con cargos de sangre, pero la justicia que tú me has descrito puede hundirnos en la desgracia si le damos ventaja.

Las palabras de Silvano lo intrigaron, pero replicó airado:

—¿Pero cómo? Compréndelo de una vez, insensato: sin una ayuda exterior se pueden convertir en faltas graves. No somos nadie, sólo unos ciudadanos sin peculio y sin familiares poderosos, y sufriremos el peso de la ley sobre nuestras espaldas.

—Cada mortal se labra su propia desgracia o su fortuna, y yo estoy decidido a cambiarla. ¿Sigues pensando que la libertad en Roma es cuestión de poseer una bolsa llena?

—Así es —respondió perplejo, y dudó adonde quería llevarlo—. Pero como no convirtamos esas pajas en sestercios, no veo la forma.

—Actuaremos como hienas ante una manada de chacales.

En las almibaradas pupilas de Silvano brilló un picaro fulgor, como si hubiera tenido un arrebató de inspiración, y en la mente del joven patricio se produjo un revuelo de sospechas.

—Escúchame, Paulo —observó indescifrable—. Esta tarde, cuando Venustus nos conduzca a las letrinas, atiende a cuanto te explicaré y sigue al pie de la letra mis consejos e instrucciones.

Paulo pensó cómo podía mostrarse tan temerario en la suprema adversidad.

—¿Qué nueva locura pasa por tu mente, Silvano? —le espetó, adusto.

—Lo sabrás a su tiempo. La necesidad agudiza el ingenio y provocaremos la elocuencia del defensor y la equidad de la justicia romana. Te aseguro que ayudaremos a inclinar la balanza de la diosa a nuestro favor.

El *equite* se vio sorprendido por la aseveración de Silvano, que le provocó una excitación mayúscula. Un sesgo de estupor surgió en sus ojos dubitativos, que apenas si pestañeaban, plenos de curiosidad. ¿Debía creer las palabras de aquel desconocido? ¿Se trataba de un loco, o de un hombre prudente y lúcido? ¿Se atrevería a confiar su incierto destino a un extraño sin nombre ni pasado?

Sin embargo, a Silvano lo atenazaba la percepción de hallarse atrapado en una ratonera de la que era difícil escapar. Y aunque a veces se sentía abandonado en la soledad, estaba dispuesto a desafiar a su sino, que había tomado un rumbo diabólico. Mordisqueó unos altramuces acarreados por Venustus, mientras cavilaba que no renunciaría a sus deseos de libertad y a abandonar aquella fábrica de pesares, donde la muerte, el dolor y las miserias iban de la mano.

IV

LOS LIBROS SIBILINOS

Una corriente de tibieza cabalgaba por las crestas de los montes Albanos en las antecalendas de marzo, que según los aurúspices eran propicias para viajar, casarse o impartir justicia.

El alba había germinado desplegando un manto de tonos añiles que agazapaba las tinieblas de la noche. Un grupo de jinetes comandados por Aulio Galo Cimber, que había acudido a Preneste preocupado al no comparecer su amigo a la cita, partían hacia Roma escoltando una *carruca* en donde viajaban Camila y sus hijos Nevio y Drusila, a pesar del desorden de sus ánimos y del inconsolable dolor por la desaparición del *paterfamilias*, al que habían buscado secretamente y sin éxito familiares y esclavos. Aquella mañana se cumplían quince aciagos días de la extraña pérdida, y Camila, la madre, consolaba a sus hijos haciéndoles ver que la esperanza se nutre de la paciencia y de la fe en los dioses compasivos.

La única certeza era que no había comparecido en Tres Taberne, y que los *agato demones*, los espíritus de la naturaleza y el divino Mercurio protector de viajeros, en un incomprensible descuido lo habían abandonado, desvaneciéndolo en la nada. «¿Habría renegado voluntariamente del calor del hogar o sufrido algún accidente?», se interrogaban. ¿Habría muerto acaso, despedazado por alguna fiera?

Días antes, en una arriesgada osadía, la partida había cabalgado a lomos de mulas por las intrincadas laderas de los montes Prenestinos para entrevistarse con el temible Canusio, bandolero conocido por su refinada crueldad y astutas añagazas que secuestraba a los viajeros confiados que se adentraban en las montañas, y a los que encerraba en cuevas y *ergástulas* inaccesibles, para luego reclamar un cuantioso rescate a las familias.

Y aunque mantenido a raya por los *vigiles*, los raptos de Canusio eran cada vez más temerarios. Poseía un rostro de fauno y un cuerpo escuálido, y haciéndose pasar por pastor, se dejó ver rodeado de sus secuaces en el calvero de un bosque de encinas al saber que con los hombres viajaban dos mujeres hermosas, madre e hija. Conseguido el contacto, el bandido juró por los dioses, en los que no creía, que, por

las señas que le ofrecían, su marido no había sido ni raptado ni muerto, pues no había desatino que no se cometiera en aquellos contornos del que no estuviera informado. Y después de besar la mano de Camila, desapareció engullido por la espesura.

Tras la entrevista con el salteador habían regresado a la villa de Preneste vencidos los ánimos, con las manos desolladas por los ronzales y envueltos en polvo y sudor. Camila vació su corazón ante el padrino de sus hijos. Su voz sonó cálida, aunque nublada por las lágrimas saladas del pesar:

—Aulio, nos hemos jugado la vida tratando con ese desalmado de Canusio y cabalgado sin descanso por los montes de Túsculo. Visitamos la gruta de la sibila en Cumas y solicitamos la adivinación de Apolo y Artemisa; ascendimos hasta las alturas de Sorrento, que mi marido era tan gustoso de visitar, y hasta hemos indagado en el sanatorio de Estabia, donde recogen a heridos y locos. ¿Qué nos queda ya por rastrear si no son los infiernos?

El interpelado compuso una sabia pausa, y replicó:

—¡Roma, *carísima*^[21]!, nos queda Roma, y que Mitra atienda mis súplicas.

—¿Y en esa maloliente olla esperas encontrar un garbanzo entre un millón de semejantes?

—No será tarea fácil, lo sé; pero si está allí, lo hallaremos.

—¿No crees, padrino, que, por alguna razón que desconocemos, haya podido dirigirse a Ostia para zarpar en algún barco? Se embutió en ropa de abrigo y ocultaba más de treinta ases de oro en el ceñidor. ¿Se habrá cansado de nosotros?

—Tu esposo es un hombre precavido y de palabra, y si no compareció en Tres Tabernae es porque se lo impidieron; o por una causa mayor, quizá dimanada de las más altas instancias del Estado.

—¿Tendrá algo que ver con el asunto que ibas a descubrirle, o acaso toda esta desgracia será un colosal malentendido?

—Tengo la obligación de callar, Camila, pues la causa por la que lo convoqué es secreta y reservada. Y no creas que no he lamentado que por mi causa se haya desvanecido de la faz de la tierra. No obstante, si no conocía nada al respecto, la clave ha de hallarse necesariamente en el corazón del mundo: Roma.

—¿Y no advertirás al emperador?

—Sólo si fracasamos en nuestro particular intento —replicó Cimber—. En el Palatino no todos nos son adictos. Conviene preservar su nombre de la maledicencia, ya que ignoramos los motivos de su desaparición.

—Todo esto carece de lógica y cada día que transcurre a mi corazón le arrancan una tira —dijo ella—. ¿Y no crees que en el asunto pueda estar involucrada Julia Balbila? Soy su esposa y sé que en la clandestinidad de su corazón aún la desea.

—Tu marido está más que curado de intrigas amorosas, créeme. Se la ve con Faustina Galería, la hija del emperador Antonino, pero su presencia no es grata al César.

—Es una mujer dominada por las pasiones y la vanidad —repuso Camila—, pero

su lecho sigue siendo un trono de lujuria. Sigo bien informada de sus actos.

—Aunque su alma sea un témpano de hielo, nunca haría mal a tu esposo.

—Bien, sea como indicas, olvidémosla y partamos para Roma.

—Allí las pesquisas han de hacerse de forma diferente y hemos de comportarnos con suma discreción —reconoció.

Galo Cimber era un acreditado *edil curul*, oficial imperial encargado de organizar los Juegos públicos, cuyas finanzas también inspeccionaba. Nombrado por el emperador Adriano, su sucesor Antonino Pío lo seguía manteniendo en el cargo. Como dignidad reconocida, vestía la toga pretexta, portaba en la mano un bastón de marfil con empuñadura de plata y se sentaba en la Curia en silla curul.

El elegante dignatario conservaba a pesar de su madurez una grata apariencia. De espesadas cejas, líneas del rostro pronunciadas y de testa cubierta de hebras blancas y rizadas, poseía unos ojillos fúlgidos que brillaban en un destello de sagacidad.

Nacido en Roma, era un burócrata de notable talento conocido por sus gustos exquisitos. Propenso a la filantropía, blasonaba de haber formado parte del restringido círculo de amistades del divino Adriano, quien adoraba sus dones eruditos y modales selectos. Vinculado a la *gens hispana*, su padre había pertenecido a la Orden de los quinientos *equites* de Gades, frecuentaba el cortejo de Marco Aurelio y de su esposa, la hija de Antonino y futura emperatriz, Faustina Galería, pues nadie como él conocía las sutilezas del arte del placer y del entretenimiento.

Había enviudado al poco de casarse y tenía como propios a los hijos de Camila, de los que era protector desde que nacieron. Refractario a la codicia de sus colegas ediles, se conducía con perspicacia en los negocios, y sus vicios más conocidos eran su gusto por los arpistas griegos, el trato con sofisticadas damas y el apego a las monedas etruscas y las esculturas griegas, que coleccionaba en su villa de Bayas, así como la devoción por el dios asiático Mitra, en cuyos sacrificios participaba como mistagogo o sacerdote iniciador de sus misterios.

Ataviado con capa de piel, botas de cuero dálmata y gruesos brazaletes de oro, cruzó el umbral de la Puerta Prenestina de la capital del Imperio con sus acompañantes, donde fue saludado por los vigiles.

Insensibles a la belleza del día romano, Camila, Aulio Galo y sus hijos cambiaron la incómoda *curruca* por literas de mano y se adentraron en la urbe por la atestada Vía Labicana, dominada a aquella hora del mediodía en un atronador bullicio. La *domina*, con gesto femenino, corrió levemente la cortina y contempló el corazón del Imperio que daba vida a la frívola ciudad que acumulaba los tesoros más fastuosos del orbe, pero también las miserias más sórdidas.

Para Camila, nacida a la sombra del Palatino, la urbe encarnaba la fascinación por la vida. La savia de su grandeza rebullía a su alrededor en una desmesura para los sentidos que la entristecida *domina* sentía con delectación. Camila adoraba la agitación que atestaba los foros en un espectáculo de sociabilidad donde los romanos discutían en cada esquina sobre las carreras del Circo Máximo o las luchas de

gladiadores, en un heterogéneo fárrago de oratorias.

Camila se abstraía observando a viandantes de todas las razas transitando de un lado para otro, porfiando por una fruslería o comiendo en las tabernas, el último vicio romano aprendido de las naciones conquistadas. Un pueblo frugal de austeridad campesina, acostumbrado al pan candeal, al ajo y la cebolla, atracándose ahora de fritangas alejandrinas, carnes sebosas, vinos olorosos y salsas espesas, de fiesta en fiesta y de comilona en comilona, donde un cocinero griego era más apreciado que un filósofo de Atenas o un pintor de Alejandría.

Embelesada, divisó con sus ojos cuajados de recuerdos las bandadas de palomas sobrevolando el Anfiteatro Flavio, y aspiró la mestiza fragancia a pinos, a res sacrificada en el mercado Boario, a buñuelos, a especias de Oriente y a sudor humano. Olió el familiar tufo del cenagoso Tíber, cloaca y frescor a la vez, el olor del incienso de los templos y de las frutas madurando en los huertos en flor, y entrecerró los párpados para retenerlos. Roma se alimentaba de sus propias y genuinas exhalaciones, que no se olfateaban en ninguna otra parte del orbe.

Esa era la Roma que amaba, el inabarcable emporio lleno de contrastes, la meta soñada de los extranjeros que contemplaban atónitos los templos de Vesta, Minerva, Jano o Saturno, los obeliscos egipcios, los mercados y mausoleos, la fuente de Meta Sudans, el Panteón de Agripa, la Columna Trajana o los monumentales sepulcros de Augusto y Adriano, mientras los romanos, indiferentes a la grandiosidad que les rodeaba, corrían de un lado para otro, inmersos en un panal de miel donde hormigueaban con igual altivez los zánganos de la plebe y los aristócratas del patriciado.

Adoraba la tolvanera de sus familiares ruidos y las historias que le narrara su padre el liberto Floro, un griego de Masalia y poderoso secretario del emperador Adriano. Se extasiaba observando a las matronas de altos peinados, a los cónsules y a los arrogantes pretorianos, como contrapunto al esplendor de los arcos triunfales y las estatuas de bronce, y al gris violeta de sus ocasos, que prevalecían por encima de las cúpulas de los templos.

«Camila —solía decirle su padre—, la misión de Roma es civilizar el mundo. Desde el principio de los tiempos, los augures del Capitolio lo proclamaron, Roma será eterna, pues fue fundada en la era del apogeo de Piscis, por lo que su fuerza dominará el mundo en los siglos venideros».

Los porteadores nubios apartaban a la turbamulta que, haragana y ansiosa de circo y carreras, engullía el trigo de África, Egipto, la Bética y Sicilia, y que sin oficio ni beneficio pateaba los foros, basílicas y termas en busca de los vales de cobre que le dieran opción a una ración de pan o a un espectáculo gratuito, o que acudía en tropel a los juicios y mítines donde debían jalear a sus protectores e insultar al adversario a cambio de diversiones y de pan.

No obstante, Camila, con la desgracia sobrevenida y el viento de la locura que zarandeaba a su familia, no podía sustraerse a la amargura de haber extraviado a su

esposo mientras bordeaban las escalinatas del templo de Claudio.

Galo, en una complicidad sin límites con su dolor, manifestó que, como devotos de los dioses, habían de ofrecer un sacrificio en el templo de Febo Apolo, donde se guardaban los Libros Sibilinos, legajos revelados en la noche de los tiempos y comprados por el rey Numa a la Sibila de Cumas y que todo romano podía consultar ante una desgracia o desventura.

Los recibió con afabilidad el aurúspice, un hombre de condición modesta, con la cabeza tapada, la estola de bandas blancas cayéndole sobre los hombros y apoyado en el sacro *litus*, la vara retorcida de los augures. Con voz acerada les rogó un corazón contrito y un óbolo para Juno, la hermana y esposa de Júpiter.

Camila, sus hijos y Galo rodearon el ara y, no sin inquietud, observaron la prodigiosa colección de rollos etruscos encastrados en fíbulas de oro. El sacerdote rogó a Drusila que eligiera uno de ellos y le enumerara el día, el mes y el año en que había desaparecido su progenitor. Sus ojos se iluminaron en el panel de miel de su rostro transparente, extendió el brazo y tocó al azar uno de los cilindros, el que correspondía al Cuarto Libro Sibilino. Contuvieron la respiración y aguzaron el oído, pues tan sólo la recitaría una vez, y trataron de atrapar el sentido de la adivinación. El augur tomó el ademán de un charlatán de foro, y declamó:

—«*Quos exaltare hominibus vult Juppiter demental prius*, A aquel a quien Júpiter designa para ensalzar por encima de sus semejantes, primeramente lo enloquece» —y prosiguió leyendo—: «Creed, romanos, que Cartago, con toda su desolación, tuvo un aspecto menos pavoroso que el de una mente humana en ruinas».

La predicción dejó boquiabiertos a los demandantes, quienes buscaron sus miradas reclamando un significado a la predicción. Al pequeño Nevio se le ahogó la voz, y en su inocencia rogó a su madre:

—¿Hemos perdido para siempre a nuestro padre?

—No, hijo —lo consoló su madre—, al parecer los dioses han designado a tu padre para una empresa de honor, pero antes lo han de someter a una dura prueba. Así lo he entendido yo, Nevio. Regresará pronto, ya lo verás.

Permanecieron unos instantes ensimismados y como si de un momento a otro fuera a acontecer algo divino; no oyeron la voz del pronosticador que daba por cerrada la consulta:

—*Dixi Liber Sibilinas xxviii. Ite, auspicias est*, «Esto afirma el libro Sibilino y este ha sido el auspicio. Id en paz».

Inmersos en cien conjeturas, enfilaron hacia el *vicos patricias* del Celio, un edén dentro de la fétida marmita romana entre jardines y villas lujosas, donde se alzaba la mansión familiar, ahora al cuidado de una decuria de esclavos al mando del liberto Lauso, un lusitano fiel a la familia hasta la muerte, que al enterarse de la desaparición de su antiguo amo y amigo, lloró y se lamentó por no hallarse a su lado. Parecía una fiera enjaulada, y aniquilado por un llanto inconsolable, imploró con las manos elevadas ante los *lares*, *genios* y *penates*^[22] de la casa:

—Oh, Júpiter, restituye a su hogar al que es amado por Roma y sus dioses.

* * *

Camila había pretendido sin éxito sumirse en un sueño reparador.

La noche, desguarnecida ante la pujanza de la alborada, se agazapaba tras la línea argentina del Tíber. Despuntó el día y sólo las consoladoras palabras de Drusila pudieron abreviar la angustia que se albergaba en su corazón. La atmósfera de la casa le parecía irrespirable y se incorporó del lecho con cansancio. Compartía la misma creencia sobre el paradero de su esposo mantenida por Aulio, y pensaba que, por una razón inasequible a su comprensión, podía hallarse en Roma. Pero ¿dónde?

Aunque el liberto Lauso, *villicus* o jefe de los esclavos, solía mantener la disciplina entre la servidumbre, aquella mañana la mansión estaba silenciosa, como si se hubieran anticipado las fiestas Parentales, en las que los romanos honraban a sus difuntos. Los dioses los habían puesto a prueba, y los años de la despreocupación habían irrumpido en la casa, dando paso a la desgracia. El pecho de Camila percibió una sensación como si hubieran violado el alma del genio protector de la familia.

Una esclava *ornatrix* le arregló el pelo, embelleciéndole el rostro y las manos con ungüentos egipcios. Luego le aproximó una bandeja con vino de Falernio, pan recién hecho, miel de la Bética, uvas pasas y membrillo, que cató desganada.

Aulio apareció en el umbral de la habitación con gesto de desaliento, pero con los *sinus*, los doce pliegues de la toga, pulcramente dispuestos por su esclavo personal. Un manto veteado de oro, del que colgaba un collar de amatistas, constituía su elegante atuendo aquel día. Al ver a Camila tan desolada, se sintió culpable. Se inclinó ante ella y le besó la frente, sonriéndole.

—Camila, he reflexionado sobre el asunto y compartiremos las tareas de búsqueda. He establecido una red de leales criados que lo conocen y conductos confidenciales a mi cargo, a los que se unirán Lauso y mi secretario Léntulo, hombres de total confianza. Rastrearán la ciudad atentos a cualquier rumor que mencione el nombre de tu marido.

—Y nosotros, ¿qué haremos por él, Aulio?

—Lo más oneroso, *cara*. He consultado esta mañana las predicciones de los videntes de las Velabras, ojeadas en las entrañas de un gallo y de un ganso, y los próximos cinco días se señalan propicios para cualquier cometido.

—¿Y crees que los hígados de un ave me van a devolver a mi esposo, padrino? — Se revolvió contra su desgracia.

—No, pero los dioses nos alientan desde lo alto —replicó—. He puesto en antecedentes a un buen amigo, un *agens in rebus*, oficial superior de la policía secreta del Pretorio, quien realizará pesquisas reservadamente y desplegará por los foros a sus soplones y espías. Es un hombre muy conocido y darán con él.

—Aulio, si esta desaparición trasciende, mi marido extraviará su respetabilidad y podría provocar un escándalo irreparable, ¿no lo entiendes?

—Despreocúpate; ese pretoriano, que además pertenece a la piadosa Cofradía de los Arvales, es una tumba y me debe favores.

—¿Los Arvales? ¿Qué es eso, Aulio? Me asustas.

—Se trata de una institución sacerdotal secreta consagrada a la diosa Día. Fue fundada por los doce hijos de Acra Larentia, la nodriza de Rómulo. Protegida por los emperadores, conserva los escritos y anales de Julio César —le explicó—. Sacrifican en honor de los dioses, amparan a los necesitados y entierran a los difuntos sin medios o sin familia. Se mueven en un submundo que nos interesa rastrear y su labor callada nos favorecerá.

—¡Que el escudo de Marte nos ampare! —imploró la *domina*.

—No hay que dejar ni un solo cabo suelto. En estos cinco días favorables, visitaremos los lugares donde pudiera hallarse contra su voluntad, sórdidos andurriales que tus cándidos ojos jamás han visto y que te pueden romper el alma. Has de comportarte con entereza, Camila.

—¿De qué sitios me hablas, padrino? Entristeces mi ánimo aún más.

—De lugares infames, *carísima*. Acudiremos al cementerio de la Puerta Esquilina y al Espoliado, el depósito de cadáveres de Roma, y también al templo de Esculapio, por si se hallara enfermo o impedido. Luego visitaremos el *Tullianum* de la cárcel Mamertina. ¿Quién nos asegura que no haya sido detenido por una minucia o un error y se le impida comunicarse con el exterior? Mi cargo nos permitirá el acceso a las listas de detenidos.

—Antes sacrificaremos a los dioses *lares* y a Ceres, madre de la tierra y del mundo subterráneo, que nos auxiliarán en la tarea, Aulio, y les rogaremos que en esta tragedia no nos aguarde un trágico desenlace.

—Si alguien ha osado hacerle daño, beberá de su propia condenación, lo juro por Mitra, pues le arrancaré el alma —aseguró Aulio Galo, colérico.

Ante la pérdida de su mejor amigo, sintió Aulio un confuso presentimiento.

* * *

Los cipreses del cementerio, símbolos de la hospitalidad en Roma, se distinguían desde la muralla de Servio Tulio con sus puntas cimbreantes rozando el firmamento. Camila lo había visitado alguna vez cuando siendo una niña fue invitada a una villa de los jardines de Estatilio, y desde entonces le causaba horror. Se tenía por el dominio de horribles sepultureros y predio de *lemures*, los espíritus de los muertos, y por haberse convertido en el reino de las *lobas*, las furcias de más baja estofa de la urbe, de los astrólogos charlatanes, de los magos sirios, de las arpías, los nigromantes, los *comedores* o intérpretes de sueños y de las hechiceras etruscas, pues

no había nación más inclinada a la superchería que la romana.

El hedor de los almacenes de papiro de Pérgamo y de las cremaciones nocturnas resultaba insoportable, ya que la ley no permitía incinerar los cadáveres durante el día, por lo que Camila y Drusila hubieron de cubrirse el rostro con un pañuelo de seda india. Los sepultureros, la hez más depravada de Roma, los *vespillones*, individuos con la mitad de la cabeza rapada para ser reconocidos en cualquier parte como inmundos, apilaban los cadáveres que llegaban de las Gemonias, de los esclavos fugitivos, innominados, crucificados y ajusticiados en la Mamertina, así como los cuerpos de los romanos poco pudientes.

Alimentaban fama de ser unos seres de lo más abominable, pues se apropiaban de las monedas de cobre que portaban bajo la boca los muertos para pagar a Caronte en el tránsito de la Estigia, los anillos y ropas, y porque escondían bajo las tumbas laminillas malélicas para asegurar el mal a algún enemigo a cambio de unos sestercios. Sin embargo, su pésima fama procedía del hecho de ocultar en las fosas comunes cadáveres de asesinatos clandestinos y sospechosos, ante la pasividad de los *vigiles*, y porque se decía que, a la luz de la luna, violaban en un macabro rito los cuerpos sin vida de las mujeres y de los jovencuelos que eran llevados allí a cargo de la beneficencia pública.

El jefe de aquella caterva y escriba del tétrico camposanto, un bribón de la peor catadura, cojitranco y mutilado de una de las orejas, al ver aparecer las literas y los esclavos armados, se acercó zalamero con la certeza de obtener alguna recompensa. Aulio, tras omitir el nombre y divulgar los signos personales del desaparecido, le mostró un talismán similar al que portaba el desaparecido, por si le era familiar.

—¿Has recibido en los últimos días de alguna *funeraticia*^[23] de las Gemonias, del Castro Pretorio, o bien de la Mamertina, un cadáver con un amuleto igual a éste, y con las señas personales que te he apuntado?

—No me suena, no, aunque si me dices el nombre tal vez pueda revisar los legajos y señalarte incluso la fosa donde yace.

—Prefiero mantenerlo en el anonimato —respondió Galo con frialdad.

—¿Ignoras acaso la rigurosidad de las leyes? La lista de enterrados es confidencial y está firmada por el prefecto. Podría costarme el cargo y hasta la pelleja si suelto la lengua. Recibo cadáveres cuya identidad no puede divulgarse por la seguridad del Imperio. No puedo servirte como mereces; lo siento, edil.

En un ademán a medio camino entre la curiosidad y la comedida cólera, Galo le arrojó una bolsa, que el *vespillón* atrapó y sopesó con sus sarmentosas manos. Luego éste abrió una boca descomunal donde bailaban tres dientes amarillos y masculló unas palabras que sonaban más a amenaza que a favor:

—Tengo que recibir aquel entierro que desciende por la cuesta del Viminal y cuyos músicos ya se oyen. Las listas de sepultados de este mes y del pasado están sobre la mesa de la garita. Cuando vuelva, tú ya te habrás ido, o de lo contrario llamaré a los *vigiles* y te acusaré de ladrón y de allanador de una dependencia de la

República de Roma.

Camila, inmóvil en la litera, escuchó el tono sarcástico del enterrador y cómo su padrino, edil curul con autoridad imperial, hubo de tragarse la hiel de la ira inflamada por la indignación. Su ánimo era un desconcierto interior, pues su marido constituía para ella su vida y parecía faltarle el aliento.

Aulo Galo desapareció en el macabro recinto, y Camila, sin pronunciar palabra, aguardó su salida con la respiración desbocada y las lágrimas contenidas.

V

LIRIOS DE VENUS

Transcurrió un tiempo que se hizo eterno hasta que la comitiva fúnebre de una familia de la Suburra alcanzó las deslucidas tapias del cementerio. Sin embargo, Galo no aparecía, y Camila comenzó a preocuparse. Pasaron ante la litera los portadores con las máscaras familiares precedidos por un vocinglero *índice funus*, orador a sueldo que proclamaba a voz en grito las virtudes y defectos de la finada, una mujer de mediana edad yacente en unas andas cubiertas de flores marchitas, el *Iectus funebris*, y rodeada de una retahíla de parientes de aspecto indigente.

La *domina*, en un ambiente tan enrarecido, descendió alarmada de la litera, momento en que Aulio Galo la detuvo por detrás; extrañamente había salido sin ser visto del cementerio, confundiéndose cauteloso entre los deudos.

—Marchémonos sin dilación —dispuso—. Luego os explicaré. ¡Vamos!

Dejaron atrás las ruidosas lamentaciones de las *nenias* o plañideras, y Camila seguía sin comprender la atolondrada conducta de Galo hasta que éste ordenó a los portadores detenerse en una concurrida *termopolia* de la Vía Salaria, donde en jarras desportilladas servían un hidromiel de Sicilia inigualable y unas exquisitas salchichas de Cremona. En el sigilo de un reservado del mesón recompusieron fuerzas, mientras aclaraba el motivo de la espantada:

—Debo deciros para vuestro sosiego que, como cabía suponer, el nombre de vuestro *paterfamilias* no aparece entre los registrados ni sus señas coinciden con los cadáveres innominados que han arribado en estos últimos días.

—¡Gracias al cielo! Había pensado en lo peor, Aulio. ¡Venus nos valga! Y entonces, ¿a qué ha obedecido esa salida tan precipitada? Un edil curul escondido como un salteador entre unas gemidoras... —lo reprendió con afecto maternal.

—Escuchadme —les conminó susurrante—: Mientras repasaba los papiros donde figuraban los enterramientos de los procesados y de los ajusticiados, descubrí con estupor que entre los extranjeros enterrados destacaba el nombre de un acaudalado prestamista judío con intereses bancarios en Antioquia, Bactra y Alejandría, llamado

Zacab de Cirene, y con este enigmático comentario al costado: «Ahogado en el Tíber. PU. No reclamado».

—¿Y por qué habría de extrañarte? ¿Quién es ese hombre?

—Un curioso conocido —aclaró—. Forma parte del espinoso negocio por el que insté a tu marido a verme, ¡aunque en mala hora! Su presencia en Roma tiene que ver con esa secreta trama de la que no puedo hablar. Además, lo imaginaba muy lejos de aquí. ¿No te parece sospechoso, Camila?

—¿Y por ese motivo te has escabullido como un vulgar ladrón?

—No, Camila, sencillamente porque he hurtado el papiro donde aparece el nombre del banquero. Este documento ha salido de la Prefectura Urbana, ¡veis la P y la U! Y aunque reparo en unos garabatos en etrusco antiguo, cuyo significado desconozco, algo me dice que este escrito puede servirnos como prueba en este farragoso asunto. Cuando se percate ese salaz *vespillón* desorejado, blasfemará por las Furias, pero callará por miedo a ser reprobado —dijo, y soltó una apagada carcajada—. Este escrito posee una gran importancia para el caso.

Luego el edil miró a la lejanía opacamente, sin percibir nada, y susurró despaciosamente unas palabras que Camila no comprendió.

—La Prefectura de Roma lo sabe..., y sin embargo calla. ¡Qué extraño!

El edil no podía disimular que se sentía culpable de la situación de zozobra de una familia tan querida para él, y se enfureció consigo mismo, juramentándose para llegar hasta el final de aquella deplorable e insólita desaparición.

* * *

Mientras Camila se hacía preguntas con agorera superstición, llegaron al tétrico Espoliario, un escorial inmundado cerrado por altos muros maestros y circundado por bancales de crisantemos, que olía intensamente, pez y azufre. Se alzaba cerca de la puerta Carpena, donde los primitivos romanos solían colocar la cabeza de un caballo inmolado en el Capitolio para espantar a los malos espíritus. En sus tumbas se enterraba a los gladiadores y a los extranjeros sin nombre o muertos en oscuras circunstancias, y los romanos lo consideraban un lugar maldito porque bajo unos álamos añosos se enterraban vivas, en celdas bajo tierra, a las vestales que quebrantaban los votos de castidad o descuidaban la función de mantener el fuego sagrado.

Una jauría de perros sarnosos y un *vespillón* famélico defendían la puerta. El olor a descomposición de los columbarios y los nichos con láureas reseca hizo que Camila se asiera desfallecida al brazo de Aulio. Ingresaron en los húmedos cobertizos donde volcaban carretadas de nieve para conservar los cuerpos, y Galo, en su calidad de edil imperial, le rogó licencia para que una esposa desesperanzada pudiera reconocer entre los cadáveres a un pariente desaparecido, mientras depositaba en la

mano extendida del vigilante unos sestercios y también una vasija de vino.

Vacilantes, repasaron los rostros céreos de los fallecidos, constatando que el amado objeto de sus búsquedas no descansaba en aquellos fríos mármoles. Entre sentimientos contradictorios de abatimiento y esperanza, Camila, sus hijos y Galo regresaron a la casa del Celio, donde los aguardaban Léntulo y Lauso en el atrio de la *domus* con no menos descorazonadoras noticias. El liberto lusitano se echó a los pies de la *domina* y, entre sollozos indisimulados, contó:

—*Domina* Camila, he rondado por los rincones que solía frecuentar el amo, el Campo de Marte, los alrededores del Anfiteatro y del Circo, las termas de Trajano, donde se reúnen los hispanos de Roma, el templo de Mitra y las *termopolia* del teatro Marcelo, así como las oficinas bancarias de la Cuesta Argentarla, cerca del cuartel de la III Cohorte, pero todo en vano. ¡Se lo ha tragado la tierra!

Una cólera sorda roía las entrañas de Galo, que preguntó:

—¿No os habrá delatado alguna imprudencia?

—No, *domine* —respondió Léntulo, su secretario—. Sus amigos nada saben y se han interesado por él, rogándome que le transmitiera sus deseos de tranquilidad y esperanza. Nadie lo ha visto en Roma, te lo aseguro. Tantos y en tantas partes, no pueden simular una pérdida así.

—Lo creen entregado a una vida plácida de Preneste —añadió Lauso—. El amo no se halla en Roma, estoy seguro. Es muy respetado para pasar inadvertido, señora.

—¿Se lo habrá tragado Vulcano en alguna de sus infernales simas?

—Ama Camila —siguió Lauso—, también he husmeado en la Compañía Ligur de Tránsitos, de donde parten las *redas* de viajeros hacia las calzadas más alejadas del Imperio, en la Basílica Náutica y en la Naviera de Oriente, la compañía de pasajeros que navega por el Mare Internum^[24], y en ninguna lista de armadores de Alejandría, Cartago, Ostia o Gades figuraba él como pasajero.

—¿Has investigado en las Basílicas que te mencioné? —preguntó Galo.

—Desde que desapareció hasta hoy, su nombre no aparece en ninguno de los casos juzgados en el tribunal, ni como encausado ni como testigo. He sobornado a los poetas que venden epigramas en el Foro, los más sibilinos alcahuetes de Roma, y nada han sorprendido de extraño sobre su recordada persona, que los romanos siguen amando. Además, he repasado las *Actas Populi Romani*, los tablones donde se anuncian los óbitos, nacimientos y desapariciones, y ni rastro de nuestro infortunado patrono —informó, y se sumió de nuevo en un gimoteo desconsolador—. ¡Los dioses nos han abandonado!

—¡Por Marte vengador!, ¿dónde se encuentra ese hombre? —clamó Galo—. Bien, os dejo. Descansemos; por hoy es suficiente. El agente del Pretorio me espera, y ojalá arroje alguna luz sobre este absurdo caso, o enloqueceré. ¡No ha podido esfumarse de la faz de la tierra, por Juno!

—Esta pérdida nos sumirá a todos en la demencia —dijo Camila entristecida.

—Ármate de valor, mañana trataremos de indagar en la antesala del reino de

Hades, un lugar de tortura donde muchos romanos han muerto en el anonimato. Me aterra acudir a la cárcel Mamertina, pero es necesario.

La *domina* abrazó a sus hijos sin mostrar aflicción. La cabeza le estallaba y únicamente anhelaba escapar de aquel amargo laberinto, del que no intuía un final venturoso. Y mientras se abandonaba en el dolor, caviló compungida: «¿Qué había querido expresar el padrino con su terror a visitar la gran cárcel de Roma? ¿Acaso conoce algo que yo ignoro? ¿Forma parte mi esposo y su extraña desaparición del enigma que oculta Aulio Galo? ¿Y qué críptica verdad referida a las esferas del Estado silencia, que no podía despegar sus labios clausurados por una llave de hierro?». Llorar se había convertido para ella en un deseo tan legítimo como recuperar a quien amaba. Dejó a sus hijos en sus cubículos, a cargo de Lauso, y casi desmayada, apenas si pudo acceder a la alcoba matrimonial, fría como una daga. Se le ahogó la respiración y las lágrimas corrieron por sus pómulos.

Su alma no podía albergar más desconsuelo.

* * *

A Camila Flora, con los ojos enrojecidos por el llanto y la vigilia, la mañana le reportó el vigor de los vivificadores efluvios del alba. Notó la templanza de la brisa, augurio de un verano caluroso, pero su ánimo no se restablecía. El soplo montano acarrea fragancias a mirtos y jaras, y las sigilosas estrellas se habían ocultado hacía ya horas, cuando oyó los pasos apresurados de Galo.

—¡Salve, Camila! ¿Y tus hijos?, los vi ayer muy afligidos.

—Viven un infierno, Aulio querido, y la desaparición de su padre los ha sumido en la angustia. Se lamentan preguntándose qué suerte habrá podido correr, mientras piensan que viven un mal sueño.

—¿Nos acompañarán hoy en la búsqueda?

—Drusila vendrá con nosotros y Nevio acompañará a Lauso; ya sabes, lo quiere con locura. La Mamertina no es lugar recomendable para un niño —aseveró—. Y tú, ¿has averiguado alguna nueva?

—¡Nada, *cara* mía! Este dilema parece preparado por un fauno burlón o por un dios perverso que trata de engañarnos y ocultarnos cualquier evidencia.

—En mi angustia hasta he pensado que nos haya abandonado por voluntad propia, padrino —se desesperó la mujer—. ¿Habrá alguna mujer de por medio?

—No te atormentes con absurdos, él os adora —dijo Aulio—. El *arval* no ha hallado un solo vestigio de su presencia en Roma, y en el Castro Pretorio, donde se alojan los *índices* y soplones de la urbe, he sondeado a uno de los centuriones y no he percibido nada que tenga que ver con él.

Camila, en la altivez exquisita de su figura, se irguió serena:

—¡Pues yo no me resigno! La ausencia de mi esposo me resulta insoportable y

añoro la calidez de sus brazos. Vamos, Roma nos aguarda.

Abandonaron el frescor del Celio para adentrarse en la plétora de alborotos de las callejas romanas, con destino primero al templo de Esculapio y luego a la *scola medicorum*, aneja al templo de la Salud, donde se congregaban los enfermos desahuciados de la urbe, los locos y los tullidos de guerra. El templo del dios sanador, Esculapio, el hijo de Apolo que había aprendido su vastísima ciencia médica del centauro Quirón, se alzaba junto a un obelisco en el corazón de la isla Tiberina, en medio el río Tíber, por lo que debieron cruzar el puente Janículo.

En otros tiempos, los romanos abandonaban en aquella isla a los esclavos enfermos, a los bastardos y a los niños nacidos con alguna falla, hasta que, durante una terrible epidemia de peste, el Senado romano llamó a unos sacerdotes de Esculapio. Como símbolo traían una serpiente, y al llegar a Roma ésta se escabulló y buscó refugio en el islote, donde luego se alzó un templo a la deidad terapeuta.

Una legión de andrajosos lisiados, cojos, ciegos y enfermos con lacerantes bubas al aire aguardaban a que comparecieran los sacerdotes, quienes, según creencia aceptada en Roma, solían tener sueños en los que el dios de la serpiente curadora les revelaba los diagnósticos precisos para curar al día siguiente. Sacrificaron un gallo al dios curador y con paciencia examinaron las traíllas de enfermos con el corazón en un puño, pero a quien buscaban no se hallaba entre ellos. Desalentados, volvieron sobre sus pasos mientras olían el hedor de los colorantes de los bataneros, camino del centro de la ciudad, hacia la Alta Semita.

Los foros se veían animados por grupos de senadores ociosos, que saludaron a Galo, y mujeres y hombres que se dirigían a las termas y a los jardines de Agripa, mientras los jóvenes patricios guiaban sus pasos al Campo de Marte para ejercitarse en el pancraccio, la esgrima y la equitación.

Los romanos no creían excesivamente en las bondades de la medicina y preferían abandonarse a las virtudes curativas de las hierbas y raíces y en el arcádico saber de los curanderos etruscos y sirios. Ascendieron las solitarias escalinatas del templo de la Salud y en el atrio los recibió un médico griego de cabellos enmarañados, un *arquíatra* o cirujano. Detestaba a los milagrosos y se decía formado en la escuela de Alejandría y seguidor de Hipócrates y de sus aforismos.

Los acompañó a una sala donde ardían pebeteros con sándalo y gemían una treintena de enfermos, los más ancianos, pedigüeños y viejos legionarios, que tras haber sido trepanados o intervenidos yacían moribundos en los catres. Los examinaron detenidamente y visitaron todas las salas, pero allí no se hallaba tampoco el objeto de sus desvelos, y Aulio, compadecido con tanto dolor, donó un óbolo al abandonar el asilo de dolientes.

Con las lamentaciones aún en los oídos, se internaron en el barrio del Palatino, pues no querían dejar ningún cabo suelto en sus pesquisas. Tras un descanso en una termopolia, comparecieron en el santuario de Venus Libitina, ocupado a aquella hora del día por muchachas casaderas que ofrecían cestillos de lirios a la Afrodita romana,

mientras el rumor de sus cantos afrodisíacos retumbaba en las arcadas. Galo se hizo anunciar al *labitanarius*, el funcionario imperial que cuidaba del registro de nacimientos y defunciones de Roma, que se comportó obsequiosamente con el edil imperial, al que le permitió, sin preguntar el motivo, que revisara los pliegos del gran libro de anotaciones.

—Trásilo, valoro en mucho tu gesto de confianza —le agradeció.

Galo curioseó los pliegos recientes y constató que el nombre que buscaba no se hallaba allí anotado, por lo que, esgrimiendo un ademán cortés, se despidió del funcionario e informó a Camila. No obstante, cuando abandonaban el recinto sacro, Camila, al pasar junto a la estatua de Afrodita, observó a sus pies un frondoso ramo de lirios, sus flores favoritas, pero cual no fue su sorpresa al comprobar que las flores habían sido partidas y pisoteadas por algún devoto descuidado. No existía peor augurio para un romano que una ofrenda a la diosa del Amor seccionada en dos, rota o mancillada, y soltó una exclamación de pavor, abandonando con premura el recinto sagrado.

—Por las vírgenes Vestales, ¡lirios rotos!, qué fatalidad —se lamentó—. Los dioses nos han desamparado definitivamente.

Sin tiempo para el descanso, silenció su adversa visión y con el espanto en el cuerpo pusieron rumbo a la cárcel Mamertina, donde llegaron con el sol en todo lo alto, los pies ardiendo y los ánimos atribulados. Por sus sucias escaleras merodeaban los familiares de los presos y los informadores interesados, que difundían rumores de conspiraciones y ejecuciones con el propósito de obtener unos sestercios. A Camila y Drusila se les erizaron los cabellos y las piernas les temblaron.

«¿Y si por una paradójica combinación del azar y la fatalidad se hallara allí confinado?», se atormentaban madre e hija.

Después de esperar la hora de sexta, el decurión llamó a Aulio Galo Cimber por su nombre, y la gente se apartó entre murmullos de desaprobación por el privilegio. Entraron en el cuerpo de guardia, ocultas sus identidades bajo las *stolas*^[25] de seda azul. El cuchitril olía a cuero mojado, sudor y moho, y de sus atestadas paredes colgaban grilletes, flagelos, correas y papiros guardados en estuches de cobre donde titilaba una lámpara de cuatro pabilos. El soldado, un veterano decurión picado de viruelas y algo desequilibrado, se mostró eficiente ante el edil, pero no obsequioso, rogando a las damas que se acomodaran en unos taburetes que les ofreció hoscamente.

—Supongo, Galo, que al no portar una orden del prefecto tu petición es de índole particular. ¿Me equivoco? —preguntó desabridamente.

—Estás en lo cierto, decurión Macro. El ciudadano cuya desaparición investigo partió hace unos veinte días de Preneste, pero no llegó a su destino. Tras buscarlo denodadamente por los sitios más insospechados de las cercanías de Roma, pensamos que podría estar detenido aquí contra su voluntad.

—Aquí todos mantienen cuentas con la justicia y son criminales probados —

aseguró, y lo acosó contrayendo sus rasgos angulosos—. Y siendo como eres un asiduo de los augustos, ¿cómo es que no te has provisto de una orden imperial que te permitiera penetrar hasta en la Cloaca Máxima y revolver las tripas de Roma?

—Porque su búsqueda es un asunto confidencial —le manifestó severo.

El militar pensó que de hacer averiguaciones podría salir perjudicado, conocida la reputación de Galo Cimber, y dijo:

—Siendo así, sígueme. Revisaremos los archivos de ingresos.

Macro fue enumerando detalladamente, sin saltarse el procedimiento carcelario, los nombres de los ingresados en la prisión desde los veinte días precedentes, mientras vigilaba con insistencia un gesto de asentimiento en los rasgos del edil. Finalizada la detallada enumeración de identidades, siguió un frío silencio, y el gesto de Aulio Galo, antes esperanzado, se trocó en hastío.

—Basta, Macro. Ninguno coincide con el que busco. El lleva a gala su nombre y jamás lo omitiría, aunque le fuera la vida en ello —aseveró, y le mostró el joyel que colgaba de su cuello—. ¿Y no te es conocido un amuleto semejante a este?

—No, Galo. Un hombre sensato no ingresaría aquí con una joya semejante a la vista, pues podrían rebanarle el cuello para robársela.

Galo habló de nuevo, en un tono tedioso, e incluso irritado.

—¿Y dices que uno de éstos fue arrestado cerca de Preneste?

—No, en un bosque a dos millas de Roma, pero no corresponde a las señas que me has apuntado de hombre aristocrático y pulcro. Aquí sólo nos llegan criminales, convictos y prófugos, y éste, por lo visto, se dedicaba a deshonar y robar templos; desde hace tiempo seguíamos a sacrílegos como éste. Además, ese deshecho humano, al parecer, es también un pendenciero y amigo antiguo de un gladiador pendenciero y de un joven profanador de vestales.

—Nada tiene que ver entonces con el desaparecido. No eran ésas sus compañías.

—¿Quieres verlo? Tiene una cicatriz que le circunda la oreja y padece convulsiones del *morbis sacer*. Por su aspecto desaliñado y peor catadura, es un sujeto de cuidado y un loco de atar. Espero que aún esté vivo, padeció unas virulentas tercianas, según creo, y es un despojo de suciedades. ¡Un truhán de la más baja calaña!

Aulio Galo se sumió en la reflexión, pero desechó la idea por absurda.

—Esa deplorable identidad es la más alejada a las virtudes y de las señas físicas que adornan a quien busco, un romano cuerdo y devoto de los dioses, un *sénior* acostumbrado a recibir honores, no a deshonar templos ni a buscar pendencias. No, no puede ser él, con esas particularidades que me señalas.

—Además, los nombres de los encarcelados son legitimados por testigos, y el de ese profanador fue acreditado por dos ciudadanos romanos.

—No es el hombre que busco, indudablemente, Macro —se lamentó.

—Lo juzgan dentro de unos días y el miserable ignora que por su ultraje sacrílego se pudrirá de por vida en las minas de plomo de Córscica.

—Justo castigo para quien profana a los dioses de Roma —replicó Aulio.

Conversó de trivialidades con Macro y le prometió el envío de una barrica de vino de Calenum, mientras Camila y Drusila aguardaban en el cubículo del decurión, calladas y con gestos mustios. Escuchaban espantadas los baladros de los carceleros, el crepitar del látigo, la murga monocorde de la tísica tos de los presidiarios y unos alaridos atroces que parecían sobrevenir de ultratumba. Para distraerse, convenían en que la enigmática desaparición del jefe familiar había cambiado sus vidas, momento en el que un homúnculo de fisonomía tortuosa, una masa brutal, entró e interrumpió su charla, sobresaltándolas.

—*Salutem*, palomitas. ¿Habéis venido a trajinaros al decurión Macro para que haga la vida más soportable a algún recluso de la familia? —preguntó insolente.

Las mujeres, pálidas como la cera, no articularon palabra y juntaron sus cuerpos, observando al fanfarrón con ojos desorbitados. Desconocían qué había averiguado Galo, y pensaron que aquel repulsivo engendro no encerraba sanos propósitos.

—No os asustéis, pero es a mí, a Venustus, a quien debéis acudir. Otras muchas lo hacen y a sus familiares les va mejor dentro de esta cloaca. Una celda limpia y rancho abundante. No pido mucho, unas caricias en mi catre, una halagadora felación o una penetración sin dolor y los beneficios son pronto y saludables.

Camila, una mujer de belleza etérea que perturbaba por su exotismo, hija de un griego y de una egipcia, reparó en el babeante engendro de cabeza abombada que con lascivia avizoraba, ora las redondeadas piernas de su hija, ora su sugerente escote, donde se insinuaban unos senos gráciles, mientras se manoseaba el *fascinum*^[26]. Enojada por la naturaleza pervertida del carcelero, y entre el dilema de abofetearlo o darle largas e ignorarlo, no respondió ni movió un solo músculo, ya que no conocía el resultado de las pesquisas de Aulio Galo y temía perjudicarlo.

Mantuvo impávida la bellaca mirada del espantajo, hasta que de repente se oyó el marcial martilleo de las sandalias claveteadas de Macro y la conversación cordial de las dos autoridades imperiales. El carcelero, escupiendo en el suelo, y mientras desaparecía como un garabato dejando tras de sí un tufo a sudor, lanzó al aire inmóvil un pronóstico que les heló la sangre:

—Tarde o temprano acudiréis a mí, lindas rameras, y me obsequiaréis de tal forma, que hasta las viciosas *lobas* que fornican con los estibadores libios y los perros se avergonzarían de vosotras.

—¡Sabandija repugnante, que Venus te pudra la méntula! —protestó fuera de sí la *domina*, que nunca olvidaría los ojos de pavor de Drusila.

Compareció Aulio, y Camila interrogó con la mirada a Aulio cuando éste llegó acompañado por el decurión, y al negar con un gesto que se hallara allí detenido, se tranquilizó. Tras agradecer a Macro la ayuda prestada, salieron de la cárcel callando la matrona el incidente con el carcelero. El semblante de Camila era ilegible, el de Drusila de dolor, y el del edil de incertidumbre por la inexplicable pérdida de su mejor amigo.

* * *

No bien hubieron abandonado el recinto carcelario, cuando Macro cerró la puerta con sigilo, encendió un candil e introdujo el cálamo en el cuerno de tinta *atramentum*. Y tras meditar unos instantes, se apresuró a escribir con rasgos apresurados un mensaje con destino al prefecto del Castro Pretorio, el estricto general Décimo Longino:

Perfectissimi. Vale et tu^[27].

El edil curul A. Galo Cimber ha comparecido en la Mamertina con dos damas desconocidas para interesarse por un desaparecido, cuya identidad ocultó. ¿Puede coincidir con el anónimo sujeto por el que también se ha interesado uno de los maestros arvaes, el serenísimo príncipe Marco Aurelio? Si así lo ordenas, investigaré por mi cuenta.

P. MAGRO, decurión de la Mamertina.

¿Qué interés escondía el carismático sucesor al trono del Imperio y magíster de la secta secreta de los arvaes para interesarse por Silvano? ¿Por qué el prefecto del Pretorio, una de las más poderosas personalidades de Roma y presidente del Consejo Imperial también se preocupaba por su desaparición?

* * *

Aquella noche, en la soledad de su lecho, Camila dejó escapar su llanto con feroz amargura. Agotadas casi todas las oportunidades para hallar una respuesta plausible a la desaparición de su marido, se aprestaban a investigar en los puertos del Tirreno, y como último reducto exponer el caso a la clemencia del emperador Antonino.

Sin embargo, Camila evocó la visita al templo de Apolo y se preguntó, entre el laberinto de sus sinsabores, si no deberían haberle prestado más consideración a lo presagiado por el Libro Sibilino. ¿Habría caído su esposo por un fatal desatino del azar en la locura? ¿Estarían cargadas de algún sentido aquellas predicciones? ¿Debería preocuparse por el fatal augurio de los lirios rotos?

Contemplando el perfil de una luna rotunda enmarcada en el oscuro marco del ventanal, cavilaba sobre una sospecha terrible: que, por alguna razón que se les escapaba, su marido podría haber perdido el raciocinio y estar deambulando como un espectro errante por los inquietantes caminos de la soledad y el desatino.

VI

EL PRETOR MANCIA

Dos presos arrastrando los grilletes irrumpieron en las letrinas que se disponían bajo el muro sur de la Mamertina, unos agujeros pestilentes donde por parejas evacuaban los reclusos cada atardecer y en estricto orden.

Silvano, con el pelo sucio y encrespado, la cicatriz amoratada y la barba cerrada y sucia, se movía con furtivo sigilo. Ocultaba sus propósitos con obstinación y, como si royera por anticipado el fracaso de su plan, cayó en un mutismo desesperante. Paulo, que estaba pendiente de sus palabras, no oía de sus labios agrietados lo que deseaba escuchar. Impaciente, aguardó mientras observaba que su compañero movía la cabeza al acecho por si los importunaban presencias extrañas. Y cuando quedaron solos, se apresuró a susurrarle:

—Préstame atención, Paulo —dijo misterioso—. Cuando nos llame ese animal de Venustus, nos intercambiaremos los cinturones. No lo advertirá, no tiene buena vista y ambos están igual de grasientos.

Ascendió el murmullo de las conversaciones de los presos en los retretes contiguos, y más que una pregunta su ruego era un gesto de perplejidad.

—¿Y con qué objeto? Si advierte algo inusual nos costará veinte azotes.

—No me interrumpas, no tenemos tiempo. En sus costuras se ocultan treinta ases de oro, o sea tres mil sestercios, y un medallón que vale el doble. Con esos caudales puedes hacerte con un *orator* que defienda nuestros casos, algunos *advocatus* pagados que nos jaleen, y también lisonjear al juez que nos juzgue. ¿Acaso no me aseguraste que la corrupción es la norma en la justicia en Roma?

El aristócrata, que no salía del asombro, se apresuró a responderle, mientras se limpiaba las nalgas con una sucia esponja:

—Tendré el tiempo justo para buscar un procurador de cierta fama que conozco y que es digno de mi confianza. Me sacarán de aquí en unos días para conocer los términos del *cognitio*, el proceso, y también para tomarme testimonio escrito, pero no sé si lo conseguiré —confesó—. ¿Confías en mí? Dicen en Roma que donde hay oro

no existen los amigos.

La contestación sonó comedida, como la del que está acostumbrado a dar respuestas veraces.

—En la desgracia se crea en ciertas almas un vasto silencio donde resuena la voz de la amistad, y yo la he oído. Me fío de ti como de un hermano.

Paulo se sintió halagado, y con un gesto indolente tomó el ceñidor de su socio de cadenas, anudándose en seguida en el sucio Chitón.

—Si es como dices y no eres un demente, no te fallaré.

—Los beneficios de la fortuna deben compartirse entre amigos. Suerte.

Mientras se alejaban de la apestosa zanja camino de la celda, el joven caballero percibió que su espontánea simpatía hacia Silvano se acrecentaba en su interior, y lo obsequió con un apretón en el brazo, de esos que llenan de aliento el corazón de un semejante que sufre.

—Jamás conocí a un hombre de tan certero talento y cuyo ingenio desarmara al más inteligente —musitó—. El hálito de la diosa Fortuna duerme misteriosamente en tu alma, Silvano, o quizás el del dios Marte, a quien seguramente has dedicado tu vida y lo has olvidado.

—No nos envanecemos de nada hasta no vernos libres, Paulo, y que Temis nos ampare.

Se alejaron como dos espantos de impudicia, mientras en la mente del joven se atropellaban imágenes de miedo; pero también de esperanza.

* * *

Paulo Valerio, que había mantenido una laboriosidad voraz tras salir de la prisión para ser juzgado, fue defendido por el *orator* Ponciano Palas, un reputado legista de dicción pulida que solía defender a los *equites* en sus pleitos y que, tras cobrarle tres mil sestercios, lo defendió con retórica elocuente, jaleada por un público favorable, demostrando ante el tribunal la inmutable limpieza de las intenciones de su cliente, e incluso la contrición de que había hecho gala en la cárcel.

Absuelto de culpa, demostrado que no había traspasado las gradas de Vesta, Paulo debía pagar al *erarium* una multa de quinientos sestercios por marchar de la ciudad estando procesado, mientras que al imberbe Emilio, por allanar en estado de embriaguez la morada más sagrada de Roma, se le condenaba a un año de destierro en la isla de Pandataria.

Con un agradecimiento gozoso y con el alivio dibujado en el rostro, Paulo dio gracias a Vesta y brindó por su recién estrenada libertad, haciendo llegar a su compañero de reclusión el fallo favorable del pretor y las negociaciones ante Palas de su caso.

Sin embargo, ¿debería temer Silvano una deserción de su perseverante compañero

de cautividad?

* * *

La dorada luminosidad de las nonas de abril salpicó el firmamento de nubecillas blancas y filamentosas, desnudando de sombras la Basílica Julia, una de las curias donde administraban justicia los centunviro de la urbs, y que en aquella mañana se hallaba atestada de demandantes, escribanos, cazadores de herencias, jueces y allegados de los encausados, pues no había nación en todo occidente que, familiarizada con el derecho, pleiteara tanto como la romana.

Silvano Galo Mesto, el desmemoriado profanador de templos, escoltado por dos soldados con cimera, espada envainada, coraza de cuero y manto rojo sobre los hombros, fue apostado ante la tarima de uno de los tribunales, presidido por una estatua de la diosa Temis, la deidad de la justicia, con la balanza de bronce en la mano.

Maniatado y astroso, parecía un perturbado, un alma muerta, pero anhelaba que con las negociaciones de Paulo cesara el último capítulo de su reciente pasado y que esa tenue esperanza suspendida en la mano por la deidad detuviera la corrompida rueda de la justicia de Roma. A un lado contempló a sus dos amigos en la aflicción, que le habían ayudado desde fuera de la cárcel con desprendida fidelidad, y que hoy, libres de sus acusaciones, lo alentaban con gestos de apoyo.

Paulo y Ascón conversaban con los jaleadores reclutados en la Suburra a golpe de sestercios, momento en el que la sala se puso en pie, ante la presencia del pretor Mancía, personaje celoso de su deber que se cubrió la cabeza con la toca que lo investía de la autoridad máxima para juzgar. Silvano alzó la mirada hacia las bóvedas de la basílica, donde un aura de fulgor resplandecía entre las vidrieras, iluminando los rostros de los decenviros y del temido pretor *hastarius*. Los cuchicheos de los juicios que se veían en las otras salas alzaban un bordoneo que resonaba como el eco de rumores lejanos, y Silvano se encomendó a Mitra.

Decidido a enviarlo a las minas de Córscica, Mancía había discutido instantes antes con el defensor de cierto atenuante que desconocía, y se mostraba inquieto en la silla curul. Acomodado como un *basileus* oriental y con gesto de impaciencia miró al encausado con una nada tranquilizadora mirada. Invirtió el reloj de arena, y exclamó en un tono neutro, como de cansancio y hastío:

—Hoy, día fasto del mes de abril, del año 899 de la fundación de Roma, comparece ante esta Curia este blasfemo ciudadano romano por conducirse sacrílegamente en un templo del dios Silvanus.

Un rumor de murmullos se alzó entre los asistentes, que seguían con mórbido interés el sumario del profanador:

—¡Ordeno al auditorio que guarde la compostura debida o será expulsado de la

basílica! —gritó de pronto fuera de sí—. Se abre la causa, y seamos breves, por Temis.

Los escribas, versados en las fórmulas procesales, tomaban nota de cuanto allí se decía, mientras un secretario leía las fórmulas legales de imputación y el testimonio escrito por el celador del templo. El pretor le cedió la intervención al *delator*, el acusador particular, quien con una ruda mueca se dirigió al acusado acribillándolo a preguntas:

—Silvano Galo Mesto, ciudadano romano originario de la provincia de Acaya, ¿confiesas haber incurrido en blasfemia en el templo de Silvanus? ¿Ignoras que eres culpable de haber escarnecido las ofrendas de su altar? ¿No te reprocha tu alma que seas un impío sacrílego?

—¡Lo niego rotundamente! —insistió Silvano con vehemencia—. Fui atacado por unos desconocidos que me creyeron muerto, y en la refriega, ellos, y no yo, derribaron los exvotos del dios; lo juro por los dioses del Olimpo, señorías.

—Como era de esperar, niega lo que otros testigos presenciaron —se mofó el delator—. Es un caso flagrante de irreverencia al cielo que no admite recusación posible. Sin embargo, comprenderé que el defensor Palas alegue alguna futilidad en su defensa, aunque pienso que inútilmente, pues te espera el castigo que mereces.

A Silvano se le secó el aliento y miró consternado a Ponciano Palas, el picapleitos que había defendido a Paulo. Dominador de la retórica y de los entresijos de la jurisprudencia cotidiana, según Paulo, se adelantó unos pasos y paseó su mirada por los miembros del tribunal. El pretor se inclinó aguzando el oído y se apoyó en la barbilla, aguardando las pruebas del *orator*.

—El acusador habla de testigos. ¿Testigos? ¿Llama testigo a un viejo chiflado que por su ceguera y edad no ha podido acudir al juicio, y que únicamente vio una sombra desaparecer por el bosque?

El letrado había iniciado la perorata con contundencia, consiguiendo los primeros murmullos de asentimiento. Luego, anudándose la toga en el brazo y con estudiada pose, repaso un inventario de ininteligibles alusiones legislativas, invocando la inocencia de Silvano.

—*Perfectissimi* —declamó—, no puede admitirse responsabilidad alguna para mi patrocinado, ni considerar como acto punible el deterioro de las ofrendas del templo, nunca los sagrados *argeos*, cuyas figurillas no sufrieron menoscabo, ni la imagen divina del dios, así como tampoco el altar del templo en cuestión, pues Silvano es persona señalada con el estigma divino.

El acusador lo miró con ojos curiosos, pues desconocía la nueva prueba que se aportaba al caso, y preguntó grave y extrañado:

—¿Marca divina? ¿De qué sinrazón hablas, letrado?

El *orator* suavizó la angulosidad de sus facciones con estudiado gesto de ironía, y sonriéndose, señaló al inculpador.

—Hablo, sencillamente, honorables decenviros, del *moríais sacer*, la enfermedad

sacra que aqueja a mi defendido, como se prueba en ese papiro entregado al noble pretor Manda, y que también padecieron el filósofo Sócrates, Alejandro de Macedonia y el divino Julio César, esclarecidos personajes tocados por la locura de los dioses, cuyos designios, nosotros, ¡pobres mortales!, jamás llegaremos a comprender.

Una salva de aplausos interrumpió la alocución, mientras el acusador, vivamente impresionado, no perdía palabra, viendo que aquella prueba que desconocía jugaba a favor del reo y desbarataba sus cargos.

—En posesión de sus derechos civiles —prosiguió—, este ciudadano de conducta intachable, mientras viajaba, padeció el roce de un rayo del padre Júpiter mientras oraba ante el altar y era atacado por ladrones de caminos. ¡Yyo me pregunto, honorable tribunal!, ¿no pudo convertirse en un instrumento de la divinidad este romano fiador de la ley y de tacha impoluta? ¿Acaso puede injuriar a los dioses quien es su hijo predilecto?

Los *advocatus* reclutados por Paulo en la Suburra vitorearon al defensor, quien se paseó ante el tribunal, cuyos miembros analizaban sus alegatos, acrecentándose sentimientos de simpada hacia el procesado, una ruina de hombre, ajado y enfermo que no era conocido por nadie, resultando raro que hubiera comprado a los oyentes. El defensor prosiguió, dueño de sí mismo:

—No quiero prescindir de los decretos que convirtieron en poderosa a Roma, pero dicta la *Lex Salutis Tribunicia* del insigne Cayo Graco, pliego II, título V, una atenuación en la culpabilidad de los reos cuando éstos padezcan quebranto de sus facultades mentales. ¿Conoces esa ley, decenviro acusador?

—Sí, sí..., ciertamente —balbució el interpelado, temblándole las carnes.

Palas dejó pasar unos instantes prudentemente calculados.

—Y entonces yo me pregunto, *clarissimi* —soltó su tremenda voz—: ¿Puede una acción judicial incurrir en una iniquidad, ignorando los preceptos de nuestros mayores, con un hombre que desde que nació está marcado por la divinidad y que jamás fue reo de falta alguna? No quebramos la sagrada *pax deorum*, y suscitemos una acción hostil contra los dioses de Roma, os lo ruego.

El argumento había sonado con contundencia en la Basílica, y los legistas sabían que el defensor se había ganado en cambio la voluntad al pretor Manda, conocido republicano, con la infalible alusión al decreto de Graco, el tribuno más esclarecido de la República. Además, había espoleado los ánimos de los presentes con la mención a los inmortales Alejandro y Julio César, sazónándolo con el temor a los dioses, muy sensible al romano de la calle, por lo que era difícil que fracasara el sutil alegato.

El pretor, limpiándose el sudor de la papada, releía el testimonio firmado por dos ciudadanos libres, el *equite* Paulo Valerio y el liberto Ascón el Britano, así como los informes de la Mamertina que lo señalaban como un hombre simple y dócil pero enfermo y perturbado. Constató además el acaloramiento del auditorio, el acento de sinceridad del orador y el semblante pacífico del culpado, no obstante, convertido en

un despojo humano, y se pronunció con benevolencia:

—Desconfío del celo del jurisconsulto defensor, pero, ciertamente, tras la cita legal en la que se apoya, no observo *de jure* deslealtad grave al sagrado panteón de Roma, vicio o falta capital que imputar al procesado, y la demanda del guardián del templo sólo se dirige a unos vasos depositados en el altar, no a la imagen sacra de Silvanus, coincidente además con el *nomen* del inculpatado —dijo serio, y se dirigió al enjuiciado—: ¿Eres devoto del dios Silvanus?

—Así es, clarísimo y compasivo pretor —respondió Silvano—. No emprendo viaje sin abandonarme a su protección y puedo atestiguar que mi mente no recuerda la alevosía de la que se me acusa, lo juro por mis dioses *lares*, noble juez.

El argumento, justificado con sosiego y convicción, y el verbo persuasivo del letrado Palas, habían seducido a la corte de decenviros y a los cada vez más numerosos espectadores, por lo que Manda se revolvió con inquietud, mostrando una munificencia a la que no era propenso. No le cuadraba el caso y hasta le parecía sospechosamente forzado, extravagante incluso, pero no podía contrariar a la plebe con las elecciones de magistrados encima.

Sabía además que los representantes del culpado, dos ciudadanos a los que había auxiliado en la cárcel, habían donado al *Collegia Judicatorum* un óbolo de mil sestercios para los huérfanos de los escribanos, considerándolo una piadosa, aunque interesada acción. Manda, que permanecía sumido en una recóndita reflexión, fijó sus pupilas en el acusado, que percibió un frío temblor en su espalda. ¿Y si todo se iba al traste y recibía un veredicto adverso, regresando a la Mamertina o siendo recluido en una cantera de por vida?

Los miembros del tribunal deliberaron, mientras se hacía un expectante silencio en la sala y Silvano sudaba como una res en el matadero. El pretor, que no podía condenar sino trasladar el veredicto a los decenviros, los conminó a que aquello no se convirtiera en un tumulto. Hablaron secretamente con Manda, quien desde la cátedra recogió el dictamen y prescribió imperativo:

—Éste es el veredicto del IV Tribunal de la Basílica Julia. La magistratura, reunida bajo los auspicios de Júpiter Estator, resuelve dictar sentencia absolutoria en el juicio contra el ciudadano Silvano Galo Mesto, si bien recibirá veinte azotes por su yerro, conmutados por una multa de cien sestercios. Pese a ello, si nuevamente recayera en la misma impiedad, será confinado en las minas de Córscica de por vida. ¡Ésta es la Justicia del Senado y del Pueblo de Roma!

—¡Así será publicada! —proclamó el ujier de la audiencia.

Los ecos de la sentencia, los aplausos de los bullangueros *advocatus* sobornados por Paulo y el sonoro refrendo de los asistentes cruzaron como un torrente el portón de la Basílica, instante en el que dos literas se abrían paso entre la multitud que cruzaba el Foro, transportando a Camila, a sus hijos y Aulio Galo hasta la Puerta Flaminia. Partían rumbo a los puertos de Ostia y Centumcelae, donde proseguirían sus pesquisas. El padrino, que oyó el alboroto, sonrió con ironía y dijo a Camila, que

asomaba la cabeza:

—Hombres juzgando a hombres. Y como apuntó el sabio Tulio Cicerón, la suprema justicia suele convertirse las más de las veces en suprema injusticia.

—Aun así, ese afortunado sale absuelto gracias a ella. Prefiero las leyes de Roma al capricho de los tiranos, Aulio, pues somos esclavos de la ley para poder ser libres. ¡Dichoso él!

Silvano no cabía en sí de gozo, mientras recibía felicitaciones del público y de su defensor, que le apretaba las manos satisfecho.

—El derecho es la más impúdica y genial invención que Roma ha concebido para burlar a la justicia, pero tú, mi querido desconocido, te has servido de él, y ambos nos felicitamos —le dijo el defensor, satisfecho.

—Aunque después de soltar un río de monedas de oro. Pero te expreso mi agradecimiento. ¡*Fausta tibi, orador Palas*^[28]!

Al poco, con lágrimas en los ojos se fundió en un abrazo con sus amigos de infortunio y libertad, Paulo y Ascón, que le habían demostrado un franco apego. Nunca había estado de mejor humor y abrigado sentimientos más indulgentes hacia aquellos dos semejantes que, relegando su respetabilidad y regalo, hacían causa común con un extraño sin hacienda ni pasado.

—Jamás un hombre pudo sentirse tan complacido como yo ahora.

—¡Por los *manes* de los Valerios que hemos de celebrarlo! —saltó Paulo.

—Concluyó la farsa y la balanza de la justicia se venció con el peso de los sestercios. Salgamos de aquí, amigos, por un momento ya me veía atado a un hierro en los penales de Córscica —dijo.

Cuando aspiró el denso aire de Roma, distinguió el verdadero sentido de la libertad, un bien frágil en los años en los que le había tocado vivir y siempre pendiente de un delgado hilo para extraviarlo.

—Me siento libre porque ni temo ni espero nada. ¡Diosa de la libertad, qué dulce bálsamo para mi alma!

—Para celebrar nuestro encuentro con la Fortuna que nos unió con su designio, celebraremos en mi casa la fiesta más sonada de cuantas se celebraron en el barrio del Pincio —anunció el lanista.

Silvano le sonrió y tomó aliento. Estiró las piernas y los brazos enflaquecidos, notando tal cansancio que hubiera querido tirarse en las escalinatas de la basílica y dormir hasta saciarse. Sabía que su cara seguía hinchada y tumefacta, su aspecto patético y perdulario, y que además su memoria aún vagaba por los precipicios del olvido. Exploró el cuadro de color y bullicio que tenía ante sus ojos, y los sonidos del Foro le llegaban a los oídos muy débiles, como suaves rumores de niños.

—¡Por todas las Parcas, que no está lejano el día en el que escaparás del colapso en que se halla tu mente, que estallará en un clarín de luz y recordarás hasta dónde guardaste el vello de tu primera barba!

—Venus te oiga, Paulo, pero ahora sólo soy un pobretón sin recursos y con

alarmantes problemas financieros; aunque, eso sí, con esperanzas.

—Vamos, nos espera el calor de mi casa. Una ínsula en el Aqua Virgo, en la que no te aburrirás —le ofreció el patricio.

Pronto el *gnomon* del Campo de Marte^[29] señalaría el mediodía, y sus tripas ansiaban al fin una comida acorde con su pictórico ánimo. Se despidieron del britano, y con el morrión de sus escasas pertenencias al hombro, Silvano siguió a Paulo esquivando a los viandantes y a las *sella gestatoria* que, porteadas por esclavos, se abrían paso a codazos. Caminaron por calles congestionadas de buhoneros pregonando sus mercancías, mientras algunas alcahuetas miraban al demacrado Silvano con indiscreta curiosidad.

Paulo vivía en la soleada calle del Porfirio —el pelícano—, entre el Arco de Claudio y el Pórtico de Vipsania, en una ínsula de cuatro pisos donde poseía, heredados de su padre, varios cenáculos o habitaciones. Olía a guiso de verduras y a orines rancios del depósito comunal del zaguán, y por lo que pudo observar estaba habitada por caballeros venidos a menos. Se oían las conversaciones de los vecinos y las peleas de los chiquillos, pero Silvano agradecía aquel familiar tufo que como un hormiguelo le traía borrosos recuerdos de su vida pasada.

Pulcramente decorada con un altar de los genios familiares y con cierto boato de lechos, linos y lámparas de bronce, estaba lejos de parecerse a las ínsulas de la Suburra, monumentos de la suciedad y la miseria donde se hacinaban la plebe y los más desheredados de la urbe.

—El esclavo que me cuida subirá agua de la fuente y te asearás. Una de mis túnicas te servirá de momento y avisaré a un *tonsor* para que te rasure, si así lo prefieres. Después comeremos en la taberna de Sotes el Samio, un paraíso de la comida griega.

Silvano decidió conservar la barba para ocultar la herida aún amoratada, aunque constató su extrema desnutrición y su figura depauperada. Salieron a la calle y fue recobrando la conciencia de su nueva situación. Ansiaba reanimar sus sentidos abotargados por la amnesia y la privación de libertad, y sus ávidas pupilas lo devoraban todo.

En la esquina se alzaba un lujoso albergue frecuentado por mercaderes y banqueros. Su aspecto y su nombre, La Colina de las Musas, contrarrestaba con la tosquedad de la taberna del griego, que ostentaba el ridículo nombre de La Olla Ática, un antro tomado por las moscas y los humos, donde comían guisos de lentejas y judías y bebían ruidosamente cerveza germana un tropel de vigilantes, soldados y carniceros.

A media tarde regresaron a la ínsula, y Silvano buscó con avidez nuevos incentivos para sus ojos deseosos de recuperar imágenes, y reparó en un lupanar de hetarias de lujo que se alzaba a espaldas de la hostería. Una paloma, un macho cabrío y un falo de cobre adornaban la puerta con la denominación del prostíbulo, La Cítara de Apolo, del que emanaban efluvios de perfumes orientales.

Asomadas a las ventanas, una docena de jóvenes aburridas les sonrieron. Lucían pelucas rubias y rizosas, para, según la ley, asemejarse a las esclavas germanas, las hembras más apetecidas por los varones romanos. Paulo y Silvano recibieron lujuriosos desbarros de las prostitutas, que hablaban todas a la vez, como un corral en excitación con la llegada de dos nuevos gallos al barrio. Silvano se detuvo unos instantes y posó la mirada sobre una de ellas, que asomaba indolentemente la cabeza. Sus ojos se asemejaban a un trozo de océano y emitían un fulgor afligido por la melancolía, y la sola idea de que pudiera ser mancillada por un viejo borracho o un joven crápula lo incomodó, aun sin conocerla.

Los pómulos y párpados sombreados con antimonio realzaban su belleza y su figura era un remanso de docilidad. Los cabellos rubios cubiertos por un velo de gasa no precisaban de la ritual peluca, y su belleza magnetizaba a quien la contemplaba. La visión de la muchacha le trajo un recuerdo que se batía por prevalecer en sus labios, y cautivado por la metamorfosis que se obraba en el interior de su mente, se acercó a ella; sin poder dominarlo, musitó un nombre:

—Drusila..., pero ¿por qué recuerdo ese nombre? ¿Quién es Drusila?

La visión de la joven muchacha le había acarreado un reflejo del pasado y se esperanzó. ¿Trazaría ese recuerdo retrospectivo y ese nombre ignorado un camino que lo condujera al pasado? Paulo tiró de él conminándolo a seguirlo, pero él no dejó de mirar a la joven. Sobre sus cabezas, como único bien preciado, los cobijaba el cielo romano, un manto añil cruzado por trazos nevados.

Y la doncella, asida al alféizar, le sonrió con levedad.

VII

LA CIUDAD DESCONOCIDA

Ascón el Britano apareció en la ínsula irradiando arrogancia, pues se sentía un hombre feliz y halagado.

El viejo luchador de Londinium, muy conocido en el microcosmos del Anfiteatro Flavio, había sobresalido como gladiador, y por sus méritos de *retiaro* y de *secutor*^[30] había conseguido la liberación y los símbolos de la espada y el yelmo de honor —el *rudis* y el *pileus* de madera—, con el anagrama de El Vencedor, de manos del mismísimo emperador Adriano.

Amante del riesgo, cándido y tosco en sus ademanes, era un personaje asilvestrado e inclinado a los sortilegios. Sostenía a pies juntillas que desde que el destino lo ligara a aquel desconocido desmemoriado, la fortuna le había cambiado provechosamente enmendando su *fatum*^[31] personal. Al día siguiente de ser absuelto, el senador Messala lo había contratado para ensalzar unas *muñera*, las honras fúnebres de su padre fallecido, organizando en su mansión un combate privado de gladiadores que le pagó con esplendidez.

Su modesta escuela de luchadores del *Ludus Magnus*, por decisión de la Academia Cesárea, había sido galardonada días después con un laurel de oro por la meritoria preparación de sus combatientes, y para las fiestas Floralias le solicitaban siete parejas de gladiadores para participar en una *venatio* en el Anfiteatro, un espectáculo con fieras traídas de Oriente, que lo colmaron de orgullo y también de sestercios. A Ascón ya no le cabía más reputación y fortuna, que achacaba al casual encuentro con Silvano y a sus dioses britanos que lo habían dispuesto en el camino de su vida. Por ello había organizado un dispendioso festín en su honor que pregonara entre los envidiosos caballeros del barrio, que lo despreciaban, que un viento agraciado había variado el rumbo de su suerte.

Del firmamento se había enseñoreado una luna esplendorosa que enlucía los tejados de la *domus* del Esquilino, propiedad del lanista. Flanqueado por sus dos socios de cadenas, Silvano atravesó el vestíbulo donde se custodiaban en unas hornacinas los genios de la casa y una estatuilla en arcilla negra de un dios asido a

una rama de roble, en la que se fijaron los recién llegados con curiosidad.

—Es una deidad britana protectora de las casas —explicó Ascón—, se llama Tanaro y es el engendrador del roble y el muérdago que proporciona la riqueza.

Inclinaron la cabeza con escepticismo, en tanto que un siervo, tocado con una peluca grana y con un caduceo en la mano, los recibió delicadamente:

—*Bene tibi, Silvanus Galus. Feliciter!*

El saludo desató un canto delicioso salido de las gargantas de unos músicos disfrazados de Ganimedes, el copero de los dioses, que pulsaban las liras. Unos esclavos los desnudaron, dejándolos sólo con la *subucula*^[32], y los vistieron con la ritual *síntesis*, la túnica de los convites usada para no ensuciar las vestimentas de calle, una suave veste de tafetán color cereza y unas sandalias livianas.

Tras él aparecieron unos efebos disfrazados de Paris de Troya, escoltando un lecho de flores, donde invitaron a ascender a Silvano, considerado como el rey del festín. Le cantaban versos de Píndaro y Safo de Lesbos, y al son de las flautas ingresaron en el *triclinum*, una estancia iluminada con lámparas de aceite y decorada con un mosaico que encarnaba una procesión de ninfas y sátiros. Representaban a Baco sentado en un asno y rodeado por una corte de silenos, los genios de los ríos, unos ancianos borrachos con pezuñas y rabos, que tapaban sus atributos con hojas de pámpanos.

Nueve mullidos lechos en forma de luna componían la escena donde se celebraría el ágape, y donde los aguardaba un hombre de reluciente calva y cinco mujeres recostadas en los divanes. Lucían esplendorosos afeites, complicados peinados y cuerpos sugerentes apenas envueltos en las sedosas *síntesis*, que el britano presentó como esposas de patricios y admiradoras suyas. Conocida la fogosa virilidad de los luchadores del Anfiteatro, no extrañó a sus amigos, quienes al unísono eligieron a Silvano *arbiter bibendi*^[33] cosa que éste agradeció conmovido.

—Sois nueve comensales, como las nueve musas, y sin ninguna *sombra*^[34] que perturbe la cena —dijo el esclavo, y rieron todos.

Resonó un batintín y unos esclavos de figura andrógina llenaron las copas con vino de Regio para la obligada libación a Júpiter, al emperador Antonino y a su augusta, Faustina. La mesa central estaba ocupada por trinchadores de bronce, vasos de ónice y cráteras de Samos para mezclar los vinos, con un colador colmado de nieve y canela. Se inició la *gustado* con entremeses de trufas, atún de Circe y *garum* de Cartago Nova, regados con vinos de Paphos, que a Silvano le parecieron manjares del Olimpo, pues desde el apresamiento no se había llevado a la boca exquisiteces tan excelentes. Apoyados sobre los triclinios conversaban animadamente, mientras Silvano comía con una distinción que no pasó inadvertida a las matronas y orientaba al esclavo escanciador sobre las mixturas de vinos, a las que añadía mirra y galvano con insólito saber.

Antes de iniciarse la *prima mensa*, los primeros platos, el invitado calvo, socio de Ascón en la escuela de gladiadores, que hacía gala de una gula desmesurada, ya había

ido al vomitorio para vaciar el estómago y atiborrarse con glotonería de las excitantes viandas que se servían sobre rebanadas de *panis candidus*, el apreciado pan blanco. Se sucedían las bandejas con ubres de cerda, barbos marinos de Tarento, morenas del mar de Gades, alondras sazonadas con miel de Melaría, lenguas de flamenco en zumaque de Cirene, sesos de faisán de Frigia y codornices de Melos, adobados con especias y aderezados con sal y pimienta malabar servida en *salinum*^[35] de plata, que degustaron entre muestras de complacencia.

—¡Un festín digno del acaudalado Creso! —se felicitó Silvano.

—Bebamos por los *manes* británicos de Ascón —brindó Paulo.

Los músicos coreaban audaces ditirambos, mientras los huéspedes se deleitaban con el vino de Cumas, que los conducía a un permisivo estado de liviandad al que no eran ajenas las sensuales matronas, quienes en posturas indecorosas espoleaban sin recato los instintos de los varones. El socio de Ascón, sin poder reprimirse, manoseaba a los coperos y los besaba con pasión, pues en Roma, como en Grecia, se consideraba el placer sexual como un deleite ineludible, y en cuanto a la homosexualidad, el romano respetado jamás recibía del efebo, y le correspondía en el acto erótico el papel del amante, convirtiéndolo en una dádiva del maestro hacia el discípulo.

El varón *quirite*, aparte de su *caya* o esposa legítima, disfrutaba del placer de favoritos de ambos sexos, y solían frecuentar su lecho cortesanías, esclavas y mujeres conocidas, en un vínculo de amistad que incluía tanto el sexo como la amigable atracción y los pensamientos elevados, en un regalo de armonías que fundía el cuerpo y el alma de los amantes en un mutuo deleite. Relegada al olvido la *lex Julia* sobre el adulterio, las esposas gozaban de máxima libertad. La matrona honesta, piadosa y fiel de la República, tanto como el varón austero de los tiempos de Catón y los Escipiones, habían expirado al acceder al Imperio la licenciosa familia Julia y su gusto por los placeres asiáticos.

El vino de Cumas y el hidromiel alimentaron los escarceos amorosos, y el achispado compadre del britano, que no acababa de parangonar el óptimo licor, ingresó en un estado de lujuria tal, que se enredó en un arrebató orgiástico antes de haber probado los segundos platos. A un tiempo acariciaba los senos de la dama de su diestra y los genitales de los jóvenes *scoparii*, los impúberes que a los pies de los lechos recogían los desperdicios.

—La esplendidez y prodigalidad del convite me conmueve, Ascón. Esto supone reencontrarnos con los olvidados placeres de la vida.

—Pude morir en aquel antro, y gracias a ti, Silvano, sobreviví. Ni con cien convites como éste pagaría tus favores —le aseguró el británico.

La dúctil y azafranada luz de la estancia y los vapores del vino contribuían a tejer una atmósfera de frivolidad, a la que tampoco eran ajenos Silvano y Paulo, quienes, condenados a un obligado celibato en la cárcel Mamertina y distraídos con las pícaras conversaciones de las *dominas*, se sumaron sin continencia a los retozos pasionales

de sus compañeras.

Con los rostros embotados por los néctares, dos esclavos egipcios sirvieron la *secunda mensa*, compuesta por pan aromatizado con adormidera y anís, y cabritos coronados de ciruelas, huevos de pava en salsas de cardamomo y pimienta malabar, dátiles del país de los garamantas, así como salchichas de Cremona que trincharon los esclavos al son de la zumbona musiquilla. Las gotas de la clepsidra seguían cayendo, y el aceite precario de los candiles los conducía de una vigilia a otra, anunciadas por los guardias de las cohortes nocturnas que patrullaban la ciudad hasta el amanecer. Sin moderación ni freno, los huéspedes seguían llenando los estómagos con los manjares que acarreaban sin cesar los esclavos, y abandonados en un sopor complaciente, la comilona se trocó en una bacanal.

Desdeñaban los alimentos sólidos, y los esclavos masajearon sus estómagos, momento que aprovechaban para acudir al vomitorio o seguir con los lascivos escarceos con las matronas que se desprendían eróticamente de los *strophium* que les sostenían los pechos y reían incitadoras, mientras cosquilleaban a los varones con los pies. El escanciador convocó a los efebos chasqueando los dedos para que retiraran los restos del banquete, y tras purificar las ménsulas con servilletas perfumadas, colmaron la mesa con tartas de almendras, dulces de membrillo con jengibre, frutas escarchadas y elixires, los alimentos habituales de la *comissatio*, la sobremesa.

Los esclavos ciñeron las cabezas de los huéspedes con coronas de laurel y mirto y, ante la estatuilla del genio britano de la *domus*, el achispado Ascón derramó vino de Falernio, rogándole prosperidad y la recuperación de la memoria a su amigo Silvano. Con lágrimas en los ojos alzó su copa de doble asa, y tambaleante enunció un brindis en el que agradeció a los dioses el haberse tropezado con aquellos dos honorables ciudadanos romanos, y una glosa a la imperecedera amistad compartida que emocionó a los convidados:

—Por Marte Vengador que siempre aseguré que en la fortuna nos asedian los amigos fatuos, pero es en la adversidad donde verdaderamente distinguimos a los que son verdaderos.

—Mi buen Ascón, Minerva habla por ti, porque, ciertamente, los amigos seguros se revelan tan sólo en las ocasiones más inseguras de la vida —dijo Silvano.

—Yo he vivido el lado oscuro del infierno, el de la esclavitud, la muerte en el circo y la soledad, y nunca olvidaré que me sostuviste en la desgracia —le replicó Ascón, y lo abrazó efusivamente.

—Nuestros destinos se han cruzado en el aire —alzó su copa el patricio—. Sean pues puestos bajo el auspicio de los dioses y que ellos los mantengan atados eternamente.

—Y ya que la amistad es inmensamente más indulgente que el amor, ruego a Venus que la fomente hasta el fin de nuestros días —respondió emocionado Silvano.

—¡Que así sea!, y jurémoslo ante tus sagrados *lares* britanos.

Finalizada la salutación, los músicos rivalizaron en ejecutar lascivas danzas para

delicia de los embriagados comensales, que los animaban a unirse a ellos ascendiendo hasta el cénit la excitación de la cena. Los labios de los comensales, avaros de delicias, recorrieron los cuerpos desnudos, y con una ingenuidad animal, las mujeres buscaron el placer de los invitados y de los efebos con voluptuosidad. La compañera de lecho de Silvano, que sorbía sin parar *aqua mulsa*, melosa hidromiel de Frigia, lo atrajo hacia sí y, dibujando una sonrisa sensual, acarició su turgencia viril, fundiéndose ambos en un abrazo mientras eran besados por los jovenzuelos, cual Cupidos apasionados que halagaran a la ninfa Psico.

Al poco, sólo se percibía una amalgama de pechos rebosantes y muslos redondeados que centelleaban con la lumbre de las candelas. Las mujeres saltaban por los divanes perseguidas por los convidados, que las penetraban en el suelo o en los lechos entre quejidos de concupiscencia. El convite se había transmutado en un éxtasis de disolución, de miembros estremecidos y de una sonora melopea que los condujo al incendio de los sentidos.

Paulatinamente, el aceite de las lámparas, ocultadas con vejigas de ámbar, se consumió, extinguiendo con su palidez la desenfrenada orgía con la que el britano había honrado a sus amigos. A la raya del alba, un círculo de cuerpos desnudos revestidos por una capa de vino, sudor y perfumes yacían exhaustos en los lechos, en medio de una atmósfera empalagosa.

Silvano, que había saboreado un momento de felicidad, se despertó sin saber a ciencia cierta dónde se hallaba, y apartando de sí el cuerpo de la compañera de juegos que asía su exangüe masculinidad, se cubrió con la síntesis y se dirigió a aspirar el aire fresco del peristilo. Elevó los ojos y los detuvo en el rielar de la luna y en el trémulo resplandor de la residencia del emperador, la Domus Augustana, un recinto fantasmagórico que parecía encantado y fuera del tiempo, aunque le era vagamente familiar. Espejismos de dudosos recuerdos le vinieron a la mente, mientras se preguntaba: «¿Cómo podré conectar con mi realidad pasada, cuando mi espíritu ha sucumbido a tantos infortunios?».

Silvano bajó la cabeza y se sumió en la desesperanza. ¿Conseguiría hallar el venero de las aguas perdidas, cuando su memoria se extraviaba en el más desolado de los desiertos? De repente, como el vuelo de un pájaro que le rondara la mente, recordó vagamente fiestas vividas dentro de los muros palatinos blanqueados por la luna, e incluso evocó paseos por sus terrazas.

—¿Quién soy realmente?, ¡por todos mis *manes*! —murmuró consternado—. ¿Quiénes mis parientes y amigos?

Durante treinta y dos días, su mente había vagado por aposentos de tinieblas, como una sombra que navegara en el silencio, suspendida en inescrutables interrogantes. «Pero ¿hasta cuándo?», se preguntaba.

* * *

En los días que siguieron al banquete de Ascón, la imposibilidad que significaba unir los retazos de su vida no arredró a Silvano, quien, tras ingerir un frugal *jentaculum*^[36] de pan con ajo y miel, prescindió de la compañía de Paulo, que salió de viaje para visitar a su madre, lanzándose en solitario al laberinto romano. Formaba parte de su ser la capacidad para arriesgarse y se apuraba por cruzar el umbral prohibido.

Ascón le había enviado un médico de la Academia de Asclepio entendido en males y golpes de gladiadores, y tras examinarlo, explorar sus orines y heces y extraerle sangre con un punzón, diagnosticó que la *kole*^[37] o bilis amarilla y la bilis negra, así como la flema de su sangre, no podían mostrarse más sanas. No dudó en que sus heridas estaban curadas y que su temporal *amnesia*, o se remediaba en la siguiente luna, como parecían presagiar los lugares recordados, o de enquistarse se convertiría en un morbo irremediable que lo conduciría a la necedad de por vida.

—El mal vaga por tu cerebro y pugna por abandonarlo obstruyendo los accesos a tu memoria. Tu vida está ahora regida por los humores melancólicos y de ti depende que esas presencias fugaces se conviertan en permanentes. Sal al mundo y rebusca, gana confianza y recobra la fe perdida. Sólo así sanarás. *Contraria contrariis curantur*, es decir, «los contrarios se curan con los opuestos». Un golpe, una conmoción, una impresión inesperada, harán recuperar tu memoria.

—Antes mi única obsesión era sobrevivir, ahora lo es recordar y luchar contra el tiempo —asintió cariacontecido—. Haré cuanto me dices.

Como la ínsula carecía de agua y de letrina privada, Silvano prefería bajar al rellano de la escalera, donde había una silla retrete de servicio comunal, y no a un estercolero próximo, donde solían evacuar los vecinos, lleno de cuervos y de ratas. Después se lavó en la fuente y, cuando se calzaba ya las sandalias, vio llegar con un ánfora en la mano a la joven prostituta qué conociera días antes.

De natural dulce, su rostro estaba embellecido con sombras azuladas, y su cuerpo, ceñido por un cinturón áureo, le realzaba los incipientes senos. Unos rizos de oro caracoleaban en su rostro de nácar y una redecilla de perlas le recogía una cabellera de dorado almíbar. Nada impuro la ensombrecía. A Silvano le costaba trabajo aceptar que, aunque fuera una cortesana distinguida, aquel dechado de candor ejerciera como meretriz. Olía a algalia y sus ojos destilaban afabilidad.

—Tú vives en La Cítara de Apolo, ¿verdad, muchacha? —le preguntó afable.

A la doncella, acostumbrada a soportar los desprecios de las matronas del barrio, las insolencias de los varones y los pescozones de los pilluelos, le extrañó que aquel hombre le hablara con ternura, y con las insólitamente dúctiles cadencias de su lengua griega, contestó:

—Sí, pero la patrona aún no me ha entregado a hombre alguno. Me reserva para las fiestas Floralia. Un acaudalado *sénior* pagará por mí una fortuna según creo —dijo miedosa—. He de irme, me están vigilando desde las ventanas. Soy una *intacta*^[38], una mercancía de inapreciable valor en Roma, y no debo hablar con nadie.

—Aguarda —la detuvo con ternura—. ¿Has nacido en la esclavitud?

—No, unos piratas tracios me raptaron hace dos años en Tesalia, mi patria, en un hermoso pueblo de pescadores de la Hélade, donde se alza el santuario de Afrodita Anosia, que procuro olvidar para no experimentar más pena.

Silvano, acostumbrado a la fatalidad, la alentó devolviéndole los ánimos y durante un rato intercambiaron consuelos, consiguiendo que la joven sonriera y le confesara sus secretos:

—De niña fui consagrada a la deidad del amor, pero ya nunca podré jugar con mis amigas en la playa, ni ofrendar a Venus, ni reunir caracolas con mis hermanos, ni volver a abrazar a mis padres. Sufro celos de los pajarillos, de las nubes pasajeras, y hasta del aire pestilente que aletea en esta odiosa ciudad.

—La dicha sólo existe en la ficción. Afórrate a la existencia y sé feliz.

—¿Es posible vivir carente de amor y sin la calidez del afecto? Yo no puedo.

—Nacemos solos, y solos transitamos por el camino de la vida hacia la muerte. Amóldate a tu nueva condición y disfruta —la confortó—. ¿Cómo te llamas?

—Altea —dijo precavida, sabiendo que la espiaban—. ¿Y tú?

—Silvano, pero creo que tengo otro nombre. He perdido la memoria tras un infortunado accidente y deambulo por Roma sin saber quién soy realmente.

—Qué extraña dolencia. Rezaré a Afrodita para que te conceda la gracia de hallar un recuerdo que te traslade al pasado —dijo con sincero afecto, y le acarició la barba.

—Que Venus te guarde. Has añadido esperanza a mi desaliento.

Asombrosamente perfecta, nada empañaba sus sublimes rasgos, ni la expresión de sus ojos apesadumbrados, ni el andar cimbreado que Silvano contempló hechizado mientras desaparecía tras la cortina del prostíbulo.

Desde aquel día, Silvano la buscaba todas las tardes cuando se acercaba a la fuente, y conversaban sobre sus cuitas, desconsuelos y progresos.

* * *

En la desesperada soledad de su mente, la primavera convocó a Silvano como Circe a Ulises. Con el alba las carretas ya habían abandonado el mercado del aceite, el Aequimelium, la lonja de las aves con sus cerros de jaulas y los tenderetes del Transtíber y las Velabaras, abastecidos de mercancías durante la noche.

El rumor creciente de la vida despertó a Silvano, que se vistió con una túnica de grosera lana y se dispuso a recorrer en los días siguientes los catorce distritos de la urbs. Intensificó las caminatas y se mezcló con la marea de clientes con la cesta en la mano camino de la salutación a los patronos, de los cambistas con sus tablas bajo el brazo y de los gramáticos que convocaban a golpe de vara a sus alumnos bajo los pórticos.

Silvano siguió como un sonámbulo, hasta darse de bruces con el pórtico de

Munucio, donde la *Annona Imperial*, encargada del avituallamiento, proporcionaba pan diario a la plebe y a la turba sin techo que vagabundeaba por las calles. Rebuscó en sus brutales rostros una imagen donde cimentar su recuperación y, tras hallar sólo desprecios, descendió por las colinas del Pincio y el Quirinal, donde contempló la vista esplendorosa de los Foros y del Panteón de Agripa con su techumbre dorada.

En las Carenas se detuvo ante la *domus* de Pompeyo y compró una manzana en el mercado de frutas, reanudando pensativo la marcha. Rodeó el Anfiteatro y merodeó por las inmediaciones del Circo Máximo, donde se oía el piafar de las caballerías entrenándose en la arena. Quiso entrar, pero los colosales portones se hallaban cerrados a cal y canto y unos volatineros le aseguraron que no abrirían hasta los próximos *ludi* o juegos de la diosa Ceres.

Cabizbajo, caminó hasta la Suburra, el arrabal más pobre de Roma, un laberinto maloliente de callejas entre el Esquilino y el Quirinal que concluía en la populosa calle de los libreros, el Argileto. Olía a cieno de las apestosas *dolia*, las tinas donde se vaciaban los bacines, y la mugre se amontonaba por todas partes. En un caos de voces, dos matronas encintas discutían y unos ociosos vecinos comían en las *termopolia* de la esquina, rivalizando en polémicas con los viejos putones. El barrio más popular de Roma era una babel de lenguas, pero le traía recuerdos vagos, y mientras los lidiadores del Circo recaudaban apuestas clandestinas, los vigiles de las cohortes urbanas retiraban el cadáver de una prostituta acuchillada durante la noche y tirada en un charco de aguas nauseabundas.

Sólo poseía unos *nummus*^[39] en el bolsillo y a lo más que podía aspirar aquella soleada mañana para el *prandium* era a comprar una salchicha y un vaso de *mulsum*, el vino barato con miel que bebía la plebe romana. Recordó vagamente, sin ninguna precisión, que en otro tiempo bajaba por aquella animada calleja hasta el templo de Diana, acompañando a una mujer —¿su esposa, su hija, su madre?— y a las termas del templo de la Concordia para sacrificar a la deidad, el templo erigido para agradecer al cielo la paz entre los plebeyos y los patricios de Roma.

Dejó la inmundicia, la piojosa chiquillería que jugaba con las tabas y las *pupas* o muñecas en el lodo, por el esplendor de los foros. Se detuvo ante el púlpito de la Rostra, donde un orador peroraba ante el populacho acerca del gobierno de Antonino Pío y de su bondadosa liberalidad, para luego, interesado en la pista del talismán empeñado por Paulo para costear la minuta del *orator*, dirigirse al bazar de los orfebres en la Cuesta Argentarla, donde se abrían los bancos más acaudalados del imperio, la banca Sestia o la poderosa Labiena, y las tiendas de joyas más ostentosas del orbe, protegidas por tornasoles anaranjados y *vigiles* armados.

Orfebres etruscos, turdetanos, fenicios y egipcios y clientes adinerados de todo el Imperio discutían el precio del oro de Libia, de las piedras preciosas de Máscate y del marfil de las caravanas de Petra y Eritrea. Exhibían la suntuosidad de sus vajillas de oro, collares y aretes, y Silvano, absorto entre tanta ostentación, admiró los anaqueles de las tiendas, mientras sus ojos buscaban ávidamente la joya tan querida por él y

único vínculo que lo ligaba con el pasado. Cuando accedió a la última, La Diadema de Afrodita, un zalamero vendedor caldeo que lo había estado observando con sus ojillos de rata, se le acercó como si recelara de su túnica plebeya y aspecto extraño, barba crecida, debilidad y cabellos ralos.

—¿Querías algo, *domine*? Supondría para mí un honor servirte —se expresó con una adulación que a Silvano le pareció excesiva.

No obstante, Silvano había pensado que tal vez el medallón podría conducirlo al discernimiento de su nombre, y relegando las artificiales lisonjas del mercader, respondió con falsa intención:

—Hace tiempo adquirí un caro amuleto que he extraviado, aunque no recuerdo dónde. ¿No anotáis acaso en algún *codex* el nombre de los compradores? Quería hacerte alguna consulta y si fuera preciso encargar otro semejante.

—¿Y qué representaba? —preguntó el joyero deferente y hasta obsequioso.

—En el anverso se exhibía la efigie en ónice del gran Alejandro, y en el reverso una alegoría del dios Mitra y la diosa Epona.

El vendedor, que lo miraba sin quitarle ojo, le participó inquieto:

—No te molestes en buscarlo. Ese tipo de medallones de gruesos bordes llamados *contorniatas* no los hallarás aquí, *domine*, pues por su coste sólo se tallan por encargo en Alejandría, Tiro y en Gades. Suelen comprarlos los estrategas, los marinos o los soldados que han viajado a Oriente o adoran a dioses asiáticos, como Mitra, el dios del toro, Epona, deidad de los *kurós*^[40] griegos, o Alejandro el macedonio, el héroe más venerado de Oriente.

—No sabes cuánto lo siento —se lamentó con un gesto de decepción, mientras miraba otros amuletos—. Gracias por tu información, amigo.

—*Vale et tu, domine* —respondió el caldeo, nervioso.

Silvano salió de la tienda y se detuvo de nuevo ante las vitrinas mientras observaba que el empleado lo vigilaba con mirada maliciosa. No aceleró el paso para no acrecentar sus sospechas, pero entendió que tal vez por su veste grosera, greñas escasas y mal rapadas y aspecto deslustrado, creyera que había intentado robar. Mientras, el inquieto tendero, que no lo perdía de vista, abrió los labios como musitando una plegaria: «Si es quien yo creo, que lo es, por Juno que está más avejentado y presenta un aspecto deplorable. Avisaré al patrón».

En unos instantes apareció acompañado por un vejete de nariz ganchuda y gorro frigio que se frotaba las manos. Comparecieron anhelantes y sobrecogidos, pero al no ver a nadie en la tienda, el semblante del patrón tomó un sesgo de decepcionante desencanto.

—¡Se ha marchado! Pero ¿cómo no me has avisado antes, torpe de los infiernos? —le regañó colérico—. Es uno de los hombres más ricos del Imperio y hasta más querido incluso que el emperador. Tenías que haber intentado retenerlo y aligerarle la bolsa con otros adornos y joyas.

—Lo buscaré. No debe de andar lejos. ¡Era él, no me cabe duda!

Al poco regresó el joven jadeante y con el semblante contrariado:

—Ha debido de adentrarse en el Foro de César, y lo he perdido, amo. ¡Qué desdicha! Una vez lo contemplé a menos de tres pasos, al lado del divino Adriano, y parecían dos dioses descendidos del Olimpo. ¡Y ha estado frente a mí! —suspiró desalentado, y volvió a sus quehaceres—. Nunca olvidaré este instante.

En el *antemeridium*^[41], Silvano, cansado y con los pies polvorientos, bordeó el pórtico de Pola y el acueducto de Virgo, el que alimentaba las termas de Agripa y la ínsula donde vivía Paulo, con su identidad envuelta en las mismas brumosas sombras que cuando salió. Las pesquisas no podían haber sido más desalentadoras y los muros invisibles del olvido se resistían a desmoronarse; pero al amanecer siguiente volvería a salir en busca de sus evocaciones, con la insistencia del herrero percutiendo en el yunque.

Detestaba convertirse en una carga para Paulo y Ascón, y había decidido que, si para las calendas de mayo no hallaba sentido a sus búsquedas en la urbs, partiría por la Vía Prenestina con rumbo desconocido en busca de otros indicios. ¿Acaso no había sucedido en aquel camino de Preneste el penoso incidente del asalto y su detención?

Silvano sintió sobre su rostro la indescifrable tibieza del atardecer, y rogó a los dioses que lo guiaran a la victoria de su mente. Aguardó sentado en la fuente de Apolo la llegada de Altea, para contarle sus progresos. Hablaron largo rato y, después de consolarse en sus infortunios, la joven le pasó sus manos suaves por el rostro y lo alentó asegurándole que su protectora Afrodita velaba por los dos.

—Pero ¿hasta cuándo habré de vagar de frustración en frustración, Altea?

—Un día le escuché a un cristiano que la fe es la certeza de lo que no vemos o no esperamos. Cerremos los ojos a la razón, y aguardemos un futuro mejor para los dos.

Aquella tarde Silvano disfrutó como nunca de la probidad de un crepúsculo cárdeno que asediaba con su flama las crestas de los templos y penetraba por las celosías de La Cítara de Apolo, el injusto hogar de Altea.

VIII

¡SALVE, ROMA!

Los días se sucedieron y Silvano sólo dormía a ratos, con los ojos anclados en un pasado sin imágenes.

La solución de su rompecabezas lo incitaba a caminar sin descanso, a preguntar en los castros y retenes de soldados, a indagar en los sitios más insospechados, como un autómatas que quisiera quebrantar de golpe el silencio de su mente.

«No me cabe duda que debo ser un extranjero, pues nada ni nadie me son familiares. Cuando pasen las fiestas de Ceres, saldré al mundo a indagar».

Escudriñaba en todos sitios, cruzaba plazas y puentes, y como un paciente cantero recomponía piedra a piedra la fábrica devastada de su pasado. Había visitado el Castro Pretorio por si reconocía a algún soldado u oficial, pero a la tercera ocasión en que merodeó por sus inmediaciones levantó sospechas y fue conminado sin miramientos a desaparecer, so pena de perder la vida.

Acarició la posibilidad de entenderse con algún seguidor de Mitra, pues la marca del sol diminuto en su brazo lo intrigaba, y antes de ingresar en la vorágine de los Foros, preguntó a un viandante y acudió al templete de Mitra. Las tapias estaban tomadas por una selvática invasión de bejucos, hiedras y campánulas mustias y le pareció un lugar caótico del que escapaba un acre hedor a cerrado. Se acercó a la puerta del santuario mostrando al guardián el tatuaje del sol e interesándose por si era conocido en aquel lugar como adorador de Mitra. Ante tamaña incongruencia el guardia lo tomó por un loco, un lunático o un indigente peligroso.

—¿Qué grado de iniciación has alcanzado, hermano en la fe?

No sólo había perdido sus recuerdos, sino que su memoria selectiva para evocar un detalle tan peculiar se le había esfumado del magín.

—¿Grado? Hace tiempo que no frecuento el templo, y no sabría decirte —arguyó, tímido.

El guardián, recelando una trapacería y observando su descuidado aspecto, lo despachó con buenas palabras, pero sin ninguna solución a sus extraviados recuerdos.

—Amigo, acude pasadas las fiestas Cerealia —le recomendó—, pues hasta entonces no se reúne el capítulo de los devotos de Mitra para honrar a Helios renacido. Como ves, esto está desierto y los hermanos no lo frecuentarán hasta entonces. Pero si me dices cuál es tu identidad en nuestro credo, yo me ocuparé de preguntar al mistagogo.

—¿Mi nombre? —preguntó—. Déjalo, amigo. Regresaré tras las festividades—. «Sin una referencia o un pasado, es inútil», se lamentó. «Estoy recuperando mi inicial aspecto, pero ¿quién se va a fiar de mí?».

A veces se convertía en objeto de curiosidad cuando se quedaba extasiado ante las gradas de la biblioteca Ulpia, o ante el *Acta Diurni Populi Romani*, unos pliegos con listas de nombres y acontecimientos ocurridos en la urbe, ante la estela de un emperador conocido, una encrucijada de calles o una casa que conservaba recuerdos de su vida extraviada.

Penetraba en las letrinas del Foro por si hallaba entre los que defecaban a algún conocido, y pasaba largos ratos en el evacuatorio dignificado con mármoles, calefacción, estatuas griegas y pebeteros de sándalo. La treintena de asientos esculpidos, bajo los que discurría el agua corriente, solían estar ocupados por los ociosos romanos, quienes, mientras descargaban las tripas, se peleaban por su auriga preferido o criticaban a algún censor o tribuno de la plebe. Sin embargo, Silvano no halló nunca una cara conocida. Y tras insistentes exploraciones por el caos de su pasado, al jeroglífico le seguía faltando la pieza capital que le concediera sentido, su nombre.

Antes de las fiestas de Ceres, Paulo regresó de Perusia, y lo animó con afabilidad:

—Te hallo muy recuperado, Silvano. ¿Y tus recuerdos, comparecen al fin?

—Siguen mudos y envueltos en un velo de silencios. Percibo voces que me reclaman pero que no pronuncian mi nombre. Hoy he pasado frente a la Columna Trajana, y he recordado haber orado ante las cenizas del emperador —le explicó—. Pero sigo preguntándome sin poder responderme quién soy yo, Paulo.

—Luchas contra fantasmas, pero a la postre vencerás —aseguró—. ¿Y si intentarás acercarte a la Domus Augustana? Alguien podría reconocerte allí.

—¿Y si formo parte de una oscura conspiración? Además, ¿crees que, con este aspecto y sin saber quién soy, ascendería uno solo de sus peldaños? No olvides que intentaron matarme. Por ahora indagaré por mi cuenta y no sobrevolaré la llama poderosa del César —le confesó irónico—. Combato contra un imposible y cada día que transcurre me siento más abocado a una más que inevitable locura.

—Silvano, créeme, un genio al servicio de algún dios vengativo mantiene reprimidos esos recuerdos. Sólo están encerrados, no perdidos. No desesperes.

—Espero un simple nombre que disuelva la niebla de mi mente. Pero ¿cuándo ocurrirá ese prodigio?

* * *

Roma se desperezó soñolienta en los *idus* de abril, día de los fastos de Ceres. Las tibiezas empapaban de sopor al indolente pueblo romano, en medio del diluvio de luz que se derramaba en oleadas sobre las jorobas de sus colinas.

Bandadas de jilgueros y palomas, las mensajeras de Venus, y un aroma a campos floridos se agitaban en el aire, convocando a las *Cerealia* o juegos de Ceres, fiestas en que las matronas romanas procesionaban en honor a la diosa de la tierra, para con el ocaso celebrar sus clandestinos misterios en la cámara secreta del templo. Escenificaban el rapto por Plutón de la hija de Ceres, Proserpina, y en un íntimo ritual, danzaban entre esencias de narcóticos orientales, se amaban, bebían néctares y afrodisíacos y comían hasta que la diosa se mostraba revelándoles la verdad del conocimiento, cuya divulgación era castigada con la muerte.

Oliendo a vino de Cécubo y con las facciones abotargadas, compareció en la ínsula el pelirrojo Ascón, que mientras ascendía por los escalones iba despertando a sus moradores, que protestaban airados. Sobre su llamativo atuendo lucía una estola encarnada abrochada con galoncillos de ágatas. Un talismán contra el ojo con la efigie de Lug, el dios celta, rielaba en su vellosa pecho y en sus manos velludas portaba una bolsa con ropas.

—¡Por la maza de Hércules que es llegada la hora de desentumecer los músculos de la comodidad! —bromeó a sus expensas—. No comprendo como dos devotos de Ceres pueden aún estar tumbados a estas horas.

—Pero si Roma está aún dormida, charlatán —protestó Silvano.

—Sé por Paulo que haces grandes progresos en tu mal, Silvano, y que los dioses te devuelven poco a poco lo que te arrebataron.

—Falta el cesto donde volcarlos, Ascón, mi nombre, mi casta y mi *gens*, la clave que proporcione sentido a esas evocaciones.

—Rezo a Minerva y a Lug mi bienhechor y les ofrezco sacrificios por tu curación, y me oirán, ya verás —le confesó—. ¡Mirad!, os he traído togas blancas para que luzcáis como Apiolo y algo más selecto que os llenará de alegría y disipará vuestra triste existencia —añadió enigmático.

Los aletargados compañeros se miraron con perplejidad.

—¿Qué puede ser tan valioso que has conseguido despertar a media Roma?

—¡Tres invitaciones para las carreras del Circo Máximo, y por encima de los asientos de los senadores! —exclamó envaneciéndose como un pavo—. Me las ha regalado mi protector Plaucio Messala, y he pensado compartirlas con dos perezosos amigos. ¿Qué os parece?

No exigieron más promesas para renunciar a sus lechos.

—No se puede hacer ascos a regalo tan obsequioso. ¡Arriba, Silvano! Comamos

un poco de tocino y sigamos a este viejo loco.

—¡Alto, irreverente! ¿Tú te tienes por un romano piadoso? —dijo el gladiador dejando aturcidos a sus dos camaradas de presidio—. Paulo, hoy es día de ayuno y debemos dejar la pitanza hasta el mediodía, como dictan las leyes de tus antepasados. Nos hará bien a los estómagos.

* * *

Silvano se envolvió con sus amigos entre la abigarrada ola humana que acudía al hipódromo, al urgente reclamo de las carreras de cuadrigas, la gran pasión romana. Los romanos vaciaban los barrios y las mansiones quedaban desiertas. Descendían las multitudes en una riada por las colinas y las riberas del Tíber, siendo tragadas por la colosal barriga del cíclope de mármol, el gran Circo Máximo, que se alzaba junto a la Vía Apia, aprovechando la vaguada natural del valle de Murcia, entre el Palatino y el Aventino. Y corrían para no perderse un solo instante de la diversión más espectacular y amada de Roma, las carreras de cuadrigas.

Cuando los tres amigos abrieron sus ojos, cegados por la oscuridad de los vomitorios, al espectáculo de luz y color del monumental estadio, una mole apiñada de trescientos mil romanos vitoreaban al emperador Antonino, que en pie en el *pulvinar*; el palco imperial, y rodeado de una cohorte pretoriana, blandía el cetro de marfil rematado con el águila de oro.

—¡*Vale Imperator, vale Antoninus!* —clamoreaban al unísono.

Silvano quedó petrificado como una cariátide. Millares de cabezas apretujadas se movían como las espigas de un sembrado. Boquiabierto y ajeno a las llamadas de sus amigos, contempló la grandiosa visión en la que había quedado magnetizada su mirada, un hervidero de espectadores cocidos por el astro rey. En el graderío no cabía un alfeñique y en la arena los aurigas, aclamados por la multitud, desfilaban en espléndida formación montados en los carros en los que iban a contender. Tirándole del brazo consiguieron que ocupara él también su asiento, pero Silvano parecía no prestar atención ni a las explicaciones del britano, ni a la hacinada asistencia que rugía en una oleada de vítores. El revuelo de curiosidad crecía, las trompetas redoblaban sus sonos, y los estandartes de las cuatro facciones, los rojos, los verdes, los blancos y los azules flameaban en el aire.

Roma era el Circo Máximo, y no había romano en el más apartado rincón del Imperio que no perteneciera a una de las cuatro facciones, discutiera, llorara, soñara, se afanara, maldijera y apostara por el color de sus amores y por el que era capaz de ayunar, sufrir y soportar todo tipo de agitaciones, e incluso morir. Finalizada la pompa, los clarines sonaron y los tambores redoblaron el parcheo repetidamente, acallándose las gargantas que se sumieron en un silencio ceremonial.

—Van a presentar a los aurigas —le explicó Paulo.

Un inquieto Silvano, atento a todas las reacciones, novedosas para él, recorría con sus pupilas sobrecogidas los anfiteatros y palcos, como intentando acertar con una cara, con un símbolo o un recuerdo capital dormido en los pliegues de su memoria que pugnara por abrirse paso en su mente efervescente. La cabeza parecía estallarle, las sienes le apretaban y los ojos le parpadeaban cuando en la palestra se abrieron paso los heraldos de los blancos, que proclamaban a los cuatro vientos:

—¡Salve, Roma! ¡Ave, Imperator!

Uno de los aurigas portaba un lábaro de bronce dorado con las efigies de Alejandro el macedonio y la diosa Epona, y ante su contemplación, a Silvano el corazón le dio un vuelco.

«Los símbolos de mi talismán», caviló sorprendido. Sus manos no aplaudían y el semblante, a medio camino entre la sorpresa y la inquietud, quedó paralizado en un rictus de asombro como si un desfile de alucinaciones pasara ante él. Aquel lábaro, no sabía si militar o circense, le fue muy estimado en su vida pasada.

—¡Por el equipo blanco conducirá la cuadriga Epafrodito, once veces coronado! —clamó el anunciante—. ¡Guiará en el introyugo al invencible caballo *Pompeyano*, el favorito del recordado y gran Diocles!

Aquellos dos nombres atrajeron su atención con inusitada intensidad.

—¿*Pompeyano*, Diocles? —balbució Silvano entre dientes, alterado y tembloroso, pues sentía que el estadio se le desplomaba sobre la cabeza.

Los espectadores del graderío principal y la curva norte, la mayoría de la facción de los blancos, al escuchar el nombre del ídolo de los ídolos de todos los tiempos aullaron agitando mantos, pañuelos y banderolas:

—*Diocles, victor, Diocles victor!* —Diocles el victorioso.

La garganta de Silvano se convirtió en una bola de fuego, como si aquel incógnito nombre, Diocles, surgiera de las nieblas del pasado y traspasara las partículas más secretas de su espíritu. «¿Diocles?», musitaba una y otra vez. Se había obrado en su interior una metamorfosis que transformaba su cerebro dormido derribando estorbos y restituyéndole los caminos del ayer, pues un nombre era la clave que buscaba y éste surgía con la fuerza de un volcán. Sudaba, y la debilidad de su cuerpo le hizo sufrir un vahído.

—¿Diocles han dicho? —preguntó a Paulo con estupefacción.

—Sí, es el grito de guerra de los blancos desde hace años —le contó éste—. Aclaman al más famoso auriga conocido desde la fundación de Roma, el más grande *agitator*^[42] que contempló la historia. Nadie en Roma desconoce sus gloriosas hazañas y su nombre es más prestigioso que el del emperador.

»Se retiró el pasado año en olor de divinidad e inmensamente rico —dijo el viejo gladiador, chasqueando los dedos—. Lo adoran desde la lejana Partía a Germania, y desde África a Dacia. Venció en más de mil quinientas carreras. ¡Todo un ídolo de multitudes! Es el auriga de Roma, pero ya nunca más se le verá correr en este circo, pues se retiró convertido en un semidiós.

Paulo lo ensalzó con laudatorios comentarios, y añadió:

—Si los pretorianos lo hubieran elegido emperador tras morir Adriano, Roma lo hubiera aclamado multitudinariamente.

Un anciano de pulcra toga intervino en la plática, y como si penetrara en un trance beatífico, terció con nostalgia:

—¡Jamás se vio otro igual! Mis hijos, mi *caya* y yo lloramos como plañideras el día que se retiró. Amaba los caballos y el riesgo como ninguno.

Un apasionado espectador que atendía a los elogios sobre el tal Diocles no pudo contenerse y, como aguijoneado por el escorpión del recuerdo, reconoció:

—¡Era único! ¿Quién ha vencido en quinientas carreras en el último suspiro?; Diocles el hispano, sólo él. El irrepetible, el diestro Diocles, el *magister maximus*. Yo suelo ofrendar flores a su efigie del Circo de Calígula y suplico a su genio que regrese algún día a la pista. Entonces ya podría morir dichoso.

Silvano, mirándolo de hito en hito, se interesó asombrado:

—¿Una estatua dices?

Y como si hubiera ultrajado su integridad o zaherido sus sentimientos, le malcontestó con talante airado, despreciándolo:

—¿No conoces a Diocles?; pero ¿de dónde has salido tú, amigo?

Paulo, que observaba la lívida cara de su amigo, lo disculpó:

—Es extranjero, de Acaya, y lleva poco tiempo en Roma, excúsalo.

—¡Ah, siendo así...! Lo que te has perdido —lo miró con desconfianza, como si fuera un bicho raro—. Diocles y el caballo *Pompeyano* formaban un todo invencible. Eran Mercurio y Pegaso descendidos del Olimpo para delicia de los romanos. Jamás se verá otro igual en estas arenas.

—Convirtió en millonarios a muchos con sus memorables carreras —recordó el lanista—. Nunca nacerá un *agitor* semejante a él. Magistral, audaz y templado. ¡Qué auriga, por el muérdago sagrado!

—El divino Adriano lo quería como a un hijo, y Antonio Pío, que los dioses preserven, lo veneraba —dijo el viejo—. Este Epafrodito es valiente, pero sin su habilidad ni su coraje.

Silvano, mientras presentaban entre silbidos y aclamaciones al resto de los aurigas, escuchaba sin prestar atención, y un sudor gélido le corría por la espalda. Había rondado los límites de la locura y descendido en vida a los avernos, y cuando había perdido la esperanza de recobrar el ayer, el caprichoso destino le emplazaba ante el reflejo de un nombre crucial arrinconado en el extravío, la clave que andaba buscando para clarificar su *amnesia*. Los gritos del público lo invocaban desde la lejanía del tiempo y la multitud vociferante lo llamaba y le regalaba el sonido de su identidad perdida, en un dulce y multitudinario coro.

Su ánimo se colmó de dicha, y presintió la curación tan cercana que la palpaba con los dedos incorporales de su corazón. Y como si la luminosidad del Circo Máximo le transmitiera el fognazo de lucidez que precisaba, su mundo fragmentado

surgió restaurado de la noche del olvido. Las habitaciones cerradas de su cerebro se fueron abriendo una tras otra, contagiando de recuerdos sus olvidadas atmósferas.

Había soportado más de cuarenta días deambulando en la locura, pero en un giro del azar, el velo del olvido se había descorrido ante él. Los dioses le restituían el dulce abrazo del recuerdo, como si recompusieran ante sus ojos un cristal roto en mil pedazos, o una densa niebla se disipara dejando a la vista la montaña. Su pasado se le desplegaba en una fuente de plata, y justo cuando su aguante empezaba a quebrantarse, el nombre del auriga Diocles le había revelado lo inexplicable. Sereno y como el fruto maduro que cae del árbol en la calidez del estío, alzó la voz para ser oído:

—Yo soy Gayo Apuleyo Diocles, amigos.

Ascón y Paulo, que lo escoltaban uno a cada lado, lo escrutaron incrédulos, como si una cavilación inconexa hubiera paralizado sus pensamientos y lenguas. ¿Qué desatino expresaba aquel hombre? ¿El amigo sin nombre con el que habían compartido prisión y el héroe vivo más venerado de Roma eran la misma persona? ¿Habría imaginado en su mente enferma una descarada invención?

Se resistían a admitirlo, pero la revelación los había dejado atónitos. Ascón pensaba si en un raptó de locura pretendía embaucarlos con una loca alucinación, cuyo propósito no alcanzaba a adivinar. ¿Sería cierto que la *amnesia* desembocaba, como sostenía el médico del Anfiteatro, en la demencia? ¿Era un loco impostor, o un descarado farsante?

Paulo cruzó una mirada de asombro con Ascón, que sentía sus músculos laxos. El caballero sentía una consideración extraordinaria por aquel hombre como sólo despiertan los espíritus excepcionales, y se preguntaba por qué habría de engañarlos quien se mostraba infrecuentemente fraterno con ellos, y dudó.

—Acompañadme, os lo ruego —les imploró Silvano.

Pensaron negarse a satisfacer los caprichos de ¿un loco?, pero se incorporaron como autómatas y lo siguieron sin saber a ciencia cierta qué pretendía ni adonde los conducía. Abandonaron el coliseo, muy a pesar del britano, que no dejaba de lamentar perderse la diversión, pero la espectacular confesión de su al parecer recuperado amigo lo había conmocionado. Tomaron tres sillas transportadas por esclavos cirenaicos negros como la pez, a quienes ordenó:

—¡Al Circo de Calígula, rápido!

La marcha era silenciosa, y mientras cruzaban el Tíber por el Puente Emilio, el tronar del Circo Máximo se fue distanciando en un rumor lejano. Un gozo reprimido abrasaba el pecho del hombre que creía haber recuperado el pasado, pero al que aún le faltaba la prueba definitiva. «¿De qué sirven mis premoniciones si no aprecio con mis ojos la prueba que lo confirme?», se repetía.

La exigua comitiva se detuvo frente a la puerta sur del estadio, coronada con una colosal cuadriga de caballos en metal áureo. Bajaron de las sillas y con miradas dubitativas lo acompañaron, seguidos de un perro sarnoso que les olfateaba las

sandalias. La soledad del Transtíber, donde tan sólo los bueyes y las cabras ronzaban en las escorias, los condujo a la puerta del segundo Circo de Roma. Y allí, casi cubierta de ramos de flores y coronas de laurel de sus partidarios, se alzaba la estatua en bronce dedicada al ídolo de Roma, el testimonio que precisaba, el símbolo donde el pueblo romano había cifrado sus complacencias, el monumento en vida al gran e inolvidable Gaius Apuleius Diocles^[43].

—¡Qué imperdonable ceguera! Aquí se encontraba la clave que hubiera disipado al instante el misterio de mis recuerdos —exclamó.

Olímpicamente esculpida, la estela narraba sus inigualables hazañas en los circos de Roma y del Imperio. La talla, coronada de laurel dorado, representaba a Diocles con el casco en una mano y una fusta en la otra. Su mirada cálida se dirigía al estadio y su nariz aquilina y los pómulos salientes eran fácilmente reconocibles en el semblante del otrora Silvano Galo Mesto. Uno de sus pies se posaba en la cabeza de un caballo, y podía leerse:

C. Apuleius Diocles, agitator natione Hispanus, Lusitanus (Gayo Apuleyo Diocles, auriga de Hispania, de la Lusitania).

El auriga, sin poder retraerse a la vanidad, dijo sin jactancia:

—Este monolito, imprescindible para mí, lo levantaron mis admiradores y colegas del Circo no hace aún un año. Hasta el emperador y la Augusta me honraron con su presencia. ¡Fue un gran día! —Y disfrutó de un goce íntimo.

—Yo me hallaba presente —reconoció Ascón con un sollozo seco—. La leyenda de Diocles corre de boca en boca por todo el imperio. Pero ¿quién iba a pensar que tú eras Diocles? Te recuerdo en la arena, soberbio, hercúleo, el mentón anguloso y el cabello ensortijado a la moda griega, sobre un carro aqueo, como Apolo Febo.

—Ni yo mismo me reconozco, y he escapado de la Parca por una zancada.

—Aunque no te prodigabas como los otros aurigas ante tus admiradores, recluido en tu mansión del Celio, Roma palidecía cuando acompañabas al divino Adriano. Tú, el gran Diocles, ¡por la liebre sagrada! No eras un soldado como yo suponía, sino Héctor reencarnado, el auriga de Roma.

Paulo, que parecía sumido en una nube, tomó aliento, y sin poder ocultar su emoción, reveló:

—Desde que llegué a Roma, el nombre que más he oído en las tabernas, en las letrinas, en el arco de Quirino y en las basílicas, ha sido el de Diocles, y por un capricho del azar resulta que he compartido su amistad, sus sueños y también las cadenas. ¡Yyo sin saber que me codeaba con una celebridad!

—Tratabais con un hombre lleno de miedos que hoy ha renacido a la vida, nada más —dijo exultante de gozo.

—No eras tú, Diocles, y tu desdicha ha sido nuestra fortuna. Un genio maléfico obraba por ti, pero gracias a tu coraje y a mis oraciones has vuelto a la vida —aseguró emocionado el britano.

Paulo, con admiración, comenzó a leer los reglones burilados en el mármol que

levantaban acta ante la historia de sus proezas, enumerando las victorias, los contendientes, los bandos y los caballos predilectos del más grande auriga del Imperio. Con voz impostada, recitó para ser oído:

—Diocles el hispano, se mantuvo a la cabeza de los aurigas desde el principio hasta el final de su carrera, y acrecentando la gloria de sus méritos fue el primero que llegó a alcanzar mil victorias. Con ello superó a todos los que hayan tomado parte jamás en los juegos circenses, por lo que el nombre de G. Apuleyo Diocles brillará en la Roma inmortal con nobilísimo esplendor. Ganó...

—Déjalo ya, Paulo, o conseguirás que me sonroje —le sonrió.

—Yo he presenciado muchas de tus portentosas carreras, y contra rivales de primer orden como Thallus, Epafrodito o Scopus; y también he visto a las muchedumbres reventar de júbilo con las gargantas enardecidas y el alma escapándosele por la boca —confesó Ascón.

—El público me concedió más dicha que yo a ellos satisfacciones.

—Suscitabas admiración a tu alrededor y no era júbilo lo que experimentábamos, era enajenación. Entrábamos en la catarsis suprema cuando cruzabas la meta triunfante después de haber puesto en juego la vida.

—Exageras, Ascón, pero mi felicidad no será completa hasta que no estreche entre mis brazos a mi esposa Camila y a mis hijos. ¿Se hallarán en Roma tras mi desaparición...? —dudó—. De lo contrario, partiré de inmediato para Preneste.

El joven caballero se aclaró la garganta y se explayó de júbilo:

—Silvano Galo Mesto ha muerto; ¡larga vida al auriga de Roma, nuestro amigo de cadenas, Gayo Apuleyo Diocles! —exclamó, y se fundieron en un abrazo, del que escaparon sollozos ahogados.

Antes de abandonar el lugar, Diocles, disfrutando de una emoción secreta, se ensimismó en la contemplación de la lápida y en las metálicas facciones de su efigie, que miraba hacia el obelisco de granito rojo de Heliópolis^[44]. Una dicha plácida se apoderó de su ánimo, y se adivinó una sonrisa de placer en su faz aún demacrada, mientras repasaba uno a uno todos los recuerdos de su pasado.

Las calles permanecían desiertas y apenas si transitaba un alma por el Celio. Patricios, plebe y esclavos se hallaban en el Circo Máximo, y hasta Diocles malició que su casa estuviera desierta, pues no se oían los habituales ruidos domésticos. Comparecieron ante la morada, cuyas estancias principescas se adivinaban desde el atrio que se abría a un jardín exornado con esculturas de silvanos y náyades.

Con la respiración entrecortada, Gayo hizo sonar el llamador de la puerta, que al poco abrió Lauso, su antiguo esclavo y amigo de la infancia, quien lo miró con desconfianza, sin reconocerlo. Luego, irritado, estudió intensamente el rostro del visitante, el cabello ralo y deslustrado y su anatomía, y tras adivinar en los rasgos depauperados y cubiertos por una barba espesa a su antiguo amo, ahogó un grito de asombro. El ahora liberto era el vivo testimonio del sobresalto y parecía como si hubiera visto un *versipelis* o aparecido ante sí. Sin decir palabra gimoteó y se

fundieron en un fraterno abrazo, como si se insuflaran el afecto nacido en la infancia transcurrida en las praderas de Hispania; y besándole las manos, le palpó la cara, tratando de ocultar su emoción y su llanto incontrolable:

—¡El amo Gayo ha regresado!, loado sea Zéfiro el compasivo.

Diocles posó las manos en el fuego sagrado que flameaba tenuemente en el *vigil ignis*, un candil de Emérita Augusta, la ciudad donde había nacido, y se arrodilló ante el *larario*, la hornacina que contenía las estatuillas de las Matres, de sus antepasados y el dios familiar, y rezó devotamente. En su perfil enflaquecido, en el que afloraba una leve sonrisa, brotó una paz depurada y fortalecida por el sufrimiento.

—Ahora me hallo en mi hogar y en paz con mis *manes* —dijo.

Su cuerpo, la antes inexistente cicatriz, los labios agrietados y sus famélicas facciones pregonaban los sufrimientos y las marcas de la cárcel y las privaciones, pero bajo ellas, la barba desgredada y la grosera vestimenta, se ocultaba su peculiar aplomo y se reconocían parte de sus distinguidos rasgos. Su mujer y sus hijos aparecieron en el dintel devastados por un desconsuelo mezcla de alegría y aturdimiento, y hubieron de realizar un esfuerzo para intuir en aquel hombre discorde con su figura anterior, al *paterfamilias* perdido. Su mujer Camila, siempre tan vitalista, ahora consumida y desvaída, lo examinaba con una expresión de ausencia. Y después de un momento de vacilación, corrieron a sus brazos.

—¡Gayo..., por Venus generosa..., al fin puedo abrazarte!

—Hoy he valorado vuestra fortaleza y afecto —les dijo—. Gracias sean dadas a Mitra por haberme permitido regresar a la vida.

Ninguno de los tres dijo nada, pero sus gestos de dicha, la súplica de reconocimiento a la diosa Fortuna y sus manos aferradas a un cuerpo escuálido hablaban por sí mismas de la inmensa alegría que experimentaban en sus corazones. Gayo los acariciaba sin cesar y sus ojos almendrados se clavaban en las miradas de su mujer y de sus hijos, aunque el miedo y la ansiedad aún habitaban en sus pupilas, nubladas por las lágrimas saladas.

—Sabía que regresarías, pero ¡qué agrio acíbar hemos paladeado, esposo mio! Pareces otro hombre. ¿Qué sufrimientos has padecido, *caro* mio? Desapareciste sin dejar rastro conduciéndonos a la desesperación.

—Tuve que pagar un alto precio para veros al fin, *coya*. Pero sólo ha sido un mal sueño que habremos de olvidar.

—¿Qué te ha ocurrido, padre? —le rogó deshecha en sollozos Drusila—. ¿Dónde has estado en estos cuarenta días que apenas si te reconozco? ¿Quién te ha maltratado así, hasta para despojarte de tu aspecto, por Venus?

—Todo este tiempo he permanecido en Roma, pero sin saber quién era. He padecido esa rara dolencia que se conoce como *amnesia*. Pero ¿para qué recordar algo que mi alma ha oscurecido ya en el extravío? He vivido una aceleración de eventos onerosos, pero los he olvidado como quien olvida una pesadilla —dijo—. ¿Y Aulio, el padrino? Conociéndolo, sé que habrá sufrido tanto como yo.

Camila, que rumiaba las palabras desconcertantes de su esposo recuperado y ansiaba conocer la dramática tragedia vivida, manifestó:

—En tu ausencia ha constituido nuestro consuelo y sostén —reconoció—. Está destrozado y se siente culpable. Te ha buscado como un hurón por media Italia. Vendrá a la hora de la cena para informarnos de sus últimas pesquisas.

—¿Ha sabido el emperador de mi desaparición?

—No, Gayo. Hemos mantenido en secreto nuestro dolor, y el silencio ha presidido nuestras pesquisas, pero Aulio ya había pedido audiencia a Antonino.

—Mejor así, pues se hubiera convertido en un sabroso bocado para las habladorías. La desgracia ajena siempre termina por propalarse teñida de mentiras, y no ignoráis que detesto estar inmerso en rumores, o involucrado en asuntos equívocos.

—Padre —dijo el niño—. ¿Sabes que fuimos a buscarte a la guarida del salteador Canusio? Y no tuve miedo, porque deseaba rescatarte.

—Eres un valiente, Nevio, pero lo que buscamos lejos, a veces se halla más cerca de lo que pensamos. Sentimos contra el destino una cólera innecesaria —dijo—. Ya os contaré.

Asido de las manos de sus seres queridos y en un raptó de gratitud, Gayo se volvió hacia sus acompañantes, quienes, con los ojos humedecidos, asistían como dos estatuas de sal a la tierna escena de afecto y júbilo.

—He compartido muchos sufrimientos con estos hombres, a los que he llamado amigos, Paulo Valerio y Ascón de Britania. Desde ahora los llamaré hermanos, y si no me comportara como tal y permitiera verlos desamparados, que Júpiter Vengador me ciegue los ojos y esparza mi fortuna al viento.

—Nos protegimos mutuamente. Nada nos debes —dijo el lanista.

—Nuestra amistad ha sido más honda que una simple camaradería y mi agradecimiento no será efímero.

Sin embargo, cuando el enigma de su *amnesia* se le diluía en la mente como un doloroso suceso, se evadió por unos instantes, pues albergaba en su interior graves sospechas. No ignoraba que había regresado al punto de partida, al día de la truncada entrevista en Tres Tabernae con Aulio Galo, poseedor de un misterioso secreto.

¿Seguiría en pie la confabulación anticipada por Galo Cimber? Según su secretario Léntulo, el mensajero, el asunto atañía a ambos. «Algo huele a podrido alrededor del Circo Máximo, *domine*», le había susurrado al oído poco antes de marcharse. ¿Qué lugar ocupaba en el dislocado rompecabezas aquella moneda judía que le habían robado? ¿Quiénes eran las misteriosas jerarquías que ocultaban sus rostros tras caretas inaccesibles, capaces de matar y extorsionar para conseguir sus propósitos? Ardía en deseos de desenmascararlos y obtener una ejemplar venganza de quienes habían intentado eliminarlo, antes de que el castigo les llegara desde lo alto.

La luz inmutable de Roma era testigo de que de nuevo se ponía en marcha la rueda de su vida. Mientras tomaban una copa de Falernio, le narró a la familia lo más

esencial de su ausencia, el motivo de su amnesia, así como los avatares vividos en Roma, y, como aún quedaban algunas horas para la cena, Diocles invitó a sus amigos a estimular los músculos en el baño de la *domus*.

—Mientras esperamos a Galo, expulsaremos los malos flujos.

Envueltos en confortables *gusapas*^[45] de lino, pasaron a la *sudatoria*, una cámara donde el calor seco del hipocausto esparcía bajo los pies una calidez grata, y luego al *caldarium*, un cubículo con tinas de mármol y grifos dorados semejando a cupidos en voluptuosas posturas. Sumido en la neblina del vaho de los ungüentos y perfumes, Diocles estimuló la remembranza de sus recuerdos. Se sentía como un gavilán que hubiera extraviado el camino de regreso al nido y su mente adormecida comenzó a rastrear en los vestigios del pasado, como el vigía que ha visto surgir en la costa los perfiles de la patria perdida.

Lo precisaba para cerciorarse de que se encontraba vivo y que recordaba todas las imágenes de su pasado, desde su infancia, hasta el presente instante. Su memoria, antes un tenderete vacío, se iba llenando con los enseres de sus recuerdos, restaurando la fábula de su ayer. Y dejándose resbalar en el abrazo tibio del baño, oteó el horizonte de los lugares y las personas sencillas de su niñez de las que aprendió los sentimientos que lo mantenían vivo, la alegría, el respeto, el consuelo, la esperanza, el honor, el arrojo, la piedad por sus semejantes, la generosidad, el amor, el orgullo y el afán por ser un hombre honesto entre hombres indignos.

Poco a poco fue vertiendo la vasija de su pasado, siempre unida a la memoria de un caballo, la criatura que más adoraba, y cerrando los párpados alzó el vuelo hasta el apacible río Anas, a su añorada Emérita Augusta, en la Lusitania de Hispania.

La memoria de *Bóreas*

Su memoria eran los caballos y se acordaba con nostalgia del primero que cabalgó, *Bóreas*, cuando su mente infantil edificaba, según la ley que cada mortal se crea, el taller de los recuerdos que componen una vida.

Brotaba en el primer plano de su pensamiento la imagen de su brava estampa, cuando juntos calmaban sus vigores en las praderas del río Anas y corrían en la playa de Olissipo estimulados por el fragor de las olas del mar de los Atlantes.

Las primeras huellas de su vida eran como las pisadas de *Bóreas*, sutiles, puras, de afecto y de hogar, del olor de las caballerizas de su idolatrado padre, del cariño de los legionarios eméritos, de los aromas hechizadores de Hispania, de las dulzuras de su madre, de los primeros vítores en un estadio, del apego del divino Adriano, de la lealtad de un amigo Lauso, y de su abuelo, la presencia más impetuosa de su infancia.

La mirada, esa mirada de azabache de *Bóreas* que nunca olvidaría, le trajo como un vendaval los primeros recuerdos, vírgenes, diáfanos, sin alterar su pulcritud. El torrente de la memoria no se detenía, y *Bóreas*, su primer caballo, constituía la imagen más nítida de la edad de su inocencia.

Su padre hizo de él un verdadero romano. Siempre lo había sostenido.

Gayo Apuleyo Diocles se sentía orgulloso de su *gens*, de su bisabuelo, que había arribado a Emérita con su fundador, el legado Publio Carisio en tiempos del emperador Augusto. Signiferus^[46] de la legión Gemina, había sido conocido por su mal carácter, por alardear de las cicatrices de su magro cuerpo y porque llevaba a gala dos condecoraciones como Veterano de Marte conseguidas en las guerras contra los cántabros y astures.

Pero había sido su abuelo Ático Apuleyo, también soldado, quien nutrió su sangre con los invulnerables códigos del honor y quien modeló su personalidad. Él lo convirtió en apasionado de los caballos y en devoto de Venus Victrix, de Epona la Sabia, y sobre todo del dios Mitra, fe con la que había intimado al combatir contra los partos en Asia, imperando Trajano en Roma.

Creía en la deidad asiática como en el ser supremo que ampara a los hombres con su bondad, un espíritu moral que promete la redención del alma y su inmortalidad. Asistió entre el llamear de las hogueras al sacrificio del toro cuando su abuelo fue investido con el cingulo de oro del sexto grado de iniciación, *heliodromo* o mensajero del sol, y desde entonces el joven Gayo ansió pertenecer a este credo fraternal que

une a los hombres más que los separa.

Al retirarse recibió del Senado unas tierras en las vaguadas del río Anas^[47], que convirtió en heredad para criar caballos lusitanos. Pero era a su padre, Quinto Apuleyo, a quien le debían el haber convertido un pasatiempo familiar en un lucrativo negocio y convertir a los Apuleyos de Emérita en una familia adinerada respetable. Y sobre esos posos imperceptibles de su niñez, de la que no quedaban sino figuras frágiles, alzaba el recuerdo de su pasado.

Hombre compasivo para sus semejantes, temeroso de los dioses y sagaz para los lucros, Quinto entabló relación con marchantes de caballerías de Coninbriga y Astúrica y se hizo con cobertizos propios en Olissipo, Scaballis, Pax Augusta y Norba^[48], dedicándose a la cría de sementales lusitanos, que luego vendía a los lanistas de los circos hispanos, así como de caballerías para las tropas legionarias, los armadores de Gades y los mineros de la Societas Montis de Cástulo, en la Bética. Las yeguas de Hispania tenían fama de veloces y corría el rumor de que eran fecundadas por el viento del Atlántico, *el favonio*, que las preñaba con sus auras poderosas, convirtiéndolas en invencibles en los estadios.

Quinto, un hombre intuitivo, y que a tan tierna edad veía en su primogénito una dedicación descomulgada hacia los caballos, lo acogió un día entre sus rodillas y le apuntó paternal:

—Gayo, tú serías un pésimo soldado, así que es hora de que aprendas el saber del mundo antes de ayudarme en la crianza de caballos.

De golpe concluyeron la candidez infantil y la indisciplinada libertad de Gayo. Su padre no lo hacía por evitarle la milicia, sino por contrarrestar el pensamiento por lo arcano que le había inculcado su abuelo, que creía en el poder de las fuerzas de la naturaleza, en los cenitales ritos de la luna en Ébora y del dios Zéfiro en Olissipo y del dios asiático Mitra. Con él había asistido a la inmolación de los toros, animales totémicos para los hispanos, y presenciado cómo los lusitanos abandonaban los cadáveres en lo alto de los dólmenes sagrados para que los despedazaran los buitres, los mensajeros de Ataecina, la diosa indígena de la muerte y de los ojos de búho.

Quinto, como buen ciudadano romano y con el propósito de que los dioses protectores de Roma no le volvieran la espalda, solía sacrificar a las Matres^[49] palomas, tórtolas y gallos en presencia de la familia, y como sacerdote doméstico rendía culto al emperador mitificando sus virtudes como los paradigmas a imitar.

—Gayo —le decía—, a pesar de nuestro origen humilde, como descendiente de los honrados Apuleyos de Tarentum, sé honesto en tu vida, afronta las crudezas de la existencia con valor e inclina sólo la cabeza ante el emperador y los dioses clementes, y así serás digno de tus antepasados, que no se avergonzarán de ti.

Y para abrir al mundo de la razón y del conocimiento a su tierno intelecto, lo puso bajo la protección de un gramático griego, Euménides, un filósofo de la Academia de Rodas arribado hacía años a Emérita. Se trataba de un preceptor borracho y aborrecido por sus colegas, cáustico y descuidado, pero culto y hasta benévolo con

sus discípulos. Poseía un punto de arrogancia y su aspecto físico era un simulacro de higiene, aunque lo característico en él era que amaba más el trasero de un bello jovencuelo que el de una cortesana egipcia.

Usaba la vara con mesura e impartía la docencia a un reducido grupo de hijos de caballeros, soldados y veteranos, por unos miserables sestercios, bajo los pórticos del templo de Diana. La madre de Gayo, Leticia, lusitana de Scaballis, mujer replegada sobre sí misma, de piel tersa y rosada, cabello negro, caritativa y de apacibles modos, le enviaba cada día un plato preparado por ella misma.

Al favor del pedagogo, Gayo aprendió los rudimentos de la lengua griega sobre unas tablillas de la *Ilíada* y soñó con ser un Ajax enfrentado al invencible Aquiles a grupas del corcel Janto, o un Héctor guiando carros alrededor de los muros de Ilion, tal era ya entonces la devoción de Gayo por los caballos. Y cuando al mediodía regresaba a las cuadras, montaba los potros y soñaba con ser un jinete invencible sobre Pegaso, y se imaginaba batiéndose con los troyanos. Hasta el anochecer se olvidaba de las filosofías de retórico griego y se enfrascaba en cuerpo y alma en el adiestramiento hípico.

Su abuelo Ático lo estimulaba a competir con carros aqueos con el esclavo Lauso, con el que aprendió el arte de dominarlos. Era un joven poco mayor que él, y natural de Olissipo, moreno como la miel del desierto, de cabellos ensortijados y leal a los Apuleyo. Su padre le había puesto a su servicio, pues entendía de caballos y de números, ya que antes había sido el esclavo amanuense de un tratante de mulas venido a menos. Se retaban a ejercicios temerarios con carros y cabalgaduras y cruzaban al galope los altozanos y páramos de Emérita, de modo que pronto forjaron de su amistad una religión perdurable.

Su abuelo Ático, un hombre de aspecto rústico y siempre absorbido en sus preocupaciones, le enseñó a deducir el lenguaje de los caballos, a musitarles contraseñas antes de las carreras, a distinguir sus flaquezas y enfermedades, y en fin, a amarlos como si poseyeran raciocinio y un alma inmortal.

—Tu audacia te llevará a la gloria o a la muerte, Gayo, y la diosa te protegerá como a un hijo predilecto si los amas como ella —lo alentaba—. El que vive temiendo nunca se siente libre, y un hombre sin coraje es como una hoja muerta.

—He decidido escoger el camino del riesgo, abuelo —le decía él—, aunque me encuentre con la muerte; al favor de la diosa me encomiendo.

Ático le enseñó a descifrar los humores de los nobles brutos, a tratar las lesiones más comunes, como el «temblor del oso», ese cabeceo que los convierte en bestias desquiciadas, a manejar sus instintos a su conveniencia, a peinar las crines al modo nómada, a elegir el heno más oloroso y a que el castigo con la fusta exacerba su impaciencia.

—Gayo, el miedo del jinete se contagia a la montura, que se vuelve incontrolable al olerlo. Mezcla tu sudor con el suyo y entonces nadie os vencerá.

La compañía de los caballos ejerció desde el primer instante un efecto

apaciguador en Gayo, aunque siguió instruyéndose a regañadientes en la retórica de Catón el Viejo, en las esencias de Virgilio y Horacio, en los proverbios de Séneca y en las estrofas del poeta rival de Nerón, Lucano, nacido en la Córdoba bética. «La prolífica sangre ibérica de los divinos Trajano y Adriano que han vivificado la linfa de Roma», les decía el magíster heleno.

Con las rodillas doloridas, se cultivó durante seis años en los *silabarii* latinos, en el cálculo matemático de los desgastados ábacos y en las *lectio* sobre las guerras de Julio César y las crónicas de Tácito, hasta que un día que llovía a cántaros, víspera de las Saturnales, su padre le anunció:

—Se acabaron los estudios de gramática, Gayo. En las calendas de abril cumplirás diecisiete años. Dejarás de ser un niño y tomarás la toga viril. Flora y Venus han obrado en ti el milagro de la vida. ¡Ven, hijo, sígueme!

Lo condujo a unas cuadras cercanas al acueducto, y con un ademán de misterio llamó al mayoral, quien al poco compareció con un alazán *lobo*, anómala raza de caballos que mezclan el pelo rojo con el negro. Con la testuz semioculta por las crines, poseía una rareza de buen augurio, un lucero blanco. Las riendas rielaban tachonadas de herrajes plateados con las efigies de Hércules, de Neto, el dios ibero de la guerra, y de Alejandro el macedonio.

Al purasangre lo habían domado en secreto bajo los auspicios de su abuelo Ático y constituía el soberbio resultado del cruce entre una yegua negra astur y un ruano nómida de los oasis de África. Caracoleaba como una bailarina gaditana y resoplaba como los bridones de Tesalia. Las piernas de Gayo temblaron al contemplar tan bella estampa. Era su primer caballo propio. Lo acarició, y él lamió su mano y lo miró con sus ojos, grandes como bolas de azogue. En aquel momento intuyó que amaba los caballos como el enamorado ama a la mujer de sus sueños.

—Gayo, es tuyo. Se llama *Bóreas*, como el dios del viento —dijo arrobado su padre—. Un romano que se precie ha de poseer su propia montura.

—Ya sabes —aconsejó el abuelo con un punto de orgullo—, al amigo y al caballo, ni oprimirlo, ni apurarlo. Ámalo y te amaré.

Bóreas y el joven Apuleyo se convirtieron en un todo indivisible; el corcel participaba con los bufos de sus secretos, y en reciprocidad, el jinete intuía su cansancio, su valor en la carrera o su desazón por los efluvios de las yeguas. Ejecutaba sobre el alazán bellos corveteos del arte ecuestre hispano, con el único público del cielo zarco de Emérita, mientras *Bóreas* orquestaba sus impulsos con elegancia para demostrarle a su joven amo su apego. Juntos bailaban al son de los panderos la danza sagrada de Epona, y quizá por ello, la diosa, agradecida, otorgó a los caballos y al muchacho disfrutar juntos de un goce insustituible, dispensado a pocos por la madre naturaleza, que fusionaba en un alma indivisible a dos seres vivos que sólo obedecían a su deidad protectora y al señor del viento.

* * *

Tras las torrenciales lluvias de marzo, comparecieron las radiantes calendas de abril y con ellas las fiestas Liberalia dedicadas a Baco, en las que los jóvenes romanos dedicaban la *bullā* infantil al dios bacante y mudaban la corta túnica *pretextā* de la niñez por la toga viril. Aquel día había sido declarado fasto por los augures del templo de Diana y la casa de los Apuleyos era un hervidero de fiestas y bullicios. Emérita Augusta, lamida por el sol de la hora mágica del amanecer, se asemejaba al crisol de un orfebre y el cielo rivalizaba con el blanco de los templos y con la línea esmeralda del río Anas. En su cuerpo se había obrado una gallarda hombría, quizá favorecida por el gimnasio, el ejercicio en las termas y la esforzada equitación.

Sus familiares lo apretujaban y felicitaban, pues la linfa de la vida ya fluía por sus venas y la tradicional savia de la *gens* Apuleya estaba asegurada una generación más. Su madre Leticia, ensanchada de felicidad, lo admiraba con sus ojos almendrados, iguales que los suyos, y tras una vigilia pasada por las lágrimas, repeinó sus cabellos y alisó su nueva toga, cuyos pliegues le sobraban por todas partes. Respetado por todos, penetró en un relámpago de felicidad, mientras las mujeres de la casa y las esclavas se fijaban en él con ojos tiernos y exploraban su varonil apostura, la nariz aquilina de joven neblí, los pómulos prominentes, los cabellos trigueños y la mirada sesgada de gacela; alteradas por el deseo, se sonrojaban al ser sorprendidas por sus cándidas pupilas carentes aún de picardía.

Gayo ya no era una figura decorativa en la *domus* doméstica, sino un Apuleyo con obligaciones, a pesar de sus gestos aún infantiles. Los auspicios habían sido favorables, y solemnemente se entregó al ritual oficiado por su padre, quien, ante un altar alzado en el larario, ayudó al rapador a cortar su primera barba, o mejor decir pelusa *enobarba*^[50], las greñas de la melena y el vello de los genitales, que encerró en un cofrecillo de ágatas depositándolo ante los dioses *lares*, junto a la *bullā aurea*, una bolita dorada que llevaba colgada en el pecho desde la cuna.

Sacrificó la tórtola ritual con mano firme, y su progenitor, sorprendiendo a todos, y tras implorar a la diosa Fortuna fausta vida para el nuevo hombre de la familia, recitó como un admirable pedagogo un cántico de la *Iliada*, cuando todos creían que apenas si sabía leer. Nunca arrinconaría Gayo en el olvido aquellas premonitorias loas homéricas, que a la postre le proporcionaron una lección imperecedera para vencer en los anfiteatros del mundo:

—Esto dice el canto de Patroclo, hijo, y no lo olvides, pues en los griegos se haya la fuente de toda sabiduría: «Si bien eres joven, Júpiter y Neptuno te respetan y te han iniciado en las destrezas del auriga, que no se basan sólo en confiar en los caballos o en el carro, sino en penetrar en los misterios del arte de la carrera, en no perder de vista la meta, en saber cuándo se ha de manejar el látigo de piel de buey, y acechar a

quien te sigue, o te aventaja en la pugna. Si procedes así, Minerva te proveerá de ligereza y valor, y te otorgará la gloria del triunfo».

Las estrofas invadieron el alma de Gayo como una daga ibera, colmándola de deleite. Y aunque creía que su padre, el escrupuloso y reservado Quinto, no conocía la piel de sus sentimientos, había penetrado en los más hondos pliegues de su corazón con una complicidad que le provocó lágrimas de júbilo. Su abuelo Ático y el maestro Euménides no eran ajenos a la cultivada cita de Homero, que fue sonoramente aplaudida por los invitados, asombrados con su erudición.

—Gracias, padre mío, no extraviaré el consejo de los dioses transmitido por tu boca y emplearé el *nomen* de Apuleyo con el mismo honor que mis antepasados — replicó, y una plétora de aplausos precedieron a la entrega de regalos y al magno banquete, en el que gastaron una fortuna.

Acudieron numerosos invitados a una viña cercana al río, viejos centuriones, équitos y eméritos amigos de la familia. Los lechos se abrían en círculos bajo unos toldos anaranjados que fueron ocupados por reputados emeritenses. Gayo presidió el banquete y enunció la libación a los dioses y al emperador, acompañado por los declamadores de versos.

Amenizaron la espléndida cena liristas ambulantes de Efeso y bailarinas de Gades que enardecieron con sus contoneos y audaces ditirambos a los rústicos soldados. Y pasada la media noche, Venus, generosa con Gayo, le tenía reservado el mejor regalo del ritual. Cuando el pudor se desvaneció, las antorchas perfumadas brindaron su pálida rojez a las carpas y mientras se servían las frutas azucaradas de la *mensae secundae*, una cuadrilla de histriones de Malaca representó un cuento de amantes y maridos burlados que encendió los apetitos sexuales de los comensales por la esplendidez de los cuerpos desnudos y su refinado exotismo.

Gayo, algo azorado por su aún no aprovechada virilidad, se excusó con el pretexto de desentumecer el cuerpo y paseó solitario, entregado a sus pensamientos. Sentía en el rostro el olor de la vida en los campos y la brisa del río, resplandeciente con la luna llena, como un tapiz de plata tendido entre las alamedas.

Los huertos exhalaban perfumes y la fuente de piedra que llamaban del Fauno emitía el eco de un chorro que borboteaba retozón. Quiso beber, pero se detuvo asombrado. Sentada en el brocal, vislumbró una silueta blanca, como una paloma sumisa que lo miraba hipnotizada. Se acercó y comprobó que era Manilia, una de las esclavas de su madre. Le dedicaba una larga mirada y le manifestó con unos labios golosos y entreabiertos:

—Con la toga viril pareces un mensajero de Venus, amo Gayo.

El joven percibió una ola ardiente y no replicó a sus palabras, que aceleraron los latidos desordenados de su corazón. Su belleza se iluminó y expulsó del rostro la expresión de culpabilidad, y si al principio se había mostrado tímida, el ardor de sus mejillas le enviaba desconocidos gestos de reto. Notó su aliento húmedo sobre la tez, mientras, en un impulso fugaz, besó fogosamente la boca de la esclava, y, azorado,

dibujó roces furtivos en su cuerpo bellamente inesperado.

Halagaba su cuerpo viril como el arpista su cítara, con calma y dulzura, y a través de la clámide exploró la piel suave de Manilia, sin dejar un palmo sin recorrer. Sintieron vibraciones salvajes y se entregaron el uno al otro con la sed insaciable de sus cuerpos tensados como el arco de un guerrero. Se despojó de la túnica, y al poco las ajorcas y las cintas del vestido de la muchacha yacían en el suelo, junto a sus sandalias, y pudo rozar las bayas carmesíes de sus senos.

—Caliéntame con tu cuerpo, amo —le dijo rendida—. No lamento perder mi virginidad contigo, y le doy gracias a la diosa.

Atenazado por el resplandor de sus pupilas, se hundió en su vientre, iniciándolo en la danza de la vida, pues hasta ese momento Gayo nunca había yacido con una mujer. Los senos gráciles y firmes se oprimieron con su pecho, mientras se sumergían en sensaciones enloquecidas; y como si la muchacha hubiera alcanzado un tesoro largamente codiciado, sus dedos se movían ágiles e impúdicos. Gayo se entregó sin protestar, recibiendo sobre su cara la cascada de una melena perfumada, en tanto los gemidos escapaban de sus labios y se sucedían caricias inolvidables. Se echaron sobre el pasto, y se deleitó tanto en la contemplación de su sexo, como en el océano de dos grandes ojos abiertos que lo observaban en silencio.

Se comportaron como dos cachorros dominados por el deseo aprendiendo la *prima leccio* del arte de la vida; y entre el fulgor de las estrellas Gayo comprobó que nunca había contemplado nada tan bello. Una ola abrasadora los arrasó, conduciéndolos hacia horizontes de fuego, y las pupilas de Manilia se ensancharon, emitiendo un prolongado gemido hacia el aire inmóvil. Al fin, perdida su virtud y aniquilados por el goce, los dos muchachos quedaron abrazados con el claro de luna que envolvía sus jóvenes y sudorosos cuerpos por testigo.

Manilia derramó lágrimas de gozo por sus pómulos del color de las avellanas y, como se mostrara remisa y avergonzada, su amante le preguntó:

—¿Por qué vacías de sollozos tus ojos? ¿No ha sido hermoso Manilia?

—Después de muchas desgracias, he gozado al fin de la felicidad perfecta, amo Gayo —se sinceró.

Nunca borraría de su memoria Gayo a Manilia, ni tampoco su amansado cuerpo, o la virgen selvática de la fuente del Fauno, donde no hubo ni conquista ni entrega forzada, sino un incendio de concupiscencia y el descubrimiento del placer, vigilado por el albor de la luna de Emérita Augusta.

* * *

Mientras permanecía en la tina invadido por la melancolía y la felicidad al evocar su pubertad, pensaba que retroceder a esa edad era como volver al único paraíso del que no pueden desterrarnos nunca, porque nos pertenece.

A Gayo Diocles no se le ocultaba que la amistad con Lauso constituyó para él un don precioso, y desde el primer instante la guardó bajo la llave de sus afectos, pues amaba como él mismo el mundo de los caballos. Nunca le mencionó sus orígenes, quizás africanos, y corrían sabrosas historias sobre su incontinenencia entre las esclavas y la inclinación a confusas prácticas de dioses terribles. Marcadamente frívolo y comprensivo con los débiles, toleraba las malicias de su amo Gayo con paciencia, y si se lo hubiera pedido, hubiera entregado su vida por él.

Jamás le apreció un gesto de crueldad con sus semejantes y siempre se mostró leal con el vástago de la *gens* Apuleya amante de los caballos, por lo que lo tenía por irrenunciable hermano hasta que las Parcas los condujeran al río de los infiernos y los cubrieran con una mortaja de grava.

Coincidiendo con el equinoccio astral, la canícula de aquel verano se fue abatiendo sobre Emérita con un ardor sofocante. Lauso y Gayo se entregaban cada amanecer a su pasatiempo favorito, las carreras de carros en los arenales, donde competían con otros jóvenes caballeros, apostando unos sestercios o jugándose amuletos y fruslerías que *Bóreas* solía convertir en reiterados triunfos.

Su padre Quinto, siempre correctivo con sus veleidades juveniles, insistió en que no debía ignorar el oficio familiar y lo requirió para que lo acompañara a Gades, a fin de conocer a uno de sus más distinguidos clientes, un tal Flavio Sisena, a quien debía entregar una recua de asnos y de caballos lusitanos para las salinas.

Lo convenció insistiendo en que sería un honor ofrecer la *bullā* infantil y su primer vello viril en el celebrado templo de Venus Astarté, cuyo origen y nombradla se perdía en las simas del tiempo. Accedió porque podía llevar a *Bóreas*, el corcel que tanto amaba. No obstante, su padre le guardaba otra sorpresa más pretenciosa, que Gayo debió adivinar cuando le ensalzó la reputación de sus mujeres:

—Gades es la ciudad que posee la mayor flota comercial de los dos mares. Además, la madre de nuestro emperador Adriano, Domicia Paulina, nació en el seno de la familia gaditana de los Flavios. Buen lugar para buscar una esposa, Gayo.

Las islas gaditanas, prodigiosos enclaves en medio del océano de los Atlantes, son reconocidas en el Imperio por su vetusta gloria, y a Gayo le sedujeron por su albor luminoso. El *Portus Gaditanus* se le ofreció a sus ojos cándidos como la cornucopia de la abundancia. Allí se embarcan mercaderías de todas las provincias, tintes, eunucos, el *garum* gaditano, bestias feroces, ánforas de aceite, vino y joyas turdetanas, así como la pródiga abundancia de la Bética, rumbo a la insaciable panza de Roma. Gades es una urbe inundada de una magia incógnita que fascina al contemplarla.

En el foro de la Ciudad de Hércules se alzaban majestuosos templos, como el de Minerva, basílicas y estatuas de los patronos de la ciudad, Julio César, los Balbo y los emperadores Trajano y Adriano. Gades conservaba algunos testimonios del pueblo más indescifrable del mundo antiguo, Tartessos, un arcano de incógnitas del que Gayo supo por el cliente de su padre, Flavio, quien les relató historias fascinadoras de

la más enigmática civilización de la vieja Iberia.

Alumbrada por una luz cegadora, Gades, la gemela de Tiro, ofrecía a un viajero ansioso por conocer el mundo como Gayo innúmeras perspectivas de goce en los prostíbulos de la Puerta del Muro, famosos en Hispania, que frecuentó con Lauso, gozando de placeres que ni tan siquiera podía creer que existieran. Despreciando el reposo nocturno y los peligros de la noche, se perdían por las malolientes callejas del puerto iluminadas por faroles con la marca de la diosa Astarté, una sierpe argentada.

Los portuarios acudían a solazarse con los bailes de las *puellae gaditanae*, bailarinas instruidas en el canto y la danza, de espectacular belleza y fama, quienes al son de los panderos entonaban ante el público lujuriosos himnos egipcios e impúdicas baladas sobre el amor. Danzaban desnudas, haciendo sonar crótalos de plata, arqueando sus cuerpos hasta adoptar posturas increíbles y descubriendo sus sexos tupidos y salvajes, mientras contoneaban las caderas y senos con tal voluptuosidad, que preludiaban orgías babilónicas entre los clientes de los tabucos donde actuaban.

Lauso le señalaba los balcones rebosantes de hetairas de tan hechicera feminidad que creían hallarse en los Campos Elíseos. Meretrices de Numidia, nabateas de piel morena, libias de ébano, vírgenes de Creta, hermosas hembras del Ponto Euxino, galas de piel transparente y voluptuosas bárbaras del norte de pechos rebosantes, que acicaladas con *Jueus* de algas, y apenas cubiertas con sutiles velos, los citaban en cien lenguas, mostrándoles sus encantos.

Menudeaban los proxenetas de burdel que mantenían a raya con sus látigos a las *callejeras*, cortesanas de ínfima categoría, espectros miserables condenados a morir de una paliza o de consunción de los pulmones, que vendían su cuerpo en las puertas de las *stabula* a marinos borrachos, con sus obesos vientres y caras tristes de máscara griega.

Lauso y Gayo, por indicación de Flavio, visitaron un prostíbulo de gran lujo que sólo se abría en las fiestas Neptunalia y en cada plenilunio. Respondía al nombre de El Falo de Adonis, y los acogieron unas damas que en modo alguno parecían truhanas del oficio, sino matronas distinguidas que celebraban el culto de Adonis según el rito siríaco, entregándose a clientes desconocidos por amor a la diosa. Adornadas con pelucas de oro y brazaletes de bronce y marfil, se maquillaban el rostro con afeites de Síbaris, sus pechos con polvos de azafrán, los pezones de bermellón y exornaban sus cuerpos con velos traslúcidos.

Así rendían culto a Venus Astarté y a Cibeles en el más insólito santuario del meretricio que Gayo había visto jamás. Imitaban las costumbres de Roma, y lo formaban un grupo de señoras de la más alta sociedad gaditana que habían tomado la iniciativa en lo tocante a la sexualidad y con el pretexto de incrementar el tesoro de la diosa, de la que se nombraban sacerdotisas, se dedicaban a la prostitución sagrada sin por ello ser censuradas por la sociedad o por sus maridos.

—Entrad, muchachos. ¿De qué os asustáis?, ¿acaso desconocéis que Mesalina Augusta, esposa del divino Claudio, vendía su cuerpo en Roma con el nombre de

Licisca, o que las tres hermanas de Calígula ejercían el oficio en el burdel imperial del Palatino? Servimos a la diosa y sólo ella juzga nuestras acciones.

La indecencia y el altísimo precio de diez ases no los detuvo. Un coro de efebos cantaba himnos a la Diosa de la Noche, la encubridora de los enamorados, mientras se saciaban con ingentes cantidades de vino. Las matronas ocultaban sus verdaderos nombres por otros de las deidades del Olimpo, y se hacían llamar Lesbia, Latona, Diana o Nereida. Después de arrojar las preceptivas monedas en una bandeja, se les ofreció vino en ritones de marfil, cuernos eróticos en forma de falo y les mostraron sobre los divanes las onduladas caderas y el púrpura rabioso de sus sexos, que acariciaban con *dildos*, penes de madera recubiertos de cuero, componiendo escenas lésbicas de lasciva concupiscencia.

Se frotaban el sexo con aceite de oliva, esencias, de cedro e incienso, para no concebir con el acto sexual, pues eran damas reputadas y a la diosa no le complacía la concepción. Parecían una nube de maduras crisálidas que entre contoneos les daban a beber afrodisíacos de efectos prodigiosos. Cualquier fantasía que pueda imaginarse en el meretricio la ejercitaron los dos lusitanos con aquellas matronas, que practicaban el juego erótico afanándose en aventajar en refinamiento a la más famosa hetaria conocida, Aspasia, la amante de Pericles el Ateniese, a la que tenían por señora y a la que deificaban con una estatua de jaspe rosado que regía la singular mancebía rodeada de un centenar de lamparillas.

Gayo recordaba las serenas noches gaditanas iluminadas por cohortes de estrellas, los arcos por los que ascendía el rumor del mar y el deleite de los sentidos al que los condujeron las expertas cortesanas de la diosa, hasta que la blandura del amanecer los despertaba entregados a la embriaguez de sus abrazos, al sedoso olor de las cabelleras, a senos aprisionados por manos ávidas y a respiraciones satisfechas por el dulce juego de Venus.

A merced de los placeres, viejos enemigos de la salud, y ojerosos y adormecidos, al sexto día de estancia Quinto y su hijo visitaron el arcaico templo de Astarté, el santuario de poniente en el puerto púnico, donde aún se adoraba a la diosa de Tiro con una flor de loto en el seno y a Hércules Tebano, representado por una imagen de oro con el pellejo del león de Nemea sobre sus hombros. Solicitaron el augurio de la pitonisa que habitaba una cueva cercana a la orilla del mar, y hacia el mediodía, un sacerdote con una cinta de lino en la cabeza les entregó un trozo de papiro donde había escrita una frase en la jerga de los fenicios sidonitas que les hubo de interpretar un comerciante de Tiro. A Gayo nunca se le olvidaría el augurio, que luego jamás se cumpliría: «¿Qué puede la diosa del Mar contra el que llamarán el Rayo de Júpiter?».

El templo los conmovió, pues los contemplaban más de mil años de sobrecogedora sacralidad, y mientras sacrificaban y ofrecían el exvoto con el vello infantil, Gayo no dejó de contemplar el rostro de la Señora del Océano, que fulguraba como el albor; con una mirada cómplice le suplicó:

—Madre de los caballos, une mi suerte al poder de su sangre poderosa.

La antevíspera de su partida y tras cerrar el negocio, el socio de su padre, Flavio Sisena, uno de los quinientos caballeros de Gades, que poseía palco propio en el Teatro, los invitó a su *domus*, una mansión en cuya puerta sobresalían dos relieves singulares, un conejo y un olivo, los símbolos de Minerva Gaditana. Se erigía en la ciudad nueva cercana al teatro Balbo, el amigo de Julio César y excónsul de Roma nacido en Gades. Había obtenido honores de triunfo al vencer a los garamantas africanos, y también construido esplendorosos asentamientos al otro lado del canal cegado, al que los gaditanos llaman Didyme, opulentas quintas con jardines y pórticos áticos de inigualable belleza.

Ese día descubrió Gayo las verdaderas intenciones de su confiado padre, que desde hacía años vivía en un afán ficticio, especulando en convertirse en caballero. Su anhelo había velado los caminos de la razón y en secreto consumó los pasos para unir su sangre plebeya con una rancia estirpe de unos *equites* gaditanos venidos a menos.

—Hijo, hoy vas a conocer a la hija de nuestro anfitrión, joven adornada con muchas de las virtudes romanas —le anunció enternecido—. Es conveniente que, una vez recibida la toga viril, elijas esposa cuanto antes. Sus padres verían con buenos ojos vuestro casamiento.

—¿Lustre de linaje a cambio de sestercios, padre mío? —le reprochó.

—¡Por Hércules, Gayo!, si yo ingreso en la orden ecuestre, tú también serás caballero. Vestirás la toga listada y se te abrirán muchas puertas hasta ahora cerradas, incluso en Roma —le dijo, y tiró de su manga enojado.

—Elegir una esposa, padre, no es tarea baladí —se resistió el joven.

—No te obligaré, Gayo; sólo es el ofrecimiento de un amigo, que además es *flamen*^[51] de Minerva y magistrado de la Curia de Gades —le dijo—. No obstante, te ruego que por tu cuerna no realices ninguna promesa y mucho menos aceptes un presente de la joven, pues, según las leyes de Roma, una u otra cosa son motivo de promesa de casamiento. ¡No lo olvides!

Gayo quedó pensativo con el consejo de su padre, pero se inquietó.

Sisena era un hombre ocurrente y de porte esclarecido, que peroró durante la cena acerca de la riquísima familia Fiaría, de las centurias de esclavos que habían poseído los padres, de la espléndida vida de su infancia y de los bienes perdidos por sus derrochadores antepasados. Su esposa, con varias onzas de pintura en la faz, se asemejaba a una Gorgona, y la muchacha casadera parecía una vulgar fregona, de rasgos viriles, carácter insociable y mayor que Gayo.

Tal vez porque la herencia paterna se había ido al traste, o por las exiguas rentas de la casa, resultaba claro que no podían permitirse grandes dispendios, y vestía como una esclava. Sin embargo, lo peor era que aquella joven parecía desequilibrada y padecía un espasmo nervioso que incitaba a la risa, pues torcía el rostro con hilarante gesto cada vez que hablaba.

—Estamos orgullosos de sus capacidades —aseguró Sisena—, y sería una buena

esposa para el joven Gayo, pues nuestra estirpe es noble y originaria del Lacio. Y aunque mis padres gastaron nuestra fortuna sin freno, el infortunio nos ha abierto los ojos y hemos frenado la prodigalidad y el gasto superfluo.

Cayeron unas gotas frías, y la velada transcurrió aburrida con la música de una enojosa llovizna que no les permitía salir al patio. Gayo, acosado como una presa, se revolvía aterrado en el diván, y cuando se le preguntaba contestaba con monosílabos, se escabullía con comentarios fútiles y se sonrojaba falsamente. Una y otra vez se resistía a cruzar la mirada con la doncella, quien, sin discreción alguna, no paraba de parlotear con su voz chillona y con la inagotable idiotez de sus extravagancias, haciendo visajes ridículos con la mirada.

Con gesto de cervatilla herida lo escrutaba constantemente, guiñándole el ojo o sacándole la lengua con lascivia cuando no la observaban, o importunándolo con simplezas embarazosas. La cena se convirtió en un tormento para el lusitano y suplicaba a Venus escapar de allí cuanto antes. Concluida la colación y cercana la primera vigilia, la madre no consintió que regresaran al albergue donde paraban, junto al templo de Cronos, aduciendo la inclemencia de la noche y que no disponían de esclavos suficientes para acompañarlos, temiendo por su salud y seguridad.

Quinto aceptó encantado la hospitalidad de tan distinguida familia, y iras agradecerle el cuidado mostrado por su seguridad, se instalaron en unos cubículos del segundo piso adornados con muebles y pinturas desvencijadas. Sin embargo, a pesar del interés por salvaguardarlos, Gayo percibió cierto ademán engañoso en la invitación y una insistencia sospechosa que Lauso también corroboró receloso:

—Amo Gayo, estas matronas urden algo, lo presiento —lo alertó—. Quieren casarte a toda costa con ese adefesio y no me fío de sus intenciones. Anda con cuidado. Con un solo esclavo armado y teas que alumbraran el camino, hubiéramos llegado a la posada sin contratiempos.

—Yo también he notado cuchicheos a nuestras espaldas, y por alguna razón que desconozco ansían que nos quedemos; y sobre todo que yo cargue con un porvenir insufrible casado con esa arpía —replicó con aplomo, y recordó el consejo de su padre como una bendición que alertaba su mente escaldada.

Durante unos instantes Gayo reconsideró la situación, y a pesar de su escasa experiencia en la vida, el negro futuro espoleó su mente; decidió que más valía esquivar el aprieto que lamentarse luego para siempre.

—Lauso, nos valdremos de un sencillo ardid. Cuando me acueste saldrás con la jarra de noche y el orinal y simularás ir por agua. Subirás luego e intercambiamos nuestros papeles. Tú ocuparás mi lugar y yo el tuyo. Quiera Epona que todo sea fruto de nuestra mente calenturienta, pero parece que pretenden una acción indigna.

Lauso regresó, se embutió en el catre de su amo, y Gayo, vistiéndose con su Chitón encapuzado, salió al instante con la cabeza baja. No se dirigió al cubículo de los esclavos, donde advertirían su presencia impostora, sino que se escurrió por las desiertas escaleras, ocultándose en un rincón del *impluvium* el patio interior, desde

donde se divisaban los dos pisos. Pasó el tiempo y nada raro acontecía. Había cesado la cellisca y contempló las estrellas que ornamentaban el cielo hialino de Gades. Aspiró el olor a cestro^[52] nocturno y acechó en guardia vigilante.

¿Qué intenciones rondarían por las cabezas de aquellos dos esperpentos, madre e hija? No estaba dispuesto a torcer su suerte tan joven, y mientras agonizaban las candelas prosiguió tenso la guardia. Al poco oyó unos ruidos, y enseguida constató que no andaba desacertado. Así como la dignidad había adornado a las antiguas hembras romanas, ahora su patrimonio lo constituían el engaño y la vileza.

Su cándida intuición se cumplía, muy a su pesar. No tardó en parpadear un candil frente a su puerta, y contuvo la respiración. Pudo distinguir cómo sigilosamente se movían las siluetas de dos mujeres, la hija y una esclava, mientras al fondo del pasillo se apostaba la madre, como aguardando acontecimientos. Penetró la joven en el habitáculo, pero al instante salió. «¿Qué planeará?», se preguntó Gayo, sorprendido y con el corazón desbocado en el pecho. Echándose sobre la puerta con los brazos extendidos y como una consumada actriz del teatro Marcelo, la joven casadera gritó, despertando a toda la casa:

—¡Qué desgraciada soy! —gritó como una furia—. ¡A mí, favor!

Compareció la madre, que aguardaba en el corredor, y entre simulados gemidos apretó contra su pecho a su despechada hija, acudiendo al instante un grupo de esclavos, Quinto y Flavio, en camisa, con los cabellos alborotados y los ojos fuera de sus órbitas.

—¿Qué te ocurre, hija? —preguntó Sisena, estupefacto.

Entre falsos sollozos, y gimoteando como una plañidera, respondió apenada:

—Padre, el hijo de tu amigo, después de la cena, me suplicó con engañosas palabras que acudiera a su habitación, donde después de violentarme con falaces besos y hacerme promesa de matrimonio, ha aceptado un presente de juramento que hallarás junto a su cama. Luego se ha burlado de mí, y me ha despedido con soeces injurias. Ahí lo tienes, en su lecho riéndose de la estirpe Flavia. ¡Pasa y compruébalo con tus ojos! ¡Ay, qué desgraciada soy!

Un silencio de cólera contenida se apoderó de los presentes.

—Entonces, ¿sigue ahí el muchacho? —preguntó el *paterfamilias*—. Veamos lo que argumenta, ¡no nos precipitemos, por Júpiter!

La ultrajada jovenzuela, hipando entre gemidos, musitó:

—Lo acabo de dejar tirado en su catre, ufano y jactándose de su ruin proceder, y no lo dejaré salir de aquí hasta que no confiese su fechoría, padre mio.

Quinto Apuleyo temblaba como un alfeñique, e imaginaba todos sus sueños de caballero quebrados como una caña ante el vendaval. Gayo sintió lástima por él, pero debía aprender la lección. Mientras se arremolinaban ante la puerta, abandonó su lugar de retiro, momento en que percibió un gran revuelo, pues al concitar las candelas en su camastro, habían descubierto que quien yacía en él era el esclavo y no el amo, y como la habitación era pequeña, sin ventanas y con las claraboyas

inaccesibles, el burlador no podía haberse esfumado por las paredes, desbaratando los enredadores argumentos de la joven. Gayo se colocó a hurtadillas a sus espaldas.

—¿Me buscabais a mí? —preguntó de sopetón.

Se revolvieron todos como un resorte, y sus miradas se acopiaron en el joven Apuleyo, comprendiendo al instante que habían medido sus fuerzas con las ajenas y perdido de forma ignominiosa. Cayeron sobre la madre y la hija el más vergonzante de los sonrojos, quienes, burladas, no sabían qué hacer ni lo que expresar. Sus ojos escupían llamas y bufaban de bochorno. No demostraban precisamente la excelencia de su sangre, y habían caído en las redes tendidas por un asustado muchacho, suscitando la cólera de Sisena, quien sí acreditó la nobleza de su linaje, pues, tras la fallida estratagema perpetrada en su desdoro, se dirigió con el índice acusador a su esposa e hija, conminándolas colérico:

—Vuestra temeridad ha recibido el justo castigo. Habéis afrentado la sangre Flavia y avergonzado a unos huéspedes honestos. Amigo Quinto Apuleyo, si exiges una satisfacción o pretendes acudir al magistrado para lavar tu honor, yo lo comprenderé, pero tu hijo, muchacho lúcido y discreto, no merece unir su vida con mi hija. ¡Perdonadme los dos, os lo imploro por Juno de las dos caras!

La estratagema y el desdén de Gayo habían hecho mella en los Flavios.

—Se ha salvado la honestidad de las dos familias —dijo mi padre herido en su *dignitas*—, pero cerremos el asunto con reserva, aunque mi corazón está hundido en la más agria de las desolaciones, ¡bien lo sabe Venus Genetrix!

Las intrigantes madre e hija fueron objeto de sarcasmos por parte de sus domésticos, y Sisena, fuera de sí, censuró su vergonzoso proceder con desprecios. El muchacho recibió elogios por su astuto proceder, y consiguió que su padre nunca más volviera a presentarle una esposa que se acomodara a sus ambiciones.

Saboreando el salobre olor del mar y con cierto regusto a revancha cumplida, abandonaron la Ciudad de Hércules Melkarq. Gayo experimentaba una profunda alegría, conviniendo con su padre en que la familia Flavia había recibido demasiados reveses de la fortuna y no era cuestión de cebarse en su desgracia. Con las alforjas colmadas, se unieron a una caravana que bordeando la costa por la Vía Heraclea se abastecía en la Bética de esparto y cochinilla para teñir prendas. Se dirigían por Itálica y Emérita a Astúrica, para proveer de falca tas iberas a las legiones romanas allí estacionadas, orientándose por las estrellas.

Lauso y Gayo, con el corazón encendido por haber triunfado ante la perfidia, contemplaban la bóveda celeste constelada de luminarias, aunque no es fácil saber si de pavor o de pura satisfacción por haber sorteado con sutileza tal obstáculo. Los más poderosos, con sus fachadas irreprochables, suelen ser también los más ladinos y avariciosos.

A su padre, Quinto, no obstante, se le notaba embargado de orgullo, y palmeaba la espalda a su hijo sonriéndose con jactancia, gozoso de su sagaz penetración. A lo lejos, la Vía de la Plata los acercaba a su hogar, en una aurora anaranjada que

regocijaba el corazón.

El destino y *Bóreas*, sin él saberlo, le tenían reservada a Gayo la evocación más intensa de sus años juveniles.

* * *

Corrían los días rutinariamente en Mérida sin que nada raro los perturbara.

Su abuelo Ático había caído enfermo y apenas si podía sostenerse en su cayado, decrepito y encorvado. Su piel marchita se llenó de pústulas y ya no lo acompañaba a instruirlo en la conducción de carros. Había llegado el momento en el que Gayo habría de convertirse en su propio maestro.

Estalló la primavera en la que cumplió dieciocho años. Emérita celebraba los Juegos Troyanos y las fiestas dedicadas a Pales, desde pastores y rebaños idolatrada por ganaderos y agricultores que solían preparar sacrificios en su honor. Lo que acaeció en aquel año lo revivía Gayo Diocles tan intensamente como si aconteciera de nuevo.

Sin suponerlo, aquellos *ludi* iban a mudar el rumbo de su vida gracias a la desafortada ambición de su padre por ingresar en la orden ecuestre. Como poseía cuadras de caballos y una sólida posición, Quinto solicitó la inscripción en las listas de Caballeros de Emérita, e incluso encargó anticipadamente una toga con el listado rojo y el anillo de oro de caballero a un joyero de Gades. Mientras aprobaban el ansiado ingreso que ennoblecería su sangre, untó la mano con regalos espléndidos a más de un magistrado de la ciudad, inventando un falso árbol genealógico que los entroncaba con los Apuleyos, Carvilios y Veleyos de Tarentum.

Llevó a cabo también intensas gestiones en Roma, a través de un decenviro, para acelerar el proceso de asentar su nombre en la Noble Orden Ecuestre del templo de Cástor y Pólux, pero unos son los deseos de los hombres y otros los designios de los dioses; para su pesadumbre, moriría siendo plebeyo. La víspera de las fiestas, estaba sentado en el atrio disfrutando con su familia de la hermosa luz crepuscular, cuando, embargado de satisfacción y nervioso como un infante en la tormenta, habló de su pronto reconocimiento como caballero, sorprendiendo a todos con la noticia de una inesperada dignidad que le había concedido el pretor:

—Mi amada familia, hoy puede que haya cambiado la suerte de la familia Apuleya de Emérita. El pretor Trásilo ha permitido que nuestro Gayo, hijo de un futuro miembro del rango ecuestre, compita como auriga en los juegos de Pales junto a los hijos de otros patricios y équites, invistiéndonos de un honor anticipado.

La conmoción que le rondaba el corazón a Gayo estalló en una exclamación incontinente, y experimentó en sus entrañas un dulce beso de placer. El deseo que guardaba en el silencio de su alma, como la nieve custodia bajo su manto la sabia de la vida, era al fin satisfecho. Lo inimaginable, por un inexplicable caracoleo del azar,

se hacía realidad.

—¿Estás contento Gayo? Te veo pálido y turbado —preguntó a su hijo.

—Jamás pensé en correr junto a los hijos de los nobles, padre, y si la felicidad es contemplar el mundo a medida de nuestros deseos, ahora soy el hombre más dichoso de Lusitania.

Su madre, Leticia, deshecha en lágrimas de contento, enjugó el sudor que perlaba su frente, mientras le decía con ternura:

—Rezaré a la Madre Tierra para que te proteja, niño mio.

Aquel día de primavera, Gayo comprendió que su débil estrella comenzaba a fulgurar, espoleando la esquiva rueda de su destino con un golpe de fortuna.

* * *

El tiempo transcurría, y mientras aspiraba el aroma de los perfumes, entreabrió los ojos y contempló a Paulo y a Ascón, que dormitaban en las tinas óyenos a sus evocaciones. El auriga recostó la cabeza y dejó que en el fluir del tiempo se mezclaran las imágenes seductoras con las más dolorosas, porque sólo el que sufre posee memoria.

Evocó con nitidez el astro rey esclareciendo el hipódromo de Emérita atestado de espectadores. Los jóvenes patricios lo miraban con desprecio y se reían de su equipo usado y de su biga^[53] exenta de bronces y oropeles. El casco y las correas le laceraban el cuerpo, y *Bóreas* y un caballo lusitano sin penachos ni jaeces pugnaban por abandonar la *cárcer*^[54] asustados por el bullicio, instante en el que Lauso le entregó un afilado puñal:

—Amo, por si tu carro es abatido y has de desatarte o darte muerte. No te ciñas demasiado a la *spina* y confía en *Bóreas*. ¡Que Zéfiro te asista!

—¡Óyeme, Epona, deidad de los caballos, y cúbreme con tu favor —imploró Gayo aterrado—; pero si mi destino es morir en la arena, que así sea!

Notaba tal pavor que estuvo a punto de desertar, si no fuera porque no existe aliciente más irresistible para un amante de las carreras que vencer el miedo con el olor poderoso de los caballos. Retumbaron las tubas y los seis carros avanzaron hasta el ramal de salida. Su aliento y sus músculos se dispusieron a contribuir a la aventura, y al percibir el estruendo del hervidero de gentes y el piafar ansioso de los corceles, Gayo comprendió que el placer se unía a su pasión en un elixir sublime que lo extasiaba.

Resonaban los relinchos y el estampido de los cascos, un terremoto que hacía vibrar la arena estremeciendo las piedras del Circo. Las bocanadas de *Bóreas* se confundían con su respiración en una mezcla que le infundía valor.

Llegó un momento en el que Gayo únicamente oía los latidos de su corazón y el de *Bóreas*, quien, con sus grandes ojos vidriados, estaba atento a cualquier orden

suya. Y en aquel preciso momento Gayo comprendió que había nacido para la lucha en las arenas de los estadios, para ser *agitor*, para levantar pasiones entre las multitudes; y también que las habilidades logradas a fuerza de golpes, magulladuras, huesos rotos y sudor, y los adiestramientos de su abuelo Ático no habían sido sino cargas pasajeras. Su respeto por el adversario y el amor al riesgo y a los caballos le despejarían el atajo hacia la gloria.

Bóreas corrió rayando la perfección, tirando del enganche y del yugo con habilidad, y nublado por la emoción, revivía Gayo cómo ascendió al palco del Procónsul a recoger la palma de la victoria dos veces, ante la estupefacción de los aurigas patricios y de la voracidad envidiosa de sus miradas, pero también con el estruendo entusiasta de sus paisanos, que disfrutaban de un héroe a quien admirar, pues la plebe precisa como el pan a ídolos a los que venerar.

Al siguiente día de los juegos, en un alarde de *Bóreas*, que se comportaba dominador como *Straiegos*, el caballo de Aníbal al cruzar los Alpes, sedujo al enfervorizado gentío con su velocidad y con unos recorridos soberbios. Con arriesgados ardidés, Gayo volvió a vencer en dos difíciles carreras contra enemigos poderosos, y aquella noche no se hablaba de otra cosa en Emérita que del nuevo ídolo de las multitudes: Gayo Apuleyo Carviliano.

Los meandros de su memoria lo devolvieron al que constituyó su gran día, el último de los *ludi*^[55] de Pales, ante un público entregado que había acudido en masa por simpatía al joven as emeritense, al que comparaban con Rómulo renacido. Por vez primera Gayo vio correr la sangre de un auriga arrastrado por sus corceles. *Bóreas* dominó a sus antagonistas en un ataque triunfante, con las crines pegadas a su rostro furioso y con una fuerza prodigiosa que Gayo administró desde el primer trote, arrastró a los otros tres corceles de la cuadriga y su carro rebasó la meta en primer lugar como un huracán de invierno en la última y principal carrera.

Despojó de la victoria a cinco aurigas profesionales en el último suspiro, ante la emoción de sus conciudadanos y la felicidad incontinente de su asombrada familia, que creía tocar el Elíseo con las manos.

Emérita victrix, Gaius victor! —jaleaban sin cesar.

Arrebatada de fervor, una masa enardecida lo acompañó hasta su casa en una multitudinaria procesión como jamás se había visto en Emérita. Gayo, con un regocijo triunfal, y agradecido a sus *manes*, depositó su primera corona ante el altar, y su abuelo Ático, entre lágrimas, le hizo una crítica perspicaz que agradecería en el futuro, minimizando sus méritos: «Hasta que no seas coronado por un emperador de Roma, nada has conseguido, muchacho».

—¡Gayo, victoria! —clamaban entre tanto sus paisanos—. ¡Gayo el victorioso!

Desde entonces, el nuevo talismán de la ciudadanía se comportó con actitud desenvuelta, y sus convecinos le atribuían las más inimaginables destrezas y una devoción exagerada. Y aunque velado el placer por la pátina del tiempo, no conseguía evitar una disculpable vanidad y pensaba: «Cercana ya mi vejez, me reafirmo en que

los mortales somos un repertorio de contrasentidos. En un soplo pasé de ser un mozalbete desconocido, a convertirme en el personaje más popular de Emérita por el solo mérito de haber vencido en una carrera de cuadrigas».

Lo detenían los pilluelos y las jovencitas en las escalinatas del templo de Diana para estrechar su mano, lo invitaban los patricios a sus fiestas, se inclinaban ante él los amigos de su abuelo, que lo señalaban como el más heterodoxo de los aurigas, y las damas le ofrecían sus halagadores favores, codiciosas de su compañía.

En menos de una estación, sin ser aún profesional, era anunciado en los recintos de carreras de Toletum, Itálica o Hispalis como Gayo Apuleyo *el Lusitano* y participaba en los juegos sin otro premio que la corona de laurel y el favor de los espectadores. Gayo siempre mostraba llaneza y hasta retrainimiento, pues su verdadera gratificación era manejar a su antojo los corceles, que lo transportaban a una irrealidad hasta entonces ignorada.

Pero, como en la vida nunca ha de faltar una desgracia que altere la efímera felicidad de los mortales, en los idus de septiembre unas fiebres malignas, tífus según decían los galenos de Asclepio, condujeron al mundo subterráneo a su bondadosa madre Leticia y a su depauperado abuelo Ático, perdiendo para siempre sus consejos bienhechores y el ejemplo de sus genios, que parecían sustentarse de mágicas armonías. Leticia murió discretamente, en el silencio de una triste despedida, sumiendo al joven Gayo en una profunda melancolía.

Su abuelo expiró con sus manos sobre las de él, con la fe de que le traspasaba su sabiduría sobre los caballos. Con los estertores de la muerte lo animó a correr con honradez y a perseguir la gloria con mesura, antes de cubrirlo la Madre Tierra con su terroso sudario. Aquellas muertes le afectaron indeciblemente y le ayudaron a comportarse con más reflexión y sensatez. «No me enfurecí, ni tampoco lloré — recordaba—. Sólo sentí miedo».

* * *

Desde aquel día Gayo se volvió más lacónico, su carácter se agrió y su mirada se volvió insostenible. Aún se consolaban de los lutos tras los elogios fúnebres, cuando en la tibieza de la siesta Gayo se sentó en la placidez del *impluvium*, abandonándose a los hormigueos del sueño. Le pesaban los párpados a causa de las vigilias y se extasió mirando los borbotones de la fuente, momento en el que dos viajeros de aspecto distinguido, llegados desde Tarraco, se presentaron en la domus Apuleya preguntando por Quinto el caballerizo.

Parecían tratantes de caballos, pero su plática iba por imprevisibles derroteros. Gayo aguzó los oídos y su soñolencia se disipó de golpe, mientras su cuerpo se estremecía como un junco batido por el viento. Las piernas le vacilaron y asistió como un sonámbulo al cumplimiento de una aspiración perteneciente al horizonte de

sus fantasías.

—¿Y correrá ante el emperador? —inquirió su padre, estupefacto.

—Así es, amigo Apuleyo —le aseguraron—. Queremos que la estancia de Adriano Augusto resulte inolvidable en la tierra que le vio nacer, y la fama de tu hijo como *agitator* ha traspasado las fronteras de Lusitania. Queremos que corra para él.

¿Hablaban de Publio Elio Adriano, el César hispano nacido en Itálica del que decían poseía una personalidad avasalladora? ¿Un anónimo chiquillo de una provincia perdida del Imperio compitiendo ante el César? ¿Le jugaban acaso una mala pasada sus sentidos?

Entre el sopor y la agitación, Gayo recordó una vez más las palabras de su abuelo pronunciadas un día que entrenaban a *Bóreas*: «Gayo, cuando viniste al mundo, Júpiter fulguró al amanecer como el más radiante de los luceros, muestra inequívoca de que eres hombre llamado para la admiración. Por eso, la primera vez que la fortuna pase ante tu puerta, atrápala de golpe o te convertirás en un desdichado de por vida, corroído por la repulsión que sentirás por ti mismo».

Ático había adivinado que tras su apariencia de frágil caballero se escondía un don para entender a los caballos y un alma dispuesta a combatir, y ése era el lazo de sangre que los uniría hasta la eternidad. ¿Bastaba un prodigio celeste para prescribir el destino de un mortal?

Gayo, retando al destino, decidió convertirse en el artífice de su propio sino. Correría con su invencible *Bóreas* por la senda de la reputación de la que sus antepasados carecieron por nacer con el estigma de ser modestos ciudadanos romanos. Y a la diosa Epona se encomendó, cuando el otoño germinaba con el misterio del letargo de la vida en su seno.

Las figuras que habían poblado su niñez se desvanecieron de pronto y los ojos de su memoria se cerraron negándose a resucitar los recuerdos amargos del naufragio de *Bóreas*. Sin embargo, la memoria de su caballo predilecto aún no había concluido. Aún faltaba el último capítulo y Gayo Apuleyo Diocles lo evocaba confuso y más desordenado que los demás. El conflicto de su memoria le provenía de sus propios escrúpulos, porque era un recuerdo compartido con un nombre indeleble en su memoria: Adriano, el divino César de Itálica.

El tiempo del anonimato concluía para Gayo el Lusitano lejos de las estampas perdidas de su niñez, en Tarraco, la primera ciudad romana de Hispania.

* * *

La carrera de Gayo había adquirido ya un sesgo de ansiosa urgencia.

Su padre, que guardaba un dolido silencio por las muertes recientes, accedió a abandonar por un tiempo sus quehaceres con la promesa de prestigio y pródiga bolsa, por lo que tomaron el camino de Tarraco con *Bóreas*, Lauso, algunos esclavos y los

equipos y arreos. Por ser hombre discreto, el joven auriga nunca discernió si asintió a acompañarlo por su abatido estado de ánimo, que le exigía un cambio de vida, o porque así lograba su codiciado deseo de colegiarse en la orden ecuestre de Emérita. Nunca lo sabría, pero sí entendía que, o alcanzaba la gloria en Tarraco, o regresaría derrotado a sus *lares*, donde moriría siendo un vulgar auriga de provincias.

Conforme se acercaban por la Vía Augusta a la Tarraco de los Escipiones, Gayo contempló la imposta de Tarraco desde el majestuoso arco de Licinio Sura^[56]. Dentro de las vetustas murallas, la urbe honrada por Augusto con el título de Triunfal descendía en una cascada de terrazas hasta el mar, desde los templos al Foro y al Circo, y de éstos al casal ocre de los pescadores, cuyas barquichuelas lamían el oleaje del Mare Nostrum.

El crepúsculo alumbraba la desnudez otoñal, cuando sus anfitriones, comerciantes de aceite y magistrados de origen asiático, de *nomen* Optati, los recibieron y les mostraron sus dependencias dentro de las bóvedas del Circo. Quinto, hombre temeroso de los dioses, quiso antes de competir sacrificar un gallo en el ara de Augusto, donde, como buen augurio, había nacido una palmera entre sus grietas. La imagen áurea del emperador, Zeus Olímpico entronizado, sostenía un cetro de marfil en una mano y una diosa Victoria en la otra, y sobre el ara, Gayo vertió un ánfora de vino griego a Júpiter, en su versión egipcia de Ammón, con la testa coronada de cuernos de carnero.

—Padre Potente —le pidió devoto—, sea mi esfuerzo en tu honra.

Unas empinadas escalinatas los condujeron a la segunda terraza de la urbe, donde se erigían dos arquitecturas monumentales, el Foro y el palacio Augusto, un presidio franqueado por seis torres macizas guardadas por una cohorte de legionarios. Desde sus atalayas se gozaba de una panorámica seductora del océano de las viejas y vitalizadoras esencias, del Anfiteatro y del Circo, donde habría de competir en unos días ante el mismísimo emperador. El mundo había adquirido para el joven auriga una dimensión mágica y turbadora.

Adriano Augusto se hallaba en Narbona, en la Galia, donde había dedicado un templo a Plotina, la esposa de Trajano, a quien según el vulgo debía su elección como emperador, y se aseguraba que no tardaría en comparecer en la capital de la Tarraconense, para visitar después otros lugares de Hispania, entre ellos Itálica, su cuna, y Gades, la ciudad de su madre.

Sus compañeros no se le mostraron accesibles, tal vez por la escasa fama frente a la nómina de sus triunfos, o por su origen provinciano, y lo acechaban murmurando a sus espaldas. Soltaban carcajadas maliciosas cuando entrenaba al indómito y peludo *Bóreas*, y aquel desprecio de sus colegas consiguió que se sintiera desamparado. Lo excluían cuando acudían a las termas de Venus a solazarse con los muchachos y meretrices, o a consagrar en el templo de Isis por la victoria, acrecentándose sus deseos de soledad, costumbre que mantuvo Gayo hasta el fin de su carrera, pues siempre inspiró sentimientos de repudio entre sus adversarios.

El asustado auriga se consolaba pensando que los hombres solemos evitar nuestra soledad cansados de nosotros mismos, pero siempre retornamos a ella hastiados de nuestros semejantes, por lo que aceptó su condición de hombre introvertido, sintiendo desde entonces un temor receloso en el trato con sus colegas.

Supo después que el cabecilla de los corredores, un galo experto envenenador de caballos llamado Pollux, acudió a las malas artes para perjudicarlo, práctica muy habitual entre los aurigas de los hipódromos del Imperio. Gayo contrapuso a su execrable abominación los amuletos regalados por su abuelo Ático, la sapiencia de *Bóreas* y el ardor de su joven osadía. Despreciado por sus cofrades, aguardó en la desoladora orfandad del Circo la llegada del emperador con la sola compañía de su padre y de su inseparable Lauso. Pasaba gran parte del día en las cuadras, o en una celda del circo presidida por una gastada lápida dedicada a un auriga desconocido, un tal Fusco, que escrita en la lengua griega, pregonaba, DE TUS TRIUNFOS HABLARÁ LA ETERNIDAD. Sufría atribulado y se encomendaba a su genio personal^[57] cada noche; y considerándolo de buen agüero le siguió rezando cada vez que competía en la arena, intentando verse reflejado en la máxima que lo encomendaba a la posteridad.

Y su añorada Emérita, el lugar donde quería que sus cenizas aguardaran la eternidad, poco a poco se fue difuminando en la nebulosidad en un pálido recordatorio.

* * *

Tarraco se engalanó como una novia para recibir al emperador Adriano.

Los comerciantes sirios levantaron arcos de romero y laurel en su honor, rivalizando con los ciudadanos romanos que los ornamentaron con oropeles y crespones púrpuras. El pretor consular, una dotación de la Legión VII acantonada en la urbe y miembros de la Minerva, la predilecta del César, recibieron sobre el puente del Tulcis a Adriano Augusto, como a él le gustaba que lo nombraran, entre el ronco tronar de las tubas, los timbales y los cuernos de las galeras.

Al descender por la pasarela de la trirreme cayó una densa lluvia, considerada como un buen augurio por los tarraconenses. El emperador, un hombre corpulento y rubicundo, se cubría con una armadura en la que refulgía un Prometeo esculpido robando el fuego del Olimpo y un yelmo de azulada cimera. Recibió con fervor las aclamaciones entre el entrecuchar de los arneses de los pretorianos y las órdenes de los centuriones, pero no mostró ningún brillo de arrogancia en su mirada. Viéndolo como a un dios, Gayo tomó conciencia de la grandeza de Roma y por vez primera se vio instalado en el mundo que en su humilde condición había soñado.

Mientras saludaba a los oficiales cesó el aguacero, pero ocurrió un hecho inconcebible que Gayo jamás olvidaría y que tensó las gargantas de los presentes. Perdido el sentido del equilibrio, un pobre loco escapó de entre las hileras de

soldados cuchillo en mano, intentando más llamar la atención que atentar contra la preciosa vida del emperador. Fue reducido en el acto por su guardia personal entre un revuelo de órdenes y golpes sin que Adriano descompusiera siquiera la figura. Se interesó por el infeliz, y sabiéndolo perturbado lo consoló y ordenó que lo liberaran inmediatamente y le proporcionaran un viático y unas monedas para el viaje. Todos quedamos dolorosamente impresionados, y nadie advirtió que Adriano se sintiera contrariado.

Formaba parte de su personalidad exhibirse generoso como un dios.

Encaramada en las terrazas y balcones, la multitud lo confortaba y le lanzaba guirnaldas de flores y ramos de olivo, aclamando al César magnánimo, quien, desde un carro griego, rodeado por los lábaros con el SPQR romano y las águilas imperiales, saludaba al enronquecido gentío:

—*Ave, Hadrianus; salve, Imperator Hispaniae!* —repetían sin cesar.

La ciudad vivió aquellos días sumida en una atmósfera de excitación y fiesta, y Gayo se preguntaba si con su concurso llegaría a divertir a aquel semidiós distante que soportaba sobre sus espaldas la pesada carga de ser el gobernante más poderoso de la tierra, o si en unos días regresaría a Emérita con su frustración a cuestas. Aseguraban que el César amaba los caballos y sentía una atracción desmedida por las carreras, que despreciaba el elogio y que se deslizaba por el mundo como por una pendiente de pacífica armonía. Para los hispanos representaba el poder de la vieja Iberia en Roma, frente a un Senado corrompido que lo aborrecía y que lo conocía con el despectivo apelativo de *el Extranjero*.

Quienes lo habían tratado lo tachaban de hombre cuidadoso de su imagen, pacífico, amante de los placeres y del orden y muy apegado al saber griego; «*graeculus*» —el pequeño griego—, lo habían apodado en su juventud. Sostenían en Roma que Trajano nunca lo había designado sucesor, aun siendo su ahijado, y que la elección como *imperator* se la debía al general hispano Atiano, prefecto del Pretorio, y a Plotina, la emperatriz, cuyo lecho había frecuentado como amante, así como a sus leales legionarios de la Minerva, que lo habían proclamado en Siria emperador de Roma con la afilada autoridad de sus espadas.

Su padre Quinto le aseguraba que Adriano había erigido una sepultura de mármol travertino a su corcel *Borístenes*, por el que había vertido lágrimas de dolor tras su muerte. Decían los filósofos en su favor que era un mortal de espíritu presidido por la lógica y la razón que proyectaba edificios y templos con sus arquitectos y que sus manos poseían el don de Apolo, pues era un consumado pintor. Un hombre tan exigente consigo mismo, cultivado, poeta, artista e incansable viajero, no podía sino encarnar las fantasías que Gayo atribuía a la perfección, y anhelaba conocerlo.

—Adriano Augusto es el único príncipe que ha entendido la tarea de Roma en el mundo: mantener la paz, acrecentar la prosperidad y conservar cerradas las puertas del templo de Jano^[58] —le había asegurado el edil Optati—. Y si no lo crees así, observa el anverso de sus monedas, Gayo: «Humanidad, Felicidad y Libertad». ¿Qué

emperador desde los reyes etruscos asume un lema tan benévolo?

—Pues roguemos a los dioses larga vida para un César tan compasivo —dijo el interpelado.

En las tabernas de Emérita también se rumoreaba que, como todos los aristócratas de Roma, sucumbía ante los encantos de los hermosos efebos, que le disputaba a su misma esposa y también al viejo Trajano. Viajero incansable, se hacía acompañar de bellos adolescentes, a imitación de Alejandro, que no se separaba de su hermoso Bagoas. Y referían que, como almas gemelas, Adriano y sus favoritos descubrían el deleite del cuerpo y del alma en los fríos campamentos de Germania y Dacia o en las ardientes arenas de Judea.

* * *

Los juegos en honor del César se iniciaron con suntuosidad, y de todo el Mediterráneo llegaron a Tarraco comerciantes griegos, cartagineses y romanos amantes de las carreras y de las apuestas. Las tres primeras jornadas servían para eliminar y clasificar a los aurigas, y entrando entre los dos primeros en al menos dos ocasiones, se les catalogaba como finalistas. Gayo realizó lo preciso para inscribirse en las finales y no acrecentar la envidia de sus camaradas, o la animadversión de los dioses, aunque en todo momento midió sus argucias y evoluciones.

Atento a cualquier detalle, observó cómo el bravucón de Pollux de Arelate^[59], protegido de médicos, veterinarios y domésticos del Circo, solía, en un rasgo de falsa camaradería, ofrecerse para abreviar los caballos de los demás y, mientras simulaba acariciarlos, practicaba sin ser visto una sacudida en el bocado que provocaba un punzante dolor en el animal, o llenaba los pilones con agua helada. Sus ignorantes camaradas de juergas no alcanzaban a comprender que el hielo causa en los équidos unos cólicos desgarradores y graves disenterías.

—¡Que Pollux no se acerque a *Bóreas* ni a ninguno de mis caballos! —ordenó Gayo a Lauso, que los vigiló día y noche—. ¡El muy ladino!

El día de las finales, Gayo fue calumniado por los despreciativos comentarios de Pollux, quien rogó públicamente a Hércules que el lusitano se estrellara contra la *spina*. La desconfianza es un sentimiento más doloroso que el desprecio, pues es hijo de la envidia y la sinrazón, y Gayo se apenaba por tan innecesario rechazo de sus mismos compañeros.

Desde el amanecer, la población se había agolpado en el Circo, atestando gradas y baluartes, y al comparecer Adriano en el *pulvinar* la multitud se agitó enorgullecida con la presencia de su emperador. Treinta mil gargantas lo recibieron deseándole larga vida, mientras los vendedores de salchichas, vino, higos secos, refrescos de nébeda y cerveza se desgañitaban en los tendidos. El aire amenazaba tormenta, pero el público no se arredró y corría de un lado para otro buscando un sitio óptimo para

presenciar las carreras.

El hipódromo^[60] brillaba con el liviano sol, y la *spina* que lo dividía deslumbraba con las estatuas de bronce y las oriflamas multicolores. El interés fue creciendo conforme avanzaba la mañana, convirtiéndose la exhibición en un duelo entre Pollux, el ídolo de Tarraco, y Gayo, el anónimo lusitano. Y no sólo en la arena o en las gradas, sino en las apuestas, que sufrieron un vuelco espectacular. Resultó vencedor sin grandes alardes en las dos carreras de la mañana, y pasó, de no ser conocido por nadie, a concitar la atención y el agasajo del público.

El gentío rugía cuando adelantaba un carro o zigzagueaba en las rotondas, coreando el nombre de *el Lusitano* al traspasar la meta como una centella, en especial el graderío sur, atestado de legionarios de la Gémina y de mercaderes griegos llegados de Emporion, Massilia y Emeroscopión^[61], que tomaron parte decidida por Gayo y su extraño caballo *Bóreas*. El atrabiliario galo de Arélate ganó también dos carreras, por lo que los dos enconados rivales tenían garantizada la participación en la gran final.

Al mediodía, Adriano y su comitiva se retiraron al palacio contiguo a comer, tras cruzar el pasadizo que los comunicaba, mientras la concurrencia almorzaba en las graderías para no perder el sitio. Pero tal vez por el inusitado interés despertado, la comparecencia del César no se hizo esperar y el torneo se reanudó, con el público expectante. Lauso, tras ofrecerle una copa de *mulsum*, un vino barato pero caliente, le ajustó el casco de cuero y la coraza y le ató las riendas a la cintura, colocándole el fino puñal en la bota, mientras el público jaleaba el nombre de *Bóreas* y el de los dos *agitadores* antagonistas, Pollux y el Lusitano.

Resonaron las tubas y las voces y proclamaron a los cuatro vientos los nombres de los aurigas. Gayo compuso una máscara de impasibilidad, atenuando con las bridas el ardor de *Bóreas*, que bufaba ansioso por escapar a la arena.

—Amo Gayo, en los virajes comprometidos deja que *Bóreas* se convierta en el auriga y que él solo tire de los otros tres caballos, que le obedecen ciegamente. Le he dejado las crines caídas sobre la cara y le he mezclado con el afrecho aceite de linaza, la receta de tu abuelo; volará como el viento.

—Cómo le gustaría trotar por las praderas de Emérita —le dijo Gayo nostálgico.

Tras una pausa, durante la cual actuaron un grupo de volatineros cirenaicos y unos púgiles de la ciudad, Gayo se dispuso al gran asalto desde el anonimato al renombre y a la consecución de un premio fabuloso, treinta mil sestercios y una corona de oro. En el palco superior a las *cárceres* se acomodaron los *eladonices*, los árbitros y el presidente de los juegos, un magistrado obeso ataviado con un atuendo escarlata que se alzó solemne, convocando a los corredores. Las cuatro cuadrigas avanzaron hasta la cinta, dirigidas por caballeros de diversos pueblos del Mediterráneo.

—¡Fuerza y fortuna! —se desearon mirándose retadores a los ojos.

En ese preciso instante se levantó una bruma sutil y acaeció un fenómeno celeste

que Gayo Apuleyo no olvidaría mientras viviera, y que a la postre sirvió para enaltecerlo y concederle su apodo definitivo como auriga, y con el que sería conocido en todo el Imperio desde aquel día en adelante. Al principio no fue más que una nube que cruzó por encima del Circo en dirección al mar, pero a un fugaz resplandor le siguió un rayo que desgarró el cielo en un serpenteo de luz portentosa. El gentío se asustó, aunque no abandonó sus asientos, como si aguardara algo sobrenatural. La tormenta precipitó una lluvia espesa sobre el recinto hípico, pero apenas si duró lo que una plegaria, luciendo al poco un sol sereno y un arco iris deslumbrador. La multitud, inclinada a la superchería y tras aguantar el chaparrón, murmuró extrañada mirando al firmamento con temor y comentó lo imprevisto del aguacero y la aparición del prodigio celeste, achacándolo al capricho de Júpiter Fulminator, que se hacía presente con su poder en el Circo de Tarraco.

Aconteció entonces algo aún más inexplicable.

Gayo Apuleyo Carviliano, el auriga lusitano, estaba a punto de ser bautizado con el sobrenombre por el que iba a ser conocido. ¿Cómo sucedió? Quizá fue el caprichoso albur quien se lo impuso, o tal vez la impalpable simbiosis que nace entre el auriga y el espectador entregado a su valor y a su destreza. El caso es que los legionarios y los espectadores griegos, quizás espantados por el rayo que acompañó a la tormenta, símbolo del padre Zeus, prorrumpió en un grito sonoro:

—¡Diocles, el predilecto de Zeus! ¡Es la reencarnación de Diocles! ¡Diocles el auriga! —corearon a una—. ¡Gayo Diocles, Gayo Diocles!

Los corredores, Pollux incluido, se miraron perplejos, preguntándose qué significaba aquel mote, pero cuando el nombre recorrió el estadio, convirtiéndose en un estruendo aceptado, el joven provinciano comprendió que se había convertido en *Diocles el Auriga*. Supo después, aquella misma noche y por boca del mismísimo Adriano, que *Diocles* significa «Gloria de Zeus» y que sus partidarios helenos se lo habían asignado en recuerdo de un mítico auriga vencedor de incontables carreras en Olimpia, que además había sido elegido por la diosa Ceres como uno de los cuatro sacerdotes celebrantes de sus misterios.

«Te has convertido por gracia de tus seguidores y del cielo en Diocles el Auriga y en el sacerdote de la diosa Tierra», fueron las inolvidables palabras del César horas más tarde.

No podía existir para un muchacho asustado mejor augurio y estímulo, y sabedor de que aunaba el entusiasmo de la grada, duplicó sus fuerzas dispuesto a no decepcionarlos, mientras musitaba en su interior, aturdido: «¡Diocles, Diocles!».

El edil arrojó el pañuelo blanco y el público enmudeció. Cuando lamió la arena, los *agitatores* escaparon como centauros enloquecidos. *Bóreas*, sujetado al *introyugo*, se ajustó a la *spina* tirando de los otros tres bridones. Pollux, que trataba a los corceles con una crueldad irritante, impidió la salida de los otros carros, que, pese a tropezar entre sí, consiguieron estabilizarse. Errónea estratagema, pues desde aquel instante contó con dos enemigos más que hicieron lo imposible por usurparle la

victoria. La carrera resultó sangrienta desde el principio. Un carro gobernado por un conductor de Corduba volcó, y aunque volvió a montarlo, el pavor lo hizo estrellarse contra el muro, dejando un farrago de huesos rotos que hizo chillar al público de delectación, pues la sangre los enardeció.

En la arena, se oía la respiración de las caballerías, el tronar de los cascos y los ejes de las ruedas por encima del rugido del gentío, y *Bóreas*, con una energía inagotable, se sometía a su conductor y tiraba de los tres edecanes como *Genitor*, el caballo con pies de hombre de Julio César. El marrullero de Pollux le gritaba bravatas asesinas y al colocarse a su lado componía visajes, endemoniando su cara sudorosa y ensangrentada, ajeno a que a los caballos no les afectan las expresiones humanas. Mientras, la marea humana jaleaba enloquecida al lusitano, animándolo sin cesar:

—Diocles, *nika*^[62], Diocles, *nika*!

Dejó al galo que dominara la carrera, y cuando viraron en la penúltima vuelta, se coló como un destello entre su cuadriga y un carro siracusano, para luego, en un escorzo sesgado en el que se jugó la vida, cortarle el paso y obligarlo a frenar. *Bóreas* relinchaba y unía su fuerza al intelecto de Gayo en una urgencia que lo llevaba a tirar del yugo y batir a sus oponentes uno tras otro.

En un encarnizamiento furioso, los cuatro brutos alargaban sus cuellos con las crines al viento. En las seis primeras vueltas se movieron en un puño, pero fue en la última en la que Gayo esperó el ardid definitivo de Pollux, una marrullería imprevista para dejarlo descolgado. En una hábil trapacería el de Arlete lo desplazó, y simulando que intentaba esgrimir el látigo para fustigar a sus caballos, situaba las correas una y otra vez en la línea de visión de los suyos, sin saber que los caballos, de frente, disfrutaban de una visión panorámica y sólo detectan movimientos ligeros, pero no ven sino imágenes difusas, por lo que su treta de nada le sirvió.

Y como lo peligroso suele convertirse en sencillo, cuando restaba media pista para la meta final, el emeritense ejecutó su ardid preferido, el zigzag o culebreo en diagonal. Gayo soltó de golpe las riendas, haciéndole creer a *Bóreas* que lo dejaba escaparse libre a los pastos. El público enmudeció, poniéndose en pie.

—¡Corre, *Bóreas*, huye hacia los campos lusitanos! —le gritó azuzándolo.

La muchedumbre ahogó una exclamación de asombro ante tan heterodoxo movimiento, viéndose por vez primera ante la cuadriga de Pollux, quien como un fauno furioso intentó fustigarlo con el látigo, pues no tenía otra solución que aminorar su velocidad o estrellarse contra la *spina* y morir despedazado. Gayo rebasó la meta como un ciclón de invierno a un carro de distancia de Pollux, que era incapaz de dar crédito a tan espectacular maniobra. Con el corazón encogido, la garganta ardiendo como una ascua, Gayo reparó en Adriano aclamándolo en el palco, y el joven auriga creyó tocar el cielo.

Quinto, exaltado y sin habla, y Lauso encendido de júbilo, lo abrazaron con legítimo orgullo. Gayo saludaba a la multitud con su nariz aguileña altivamente alzada, las mejillas y la frente sudorosas, pero arrobado por el clamor.

—*Diocles victrix!* —gritaban sin cesar y agitando pañuelos.

Adriano se incorporó del solio y solicitó al presidente hacer los honores de la entrega del premio. El insospechado ganador ascendió las escalinatas entre el eco de las aclamaciones, con la cabellera al viento y el rostro de halcón irradiando agradecimiento. Ante Gayo se hallaba el romano más grande en títulos y poder, el amado de la Tríada Capitolina, embutido en una túnica de púrpura de Bozrah recamada en oro, y con un gesto tan apacible que fascinaba.

—*Ave, Caesar Imperator* —balbució con dificultad el joven.

—*Salve, victor Gaius Diocles* —le replicó el César.

El recinto hípico era un torrente de aplausos, y cuando recogió de sus manos la palma y una corona de laurel con hojas de oro y plata, notó un vértigo embriagador. Y como Gayo no era ni esclavo ni liberto, sino ciudadano romano, y no debía entregársela a ningún señor, la colocó sobre su cabeza mientras en su ardoroso corazón sentía un silencio místico.

—Diocles —le dijo Adriano—, jamás vi correr un auriga tan temerario y sabio como tú, a pesar de tu juventud. Parecías un azor egipcio, y hasta Júpiter se ha unido a tu victoria. Ven esta noche a palacio, serás el invitado de mi festín.

Gayo asintió, y aturdido percibió el verdadero sentido de la gloria de los hombres, aunque con el tiempo llegaría a pensar que no es otra cosa que un rumor de viento zumbándole en los oídos, nada más.

Entretanto, como un excelente augurio, una bandada de palomas blancas volaron sobre el cielo del Circo de Tarraco.

Sin embargo, aquella misma tarde un hecho luctuoso ensombreció su alma, consiguiendo que desbaratara con sus manos la corona recién conseguida y la pateara fuera de sí en el suelo. *Bóreas*, sin que se supiera cómo, apareció en la cuadra con una pezuña rota y sangrante. La visión del muñón atrofiado de su pata lo sobrecogió, y presa de la ira, buscó al brutal Pollux para cobrarse una ejemplar venganza, pero el desalmado había abandonado precipitadamente el Circo.

Sus instintos se rebelaron contra la estéril maldad, obra segura del galo, pues lo creía capaz de semejante crueldad; una desgracia sobrevenida que ensombreció su alegría, pues sabía que *Bóreas* nunca más podría contender en los hipódromos. Pocas veces lloró Gayo tan desafortunadamente, mezclando la sal de sus lágrimas con el sudor de su rostro desencajado. Su padre, que había notado el desorden en su ánimo, lo consoló presintiendo un pronto sesgo en su vida:

—Tu quehacer ya no está aquí, Gayo. No apesadumbres tu alma con congojas innecesarias. *Bóreas* se convertirá en el semental de la manada y su sangre correrá de nuevo en los hipódromos del Imperio.

* * *

Gayo soñaba despierto y revivía la imagen nítida del emperador Adriano. Lo tachaban en Roma de despreciativo y arrogante, cuando en realidad era un consumado actor que escenificaba cuanto realizaba.

La noche de su gran triunfo Gayo penetró en el salón Augusteo cohibido y asustado, y escuchó las cadencias de una rapsodia órfica pulsada por un lirista. Adriano abandonó la conversación que mantenía con un general, tranquilizando su impaciencia. Su imagen era la de un hombre comunicativo y su voz, admirablemente cortés, expresó su consideración.

—*Salutem dal, Imperator Augustas* —fueron las palabras de Gayo, antes de besar su mano carnosa y enjoyada.

—*Vale, Gayo Diocles* —replicó, e inició una plática que acreditó su amor y sabiduría respecto a los caballos.

De esmerados gestos y barba ocultadora de unas pústulas azuladas, el César de Itálica era un hombre mundano e ilustrado del que emanaba una gran seguridad. Seducía su templanza en el trato, y estremecía su corpulencia y la nariz grande y firme. Adriano, propenso al albur de los astros, lo observó detenidamente con sus inquisitivos ojos del color de las almendras.

El príncipe adornaba su túnica áurea con un talismán de diamantes, *La Pirámide de la Luna*, rara joya regalada por el emperador Nerva a Trajano tras su victoria frente a los tracios, y que éste a su vez había donado a su ahijado Adriano, quien la lucía con elegancia. Prevalecía en sus gestos el gusto por lo espiritual y lo estético, y tomándolo del brazo lo acompañó hasta el balconaje, extasiándose con el bello espectáculo que les ofrecía la noche tarraconense. Hizo una señal y se acercó un esclavo que le entregó una rara pieza de orfebrería del tamaño de un palmo que representaba a una diosa griega de rostro risueño con tres caras y multitud de ojos.

—Gayo Diocles —le dijo entonces el emperador—, acepta este presente de la diosa Fama, la de los cien ojos abiertos. Una vida de celebridad y de honores te aguarda y ella te protegerá.

Una expresión de sorpresa llenó el rostro del auriga antes de formular agradecimiento alguno.

—Augusto César, tu generosidad corre pareja a tu grandeza; gracias.

Adriano asintió afectuoso y bastó para romper el embarazoso momento. Le habló de las glorias del Imperio y de la familia hispana de Roma, y a cada instante que pasaba inspiraba a Gayo más respeto y sumisión. Estaba dotado de una innata distinción y al joven auriga le pareció un ser lúcido y seductor, aunque de compleja personalidad. De sus palabras dedujo que era de esos seres que nada más verlos se les adjudican las virtudes de la dignidad, la majestad y la rectitud en su grado sumo, y deseaba ser objeto de su amistad.

¿Acaso no resultaba portentoso para un rústico pueblerino como Gayo contemplar a su lado al emperador de Roma, que además se conducía con tan extraordinaria modestia de espíritu?

Adriano lo sometió a un riguroso escrutinio sobre su vida, gustos y familia, al que Gayo contestó desordenadamente, celebrando que hablase el griego. Arrobadado por su interés, no hizo sino agradecer sus elogios y contener el nerviosismo.

—Posees el don de penetrar en la esencia de los caballos, una dádiva que no debes guardar sólo para ti —le conminó—. Tu valor te acredita y te aseguro que tus carreras han sido absolutamente inimitables. Controlas tus emociones y el ritmo de la carrera como el más experto de los aurigas. ¿Cómo lo consigues?

Gayo, obligado a justificarse, le replicó:

—Sé manejar el instinto más genuino del caballo, señor: la huida.

Adriano adoptó un semblante reposado al confesarle con gravedad:

—Mereces la gloria, Diocles. Tu sitio está en Roma, no aquí.

—Me honra la confianza, Augusto —dijo Gayo, ruborizado por la lisonja.

—Piénsalo, y si así lo decides, te recomendaré al edil curul de los Juegos de Roma, donde apreciarán tu arte y tu maestría y harás vibrar el pulso del Circo Máximo; algo adormecido últimamente, por cierto. Además, te verás arropado por la *gens* hispana.

Un anhelo ilusoriamente imaginado en Emérita traspasaba la frontera de lo quimérico. ¿Y no era acaso aquella la oportunidad que aguardaba desde niño? ¿Se trataba del pasajero capricho del César de Roma? El futuro le inspiraba temor, pero Gayo rebosaba de ambiciones y su mente se convirtió en una marea de confusiones. Su magnética influencia lo había desarbolado y, aunque tenía miedo a lo desconocido, no quiso contradecirlo. Su propensión a la independencia, que había alimentado durante años, terminó por decidirlo.

—Convenceré a mi padre, e iré a Roma. Que Venus te bendiga, mi señor y César, y alumbré el camino de este advenedizo.

—A propósito, ¿sabes quién fue Diocles, joven Gayo?

—No, Augusto, pero sé que ya no se me conocerá por otro nombre. Lo acepto gustoso, como acepto mi fortuna.

—Sentémonos en el triclinio y brindemos por tus éxitos. Escucha... —Y a continuación lo ilustró como un insuperable pedagogo, mostrándole su vasto saber sobre la Hélade.

P. Elio Adriano inspiraba una confianza ilimitada y, por su ausencia de doblez, le demostró al joven auriga que jamás profanaría su palabra ni burlaría los preceptos de la amistad con el menosprecio. Una complicidad inagotable se había establecido entre los dos y duraría hasta que la Parca los desuniera. Gayo había abrigado un sueño, cruzar mundos nuevos en pos de los caballos y los dioses lo habían honrado haciéndolo realidad.

Y aunque de ningún modo podría olvidar la oscuridad de sus comienzos, consideraba que Gayo el Lusitano había muerto en Tarraco y nacía Gayo Diocles, el auriga de Hispania. No existía para él otro itinerario, ni tampoco un retorno posible. 1.ª naturaleza humana es así, desafiante, y el reto de conquistar Roma lo alentaba

indeciblemente.

Aquel tiempo feliz ya no existía, pero aunque las imágenes se enturbiaban en su mente, no podía esquivar el dolor que le suponía el recuerdo de *Bóreas*, de quien había recibido la fuerza de la Madre Tierra. Su atribulada mirada, llena de dolor y pesadumbre, seguía siendo para él una herida permanentemente abierta en su corazón.

IX

LA TRAMA

El borboteo de la clepsidra le recordó a Diocles lo avanzado de la hora. Las opacidades del crepúsculo se habían adueñado del firmamento y los esclavos encendían flameros y candelas.

Gayo había dejado flotando en la atmósfera del *sudatorium* un cementerio de estatuas de su niñez y juventud barridas por el tiempo. Personajes disonantes con cicatrices marcadas por el ansia de poder regresaban al vaso de su memoria. Aún permanecían presencias vírgenes que hubieran merecido ser rescatadas del recuerdo, pero las había ocultado con el manto del respeto.

No obstante, los pensamientos de Diocles volaron hacia Galo y la abortada cita en Tres Tabernae. ¿Seguiría rondando la misma trama sobre la tribu hispana? Y aunque un empeño desconocido lo colocaba de nuevo en el filo de la navaja, deseaba abrazar al padrino, quien acudiría a su casa ajeno a la sorpresa que le aguardaba.

* * *

Cuando Galo apareció en la casa, el mundo pareció quedar en suspenso.

Se perfiló en el vano de la puerta del *triclinium* tan erguido como una efigie de arcilla encuadrada entre los esculpidos dinteles de la sala. Todos enmudecieron y un silencio de asombro se adueñó del aire que respiraban. El edil no formuló ningún comentario; se limitó a componer una mueca de incomprensión y a segregar un sudor frío. Sus rasgos patricios se sonrojaron y la estupefacción se agitó en su mirada incrédula.

Remiró los cambios en el aspecto de su amigo, inspirándole primero estupor y luego piedad. Parecía como si se hubiera dado de bruces con un fantasma regresado de los infiernos. Dio un respingo hacia atrás y sus lágrimas humedecieron con levedad sus ojos, maravillosamente enternecidos.

—¡Gayo, mi dilecto Gayo, benditos sean los dioses! —balbució al fin—. ¿Qué te

ha ocurrido? ¿Qué bárbaro te ha vejado de esta manera que no te reconozco?

Lo abrazó largamente, con recia ternura, y el instante el ambiente se impregnó de una magia de afectividad y gozo.

—¿Dónde has estado todo este amargo tiempo que me pareció una eternidad? ¿Qué te ha ocurrido que pareces un indigente de las Carinas? No te hubiera reconocido si te hubieras sentado a mi lado en el Circo.

—Ni mi *genio* me hubiera identificado con este deplorable aspecto, Galo.

—Ciertamente, pero ¿acaso te tragó la tierra, Gayo? Un hombre capaz de tan reiteradas proezas como tú no desaparece así como así. ¿Alguien te ha retenido contra tu voluntad? Expláyate o mi cabeza saltará en pedazos con la duda.

—Me recluyó mi propia mente en la cárcel del olvido, Aulio —dijo a modo de anticipo—. Sufrí una pérdida de memoria tras un lamentable accidente camino de la cita contigo.

Galo se negó a creerlo y compuso una extraña expresión de recelo e incompreensión.

—¿Padeciste lo que describen los médicos de Asclepio como *amnesia*? Según dicen, es un mal pasajero que borra los recuerdos. Entonces ¿todo este tiempo has estado vagando como un ciudadano anónimo sin saber quién eras?

—Y en estos cuarenta días no he traspasado las murallas de Roma.

—¡Por los Cuernos de Alejandro!, no puedo creerlo..., y todo por mi causa. Debí ser más cauteloso, conociendo los intereses bastardos que se están moviendo alrededor de esta trama.

La noche iba acunando en su regazo el paisaje romano, y por la terraza, adornada con ramas de acebo, penetraba el lozano perfume del jardín. Diocles le presentó a Ascón el britano, a quien Galo conocía del Anfiteatro Flavio, y al patricio Paulo Valerio, como a sus fervientes compañeros de cárcel e infortunio. Conversó con ellos sobre el asombroso revés de la fortuna sufrido por su protegido, y cuando, con el semblante perplejo, se cercioró de la naturaleza de sus desventuras, lo llamó aparte con misterio. En un tono entre impaciente e intrigante le preguntó:

—Gayo, ¿sabe alguien más que has vuelto? ¿Te han reconocido? Todos te hacen en Preneste, y ni el mismo prefecto de Roma conoce tu paradero. Por razones obvias, tu desaparición ha sido el secreto mejor guardado del Imperio.

—Salvo los presentes, nadie. Hoy es día de juegos y la ciudad estaba desierta; deberías de saberlo. ¿Por qué lo preguntas?

—No se debe conocer tu regreso, y por tu seguridad y la de nuestro objetivo, deberías abandonar esta casa y ocultarte durante unos días.

Diocles cambió el gesto por un malhumorado mohín de rechazo.

—Por nada del mundo me separaré de mi familia, padrino. Me ensombrece el alma la situación anímica de Camila y me siento culpable al verla tan desalentada. Precisa de mi afecto y he de devolverle amor por el tormento que ha sufrido. ¡Estuve a punto de perder la vida y no puedes pedirme ningún sacrificio más!

—Lo sé y me atribula, Gayo, pero resulta esencial para lo que te expondré inmediatamente —dijo, reservado—. Aunque he de avisar a un ilustre conocido que se alegrará de tu reaparición en el mundo de los vivos y al secreto Consejo nombrado para afrontar la crisis que tan preocupados nos tiene.

—¿Secreto Consejo?, ¿preocupados? ¿De qué me hablas, Aulio?

—Por orden del emperador, el prefecto de la ciudad, Licinio Druso, el del Pretorio, Décimo Longino, más Arrio Veleyo, el cuestor del Tesoro, y Marcio Turbo instruyen el caso por el que te convoqué a Tres Tabernae.

—¿Marcio Turbo? ¿Ese lascivo desvirgador de chiquillas no estaba retirado de cualquier responsabilidad de gobierno? —preguntó extrañado.

—Está presente por su experiencia en temas judíos, pero nada de este asunto puede trascender públicamente, ya que el pánico invadiría la actividad mercantil en el Cardo Argenti, y los efectos podrían ser ruinosos para el tesoro público.

—Me alarmas, padrino, y, ¿quién es esa acreditada persona que ha de conocer mi regreso? Empiezo a irritarme con tanto secretismo.

—El mismísimo príncipe Marco Aurelio —respondió muy serio.

A Diocles le era difícil mantener templados sus principios, y manifestó:

—¿Tan vital es la cuestión, que se halla implicada hasta la púrpura?

—La púrpura y Roma eterna, madre amparadora de pueblos —aseveró sentencioso Galo—. Todavía es posible, y esas personalidades ansían verte cuanto antes para proponerte algo que sólo tú puedes ejecutar y librar así a Roma de un delicado lance.

Diocles experimentó un desagradable sentimiento de disgusto.

—Bien, siendo así, acepto a escucharos; pero seré yo quien rompa el silencio y exija aclaraciones —solicitó discreto—. Y lo hago sólo por ti Aulio, pero antes habremos de intercambiar motivos sobre mi fatalidad sin olvidar detalle. Debe haber una causa muy justificada para que no duerma en mi cama con Camila y dé un beso de paz a mis hijos, precisamente cuando más nos necesitamos.

Un sentimiento de complicidad afloró en su rostro, y Galo replicó:

—La hay y grave, créeme, Gayo, pero no durará más de una semana.

La noche se presentaba animada y enigmática, y Diocles se alarmó.

—Demasiados sobresaltos para un solo día, Aulio.

—La República no está segura mientras hienas anónimas carezcan de sentimientos honestos y deseen socabar los cimientos de los Juegos Máximos y debilitar el Tesoro de Roma.

—Perdí la moneda judía que me enviaste a Preneste. ¿Debo entender que el caso judío retorna con toda su crudeza?

—Así es, y la trama parte de las comunidades judías de la diáspora. Sibilinamente y donde más daño podría hacernos: en el erario público.

—Con razón nuestro recordado Adriano afirmó de los judíos que se afanan en nombre de un dios compasivo pero que les alienta vientos de locura —recordó con

nostalgia.

La familia, con Galo, Paulo y el britano entraron en el *tablinium*, donde, en una cena íntima, sin más invitados ni siervos, se contarían sus mutuas experiencias, y hasta las columnas de mármol y las estatuas griegas que poblaban las hornacinas parecían estar atentas al turbio secreto que allí iban a desvelarse.

* * *

Diocles, por el afecto que sentía por Galo, accedió al amanecer siguiente a acompañarlo. Con el semblante ausente, cavilaba sobre los traumáticos acontecimientos vividos en las últimas semanas. Se embozó en una capa de burda lana y besó en las mejillas a Camila. Anhelaba por encima de todo no separarse de ella y recomponer el desorden de su ánimo, pero el grave y secreto asunto de Estado había roto sus proyectos de retornar inmediatamente a Preneste.

El auriga siguió los pasos de Galo por la empinada cuesta Ponciana, camino de la Prefectura Urbana. Las parcas revelaciones expresadas por su padrino le habían afectado, y aunque por lo enigmático del caso ignoraba cuál sería su contribución, apenas si notó los empujones de los panaderos que salían de las tahonas con las cestas de pan humeante al hombro.

En la tétrica Prefectura Urbana no imperaba ni la belleza ni el menor gusto estético. El edificio era una informe amalgama arquitectónica pintada con deslucidos tonos opacos. Una puerta de hierro la comunicaba del exterior y su enrarecida atmósfera oreaba a humedad, sebo de lámparas y polvo rancio de los papiros que ocupaban los anaqueles, testigos mudos de los crímenes cometidos a su sombra en nombre del Senado y del pueblo romano. Se trataba de un conjunto heterogéneo de salas, calabozos, pasillos sombríos y carcomidos muros que ocultaba historias y dramas lastimosos.

Al ingresar Galo y Diocles retumbaron las jambas con un chirrido que heló la sangre del auriga, sensible aún a los espacios carcelarios. Imperaba la frialdad y hoscos soldados, agentes de las cohortes urbanas, vigiles, espías, carceleros y asesinos a sueldo del Estado jugaban a los dados o bebían un *mulsum* avinagrado queapestaba. Un relieve etrusco y un escudo de Minerva Protectora pretendían enaltecer la sala, y de las vigas que sostenían el techo colgaba una panoplia de armas y un águila imperial de bronce como únicos y austeros adornos.

Alrededor de una mesa de roble y en sillas de tijera, se hallaba sentado un grupo de dignatarios revestidos con togas pretextas. Presidía el *consilium* Licinio Druso, prefecto de la ciudad, con su rostro afilado y el rictus pulcro y afeminado, y cuya cuadrículada mente se reducía a un repertorio de informes secretos. Lo asistía a su lado el cuestor del Tesoro de Saturno, el obeso Arrio Veleyo, viejo banquero que sudaba copiosamente. Marcio Turbo, su extravagante amigo, que le hubiera infundido

tranquilidad, no se hallaba, pues, relevado del cargo por Antonino, se entregaba a sus acostumbrados vicios en la villa de Bayas.

Hierático como una efigie egipcia y con el cráneo rasurado, aguardaba impávido el prefecto del Pretorio y rector del Consejo Imperial, el general Décimo Longino, guarecido en su lustrado arnés militar. Su carácter, tras años de duras campañas en el Rin, se había endurecido y agriado y era temido por sus severas decisiones. Los tres *séniores* componían la terna de más poder del Imperio en la sombra, y su sola presencia conturbaba. Al entrar, Druso los miró con la displicencia de un cónsul, pero los saludó efusivo.

—Ave, Galo, salve, inmortal y redivivo Diocles. Vuestra presencia en esta Prefectura nos enaltece, y créenos, Diocles, celebramos con júbilo tu feliz aparición.

—Salud, ilustres patricios, y gracias —respondió el lusitano, impaciente.

—Ahora comprendo, contemplando tus trazas, por qué un centenar de agentes de las dos prefecturas no pudieron dar con tus pasos. Eres otro hombre con la barba, y tu cuerpo, antes atlético, ahora tan delgado. El magno Diocles, nuestra gran esperanza, sometida al más cruel de los silencios.

—Pero gracias a Epona, valedora de aurigas, he vuelto al mundo —dijo.

—¡Le sean dadas, Diocles!, pero nunca perdonaré a Galo que mantuviera en el anonimato tu desaparición —replicó el prefecto—. Eres para nosotros un símbolo vivo de la Roma Eterna y pieza capital para deshacer una interesada perfidia que se cierne sobre nosotros. Y ten por cierto que hubiéramos revuelto Roma y el más recóndito rincón del Imperio para hallarte si lo hubiéramos sabido en su momento.

Galo se encorajinó y, como picado por la rabia, los contradijo:

—Eso es justamente lo que nunca hubiéramos deseado, Druso.

El auriga, inquieto, apoyó el criterio de su padrino.

—Tal vez quienes pretendieron eliminarme lo hubieran conseguido más tarde. La *amnesia*, mi cambio de aspecto y el anonimato en el que he vivido esta cuarentena me han salvado de una muerte segura, prefecto.

—Roma fue ajena a tu desgracia y supimos de tu ausencia cuando Galo se sirvió de mi mejor agente y de los Arvales, de los que el príncipe Marco Aurelio es magíster, que fue inmediatamente informado. Supimos vagamente que se buscaba a un personaje cercano a Galo con ahínco y reserva, y al ser acompañado por tu esposa Camila y tu hija, hicimos averiguaciones, pero habías cambiado de nombre y de aspecto y resultaba poco probable dar contigo.

—¿Lo sabíais entonces? —se interesó Galo, desconcertado.

—Sí, pero fuimos cuidadosos con vuestra cautela —admitió Druso—. Diocles había abandonado Preneste cuando lo creíamos recluido allí y no se hallaba tampoco en Roma. Familiares y libertos te buscaban, y, alertados, pusimos tras tu pista a una veintena de agentes que buscaron al rostro más conocido de Roma sin resultado alguno, pero te habías transmutado en otro hombre bien distinto; y además con una identidad fingida que añadía más dificultad a la búsqueda.

—Basta con disfrazar a un hombre acaudalado con una vestimenta vulgar y cambiarlo de su lugar habitual, para confundirlo con un pordiosero de las Velabras. Lo sé por experiencia por mis agentes del Castro Pretorio —sentenció el pretoriano.

El prefecto concluyó la explicación con gesto desalentador para el auriga.

—Y consternados, ya no dudamos de que la figura crucial de nuestro plan había sido eliminada antes de iniciarse la partida. Pero aún tenemos tiempo y esperamos desbaratar, con tu concurso, una intriga de gran perversidad contra los sagrados intereses de Roma.

Diocles no llegaba a comprender lo que realmente le pedía la jerarquía del poder en la urbs y, alarmado, los miró de hito en hito.

—¿Pero de qué enredo habláis que ha estado a punto de costarme la vida sin tan siquiera saber qué pinto yo en todo esto?

El prefecto del Pretorio intervino para matizar así su ruego.

—Ahora mismo lo sabrás, y ya no nos cabe duda de que los dioses lo decidieron así. Te has manifestado en el momento oportuno. Pero ¿cómo sucedió tu desaparición? Explícanoslo, te lo rogamos.

Diocles se sometió de mala gana al interrogatorio, que escucharon boquiabiertos, y más cuando les narró su experiencia en la prisión donde había ingresado con el nombre fiado de Silvano Galo Mesto, y juzgado por el severo pretor Manda, que tenía determinado despacharlo a las minas o a las galeras por sacrílego con los dioses, omitiendo su ardid para burlar a la justicia.

—Y saber que me negué a reconocerlo en la prisión... —se lamentó Galo—. Pero ¿quién iba a imaginárselo? Inconcebible para mi razón.

Arrio el banquero, que había guardado un prudente silencio y parecía asistir a la reunión de mala gana, suspiró y dijo:

—Albures del inextricable destino de los mortales. El príncipe Marco Aurelio ha recibido la noticia con júbilo, cuando ya estaba decido a comunicárselo al emperador, y aguarda tu imprescindible contribución en el caso, amigo Diocles.

—¿Qué contribución? ¿Poniendo mi vida en riesgo otra vez? —preguntó—. Mi cooperación posee sus límites y no deseo suscitar malevolencia a mi alrededor. He escapado de la muerte gracias a los dioses y no pienso sacarlos de quicio.

El prefecto urbano, que abrigaba la esperanza de convencerlo, decidió intervenir:

—Serás amparado en todo momento y nada debes temer, Diocles.

—Roma tan sólo te solicita que apuestes a su servicio lo que te ha hecho grande entre los grandes —aseveró el pretoriano.

Y como un resorte, Druso se incorporó y cerró la puerta con cerrojo. Luego, asemejándose a un hurón que oliera una presa, oteó a su alrededor por si algún oído indiscreto escuchaba lo que allí se iba a revelar, un asunto de excepcional importancia para la seguridad del Imperio. El auriga pensó que se aventuraba al segundo capítulo de un enigma desconcertante, y se centró en los labios del prefecto, dispuesto a no perderse una sola palabra.

—Admirado Diocles —dijo Druso—, en las antecalendas de febrero el emperador Antonino anunció ante el Senado que los Juegos Floralia de este año serían votivos y augustales, o sea extraordinarios, en recuerdo de su esposa Faustina, declarada divina por sus virtudes; y a tal efecto, pregonó que se reduplicaría el presupuesto para organizar una naumaquia en el Tíber, una caza de fieras en el Anfiteatro y carreras en el Circo Máximo con premios excepcionales.

Con ademán resignado, Arrio el banquero rascó su grasa papada y señaló:

—Lo que conlleva el incremento de las apuestas, pues estos juegos han levantado una expectación sin precedentes entre los apostantes de todo el Imperio.

—Y bien, prefecto —dijo Diocles—. ¿Qué tengo yo que ver en eso?

—Escúchame. Nada más anunciarse los juegos, los consorcios clandestinos de apuestas, pues nuestro derecho civil no los permite oficialmente, comenzaron a apostar grandes sumas desde todas las partes del mundo. Por tu experiencia en las carreras sabes que estas compañías apostadoras se enmascaran en sociedades mercantiles de vino, armas, sedas o esclavos y las ganancias y pérdidas las encubren como si de decorosas transacciones comerciales se tratara.

Diocles observó con ingenuidad:

—Lo sé. Negocios ilícitos que se mueven al margen de las carreras del Circo Máximo. En Hispania se tramitan a través de una sociedad de aceite de la Bética, en la Galia en el consejo ganadero de Narbona y en África en los fletes de esclavos y de oro de Numidia. Un submundo que mueve cientos de millones de sestercios ocultados tras el velo de negocios permisibles. Lo conozco. Sí.

En una irrupción de inusual amabilidad, Druso esbozó una sonrisa.

—Así es, Diocles, y si comprendes estos extremos nos entenderás mejor. En Oriente, en cambio, los apostadores operan a través de prestamistas judíos de Antioquía y Efeso y de las sociedades de trigo con sede en Alejandría. Desde la época de Augusto se obtienen grandes beneficios con las apuestas de las carreras, por lo que los inspectores de finanzas hacen la vista gorda ante estas prácticas prohibidas. Algunos funcionarios son sobornados para que cierren la boca y un río de oro fluye hasta Roma sin hacer daño a nadie, ayudando a sanear el presupuesto de los *ludi* y, por qué no decirlo, del erario Sanctius de Saturno, donde se atesoran las reservas de oro de nuestra República.

—¿Y qué extraño viento ha hecho que se rompa ese provechoso proceso? —Deploró el auriga, intranquilo, temiéndose lo peor.

—Antiguos vientos de desagravio y venganza que soplan contra la madre Roma —no se hizo rogar el pretoriano—. Viejos enemigos que maniobran desde hace tiempo en la sombra y que desean procurarnos un zarpazo mortal.

Diocles recordó la moneda judía que recibió de Galo y se aventuró a elucidar el motivo central de la trama, elevando el interés de la plática:

—¿Te refieres a los judíos, Décimo? Una herida abierta en el corazón del Imperio que amargó los últimos años del divino Adriano...

—Veo que eres capaz de discernir entre lo banal y lo grave, y con tu clarividencia has acertado de pleno, Diocles. Así es, pero escucha —continuó enigmático—. Unas semanas antes de tu desaparición, Tito Valens, tu entrenador, y Galo vinieron a visitar me y con profunda consternación me manifestaron que en la jurisdicción de Oriente, en concreto en Alejandría y Antioquía, se habían desembolsado en apuestas millones de sestercios para jugar en unas determinadas carreras con una combinación hartamente sospechosa y, a todas luces, muy arriesgada.

—Y no en una carrera simple, como suele hacer el apostante habitual, sino en una combinada, donde de ganar se multiplican millonariamente los beneficios —dijo Galo.

—Las *combinatas* acrecientan el riesgo de perder, pero multiplican las ganancias, ciertamente —convino Diocles, que no acertaba a comprender adonde pretendían llegar—. ¿Y a qué han apostado que tanto revuelo han causado?

El prefecto tragó saliva y, como escupiendo un sapo, dijo:

—A algo extraordinariamente chocante, Diocles —se sinceró—. Primero han apostado las *sponsio*^[63] sólo por el color del auriga blanco, y luego a tres carreras distintas, la primera, la tercera y la sexta, la más laureada, en el último día de los juegos; y con una certeza tan precisa que ha hecho saltar las alarmas.

—Y además, en estas jugadas —intervino Druso—, se observa una rara anomalía, una trampa perversa, un motivo emboscado que nos inspira malévolas sospechas infelizmente comprobadas, pues andan comprando a aurigas blancos.

El hispano comenzó a cavilar, pues la conversación tomaba un derrotero perverso que no le agradaba. Longino, haciendo gala de su temperamento sagaz, dijo:

—Primero, nos fijamos en quiénes las habían realizado; segundo, desde dónde; tercero, en el extraño modo de apostar; cuarto, qué compañía imperial soportaría los quebrantos en caso de pérdidas, y quinto, en qué moneda habían especulado. La conclusión resultó preocupante, aunque fatalmente inequívoca.

Diocles, que no salía de su asombro, se apresuró a aventurar, irónico:

—Dejadme que lo adivine: apostaron en denarios de oro judíos con la efigie de su devastado templo de Jerusalén y con la pérfida leyenda «Jerusalén y Libertad», ¿no es así?

—¡Así es!, clarividente amigo, y se trata a todas luces de una soterrada ofensiva de los poderosos banqueros judíos para humillar a Roma.

—¿Así que es ésa la secreta trama por la que Galo me apartó de mi retiro de Preneste? La conspiración judía que se levanta del polvo para perpetrar su venganza. Ya Adriano la temió en vida.

—Exactamente, Diocles —contestó con gravedad Druso.

—Pues algo me dice que de vuestras bocas van a surgir fantasmas del pasado que precisan del conjuro de mis entendimientos.

—¿Y sabes quién se esconde tras las sombras de la perversidad y de esta componenda? —intervino Galo—. ¿Te suena el nombre del sumo sacerdote judío

Josué ben Kisma y de Quieto de Nabatea, dos pérfidos enemigos del divino Adriano y de Roma?

Diocles ahogó una expresión de estupor y exclamó:

—¡Cómo no! Ben Kisma, el heredero del mesías judío, el Hijo de la Estrella y del siniestro rabino Akiva, quien consiguió poner a buen recaudo los caudales judíos durante los años de rebelión y que juró vengarse de Roma. Viví aquellos acontecimientos junto al emperador y los recuerdo bien. Y de Quieto, ¡qué decir!, un perverso traidor y causante de una aflicción personal ya olvidada, pues se interpuso entre una mujer a la que amé, la princesa siria Julia Balbila. Es una espina que llevo clavada en mis tripas desde hace muchos años. Quien ha engañado antes, conspira después. ¿Y qué fechoría han urdido ahora?

Aulio terminó por intervenir, explicando con alarma:

—Esta camarilla de vengativos semitas pretenden ocasionar un fraude a las arcas públicas que nosotros, al haberlo detectado a tiempo, confiamos en frustrar con reserva y circunspección, sin alertar a los apostadores y a esos zafios banqueros. Pero se precisa de tu experta é imprescindible ayuda.

Su semblante se ensombreció, y preguntó con empeño:

—¿Con mi ayuda?, pero ¿qué puedo hacer yo, si puede saberse? No soy un prestamista y no entiendo de apuestas.

El arrogante Druso, que se tenía por el mejor protector que Roma había conocido desde Catón el Viejo, como si se resistiera a destapar un misterio infamante, no despegó los labios, pero avizó las pupilas en su derredor. ¿Recelaba de algunos de los presentes? Luego, paseó el azul de sus ojos por los colaboradores y bebió de una copa de peltre.

Diocles se sintió aliviado, pues al fin iba a conocer el motivo por el que Galo lo había convocado hacía cuarenta días al albergue de Tres Tabernae, y se preguntaba por qué volaban mariposas en su estómago y por qué aquel asunto ejercía sobre él tan sugestiva fascinación. ¿Quizás ese sentimiento de exclusividad de un pueblo que no conocía, el judío, y que se había convertido en el causante de sus desvelos? ¿Qué sentido poseían su sacrificio y su abnegación para aquellos hombres? ¿Por qué se había convertido en una pieza clave para desbaratar lo que ellos llamaban la trama judía?

Un hormigueo de alarma le corrió por la espalda, y aguardó inmóvil.

X

LA APUESTA

En medio de un ominoso silencio, el prefecto alzó su testa y se explicó fijando sus retinas en el auriga.

—En pocas palabras, Diocles, esos acaudalados judíos, en una magistral maniobra, han apostado a una *Trifecta Combinata*. Tres apuestas en otras tantas carreras, pero en una disposición a todas luces ilógica. Esta es la combinación a la que han apostado cifras millonarias y a un solo color, el blanco. Escucha: «Auriga Blanco, 2.º o 3.º en la primera carrera; 1.º en la tercera y 2.º en la sexta». Esta última, la que nos alertó, resulta inconcebible, pues se trata de la más premiada y su vencedor gozará de la gloria y será recordado por generaciones de romanos. ¿Y por qué razón Epafrodito, tu amigo y campeón de los blancos, va a rehusar tan cuantioso premio y fama siendo el mejor corredor del momento, que posee además los más óptimos caballos? Aquí se fragua algo perverso.

—A no ser que haya sido remunerado bajo cuerda con una cantidad que lo compense de tan extraordinarias pérdidas... —insinuó Diocles.

—Así es. Epafrodito, tu sucesor y auriga de *faccio albata*, ha sido corrompido y poseemos pruebas. Sabemos que se ha entrevistado con un desconocido magnate, no sabemos si romano, griego o judío, en el Albergue de las Musas, el más lujoso de Roma, donde cobró la recompensa. Nuestros agentes no llegaron a reconocer al corruptor, pues se esfumó como el humo ante nuestras narices.

—Es evidente que han arriesgado mucho dinero en el carro blanco en la sexta carrera. Es una apuesta absurda, ya que es el favorito y a doce días vista de los juegos se paga quince a uno —dijo Longino—. Epafrodito está metido hasta las cejas.

El general, que carraspeó con aspereza, informó distante y pleno de saña:

—Y esto fue precisamente lo que nos alertó, Diocles. ¿Por qué apostar a una jugada imposible y seguramente perdedora con cantidades tan desorbitadas? ¿Por qué el auriga blanco, con su gran maestría y excepcionales caballos, va a desperdiciar el más cuantioso premio de toda la historia del Circo Máximo? Ahí debía de haber gato encerrado y una malévola componenda; y hemos acertado.

Arrio, cuya vinculación a la banca Sestia y a la compañía del trigo Ceres era conocida por todos, lo interrumpió y alegó con diafanidad:

—Arriesgan a esa rara combinación porque la han amañado de antemano y poseen la seguridad de que van a lograrla, pues el auriga Epafrodito es un maestro y simulará cualquier añagaza para llegar el segundo. De esta forma los apostantes judíos cobrarían una cifra fabulosa con la que infringirían un duro golpe a las finanzas del Imperio y al monopolio del comercio del trigo, cuyo predominio perdería la empresa estatal La Espiga de Ceres, la garante de las apuestas en Egipto y Oriente, que pasaría al control de un capital extranjero, en concreto judío. ¿Comprendes el peligro que nos acecha?

El instante adquirió un halo de inacabable sobresalto, y Diocles, celoso de interrogantes aún no resueltos, se interesó:

—¿Y no posee la organización de los juegos instrumentos para desbaratar esta adulteración de la competición? Basta con eliminar al auriga implicado.

—¡Imposible! ¿Y cómo demostrarlo sin pruebas tangibles? Quedaría en entredicho la pureza de los juegos y serían heridas de muerte las apuestas para siempre de saberse la existencia de un amaño. Si lo eliminamos, la gente desconfiará y los judíos retirarán las apuestas. La confianza es la sangre de las *sponsio*, y ésa nunca se perderá aunque el tesoro quede vacío. El pueblo pensaría que han sido engañados durante años —se enfureció el funcionario.

—Epafrodito debe correr con los blancos como si nada grave ocurriera. Nada de esto ha trascendido. La contrapartida al perverso plan y el fracaso de esa vil treta ha de dirimirse y resolverse dentro de la arena del Circo Máximo, y contrarrestando su plan con armas limpias, ¡nada más!

—¿Carece entonces el Consejo de los Juegos de fondos suficientes para responder al envite en caso de tener que pagar? ¿Debo entender entonces que, si esos prestamistas judíos ganan la apuesta, las pérdidas resultarían insostenibles?

Arrio insistió ante el auriga, que se resistía a aceptar lo que oía.

—Te haré partícipe de una confidencia, Diocles; la hacienda del Estado se encuentra en una situación precaria. Después de las desgracias del pasado año las cosechas continúan siendo pobres y hay que dedicar buena parte del *Erarium* a comprar cereales a altos precios en mercados distantes de Italia. Además, perderíamos el privilegio comercial de la compañía del trigo de Egipto, y se tambalearía nuestro sistema financiero —explicó Arrio—. La cuestión es grave, créenos.

—Hay que reconocerlo, se trata de una sagaz y sutil trama, ciertamente.

—Roma ingresa cada año en su tesoro, en concepto de indemnizaciones, botines de guerra, minas, tributos y monopolios, unos veinte millones de denarios de oro, y gasta en soldados, obras públicas, en el trigo y la flota, unos diecisiete millones. Pues bien, esta conjuración nos obligaría a cerrar el año con un déficit alarmante. Pagar quince a uno unas apuestas millonarias, desmedidas y peligrosas, nos acarreará

problemas financieros de difícil solución en un futuro próximo.

Con talante falsamente modesto, Arrio bebió vino y los siguió ilustrando:

—A Roma arriban desde Alejandría doscientos cargamentos de grano en barcos de la compañía de Ceres. Si este comercio cayera en manos judías, los precios de los cereales de Egipto y África sufrirían un alza espectacular, y sin fondos suficientes no podríamos comprarlos, obligándonos a desplazarnos a otros mercados desconocidos y gravosos. ¡Un serio inconveniente, creedme!

—Sin trigo no hay pan, sin pan hay hambre y con hambre se originan motines y descontentos, y la plebe hambrienta resulta peligrosa —apostilló Longino.

—Y posiblemente, para más alarma, los nuevos dueños retendrían el grano y especularían con él —añadió Galo—, con lo que las multitudes se levantarían en la ciudad, causando un mal económico y político considerable, pues habríamos de pagar lo que pidieran esos pérfidos por una saca de cereal.

—De modo que emplean las apuestas contra los intereses romanos para resarcirse de la devastación de Jerusalén... —resumió el hispano.

—¡Tan claro como cierto, Diocles! —insistió Druso, que espantaba a una irritante mosca—. Los prestamistas judíos carecen de sentimientos y prosperan con la desgracia de su mortal enemigo: Roma. Se prepara una guerra soterrada sin espadas y sin soldados, sólo con el arma poderosa del dinero.

Arrio pareció acalorarse y con voz preocupada se pronunció:

—Esperemos que se desbarate el asunto, pues si no cundirá el pánico en los bancos de Roma y Oriente. Los prestamistas duermen sobre su dinero y sospecharían. Conceder por capricho préstamos sin interés a la compañía de Ceres resultaría muy peligroso. No se puede especular, pues si salen a la luz estas irregularidades, el mercado del trigo se desplomará. Hay que obrar con sutileza, desbaratando la especulación en el mismo Circo y el día de las carreras.

Ni interesado ni ajeno, Diocles adoptó un gesto dubitativo, y consultó:

—¿Y cómo habéis determinado contrarrestar ese fraude y a Epafrodito?

Arrio, esgrimando una risita triunfal, respondió enfático:

—Consiguiendo que no acierten en sus *sponsio* y que el resultado de esa Combinada sea otro bien distinto. De esta forma, sus pérdidas serán tan fabulosas que jamás se atreverán en el futuro a retar a Roma. Y hemos pensado que a ti te corresponde quebrantar el maleficio de ese insidioso de Epafrodito y acabar con la arrogante insolencia de los banqueros judíos y de tu cerval competidor Quieto de Nabatea.

Diocles, alarmado, preguntó sin convicción y con la incredulidad en la mirada:

—¿A mí? ¿Y cómo?

—Pues, sencillamente, reapareciendo en la arena y compitiendo con los verdes en los Juegos Floralia —le informó Druso, muy serio—. Lo hemos meditado detenidamente y tú eres la única garantía para que no se produzca la combinación por la que se han arriesgado esos cerriles judíos. Te convertirás en el árbitro de esas tres

carreras y en la sombra del venal de Epafrodito, e impedirás que logre la combinación.

Diocles se quedó de piedra, como si de pronto se le hubiera retirado el aire que respiraba.

—Para ti es fácil, Diocles —insistió Arrio—. Competirás a su lado, y con tus reconocidas artes ecuestres, tan sólo habrás de conseguir que fracase en alguna de las tres carreras. En la primera es difícil, pues que llegue el segundo o el tercero es arduo de impedir. Pero has de poner a contribución de la causa tu saber y maestría para que no consiga llegar el primero en la tercera y sobre todo segundo en la sexta. Todos te hemos visto hacer con tus adversarios lo que tu instinto y tus deseos decidían.

Diocles disimuló mal su sorpresa. Querían aprovecharse descaradamente de su amistad con Galo y volcar sobre sus debilitados hombros una carga exorbitante. El prefecto Druso, advirtiendo su frialdad y poca determinación, se revolvió y un repentino brillo fulguró en sus pupilas de zorro. Fraternal, se dirigió al auriga:

—No nos defraudes con una negativa, Diocles. Apelamos a tu lealtad a Roma, a tu recuerdo al divino Adriano y a tu devoción por la fallecida emperatriz Faustina Augusta, que sentía por ti admiración y apego.

La insólita solicitud lo había dejado sin aliento, se resistía a creerlo, y una mirada escéptica brillaba en sus ojos. Druso, que leyó sus pensamientos, intervino:

—La sustitución del auriga verde por ti ha de hacerse justo cuando ya no puedan suprimir sus apuestas; o sea, siete días antes de los juegos, tiempo reglamentario que impide retirarlas, y a petición del editor de los verdes y del edil Galo. No podemos prescindir del corredor que aparece en los programas hasta ese día. Correríamos un gran riesgo si sospechan algo. ¿Lo comprendes?

El desorden crecía en la mente de Diocles, que aún analizaba el endiablado ofrecimiento.

—¿Y cómo ha podido venderse Epafrodito? Lo tengo por amigo, y aunque es un individuo raro y hermético, es un corredor valiente —se resistió a creerlo.

Como una dura imprecación, Druso soltó desabrido:

—Todo hombre tiene su precio, y la seguridad del soborno es absoluta, Diocles. Tito Valens ya sospechó de él y le resultó extraño que, ejerciendo su derecho de vencedor en los anteriores juegos, prefiriera un puesto poco propicio desde donde partir en la sexta y última carrera con la excusa de controlar mejor a sus adversarios.

Diocles insistió en el detalle del lugar escogido por Epafrodito.

—¿Y qué puesto eligió? Puede resultar importante para convencerme de que está involucrado en la trama —alegó misterioso.

—Paradójicamente, la *cárcer* contigua al público, donde la *prima meta* describe el arco más grande, aunque dicen que el más seguro para atacar desde atrás, y eso hizo recelar a Tito —le informó Galo.

—¡Claro, porque Tito conoce el oficio!, Epafrodito es *escévola* —zurdo—, y tarda unos instantes más que los demás en virar el carro en la *prima meta*. Además,

junto al foso los caballos sienten miedo, ya que poseen un pavor ancestral al agua. ¡Qué astuto! —reconoció Diocles—. Nadie recelará si llega el segundo en esa última carrera, pues esos detalles pasan inadvertidos para el espectador. Genial maquinación. No cabe duda de que lo han untado para que llegue a la meta el segundo, aun haciendo una excepcional carrera. Lo tienen todo estudiado.

—Menos que tú reaparezcas; por eso Roma te necesita, Diocles —le recordó lisonjeándolo Longino—. Tus proezas se divulgan de padres a hijos y se te atribuyen hazañas inconcebibles que nadie ha olvidado aún. No nos defraudes.

El hispano adoptó una actitud de humilde circunspección. Su conciliadora mirada y su barba color de miel le conferían una grandeza única que los mantenía prendidos de su contestación, pero su expresión era de disgusto y desinterés.

—¿Olvidáis acaso que me señalaron como a su víctima y que intentaron matarme? Conviví con proscritos y no dudo que de conocer mi regreso intentarán rematarme —se defendió con gravedad—. ¿Acaso los prefectos desprecian que en toda esta trama se oculta el cómplice de Roma, ese desconocido y poderoso asesino que se entrevistó con Epafrodito en la hostería? ¿No os parece que se ha aliado con esos pérfidos judíos alguien familiarizado con los juegos y que además conoce al dedillo cuanto aquí se planea y en qué lugar me hallo en cada momento?

El prefecto Urbano lo miró grave y respondió agriamente, con evasivas.

—Hemos investigado a los banqueros del Cardo Argenti y también a los prestamistas judíos del Transtíber y no hemos hallado en Roma una sola pista de traición o connivencia con los apostadores. No obstante, si nuestro plan resulta exitoso, también el brazo romano será apresado y sufrirá una pérdida tan considerable que le servirá de escarmiento de por vida pagando su felonía.

—Entonces ¿mi asalto en el templo de Silvanus lo consideráis casual y sin significación alguna? —preguntó ingenuamente.

—Lo achacamos a un simple delito de salteadores de caminos —recalcó Druso—. Nuestro plan, que lo conocemos con el nombre secreto de *Aclanus*, la mítica embarcación que ancló en el puerto de Ostia con Augusto transportando el obelisco del Circo Máximo, únicamente es conocido por los presentes, tu amigo el exprefecto Marcio Turbo y por el príncipe Marco Aurelio. ¡Nadie más!

—Ilustres personajes fuera de toda sospecha, no me cabe duda alguna —respondió indiferente—. Pero mi vida sigue corriendo peligro.

—Entonces, ¿te comprometes a nuestro ruego y al de tu pueblo? ¿Correrás como te suplicamos para desbaratar esa perfidia que se cierne sobre Roma?

Druso golpeó nervioso la mesa con sus dedos artríticos, y en la austera pieza se multiplicó un silencio expectante. Diocles recapacitó, cerró los párpados y se sumió en una reflexiva meditación. Luego, seguro de sí mismo, determinó imponer sus propias apetencias. Y sin sentirse culpable, respondió con serenidad:

—No, no puedo aceptar vuestro ruego, *séñiores*. Juré ante los dioses el día de mi retirada que nunca más calzaría los borceguíes de *agitor* ni pisaría el polvo del

Circo Máximo. Me despedí de mi público con lágrimas, y Gayo Diocles no se deshonra a sí mismo, aunque me lo pidan personas cercanas a mi corazón como vosotros, o el mismísimo emperador. Lo lamento, y que Venus me exculpe. No puedo regresar a la arena de ninguna de las maneras.

Sus palabras se desplomaron como una pesada losa en la estancia y un sofocante desasosiego se propagó por la Prefectura. La imprevista respuesta del auriga los sumió en la desazón. Longino esbozó una sonrisa, reprimida pero inquietante, y le rogó con gesto melifluido:

—Medítalo, Diocles, te lo pide Roma, que te ama y te honró sin ambages. Esta comisión no se comportará mezquinamente contigo. No nos concedas un no por respuesta, te lo ruega tu emperador y el *princeps* Marco Aurelio, tus amigos.

—Yo amo a Roma tanto como Augusto o Adriano la amaron y no soy propenso a los efluvios del oro, pero me pedís que arriesgue nuevamente mi vida alejándome de mi familia. No puedo abocarme a una cooperación en un asunto que me espanta y que ya comienza a asfixiarme. ¿Quién soy yo para detener una conjura semejante? Y lo manifiesto sin arrogancia.

Druso, que en ningún caso esperaba la negativa, no dejó de reconocer maliciosamente:

—¿No te mueve nuestra desolación a aceptar?

—Es una decisión, si no madurada, sí irrevocable. Lo siento, no puedo.

El oficial del Pretorio, con la ira mordiéndole las entrañas, dijo:

—Bien, Diocles, sé que lo meditarás y que cambiarás de parecer. Escucha, tan sólo quedan seis días para que las apuestas no puedan ser rearadas y doce para la solemnidad de los *ludi*, pero hasta entonces has de permanecer oculto. Así no correrá riesgo tu vida, aceptes o no.

Diocles lo obsequió con un gesto poco alentador, asegurando:

—Intuyo que por mi seguridad no tengo más remedio que aceptar ocultarme, pero en modo alguno me comprometo a competir en los juegos. Debéis comprenderme, ¡por Epona! Llevo dos meses sin gobernar un carro y en estas últimas semanas he respirado el frío aliento de la muerte y la debilidad apenas si me permitía tenerme en pie. El difícil arte de la conducción es tan delicado como el burilado de un orfebre. Otro corredor en activo os servirá mejor que yo. Mi contribución resultaría un fracaso, creedme.

El perplejo Galo, en una última y angustiada tentativa, insistió:

—Pero, Gayo, habíamos depositado en ti una confianza ciega. El riesgo que temes es hipotético. Te elevaron a la condición de ídolo de sus corazones y te recibirán como a un dios reencarnado. Eres un maestro de la equitación y nadie te puede hacer sombra, ni tan siquiera ese traidor de Epafrodito.

El auriga se irguió, y con inefable apego al edil, se sinceró:

—Galo, tú siempre me has transmitido una seguridad ilimitada, pero te lo juro por Mitra, nuestro guía de la luz, que no me hallo en condiciones ni anímicas ni físicas

para correr en Roma. Sería derrotado por cualquier rival, aunque compitiera con principiantes. No puedo tirar por la borda una reputación de veinte años de triunfos con una precipitada reaparición. Me faltan fuerzas y destreza, amigo del alma, te lo juro por lo más sagrado.

—Bien, Diocles, aceptamos tus razones, aunque no las compartimos; pero ¿es que exiges algo por colaborar? ¿Desprecias nuestra alarma, tú que has encarnado el orgullo de Roma en el mundo? —le preguntó Druso.

Y como si hubieran mancillado sus sentimientos, respondió:

—Roma me ha dado a mí más que yo a ella, pero no me identifico con esta trama desquiciada. El estado anímico de mi esposa desbarata mis proyectos personales. No atraviesa un buen momento y precisa de mi consuelo y apoyo. Prefiero ser el dueño absoluto de mi porvenir, y reclamo el derecho a defenderme de un peligro real.

—Conocíamos tu modestia, pero nos has colmado de decepción, Diocles. No esperábamos un rechazo tan decepcionante, pero júranos que en estos días de ocultamiento reflexionarás —le pidió Druso con ademán despechado.

—Gayo, yo me ocuparé de consolar a Camila y aclararle la situación. Despreocúpate y medita nuestra petición. Unos días de ausencia familiar, y después todo concluirá —lo animó Galo.

—Que Venus te lo pague —replicó solícito, y se comprometió—: Meditaré vuestra oferta en mi retiro, os lo aseguro, pero nadie más que este restringido cenáculo conocerá el lugar exacto donde me esconderé. Si lo precisara, ¿cómo habré de comunicarme con vosotros?

—Dos agentes del Pretorio te protegerán en todo momento, allá donde tú decidas ocultarte. Lo preferimos así también, es más seguro que te mezcles con la plebe anónima. Envía a alguien de confianza a esta Prefectura y que se identifique con la palabra *Aclasus*. Enseguida nos pondremos en contacto contigo. ¡Acepta nuestro ruego, por Júpiter, los romanos aún te invocan!

Las miradas se esquivaban las unas a las otras decepcionadas, e incluso crispadas. Diocles, irguiendo su rostro de halcón, se incorporó, apartándose del propósito de los insignes miembros de la poderosa junta, de quienes sabía que no dudarían en matar o extorsionar con tal de conseguir sus objetivos. El auriga repudiaba morir con un fin penoso, pero se marchaba con el firme convencimiento de que alguien en Roma informaba de los planes de aquella junta y que en tan terrorífico aparato de investigación y represión se había infiltrado algún romano corrupto. ¿O acaso no lo probaba el asalto en el templo de Silvanus?

Luego paseó sus ojos por los asistentes y percibió que no habían tenido en cuenta su reacción a no aceptar, como si estuvieran absolutamente seguros de su participación final. ¿Por qué? ¿Qué naipe ocultaban en aquella extraña partida? La mirada resbaladiza del prefecto confirmó sus sospechas. Y como no debía exponer su fragilidad a la visión de los curiosos, se cubrió con la capa y salió del lugar apenado y taciturno, seguido de los esbirros de Druso, que lo protegerían en su segundo

anonimato. Se escurrió entre la marea humana por un vericuetto de callejas laberínticas hacia la calle del Porfirio, la morada de Paulo, su amigo de infortunios, quien con la nobleza de su mocedad lo recibiría con los brazos abiertos, ignorante aún de las perversas artimañas del poder.

«¿Los habré ofendido en su amor propio? —caviló el auriga alarmado—. ¿Guardan acaso algún secreto inconfesable que me hará cambiar de opinión?».

El crepúsculo oreaba cálido, auspiciando en Roma un amanecer de fuego.

XI

LA CÍTARA DE APOLO

¿Qué habría impulsado a Diocles a rechazar los deseos de Marco Aurelio, los prefectos, Arrio el banquero y de su amigo Galo? ¿El miedo? ¿La sospecha? ¿La impredecible reaparición en el Circo Máximo cuando se arriesgaba a un fracaso más que probable?

En los últimos meses su vida se había convertido en un abismo de desgracias, apartado de su familia y hostigado por desconocidos adversarios. Temía por la salud de Camila, la que para él había representado siempre la encarnación de la dulzura, mientras un aguijón incrustado en la mente lo alertaba de un peligro oculto e inquietante. En el catre, presa de la impaciencia, sus ojos exploraban vacilantes la oscuridad, mientras pensaba que el joven patricio Paulo Valerio era un amigo a la medida de sus necesidades, un privilegio en una sociedad inmoral y codiciosa como la romana. No obstante, volvió a sentirse como un vulgar proscrito, y ya no dudaba que la razón de su intento de eliminación poseía una raíz política, hasta que, invadido por el sueño, se adormeció.

* * *

Una brisa seductora descendía desde las crestas del Pincio, mientras erráticas nubes de moscas se apiñaban en los charcos. Diocles y Paulo, huyendo de la oleosa atmósfera de la ínsula, de los alborotadores vecinos y de los tufos de las ollas de nabos y coles, se aventuraron en el ocaso del segundo día de reclusión a cambiar su anónima existencia por un rato de compañía en la cercana ramería de La Cítara de Apolo, donde habían sido invitados por la matrona a la velada de las Cenizas de Vesta y con la intención de saludar a Altea.

Diocles, extrañamente impresionable, recelaba de cualquier sombra y creía notar en su nuca una inaudible sensación de pisadas, como si alguien siguiera sus rastros, y que el populoso barrio, aparentemente ajeno a su vida, estuviera pendiente de él. Su

ansiedad crecía a cada zancada, y volvía la cabeza como si presencias invisibles vigilaran sus movimientos, pero sólo advertía a los dos policías del Pretorio, dos individuos celosos de su anonimato que, enfundados en capas y ansiosos por pasar inadvertidos, entraron tras ellos en el burdel.

—Aquí estaremos libres de peligros —lo animó el joven amigo.

Un arco adornado con juncias y nardos adornaba la puerta del prostíbulo que daba paso a un patio de columnas dóricas. El rasgueo de una cítara escapaba del interior, y su eco los atrajo hacia un salón iluminado por flameros de aceite. La eufórica atmósfera del interior arrebató a Diocles de sus disquisiciones, brindándole la seguridad de una fiesta cautivadora.

Las meretrices invitaron a sus vecinos a unirse a la fiesta de las Cenizas, una solemnidad instituida por el rey Numa en la que se honraba a Mens, diosa del talento, y a Vesta, patrona de los panaderos romanos. Las vírgenes vestales, las custodias de fuego sacro, arrojaban al Tíber al amanecer los posos del hogar sagrado desde el puente Aurelio, y ellos estaban dispuestos a divertirse toda la noche para acompañarlas al alba en el ritual.

Diocles arrojó en una bandeja dos ases de oro para sumarse a la ola de danzas. La sala, decorada con frescos de escenas amorias entre dioses que copulaban en el Parnaso, estaba ocupada por hermosas *delicatas* que se entremezclaban en los triclinios con los clientes, mientras la rojiza luz de las candelas dispersaba una alucinadora lujuria en sus grávidos senos y vellos púbicos. Los recibieron en el mórbido templo del amor, invitándolos a hidromiel de Cécubo, que servían pajes disfrazados de Eros con élitros dorados aplicados a sus espaldas.

Tras el canto lésbico, las cortesanas dejaron caer al suelo sus sedas y abanicos de plumas para entregarse alocadamente a la danza de la diosa Vesta, un baile ancestral que enardecía por su voluptuosidad a quienes lo contemplaban. Y cuando los sistros y panderos lo concluyeron, se prodigaron en el comercio de sus sudorosos y fascinadores cuerpos. Las experimentadas *lobas* acariciaban a los clientes con sus perfumados cabellos, y Paulo, traspasado por el frenesí, se aferró a la cintura de una de las jóvenes de peluca dorada, mientras Diocles besaba fervorosamente a una cortesana etíope que le brindaba el tesoro de su carne bronceada y vibrante. Olvidándose de sus desazones, gozaron de la incitadora tentación hasta que sus miembros quedaron exhaustos.

Diocles, entreverado por el sopor, oyó a los guardias anunciando la cuarta vigilia, y por el ventanal contempló el reflejo de la luna que envolvía el cielo en un manto moteado de azogue. Sin poder librarse de sus preocupaciones, se despidió de la africana y salió al patio a respirar aire puro; y para aislarse en su soledad, ascendió a la solitaria azotea del prostíbulo presa de un furioso malhumor por la tosquedad de sus compañeros de orgía, unos comerciantes tirios empeñados en consumir los desenfrenos del vicio griego con sucia zafiedad. Vio a los agentes de Décimo Longino, que sesteaban en un banco del jardín, y no les prestó mayor atención.

Venteaba una fresca brisa que cimbreaba los cipreses y el aire nocturno estaba cargado de humedad, pero oyó un suspiro a sus espaldas y se sobresaltó, pues creía estar solo en la terraza. El auriga volvió la cara hacia un banco iluminado por un candil de aceite, donde descubrió la silueta de Altea, la esclava *intacta*, quien con un gesto suave lo saludó.

Diocles le arrancó una sonrisa, aunque sus ojos estaban perdidos en el vacío. Suavizaba su faz con un tenue maquillaje de agraz y sus ojos, azulísimos, un trozo del cielo de su Tesalia natal, evidenciaban una tristeza que se empeñaba vanamente en disimular. El auriga pensó que su espíritu purgaba amargura y que el miedo se enseñoreaba de aquellaavecilla prisionera.

—Ave, Altea. Te veo tan esplendorosa como una novia —intentó reconfortarla.

Y como si la salutación estuviera cargada de un sentido profundo de amistad, el cuerpo maduro de la esclava tembló ante las palabras del desconocido.

—El antiguo vecino de nobles sentimientos y memoria perdida, *salutem*. Te he echado de menos estos días; tus palabras me aliviaban —replicó con dulzura.

—Hallé al fin el barco perdido de mis recuerdos, y ahora sé que cuando te admiraba, tan cándida y virginal, la imagen de mi hija Drusila pugnaba por escapar de la cárcel del olvido. Gracias por tus plegarias y alivios.

—No sabes cuánto lo celebro. Afrodita te ha tendido su mano favorecedora.

—Pero tu expresión sigue siendo tan vulnerable y triste como siempre —dijo el hombre, y le rozó un mechón de su frente—. ¿Temes a tu futuro?

—Mis pensamientos vuelan hacia mi tierra, la que saquearon los piratas tracios que me robaron el alma. Que Venus los maldiga —se revolvió indignada—. Pero mi suerte no cambia, y para las Floraba mi matrona va a cobrar una fortuna por mí. Un anónimo dueño, rico pero vejestorio, me hará suya, y ya no nos veremos nunca más.

—Es como pisotear una flor —le dijo él con pesar—. Pero intuyo que en tu próximo hogar serás feliz. El sabio Cicerón sostiene que es libre quien no está esclavizado por imperfección alguna, y tú eres un remanso de hermosura. Estoy seguro de que conquistarás su alma y tu felicidad.

—La libertad y la vida nos las han concedido los dioses al nacer y es injusto separarlas por la fuerza, pero seguiré esperando un sesgo favorable del destino.

Diocles la apaciguó y platicaron durante largo rato en la diafanidad de la noche, hasta oír la voz aflautada del eunuco guardián del prostíbulo que la llamaba. La adolescente, con lágrimas en los pómulos, se incorporó y besó la mejilla de Diocles, quien le tendió su mano consoladora, que la niña aceptó, pues quienes sufren suelen admitir el sincero afecto ofrecido con desinterés, aunque éste sea efímero. Cuando se disponía a descender ya por la escalerilla, un destello de blancura derramada por la luna convirtió su cabellera en una sedosa ola de oro.

Después todo se volvió negro, como su tristeza.

Siguió con la imaginación a la esclava y desde su privilegiado observatorio reparó en las callejas solitarias y en los carromatos bajando por la Vía Lata camino del

Emporium y de la puerta del Quirinal. Se ensimismó indolente observando el silencio de los pisos de su ínsula, donde la mayoría de los inquilinos dormían, así como el anodino deambular de los vigilantes nocturnos que velaban por la seguridad del suburbio del Aqua Virgo. Miró por si alguien de la Prefectura o sus anónimos asaltantes espiaban sus movimientos, pero la calle seguía desierta.

Lo atrajo nuevamente la música deleitosa del salón y se incorporó para unirse de nuevo a la zarabanda, cuando del pozo de tinieblas de la vía del Porfirio lució levemente un candil que parpadeó en la esquina. Tres sombras que habían aguardado agazapadas a que pasara la ronda de vigilantes se deslizaron por la desconchada pared, como tres arañas gigantescas.

Se trataba de tipos hercúleos de rostros inapreciables envueltos en mantos pardos. Su andar precavido y el silencio de sus pasos atrajo la atención del auriga, que advirtió sobresaltado cómo las furtivas siluetas penetraban en la ínsula de Paulo. Alargó el cuello, pues se escapaban del ángulo de su visión, y siguió el rastro del mortecino resplandor de la linterna, para comprobar que se dirigían al piso cuarto y a las habitaciones del alero de poniente, las que habitaban Paulo, el esclavo y él.

—No puede ser —masculló incrédulo—. ¿Qué pretenderán?

Se detuvieron ante la puerta unos instantes que le parecieron eternos. A continuación, se encaramó en el tejadillo, aun a riesgo de precipitarse al vacío, y distinguió con dificultad cómo la luz titilaba en el interior, dirigiéndose luego a la cámara de los lechos. Se oyeron las imprecaciones del siervo, el sonido seco de algún objeto que habían arrojado al suelo y las quejas de los vecinos en respuesta al ruido. Estaba claro que no habían hallado lo que buscaban. A Diocles le corrió por las venas un escalofrío brutal como un latigazo, y atónito, contuvo la respiración. Un témpano de hielo le oprimió la garganta, mientras su mente se resistía a dictarle qué debía hacer. Pero, desembarazándose de la inicial torpeza, se asió al alféizar de la azotea y vociferó con todas sus fuerzas, llamando a los agentes y a la patrulla:

—¡A mí la guardia, justicia de Roma! ¡En la calle del Porfirio! —gritó.

Se recrudecieron las quejas y los estrépitos de los vecinos, los golpes y las persecuciones, convirtiéndose la ínsula en una batahola de carreras y chillidos. Diocles, que era un hatadijo de músculos tensos, corrió escaleras abajo y sacó a Paulo medio desnudo de entre los brazos de una cortesana que protestó airadamente. Al poco, seguido de los agentes de Druso, se hallaban en medio de la calle confundidos entre una trémula gavilla de vecinos con los rostros enrojecidos por las candelas que veían cómo los vigiles arrojaban dos cuerpos ensangrentados en el carromato y desaparecían por el Pórtico de Vipsania, camino del Castro Urbano. Uno de ellos, jactancioso como un pavo, informaba a sus conciudadanos:

—¡Yo lo he visto todo! Eran unos vulgares ladrones, gente de la peor ralea, que intentaban robar o cobrarse alguna venganza en el número x del Porfirio. A uno, el más corpulento, le han abierto la cabeza, otro ha escapado por la vía de los zapateros y al tercero lo han arrestado malherido. Le aplicarán el potro y pagará por los demás.

—¡Este distrito es cada día más inseguro, por Júpiter Estator! —protestó una comadre de cabellos despeinados.

—El pillaje y el asesinato nos hacen cada día más innobles —farfulló un anciano lamentándose—; Roma ya no es lo que era con Adriano.

Diocles y Paulo, sumidos en una profunda consternación, se mezclaron entre el tropel de vecinos, dándole gracias a su suerte. Habían salvado la vida por el azar de hallarse con las cortesanas de La Cítara de Apolo, y se alegraban de ello.

—Hemos despistado a los soplones del pretorio. ¡Escapemos, Paulo!

Se miraron fijamente unos instantes, y desestimando subir a la vivienda se escabulleron por un callejón oscuro donde aullaban unos gatos. Caminaron bajo la declinante luz de la luna y, guiados por el instinto de supervivencia, se deslizaron hasta la casa de Ascón el britano, en el Esquilino. El pasaje, que se abría entre un apretado fárrago de cobertizos y huertos, parecía solitario. El alba empezaba a despuntar y la luz vaporosa de las candelas jugaba al escondite con las celosías de la *domus* del lanista donde ya se evidenciaban signos de la vida cotidiana. Una tos seca a sus espaldas los sacó de su ensimismamiento. Era Ascón, quien, un poco achispado, regresaba de una fiesta con los gladiadores de su academia. El britano los tomó por los hombros con indecible amistad, y les preguntó:

—¿Qué os ocurre?, parecéis dos esbirros de la Parca.

—Mis viejos asesinos andan de nuevo sueltos, Ascón —dijo el auriga.

—Por Lug el luminoso, qué contumacia —se lamentó pateando el suelo—. Nada ocurrirá en mi casa al gran Diocles, el héroe más insigne que Roma haya parido jamás. ¡Entrad, el tiempo apremia!

Diocles se coló cabizbajo, mientras le daba vueltas a sus pensamientos en medio de una sensación de inseguridad. Las cautelas tomadas no habían servido de nada, y de seguir así, no poseía la más mínima posibilidad de conservar la vida. Uno de los componentes de *Aclanus* los traicionaba, resultaba palmario. Desechó a Galo, su padrino, y pensó sucesivamente: «¿Druso, Longino, Arrio?». Porque relacionar el nombre del príncipe Marco Aurelio y a su hermano en la fe de Mitra, Marcio Turbo, que además no asistía a las reuniones, repugnaba tanto a su corazón como a su mente. Un laberinto de dilemas le impedía serenarse, conduciéndolo a un estado de excitación y sospecha. La inconcebible pasividad del prefecto lo consumía, o ¿quizás habría de pensar que intentaban escarmentarlo por haber desestimado su oferta? Pero ¿hasta el punto de disponer que lo eliminaran?

Tan confuso estaba, que no hallaba la diferencia entre la verdadera amistad y la falsa. ¿Debía arriesgarse y confiar en la honestidad de los prefectos, las más altas instancias de Roma y supuestamente las más honorables?

Veneraba el consuelo de su familia y necesitaba huir lejos de Roma, trocar el pestilente aire que consumía sus entrañas por los benignos soplos de Preneste, evadirse de aquel absurdo enclaustramiento y reconquistar su libertad perdida. Sin embargo, ¿cómo ignorar que en aquella situación de rehén se había convertido en una

víctima potencial de los propósitos de unos asesinos anónimos?

* * *

Después de la hora de nona del quinto día de enclaustramiento en casa del britano, Gayo deambulaba como una fiera enjaulada. Aleteaba en la atmósfera un halo de recelo, y lamentaba que su terquedad se convirtiera a la postre en su perdición. En su mente bullían los escrúpulos y las amenazas, y aguardaba nervioso a Paulo, que había salido por el portillo para saber de su familia. Regresó éste una hora después, mudo y congestionado. Sin detenerse, entró en el *triclinum*. Lo miraron de hito en hito, mientras atropellaba por su boca un mensaje que dejó sin resuello al auriga. Las terminantes palabras de Paulo retumbaron en el salón como un tambor de combate.

—Te traigo un mensaje horrendo, Gayo —balbució—. ¡Han arrestado a Galo!

Diocles apretó los labios, paralizado por la sorpresa.

—¿Que han detenido a mi padrino? —preguntó incrédulo—. ¿Y con qué cargos?

—Según tu *caya* Camila se desconoce el motivo, pero por orden de Licinio Druso no puede abandonar su *domus* del Celio, férreamente custodiada por una nutrida guardia del Castro Urbano.

El desánimo agarrotó su ánimo, pero insistió, aún atónito:

—¿Pero por qué? ¿Qué crimen ha cometido? ¿Lo habrán relacionado con el intento de eliminarnos anoche?

—¡Cualquiera sabe!, pero está claro que pretenden sacarte de tu madriguera. Este asunto se vuelve cada día más turbio, no me gusta —dijo Ascón.

¿Debía vincular a su decisión de no participar en las carreras la detención de Galo? ¿Por qué los dioses le deparaban una nueva y adversa fatalidad comprometiendo en su infortunio al más amigo de los amigos?

—Paulo, te lo ruego, has de acudir de inmediato al Castro Urbano y preguntar por el prefecto. Pronunciarás esta palabra, *Aclusus*, que después, por tu bien, olvidarás. Tu condición patricia te abrirá las puertas. Cuéntale que deseo reunirme con la junta mañana a la salida del sol. ¡No puedo entenderlo, pero se están cebando con el más noble de los romanos!

—Te acompañarán cinco de mis más decididos gladiadores. Desde hoy se convertirán en tu sombra y ¡ay! de quien ose tocarte —le aseguró el britano.

—Aseguran en Emérita que la ayuda recibida de mano amiga es como recibir una manzana olorosa; la tomaré con orgullo, Ascón, amigo.

Diocles rumiaba la funesta noticia en el mirador, lejos del bullicio de la casa, y sintió que el corazón se le oprimía por la suerte corrida por Galo. A sus pies, como un tapiz, se extendía el barrio del Celio, donde se hallaba su familia y su padrino confinado, y sublevado golpeó la barandilla con gesto de indefensión. Restallaban en la lejanía las arcadas del Coliseo, las cúpulas del templo de Claudio y las mansiones

del estadio de Domiciano en una maraña de rojos encendidos.

Le llegaban los aromas de las higueras, cuando de pronto oyó a un caballo relinchando al sol que se escondía por el lejano Mausoleo de Augusto. Tan lejos como le alcanzaba la mirada, atisbo las puntas de los obeliscos del Circo Máximo, el teatro de sus sueños, y experimentó un soplo de placer en su cansado pensamiento, pues, franqueando las puertas del tiempo y con una fuerza irresistible, compareció en su memoria *Gálata*, el viejo alazán que sustituyó a *Bóreas* en su corazón, y que conoció el mismo día en que se presentó por vez primera ante Galo con la carta del emperador Adriano.

Habían transcurrido veinte años. Excesivo para la memoria de un mortal.

La memoria de *Gálata*

Gálata era una criatura tímida con una sensibilidad prodigiosa para olfatear olores y peligros que otros caballos no percibían. Desde el primer día en el que lo gobernó, la presencia de Gayo le confirió al animal un efecto vivificador.

Era un alazán nacido en las montañas gálatas de color leonado que estaba a punto de ser jubilado por Tito Valens, el entrenador de los blancos. Cuando corría se asemejaba a una saeta combatiendo contra el viento y su sudor tomaba una tonalidad cobriza que se esparcía por sus lomos como la lluvia caída sobre el mármol.

Gálata y Diocles parecían haber sellado un pacto secreto. Aseguraban que era un caballo viejo para las carreras, pero Diocles decidió no medir sus fuerzas, sino su sagacidad, y lo entrenó dejándole las riendas largas, aun en contra de los consejos de Valens. Los caballos sólo exigen a sus amos ser amados y él lo mimó, consiguiendo de un caballo arrinconado sus primeros triunfos y su celebridad.

Gálata hacía lo arriesgado fácil, y estaba tocado por la mano de Epona.

«Mi primera montura romana, el más viejo, pero también el más astuto y sabio». Diocles se abandonó en el placer de evocar el instante en el que traspasó por vez primera las murallas de Roma y sintió vibrar a su alrededor el soplo estimulante de la ciudad que conmocionó su vida. Si existía un recuerdo que resbalase a Diocles como un pez, éste era el de su llegada a la urbs y el de haber conocido a Aulio Galo Cimber, el distinguido editor de los Juegos Romanos.

Pasó de una realidad provinciana a la vivencia de un sueño inalcanzable sin más hacienda que el apoyo de Lauso, una toga, una capa, una magra bolsa y la faltriquera de sus pertenencias. Hasta entonces su mirada había permanecido oscurecida al gran espectáculo de la vida, hasta que conoció a la más ruidosa y mundana de las metrópolis, donde lo trivial y lo frívolo desbordaban los límites de lo imaginable.

Contemplándola desde la terraza de la *domus* de Ascón, aún pervivían en su mente las imágenes que violentaron sus inocentes ojos y que ahora evocaba con nostalgia. Desde entonces demasiadas cosas habían perdido su esencia o dejado de impresionarle, pero en aquellos años disfrutó de su hermosura, experimentando algo semejante al deslumbramiento y la alucinación.

Para aquellos dos incautos muchachos, la ciudad imperial era una trampa llena de añagazas, donde la pobreza y la riqueza se mezclaban con los fétidos olores a cuero

curtido, a aguas cenagosas, a especias, fritanga y a detritus, Roma constituía una infame madrastra que amontonaba las miserables ínsulas de las Carinas y el Esquilino, junto a los alabastrinos templos y las suntuosas villas de los patricios. Paseaban por las callejas pobladas de niños abandonados con los pies descalzos, de repulsivas prostitutas, de esclavos que portaban en sillas a sus amos, de *dominas* que amamantaban a sus criaturas sujetas a sus pechos, mientras observaban con aldeano pasmo el trajín de los barberos, cambistas, mercachifles y juristas que discutían por cualquier nimiedad congregados alrededor de un puesto de sopa.

El viaje tras la internada en una galera cargada con ánforas de aceite había resultado un tormento, y al recalar en Ostia, la puerta de Roma, creyeron renacer. El emperador había seguido viaje hasta Gades, para visitar la tierra de su madre y el templo de Hércules y de ahí pasar a la costa africana, por lo que ya no retornaría hasta la primavera siguiente. Diocles se hallaba en Roma desamparado, pero dueño de su destino. Sin embargo, se había obrado en él una metamorfosis interior, un ímpetu del que desconocía su poder, fundado en una confianza capaz de abatir los más indecibles obstáculos.

Se alojaron en una pensión del Argileto, el barrio de los libreros, cerca del Foro de la Paz y del Ara de las Oraciones, lugar tomado por locos místicos que embaucaban a los forasteros con sus extravagantes doctrinas. Y nada más llegar a Roma, comenzaron a sufrir burlas debido a su áspero acento hispano, así como ser víctimas de vanos intentos de robarles y estafarles. Diocles ocultó la carta de presentación del César en un falso bolsillo de tela bajo la túnica, pues menudeaban los anhelosos de lo ajeno y las callejas estaban llenas de jugadores de dados, asesinos a sueldo y facinerosos. Jamás se separaba de ella, y hubiera dado su vida por defenderla.

La estación de la vida germinaba en Roma con nuevos colores, los cerezos florecían en los huertos y los moradores de aquella colosal marmita tomada por las moscas, aspiraban la brisa perfumada de los Albanos, que compensaba con su lozanía el hedor de las cloacas. Con los sentidos excitados, se detenían atónitos ante las *sigilla*, las marionetas que ridiculizaban a los personajes públicos de Roma, en medio de una musiquilla jaranera que interpretaban los cómicos con un órgano hidráulico, y a la caída de la tarde se mezclaban con los quirites por el opulento Palatino, donde bebían vino aguado, el denostado *masica*, y comían el *puls juliano*, la plebeya pasta de trigo, manteca y sesos, y las socorridas tortas de garbanzos. Con el propósito de habituarse a los usos de la urbe, frecuentaban las Termas de Tito, en los antiguos solares de la Casa Dorada de Nerón, y la de los Siete Sabios, donde Diocles se ejercitaba en el *gymnasium*, pues no convenía perder la agilidad física.

Y así sucedió que asistieron a la primera de las fiestas romanas, las Florarías en honor de la diosa Flora. Los barrios que rodeaban la posada, feudos del latrocinio y la prostitución, rivalizaban en la suntuosidad de sus exornos, y los acróbatas recorrían la ciudad invitando a la diversión. Pronto comprendieron que Roma era una urbe

vitalista que se entregaba a sus fastos con arrebatos, cohabitando las más infinitas miserias con el lujo más disoluto. Con el estruendo de los panderos se iniciaron los honores a la diosa de la vida, y Roma, ante sus pasmados ojos, se transmutó en un gigantesco burdel iluminado por antorchas de resina y ámbar, candelas de sebo y pebeteros de aceite perfumado.

Mientras las damas de alta alcurnia se entregaban al rito secreto de Las Damias en honor a la Buena Diosa, la milenaria legión de prostitutas o *lobas* y las cortesanas más costosas de la urbs, se paseaban casi desnudas por las vías, callejas y foros, ante el beneplácito de los romanos. Profusamente acicaladas con benjuí y tocadas con pelucas doradas, eran seguidas por una marea parasitaria de admiradores, entre el resplandor de las candelas que iluminaban las siete colinas. Lauso, que siempre se había comportado como un bribón con las mujeres, arrastró a su joven amo tras él y se unieron a un grupo de meretrices que ejercían su oficio en el mercado de Trajano.

—¿Nos permitiréis que os acompañemos, *dominas*? —les suplicó tierno.

—¿De dónde sois? —se interesaron al advertir ellas su acento.

—De Hispania —les replicó Lauso entusiasta.

—¿Primos del emperador? —se sonrió la más dicharachera—. ¡Roma está llena de parientes y de moscones hispanos!

Ridiculizaron su aspecto sencillo, pero les permitieron compartir con ellas los jolgorios de la festividad. La luz de la luna parecía oscurecer sus miserias cotidianas, convirtiéndolas en mágicas criaturas. La tropa de las hijas de la noche de la lonja Trajana escoltaban en unas angarillas a los genios Como y Momo, deidades de las diversiones y de la risa, el primero tocado con un gorro frigio rematado con cascabeles y el segundo con la muñeca de la *locura* en su mano, a los que cantaban impúdicos himnos. Tras cruzar en procesión los arcos del Clivus Capitolino, la voluptuosa peregrinación acabó en los jardines de Lúculo, donde en aquel anochecer prodigioso les llovían los pétalos de flores desde las azoteas. Por una noche, las prostitutas de Roma eran las reinas de la ciudad más opulenta del orbe.

Bebieron sin tasa honrando con sus libaciones a Flora, Apolo y Perséfone, diosa de la noche, mientras aguardaban la procesión de los sátiros y lupercales, un tropel abigarrado de jóvenes calaveras vestidos con pieles de lobo que organizaban las prostitutas del Foro Boario, las más lascivas de la urbe, la mayoría oriundas de Egipto, Cirenaica y del país de los sármatas. Una turba de curtidores de la Suburra, gentuza de la más baja estofa, portaban en andas a la personificación de la diosa Flora, aquel año representada por la popular *delicata* Calpurnia, una hermosa cortesana de formas escultóricas y amante de varios senadores. Disfrazada de nereida marina con gasas transparentes, una cofia de oro constelada de pedrerías y con la melena exornada con estrellas de mar, recibía los agasajos de un coro de jóvenes vestidos de tritones, que cabrioleaban al son de las líricas órficas, la pícara danza de los bacantes de Dionisios. De diáfana hermosura, la meretriz más conocida de Roma incitaba a su ejército de seres marinos a entregarse a las delicias del amor, y pronto la

procesión floral degeneró en un disipado exceso que colmó de erotismo los jardines y sus aledaños.

Los dos hispanos se acoplaron con sendas furcias de las Fornices^[64] que dejaban al descubierto sus pechos pintados de oro y los pezones con tintura ocre. Y con sensual procacidad, se arrojaron al suelo al son de los címbalos que los imitaban a consumir su encuentro en honor a Flora entre los setos. El lujurioso vergel y las fuentes se convirtieron en un lodazal de cuerpos desnudos entrelazados, de borracheras y de desenfreno, pero Flora, la deidad de la vida, aceptaba con complacencia el festín que le dedicaban en la babilónica ciudad de la Loba, la que había transformado las austeridades etruscas en esplendores y que por su opulencia había hechizado a un empequeñecido recién llegado como Gayo Diocles.

* * *

Al fin el Circo Máximo abrió sus dependencias oficiales, cerradas desde el invierno^[65]. El lusitano vistió su toga de ciudadano romano y se encaminó hacia allí para entrevistarse con el editor del Circo, el organizador de los Juegos Públicos, Aulio Galo Cimber, a quien iba dirigida la misiva del emperador Adriano. Galo era un influyente *quinte*, aunque oriundo de una familia gaditana de la Bética, que tenía fama de hombre pulcro y de magistrado extremadamente sagaz.

Decir que el encuentro cambió el devenir de Diocles haría honor a la verdad.

En un sitial de ébano, entre rollos de pergamino y tablillas de cera, se hallaba arrellanado el eminente Galo. Frisaba la treintena y parecía envuelto en un halo de elegante compostura, como si todo a su alrededor formara parte de un escenario cuyo principal propósito fuera la estética. Disfrutaba de una reputación de mandatario capacitado, como lo había demostrado en su estancia en Britania investido con la dignidad tribunicia.

Licinio Sura, el poderoso general de Nerva y Trajano, oriundo de la Tarraconense, y el poderoso Prefecto Atiano lo habían incluido entre el cenáculo de los personajes de la tribu hispana, el círculo de poder dominador de la escena pública romana. Los cabellos prematuramente grises, casi blancos, le conferían una caduca dignidad, y unos ojos inquisitivos le brillaban como ascuas bajo las crecidas cejas; su distinguido atuendo evidenciaba que era celoso de su respetabilidad. Porfiaba con su secretario Léntulo, y al conocer por el ujier que el recién llegado portaba una carta del César, despidió a su asistente sin miramientos.

—*Salutem dat* —se inclinó el auriga—, ¿eres el editor Galo Cimber?

—¿Y quién pregunta por él? —se interesó sin levantar la mirada.

—Gayo Apuleyo Diocles, ciudadano romano de la Lusitania —atestiguó su identidad, no sin desconfianza.

Ni afable ni seco, pero con voz alentadora, exclamó Galo Cimber:

—El mismo tono tempestuoso de todos los hispanos, ¡por Venus. Genetrix! ¿Sabes que el Senado de Roma se reía de la rara dicción de nuestro emperador cuando vino de Itálica, tachándolo de provinciano y extranjero? —Y se sonrió—. Así que has estado en Tarraco con el Augusto...

—La epístola dará cumplida respuesta a tus dudas —dijo, y se la entregó.

La leyó sesudamente, y tras unos instantes en los que lo miró con ojos pensativos, lo acosó a preguntas que el joven contestó con incomodidad.

—Espero que no te ofendas, pero un triunfo en Tarraco no significa nada para mí, y una carta del emperador no es suficiente para que el *editor* de los *ludi* se juegue su reputación con un desconocido. Estoy harto de recibir advenedizos que se orinan en la *subucula* cuando rugen trescientas mil gargantas en el Circo Máximo. ¿Me entiendes? —le espetó huraño.

Con un gesto premeditadamente humilde, Diocles lo interrumpió:

—No me enorgullezco de nada, pero te ruego que me pongas a prueba.

Adivinó un fulgor indomable en su mirada, antes de objetarle:

—Nunca he conocido a un auriga que fuera medianamente valioso con tan pocos años —aseguró el edil—. No se pueden acumular los conocimientos necesarios para correr en Roma con tan corta edad.

Sin obsesionarse por la inferioridad que presumía en él, Diocles no se alteró; antes bien, se sobrepuso al desaire con seguridad.

—Aunque mis triunfos se transmiten de boca en boca por toda Hispania, y mi vanidad es disculpable debido a mis cortos años, considero que ha de ser el público de Roma quien me conceda los honores o me desprecie como a un embaucador.

Gayo había empujado con su terquedad a que Galo tomara una decisión que marcaría su vida. Tras la observación, sonrió y reconoció con mordacidad:

—Ciertamente, nadie como los espectadores romanos para reconocer a un verdadero auriga. Lo mismo pueden hacerte trizas el corazón que encumbrarte al Olimpo. En tus palabras, no obstante, intuyo sinceridad. Siempre he desconfiado de los recomendados, pero sea el Circo Máximo el juez implacable de tu valía.

Con ademán adusto alisó los impecables pliegues de la toga y se incorporó, tras permanecer unos momentos en interrogante actitud. Luego, inesperadamente, lo animó a perseverar en el oficio, haciendo que aflojara su tensa actitud.

—Además de una recia apostura para ser *agitator*, posees el don de la palabra. Y aunque sospecho que aún no estás formado, no puedo negarme a una solicitud del emperador, y por si fuera esto poco eres ciudadano romano. Acude mañana a la sede de la *faccio albata* entre el Capitolio y el Circo Flaminio, en el distrito IX, y preséntate a Tito Valens, el rector de los blancos. Correrás para ellos y él decidirá si mereces ser auriga o no. Hoy hablaré con él; es cuanto puedo hacer por ti.

—Te expreso mi gratitud y mi agradecimiento, editor Galo.

—Hasta que no consigas la primera victoria, no te ensoberbezcas, pues en este arte la envidia y la maldad crecen como la mala hierba —lo animó—. A propósito, el

césar me asegura en la carta que corres como el mismo Acteón, el auriga de Helios. Algo excesivo, ¿no te parece?

—A mi no me alienta el divino Sol, sino el calor de la multitud —contestó.

Y olvidando su solemne compostura, rió abiertamente. Desde aquel instante, ese hombre exigente y pulcro le inspiró una fe indecible. Sin embargo, dos meses después, recibió una luctuosa noticia que le partió el corazón, sumiéndolo en el abatimiento. Una carta personal del pretor emeritense le comunicaba que su venerado padre, Quinto Apuleyo, víctima de una apoplejía, había caído fulminado en el Arco de Trajano de Emérita, que su cuñado, el esposo de su hermana Plaucia, se había hecho cargo de las caballerizas familiares, y que toda Hispania, honrada con sus éxitos, aguardaba sus triunfos con expectación, sacrificando a Diana.

Diocles se sinceró con Lauso:

—Mi padre era una deliciosa mezcla de tosquedad, ternura y afanes; pero un hombre íntegro y temeroso de los dioses que jamás hizo mal a nadie.

Gayo lloró amargamente, y se lamentaba de que Quinto Apuleyo hubiera dilapidado una fortuna estérilmente cubriéndose de deudas; casi arruinado, cruzaba la Estigia sin haber alcanzado su aspiración de convertirse en caballero. Le afligió amargamente la inconsolable noticia, porque no es la sangre, sino el afecto del corazón, el que nos hace padres e hijos. Y él lo amaba.

Diocles se resistía a rescatar en el tiempo más detalles del carácter de su padre, pues siempre ignoró la secreta naturaleza de su alma, y los juicios infantiles suelen poseer sus propios e imperfectos criterios.

* * *

En el feudo de los blancos reinaba la fraternidad y una admirable unión entre corredores, maestros, médicos y entrenadores. En la entrada de las cuadras lucía en letras doradas el lema del equipo, una máxima de Homero que Diocles pretendió cumplir: RIVALIZARON CON VALOR Y SE SEPARARON UNIDOS POR LA AMISTAD.

Desde el primer día le asignaron un tiro de caballos que gobernaba un corcel al que se tenía previsto retirar aquel mismo año, *Gálata*. Poseía una larga y blancuzca cicatriz en una de las patas delanteras de un accidente en el circo de Calígula, resoplaba cuando lo bridaban, pero era sabio como el búho de Minerva. Diocles adivinó el valor de su genio y extrajo de él cuanto de valioso poseía.

En los primeros meses lo invadió una felicidad inesperada. A los aurigas se los idolatraba en Roma con admiración y los cuatro bandos o facciones, la blanca, la verde, la roja y la azul, no eran sino poderosas sociedades mercantiles que manejaban millones de sestercios, y sin las cuales Roma, como si le faltara el aire, no podía subsistir. Diocles se codeaba con los aurigas más famosos de Roma, en su mayoría esclavos o libertos, como Teres de Corinto, Pompeyo Musclossus, Fortunato de

Armenia, el dacio Menandro *Enobarbo* o Scorpus de Siracusa, aunque lo miraban no como a un competidor sino como un insignificante renacuajo. Contaban las victorias por centenares y eran considerados poco menos que semidioses. No obstante, solían comportarse como sujetos pendencieros y se movían por la ciudad con gestos chulescos que el lusitano detestaba. Sabían que sus vidas podían ser cortadas prematuramente en la arena y disfrutaban de los placeres con avaricia. Se movían por el Circo como pavos reales y sin olvidar que sus triunfos dependían de la fatalidad de un viraje o del escorzo equivocado de un corcel. Menandro *Enobarbo*, un pelirrojo gigantesco y perverso, un escorpión que había sembrado el miedo a su alrededor por sus métodos siniestros, no consiguió desarraigar el odio que albergó su corazón hacia Diocles desde el instante en que éste pisó las cuerdas, sabedor de que era un recomendado de Aulio Galo y del emperador.

Para su desazón, se repetía la historia de Tarraco, aunque muy pronto comprendió que la rivalidad y la emulación sin ley formaban parte de la vida íntima de los aurigas. El *Enobarbo* era el campeón de los azules y poseía una pésima reputación por sus costumbres licenciosas y brutales. Abusaba de la gracia popular y se jactaba de gozar del favor de hermosas damas, haciéndose acompañar por boxeadores del Anfiteatro Flavio que sembraban el pánico en las vigilias romanas. Frecuentaban las pederastías y los prostíbulos de las arcadas del embarcadero del Tíber, concluyendo sus juergas siempre con alguna ramera descalabrada o degollada.

Gayo se curó de imitarlo; si bien gozaban de una efímera popularidad, Menandro y Scorpus eran ricos como Crespo y vivían en ostentosas casas del monte Celio, rodeados de lujos asiáticos y gastando los sestercios a manos llenas. Lauso y el joven auriga se trasladaron a una decorosa ínsula que les buscó Léntulo a espaldas del Foro Olitorium, el del aceite, que habitaban los asalariados de los hipódromos romanos. Vivían con dignidad y sin agobios gracias al adelanto que les había facilitado el rector de los blancos y se prodigaban en la vida social mezclándose con los aurigas y entrenadores en las termas de Tito y en los jardines de Agripa o buscando alguna matrona necesitada de su calor.

Cada amanecer, lloviera, venteara o mordiera el calor romano, Diocles se encaminaba al Campo de Marte o a las pistas de los circos de Calígula y de Flaminio Nepo, donde se entrenaba con *Gálata* como caballo rector del tiro, hasta que las manos le sangraban o se derrumbaba exhausto en el carro.

A la formidable estructura de la facción blanca estaban ligados más de dos centenares de operarios, entre *iubilatores* que animaban a los corredores, médicos, veterinarios, zapateros, sastres y domadores que vivían con sus mujeres e hijos en las ínsulas cercanas al circo Flaminio, salvo los esclavos, que pernoctaban en sus bóvedas, donde también se abrían las tiendas que ofrecían sus servicios de adivinadores sirios, saltimbanquis tracios, augures etruscos y mercaderías de todo el Imperio.

Por aquellos años Diocles conoció a un mozalbete que pertenecía a la legión de

picaros que merodeaban por las cuadras del Circo Máximo, expuestos a la miseria, a la depravación de los pederastas y a los cazadores de esclavos. Era protegido de Léntulo, el liberto secretario del edil Galo, que lo preservaba de la crueldad de los mozos de cuadra. Hacía recados a un caldeo que vendía piedras mágicas para embrujos a cambio de un coscorrón de pan, y fregaba las albercas de las termas de los Siete Sabios por una salchicha podrida y un rincón donde dormir.

Diocles le tomó afecto y una singular consideración, pues todo su cuerpo era una pura llaga y lo maltrataban sin compasión, mofándose de sus orejas de soplillo y de su piel pecosa. Su fealdad emanaba de sus famélicos miembros, boca desdentada y del pelo pajizo. No conocía a sus padres, pero era de natural despierto y poseía gran agudeza mental. Representaba para el joven auriga la imagen de la crueldad del destino y de la barbarie de los hombres que habían decidido rebajar a sus semejantes a la condición de bestias, por lo que sintió misericordia por él. Aseguraban que poseía dotes ocultas para el trato con las caballerías y sus capacidades para la observación y el repertorio de mañas que empleaba para sobrevivir lo maravillaban. Gustaba de acariciar a los caballos y de observarlos en los entrenamientos, y hasta detectó en el viejo *Gálata* una enfermedad preocupante, el *ventus*, la emisión de ruidos extraños en la respiración al terminar los ejercicios, de modo que ante tan nobles aptitudes, Diocles instó a Tito Valens, su director, un hombre taciturno y de espíritu indeciso, para que lo contratara como *sparsior*, encargado de refrescar las monturas y mantener en condiciones óptimas los ejes de los carros.

Lo hizo de mala gana, pero el chiquillo, de mote Lupino, *el Altramuz*, pues siempre estaba rumiando el amargo alimento de los pobres, le guardó reconocimiento eterno. Vivió desde entonces ayudando en las cuadras a Diocles, a Léntulo en las escribanías y en los menesteres de la casa a Lauso, con quien contrajo un afecto recíproco, ya que su corazón maltratado supo comportarse con agradecimiento y lealtad.

Las semanas se sucedieron una tras otra y los acontecimientos se atropellaban a un ritmo incontrolado. Valens, sumido siempre en una muda reflexión, observaba al lusitano en los entrenamientos sin perder un detalle de sus evoluciones. Le había prometido que para las Consualia, los fastos de agosto instituidos por Rómulo en honor de Neptuno o Consus, participaría en unas pruebas como relleno, y si le satisfacían sus maneras, tras la parada invernal correría en el Circo Máximo, en los Juegos de Apolo. La mente del hispano se fijó en aquellos fastos días como el piloto en el faro salvador, y apenas si comía aguardando los esperados eventos que marcarían el signo de su vida como auriga.

—O te estrellas contra la *spina* en la primera carrera, o te veo de regreso a Hispania. Admites pocos consejos y no llegarás a triunfar nunca —le recriminaba.

—Sea el estadio quien purgue venturas y vocaciones, Valens —le contestaba.

Mientras tanto, asistía con Lupino y Lauso a las competiciones como un espectador más, y pronto penetró en las esencias más profundas de los Juegos

Romanos, cuyos principios ignoraba. Y si no se hubiera empapado de su íntima materia, jamás hubiera obtenido una sola victoria. Valens le insistía en que las competiciones conservaban aún una aureola sagrada, pero su cándida mente pronto adivinó que las luchas de carros habían desbordado el marco religioso para convertirse en un instrumento del poder que los gobernantes aprovechaban para controlar las pasiones y descontentos del populacho y ganarse el aprecio de los ciudadanos, quienes vivían por y para las carreras.

Roma era el circo, y la pasión por el circo era Roma.

El triunfo de sus colores colmaba de fanatismo sus vidas y, desde Adriano Augusto al más despreciado esclavo del Pincio, todos bebían los vientos por uno de los cuatro bandos, por los que estaban dispuestos a ofrecer vidas y bienes e incluso matar si fuera preciso. Diocles también se contagió pronto de la arrebatada afición romana, y aunque en su dilatada trayectoria participó como auriga con los cuatro colores, tomó partido apasionado desde sus inicios por los blancos y los verdes puerro, los preferidos de la plebe, del emperador Adriano y de su protector Galo, frente a los rojos y azules, defendidos sobre todo por la aristocracia patricia.

La fascinación por las carreras de cuadrigas se palpaba en los foros, en los atrios, en los mercados, las esquinas y en las termas, donde se colgaban pañuelos del color predilecto y no se hablaba de otra cosa que del triunfo o la derrota del auriga favorito. Siempre se encontraba a gente ociosa reunida en las *termopolia* de la calle Velia o en el pórtico de Quirino, que mientras jugaban a los dados y bebían vino barato discutían sobre lo sucedido en la arena o del ansiado resultado de las carreras. Proliferaban las discordias sobre tal o cual *agitator* y se agriaban las discusiones sobre los caballos más veloces, provocando enfrentadas disputas que a veces se saldaban con sangre.

Cuando Diocles finalizaba los entrenamientos y el silencio se adueñaba de las cuadras, penetraba en la arena del Circo Máximo para impregnarse de los armoniosos espíritus que vagaban por su atmósfera. Pocos lugares existen en Roma con tan mágica historia, pues aquella misma pradera había sido testigo del rapto de las Sabinas. Al hispano lo conmovía la marmórea monumentalidad de la construcción que, aprovechando la hondonada entre el Palatino y el Aventino, había sido transformada en el recinto lúdico más gigantesco del orbe. Maravillado, se preguntaba cómo podían acomodarse en sus gradas más de trescientos mil espectadores y no desmoronarse ante su clamor y el fragor de los carros.

Una tarde de julio en la que el sol del crepúsculo lamía las piedras con fulgores granates, soñando con imaginarias carreras el hispano alzó los ojos por encima de los grádenos, y en tan arrebatadora soledad trató de oír la voz del dios que dormía en sus entrañas, Consus, el señor de los caballos, cuyo arcádico altar se halla enterrado bajo la arena. Detuvo su mirada en la ostentosa arquitectura del *pulvinar*, el palco imperial, escoltado por dos templetos coronados con bronceas cuadrigas, e imaginó a Adriano aclamado por la plebe y coronándolo de laureles.

Se fijó extasiado en la *spina* central, un costurón de mármoles, altares y bronce

que dividía salomónicamente la arena en dos mitades y que a veces se convertía en trampa mortal para los aurigas más osados. Excitaban sus asombradas pupilas los dos colosales cipos regalados por el emperador Claudio, que había que rodear con los carros, el de la *meta prima* y el opuesto de la *meta secunda*.

Relumbraban por encima de ellos los siete delfines rematados con huevos de marfil que iban cayendo conforme se cumplían las vueltas, las dos estatuas de la diosa Victoria, el obelisco del faraón Ramsés donado por Augusto^[66], que parecía arañar el cielo con su vértice, y los siete altares de los dioses planetarios, en cuyos jaspes se disgregaban los rayos del ocaso y a cuyas bondades se encomendó Diocles con corazón contrito. ¿Llegaría el día en el que gobernaría una cuadriga y sería aclamado por la muchedumbre? «Banales sueños cuando no eres sino un insignificante aprendiz de auriga», se dijo, resignándose a su pequeñez.

Ensimismado en la contemplación, un lacónico saludo lo asustó sacándolo del trance. Era Aulio Galo, de pie a sus espaldas, con su impecable toga caída sobre las sandalias. Diocles se sobresaltó e imaginó lo peor, pues desde el día de su llegada no había mostrado interés alguno por sus progresos. ¿Venía a decirle que debía abandonar y regresar a Hispania?

—¿Aterrado?, o soñando con quiméricas victorias —le preguntó con cinismo.

—No, sólo ansioso por actuar, edil Galo —objetó temeroso—. Todo requiere su tiempo y creo estar preparado para correr, pero Valens tiene la palabra.

—En esta difícil profesión, rara vez se vive más de una docena de años. Muchos mueren sin haber alcanzado un solo triunfo y otros quedan inútiles y tullidos para siempre —dijo, y lo aterró.

—El éxito suele comenzar con lágrimas, es cierto, pero espero sonreír al final si los dioses me son favorables —añadió incómodo.

—Algo me dice, Gayo Diocles, que muy pronto participarás de la pasión que arrastra como un huracán los ímpetus de los romanos.

—Arrebato y locura, diría yo —replicó—. Cuando corría en mi ciudad, nunca pude concebir que las carreras significaran para Roma una obsesión tan febril y que incitara a rivalidades tan enconadas. ¿Por qué tanto apasionamiento en este juego?

—¿Juego dices? —Y se sonrió con ironía—. Por Marte Vengador que en Roma las luchas de cuadrigas sobrepasan el mero divertimento al que nadie permanece indiferente, ni el mismo emperador o la Vestal más venerable. El Circo Máximo es el más vigoroso pilar del Imperio, créeme.

—¿Por qué? —preguntó ignorante.

—Porque los romanos lo maman nada más nacer, y a veces hasta la misma cuna divide a padres e hijos, a hermanos y a esposos. Aquí, en esta gigantesca olla, hierven las pasiones de la ciudad más poderosa del mundo.

—Y también las más miserables —objetó.

—Cierto, Diocles, éste es el templo donde el indolente pueblo romano se identifica con los de su clase y difama a los contrarios, el refugio de la masa, su

parlamento y el santuario de sus ilusiones. Aquí residen todavía los valores de la antigua República. Les da igual que las legiones venzan a los britanos, que los bárbaros de Germania devasten el Imperio, o que el trigo no arribe de Egipto. Lo que en Roma interesa es lo que acontecerá a sus colores en la próxima carrera y si su auriga predilecto vencerá o no. Nada más.

—¿Y no teméis el descontrolado desenfreno de la multitud?

—¡No! Es cierto que a veces la rivalidad alcanza cimas de enfrentamiento y que algunos fanáticos llegan hasta a oler el estiércol de sus caballos favoritos. Pero este recinto se halla por encima de las discrepancias políticas, de la amistad, de los dioses y de las leyes de las Doce Tablas. Conozco a ciudadanos con silla curul y pintando canas que el día anterior a las carreras no conciban el sueño temiendo el fracaso de su auriga preferido; y millares de romanos hacen cola toda la noche para conseguir un asiento óptimo en las gradas del Circo. ¿Comprendes el valor de las carreras de caballos para el romano?

—He observado que los domina hasta la irracionalidad —dijo susurrante.

—Es apasionamiento, Diocles. Recuerdo que un partidario del auriga Tíbulo, que murió a poco en este mismo hipódromo, se arrojó a la pira funeraria al no poder soportar su muerte; y yo mismo he sostenido enconadas controversias con filósofos palatinos y con el emperador Adriano, gran aficionado de la *faccio albata*, a quien a veces he visto más abatido al perder su color que si Aníbal hubiera entrado en Roma con sus elefantes númeradas.

—Demasiada tragedia, Galo. Parece que el gentío se alegra cuando un auriga es descuartizado por los cascos de los corceles —argumentó.

—Roma es poder, y poder es sangre. La arena, desde el tiempo de los etruscos, se ha nutrido del jugo vital de la juventud romana. Aquí los gobernantes se ganan el favor del público, se reparten alimentos, se sorteán esclavos y regalos, y se dejan halagar por las masas desposeídas, que los aclaman por una ración gratuita de víveres o un espectáculo gratis.

—Me lo presentas como si las carreras fueran una necesidad para Roma, y me resulta sorprendente.

—¡Lo son, Gayo, por Hércules que lo son! —enfaticó—. En esta pradera se presentan a los reyes extranjeros, a los embajadores, a los rehenes y a los cautivos regios, y el romano de a pie se siente junto a su emperador, los senadores y sus generales como parte capital del Imperio. Nunca la figura del emperador se revela tan egregia y amada como en el Circo Máximo, junto a su pueblo, como el gran mecenas, el gran pontífice y el gran padre benefactor de Roma; su igual, en definitiva.

—Así que el Circo Máximo es el gran teatro de Roma.

—Es su puesta en escena ante el mundo, el fastuoso decorado donde Roma protagoniza su grandeza. Y para la parasitaria chusma, la meta de sus deseos y de sus sueños imposibles —aseguró Galo—. Compréndelo si ambicionas ser alguien en este negocio: Roma vive, llora y se conmueve en estos graderíos, y ahí radica su flaqueza

y a la vez su grandeza. Aquí se brindan a la plebe los sabrosos almíbares de la ilusión. Ofréceselos tú sin reservas y disfrutarás de su más rendida admiración y del oro a manos llenas; de lo contrario, te hundirán sin piedad.

El aristocrático organizador de los *ludi* le sonrió afable.

—Tito Valens me asegura que correré en las Consualia —le dijo ilusionado.

—Sí, y me ha confesado que, o eres insensato y sucumbes en la primera carrera, o eres el auriga más prometedor de cuantos ha entrenado en los últimos años.

—Ni una cosa ni otra, Galo, pero nadie llegó a ser grande imitando a otros. Soy yo mismo, y como soñar no es esperar eternamente, no os defraudaré —dijo, y mostró su más seductora sonrisa.

—Por Mitra que apostaré mil ases por ti —le devolvió la sonrisa—. ¡Ah!, esta noche doy una fiesta en mi villa del Celio, ¿querrás honrarme con tu presencia?

—Resulta una preciada distinción sentarme a la mesa del amigo del César —le contestó indeciblemente reconocido.

El Circo Máximo recobró la quietud y sólo el vuelo de los gavianes sesgó su placidez de argentinas rasgaduras. Al instante recordó un consejo de su abuelo Ático: «Gayo, cada cual es artífice de su propia fortuna, y cuando notes que tu momento está en sazón, apresúrate a recogerlo, como el agricultor recoge el trigo maduro». Ese momento había llegado.

El aire de Roma le pareció más liviano en aquel ocaso, y de las cuadras le llegó el relincho de *Gálata* presagiando la noche y se sonrió con la eventualidad. Un sortilegio de confianza se apoderó de Diocles, que comprendió que Consus y Epona, señores de los caballos, se mostraban complacientes con él.

* * *

El trato asiduo de Galo con el joven lusitano atenuó su innata timidez.

A partir de aquella cena imborrable, el edil probó su desprendido interés por el desconocido auriga que nada podía añadir a su reputación. Galo lo envolvió en el cobijo de una amistad sin asperezas, lo adoraba como a un héroe que aún no había ganado ninguna corona y lo refinaba con resignación, como se doma a un potro rebelde o como el platero martillea un anillo de plata.

Avistar en el recuerdo aquellas escenas y sus pisadas amansaba su alma. Comparecieron al fin las celebraciones de Neptuno, el dios de la cabellera azul, el padre de los caballos que abraza la tierra, a quien Diocles ofreció un sacrificio. Y en aquel funesto ocaso, cuando la fatalidad y el silencio invadían su espíritu, revivía el episodio más crucial de su vida, el día de su estreno en el Circo de Calígula de Roma, del que recordaba hasta el más ínfimo de los detalles.

Sentía sobre sus espaldas un peso espantoso seguro de que el misántropo de Tito Valens esperaba que se descalabrara en la primera vuelta. Irradiaban las crines de los

caballos, los carros emplumados y las trenzas de las colas azotaban los aires como látigos, y ante el asombro de la multitud, el hispano resultó ser el animador que las carreras precisaban. Su experiencia y sus caballos no eran equiparables a los de sus adversarios y el público romano así lo entendió, alentándolo hasta el paroxismo. Sus rivales corrían con la ferocidad en el gesto y con la fusta pronta, y Diocles, en cambio, por el placer de dominar a unos brutos poderosos y conducir la cuadriga. Convirtió en belleza la pugna de los equinos, cualidad que detectaron los espectadores desde la primera galopada, consagrándose desde aquel día como el ídolo largamente esperado.

Melandro el pelirrojo, que se ayudó de todas las tretas imaginables para adelantarlo en la última virada de la carrera, viendo cómo el joven y desconocido hispano lo despojaba de la succulenta recompensa y de los laureles, lo maldijo cuando al final de la carrera le tendió la mano ponderando su maestría. Decididamente, la vida de Diocles entre sus iguales no iba a ser fácil.

El lusitano fue elevado al nimbo de la gloria ya en su primera carrera, con cuatro caballos prodigados en muchas competiciones y en un hipódromo de Roma, con *Gálata* como sorprendente guía. Recogió la corona de laurel y diez mil sestercios, ante el estupor del agrio Melandro, de Tito Valens, de Galo y de sus entrenadores, que no salían de la estupefacción. Y por vez primera inundó el aire de Roma el griterío que luego se haría célebre en el Circo Máximo:

—*Diocles, victoria! Diocles Victrix!*

Se le abrazaron Lauso y *el Altramuz*, y cuando abrió la bolsa y contempló las monedas de oro con la efigie de Adriano, tuvo el convencimiento que la vida le mostraba su faz más tolerable. Su irreflexiva osadía, la vieja maestría de *Gálata* y la ayuda de la diosa Fortuna lo habían auxiliado. Recordó a su abuelo y a su padre y envió un saludo al éter infinito dirigido a *Bóreas*.

En la ciudad se había incubado una nueva fe a la que venerar, y el sobrenombre de Diocles el hispano comenzó a ser coreado por los chiquillos de la Suburra, sonando en las casas de apuestas y en los corrillos del Foro; muchos aseguraban que Poseidón, el Sacudidor de la Tierra, soplaba en las crines de *Gálata*. Y ya aguardaban los juegos próximos para presenciar las evoluciones del prometedor ídolo de la Lusitania, preguntándose si sería capaz de vencer de nuevo frente a la pericia de Menandro y Scorpis, los campeones de los rojos y azules, y soportar el peso del triunfo con tan corta edad.

Desde aquel día, Galo lo esperaba siempre al concluir los entrenamientos. Aparecía reluciente debido a los ungüentos y del óleo de la Bética con el que aderezaba su musculoso cuerpo, y lo acompañaba feliz a las frescuras de las termas de Trajano, en el arco de Livia, donde franqueaban sus espíritus al mutuo conocimiento y al apego de una amistad sin ambages.

A los baños acudían los más señalados admiradores de efebos en busca del placer entre semejantes, desde que Adriano prohibiera el empleo conjunto de los baños por

hombres y mujeres. A Galo le cautivaba el lugar por la mundana decadencia de su atmósfera, pues el tosco Trajano no había escatimado modernidades para satisfacer de lujos el lugar predilecto de los romanos y unos de sus rituales más queridos por ellos. Había mandado erigir junto a las termas el Atrium Libertatis y la Biblioteca Ulpia, a la que había dotado de una abastecida colección de papiros, pergaminos y tablillas a semejanza de la de Pérgamo, una palestra cubierta y un museo de arte etrusco egipcio y griego donde se exhibían arcádicos bustos de Platón, Heródoto, Tucídides y Pericles. Contaba además con fuentes y jardines donde conversar sosegadamente, y era frecuente ver en ellos a los más renombrados filósofos de Roma paseando con sus alumnos.

Diocles, aunque tenía muchos admiradores, sobre todo senadores y *equites* adinerados, declinaba su compañía y a jugar a la pelota con los muchachos, pues prefería zambullirse en las piscinas y nadar, y luego entregarse al masaje de las hábiles *endormidas*, mientras aguardaba a Galo en la calidez del *caldarium*, el sudatorio, el lugar donde los nobles de Roma coqueteaban con los jóvenes de caderas exiguas, los luchadores depilados y los castrados de cabellos ensortijados, a los que sodomizaban luego en los reservados del *tepidarium*, el estanque de las aguas templadas.

Rodeados de olores de aceites de ciprés, nardo indio, azafrán y mirto, a Galo y al hispano les rizaban los cabellos con tenacillas calientes, el *calamistum*, según la moda impuesta por el emperador Adriano, mientras solazaban sus cuerpos con halagos sutiles y caricias. En una grata unión de espíritus afines, sin entregarse a la penetración, excitaban sus sentidos como un mero pasatiempo, con alguna masturbación mutua y serena, pues el elegante edil, amante delicioso, buscaba en el auriga sólo un nexo desinteresado entre iguales que con el tiempo consiguieron afianzar.

Aulio Galo se había casado en su juventud con una muchacha de la noble *gens* Marcia, pero había enviudado a los pocos meses. No había vuelto a contraer matrimonio y desde entonces frecuentaba los tálamos de las más ricas matronas romanas, aunque, como cualquier romano sofisticado, era proclive a los seres del mismo sexo, el *vicio griego* que llaman los moralistas, y en su casa convivía con una esclava circasiana de espectacular belleza y con un muchacho griego de Halicarnaso, Eurímaco, al que admiraba, pues era un joven hermoso, de rizosos cabellos, nariz recta y miembros perfectos. Una amistad candorosa se había anudado en medio de una sensualidad plena de sutilezas entre dos espíritus puros. «La fidelidad perfecta es la que se logra con los efebos y las hetarias selectas, pues en estas relaciones no se busca el interés material sino el vínculo de las almas», le aseguraba Galo al auriga.

Virtuoso del canto y de la música, el bello Eurímaco, al que Galo había manumitido al cumplir los diecisiete años, había actuado como citarista en el odeón de Atenas antes de debutar en Roma, donde había cosechado un gran éxito en el teatro Marcelo. El edil aseguraba que era su templo del amor y que imitaba a los

maestros griegos Eurípides, Sócrates o Fidias, quienes también se hacían acompañar en el ágora por hermosos amantes. Y aunque un antiguo decreto republicano, la *lex scantinia*, prohibía con estúpida inocencia la sexualidad entre semejantes, desde Julio César, pasando por Nerón, con su amado Eporo, a quien vestía de novia, hasta el mismo Trajano o Adriano, en Roma se había convertido en una práctica admitida e incluso considerada como aristocrática y selecta.

—Diocles, de Eurímaco amo su inteligencia superior y su tierna sensibilidad —le explicaba Galo—. ¿Y no se amaban entre sí los dioses en el Olimpo?

Para aventar la rutina, frecuentaban las mansiones de cortesanas instruidas en la danza y el canto, las *doctae puellae*, que cobraban cien ases por sus insuperables servicios, y también las casas de lenocinio de las que ejercían la prostitución obligadas por los jueces al haber sido acusadas por los maridos de adulterio. Diocles no sentía placer alguno al intimar en sus lechos, pues se entregaban rígidas como estacas, con sus miradas arrojando fuego. Galo lo invitó también en su condición de magistrado a solazarse con las hetarias del templo de Diana Alicia, matronas de alcurnia que se entregaban en el hipocausto del templo a los rituales báquicos, que ya conocía de su estancia en Gades. En cambio, éstas las aventajaban en las posturas de cohabitación y las no menos monstruosas procacidades, pues copulaban con enanos deformes, vagabundos repugnantes y homúnculos gibados para congraciarse con su divinidad, a la que ofrecían sus repulsivos actos eróticos.

Cada día que pasaba ascendía más la estimación que el edil le concedía y los halagos que dedicaba a su cuerpo ejercitado en el gimnasio y la carrera. Lo obsequió ofreciéndole los vínculos de su afecto sin pedirle nada a cambio, salvo una amistad leal y su compañía. Concurrían con el bello Eurímaco en el teatro Pompeyo a las representaciones de la compañía ateniense Tirso de Baco, y al Pórtico de los Argonautas, donde los filósofos epicúreos de Roma discutían sobre la *Moral* de Séneca, los *Diálogos* de Platón o la *Ética* de Aristóteles, y en los que Galo participaba en dialecto dórico con su proverbial elocuencia. El auriga comenzó a relacionarse con personajes influyentes del Imperio a los que lo presentaba como el más precoz de los aurigas, enraizando su tímida confianza interior.

Gayo sentía una secreta satisfacción y era feliz en Roma, ante cuyo hechizo capitulaba. Cató por vez primera lo verdaderamente exquisito de Roma, que entraba en su alma a los dictados de Galo, un hombre cínico y distinguido en el que brillaban sobre todas las cualidades la inteligencia y la elegancia estatuaría. Siempre con la barba rasurada, rizados los cabellos precozmente níveos e impecablemente togado, se rodeaba de amistades gentiles, mujeres hermosas y pulcros adolescentes, a los que trataba según el principio de la ética romana del placer. Sin embargo, por encima de su distinción sedujo al hispano su fina ironía, el sarcasmo irrespetuoso por los dioses romanos, su lenguaje marcado por el descaro y su sensibilidad por el arte, a cuyo placer estético se entregaba sin reservas, gastando miles de sestercios en monedas etruscas y estatuas compradas a los anticuarios de Atenas, Corinto y Efeso. En los

momentos de abatimiento le leía versos de la *Eneida*, de Ovidio, Lucrecio y Lucano y las máximas de Diodoro Sículo, y junto a él, el joven Gayo sentía el dulzor del placer por la vida.

«Sin rechazar los honores que se me ofrecían por su mano, jamás perdí el respeto por mí mismo, y aquellos años siguen refugiados en las honduras de un pasado feliz, hoy desafortunadamente quebrado», pensó mientras admiraba la ciudad, dormida lánguidamente en el regazo del Tíber.

* * *

Sin embargo, unas imágenes paradójicas de violencia y de ternura se debatieron por escapar de la jaula de su memoria. Era una nostalgia que lo acosaba con amargura. Fue el día en que conoció a Julia Balbila. Un cuarto de luna espejeaba Roma, cuando Galo lo invitó a un festín en casa de la poetisa.

La espléndida *domus* de Julia no era sino un exótico palacio cercano al teatro Balbo. No estaba erigido al modo romano ni griego, sino que poseía una alzada piramidal, como un zigurat persa invadido por bejucos y rosales. Julia Balbila era una de las mujeres más fascinantes de Roma, amiga y astróloga del emperador Adriano y de su esposa Sabina, e inmensamente rica.

—Es una de esas hembras a las que les encanta vivir dramáticamente, Gayo. No trates de poseerla o te devorará —le había aconsejado—. Es sobrina nieta del excónsul Cornelio Balbo el gaditano y de una princesa oriental. Los artistas y la gente más disoluta de la ciudad frecuentan sus excéntricas fiestas al calor de sus consuelos y augurios.

—¿No es romana entonces? —le preguntó, fascinado.

—No —respondió con su habitual afabilidad—. Esta enigmática beldad nació en el reino de Comagene, en Samosata, su capital, y lleva en sus venas sangre real del más belicoso pueblo de Siria, los seléucidas, antiguos aliados de Roma.

—Jamás oí hablar de tales gentes, ni de esos territorios que mencionas.

—Es un país de Asia que se extiende al pie del monte Tauro, entre Cilicia y el Éufrates —lo ilustró—. Conquistado por Tiberio, pertenece a la provincia de Siria, y es amigo fiel a Roma y a su emperador.

Fueron recibidos por un *nomenclátor*^[67] persa, que los precedió hasta el *triclinium* donde se celebraba el festín. La casa de Julia olía a violetas y sobrecogía la suntuosidad de los alabastros, el columbario donde se exhibían las mascarillas de sus antepasados, las insignias del triunfo de los Balbo y una estatua de Príapo, dios de la masculinidad, con un desorbitado miembro viril de oro y marfil. Seductoras pinturas evocaban a la reina de Asiria, Semíramis, hija de la sirena Derceto, rodeada de genios alados ante un áureo Arbol de la Vida. Cuando entraron en la sala, la princesa bailaba con otras danzarinas al son de unas flautas griegas.

De las orejas de la asiática, que danzaba descalza, pendían dos perlas alargadas, su mirada chispeaba como si escupiera vidrios de esmeraldas y su boca lucía como las cerezas maduras. Resaltaba su fragilidad de porcelana, la esbeltez casi felina y una piel morena como la miel de un panal; y para un hombre no pasaban desapercibidos tan soberbios atractivos.

Al final del festín, al que Gayo asistió como un sonámbulo, extasiado ante tanta exquisitez, fue invitado junto a otras jóvenes romanas al planetarium donde elaboraba sus horóscopos, y allí le elucubró inverosímiles presagios, en especial uno que jamás había relegado al olvido, pues Julia vio su futuro reflejado en un espejo egipcio del templo de Athor que él llamó «La Memoria de los Caballos de Tiy». A veces lo recordaba y sentía un gélido serpenteo en la espalda, pues le predijo gloria y pasión alrededor de los équidos.

No obstante, aquella vigilia prodigiosa la evocaba el hispano porque fue transportado a otros mundos, al intimar con las honduras de esa hermosura. Recordaba su tez aceitunada que brillaba de transparencia con la luna menguante y, aunque se resistió con ademán exquisito, lo difuminó pronto entregándose a un febril arrebato. Desbarataron con violencia las sábanas de seda de su tálamo y pegaron sus rostros con pasión. Diocles olió su perfume oriental en cada palmo de piel finísima, pues se asemejaba a una vestal rebelde, a una gacela de los oasis de Palmira.

Pensó mientras lo arrastraba a su cámara si debería convertirse en su amante, pues apenas si la conocía, ¿o acaso no le había advertido Galo que era una mujer inconstante? Era mayor que él en edad, pero su sublime desnudez centelleaba entre la media luz, y no pudo contenerse. Aún rememoraba cómo rodeó con sus brazos ese talle y ella lo arropó con el negro torrente de su cabellera; y fue tal su ardor, que lo halagó con desgarradoras caricias en una noche que Gayo no olvidaría jamás.

Colmos de ternura, sus arrullos lo embriagaban, y sin más adorno que su talismán de perlas negras se encogió desnuda en el regazo del auriga y el verde de sus ojos centelleó abocándose a una enloquecida lujuria. La velada fue excitante y cada gesto y cada suspiro provocaban un delirio. Se envolvieron como dos sierpes, y como el fuego se propaga por la paja seca, las fuerzas del joven amante abrasaron sus senos, insólitamente gráciles, deshaciéndose en las frescuras de su palmeral prohibido.

Aun cuando Diocles había adivinado que no era mujer de intimidades, había comenzado una relación irrefrenable entre dos almas posesivas. El suspiro precario de las lámparas anunció la inminencia del alba, y Roma giraba ya a su alrededor como una rueda vertiginosa. Una media luna de oro rielaba en el firmamento, y el planetarium de Julia se le asemejaba a un rincón vinculado a otra dimensión del compás del tiempo.

* * *

Las ventiscas del norte soplaron sobre Roma con impetuosas tolvaneras aquel invierno de su estreno en el Circo Máximo, y no había amanecer que no lo despertara el retumbar de la tormenta. Un frío día de enero, en los que la lluvia convertía en cenagales las calles y un manto de hojas cobrizas cubría las orillas del Tíber, Galo y Diocles platicaban en el estanque perfumado de las termas de Trajano, donde el hispano se reponía de una fiebre pasajera.

Gayo le confirmó su desenfrenado amor por Julia, le habló de las tardes deliciosas pasadas a su lado y del arrebató que presidía su vínculo, que Galo escuchaba en silencio recelando de tanta fogosidad. El joven auriga le habló también de Emérita y de su recordado abuelo Ático, de su amor por los caballos y de sus creencias místicas, y al calor de los braseros le narró cómo lo llevaba de la mano al Mitreum de Emérita, donde su mente comenzó a conocer la doctrina del dios Mitra, al que llamaba Protector de la Verdad y Amigo de la Humanidad.

—Yo no me preocupo mucho de los dioses, Aulio —le confesó—, y únicamente rezo a Epona y a mis antepasados, en vista de que ellos se inquietan muy poco por las desgracias de los mortales.

Galo no le contestó, pero a Diocles no le preocupó su mutismo porque estaba persuadido de que los dioses estaban ausentes de su vida, pero compuso un gesto agrio que lo sobresaltó, antes de explicarle:

—Gayo, he de revelarte que yo soy como tu abuelo un adorador de Mitra, y su doctrina, créeme, llena de calma y de paz mi existencia. En su divina naturaleza protege a los que mueren y cruzan el puente de los cielos, el luminoso *Cinvat*.

—¿Algo así como Apolo y los Dióscuros juntos, dispuestos a socorrer a los oprimidos y a las almas perdidas en el más allá? —preguntó perplejo.

—Como dice Séneca, los dioses del panteón romano son deidades que carecen de honestidad, pero Mitra es una providencia moral, el emblema de la verdad, al que acompañan unos seres espirituales llamados genios o *dadóforos*, los que representan el tiempo sin límites, pues sus seguidores creemos firmemente en la inmortalidad del alma y en una vida eterna más allá de las estrellas.

—¿Os asemejáis entonces a la secta judía de los cristianos?

—Como todos los credos orientales, su Cristo y nuestro Mitra nacieron de una virgen en el solsticio de diciembre, y también murieron cruelmente y luego resucitaron. Como ellos celebramos el séptimo día, siguiente al *sabbath* judío, tomamos el pan y el vino en los ágapes rituales, pero nuestra deidad es la encarnación de la conciencia que desciende del cielo y dispensa justicia contra la oscuridad, y no seguimos los ásperos principios judíos de los cristianos ni nos reunimos en los osarios y cementerios ocultándonos del mundo.

—Ahora comprendo por qué mi abuelo se apodaba *mesites*, mensajero del cielo. Yo, en mi inocencia, nunca lo comprendí —confesó.

—Tanto los mansos como los soberbios, los piadosos o los paganos obran según su fe —continuó Galo—. ¿Me honrarais con tu presencia en las fiestas de la

resurrección de Mitra, Gayo? Tal vez te interese esta religión.

En un principio dudó, pero nada podía negarle a su amigo Galo.

—¿Cómo, siendo tú un hombre público, rechazas a los dioses de Roma y te inclinas hacia ese misticismo oriental? —se interesó.

—No soy el único, Gayo. A través de nuestros emperadores viajeros, Trajano y Adriano, las religiones caldeas y egipcias de Isis, Amón, Istar, Ra, Mitra, Cristo el judío o Nebo han adquirido carta de ciudadanía en Roma, aunque los republicanos nos ven con malos ojos, pues nos acusan de prácticas inadmisibles y resurrecciones en la vida futura que ellos detestan, aun a pesar de su secular tolerancia hacia los dioses extranjeros.

—No comprendo ese rechazo, Aulio —le dijo con familiaridad—; precisamente Adriano alza en la urbs un templo a todos los dioses del orbe, el Panteón.

—Roma siempre ha sido celosa de su orden social y no le agrada que se mezclen los esclavos con los señores, y estas creencias preconizan la igualdad del género humano. ¿Lo comprendes? La situación puede empeorar y hemos de mostrarnos reservados.

—¿Se trata entonces de una religión de selectas minorías?

—Y secreta, por lo que debes guardar discreción de lo que allí veas, o nos abocaremos a la muerte tanto tú como yo. Nos llamamos a nosotros mismos *mitracanas*, y los adeptos atravesamos siete grados de iniciación: *Corax* o cuervo, *krifios* o el secreto, *miles* o el soldado, *leo* el león, *sin* o el persa, *heliodromos* o el precursor del sol, y finalmente el *pater de* la comunidad. Se trata de una alegoría de las siete esferas astrales que recorre el iniciado hasta alcanzar el conocimiento del universo y comunicarse con los bienaventurados.

Con tan convincente pedagogía lo persuadió, y Diocles, que suponía que se trataba de una creencia pacífica, pensó que honraría indefectiblemente a los dioses y a su abuelo y aceptó complacido la invitación. Lo acompañó al templo de Mitra, que se hallaba tras el arco de Jano, aunque en principio más llevado por la curiosidad que por la devoción, iniciándose así en los misterios.

Desde aquel día concurrió al santuario con asiduidad. Se trataba de un lugar deshabitado, recargado de madreselvas y cipreses, y ocultado por unos muros plagados de hiedras cabalgantes que parecían querer ocultar al mundo un enigma de dudoso misticismo. Pero conforme se iba habituando a sus secretos, comprendió que aquel templo encerraba un universo de armonías que el joven auriga ansiaba desentrañar. Únicamente podía transitar por sus peristilos, consultar en la biblioteca los arcádicos papiros de sus enseñanzas y meditar, pero nunca penetrar en la gruta sagrada del dios que atesoraba su imagen, hasta que no fuese bautizado.

Sus credos lo conquistaron poco a poco, por lo que quiso convertirse en uno de ellos, y guiado por Galo y un sacerdote de mirar oblicuo, su conocimiento hizo que alcanzara el tercer grado del noviciado, adquiriendo de este modo el derecho a participar en los misterios como nuevo *león* y a ser rociado con la savia del toro

sagrado.

El tiempo, que consagra las buenas intenciones, le hizo entender que en el corazón de los verdaderos amigos es donde se hallan las respuestas a los misterios de la vida, el aliento para caminar y el bálsamo para atenuar los sinsabores de la existencia. Y Aulio Galo se le había mostrado como un ser de suprema sencillez, a la altura de sus sentimientos, una isla en medio de la espiral de codicias que era el mundo donde se movía.

* * *

Como nada urgía en Roma y los entrenamientos podían demorarse, Galo y Diocles, aprovechando la apacibilidad del fin de la estación invernal, viajaron a Bayas, donde vivieron unas jornadas dichosas en su fastuosa villa frente al mar, sembrada de almendros, granados y azufaifos. Los acompañaron Léntulo el liberto, su cocinero griego, el apuesto Eurímaco, cuya piel olivastra contrastaba con sus mechones rubios y sus rutilantes túnicas de seda, y Julia, que vivía un pasional amor con el hispano. Admiraron el arte sublime que atesoraba la princesa, mientras ésta tañía la lira y cantaba ditirambos de Píndaro y odas de Safo en las vigilias, donde la originalidad de los festines, la intemperancia en los vinos griegos y elixires asiáticos fueron la norma de sus extravagancias.

La casona de Galo ostentaba reminiscencias helenas y en su alcoba atesoraba pinturas pederásticas y papiros eróticos egipcios de extraordinaria lubricidad, que Julia parangonaba como los más magistrales que jamás había visto. Una veintena de estatuas áticas, Afroditas, Poseidones y doríforos aqueos, que se asemejaban a personajes revividos de los papiros de la *Ilíada*, poblaban los jardines y atrios. El tiempo, su amistad con el edil y el fervor por Julia adquirieron su verdadera dimensión aquellos días de placer y ociosidad, que se perpetuaron en las honduras más clandestinas del alma del auriga y que únicamente la muerte disgregaría en el polvo del olvido. Diocles se conturbaba cuando ella clavaba las saetas de sus insondables ojos negros en los suyos, desnudaba su cuerpo de ébano o acariciaba como si de un arpa se tratara cada palmo de su cuerpo, ora ingenua, ora pasional y selvática, o le ofrecía su sexo lujuriente en el lecho.

Encomendándose a Mercurio Hermes, dios de los caminos, regresaron a Roma, donde un público enfervorizado aguardaba los juegos y el regreso del auriga de Hispania.

* * *

En este término de su vida algunas imágenes se le ensombrecían a Diocles, pues,

aunque fue una época dichosa, conforme se acercaba su estreno en el Circo Máximo la excitación lo oprimía. Aulio Galo, que apreció su lamentable estado de ánimo, le anunció revelando sus intenciones:

—Gayo, sería conveniente a la paz de tu espíritu que fueras bautizado con la sangre del toro antes de iniciar tu carrera, sólo así serás capaz de convertirte en un hombre digno entre hombres indignos.

Consintió la aspersion sagrada en recuerdo de los toros de Hispania, cuyos sacrificios y danzas se remontaban al principio de los tiempos, en un oficio como el suyo en el que la muerte pendía del delgado hilo de la fortuna.

Diocles obligó a los perfiles olvidados de su memoria que se depuraran, pues los hechos acaecidos en el nebuloso templo de Mitra de Roma retornaban a su mente un tanto velados. Recordaba que hubo de guardar ayuno un día entero, desde el orto del sol hasta el ocaso, sólo ante el astro rey en una de las terrazas del santuario y bajo un parasol purpúreo. Durante horas hurgó medroso en su corazón acerca de su misión en el mundo, aguardando que emergiera de los abismos o descendiera desde el cielo la verdad sobre la vida, el placer, el deseo, el conocimiento y el origen del alma humana.

Un *heliodromos*, mientras él meditaba, le tatuó la marca sagrada en el hombro, un sol diminuto de Helios-Mitra que lo distinguía del resto de los mortales y que esculpió minuciosamente en su piel con un punzón de plata y *atramentum* negro.

Con el crepúsculo se inició el esperado misterio. Galo lo acompañó y el protocolo se solemnizó con todo boato en la cueva subterránea, a la que descendió por unas rezumantes escaleras que bajaron al son de los himnos sacros. Iba ataviado con una toga de lino inmaculado, botas con borlas de plata, el pelo libremente caído sobre los hombros y un ceñidor bordado con hilos de oro, a modo de faja, única prenda que vestiría en el bautizo y que desde aquel día se ajustaría bajo el jubón de cuero en las carreras como un talismán protector.

Las frases que le dedicaron comparecían intactas en sus oídos de nuevo: «Gayo, desde hoy te convertirás en un hijo de las estrellas y tu mente se iluminará más allá de las apariencias sensibles», le susurró Galo al oído.

La excitación ascendió hasta el paroxismo al penetrar en el templo, lleno de adeptos a los que en la oscuridad no pudo reconocer y que, según su protector, habían acudido debido a la celebridad del auriga ensalzado por el emperador en Tarraco y otros porque habían nacido en Hispania y formaban parte del círculo de poder hispano.

—Nada soy mientras no venza en el Circo Máximo, y a Mitra encomiendo mi futuro y mi insegura vida, Aulio —confesó a su padrino.

—La sangre del toro arreciará tu don sobre los caballos y tu valor, Gayo, y te acercará al conocimiento —le dijo mientras descendían al sanctasanctórum.

Traspararon en procesión el dintel del oratorio en el que podía leerse: *MITRA LUX MUNDI*, título que los iniciados entonaban en un canto monocorde, al que

contestaban otros: «El dios de la luz se acerca». La gruta, una estancia elíptica tallada en la roca viva y exornada de maderas finas y marfiles, aparecía envuelta en el vaho de los sahumerios y los perfumes rituales. Parecía habitada por los espíritus inmateriales, y, sobrecogido, el auriga apretó la mano de Galo no sin cierta inquietud.

La cámara fulguraba con las brasas de los pebeteros y, conforme descubría los rostros de sus nuevos hermanos en la fe, únicamente hombres, su excitación se fue acrecentando al descubrir que le sonreían algunos de los patricios más ilustres de Roma, todos amigos del emperador Adriano, como Lucio Cómodo, su primer amante, el jurista Salvio Julio, el senador Aurelio Antonino y luego emperador, Floro, el libertino secretario del César y su futuro suegro, Marcio Turbo, el prefecto urbano, y el poderoso senador Annio Vero.

Las macizas columnas del *taurobolum*, la gruta sagrada, y los espejos egipcios de las paredes centelleaban con el rojo de las teas, confiriendo al recinto un halo sobrenatural. Los adeptos o vigilantes descansaron en los escabeles alrededor del ara de los sacrificios, sobre la que sobresalían un reloj de arena, un cráneo humano y una copa vacía. Y en una hornacina repleta de vasos de alabastro que exhalaban un olor de penetrante frescura, dominaba la escena la estatua alabastrina del dios Mitra Tauróktionos, *el que mata el taro*, tan misteriosa e insondable que le erizó los cabellos. El dios de la vida era representado en la talla con el atuendo de un pastor frigio que sacrificaba a la bestia táurica, mientras un perro aspiraba su alma; una serpiente enroscada a su cuerpo, imagen del curso solar, bebía de su sangre para revitalizar la tierra, y un escorpión agujoneaba los genitales del bóvido para dar vida a los animales de la tierra. El gran mistagogo, cubierto con la vestidura sacerdotal persa, cogió un mortero y aplastó unas raíces, que luego supo Gayo que se llamaban *haoma*, y a continuación las disolvió en un cuerno de toro y las probó complacido.

—Esta es la sangre de Mitra, la que inmortaliza a los hombres buenos y nos une a los Magnánimos Inmortales —exclamó—. Con esta purificación morirás y te unirás *in aeternum* al Gran Amigo del Hombre.

—Que el Rey del Universo me ayude, hermano —dijo emocionado.

Los vigilantes alzaron sus candelas y, tras votar secretamente con unas piedras negras y blancas su admisión en la nueva fe, prorrumpieron a una:

—¡Que la Sabiduría y la Belleza adornen tu mente, nuevo hermano!

Luego, el anciano abrió su mirada candorosa y le ofreció la ambrosía, que sabía a agálico indio y que sorbió despacio con delectación, mientras le decía:

—Bebes la raíz del *haoma*^[68] el alimento de Mitra y su compañera celeste Ahura. Nunca un espíritu se sintió tan cercano al cielo con la euforia embriagadora de la inmortalidad como el que bebe este elixir. Los sacerdotes de Mitra del templo de Pasargarda la beben para cantar las sagradas gathas, los himnos del dios de la luz, y a ellos te unirás eternamente.

Con un vozarrón tempestuoso, clamó para ser oído, llamándolo por su nombre y por el que le imponía su nueva religión:

—Gayo Apuleyo Diocles, según la votación secreta quedas admitido en la fraternidad de Mitra y desde hoy te llamaremos *Anón* en memoria del caballo de Poseidón Hippios, el que engendró golpeando su tridente contra una roca. Es llegado el momento en que debes recibir el manantial sagrado y cumplir con tus deberes ante el rey de la verdad. ¿Juras por tu inmortalidad no desvelar sus secretos?

—¡Juro que mis labios quedarán sellados de por vida! —replicó.

Después de una larga plegaria que no era para apaciguarlo sino para cumplir con los ritos de la vida, se descalzó y desnudó hasta quedar sólo con el ceñidor bordado. Comenzaba el rito de la muerte iniciática y de la resurrección al nuevo credo. El sacerdote abrió una reja bajo el altar que daba paso a un exiguo agujero, al que lo invitó a descender y permanecer en silencio. Apenas si cabía un hombre, el aire estaba viciado y olía a sangre reseca, por lo que Diocles estuvo a punto de desmayarse, constreñido entre las cuatro paredes que lo oprimían como una tumba.

Advertía una pavorosa soledad, como si su espíritu se elevase por encima de las nubes. A través de los barrotes que tocaban su cabeza, observó cómo unos hombres corpulentos arrastraban a un toro atado con cuerdas de buey. Debía de estar drogado, pues apenas si podía sostenerse en pie. Derrotaba no obstante con su poderosa testuz y bufaba a pesar de estar inmovilizado. Lo colocaron sobre la losa, y el auriga percibió sobre su cabeza el aliento vivo del toro, su negra piel, y el pecho hercúleo, y se estremeció de pavor, pues se hizo la extrema oscuridad en el foso.

El sumo sacerdote, encomendándose al dios y entre la eufonía de los rezos sacros, alzó una afilada hacha, gritó una jaculatoria, y de un tajo firme seccionó al animal la arteria del cuello. Al instante, mermadas sus fuerzas, la masa azabache se desplomó sobre la reja que cubría a Diocles y de la herida carmesí fluyó la sangre a chorros, que cayó como una cascada caliente sobre su cabeza, los hombros y el torso, para al poco lustrar su cuerpo entero, que tensó con la cálida aspersion del animal. Conteniendo el aliento, ya no sentía miedo, tan sólo una paz robusta y el vigor del toro que se adentraba por los poros de su piel, como si su sangre carmínea le hubiera grabado en la mente el tatuaje sagrado y protector para toda la eternidad.

El totémico animal ensangrentado le hizo recordar sus tierras lusitanas y los ritos taurómacos de los indómitos iberos de Hispania, y percibió en su espíritu un escalofrío, como si todos sus ancestros, con su abuelo a la cabeza, comparecieran en aquel momento augusto en el Mitreum de Roma alentándolo con sus voces veraces.

La finalidad del rito se había cumplido, y desde aquel día se instruyó en los misterios del conocimiento que a nadie podía desvelar, pues incurriría en sacrilegio y apostasía. Desde aquel día, Diocles sostuvo una acendrada amistad con sus cofrades, cultivó la compasión con sus semejantes, aprendió a curar heridas del cuerpo y del alma, a presentir el caos y el desorden, a ordenar su alma cuando se turbaba, a escrutar y conocer los astros, a aguardar una vida mejor tras la muerte y a anular las magias y supercherías que tanto embrutecen a los seres humanos, y en especial los romanos, tan proclives a la adivinación y a la geomancia.

En el ágape que siguió a la ceremonia, su padrino Aulio Galo, tras abrazarlo con admirada lealtad, le regaló un collar análogo al suyo con las efigies buriladas de Alejandro el macedonio, Epona, la dea de los caballos, y el toro de Mitra del que ya nunca se desprendería, hasta que hubo de empeñarlo para conseguir su libertad.

Aquel día en que el dios de las Estrellas, de la Inmortalidad y de la Luz había explorado su conciencia, comprendió que no hay riqueza más sólida ante los reveses de la vida y sus comprometidos envites que un aliado seguro, Aulio Galo Cimber, por lo que desde entonces la guardó con la llave de la estima en los pliegues más clandestinos de su alma, llamándolo desde entonces «padrino».

* * *

Deslumbrado como una avecilla asustada, llegó el día de su presentación en el Circo Máximo, y aun a pesar de la fuerza que le había infundido el bautizo de Mitra, Diocles se sentía como un frágil esquife en medio del océano embravecido.

Sin embargo, en aquel mundo despiadado, la protección brindada al pícaro de Lupino no le acarreó sino beneficios, pues, como sostienen los filósofos, en la lealtad desinteresada es donde se manifiestan los corazones desprendidos. El chiquillo, con intención de agradarlo, le ayudó con su saber innato y se ofreció a anunciar las carreras en el Foro, donde se le comparaba con el laureado Talo, el más grande auriga surgido hasta entonces en Roma.

Tito Valens y Galo habían puesto en marcha, en medio de una actividad devoradora, una campaña por los catorce distritos de la urbs para dar a conocer su nombre. El hispano temía no estar a la altura de las circunstancias y se angustiaba, pues ¿no se fracasa a veces porque se cree difícil lo que el ingenio puede conseguir fácilmente? Polemizaban los romanos en las *termopolia* sobre el arrojado y sangre fría del joven hispano, provocando un entusiasmo que lo inundaba de placer, pero también de exigencias.

DIOCLES, EL VALIENTE AURIGA VENCEDOR EN LOS CIRCOS DE HISPANIA, CUYO INSTINTIVO VALOR Y ESTILISTA PUREZA CAUTIVÓ A ADRIANO AUGUSTO, rezaba en grandes pasquines colgados en el Foro, que toda la ciudad había leído.

Sin embargo, una evocación pérfida aún lo llenaba de ira, y aunque inquietas sombras intentaban ocultarlo a su recuerdo, pese a los años transcurridos, aún percibía el nítido rostro de la cobardía que en aquellos días lo entristeció hasta el punto de transformar su carácter. En la antevíspera del gran día, sofocado y misterioso, Lupino vino a verlo a las caballerizas. Preocupado, le confesó entrecortadamente:

—Diocles, esta mañana, mientras pregonaba las carreras, entré en las letrinas del Foro, pues sentía retortijones en el vientre, y cuando me raspaba con la esponja, descubrí, tras de mí, a los dos mozos de cuadra de Menandro, el auriga pelirrojo, ese

dacio bravucón que anda propalando disparates contra ti. Y lo que se decían me inquietó. Uno explicaba que ya había comprado la piedra carbunclo y el otro que después de recoger la lámina de plomo se verían con su amo en la Puerta Carpena, antes de la puesta de sol.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo, Lupino? No te entiendo.

—¿Que no lo comprendes? Van a consumir un conjuro a las fuerzas del mal para acarrearle sus maleficios y atraer la fatalidad en tu estreno. Lo suelen hacer contra todos los que los inquietan —le aseguró—. Eres un recién llegado al ombligo del Circo y desconoces las artimañas de las que se valen los aurigas veteranos para vencer a sus antagonistas más jóvenes y prometedores. Te muestras ingenuo como una vestal, y esos berracos sin escrúpulos van a convocar al cielo contra ti.

—¡Explícate, rapaz, me agobias! —repuso, y recordó su experiencia con Pollux en Tarraco, para luego disponerse a escuchar de sus labios trémulos una inconcebible superchería que venía a confirmar sus sospechas.

—Yo he echado los dientes bajo estos techos y he presenciado demasiadas infamias entre aurigas. Entre estos muros, el crimen, el veneno y la venganza son tan naturales como el sol que nos ilumina. He trabajado para Escorpio, el tallista de piedras mágicas, y sé que el carbunclo, llamado también rubí macedonio, que ha adquirido uno de esos sicarios, se utiliza para practicar maleficios.

Tan pasmoso anuncio aguijoneó su curiosidad, y preguntó con cierto recelo:

—¿Hechizos en el Circo Máximo? ¿Y por qué han de ir dirigidos contra mí? —Se resistió a creerlo—. Un hado cruel me persigue con mis antagonistas.

—Menandro, si no puede corromper, destruye. Odia a los jóvenes capacitados como tú, y a más de uno ha descalabrado. Es un mal bicho, que aunque no lo parezca, nació esclavo.

—Y la hoja de metal, ¿qué objeto tiene en todo este embrollo? —insistió Gayo.

—Que Jano me perdone, pero eres el hombre más crédulo que he conocido.

—Simplemente, soy incompatible con la falsedad, pero sigue.

—¿No te ha advertido Tito Valens de estos manejos? En el ambiente del Circo llaman a esas diabólicas láminas *devotio*^[69]. Se trata de placas de plomo donde se invocan a las oscuras fuerzas del Averno y del Orco^[70] para debilitar a los corceles y alterar el seso de los corredores, y que seguramente esos desalmados van a enterrar en alguna tumba de la Vía Apia. ¡Seguro!

—Sé que la malicia y las discordias son frecuentes entre mis colegas, pero ¿estás seguro de cuanto me estás revelando? —preguntó crispado—. ¡Vamos!, daremos cuenta de ello a los jueces de los juegos.

Giró los talones, pero el joven Lupino, suplicante, lo detuvo.

—No te recomiendo que lo divulgues, pues lo negarán y se mofarán de ti. Esas prácticas no son nuevas aquí, pero se ocultan aunque se vienen realizando desde que Domicio Enobarbo, el padre de Nerón, corría en este hipódromo.

—¡Que Júpiter me envíe un rayo! —Se enfureció—. Aunque confío que la

maldad, al final, beba de su propio veneno.

—Existe un modo de desbaratar el conjuro, Diocles —le aseguró—. Sustraer la *devotio* del lugar donde la van a ocultar, probar si tú eres el sujeto de sus hechizos, destruirla luego y callar después.

—Yo no creo en esas supercherías, pero salgamos de dudas. He de desenmascarar a ese desalmado y acusarlo ante el *editor* de los juegos con pruebas. Me atrae el riesgo y no los temo. Los seguiremos. ¡Avisa a Lauso!

* * *

Por su porte, parecían hombres principales; Gayo se angustió aún más.

Se movían cautelosos cuando se apostaron en las inmediaciones de la Puerta Carpena, a espaldas de las tumbas de la *gens* Marcela. Un lugar nada recomendable, transitado por adivinos de los que leen la fortuna en tratados de astronomía falsificados. Algunas *lobas* y atildados pederastas tomaban posiciones en los muros del Templo del Honor y la Virtud, rodeados de individuos sospechosos.

Palpando las empuñaduras de sus dagas, aguardaron a los hechiceros envueltos en gruesas capas, pues el aire anunciaba aguaceros. La curiosidad se agitaba en sus corazones cuando al poco apareció Menandro, con su nariz ancha y brutal, seguido de tres hombres, uno calvo, que Gayo identificó como el *editor* de la facción de los azules, un tal Festo, y uno de los jueces de los juegos, un vejestorio de rostro picado por la viruela que moqueaba constantemente y que solía saludar a Galo con zalamería. No podía creerlo, pero la auténtica verdad se le manifestó cruel e insoslayable.

A algunos jerarcas del Circo Máximo les interesaba que Gayo Diocles fracasara en su carrera con una muerte penosa y sin gloria, y se aliaban sin escrúpulos con las fuerzas del mal y sus inexplicables poderes. Se internaron como una cuadrilla de conspiradores entre el laberinto de tumbas, y los tres jóvenes, emboscados, los siguieron hasta la bifurcación de la Vía Latina, una zona de túmulos funerarios donde los romanos pudientes enterraban a sus muertos. La siniestra caterva se detuvo ante una lápida, simulando ser familiares del fallecido que le ofrendaban flores y vino. Se escondieron tras unos arbustos que cercaban el gallinero de un huerto, y esperaron, mientras el vuelo de los murciélagos y el maullar de los gatos los llenaba de pavor.

Un esclavo de Menandro, que transportaba un costal de cuero, se arrodilló, extrajo una herramienta y cavó un hoyo al pie del sepulcro. Diocles los contemplaba boquiabierto, con la respiración entrecortada. Observó sus rostros ennegrecidos por el sesgo del atardecer y, de repente, pasó de la sorpresa a la estupefacción y de ésta a la incredulidad más absoluta: vio que sacrificaban un perro negro y lo ataban con un ramal, y luego, orinaban y escupían sobre una lámina de metal que relucía como el azogue con los postreros rayos del ocaso.

El vejestorio pronunció su fórmula mágica practicando gestos risibles, antes de enterrar en la placa y el can sacrificado, animal infausto para los romanos, pues no ladraron el día que los galos asaltaron el Capitolio, mientras pronunciaba su sentencia de muerte:

—¡Que Diocles se vea atado en el Circo como este animal, privado de sus fuerzas, y que *Gálata* respire el azufre de los Avernos! —Pudieron oír en la lejanía—. ¡Aniquílalo, mávalo!

La atmósfera se impregnó del acre humo de las hogueras del cercano cementerio del Esquilmo, y Gayó reparó en que se le erizaban los cabellos de la nuca y le temblaban las piernas. ¿Qué extraño resentimiento los impulsaba a tentar a los dioses? ¿En qué los había ofendido? ¿Cuál era su delito, si en realidad él los admiraba?

Como ladrones en la noche, con las capas revueltas por el viento, abandonaron el lugar en actitud sigilosa, uno tras otro, recortadas sus figuras negras en el atardecer menguado de luz. Y no bien hubieron desaparecido en la lejanía, cuando Lupino, Lauso y Diocles salieron de su escondrijo mordidos por el aguijón de la curiosidad. Se detuvieron ante la sepultura profanada, y Lauso, después de calibrar si los observaban, hurgó en la tierra que estaba aún revuelta, dejando al descubierto la oquedad, de donde desenterró el can degollado, aún caliente, la vergonzante laminilla y la bolsa de cuero que contenía el carbunclo. Depositadas bajo la vigilancia del anónimo muerto, un joven de catorce años que según rezaba la inscripción había muerto de un zaratán^[71], aguardaban el influjo del más allá para provocar su muerte.

Ante la flagrante evidencia, sus semblantes tomaron la verdosa tonalidad del espanto, cuando entre un hedor a podredumbre, cogieron la plancha de plomo, el metal dedicado a Saturno, el dios hostil de los hombres, en la que habían burilado un demonio con cresta de gallo que portaba un caldero y una lámpara. Bajo sus pies de macho cabrío resaltaba la leyenda de la maldición, que Diocles leyó a duras penas y entrecortadamente, helándosele el resuello: *ADIURO TEDEMON, ET DEMANDO TIBI, UT EQUOS PRASINI ET GALATAM ALBI CRUCIES, ET AGITATORE G. APUILYUS DIOCLES, OCCIDAS, NEQUE SPIRITUUM ILLE LERINQUAS IN PACE.* «Te conjuro a ti demonio y te ordeno que tortures y mates a *Gálata* y a los caballos de los blancos. Que hagas estrellarse y morir al auriga G. A. Diocles y no dejes su espíritu en paz».

Con los ojos dilatados, Gayo se revolvió contra aquella estéril abominación. Presa del furor, y como único ensalmo para conjurar la maldición, ordenó:

—¡Destrozadlas!

El auriga hispano se había cerciorado de que personajes tan significativos de los *ludi* estaban involucrados en los usos de brujería, pero las pruebas presentadas por un advenedizo poco o nada podían remediar, sino acarrearle enemigos innecesarios; y si recurrían a mañas tan funestas no dudarían en apelar a otras malas artes de peores consecuencias. No podía aventar el trigo con el viento en su contra, por lo que tomó la decisión de silenciar el hecho, guardarlo en lo más oculto de su corazón y recelar

como un lobo herido del entorno de sus compañeros aurigas.

Mientras Lauso y Lupino fragmentaban el maleable metal, que se quebró en pedazos, Diocles desmenuzó la piedra con un guijarro de pedernal. Arrojaron lejos el animal ensangrentado, y el corredor se sumió en un furioso malhumor, pues los que ejercitan la perversidad sin pudicia suelen con el tiempo hacer del asesinato un arte; Diocles temió por su vida y seguridad.

Tras aquel desagradable asunto, ya no podía estar convencido de nada, y decidió ocultárselo a Julia y sobre todo a Galo y a Valens, tratando de olvidarlo como quien olvida una pesadilla; sin embargo, consideraba que Menandro se había deshonrado a sí mismo. Como si hubieran rasgado el rincón más clandestino de su alma, abandonaron cabizbajos el oscuro desierto de sombras. Los fuegos y lumbres de la ciudad le parecieron entonces filamentos sangrientos, mientras perfilaban sus formas sobre el cielo encapotado, que se rasgó en un denso chaparrón.

Unos perros de sarnoso pelaje que los seguían desaparecieron entre las tumbas, y la melancólica imagen de Roma, bajo un torrente de lluvia negra y copiosa, lo sobrecogió por vez primera.

* * *

Diocles no precisaba de esfuerzos para evocar el suspirado día de su iniciación como auriga en el Circo Máximo. Eran las calendas de mayo, cuando la diosa Pales envía a su ciudad predilecta la brisa perfumada de los pinos y se conmemora la fundación de Roma, que ese día se aderezó con sus mejores galas.

Gayo proseguía en su febril idilio con Julia, a la que visitaba diariamente, reinando única en su corazón. Le regaló un ajuar de ajorcas idumeas compradas en Alejandría, unas fíbulas de oro y unas perlas hindúes para su cabellera asilvestrada y su estilizada garganta, que la astróloga agradeció con su impulsiva complacencia.

A los ensalmos de sus adversarios, Gayo, pletórico de valor, enfrentó su modesta sapiencia y el amuleto regalado por Aulio Galo. Lupino y los *jubilatores* habían engalanado los corceles con plumas y jaeces, y Tito Valens lo acompañó durante toda la mañana por miedo a que alguno de sus antagonistas perturbara a *Gálatay* a los otros caballos con sonidos de crótalos o les suministraran heno envenenado.

Sin embargo, al abandonar las cuadras, uno de los esclavos de Menandro esparció trozos de latón por el suelo con objeto de espantarlos, pues los équidos, al no poder distinguir los objetos pequeños y brillantes, se asustan fácilmente; Lauso y Lupino los retiraron a tiempo. Tuvo fortuna en el sorteo, pues le tocó la cuarta puerta y el lado de la *spina*. Por su abuelo conocía que los caballos sienten un pavor atávico por el agua y no quería correr junto al foso o Euricio, como lo conoce la gente del hipódromo romano.

El barrio del Circo era un acopio de luz, animado por millar res de romanos que

habían soportado la noche en vela, mientras se arremolinaban en los vomitorios apostando hasta su última moneda de cobre. La plebe, ávida de sangre y divertimento, de comida gratis y de regalos, buscaba desde el amanecer un asiento en las graderías, apretujándose como piojos en los pórticos.

Las Vestales, bajo parasoles anaranjados, se habían aposentado en la primera fila junto a los senadores y magistrados, y como preámbulo a los juegos la solemne procesión, la pompa, había descendido desde el Capitolio y cruzado el foro Boario, según un ancestral ritual, portando sobre angarillas las imágenes y los símbolos de los dioses tutelares de Roma, las efigies de los emperadores y el genio de Adriano Augusto, aún ausente de Roma.

La puerta central del circo, frente al templo de Ceres, se había abierto de par en par, y Galo Cimber, el magistrado de los juegos, accedió a la arena solemne, sobre un carro dorado con un esclavo a su lado que le sostenía sobre la cabeza una corona de oro con piedras preciosas. Al son de las tubas y entre las aclamaciones del público, fue recibido calurosamente. Arropado en una toga púrpura orlada con hojas de palmas, se asemejaba a un César triunfante.

Los Padres de la Patria, rigurosamente ataviados con las togas blancas, según norma del prefecto de la ciudad, su amigo y hermano de fe Marcio Turbo, aguantaban estoicamente las antagónicas opiniones de la turba, que los criticaba o aplaudía según sus méritos. El *pulvinar*; el palco del emperador, estaba vacío, aunque adornado con coronas de laurel y guardado por una cohorte de pretorianos con corazas de gala.

Diocles no pudo disimular su entusiasmo en el transcurso de la mañana, en la que habían corrido carros de dos caballos, de tres, de siete y de nueve, aunque las más populares eran las cuadrigas, en cuya carrera principal participaría como relleno, pues ni sus caballos eran los adecuados ni él conocía aún los entresijos del Circo Máximo, oportunidad que aceptó sin rechistar, aunque confiaba en su astucia. Cuando antes del mediodía los heraldos anunciaron su nombre, se sintió el blanco de todas las miradas. Las apuestas se habían disparado, cubriendo con creces los gastos de los *ludi*, que ascendían a cuatrocientos mil sestercios.

Sostenía la chusma frumentaria^[72], en su desorbitada ignorancia, que Diocles había nacido entre una manada de caballos en las cumbres de Astúrica, donde le habían transmitido su indomable fuerza. La plebe supersticiosa se nutría de la sangre de los aurigas, y aguardaba la inmolación de alguno de ellos aplastado por los carros o los cascos de los corceles. Los subyugaba la sangre y las apuestas, y Gayo recordó aquel día a *Bóreas* y lo imaginó pastando en las praderas lusitanas, y también a Fusco de Tarraco, a cuyo genio se encomendó. Ignoraba si sus caballos formarían con él una unidad imbatible, como Janto con Aquiles el aqueo, y confiaba con fe ciega en el paciente y poderoso *Gálata*, que correría a la izquierda tirando de los demás.

El descanso y el sorteo de los regalos concluyó, y las trompetas convocaron a los espectadores, que, para no aburrirse, eran obsequiados con combates de púgiles que quedaban horrendamente torturados, con acrobacias de jinetes númeradas y volatineros

que saltaban sobre círculos de fuego, mientras cuadrillas de siervos distribuían entre los tendidos comida, mulsum oloroso y vales para rifas y bebidas en un banquete al aire libre en el que cada ciudadano se sentía huésped del emperador. Puestos en pie, dispersaron a los aurigas gritos de aliento, y los espectadores blancos, al verlo comparecer, clamaron en un grito insistente:

—¡Diocles, victoria! —El eco de este clamor retumbó en su corazón como un grito de la batalla, avivando los pulsos de sus venas.

Compareció el lusitano en las *cárceles* como un faisán emplumado junto a los más reconocidos aurigas del Imperio, cuyas reiteradas proezas y escasez de escrúpulos eran proverbiales en Roma. Gobernaba un carro sirio con el viejo alazán *Gálata* y tres caballos overos^[73], bien entrenados y mejor alimentados. Uno había nacido en Apulia, otro en las laderas del Epidaurio, un tercero era siciliano y el cuarto y esencial, *Gálata*, había sido criado en las riberas del lago Tuz, en la Galacia. Era disciplinado, de olfato muy desarrollado, y por sus grandes ojos le recordaba a *Bóreas*. Los dos animales del centro iban uncidos al introyugo, y los dos de los extremos, los *fúñales*, únicamente bridados.

Galo le regaló para la ocasión una túnica corta y blanca bordada de laureadas, el peto de cuero y el yelmo ibero con el que se cubrió la cabeza. Encastró la figura de la diosa Fama, la de los cien ojos abiertos con que le obsequiara el emperador en Tarraco en el pretil del carro, y a su suerte se entregó. Ató las riendas a la cintura, bajo la que escondió el cinto de Mitra y un cuchillo corvo, instante en el que se hizo el silencio.

Las puertas se abrieron de par en par, acentuando la solemnidad del momento, y todos los ojos se fijaron en los cuatro aurigas, uno por cada color, que se observaban con desconfianza. Los espectadores se acomodaban en el lugar que les correspondía finalizadas las reparticiones de alimentos y los sorteos que tanto gustaban a los romanos, y más de uno se llevaría a casa una reata de esclavos, un vale para una *loba* de la Alta Semita, una casa rústica en Arretium o un viaje a Alejandría.

Los cuatro aurigas habrían de recorrer siete vueltas, unos quince mil pies^[74], y para que los espectadores pudieran saber en todo momento las vueltas cubiertas, siete delfines y otros siete remates en forma de huevo descenderían tras cada recorrido. Iba a celebrarse la carrera principal de los *ludi*, con un premio de cincuenta mil sestercios, el más alto y preciado de todo el año. El populacho, que suele estimular sus pasiones con la crueldad, parecía olfatear la sangre, pues dos aurigas habían sido arrastrados por la mañana y descuartizados por sus corceles, y muchos, por la inexperiencia de Gayo, lo señalaban con el dedo como el próximo aspirante a ser despedazado. La carrera iba a iniciarse, Diocles besó contrito el medallón de Alejandro y comprobó que las piernas le flaqueaban.

Menandro, adalid de los azules, lo vigilaba con mirada de desdén, al tiempo que las venas del cuello se le hinchaban mientras lo denigraba con duros presagios. Scorpus, de los verdes puerro, se sonreía con fanfarronería, y el tracio, campeón de

los rojos, lo desafiaba insultante, maldiciéndolo en una lengua ininteligible. Con el corazón en un puño, el novato aguardaba a que el presidente de los juegos lanzara a la pista el pañuelo blanco. Y siguiendo la costumbre impuesta por Nerón, a quien se le deslizó la servilleta por error mientras comía, lo dejó caer; cuando suavemente la teluela rozó la arena, escaparon vertiginosamente de las *cárceres* entre el fragor de los cascos, el chirriar de las ruedas y el estruendo de miles de gargantas que voceaban como cien mares embravecidos.

Un velo de polvo envolvía los carros, mientras describían las primeras curvas. Restallaban las fustas, las aceleraciones eran cada vez más frenéticas, chocaban las ruedas contra la *spina*, las herraduras arrebatában chispas de los bordes y colisionaban los ejes en un rechinar metálico. La marea humana pasaba de la zozobra a la ansiedad y del desaliento al júbilo, según se sucedieran los movimientos de su auriga favorito. Silbaban, los animaban, los abucheaban, se incorporaban de sus asientos, se peleaban los plebeyos con los patricios y maldecían a los genios del Averno si su carro se retrasaba, sin manifestar cansancio alguno tras seis horas de carreras. Las primeras dos vueltas se mantuvieron dramáticamente en un puño, pero el tracio y Diocles se vieron un tanto rezagados en la cuarta.

Gálata atendía sumiso a sus impulsos y los demás lo seguían a una, pero los caballos de sus antagonistas eran más fuertes y fogosos, por lo que el hispano decidió cambiar su estrategia, contraviniendo las órdenes de Tito Valens. Toleró que los dos experimentados aurigas, Scorpis y Menandro, tomaran la iniciativa, se olvidaran de él y pugnarán entre sí. Se colocó a sus flancos, mientras el tracio fustigaba a sus caballos, que pronto, agotados, dejarían de obedecerle.

Tal como había previsto, entre el griterío atronador de los partidarios de Scorpis y las maldiciones del pelirrojo, éstos arremetieron imprudentemente el uno contra el otro, poniendo en peligro incluso sus vidas, torpeza que aprovechó el sagaz lusitano. La carrera y la suculenta bolsa era cosa de los dos campeones, y, rueda contra rueda, ambos intentaban adelantarse, pero tan sólo consiguieron juntarse formando un solo tronco y ralentizando la galopada, momento que Diocles, que se mantenía a la expectativa para dar el zarpazo, aprovechó para, en un ardid temerario, colocarse ante los dos en la *meta prima* de la séptima y última vuelta.

Su cuadriga viró como llevada por un soplo vertiginoso, ofreciéndoles, en un osado zigzag, las grupas de sus desconocidos, pero fogueados caballos. Se trataba de una evolución que dominaba desde niño y aprendida de su abuelo Ático, que la llamaba «el rayo». Consistía en maniobrar sesgadamente de izquierda a derecha y escapar luego hacia la meta, fulgurante como el prodigio celeste.

—¡*Gálata*, las campiñas de tu patria te aguardan! —gritó—. ¡Vuela!

Los dos veteranos, por más que lo intentaron, acudiendo a su experiencia y a sucias añagazas, como aliarse para derrotar al carro del novato y que se destrozara contra los mármoles de la *spina*. Pero no pudieron darle alcance, pues Diocles les cortó el paso por la *spina* y por su derecha con cortas y precisas oscilaciones, y

permitió que, aflojando las bridas, *Gálata* tirara de sus hermanos y aplastara el primero la cal de la meta, en medio de una explosión de júbilo del bando de los blancos, que se resistían a creer lo que veían, y del aplauso y reconocimiento del resto de las facciones, que, aunque decepcionadas, habían palidecido con tan depurada y osada maniobra, pocas veces vista antes en el Circo Máximo.

—¡Diocles, *victor*, Diocles victoria! —clamoreaban roncós.

El lusitano se había ganado el corazón del público romano y hubo de escuchar, rebosante de gozo, la ovación más clamorosa de su carrera profesional y la más apreciada. Roma a sus pies, enfervorizada, lo aplaudía ruidosamente, aunque lamentó que el emperador no presidiera los juegos. El presidente le tocó la cabeza con el aquilino bastón de marfil, y tras felicitarlo lo coronó de laurel, otorgándole la palma de vencedor.

—Al fin Roma ha hallado una cabeza digna de su gloria —le manifestó.

—¡Diocles, Diocles, Diocles! —lo aclamaban.

—¡*Nika, nika!* —gritaban los griegos presentes, y lo halagaban comparándole con el auriga de Helios, dios del sol—: ¡*Acteón, Acteón*^[75]!

Diocles hubo de dar dos vueltas triunfales al hipódromo, y con el paso del tiempo, mientras admiraba la urbs desde el terrado de Ascón, rememoraba con deleite el tributo que recibió de trescientos mil romanos aclamando su nombre. «Loado sea el cielo que permitió a este pobre mortal recibir la gloria del triunfo siendo apenas un mozalbate», pensó con nostalgia.

La suculenta bolsa cambió su vida, y a su padre Quinto y a su madre Leticia se dedicó su triunfo, mientras lloraba mansamente por su ausencia y la de su abuelo Ático, que sin duda lo contemplaba desde lo alto: «Gayo, la gloria de los hombres no es sino un rumor de viento en los oídos. El destino más hermoso es poseer un don para pensar como los caballos y no envanecerte ante tus semejantes», le había dicho.

La ascensión a la gloria y los aplausos del pueblo lo seducían, pero fue en las cuadras donde recibió el sincero e inesperado encomio de sus colegas, el apretón fraternal de Lauso y Lupino y la sonrisa desde el palco de la hermosa Julia. E incluso Scorpis le plantó dos besos en las mejillas, mientras lo apretaba contra su corpachón y le declaraba noblemente:

—Sé reconocer cuando un adversario es insuperable. Tú no conduces el carro, lo manejas a tu antojo como una cinta de seda. Parecían los cuatro caballos de Helios manejados por Mercurio. Cuenta desde hoy con mi amistad y mi admiración, Diocles. Scorpis se rinde ante tu maestría.

Comenzaba la leyenda de Diocles el hispano, y el destino actuaba en él con presagios aleccionadores. Había vencido a la bajeza, la pericia, la amenaza y a la iniquidad de sus adversarios. ¿De qué habían servido a esos escorpiones del mal los hechizos y conjuros? Tan sólo la ocasión para vilipendiarse a sí mismos, aunque su memoria, al evocarlos, se rebelaba.

Galo organizó un festín en el que Julia apareció vestida como una reina persa, con

un traje de oro y pedrerías y una tiara de perlas negras de Philoterias, que se recordó largo tiempo. Aquella noche memorable le dedicó sus mejores besos, las más dulces caricias y el más cumplido repertorio de sus artes amatorias, y Gayo le regaló un anillo y una diadema egipcias buriladas en Menfis que sobrepasaban los cinco mil sestercios. Se amaron hasta el amanecer, hasta que sus cuerpos quedaron rendidos por el ardor.

Sin embargo, a la mañana siguiente también aconteció un hecho luctuoso que empañó la felicidad en la que nadaba Diocles, y que con el paso del tiempo se transmutó en un secreto terrible e inconfesable, escondido por su padrino Galo en los dobleces más inescrutables de su ser. A la hora de sexta, con la boca áspera como la estopa y retumbándole la cabeza con el más liviano ruido, fue despertado por Lauso, quien, perturbado, le anunció que un miembro de la Prefectura quería interrogarlo. Sus instintos se revelaron, pues no era consciente de haber vulnerado la ley, sino de ser un héroe idolatrado por Roma.

—¿Interrogarme a mí? ¿Por qué? —se extrañó.

—Gayo, esta noche ha aparecido con la cabeza machacada y atravesado con una espada el auriga Menandro, tu enemigo, y algún insidioso asegura que lo vio rondando por el festín. Al parecer, os han señalado a ti, a Galo y a Scorpus con el dedo acusador.

—Ese engendro de los infiernos ha sido víctima de sus excesos y borracheras, o quizás haya sido asesinado por algún marido cornudo, o una maza voladera le ha acertado en la cabeza... ¡Qué sé yo! No me crucé con él, ni lo vi siquiera.

El delicado asunto los mantuvo intranquilos durante una semana, y hubieron de declarar dos veces ante un pretor, con el consiguiente revuelo. Sólo con la intervención de su devoto amigo el prefecto Marcio Turbo, que ordenó echar tierra sobre el asunto, el extraño caso quedó cerrado por falta de pruebas concluyentes. ¿Quién lo mató, y por qué? Siempre lo ignoraría Gayo, aunque aún siguieran rondado dudas inquietantes en su mente sobre el misterioso asesinato. Al abandonar el tribunal, Galo le hizo un aparte y compuso un gesto perverso, de esos que jamás se olvidan debido a su misterio. Tras mirarlo fijamente a los ojos, pronunció unas frías palabras que desazonaron al joven corredor:

—Gayo, ese bravucón ha recibido su merecido y me alegro de ello; olvídalo. ¿Sabías que hace unos días blasonó ante una cofradía de matones y gladiadores que pensaba matarte, en el Circo o en algún callejón oscuro, y que lo juró ante la estatua de Hércules, donde sacrificáis antes de salir a la arena? No soportaba que te convirtieras en el predilecto de las masas; merecía morir así, como un perro, en medio de la calle con el corazón atravesado y ahogado en su propia sangre.

—Ha labrado su propia desgracia, y yo intuía que algún día sería víctima de sus maldades —dijo, sin alegrarse de su trágico fin—. ¡Pero qué muerte tan extraña!

—Tenía fama de nigromante y eran conocidas sus dotes de envenenador, pero no quiero que nunca más me hables de este asunto, Gayo; jamás, te lo pido. Se ha

cerrado la cuestión como se debía, y basta —se enfureció, y volvió el rostro—. Se trataba de ti o de él, así que una alimaña menos en tu camino.

¿Podría la amistad convertirse en vengadora y llegar hasta el asesinato? ¿Conocía Galo sus prácticas mágicas y la aversión que le profesaba? ¿Habría dado él la orden de eliminarlo? Nunca lo sabría, y nunca se lo preguntó, constituyendo desde entonces un secreto vedado a su amistad, aunque sumergido en un estanque de sospechas. No obstante, tras aquella penosa experiencia Diocles intuyó que una amistad fraterna, por afecto, puede provocar una venganza ejemplar.

Galo lo había ensalzado ante los poderosos y quizás había matado por él. Días después, incluso escribió al emperador relatándole los éxitos de Diocles, y propaló así su fama por todo el Imperio, y por eso, con la mirada perdida en el vacío, él deploraba que su amigo y padrino se viera ahora amenazado con la cárcel y el deshonor.

Sus preciosos recuerdos sobre Aulio se diluían en la intranquilidad, y se retiró a su cubículo asediado por sentimientos siniestros, aunque tuvo un recuerdo final para el sagaz Gálata, a quien ya no volvió a ver más en las cuadras del Circo. Su marcha supuso para él un misterio, como la detención de Galo.

XII

SOSPECHAS

El ventanal dejaba traspasar una claridad vítrea en la estancia de la Prefectura al amanecer siguiente, sexto día de su clandestinidad, llenándola de fríos interrogantes. Diocles precisaba de una explicación sobre la detención de Galo Cimber, y se la exigiría al consejo de Aclanus. El eco de las sandalias del general Décimo Longino resonaba en el enlosado y a Diocles le palpitaban los pulsos. Las cárceles le seguían aterrando y desconfiaba de aquellos hombres.

Aun a pesar de las fórmulas de salutación rutinarias, el ambiente era de recelo y la situación se presentaba destemplada. La actitud de los jefes de Aclanus no le infundía ninguna seguridad a Diocles, que se sentía temeroso. Lo miraban en vigilante actitud, aunque en sus gestos denotaban estar persuadidos de que cambiaría de opinión en un momento de debilidad. Disimuló su desconcierto, mientras una corriente de rechazo unía sus miradas.

—¿Por qué se ha arrestado a Galo? —Rompió el silencio el hispano.

—Por dudosas actitudes contrarias a la seguridad del Estado y al régimen imperial establecido —respondió seco Druso, el prefecto—. Su equívoca conducta nos ha obligado a ponerlo bajo vigilancia, incluso por tu seguridad, Diocles. Se le ha instruido la correspondiente *cognitio*, la indagación previa del caso, eso es todo.

La intranquilidad lo acongojó. Estaba persuadido de que Galo era víctima de una pérfida conspiración dentro de otra mayúscula intriga, pero ¿cómo demostrarlo? Logró dominar su ira para no agriar su destino y les soltó grave:

—Amigos, unir el intento fallido de la otra noche de eliminarme con el proceder de Galo Cimber resulta una descabellada insensatez. Preciso de una explicación, o de lo contrario hoy mismo pediré audiencia para entrevistarme con el emperador y solicitar su amparo. Todo este dislocado asunto parece haber ido demasiado lejos.

Como un halcón que escapara de la penumbra presto a saltar sobre su presa, Druso replicó con suficiencia:

—Marco Aurelio conoce la reclusión de Galo y la ha consentido, pues el emperador se halla descansando en su villa de Campania. Has de comprender que no

se le ha instruido aún ninguna acusación contra él. Se trata de mera prevención.

—¡Eso es absurdo! Habéis traspasado los límites de la razón —denunció el auriga, aprovechando la brecha abierta.

Su facultad de argumentar se desbarataba al chocar contra las incoherencias que pretendían demostrar aquellos hombres desprovistos de piedad. Décimo Longino, el pretoriano, lo invitó a escucharlo en un falso tono de cordialidad.

—Atiende a nuestras opiniones y después júzganos, Diocles —le conminó—. Desde que supimos de tu desaparición, la conducta de los miembros de esta junta quedó en entredicho, incluso la mía. Estaba claro que alguien conocía de antemano nuestras decisiones más secretas.

—Resulta evidente —reafirmó el auriga, atento.

—Inmediatamente, fuimos investigados Arrio, Galo, Druso y yo mismo. Y hasta el anterior prefecto, Marcio Turbo, que nos había proporcionado informes. No obstante, nadie pareció a la policía del Pretorio desleal, y nuestra conducta se reveló intachable hasta la noche en que intentaron de nuevo asaltarte. Uno de los agresores murió cuando se enfrentó a la patrulla, y el otro cuando se le aplicaba el *argumentum baculinum*, o sea el potro, por lo que perdimos una oportunidad de oro para conocer el nombre de quien maneja en Roma los hilos de la trama.

—¿Y por qué vuestras conclusiones os condujeron hasta Galo? ¿Cómo habéis urdido semejante conclusión y puesto en tela de juicio la integridad de un romano que se distingue por la observancia estricta de la ley?

Visiblemente exasperado, el obeso Arrio intervino:

—Porque en asuntos de dinero nunca se puede estar seguro de nada, Diocles. La ambición, mala consejera de la virtud, hace que quebrems la frontera de la decencia a cambio de una vulgar bolsa de denarios.

El confundido auriga, con una sonrisa a medio esbozar, se quedó sin habla, notando que la piel le transpiraba copiosamente.

—¿Asuntos de dinero? Galo vive con desahogo.

A modo de respuesta, Arrio lo señaló con el índice y aseveró:

—Lo que aseguras no se ajusta a la verdad. Hemos llevado a cabo averiguaciones en sus cuentas bancarias del *Cardo Argenti*, y advertimos con perplejidad que desde hacía años le pasaba grandes cantidades a su liberto Eurímaco para sostener sus gastos, conducta que lo estaba llevando casi a la ruina.

En Diocles no se atisbo ninguna reacción, pero arguyó:

—No puedo creerlo, aunque, en tal caso, ¿por qué no se dirigió a mí?

Hurgando en su perpleja extrañeza, Arrio se cebó con ironía:

—¿Sabías, amigo mío, que hace un año solicitó un crédito aún no satisfecho a la *faccio albata* para sostener la vida de ostentaciones de su exesclavo? Tito Valens lo ha admitido. ¿No te parece hartos sospechoso?

El ídolo de Roma contuvo su ira y replicó balbuciente:

—Conjeturas..., nada más que conjeturas.

Por debajo de las greñas, de unos inteligentes ojos afloró la mirada altiva de Licinio Druso, el prefecto urbano, quien, tras reflexionar, lanzó al aire una pregunta:

—¿Llamas suposiciones a que los dos asaltantes de tu escondrijo sean dos conocidos truhanes de los que merodean por las galerías del Circo Máximo, donde Aulio Galo posee sus oficinas e intereses? Se ha probado que en más de una ocasión le sirvieron de guardaespaldas y para perpetrar algunos trabajos sucios.

—Mera coincidencia, pues muchos patricios contratan a esos desalmados para protegerse si han de salir de noche o viajar. Él siempre fue muy cuidadoso de su dignidad —replicó Diocles, cada vez más nervioso.

Druso se incorporó, sacó una moneda de su faltriquera, y lo interrumpió con un gesto interrogador y triunfante:

—¿Conoces esta moneda, Diocles? Fue exhibida en la primera reunión que mantuvimos. Pues bien, tus asaltantes portaban cada uno cinco monedas idénticas en su escarcela, y en el domicilio de Galo se han hallado una nutrida muestra de estas piezas de oro, idénticas a las que nuestros sediciosos jugadores emplearon en sus apuestas en Alejandría. ¿Te convences ahora de su sospechosa conducta?

Diocles se detuvo a observarla, convenciéndose de que la libertad de Galo valía menos que un as de cobre si seguían acumulando pruebas en su contra. Pero aun así insistió en su inocencia:

—Galo es conocido en Roma como coleccionista de antigüedades griegas y orientales, y, si mal no recuerdo, el príncipe Cómodo, a su regreso de Judea, le regaló un buen puñado de esas piezas para su colección..., aunque no puedo probarlo.

—¡Por Júpiter, Diocles! ¿Citas a un muerto que vaga por los Campos Elíseos para que atestigüe? Cualquier pretor desecharía esa prueba si se instruye finalmente un juicio —lanzó el prefecto—. Galo siempre fue propenso a las ostentaciones e incapaz de administrar sus finanzas con prudencia, y tú, que lo avalaste en más de una ocasión ante las demandas de sus acreedores, bien lo sabes.

Diocles les prestó atención, aunque indudablemente confundido. Los párpados se le cerraban cansados con las tenebrosas sombras del insomnio y su mente no conseguía ya hilvanar argumentos en su favor.

—Todo esto lo juzgo disparatado —los reprendió—. ¿Cómo podéis desacreditar con pruebas baladíes el honor de un hombre de tan ilimitado prestigio en Roma?

Sobrevino una pausa que dio paso a ojeadas maliciosas entre los acusadores, que se movían inquietos en los asientos.

—No se le ha confinado en su villa por capricho, sino tras una meditada deliberación. Galo es tan amigo nuestro, como lo es tuyo —explicó Druso, con expresión ladina—. Y ahora, Diocles, deseo que te detengas a reflexionar sobre algunos puntos que al fin y a la postre determinaron el arresto. ¿No fue acaso él quien te convocó a una reunión privada en Tres Tabernae nada más conocerse la trama de las apuestas y el plan dictado por la comisión de Aclanus? ¿No fuiste acaso asaltado por dos desconocidos que conocían al dedillo tus piadosas costumbres en los viajes?

¿Y no te respetaron, pudiendo matarte, porque sólo pretendían inutilizarte para la carrera? ¿Acaso Galo no tenía conocimiento del lugar exacto de tu escondrijo en Roma? Medítalo, Diocles, el edil Galo siempre estuvo sospechosamente al tanto de tus movimientos.

—¡Eso es absurdo! —Se revolvió, incrédulo, el auriga.

Sin embargo, en tono de clara acusación, intervino el pretoriano:

—¿Absurdo? Y cuando desapareciste, ¿no te buscó con verdadero celo sin informar a esta cámara? ¿Acaso no era asiduo a las fiestas de su amigo personal el traidor Quieto de Nabatea, de quien sabemos que se halla tras esas apuestas millonarias? ¿Y con qué equívoco objeto? ¿No pudo ser tentado, quizá, con una óptima bolsa?

Tales disquisiciones produjeron un tumulto de discrepancias en su mente, pero Diocles no se alteró con la contundencia de los razonamientos.

—Galo nunca obraría en mi contra. ¡No, no lo creo, por Hércules!

El aire se había viciado espesamente y las inculpaciones a Galo revoloteaban graves como el mal humor de los prefectos y de Arrio, el banquero. Tras un prolongado mutismo, Longino el pretoriano, declaró rotundo:

—Existen muchos interrogantes de difícil contestación. Y, créeme, Aulio Galo tiene la culpabilidad escrita en la cara. Además, se niega con sospechosa tozudez a responder a nuestras preguntas, parapetado tras un muro de absurda respetabilidad. Mantiene que sólo declarará ante el pretor de la basílica Julia.

—¿Y no os parece una prueba palmaria de su inocencia?

—No seas iluso, pretende todo lo contrario —sentenció el financiero—. El juicio, como muy pronto, podría celebrarse a finales del verano, y la tragedia de las apuestas ya se habría consumado. Es una testaruda huida hacia adelante que no le beneficia, ni tampoco favorece en nada a nuestra empresa.

Ya no le cabía duda alguna de que, si él no lo remediaba con alguna espectacular acción, Galo no sería absuelto de los cargos que le imputaban aquellos tres déspotas. Decidido a auxiliarlo, se interesó:

—Os pregunto, ¿habéis dispuesto su condenación sin paliativos, o por el contrario se puede salvar aún su honor? Os escucho atentamente.

—¡Sí!, aún podemos redimirlo, pero sólo a ti atañe ese privilegio —respondió Licinio Druso, el taimado prefecto urbano.

—¿A mí? —dijo falsamente sorprendido—. ¿Y cómo, Druso?

Le costó soportar la odiosa contestación.

—Corriendo para los verdes puerro en las Floralia, tal como te rogamos, e impedir desde la arena misma que Epafrodito consiga su propósito.

Se hizo un mutismo intenso, mientras reverberaba la voz nasal de Druso.

—Únicamente así —continuó—, se desbaratará la combinación siniestra de las apuestas que tanto nos preocupa. Inmediatamente se anulará la acusación contra Galo y, como mal menor, se le aplicará el destierro si se prueba su relación con los

prestamistas judíos. Abandonará Roma, pero su memoria será rehabilitada.

—Y aunque lo pienses —añadió Arrio, terminante—, no se trata de una extorsión, sino de asirnos a la única opción a nuestro alcance.

—Que los dioses nos maldigan si no cumplimos nuestra palabra, y créenos que no nos mueve sino el bien de Roma —insistió el jefe del Pretorio.

Diocles reparó consternado en la sibilina maniobra. Habían depositado en él, con ruindad, la salvación de su amigo; no le dejaban otra salida. Los instintos se le revelaron, pero los dominó antes de componer una fría máscara de impasibilidad. Reflexionó largo rato, mientras perdía la mirada en las cristaleras. Al fin, decidió aceptar la imposición y salvar el pellejo de su padrino, y luego, pasados los Juegos, buscaría pruebas por su cuenta. Aun con la desconfianza que inspiraba, afirmó:

—Galo no es el renegado que imagináis, y yo os lo demostraré. Bien, acepto participar en los *ludi*, pero habréis de pensar que mi retirada me hizo conformista, no estoy preparado y he perdido la pericia necesaria. Mudaré mis promesas hechas ante el altar de Consus y mis ancestros, y correré. Pero cedo sólo para restablecer el honor de Galo, y en memoria del divino Adriano, que, como concedor del corazón de los hombres, nunca hubiera permitido este atropello.

Druso lanzó un suspiro de satisfacción, y con una risita triunfante, dijo:

—Minerva ha entrado en tu corazón y ha conciliado tus dudas con su sabiduría. Obras sabiamente, y el *princeps* Marco Aurelio se mostrará pródigo a la hora de agradecer tu decisión. A la puesta de sol concluye el plazo para retirar apuestas. Con Galo incomunicado, ya puedes volver a tu casa, donde serás protegido por una discreta guardia. La suerte está echada, y que Júpiter nos asista.

—Preciso entrenarme en solitario —apuntó—. Avisad a Scorpus y a Valens que me aguarden a la salida del sol. He de elegir los caballos y ver en qué estado se hallan *Pompeyano* y *Lúcidus*, y si aún están aptos para correr, pero no os garantizo nada. ¡Todo esto me parece una colosal insensatez! —concluyó.

Si bien era un apasionado fiador de la lógica, no siempre seguía sus prescripciones. Su ánimo indómito, hartado celebrado en el Circo Máximo, pronto sería conocido por aquella camarilla de guardadores del interés del Estado. Había sido utilizado y chantajeado, pero sus fuerzas para revolverse contra las desgracias seguían intactas. La insultante parodia lo había puesto al filo de la cólera, pero debía otorgarse a sí mismo una oportunidad para reparar el honor de su padrino.

Al abandonar el Castro Urbano, su mente se sobresaltó como aguijoneada por un alacrán. ¿Y si realmente la conducta referida por los prefectos ponía de manifiesto una parte oculta del alma de Galo que él ignoraba? ¿No era conocida la vieja sentencia romana de que la necesidad hace que un hombre virtuoso duerma con extraños compañeros de alcoba? ¿Y no era conocido el perpetuo desorden en sus finanzas domésticas?

Experimentó una vacilación tan fuerte, que mermó su seguridad en Galo. ¿Podría haberse convertido en un impío guiado por los placeres y la exigencia de mantener un

lujo exorbitante? ¿Se habría aliado en verdad con el perverso Quieto de Nabatea, por otra parte viejo y odioso conocido suyo, impelido por la necesidad de un dinero fácil? Inmediatamente le vino a la memoria la aseveración de Décimo Longino, y maldijo a los dioses: «Tiene la culpabilidad escrita en la cara».

Habían amontonado demasiadas coincidencias e indicios sobre Galo, y se preguntaba, desolado, si aún debía considerarlo amigo o tenerlo como deletéreo sospechoso; sin embargo, su alma se resistía a rendirse a la evidencia de las acusaciones escuchadas en la Prefectura. «Este caso apesta más que la Cloaca Máxima», razonó, alterado.

Al desaparecer por la concurrida cuesta del Capitolio, seguidos de los luchadores de la escuela de Ascón, una figura amorfa envuelta bajo un grosero capuz siguió sus pasos con detenimiento desde unas de las ventanas del Castro Urbano. Sus ojos vacuos, como dos faros vigilantes, observaron con detenimiento su trayecto, y luego, tras evacuar un sonoro regüeldo, se deslizó sigilosamente por las escaleras sin ser visto, escurriéndose por un portillo.

Mientras caminaba, al hispano le cayeron en la toga excrementos secos de un búho, signo para los romanos de buena suerte. Alzó la mirada y oyó graznar a unas cornejas en los aleros del templo Capitolino, mientras lenguas de immaculada blancura rajaban lentamente el cielo romano.

XIII

EL ARCHISINAGOGO DE ROMA

Una claridad azafranada se filtraba por la pérgola de la casa de Diocles iluminando sesgadamente las tallas de Diana Cazadora y Calíope, la musa de la elocuencia, regalos de su amigo Galo.

El auriga pensaba en Camila, cuyas lágrimas se habían secado al fin, y una tranquilidad sin nubes se enseñoreaba de nuevo de su alma, aunque seguía preocupado por la suerte del padrino y las acusaciones de los prefectos. Los altibajos de la salud de su esposa se equilibraban, y había conseguido vencer los recientes terrores nutriéndose de las armonías del amor. Diocles se había sumergido en la tina, donde meditaba sobre la trama de las apuestas y la inculpación a Galo, y aún se preguntaba qué mente perversa lo acosaba desde el anonimato.

Se hallaba en ese punto sutil entre el desconcierto y la duda, mientras una incertidumbre intolerable le martilleaba las sienas: «¿No me habré dejado llevar por la ofuscación, y resultará a la postre que Galo, forzado por penurias económicas, se ha burlado de mí y de Roma? Pero ¿hasta el punto de enviar unos sicarios a eliminarme? ¡No, me revuelvo contra esa posibilidad, no lo admito!».

La tibieza del agua perfumada se materializó en una sensación de desidia, y notó como si su cuerpo, después de días de tensión, insomnio y ansiedad, quedara suspendido en un apacible marasmo. Extenuado, se adormeció.

* * *

En aquel mismo instante, a dos manzanas de allí, en la *domus* de Aulio Galo, un mozalbete de miembros famélicos, esclavo de la casa, salió al patio trasero y abrió la puerta del cobertizo que hacía las veces de letrina para la servidumbre; entró. Cerró el postigo y simuló hacer sus necesidades. Inmediatamente, pues los guardias del prefecto tenían orden de no dejar salir a nadie de la villa sin registrarlo, se alzó sobre el retrete y, empleando todas sus fuerzas, entreabrió una de las tablas del techo,

levemente inclinadas hacia el muro. Se coló por el agujero y trepó al alero de tejas, arrimándose al puntal de la pared, donde unos cipreses le impedían ser visto desde la casa. Luego, se descolgó diestramente de una mano hasta que su pie acertó con la calzada. Y como una sombra sin rasgos, desapareció a todo correr pegado a la muralla de Servio Tulio camino de la mansión de Diocles, que se alzaba a unos mil pies^[76], al oloroso resguardo de los jardines de Claudio.

Mezclado entre los viandantes, alcanzó el portón lateral, sudoroso y sin respiración, entregando al *nomenclátor* griego un papiro anudado que escondía en la *subúcula*. Nervioso, balbució unas misteriosas palabras, y sin dar tiempo a ser replicado, desapareció, regresando velozmente por donde había venido.

—De parte de mi amo Galo, para el tuyo. Dice que de este papel puede depender la vida de ambos —había atropellado sus palabras.

El jovenzuelo volvió a escalar como una lagartija el contrafuerte de la tapia, de la que se desgajó una pella de *cemeticum* desprendido, y aunque se arrancó el pellejo de las manos, se encaramó al tejadillo con asombrosa agilidad. Se coló por la rendija abierta antes y abrió la puerta de la letrina con estudiada parsimonia, como si nada hubiera ocurrido; acercándose al pozo, llenó un balde que luego vació en el retrete. El guardia gruñó con una mueca huraña al pasar junto a él. Luego, en un gesto convenido, el esclavo alzó la vista hacia la galería donde se hallaba la biblioteca de su amo Aulio Galo Cimber.

Sin que fuese advertida, intercambió una mirada de connivencia con él, que asintió con la cabeza. Galo lanzó un hondo suspiro de alivio y desapareció.

* * *

Lauso interrumpió la privanza de Diocles, que se sobresaltó ante la irrupción del liberto.

—¡Gayo, despierta!, un mensaje del padrino Aulio —lo avisó. Y como si lo hubiera impelido un resorte secreto, saltó del baño, se anudó un lienzo al torso y preguntó:

—¿Cómo ha eludido el control de los vigilantes? Este insensato se está jugando la vida —se lamentó, tomando en su mano el pliego.

Desdobló el papiro, del que cayó una nota amarillenta que recogió al vuelo en su mano húmeda. Los expuso a la luz de la claraboya que creaba repentinas distorsiones de luz, y se soliviantó. En el papel de Pérgamo se podía leer un sorprendente reto lanzado por su padrino, escrito de su puño, en letras atormentadas que evidenciaban la turbación de su alma. Se abandonó a los empujes enfrentados de su razón, y leyó con voz trémula:

Salutem, dilecto Arión^[77].

Ignoro si este aviso llegará ni tan siquiera a ti, pues me ha sido vedado comunicarme con el mundo, o si servirá para demostrar mi inocencia; de lo contrario, ya sólo me quedará someterme a las leyes de Roma, y que la recta Temis decida. En quienes confiaba me traicionaron, pues me he convertido en un estorbo para sus turbios empeños, aunque ningún vulgar prefecto pondrá en peligro mi dignidad.

Desconozco las calumnias que han vertido sobre mi persona los miembros de Aclanus, que parecen estar firmemente obstinados en llevarme a la perdición, como a un traidor a Roma. Pero atiende a las razones inequívocas que susurra la voz del afecto y desecha las dudas de tu corazón por falsas e interesadas. Yo nunca he procedido con deslealtad hacia el emperador y mucho menos contra ti. ¿Cómo me voy a desligar de tu amistad, que es lo más apreciado de cuánto poseo?

Y aunque me hayan arrestado por confluir en mí eventualidades no probadas, afirmo que les urgía extorsionarte por mi causa para que tú corras en el Circo, su único propósito, pues aman el poder y el beneplácito de sus señores para mantenerse en el cargo por encima de todo.

Si al fin decides participar en los juegos, créeme que me felicito, y hasta doy por bien aceptado el destierro que me tienen dispuesto, sin con ello salvar el decoro de Roma. Me han amenazado con despojarme de cuanto tengo y suspendido en mis atribuciones como edil público. No puedo dormir a causa de las pesadillas, pues no existe circunstancia más cruel para un hombre que hallarse preso en la ciudad a la que ama y donde nació, y bajo la tiránica arbitrariedad de unos funcionarios ruines.

Me han tomado como rehén por razones espurias, pero tú me conoces sobradamente y sabes que soy refractario a la corrupción. Frecuento los círculos de decisión, donde se respira la doblez, y créeme que quienes amamos las virtudes republicanas provocamos pavor entre los que medran cerca del poder imperial.

Y si en los tiempos felices del divino Adriano luchábamos por los principios de equidad, aunque no desdeñáramos los placeres, ahora estos jerarcas lo hacen tan sólo por ambición personal, sirviéndose de leyes injustas. *Corruptissima republicae plurimae lege*^[78]. ¿Y qué se puede esperar de quienes nos chantajejan sin rubor, mi sufriente Arión? Sólo menoscabos y descréditos.

Me siento avergonzado por haberte inmiscuido en este oneroso asunto, que tanto pesar te estará acarreado, pero comprende que soporto una penosa situación y que se ha colado la infamia en mi casa, como una peste maligna; de modo que preciso una mano amiga que desbarate los argumentos de los impíos, pues las mías están atadas con grilletes. Y sólo confío en ti.

Por ello, es ineludible que no albergues ninguna sospecha sobre mi conducta. He sido probado por la adversidad, y como me importa una higa la posteridad, te ruego por Mitra que intentes perseguir la pista del papel que te acompaño en recuerdo de nuestra acendrada amistad, y juntos desenmascaremos a los despiadados que nos avasallan.

La desesperación afila la memoria, y en esta comprometida nota que extraje como un vulgar ladrón del cementerio del Esquilino cuando te buscábamos tu esposa, tus hijos y yo, se menciona el nombre de un individuo llamado Zacab de Cirene, un prestamista judío que andaba involucrado en el asunto de las apuestas amañadas y que, tras visitar Roma inesperadamente, pereció ahogado en el Tíber en extrañas circunstancias.

En la octavilla advertirás unas letras, PU, el epígrafe de la Prefectura Urbana, unas cifras que indican el nicho donde fue sepultado, L-XXXV, y unos signos en etrusco arcaico que por un editor del Argileto supe que significan «Cocles», el Tuerto. ¿A quién alude realmente? ¿Un nombre, una clave, un enlace?, ¿un defecto del finado?

Lo ignoro, pero estoy firmemente persuadido de que encierra la respuesta trascendental de esta dislocada trama. Pretendía iniciar ciertas investigaciones sobre el desaparecido ante Jehudá Bar Esra, el archisnagogo de la comunidad judía de Roma, doctor de su ley y perteneciente a la secta farisea, quien, a pesar de las riquezas que atesora, vive en una miserable vivienda del Transtíber, frente a la fortaleza del Janículo, pero tu súbita y feliz aparición el día de los Juegos de Ceres hizo que relegara *sine die* las averiguaciones, por innecesarias.

Este influyente judío era amigo del desaparecido, que se hospedó en su casa, pues pertenecía a la misma congregación religiosa, y se interesó por su suerte en la Prefectura. Me consta que daría su brazo por conocer esta información reservada. Acude a él y posiblemente hallemos una pista fiable.

Por nada del mundo entregues este papel a los prefectos, pues eso lo pude hacer yo; pero no me fío de ellos, ya que podían destruir la única prueba que poseo en mi descargo. Sé que existe una oportunidad de detener el curso de los eventos, por lo que te imploro retomes en ese punto la indagación. Cumplido el séptimo día, ya no pueden retirar las apuestas y puedes husmear con las manos libres. Una aciaga serpiente se ha deslizado bajo las frías losas de la traición, pero la verdad prevalecerá. De lo contrario, me entregaré en los brazos del Sueño, hermano de la Muerte, como que Júpiter reina sobre dioses y hombres.

«Los que creen pueden vencer», sostiene Virgilio, y tú puedes, amado Arión, pues has demostrado generosidad de valor y astucia en situaciones más delicadas. Tanto si resuelves como si no la oscura e innombrable conspiración o la identidad de la personalidad de quien en Roma se oculta tras un velo de impunidad,

mi gratitud será eterna.

Avísame de alguna forma de tus progresos y que la juiciosa lechuza de Minerva te alumbre.

A. GALO CIMBER

Concluyó la lectura con la perplejidad dibujada en su semblante. Releyó el mensaje de Galo y la nota robada en el cementerio, como si sus apresurados signos fueran diminutos genios que abrieran las puertas de un misterio inextricable. Las revelaciones de las dos esquelas no habían conseguido sino ahondar en su desconcierto. ¿Serían ciertas las claves que le apuntaba, o se trataba de la atormentada justificación de un desesperado?

Diocles vivió unos instantes de zozobra, y, ahora que los cimientos de la credibilidad de su amigo se desmoronaban y su fama en los Juegos Romanos podía hundirse bajo sus pies, su desacreditado padrino, señalado con el índice de la traición, le imploraba una oportunidad para su desgracia.

—Gayo, ¿concedes credibilidad a las sospechas de Galo? —Me hallo sumido en muchas dudas, pero quiero hacerlo, Lauso. Sé que es un hombre desesperado que no se resigna a aceptar la acusación de unos oficiales petulantes, pero me necesita y nada puedo negarle.

Diocles detestaba resignarse al fracaso, y comenzó a aventurar una hipótesis sobre el asunto y toda la batahola de acusaciones y hechos equívocos que había vivido en las últimas semanas, por lo que poco a poco, en su mente fue cobrando vida un plan conducente a desvelar la verdad. Sin embargo, antes habría de encontrar la llave que abriera el cerrojo que sellaba el enigmático triángulo de Zacab de Cirene, el archisinagogo de Roma Jehudá Esrra, a quien no conocía, y su anónimo asaltante.

¿Y por qué los nombres desvelados por Galo no podían convertirse en hilos que lo llevaran hasta el agente de la trama en Roma, y restaurar de paso la malparada dignidad de su amigo?

—Lauso, no puedo correr en el Circo Máximo con un mínimo de seguridad de éxito si antes no concilio mi corazón y mis dudas insatisfechas.

—¿Y no deberías apelar a la suprema instancia del Imperio o al príncipe Marco Aurelio? Son adictos a tu persona —le recordó—. Harían por ti lo que les pidieras.

—Prefiero antes seguir esas pistas que me muestra Galo sin involucrar a la púrpura, y espero por su bien que no sea demasiado tarde. Desconfío de los poderosos, Lauso, y el príncipe ha firmado su reclusión.

Faltaban siete días para iniciarse los fastos de Flora y aquella misma mañana había emprendido en el Circo de Calígula los entrenamientos con *Pompeyano* y *Lúcidus*, sus dos caballos predilectos, ayudado por Scorpus y Tito Valens; y aunque se hallaba exhausto y hecho trizas, le confesó al lusitano:

—Haremos esta misma tarde una visita al judío. Avisa a Paulo, que accederá a acompañarme, y que preparen mi toga, Lauso. Nada de esto debe trascender fuera de aquí, y menos aún a Camila. Dile que ando en asuntos de las carreras. No debemos

acrecentar su inquietud.

—Cuidaré de que mi lengua no me corte la cabeza, Gayo. Descuida.

Y, ensimismado, escuchó el murmullo del agua hasta que sintió el deseo de iniciar las pesquisas cuanto antes para recomponer el delirante jeroglífico que había alterado su vida y la de su padrino. Aplicaría la máxima que tanto gustaba a Galo repetir *dux vitae ratio*, «la lógica es el pilar de la vida». A ella se aferraría como única salida hacia la verdad y al gran secreto.

XIV

JERUSALÉN Y LIBERTAD

Un chaparrón implacable cayó cuando cruzaban el Puente Emilio.

Al cabo, los ruidos de los molinos y el gorjeo de los pájaros cesaron, y los portadores de la litera se guarecieron en los contrafuertes de la Puerta Aurelia, la que comunicaba la urbs con el barrio judío, uno de los más inseguros de Roma, vigilado por el castro del Janículo porque los robos y las muertes eran muy corrientes en aquel distrito miserable.

Cesó la cellisca y un olor a tierra mojada se mezcló con la fetidez de las albercas de los bataneros. Hacía años que Diocles no transitaba por el laberinto del Transtíber y lo hizo con recelo, aunque el grupo de gladiadores de Ascón disuadían al más osado de un asalto.

La casa de Jehudá Bar Esra se ocultaba tras unos cobertizos que olían a especias, y aunque destartalada y sombría, parecía ocultar exóticos lujos vedados a los ojos de los romanos. Un criado nubio recibió a Diocles, quien rogó a Paulo que lo aguardara con los escoltas por si precisaba de su concurso. Besó con unción la *mesusá*, una urna colgada del dintel con versículos de sus sagradas escrituras judías, y ordenó al fámulo:

—Anuncia a tu amo que Gayo Apuleyo Diocles, el auriga, desea verlo.

—El rabino ha padecido un severo dolor de muelas y no sé si os puede recibir, noble señor —dijo el siervo—. Aguardad.

Reapareció al instante y obsequiosamente lo animó a seguirlo:

—Entrad, el rabí Jehudá ha mejorado, y os recibirá.

Un salón con anaqueles llenos de papiros, un cuerno ritual judío, el *shofar*; lampadarios de aceite, asientos adornados de almohadones damasquinados y una mesa con cazuelas colmadas de uvas y aceitunas constituían sus exornos. Sombreado por el contraluz de un ventanal, entrevió a un anciano de barba derramada y tocado con un lienzo de las oraciones, el *tallit*, que movía la cabeza con repetitiva insistencia hacia atrás y adelante, mientras oraba. Su aspecto le confería un halo místico, y el hispano aguardó en silencio.

Mientras tanto, dispersó su mirada por los rincones de la cámara, que exhalaba un empalagoso aroma a esencias de Arabia. Concluido el ritual, el artrítico anciano, que mascaba una raíz, lo invitó a acomodarse en una mullida *alkatifa* y a beber una copa de vino de Capua. No obstante, por sus gestos parecía un hombre reservado e insociable, y por su patriarcal senectud imponía respeto.

—*Shalom*, Diocles, el amado de la fortuna y señor de los caballos. Acógete al calor de mi humilde hospitalidad —lo saludó con reservas—. Los judíos somos un pueblo forjado en la tribulación y nos está vedado ostentar lujos.

Platicaron sobre la crianza de caballerías, por las que el hebreo sentía una atracción poderosa, pues según sus palabras se había criado en Edom y Petra, las fértiles tierras de la Trasmordania, y echado los dientes en el comercio de pura-sangres árabes, camellos y animales para el anfiteatro, actividades que lo habían hecho inmensamente rico y respetado entre su pueblo.

Pronto surgió entre ellos una espontánea cordialidad, y el hebreo, tras escupir en un bacín la fibra medicinal, se quejó del descenso que experimentaban los intercambios comerciales con Oriente y la crisis de la banca judía de Alejandría. Diocles sabía que Esra era muy estricto en sus observancias religiosas y que había arribado a Roma junto a otros banqueros tras la diáspora de Adriano. Exageraba en su pesimismo, pues, según su concepción farisea, se enriquecía con empréstitos abusivos sin que se reprobara su conducta.

Comerciante de probada competencia, muchos circuncisos habían seguido sus pasos, y tras instalarse en la capital imperial lo habían nombrado archisinagogo y alabarca, o sea rabino y gran magistrado de la colonia judía, pues por su sabiduría era tenido por un *ba'al shem*, un hombre versado en los nombres de su dios. Y como era conocida su aversión a la secta de los cristianos, el *agitator* se interesó por sus desavenencias, de las que se hacía eco la ciudad pues concluían en sangrientos alborotos que se cerraban con expulsiones y ejecuciones sumarísimas.

—Esos galileos, con su doctrina de fraternidad universal, han levantado una parodia de iniquidad difamando la ley de Moisés —dijo crispado—. Mi tío se hallaba en Roma imperando Tiberio y siendo cónsules Vinicio y Casio, cuando se ordenó la muerte de su Cristo en Jerusalén, que aseguran resucitó luego.

—Desde entonces andan por ahí predicando la igualdad del género humano, y no parecen pendencieros. Los esclavos se convierten en masa al nuevo credo.

—¿Lo crees así? Hasta el César Claudio se vio obligado a expulsarlos de Roma por andar a la gresca, y muchos hubimos de exiliarnos a lo largo y ancho del mundo romano por su causa.

—¿Y nunca podrá haber conciliación entre los cristianos y vosotros? —le preguntó Diocles.

—Imposible, se han apartado de la vieja ley denigrándola ante los gentiles. Tan inadecuada respuesta nos aparta de la armonía.

—Por Consus, el dios de los caballos, que nunca comprenderé los fanatismos de

vuestro pueblo —exclamó el auriga.

—Sé que a muchos romanos os repugnan las costumbres judías y que consideráis a la nuestra una religión molesta, pero hace tiempo que he asumido esa incompreensión y me protejo bajo la observancia de nuestras escrituras.

—Nunca olvidaré el desaliento del emperador Adriano, al que tuve por amigo y César, antes de partir para la guerra de Judea. Él no pretendía aplastaros bajo el yugo de las legiones, sino incorporaros a la ecúmene^[79] romana, pero vuestros sacerdotes y el Sanedrín no lo comprendieron.

El rabino lo acechó con sus oblicuos ojos, que brillaron de ira.

—Ellos sólo ejecutan la voluntad de Dios —sentenció—. Y bien, gran Diocles, ¿qué negocio te ha traído a mi casa? Seguro que no te ha movido el discutir de teología o de las peculiaridades de mi sufriente pueblo.

—Cierto, Jehudá, pero me cuesta arrancar con mi ruego después de disfrutar de tu hospitalidad. Seré breve. Escucha —dijo fraterno—. Mi alma se halla atribulada por el incierto destino de un amigo, como tú lo estuviste no ha mucho por alguien que apreciabas, el banquero Zacab de Cirene, misteriosamente desaparecido cuando había sido huésped de tu casa.

Al oír el nombre, el anciano se sumió en el recelo y se guareció tras un muro de reservas. Sus labios temblaron y se movió impaciente.

—¿Qué sabes tú de mi hermano Zacab? —inquirió—. Su desaparición se convirtió en una desolación para los de su sangre. Sabemos que abandonó Roma, que embarcó en una flotilla de trirremes en Regium con escalas en Sabratha y Thubactis, en el norte de África, pero no arribó nunca a su destino final, el puerto de Apollonia, en Cirene, donde vive su familia.

—Desengáñate, Zacab tu amigo nunca abandonó Roma, y yo sé en qué oscuras circunstancias murió y dónde enterraron su cuerpo —aseguró contundente—. A cambio de unas confidencias que preciso, tus ojos verán un registro de la Prefectura que lo confirma y podrás inhumar sus restos, y juro por mis dioses *lares* que es verdad lo que oyes, como honestas mis pretensiones.

En sus alarmadas pupilas se leyó la intranquilidad.

—Tus palabras han sembrado de desasosiego mi corazón —confesó.

—Pero valen su peso en oro, Yehudá —repuso persuasivo—. Información por información. ¿Aceptas el trato?

La faz apegaminada del fariseo se ensombreció, y dudó en contestar. Se sucedió un incómodo mutismo, pero al fin se interesó:

—Quiero ver esa prueba.

El auriga extrajo de su faltriquera el papiro sustraído por Galo en el cementerio del Esquilino, y se lo tendió explicándole lo que allí figuraba, salvo la palabra *Cocles*, «tuerto». El fariseo se detuvo en su contemplación y la leyó con admiración. Tras memorizarla, se la devolvió estremecido.

—Haré valer mi amistad con el prefecto Licinio Druso para que te entreguen los

restos y reciban sepultura conforme a vuestros ritos tan pronto como concluyan unas búsquedas en las que ando ocupado.

—Que el Altísimo refresque tus ojos y sosiegue tu corazón generoso. Al fin su alma y sus huesos oirán el *hadich* sagrado y descansarán en la paz de los bienaventurados —dijo con lágrimas en los ojos—. No obstante, quiero preguntarte, ¿fue la causa de su muerte un asesinato con intereses de Estado?

—Tan cierto como la fatal desgracia a la que se verá abocado mi amigo, si antes no demuestro su inocencia con tu concurso.

—Lo presenté, pero la comprometida situación de mi comunidad en Roma me impidió seguir investigando, por lo que decidimos echar tierra sobre el caso —se sinceró—. No existe arma más persuasiva que la fe en Yahvé y no puedo permitir que el espíritu de mi hermano Zacab vague lejos del seno de Abraham.

—La reserva y el anonimato gobiernan mi gestión, y mi complicidad contigo no conocerá límite alguno. Ayudémonos mutuamente y desentrañemos la verdad.

—Te contestaré, siempre que con ello no perjudique al pueblo que guío y represento —propuso, reservado—. ¿Qué deseas saber?

—Ignoro si conoces el motivo capital de la estancia de Zacab en Roma, pero, como se alojó entre estas paredes, es posible que sepas con qué personas se entrevistó y qué ambientes frecuentó en la ciudad. Sólo eso me interesa, Jehudá. El tiempo apremia y quiero conocer con exactitud a qué puertas debo llamar.

El banquero se rascó su corva nariz. Parecía como si deseara matizar la contestación, y respondió:

—Has de saber que Zacab no era un hombre locuaz, sino reservado y esquivo, y salvo a la hora de la oración y la cena, apenas si pasaba conmigo unos instantes al día. No me participó nada sobre la operación por la que había arribado a Roma. Recuerdo que en aquellos días un gélido viento *febrero* soplaba de los Prenestinos y llovía de forma inclemente. Acarreaba consigo un cofre con una gran suma de dinero, exactamente veinte mil denarios de oro, que me rogó guardara hasta concluir, según sus palabras, «un negocio de naturaleza confidencial y comprometida, pero muy gananciosa». Me extrañó, pues si se trataba de un comercio lícito, podía abonarlo con un pagaré y no andar con semejante suma por Roma; pero los recibos dejan constancias inculpatorias, mientras que las piezas de oro, no.

—¿Y no pudiera ser que esas monedas llevaran grabadas la leyenda de Jerusalén y Libertad? —preguntó el lusitano, aparentemente modesto.

El judío lo miró con ojos de incredulidad.

—¿Cómo lo sabes? Me intranquilizas, romano.

—Es una historia antigua que ya comienza a parecerme odiosa. Pero no receles, nada tiene que ver con Zacab —le aseguró—. ¿Y sabes a quién se las entregó?

—No —respondió—. Y bien que lo hubiera deseado. Lo acompañaron dos de mis domésticos hasta el albergue de La Colina de las Musas, donde se encontró con su anónimo cliente, regresando luego con el semblante satisfecho por haber concluido,

al parecer, un óptimo trato.

—¿La Colina de las Musas? —«Ese lujoso mesón empieza a desconcertarme. Por lo visto, allí se concentran todos los confidentes de este asunto», caviló para sí.

—Uno de mis criados me reveló que al llegar preguntó al *nomenclátor* de la hospedería por el salón donde se reunían los Poseidonistas de Delos, una poderosa sociedad mercantil romana. Se entrevistó luego con un hombre de la citada hermandad, al parecer un influyente *sénior*, del que adivinó tras las celosías sólo su corpulencia y estatura y que ocultaba algo bajo el manto a la altura de la barriga. Me dijo que era un hombre robusto y que el perfil reflejado tras el cristal se asemejaba a una gran vasija. Zacab, partió al día siguiente, pero ya nunca se supo más de él.

—Entonces, ¿no llegaste a conocer la identidad de su misterioso cliente?

—Se mostró muy celoso de ocultarla, y, según mis criados, desapareció sin dejar rastro, como si se lo hubiera tragado la tierra, pues nadie lo vio abandonar el establecimiento y su litera partió sin él y sin el cofre. Desapareció como si realmente se lo hubiera tragado la tierra, pues tras ese salón sólo existe un jardín amurallado, nada más. ¿No te parece extraño?

Diocles, estupefacto con la descripción del desconocido, su chocante proceder e inexplicable desaparición, preguntó con estupor:

—¿Has dicho antes algo sobre los Poseidonistas de Delos? He oído alguna vez ese nombre entre mis amistades, pero no sabría decirte a ciencia cierta si se trata de una sociedad secreta, de una compañía naviera o de un credo para mí desconocido.

Jehudá acechó a uno y otro lado, recelando de oídos indiscretos. Su miedo era real, pues sus manos temblaban. Con acento de llaneza y cuidadoso de cuanto expresaba, se explicó:

—Por sus manejos y poder en la sombra y por las influyentes personas que lo forman, prefiero no hablar, pues su sola mención me quema la lengua. Adoran a Poseidón, dios del mar, asientan su sede comercial en Delos, pero su enorme dominio reside en altas y acaudaladas estirpes de Roma.

Diocles permaneció en un silencio incómodo, pues la revelación no había resultado nada tranquilizadora. Recordó que Licinio Druso también le había hablado de La Colina de las Musas, lugar de encuentro entre Epafrodito y su comprador, pero ¿qué ocurría con aquel patricio que se diluía como la niebla?

Por otra parte, el judío parecía mezclar en el delicado asunto de las apuestas a influyentes patricios de Roma. ¿Qué identidad escondía el aristócrata con el que se entrevistó el judío asesinado y Epafrodito? ¿Eran o no la misma persona? ¿Ocultaba alguna prueba entre los pliegues de su toga? ¿Por qué se esfumó de la hospedería de forma tan inexplicable y sin ser visto?

Como si lo devolviera a sus más recientes pesadillas, su mente se perdió en una honda deliberación, pues sentía hallarse ante una trampa de la que sería difícil escapar. Agobiado por el ambiente meloso de la estancia, le ascendió la chispa de un peligro oculto, y con los ojos clavados en su interlocutor, se intranquilizó con la

revelación, especulando que la trama poseía más ramificaciones de las que hasta entonces había supuesto.

Ahora ya no le cabía duda de que la razón de sus accidentes poseía una causa misteriosa e inextricable, auspiciados tal vez por la poderosa sociedad a la que había apuntado el archisinagogo. Persistió un intercambio de miradas desconfiadas entre el hispano y el judío, quien, al parecer acobardado, no parecía dispuesto a revelar nada más.

Sin renunciar a seguir insistiendo, Diocles observó los temblorosos labios del rabino, quien le dedicó una fría sonrisa.

—Me urge saber quiénes son los Poseidonistas, Jehudá.

El rabino se asustó, pero ante la insistencia del auriga, se esforzó en preservar el acuerdo al que habían llegado. Sin culparlos, pero sin excusarlos, le reveló al auriga, con el propósito de granjearse su favor:

—Esa poderosa entidad es una tarántula de cien patas, aunque emboscada en la honesta identidad de una sociedad recaudadora de impuestos de aduanas. Y, para nuestro castigo, posee en sus manos el destino económico de Oriente. Es una filial de la Banca Sestia de Roma, fundada por Marco Sestio, el amigo de Augusto, hace más de un siglo. Y debes andarte con cuidado, si descubren que quieres meter tus narices en sus asuntos. Te aconsejo que nunca subestimes el poder del dinero.

Maduró Diocles la réplica con gravedad y le manifestó con franqueza:

—No te preocupes, les haré una oferta que no podrán desdeñar; me resulta tentador desafiarlos. No me queda otra opción que saber de ellos.

—Siendo así, te revelaré que esa compañía de financieros existe desde que Sila venció a Mitrídates, Julio César logró sus triunfos en Egipto y Pompeyo pacificó Oriente —aseveró—. Augusto arrendó el cobro de los tributos de los países conquistados a esta compañía afincada en Delos, Los Poseidonistas, y desde entonces hasta ahora se encargan de sangrar a esos pueblos con la anuencia del emperador, que se embolsa cifras fabulosas con sus fraudulentas gestiones.

—La dura ley del vencedor —ironizó el lusitano—. Roma, madre de pueblos, diosa e inspiradora de leyes universales.

Con acento nada alentador, sin inflexiones, el judío le espetó agriamente:

—¿Llamas ley a conceder a los reyes préstamos en porcentajes abusivos, para luego endeudarlos con tan colosales sumas que tienen que entregarles ciudades y reinos enteros para poder pagar?

—Es injusto, pero un ventajoso negocio para el conquistador. —Sin conceder una sola tregua a la indagación, insistió el auriga—: Y donde se hallan sus oficinas, ¿en el santuario de Fortuna de Preneste, en el de Diana en Nemi, o quizás en el Tifatino de Capua? —recitó los principales centros de finanzas del Imperio.

—En la misma Roma, en la basílica de Neptuno, cerca del Campo de Marte.

—Celebro que sea aquí donde debo husmear, pues el tiempo me acucia.

—No interfieras en sus propósitos, son gente muy peligrosa, Diocles.

—Sabré conducirme con circunspección. Gracias sean dadas a Mitra; el dolor de un amigo me apremia como un escorpión y no deseo que arda Roma mientras Nerón tañe su arpa. ¿Por quién he de preguntar?

El prestamista dudó, pero anhelaba desenmascarar a quienes habían asesinado a su amigo Zacab y se dejó caer con gesto conspirador:

—Por Crispino Casio, el ilustre *hieropes* o tesorero de la sociedad. Es un prestamista que carece de principios y un zorro para los negocios que no se dejará engañar si pretendes que señale a uno de sus miembros. Anda con cuidado, pues pueden segarte el gaznate en cualquier callejón si atisban algún motivo que pueda enturbiar sus fructíferos negocios.

—Déjame hacer a mí. La avaricia de los banqueros no conoce límites.

Con gesto devoto, el judío alzó los brazos y elevó una plegaria.

—Está escrito: «si obramos con corazón limpio, Yahvé no defrauda nuestras esperanzas» —lo alentó afable.

—Yo satisfaceré mi palabra, Jehudá, te lo prometo.

—Sé que te inducen sentimientos nobles, pero te encarezco que mi nombre no trascienda en tus búsquedas, amigo mío, o de lo contrario habré firmado mi ruina y la de mi pueblo —rogó pesaroso.

Diocles se incorporó y caminó resueltamente hacia la salida, pero se detuvo en el dintel de la puerta y le pidió al rabino:

—Yehudá, ¿podrías prestarme una de esas monedas hebreas de la rebelión? Es muy posible que tenga que esgrimirla ante los ojos de algún incrédulo. Te la devolveré con los restos de Zacab.

El judío, abriendo una arqueta de marfil, cogió una pieza.

—Tómala; aunque a veces la libertad no puede ser comprada ni con todo el oro del mundo, pues su esencia está en nuestro propio corazón —replicó con gesto entristecido—. El día del desquite ha llegado, *Adonai ekhod*, Yahvé es único.

—La paz del señor del cielo quede contigo, rabí —se despidió agradecido.

El auriga se marchó intrigado, y el archisinagogo se sintió honrado al poder recuperar los restos de su hermano fariseo y al haber contribuido a cumplir una venganza dormida en su corazón desde hacía tiempo.

La mente de Diocles, mientras tanto, se había transmutado en una marmita en efervescencia y no podía reprimir su ansia de seguir cuanto antes la pista revelada por el alabarca hebreo. No se asombraba del cariz que tomaba el caso, y cavilaba si el precio que debía pagar resultaría para su bolsillo insostenible, aunque la libertad de Galo merecía cualquier sacrificio. Pero ya no dudaba que la persona que buscaba no era sino el misterioso patricio de La Colina de las Musas, que se había entrevistado en aquel lugar con el judío asesinado y con el venal Epafrodito, y en él centraría sus siguientes pesquisas.

Bajo la luz crepuscular, Diocles contempló la isla del Tíber y entendió como buen presagio una paloma blanca posada sobre la estatua de Julio César.

En el evanescente ocaso, fijó sus ojos en la muchedumbre de enfermos que, en las escalinatas del templo de Esculapio, confiaban en su curación; como él en un sesgo milagroso de los acontecimientos que exculparan a Aulio Galo y le devolvieran la serenidad perdida.

Al cruzar el puente vio un pasquín pegado en el Circo de Calígula que anunciaba su vuelta, y sintió un inquieto resquemor, pues el tiempo de retiro lo había desposeído de fuerzas y de reflejos. Leyó:

EL AURIGA DE HISPANIA REAPARECE EN EL CIRCO MÁXIMO. VUELVE EL HIJO DEL VIENTO DEFENDIENDO A LOS VERDES. DIOCLES EL MILENARIO RETORNA PARA HONRAR A LA DIVINA FAUSTINA. LA EMOCIÓN, EL ARTE Y EL TALENTO REGRESAN A LA ARENA DE ROMA.

Así rezaban los carteles que cubrían las puertas del hipódromo, en una ciudad enfervorizada por el regreso del que fuera el héroe más amado de sus corazones. Ningún evento había conmocionado tanto a la urbe, ni se había apoderado nunca tal delirio de sus habitantes. Apasionadas controversias se escuchaban de nuevo en los Foros, termas y *termopolias*, levantando tormentas de opiniones entre los partidarios del juego que hacía hervir la sangre del Imperio. Se comentaba que había decaído la afición y que la excitación de los romanos por las carreras sufría una preocupante caída desde el abandono del hispano. Retirados Scorpus y Diocles, hasta se hablaba en las tabernas y en las letrinas del Foro de la escasez de corredores con su talento y valor. Y tan inesperada noticia había conmocionado la ociosa vida de los romanos. «¡Regresa Diocles!, ¿lo sabes ya? —Se oía en las esquinas—. ¡Que Consus lo proteja!».

No existían precedentes ni términos de comparación a esta noticia en los anales de la urbs, y un torbellino de entusiasmo había disparado las apuestas y las ansias por hacerse con un pase para presenciar las evoluciones del más grande *agitor* de todos los tiempos, que retornaba por estima a la fallecida Augusta Faustina, y con caballos amaestrados por Tito Valens, el sabio intendente de los blancos y los verdes puerro.

De nuevo la locura y el frenesí se habían desencadenado en Roma.

La memoria de *Borístenes*

Tras la visita al judío, Diocles se despidió de sus amigos y se dirigió en la litera hasta el Mausoleo de Adriano^[80], donde solía retirarse a rezar y meditar cuando su espíritu se hallaba convulso. Cruzaron la Vía Triunfales y el puente Elio hasta alcanzar las escalinatas del panteón, una perfección arquitectónica cuya soberbia estructura revestida de mármol de Paros relucía como un relicario.

Mientras ascendía, el auriga observó su cima, una colina artificial adornada de ondulantes cipreses y estatuas helenas, donde destacaba una de bronce que representaba a Adriano guiando un carro con los corceles encabritados, uno de ellos *Borístenes*. Subió por la rampa en espiral a la sala donde se hallaba la urna con las cenizas del divino Adriano, fallecido hacía ya ocho años, y se arrodilló.

Los sacerdotes y flamines a su servicio encendían las lámparas de aceite y sustituían las flores ante las efigies que lo personificaban como vencedor de los dacios o como pontífice máximo, la urna de su primer sucesor Lucio Cómodo, que murió antes de reinar, y las representaciones de las dos criaturas que más había amado en vida, Antinoo, su bello amante, y *Borístenes*, su caballo predilecto.

La montura favorita de Adriano había sido un alazán de extraordinarias dotes para la batalla, la carrera y la caza, e inseparable del augusto en la campaña contra los dacios. El nombre de *Borístenes* no procedía, como muchos creían en Roma, del filósofo Bión de *Borístenes*, al que admiraba el emperador; representaba una ofrenda al brumoso río del país de los sármatas del mismo nombre, bravas aguas que riegan el Regnum Bospori y desembocaban por Olbia en el Ponto Euxino^[81]. Adriano amaba los caballos e idolatraba a *Borístenes*, y al morir lo había enterrado con honores en una sepultura digna de un emperador; y aunque Diocles nunca llegó a conocerlo, sí había llegado a amarlo por su legendaria historia.

El auriga se cubrió la cabeza con la toga y alzó los ojos hacia la urna funeraria del que fuera su amigo y señor. Rezaban algunos adoradores, y percibió una sensación extraña al recordar a quien había abandonado las moradas terrenales para imperar en los Campos Elíseos y en la Hermandad de los Espacios Infinitos. Para él, el César desaparecido representaba la quintaesencia del gobernante, y sentía que su genio seguía guiando sus pasos desde el éter.

—Sea el honor para el que se alejó de nosotros dejándonos en la indefensión —

susurró—. Mi corazón se halla hoy lleno de agobios, mi amigo y César, y tus labios me dictaron muchas veces que somos nómadas en este mundo y que sólo la armonía y la equidad nos igualaba a los dioses, pero ¿existe alguna salida para este laberinto caótico e irracional en que me hallo sumido?

Contempló la áurea arqueta de sus cenizas e inmediatamente lo invadió la nostalgia, trasladándose a un tiempo pasado y feliz. Se asió al hilo de plata del ayer y, como las olas del mar que alternativamente se alejan y se acercan, se vio regresando a la orilla de los años en los que fue asiduo del hombre más poderoso de la tierra, Publio Helio Adriano, el emperador hispano que yacía *in aeternum* guardado bajo un torrente de blanda marmórea. En este punto, Diocles notó como si la clepsidra de su existencia se detuviera y transitará mansamente por un sumiso riachuelo.

Habían transcurrido cuatro años de laureles para él y de paz para Roma y la diosa Fortuna, que teme a los indomables y tiraniza a los temerosos, le sonreía, aunque Gayo Diocles nunca se sujetaba a su brazo sino a su esfuerzo e instintos, apelando a la naturaleza desconocida que latía dentro de su ser.

Proseguía su idilio con la bella Julia, que regía como un destello enloquecedor su vida. Pasaban juntos noches luminosas, tocados por el influjo de Venus, con sus cuerpos tiernamente unidos en confines de vehemente fuego. Diocles no podía escapar de la oleada abrasadora de su carne y del sueño de sus caderas, de sus labios afresados, de sus honduras y surcos espléndidos. Admitía que en aquella turbadora mujer había hallado el refugio perfecto de sus deseos, aunque temía que su carácter tornadizo quebrara como un mal viento la tierna rama de sus sentimientos. Despertó una mañana de la florida primavera en el regazo de Julia, que le anunció alborozada el regreso de Adriano a Roma. Había comparecido el ciclo de la germinación de la vida azulando las oscuridades del invierno y los firmamentos moteados de púrpura cruzados por bandadas de pájaros alocados que buscaban las techumbres y la frescura de los jardines.

La plebe romana, la morralla más perezosa y propensa a lo festivo que puebla la tierra, pues holgazanea al año más de doscientos días, abandonó braseros y cobertores y se echó a la calle ansiosa de diversión el día primero de marzo, fiesta del dios Marte, en la que sus sacerdotes, los *salios*, cruzan Roma golpeando los escudos sagrados con varas, seguidos de centenares de niños que claman al dios de la guerra himnos ancestrales del tiempo de los etruscos.

En aquellas mismas calendas Diocles asistió con Galo, Eurímaco y Julia a la conmemoración de las fiestas de los difuntos, donde los moradores de la Babilonia del Mediterráneo oran para apaciguar a los *lémures*, las almas de los familiares muertos, con un boato que más parece regocijo de triunfo que dolor. Galo, conocedor de los deleites que ofrece la urbe, lanzó al joven auriga a una desenfundada vorágine de placeres, a la que los romanos llamaban el *pergraecari*, es decir, gozar al modo griego e imitar sus goces más impúdicos. El lusitano concurrió con el edil y la princesa a opíparos banquetes, en los que hombres disfrazados de silanos y mujeres

de ménades con los primeros brotes de las vides se estimulaban con afrodisíacos y se emborrachaban sin moderación en una exaltación de incontinentes excesos, de la que no tardó en tomar parte activa.

—Gayo, haré de ti un griego, un héroe del Circo Máximo y un gozador de la vida, pues ya nos previno Cicerón: «Breve es la vida, pero suficientemente larga como para disfrutar de sus delicias».

Julia Balbila lo invitó a la celebración de las fiestas Lupercales en su palacio del teatro Balbo, después de asistir juntos por las calles de Roma a la costumbre de golpear a las mujeres con tiras de cuero de macho cabrío. Se divertieron como niños con la bufa tradición y caminaron por Roma de taberna en taberna, sin propósito ni rumbo. Julia, en uno de los descansos, le informó sobre el emperador, que, por cierto, lo había mencionado en una de las cartas que le había enviado desde África.

—¿Que el emperador me recuerda? No puedo creerlo, Julia.

—Posees un selecto valedor en Galo, que lo mantiene informado de cuanto ocurre en Roma. Está deseoso de verte correr en el circo y conoce la expectación que has levantado —le dijo, provocando que el rubor ascendiera a su cara, pleno de incredulidad—. Las puertas de la Paz del templo de Jano permanecen sin abrirse gracias a la cualidad pacificadora de nuestro Augusto, y muy pronto gozaremos de su compañía —añadió la princesa asiática, que lo miró con ojos de gacela.

—Si un día abandonaras mi corazón, sería insoportable para mí, Julia —le dijo él.

—Pero tú, *caro* Gayo, no agobies el mío —replicó ella, indolente, poniéndole su dedo en los labios—. Bésame hasta que sienta dolor, pero no me prives de mi libertad.

Diocles miraba hacia atrás y recordaba con expresión dolorosa y turbada a Julia, preguntándose por qué sus sentimientos eran tan efímeros y vacilantes.

* * *

Galo le buscó una casa en el Celio, en la que no escamoteó lujo alguno, y auxiliado por el gusto estético de Eurímaco y Galo, el auriga decoró el atrio con bustos atenienses y en el columbario emplazó en un candil de barro traído de Hispania el fuego sagrado de su *gens*, así como las máscaras funerarias de sus antepasados. El *tablinium* para los banquetes lo exornaron artistas atenienses con anaqueles de ónice, enóforos de cristal y vasos de Arrenúum, y Galo le adquirió una cuadrilla de esclavos, de los que acreditó su procedencia y conducta. Entre ellos se encontraban una bella *ornatrix* de Siracusa, Ninfia, que aún le servía en Preneste y que en aquellos años le componía con exquisitez la toga con los doce pliegues reglados, refrescando con su piel cobriza, sus maneras dulces y sus ojos zarcos, las fogosidades nocturnas, cuando le faltaba el calor de Julia.

Adquirió también un *archimagirus*^[82] griego sin rival en la cocina, un eunuco

cantor y un arpista de Tarso, Poliodoro, que le dedicaba miradas tiernas pero al que nunca acarició, así como un magíster bibendi entendido en el aromatizado vino de Campania, el *massicum*, cuyas botas guardaba en una abastecida bodega que Galo reverenciaba. Habían concluido las penurias y los años de sudor y anonimato, y la fortuna y el reconocimiento se ofrecían pródigos al lusitano.

En la alcoba siguió viviendo idílicos momentos con la mujer que en aquel tiempo colmaba su corazón, Julia, aunque no se le escapaba que su afecto era cada vez más fingido. La obsequiaba con regalos fabulosos, aunque su belleza lo mortificaba con rechazos que lo atormentaban en ese grado en el que un corazón advierte en el del amante el desamor y la lejanía; pero a su belleza permaneció encadenado por una fuerza tan misteriosa como eran sus horóscopos.

Galo, su amigo, sabía que su protegido detestaba vivir sin una presencia femenina, pero lo prevenía del carácter tornadizo de Julia, aconsejándole que en el barco de la vida cada uno debe ocupar el pasaje que le corresponde; aun así, el auriga se ató a su sombra hechizadora, ya que pensaba que sus intenciones en modo alguno eran censurables. Diocles siempre se comportaba como un ingenuo con las mujeres, revistiendo sus relaciones de un aire novelesco frente al enigma que representa la mujer, la hija de la Madre Tierra. Por eso cuando caía en sus brazos también lo hacía entre sus manos habilidosas, que lo manejaban con caprichosa impiedad.

—Gayo, que esa frívola mujer no malogre tus proyectos —le argumentaba Galo—. Es mayor que tú y cuenta sus amantes por decenas.

—¿Qué importa la diferencia de edad, Aulio? Sé que no me corresponde como yo desearía, pero mi ardor suple su frialdad —le aseguraba, embaucado.

Procuraba no faltar a las obligaciones, y si al principio habían rodeado los encuentros con el velo de la clandestinidad, después se citaban en los sitios más conocidos de la ciudad. Para él significó una experiencia irrepetible, pues jamás había tratado con una mujer de tan elocuente dialéctica y excepcional belleza. Se emboscaban en su sugerente planetarium, donde la poetisa componía versos sublimes, y se envolvían en la vaporosa clandestinidad de su oratorio astral para saciar la ardiente pasión que sentían el uno por el otro. Bajo la cúpula estrellada de cristal y vestida con gasas persas, danzaba ante la mirada de un Gayo extasiado, hasta que la oprimía contra su cuerpo como si fuera el árbol de la vida cargado de jugosas primicias. En momentos indecibles como éstos, le ofrecía como ninguna otra mujer el amarradero de sus delicias y el agua fresca del oasis de sus dulzuras. Sin embargo, a veces se mostraba esquiva como una mujer cruel de uñas afiladas y lo amenazaba con dejarlo por otros pretendientes, que según ella aguardaban a su puerta.

—Detesto las relaciones percederas, Julia —le aseguraba el hispano.

—Me gusta cambiar de placeres, Gayo, pues la vida es corta —solía replicarle, destrozando su corazón, hasta que comprendió que las mujeres aman mucho, pero raras veces a alguien.

Diocles, ansiando saber sobre el emperador viajero, le preguntó a Julia por su

recordado valedor de Tarraco, del que ansiaba su regreso.

—He recibido dos cartas tuyas muy añorantes y cariñosas. Hastiado de sus andanzas por África y Egipto, de la rebelión de los partos y de unos pactos laboriosos con el rey Corroes, un zorro ladino y cruel, se ha refugiado en Grecia, donde ha atinado con la felicidad que continuamente busca. Su fervor filoheleno lo ha conducido a desenvolverse como un griego. Se viste, usa barba y se peina como los filósofos del Agora ateniense, y sé que es feliz, lo que me complace. Ha celebrado la fiesta de su Genio en las antecalendas de *ianuarius*^[83], dedicando sacrificios en el Partenón, cuya rehabilitación ha pagado de su propia bolsa. Ha restaurado la tumba de Alcibíades, el héroe griego al que admira, y me asegura que cultiva la amistad de un joven bitinio de asombrosa belleza, un espíritu gemelo abierto al conocimiento. Se llama Antinoo y es natural de Claudiópolis —le relató—. Siempre le han apasionado los cuerpos castos que él pueda moldear a su antojo. ¡Anhelo abrazarlo pronto!

—¿Y no regresará para los *ludí* de Apolo, Julia? —se interesó él.

—Según su esposa, mi amiga la emperatriz Vibia Sabina, no lo cree posible. Anhela iniciarse antes en los misterios de Eleusis y visitar el arcádico templo de Poseidón en Mantinea, un lugar donde se percibe la presencia del dios de los cabellos azules. Después lo veremos por Roma, que añora ya el calor de su príncipe predilecto.

* * *

El emperador Adriano, *el Extranjero*, regresó al fin a Roma tras su periplo afroasiático ante la indiferencia del Senado, el corrompido instrumento de poder anulado por el César de Itálica. Arribaba tras fundar la ciudad de Adrianópolis en la Cirenaica para amparo de los refugiados de Palestina. Y tejiendo el sutil hilo de la concordia, había devuelto al rey de los partos Osroes a su hija menor, rehén de Roma, así como el trono de oro de la dinastía, al que los babilonios atribuían poderes sobrenaturales, y firmando la paz en Partía, gestos generosos que habían calado en los romanos, que exigieron al Senado, cuyo rencor hacia Adriano era bien conocido, la concesión del título de *Pater Patriae*. Los caimanes del Senado se habían conjurado contra él, pero Adriano dominaba sus ambiciones y cobardías con un gobierno justo que había llevado a Roma a gozar de una paz duradera y de una prosperidad jamás alcanzada.

Adriano retornaba de Oriente contrariado, ya que su voluntad conciliadora se había estrellado contra el muro de intolerancia de los judíos, la espina clavada en el corazón de Roma, que ni Pompeyo, ni Tito ni Vespasiano con sus legiones habían conseguido dominar antes que él. Los sacerdotes y los fanáticos zelotes se oponían a su política de restauración, negándose a abrir Jerusalén al comercio y al paso de las caravanas de Palmira, Petra o Ecbatana.

Sin embargo, había aminorado su decepción tras la estancia en Atenas, de la que era arconte, y la ascensión desde Adranos a la cima del Etna, en Sicilia, donde pudo contemplar el orto del sol y sentir el aliento de Apolo, que parecía haberlo revitalizado con los salobres aires de la montaña sagrada.

La ciudad del Tíber lo recibió triunfalmente, recuperando a su protector, y Gayo Diocles a su mecenas. Permaneció nueve días recluido en el palacio imperial, decían que pintando en un lienzo a su amado Antinoo, antes de iniciar en la urbe una actividad incansable de actos e inauguraciones.

Al fin se mostró ante el enfervorizado pueblo de Roma, que atestaba el Foro Trajano, donde rindió culto divino a Pompeya Plotina, la emperatriz fallecida años atrás, y que fuera su amante silenciada y su aliada. Sus cenizas habían sido enterradas en la Columna^[84]alzada por Apolodoro de Damasco en honra a su esposo Marco Ulpio Trajano, el otro César hispano. Los ojos de Adriano derramaron enternecedoras lágrimas en presencia del pueblo, ganándose así el favor de los romanos, que vitorearon al mandatario magistral que había guiado a Roma a una paz duradera, aunque con calculado desprecio hacia el pútrido Senado, al que seguía irritando con sus fríos desdenes y que como una manada de tigres prestos a saltarle a la cara lo seguían despreciativamente.

Desde aquel día todos los elegantes de Roma imitaron sus atuendos traídos de Grecia, dejándose crecer la barba y rizándose los cabellos como el emperador viajero. Diocles, entretanto, suspiraba por besarle la mano y agradecerle su protección en la modestia de sus comienzos, y cuando al fin lo invitó al Palatino, al que acudió con Galo, su corazón rebosaba de felicidad. El edil le había revelado que sus íntimos lo llamaban *Divus Histrio*, «el divino actor», un cariñoso apelativo que aludía a los gestos impostados que adoptaba en cada ocasión y a su extraordinaria cualidad para acomodar la compostura a la necesidad del momento, como un consumado comediante que alternara su máscara según la situación requería.

Como despreciaba la lisonja, lo acompañaban sólo sus íntimos en aquella mañana lánguida. Conversaba con Lucio Cómodo, un patricio elegante de piel transparente que descendía de la casa real etrusca y que había sido su amante tiempo atrás; el otro era el poderoso Prefecto, Marcio Turbo, su hermano en la fe de Mitra y segunda autoridad de Roma. Nacido en el Epidauro de Dalmacia, Turbo era un soldado rústico y gárrulo. Se mostraba sin reservas y por su aspecto exterior se asemejaba a una vasija de cuello largo y panza abultada; ni siquiera su toga picta conseguía aminorar el grotesco y desgarrado perfil de su porte. A Diocles le recordaba a su abuelo Ático, y por sus méritos personales había llegado a convertirse en general, comandante de la flota del Miseno y hombre de confianza de dos emperadores, Trajano y Adriano.

Del otro personaje no se podía decir lo mismo. Se trataba de un mestizo entre romano y árabe de noble estirpe, el intrigante Quieto de Nabatea, del que se sospechaba era un espía del rey parto y del sanedrín de Jerusalén. Era un sujeto de tez cetrina, propenso a la ventura de los dados y a las apuestas millonarias y de carácter

despótico. Su doblez y el instinto camaleónico, intuiciones que el tiempo corroboraría, no agradaron al auriga. Completaba la tertulia de predilectos el afable Floro, su secretario privado, que le dedicó una franca mirada.

El Salón Imperial estaba cargado de una atmósfera de intimidad. Haces de luz encendían la armadura de Adriano colgada de una percha con la aureola triunfal y la Corona Cívica impuesta por Trajano por sus éxitos militares en Germania, Dacia y Britania, así como los despojos acumulados por los Césares en doscientos años de expolios, el tesoro de Filipo y de Perseo de Macedonia, los lampadarios del rey Antíoco de Siria arrebatados por Escipión, la mesa de las ofrendas y los ángeles sin rostro desvalijados por Tito en el templo de Jerusalén y las alabastrinas estatuas confiscadas por Nerón en el oráculo de Delfos.

El emperador, consumado pintor, hermooseaba con un carboncillo el boceto de la cúpula del Panteón, su obra predilecta, sentado en un *solium* de citro, regalo del rey Juba de Numidia a Julio César. Según sus indicaciones, había modificado el alzado del templo, antes llamado de Júpiter Vengador y erigido por Agripa, y había ordenado recubrirlo con tejas de bronce dorado que simulaban hojas de laurel. Había proyectado además una galería de hornacinas donde incluir a todos los dioses del Imperio en olímpica hermandad^[85] y con embeleso se dirigió a sus íntimos, sin advertir que en la puerta aguardaban su venia para entrar Diocles y Galo.

—Marco Agripa lo dedicó a Marte y Venus, y yo proyecto abrirlo a todas las deidades adoradas en el orbe; y si se asemeja a las chozas que en ese mismo lugar alzaron los fundadores de Roma, es para acercarlo más a los mortales.

—«Une y guía», Adriano, ése es el lema de Roma —le recordó Cómodo.

—Pretendo erigir un lugar que contenga las infinitas manifestaciones de dios y donde las discordancias de los hombres se conviertan en armonías.

El *nomenclátor* imperial avisó de su presencia a Adriano, quien clavó sus pupilas en el auriga. Todos aseguraban que en palacio se mostraba como un ser desconcertante y que se movía con obsesiva rectitud, reprendiendo a sus criados constantemente si algo no estaba en su lugar, por lo que Gayo no abrió los labios y aguardó. Adriano le ofreció el anillo, que rozó devotamente con sus labios, y le sonrió.

—*Vale, Imperator* —lo saludó Galo, inclinando la testa.

—*Salve, Augustas* —dijo Gayo, reconocido.

—*Salutem*, gran Diocles y mi buen Galo —replicó el emperador, y lo señaló irónico—. Me has arrebatado la popularidad y Roma entera sólo hace lenguas del auriga llegado de Hispania, relegando a su César en su veleidoso corazón a un segundo término.

—A ti te lo debo, Augusto, pero nada es comparable a tu gloria y celebridad —lo aduló, no sin cierto temor.

—Roma es el pueblo y el pueblo precisa de ídolos donde encarnarse. Tú representas para ellos el ideal que necesitaban y te amarán más que a mí; y me

congratulo por ello, créeme.

—Correré con la dignidad que me inculcaron mis antepasados y con la diosa Fama que me regalaste en Tarraco como talismán, mi augusto —le recordó.

El gobierno del mundo dependía de aquel hombre que le mostraba su particular confianza, aun a pesar de su severa formalidad y del orden casi enfermizo que regía su vida.

—Hubiera substituido mi estancia en Rodas por haber sido testigo de tu primera victoria en las Palillas. ¡Qué placer perdido el no haber contemplado las caras desencajadas de mi cuñado Serviano y de su brutal hijo Fusco, partidarios de los azules! Ignoro como mi hermana Paulina los soporta. Perdieron una considerable fortuna, según he sabido. ¡Se lo tienen merecido!

—El azar distribuye la suerte y los humanos sólo nos limitamos a observar la jugada, mi augusto —contestó Gayo, conociendo la aversión que profesaba a su cuñado, el viejo senador Serviano, siempre instigando a sus espaldas.

—La fortuna no cambió jamás un linaje, y mi cuñado es un perdedor que destila hiel por la boca, un ser monstruoso que merece la cicuta —se sinceró.

Gayo se limitó a hacer una leve y ambigua inclinación de cabeza.

—Bien, Diocles, Galo me asegura que has cautivado al público romano, que bates marca tras marca y que has conquistado más de cien laureles. ¿Acaso alguien ha conseguido semejante hazaña antes que tú? —preguntó, enfático—. Lo predije en Tarraco y no erré en mi apreciación.

—Venero los caballos y el riesgo, mi César.

—Te comprendo, Diocles. Yo amé a *Borístenes* como pueda amarse a un hijo, y aún sueño con él cabalgando por las praderas de Dacia.

Como un admirable narrador, relató a sus amigos las hazañas vividas a sus lomos y la inteligencia mostrada por el noble bruto en sus campañas militares, que el lusitano escuchaba arrobado y comprendiendo como nadie el afecto del emperador.

—¿Qué se siente al ser amado por el pueblo de Roma, Diocles? —le preguntó finalmente.

—Acepto la popularidad, pero donde recibo mis recompensas es en la arena.

El rico aristócrata Cómodo le dedicó un sentido encomio:

—La modestia en Diocles es proverbial, pero lo único que consigues con tu llaneza es añadir más brillo a tus victorias. Desde la creación de la urbs, nadie tan joven había vencido en dos ocasiones y en el mismo día con un carro de seis caballos, ni ganado ocho veces seguidas un premio de cincuenta mil sestercios. Te admiramos por tu serenidad, valor y depurada técnica, y sobre todo porque añades lustre al esplendor de los Juegos Romanos.

—Nadie como Cómodo para apreciar a un buen auriga, Gayo —terció el César—. Deseo celebrar unos juegos señalados para honrar la inauguración del Panteón, del templo de Venus y el aniversario de la fundación de Roma. Así verificaré con mis propios ojos tus progresos y destrezas.

Adriano renunció a los cálamos y pinceles y los condujo a una umbrosa terraza sombreada con un manto de pámpanos, desde la que se divisaban las casas de Livia y Augusto y el palacio de Tiberio. Bajo un nogal y una fontana de brillantes espejuelos presidida por una talla de *Borístenes*, sesteaba su favorito Antinoo, por el que sentía una irrefrenable atracción. Al fin, Gayo conoció al que Adriano llamaba su alma gemela y del que toda Roma murmuraba. El bitinio era un joven de extraordinaria hermosura y perfección, pómulos salientes, carnosos labios de burlona ironía, perfil griego y cabellos ondulados. Se engalanaba envuelto en una túnica jacintina que flotaba sobre su cuerpo cimbreante, y al contemplarlo podía atribuírsele la virtud de la perfección.

Antinoo era el *eromenos* o efebo preferido de la particular academia imperial del César, es decir, el protegido del cerrado cenáculo de muchachos escogidos del Palatino. El emperador, como hacían los pedagogos griegos, mantenía con ellos una relación carnal y erudita al modo de maestro o *erastes*, trato que concluía cuando los jóvenes alcanzaban la mayoría de edad.

Había que admitir que Antinoo era un muchacho seductor del que emanaba una blanda dulzura, un venero de sensualidad capaz de incendiar el alma de cualquier hombre sensible a la belleza y con un corazón impregnado de bondad. Saludó al auriga, al serle presentado, con una inefable mezcla de admiración y recato, y tras sonrojarse, besó en la mejilla al emperador, quien lo mimó y se apretó contra su piel. Tras susurrarle unas palabras, se retiró silencioso hacia sus aposentos.

Gayo sabía por Julia que a su alrededor se tejían interesados chismes y ruindades palaciegas, incluso tramas soterradas, y el lusitano lo compadeció, pues era la fragilidad personificada y además se hallaba sólo ante una manada de hienas sin corazón como las que pueblan el Palatino, que no dudarían en envenenarlo o sacarle las entrañas por conseguir a sus expensas una astilla de poder.

Los invitados se acomodaron en los divanes de una exedra exornada con pinturas de Iaia de Kyzinos, Fabio Pictor y Parrasios de Efeso, y de esbozos en color pastel pintados por Adriano a tempera. Evocaban escenas de pederastía entre dioses, Cupidos y efebos y paisajes de la villa palacio que se construía en Tíbur. Aposentados alrededor de una mesa con pies de oro repleta de platos con confituras, les narró como en un ritual su viaje por Oriente y sus proyectos políticos:

—Mis predecesores en el Imperio fijaron sus objetivos en el botín de guerra, pero yo he deducido, tras recorrer el mundo, que sólo con la paz y con el comercio se logra el bienestar de Roma.

Quieto de Nabatea, quizás interesado, abordó al espinoso tema de Judea, donde había fracasado estrepitosamente, provocando con ello entristecer el gesto del agosto.

—Y el caso judío, ¿se resuelve de una vez por todas, mi agosto?

Adriano, que nunca manifestaba prejuicios sobre cualquier creencia, dijo:

—Roma no ha dejado de padecer inconvenientes con ese pueblo. Pero es el

intolerante carácter de sus rabinos el que me rebela.

Quieto de Nabatea, simulando ingenuidad, clavó sus escrutadoras pupilas en Adriano, y en un ademán de aparente sumisión, aconsejó:

—Sé precavido, mi César, una rebelión en Jerusalén quemará una tras otra todas las ciudades de Oriente ocupadas por judíos. Una inadecuada respuesta puede resultar nefasta para Roma.

—¡Pretextos para fastidiarnos! —lo cortó Galo, quien sabía que Quieto poseía intereses en la banca judía de Alejandría y en Tiro—. Esos avarientos tan sólo consideran su propio interés. Y a pesar de rescatarlos del oneroso yugo de los persas, nos devuelven odio, repulsión y ultrajes.

Con la mirada pensativa, Adriano arguyó:

—¿Qué extraño dios ha hecho de Judea una tierra carcomida por el odio, la locura y el furor?, eso es lo que yo me pregunto al percibir tanto aborrecimiento hacia Roma.

—Quizás esas ideas del templo único, del dios único y de la sangre diferente —murmuró Cómodo indignado—. Esa raza se ha enquistado en sí misma para defenderse creando un intransigente instinto de conservación.

—Pues me atormenta, Lucio —respondió el César—. He tenido tiempo de adentrarme en las enseñanzas de su libro sagrado y leer los versículos de la llamada Biblia de los Setenta, el texto hebraico traducido al griego, y he sacado en claro que un pueblo que se siente unido por un único dios, que además le inspira miedo, resulta temible.

Mientras, Quieto, que no parecía estar satisfecho con tales opiniones, ahondó en la herida, mientras se hurgaba la nariz de forma descortés.

—Y volviendo a Judea, ¿es cierto, Augusto, que siguen negándose a sacrificar por la vida y salud de su emperador?

Adriano, que parecía perdido en una inescrutable meditación, regresó del mundo de las reflexiones y, seguro de que sus palabras llegarían por algún conducto a los sacerdotes judíos, le respondió con frialdad:

—Quieto, yo no me juzgo como una deidad olímpica, pero el bienestar debe ser aprovechado por todos los pueblos; sin embargo, esos judíos, con su soberbia irracional, tan sólo aspiran a sacudirse del yugo de Roma y a humillarnos. Nada más.

—Pues te maldicen por alzar estatuas que consideran paganas en su templo de Jerusalén, y cumpliendo con la voluntad de su dios, rezan por tu muerte.

El árabe escupió más que manifestó tan inquietante realidad, enfureciendo con ello al emperador. El auriga observó la tensa discusión sin dejar de pensar que el de Nabatea ocultaba una dudosa simpatía hacia la conducta judía. ¿Era una amenaza, una advertencia o la opinión de un necio arrogante? ¿La posición de huésped protegido de Roma le autorizaba a provocar al César? Adriano le refutó:

—Como romano me desconciertan sus creencias, ¡claro está!; pero son sus sediciones y rebeldías las que me preocupan como César. No desearía verter más

sangre, pero me mostraré firme si se quebrantan las leyes de Roma en Judea.

El tono de advertencia de Adriano hizo que Quieto callara. El denso silencio no era nada tranquilizador, y la mirada de reto del mestizo inquietaba. Adriano suavizó su voz con benevolencia, notándose que sospechaba de su interlocutor, aunque lo soportaba por algún desconocido secreto.

—Desconfío de los judíos y no los culpo de rebelión, pero tampoco los exculpo.

—Mi emperador, sus rencorosas razones hieden como la Cloaca Máxima. Pero ¿qué reino del mundo resistirá al poder de Roma? —le recordó Cómodo.

Sintiéndose fustigado, Quieto esgrimió un mohín dubitativo; intentando adular a Adriano, dijo:

—No te exigen, mi augusto, que adoptes el judaísmo, sino que comprendas las prohibiciones de su fe, nada más.

—Los motines callejeros entre la secta cristiana, los edomitas y los que ellos llaman gentiles, llenan de dolor sus comunidades, y Roma no puede permitirlo como garante que es de la armonía entre los pueblos. En algunas religiones existen rincones de debilidad donde germina la intolerancia y me mostraré tan inflexible como la columna Trajana. Y tú sabes que detesto derramar sangre estéril.

—¿Cómo se atreve a hablarle así al emperador? —susurró Gayo al oído de Galo—. ¡Qué agresiva hostilidad hacia Roma! Parece un perro ladrando al sol.

—Lo soporta y no lo aplasta como un insecto porque, siendo sobrino de Shafar ben Ismail, uno de los más poderosos príncipes de Arabia y Nabatea, le ayuda a mantener el equilibrio de paz en esa región de escorpiones. *Qui nescit dissimulare nescit regnare*^[86] —ironizó Galo, sonriéndole—, y éste es un mal diplomático.

Adriano, pensando que había impartido una valiosa lección de política, concluyó la diatriba con unas oportunas palabras que irritaron al árabe, aunque no se atrevió a argumentar nada.

—Entiendo tus razones, Quieto, pero, como observo que los asuntos que me acucian se exacerban precisamente ante los que deberían aliviarlos, me retiro. Preciso descansar mi mente un rato —confesó con frialdad—. ¡Salud, amigos!

Adriano, por una misteriosa y desconocida razón, siempre conseguía conciliar con su franca accesibilidad la más enconada de las disputas, a las que era tan proclive por su insaciable curiosidad. De dónde emanaba su seducción, semejante al suave sortilegio de los dioses, lo desconocían hasta sus más allegados.

Mientras abandonaba el Palatino con Galo, Diocles se preguntaba por qué el César consentía la arrogancia y la hipocresía de aquel fingido amigo de Roma que con sólo abrir la boca agraviaba. El tiempo, no obstante, contestaría infortunadamente a sus preguntas, porque el extranjero se comportaba con la astucia de una alimaña y con la fatal temeridad de un alacrán del desierto.

* * *

El octavo día de los idus de abril del año 882 de la fundación de Roma aún lo recordaba Diocles por la esplendidez de las carreras, pues volvió a cosechar un triunfo resonante en presencia de Adriano, que lo coronó ante el júbilo popular. Brotaban con claridad las imágenes en el espejo del tiempo y evocó que la auténtica pasión de Adriano, como la suya, eran los caballos y los placeres del Circo Máximo.

Aquella noche flamearon los hachones en una vigilia de fiestas donde las luciérnagas ascendieron del Tíber extendiendo un manto de diminutos luceros. Un estruendo de fuegos de artificio dio paso a una esplendorosa cena en el palacio imperial, en la que Diocles conoció a la emperatriz Vibia Sabina, la altiva hispana, que se presentó ante él como un pájaro de mal agüero, con su mirada insensible y su femenina sutileza. Sabina era una emperatriz distante a los romanos, recelosa de su marido y guardiana de su vida privada; y Diocles, frente a las cenizas de su esposo y de un confuso escondrijo de su memoria, percibió cómo acudía el eco de sus palabras insidiosas como una legión de abejorros que aún lo irritaban.

El ánimo del hispano estaba inquietado aquella noche de su gran triunfo por una velada tempestad de sombras, pues Julia, inesperadamente, había dejado su *domus* del teatro Balbo y se había marchado, no sabía con quién, lejos de Roma. ¿Cómo podía reprimir su decepción, angustia, rebelión y dolor, si ella representaba para su corazón la vida misma? Había hasta llorado de impotencia, pues no podía vivir sin el dulzor de sus gustosos labios y sin el ardor de sus besos.

Superó su abatido estado de ánimo, y acompañado por Galo llegó hasta los jardines del Palatino, iluminados con lámparas que rielaban en la decadencia de una tarde sofocante atemperada por el frescor de cascadas de aguas perfumadas. Por doquier se veían símbolos de las carreras, ruedas de carros griegos, oriflamas de las cuatro facciones, caballos de bronce, estatuas de Hermes y aurigas aqueos, pues nadie ignoraba la inclinación de Adriano hacia los caballos. Los árboles habían sido adornados de frutas doradas y granadas rellenas con granos de esmeraldas, y en las atiborradas ménsulas se acomodaban dos centenares de invitados en triclinios adornados con triunfantes temas mitológicos.

Compareció Adriano en la cúspide del poder, ataviado con una túnica floreada de oro y una guirnalda de laurel de Delfos en la cabeza. Como Júpiter Tonante, blandía un tirso de oro en la mano, el bastón de Baco rodeado de pámpanos. Lo acompañaban la augusta, con un peinado altísimo cercado por una diadema de perlas, y tras ellos el refinado Antinoo disfrazado de Hermes Agonio, es decir de Mercurio alado, inventor de las carreras de caballos, con el justillo de cuero blanco de la *faccio albata*, la preferida del emperador, una corona de amatistas y una túnica de lino. El *rex* del convite rogó a Diocles que se acercara al diván imperial y, al inclinarse ante el augusto, éste, con extrema jovialidad, tomó por el hombro a ambos, a Antinoo y al lusitano, pues los quería honrar.

—¡Que Hermes, el dios de la elocuencia, de los peregrinos y del juego, al que

tuve la fortuna de adorar en su tierra originaria, la verde Tracia, nos proteja y aliente! Hoy celebraremos el banquete en ofrenda de la divinidad pelágica, pero también honraremos a Antinoo de Claudiópolis y a Gayo Diocles, el gran auriga hispano, el héroe de Roma y campeón de las multitudes..., y mi amigo.

—*Bene tibi, Augustus, feliciter!* —Alzó su copa Diocles, brindando por el César.

—Que los dioses nos sean propicios. ¡Salve, emperador de Roma! —gritó el *rex* del convite, en tanto coronaban al auriga y al favorito con pámpanos de vid.

Inesperadamente, Adriano tomó del brazo a Diocles y, en presencia de lo más granado de Roma, lo obsequió con una estatuilla en oro puro de *Borístenes* de su propia colección, que puso en sus manos trémulas entre una salva de aplausos.

—Que el genio de esta criatura portentosa te acompañe en tus éxitos —le dijo.

Diocles besó la mano del César y se llevó la talla a su pecho, reconocido.

—Amaré y respetaré su memoria como tú lo amaste en vida, mi Augusto.

Diocles, sonrojado y complacido, olvidó los desaires de Julia Balbilla y disfrutó del honor de haberse convertido en invitado predilecto del emperador. Fue aposentado en el *lectus summus*, el diván más cercano a Adriano, junto a su familia y los más notables de Roma, donde degustó los más extravagantes platos servidos por etíopes disfrazados de héroes de la *Ilíada*, que servían dátiles de Arabia y vinos con hollín de mirra y adormideras, en medio de músicas deliciosas, que no fueron sino el inicio de sucesivos y espléndidos manjares. Compartió mesa con el ingenioso Turbo, el prefecto urbano, del que pronto comprobó que no atesoraba nada despreciable en su rudeza cuartelaria. Carente de erudición, hablaba de sus vicios como si fueran virtudes y se le notaba que pugnaba por alcanzar los cargos de más honor en el Imperio, aun a pesar de su oscuro origen.

En los intermedios, rapsodas griegos entonaron cantos de Homero, en tanto de los peristilos descendían niños disfrazados de Cupidos que perfumaban el ambiente y a los invitados con esencias y pétalos de rosas. Pero fue tras los brindis y en los repartos de los *apoforetas*, los regalos de joyas, topacios de Zabarca y vasos de ónice, cuando la rigidez del protocolo se quebró, debido al vino y los excesos.

Se servían los postres y frutas escarchadas, cuando se acomodó al lado del complacido auriga la augusta Sabina, de quien, se decía, disputaba los efebos a su marido. Acicalados los párpados con antimonio y las mejillas con bermellón, brillaba su alisada tez y su belleza aún no extinta, enmarcada en una peluca sofisticadamente rizada que producía fascinación. Fría y altanera, le brindó su mano enjoyada, que él besó. Sobrina nieta de Trajano, aseguraban en palacio que era experta en macerar hierbas contraceptivas y de ingerir elixires del pez rémola para mantener su vientre virgen. Diocles constató con tristeza el desprecio que profesaba a su Augusto marido por haber mantenido seca la fuente de la maternidad en su juventud. Galo sostenía que padecía trastornos psicológicos y que no podía disimular su avidez sexual por los adolescentes, y hasta le pareció seductora, con su aristócrata nariz empolvada y su mirada de arrebatadora seducción.

—Salud, auriga de Roma —le dijo en un susurro, a modo de salutación.

—Salve, augusta. Gracias por el inmerecido honor de invitarme.

—¿Añoras las tierras de Hispania, Gayo? —le preguntó con voz sugerente—. Yo suelo acudir a su evocación cuando mi corazón se siente nostálgico.

—No hay día que no evoque mi grata Lusitania y la dulzura de sus aires.

Al instante, por su venenosa mirada, el auriga supo que no venía a cumplirlo, sino a interesarse por sus relaciones con Julia, su amiga, astróloga e íntima consejera.

—¿Sigues frecuentando la amistad de Julia Balbila? —No tardó en preguntar.

—Hace semanas que no gozo de su presencia y eso me condena a la distancia y al olvido. Sus esclavos aseguran que pasa unos cuantos días en Bayas. ¿Mienten quizá, mi augusta? —dijo, pensando que intentaba trasladarle algún mensaje de Julia.

—Yo tampoco la veo, pero sostengo que un amor impetuoso como el vuestro tiende indefectiblemente a un final dramático —repuso insidiosa.

—Pues los dioses no podrían añadir más dicha a mi felicidad, sino es la gracia de la eternidad junto a Julia —asentó sus sentimientos—. Espero que vuelva a mí con más afecto; de lo contrario rasgaré mi corazón en mil tiras.

La emperatriz lo miró con ironía, incluso con suspicacia, y añadió sin titubear una misteriosa aseveración que lo alertó de los sentimientos de Julia:

—¿Y no puede ser que de una amistad tan repentina y pasional resulte al fin un debilitado amor que se desvanezca como el humo, mi querido Gayo?

El auriga se dio cuenta de que el amor de la caprichosa Julia se había extinguido, y que ya ningún lazo la retenía a él, pero replicó:

—No existe el amor sin temores, clarísima augusta, y lo verdaderamente mágico del primer amor es la ignorancia de que alguna vez ha de acabar —dijo con franqueza—. Aún espero conservarlo y rezaré a Pan por ello.

Diocles receló del alcance de tales palabras, pero para su desgraciado corazón sus premoniciones, o ¿acaso advertencias?, se cumplirían desdichadamente. La pasión de Julia se había marchitado como la candela a la que le falta aceite, y los encuentros se convirtieron en esporádicos. Maldijo el rechazo, a la emperatriz y a Julia, pero no le reprochaba su olvido, pues aún la amaba con pasión. ¿Qué pretexto utilizaría para explicar tan inesperada conducta?

Antes de volverle la espalda, Sabina le entregó un jacinto que Diocles, en su inocencia, tomó por un obsequio, inclinando la testa con cortesía.

Galo, achispado con el vino de Másico, se le acercó y le dijo con sorna:

—No creas que es un regalo, ¡no! Jacinto era el efebo favorito de Apolo, muerto en un triste accidente; y desde entonces, esa flor que lleva su nombre nace y muere con prisa, simbolizando lo caduco de la vida y sobre todo del amor.

—Que la Medusa la confunda por su malicia —exclamó enfurecido.

—Guárdate de la emperatriz Sabina, pues segrega hiel por sus poros debido a los engaños de su esposo. ¿Sabías que es devota de Venus Viriplaca, la deidad que calma a los cornudos y a las esposas engañadas? —dijo carcajeándose.

—Ahora comprendo por qué Adriano la detesta.

Selene, diosa de la noche, cubrió con su palio estrellado el firmamento. El auriga se retiró pensativo, especulando sobre las palabras de la sibilina augusta, y concluyó que sin duda el poder corrompe y aniquila. Intuía su vida amorosa como un barco a la deriva, mientras Aurora, la deidad de los dedos rosados y los párpados níveos, le destapaba silenciosa el nacimiento de un sol prodigioso.

* * *

Como no se hace nada por el amor, si no se hace todo por él, Gayo intentó dialogar con Julia, pero sin éxito, entregada como estaba al estudio de los astros. Luego supo por Galo la naturaleza de su comportamiento esquivo. Vivía a sus espaldas una aventura amorosa con el irritante Quieto de Nabatea, el tahúr de apuestas y huésped del César, quien lo había desplazado de su corazón, y a quien el lusitano aborrecía con el más acrisolado de los enconos.

Las hojas secas del dolor cubrieron con abundancia la cruel relación. Julia pretendió compartir a los dos amantes, pero Diocles prefería ser arrastrado por las arpias por el Tenaro, el atajo que lleva a los Infiernos, que repartir una hogaza de pan con aquel odioso chacal del desierto. Después de gozar del encanto de sus dulzuras como rey absoluto de su tálamo, y añorando lo que pudo ser y no fue, el joven auriga se retiró salvaguardando su dignidad, pero con el alma hecha trizas.

Sumido en un invierno eterno, no hallaba ningún atractivo para seguir viviendo sin el alimento esencial del espíritu para un hombre, el amor de una mujer; y tan triste melancolía hizo que malograra fáciles carreras, lo que alarmó a Galo y a Tito Valens. Pasó de gozar de la llama complaciente de la estima, a destilar un áspero amargor por su persona, lo que acabó por sumirle en una profunda melancolía. Todo le resultaba aborrecible, pues un desengaño amoroso, además de la compasión que inspira, siempre deja en el corazón una herida abierta y luego una cicatriz dolorosa.

El auriga de Roma, Diocles, se consumía en la desolación, incapaz de desafiar a las tinieblas de la decepción, el dolor y la cólera, rumiando respuestas sin solución y debatiéndose en el desorden de sus sentimientos. Afligido, se preguntaba en los interminables insomnios: «¿Cuántos despertares abrumadores preciso para abandonar este marasmo de tormento? ¿Lo conseguiré, o me hundiré en la indolencia y la desidia hasta perecer, arruinando cuanto he logrado?».

Y todavía tanto tiempo después, frente al altar de Adriano, cuya fervorosa amistad compartieron, surgía del olvido una desolación que lo llenaba de desconsuelo.

* * *

Adriano deseaba que quienes lo rodeaban lo amaran con devoción.

Sabía que su predilección por el hermoso Antinoo estimulaba el resentimiento de no pocos senadores, que lo odiaban por haberlos relegado en sus funciones al crear el *Consilium Principis*, un órgano de legistas y filósofos del orden ecuestre que lo asistían en el gobierno del Imperio.

Gayo Diocles seguía sometido a la violencia del enemigo invisible del desengaño, vuelto su corazón a cualquier afecto, a pesar de que se sucedieron días dichosos, pues Adriano lo incluyó en el restringido séquito de sus preferidos: Antinoo, Cómodo, Annio Vero, Galo, Floro y Marcio Turbo, el prefecto, a quien el emperador llamaba amistosamente *moechus* o adúltero, y que a su exagerada lascivia unía el vicio por los elixires que curanderos árabes e indios le proporcionaban a cambio de favores inconfesables. Paseaban juntos por el Campo de Marte y contemplaban a los canteros alzar los cimientos de su asiática tumba al otro lado del Tíber.

Un día, contemplando el mausoleo, el auriga se sinceró con el emperador:

—Mi César, a veces me pregunto por qué me has regalado tu amistad.

—Gayo, a los gobernantes nos place sentirnos adulados por los que nos rodean, pero contigo, con Galo, Antinoo o Cómodo, me siento como soy, humano y temeroso. El resto de mis cortesanos se comportan como chacales ambiciosos y lobos adadores. Además, eres un apasionado de los caballos, como yo, y me recuerdas la oscuridad y candidez de mis comienzos en Hispania.

Los invitaba al Palatino para admirar sus pinturas de la batalla de Zama y estatuas de Venus o Minos de Creta creadas por su mano, que les mostraba con orgullo, a jornadas de caza en los bosques Albanos y a contemplar el orto del sol en el monte Pausílipo. Adriano inauguró junto al Anfiteatro Flavio una estatua del dios Helios sustituyendo la antiestética efigie de Nerón el incendiario, invitando a Diocles, junto al que a menudo se recreaba en las termas de Trajano jugando los dados y el *latrunculi*^[87], del que el emperador era hábil estratega. Asistía Diocles junto al César al teatro Marcelo o al de Pompeyo a presenciar comedias de Plauto, mientras su ánimo restañaba el padecimiento del desamor, pues Julia lo seguía fustigando con el desprecio.

Sin embargo, el destino no quería mantenerse esquivo con su corazón, y en una de sus excursiones a Bayas, huyendo de las fiebres de la malaria, del calor y de su tribulación por el desafecto de Julia, conoció a la salvadora de su alma, Camila Flora, la hija del secretario privado del emperador Floro el Griego, que curaría su malherido corazón con la blandura de su espíritu.

Una mañana de blancuras, había alquilado una litera en el cobertizo de los capadocios y con ella llegó a la villa imperial, ajeno por completo a lo que el albur le tenía dispuesto. Cogida al brazo de su hermano de fe, Floro, observó a una muchacha en la que nunca había reparado antes. Un halo de cristal parecía proteger la figura de la virginal criatura, y ni tan siquiera recordaba que su amigo Floro le hubiera hablado de ella. Fascinado, la contempló deslizar sus sandalias sobre el mármol. Su

delicadeza, la melena recogida y dorada, los labios afrutados y sus ojos rasgados agitaron las entrañas del auriga.

La refinada muchacha debía rondar los veinte años, y al instante le devolvió la esperanza de amar. Su corazón, eclipsado por la malquerencia de Julia, precisaba del lenitivo del cariño, y pronto se evadió como un pájaro herido de la jaula del desaliento. Contempló el fruto embriagador y su espontánea ingenuidad, por lo que decidió apresar la flor más delicada del Palatino antes de que fuera ultrajada por algún patricio libertino o un quirite tarambana. Recluida en el gineceo familiar del secretario Floro, había sido instruida en los clásicos helenos, en el uso de la rueca, la música y la retórica.

Diocles prolongó su estancia en Bayas y, armándose de valor, la invitó a pasear por las laderas derramadas de tomillos y romeros; cuando al cabo de tres semanas de pláticas y escarceos amorosos su padre accedió a la relación, creyó volver a la vida, pues comprendió que por Camila sentía amor, y por Julia sólo pasión.

Sin embargo, al regresar la corte a Roma comenzó para el hispano un tormento inesperado que volvió a sumirlo en la tristeza, pues volvió a sufrir el acoso de Julia Balbila, quien, enterada de su enamoramiento por Camila, recobró inesperadamente el interés por el auriga. Y, no satisfecha con haberlo sumergido en los infiernos, quiso frustrar su recuperada felicidad. Abandonó el idilio con el árabe y sometió a un control obsesivo al que había sido la marioneta de sus caprichos. Lo aguardaba a la salida del Circo Máximo o lo convocaba a citas secretas, manteniendo una hostilidad recelosa hacia Camila, de la que vigilaba los pasos con la perfidia de un áspid. Y como el hispano hacía oídos sordos a sus deseos, desacreditó sus costumbres, hizo escarnio de sus placeres e incluso enviaba notas a su prometida Camila en las que le aseguraba que su relación seguía viva en la clandestinidad, ante el escándalo entre la *gens* hispana, que reprobaba su actitud.

Resignado, Diocles se rindió a la fatalidad, pues Julia, con la inquina propia de una mujer despechada, insistía en dar al traste con su vínculo con Camila, que asistía al espectáculo como una avecilla acosada. Sin embargo, ésta, en un raptó de valentía, sorprendió a todos con una acción impropia de su candidez que demostró su orgullo y amor.

Venciendo su natural timidez, Camila arriesgó su reputación y, negándose a vivir una relación dominada por la sospecha y a sufrir los continuos sobresaltos de la maledicencia ajena, aguardó a Julia una mañana a la salida del templo de Vesta, de la que la princesa asiática era devota. Y como la cólera contenida suele multiplicar el atrevimiento de los tímidos, la atrapó de un brazo y le espetó agriamente a la cara, en presencia de la sacerdotisa de las vestales:

—Princesa Balbila, tú sólo deseas a Gayo para manejarlo como un juguete de tus caprichos lujuriosos, y yo porque lo amo y deseo unir mi vida a la suya. Si te interfieres en nuestro camino y progresas en tu patrañera locura de enemistarnos, juro por Vesta Hestia, la que mora ahí dentro y protege el fuego sagrado de Roma, que no

dudaré un instante en arrancarte el corazón, aunque luego los verdugos me arrojen por la roca Tarpeya. Y ten por seguro que mi padre Floro y el senador Annio Vero están dispuestos a influir con su poder para que caigas en desgracia ante el emperador. ¡Quedas avisada, insidiosa de los infiernos!

No desdeñemos nunca el poder del amor, pues aquella acción bastó para acabar con el asedio de Julia a Gayo. La instintiva rebeldía que demostró Camila conmovió a Diocles, pues había salvado su amor y su vida, que arrastraba por las calles de Roma como un loco misántropo. Se liberaron de la perniciosa influencia de la poetisa, confundida por el arrojido de Camila, a la que hubo de considerar capaz de cumplir su promesa homicida.

Julia siempre les guardó un aborrecimiento soterrado, y Camila receló que las ascuas de su amor por Julia permanecieran encendidas. No obstante, para acallar los falsos rumores que circulaban por el Palatino, decidieron conceder una oportunidad a su adoración y unir sus vidas con el lazo inequívoco del matrimonio.

—¿Qué serás capaz de hacer cuando odies, Camila, si así hieres cuando amas? —le preguntó el auriga, enternecido por la valerosa defensa de su relación.

—El corazón nunca se equivoca, y tú y yo hemos hallado un camino por el que ni los lobos se aventurarán a perseguirnos —le replicó enternecida.

Desde entonces, Diocles no había cosechado de Camila sino ternuras, y con el paso del tiempo notaba en su interior una espontánea rebelión contra sí mismo, pues nunca se puede dar por segura la fidelidad en el amor. *Omnia vincit amor*^[88].

Diocles halló el puerto de sus afectos en la delicada Camila, y, añorante de los hipódromos, reinició su abandonada carrera levantando de nuevo las pasiones entre los romanos. Arriesgó de nuevo la vida en los juegos de Apolo, donde los ciudadanos van al circo coronados de laurel, y pagó su primer tributo de sangre al romperse un brazo y la clavícula; y pudo perder la vida si Epona y Mitra, sus fuerzas salvadoras, no lo hubieran unido. El público enmudeció y ahogó un alarido de pavor al verlo descolgado del carro y seriamente magullado al rozar su vehículo contra la espina. Se rumoreó que quedaría imposibilitado y que se retiraría, pero sanó gracias a esa paradójica combinación de azar y suerte que lo cubría desde su nacimiento.

Camila lo veló con denuedo, y el emperador le envió a su propio cirujano y lo visitó cuando su ánimo más lo precisaba. A veces, en su delirio, soñaba con el espejo de Julia, que reflejaba caballos de horrendas facciones desbocándose por precipicios, o arrastrándole por campos de espinos, pero nunca en el sendero de la gloria. Lauso, el delicado Eurímaco, Galo y su médico griego lo cuidaron con solicitud, y bajo un higuero tupido del jardín repuso su maltrecho cuerpo, consiguiendo finalmente el prodigio inesperado de regresar a la arena. Reapareció en olor de multitud en los juegos de Ceres, conduciendo el mejor tiro de la historia, formado por *Abigeius*, *Lucidus* y el sabio *Pompeyano*, équidos con los que venció una vez tras otra a sus rivales más diestros, Avilio Teres y Flavio Scopus, incapaces de seguir la estela de sus corceles ni de atinar con una estrategia que frenara sus triunfos.

Con las lisonjas cualquier cabeza puede envanecerse, pero al lusitano la plebe le infundía turbación, y como presentía que cualquier día podía morir y durar menos que el perfume de una rosa, se esforzaba en vivir instantes de felicidad con la hermosura tranquila de Camila, siempre natural como un pámpano de vid, o entrenarse con sus insobornables caballos. No ambicionaba más placeres.

* * *

Roma se abrasaba en los incendios rojos de la canícula, y las golondrinas se perdían en sus vuelos asombrosos por el cielo romano. Adriano, junto a la emperatriz, Lucio Cómodo, dignificado con la potestad tribunicia, Antinoo y su despechada amante Julia Balbila, emprendió un nuevo viaje, esta vez a Egipto, donde anhelaba sumergirse en los misterios de Amón y Osiris con su amado discípulo. Sus leales lo despidieron en Ostia y el embarcadero lucía ornamentado con arcos decorados con el signo de Roma, el SPQR.

Julia dedicó a Diocles una mirada de reto en la que se combinaban el desprecio y la pasión, y el auriga bajó los ojos, pues en la clandestinidad de su corazón quedaba aún cierto rescoldo de afecto hacia la astróloga.

Adriano abandonaba la urbs hastiado de la aversión de los senadores, estimulados por su cuñado Serviano, quien, como *princeps senatus*, anhelaba para sí la púrpura imperial. Comandaba una siniestra cuadrilla de intrigantes patricios formada por Fábato Dives, Macrino y Torcuato, tres potentados con intereses en el Cardo Argentarlo, la cumbre bancaria de Roma, que lo odiaban con inquina y conspiraban a sus espaldas, pero el emperador poseía dos baluartes insustituibles que lo defenderían hasta la muerte: el pueblo de Roma y sus legiones.

* * *

Nubes henchidas de lluvia arribaron a Roma del Tirreno aquel crudo invierno, mientras llegaban también noticias de Adriano, quien proseguía su marcha triunfal por Egipto. Vientos silbantes se colaban por atrios y ventanas, avivando los braseros y haciendo tiritar los cuerpos, mientras mendigos y desheredados morían en las gélidas noches, tendidos en las escalinatas del templo del Pudor.

Y Roma, mientras soportaba las inclementes crudezas, recibió con estupor una inesperada y luctuosa noticia que la sumió en el dolor de su recordado César.

Antinoo, el objeto de adoración del Augusto, el dócil efebo que apenas si frisaba la veintena, había perecido ahogado en el Nilo, en el oasis de Amón, después de acudir a los ritos sagrados de Osiris, que le aseguraban la inmortalidad de su regio amante si él sacrificaba su vida. Se la presentó en una bandeja de oro, para desolación

de Adriano, quien extravió de golpe el principal aliciente que lo ataba a la vida. La obsesiva admiración que sentía por el joven bitinio lo había devorado, y ahora el dolor era la única medida de su existencia.

Al emperador le cautivaban los enigmas sin esclarecer, y, propenso a lo esotérico, había consagrado el Olimpión en Atenas y había asistido en Arabia al renacimiento del ave Fénix acompañado del hermoso Antinoo. Abandonados a las azarasas influencias de los astros, se habían entregado a la gravitación hermética egipcia, a los cultos cruentos de Orfeo, al rocío sangriento de Mitra y a los ritos secretos de Baal en Tiro, hallando en sus secretas búsquedas la muerte de aquel a quien idolatraba.

El Senado lo criticó despiadadamente, pero hubo de decretar cuatro días de luto por mandato del augusto. Las colgaduras y crespones púrpura colgaron de las basílicas y en el templo de Isis de la urbs se ofrecieron sacrificios y plegarias. El adorado cuerpo del efebo fue momificado por sacerdotes egipcios e inhumado en una tumba faraónica, mientras en el Campo de Marte se le dedicaba un mausoleo de alabastro que el pueblo llenó de lirios blancos.

Lucio Cómodo, que había regresado a Roma para asistir al nacimiento de su primogénito, transmitió al grupo de íntimos que el César vivía sumido en una desesperada soledad, y que, presa del desconsuelo, se revolvía contra la fatalidad, naufragado en un torrente de congojas. Ignorando las críticas, lo había divinizado entre los dioses olímpicos alzando en Egipto los cimientos de una ciudad en su honor, Antinópolis.

La examante de Diocles, Julia, que acompañaba a la emperatriz Sabina, había inmortalizado el luctuoso hecho con unos versos elegiacos que han quedado como dechado del dolor por la muerte de un ser amado. Se ignoraba qué combatientes pugnaban en el interior del emperador, si la pasión por el muchacho o su deber como gobernante, pero el prefecto Marcio Turbo sí se atrevió a opinar, ante el grupo de hispanos:

—Nuestro amado *Histrion*, en este desgraciado asunto, no ha alcanzado a conciliar la razón con su fogosidad hacia el joven, y en el Foro le cantan letrillas bochornosas. Que los dioses lo absuelvan.

Galo le envió un poema de consolación, al que el augusto le replicó un mes después, desde Alejandría, con una sentencia que no había olvidado: «Amigo Aulio Galo, no creas que mi amor por Antinoo era un simple punto luminoso en mi vida, te aseguro que la abarcaba toda. Su frágil corazón derramó amor puro en el tiempo que lo traté y su ausencia avivará mi afecto en el devenir nebuloso de mi existencia».

Adriano se había portado tal como era, imprevisible, emotivo y fogoso. Sin embargo, es bien cierto que la gloria de un emperador de Roma nada tiene que ver con sus sentimientos. Aquel aciago suceso aún no se había desvanecido de la memoria de Gayo, y contemplando su estatua junto a las cenizas de Adriano, acudía a su mente la controvertida relación entre el César y el efebo con vaga nitidez, pues, ¿qué es la mente humana, sino una gran necrópolis de imágenes muertas?

También en aquella estación Diocles vivió el dichoso nacimiento de su hija Drusila, que apadrinó Galo Cimber. El feliz acontecimiento convirtió el frío en tibieza y felicidad, y, siguiendo la costumbre etrusca, instalaron en el atrio un lecho a los dioses Picummus y Pilummus para que desde su puesto de vigilancia cuidaran de la pequeña y la liberaran del mal de ojo. En su cubículo erigieron además una efigie en oro puro de Ilicia, la deidad de los nacimientos, que le regaló Galo.

* * *

Hastados de la severidad del invierno, cuando las frescuras de los rosales del templo de Claudio oreaban el Celio, Adriano Augusto regresó a Roma. Llegó de incógnito, sumergido en el pesar, y se encerró en sus habitaciones sin procurarse el calor de sus amigos, sumergido en los estudios astrales con Julia, pletórica de una belleza madura que fascinaba. Transcurrieron las semanas sin que el *Divus Histrius* diera señales de vida, enclaustrado en las soledades del Palatino. Los hispanos, Cómodo, Turbo, Vero, Galo y Diocles, se reunían en las termas de Trajano lamentándose del enclaustramiento del emperador, que aún no había destilado el poso de dolor de su corazón.

—Démosle tiempo para que restañe las heridas de su alma —les rogó Lucio.

Compareció el mes de mayo, y aún revivía en la memoria de Diocles que al regresar del puente Suplicio, donde los romanos arrojan al cenagoso Tíber figurillas de barro y mimbre para honrar a Hércules, Galo y el auriga se quedaron sorprendidos al observar un bullicio de gentes que murmuraban y se lamentaban ante el templo de Jano profiriendo grandes gritos y lamentos. Se quedaron paralizados y recelaron de algún hecho luctuoso que desconocían. Tras años de clausura, las puertas del templo estaban abiertas de par en par, y el gentío del Foro vociferaba, congregado ante la Rostra de los Oradores.

—¿Qué ocurre, Aulio? ¿Está Roma en guerra y lo ignorábamos? ¡Por la maza de Hércules!, que me aspen si sabía algo —protestó el corredor—. ¿Qué nación se rebela ahora contra el poder de las legiones?

Mientras leían las Actas del Foro, los tribunos y algunos senadores salían de la basílica Julia explicando a la plebe la causa:

«¡Los judíos se han sublevado contra Roma!», gritó un *quinte* indignado. «¡*Delenda est Judaea!*!», gritaban otros, recordando la frase de Catón^[89].

—¿No fantasearán estos patanes? No es posible —dijo Gayo desconcertado.

Pero Galo se tornó taciturno y le reveló que conocía por Lucio Cómodo que la pacificación de Judea era un guijarro en la sandalia de Adriano, y que por esa razón había regresado desalentado a Roma, incapaz de hallar la conciliación.

—Lucio me confesó que Adriano intentó repoblar con romanos el solar de la Jerusalén devastada por Tito y fundar en él una nueva ciudad, Elia Capitolina; pero

sólo consiguió exacerbar a los ardorosos zelotes, que respondieron con refriegas sangrientas.

—Adriano no soportará ese reptil subiéndole por la túnica, lo aplastará con saña. Recuerda sus palabras a Quieto de Nabatea —le conminó.

El edil de los *ludi* lo invitó a ocupar una litera y escapar de un grupo de exaltados aficionados que habían reconocido a Diocles, asegurándole premonitorio:

—Gayo, conozco bien a Adriano, y puedo asegurarte que este asunto acabará por convertirse en su tumba.

Transcurrió un tiempo y las puertas del templo seguían sin cerrarse, pues la amenaza judía, lejos de deponerse, se enquistaba más cada día que pasaba. Como el segundo acto de una tragedia macabra, arribaban noticias de matanzas intolerables para el emperador, el Senado y el pueblo romano todo. Contaban que la Décima Legión, La Expedicionaria, había apostado en la puerta de Damasco de Jerusalén las insignias del SPQR con su emblema, un jabalí furioso, que los judíos habían confundido con un cerdo, animal impuro para su religión.

Los lábaros fueron pisoteados y destrozados por una turba enloquecida de judíos y se iniciaron virulentas escaramuzas entre la guarnición romana y los zelotes, a las que respondió el gobernador Rufo ahogando en sangre la rebelión, prohibiendo la circuncisión de sus varones y abriendo escuelas griegas junto a las sinagogas. Era demasiada blasfemia para un pueblo que conducía su nacionalismo y a su dios a cotas de demencia.

Al fin, Adriano, agazapado en el abatimiento de su espíritu, envió al círculo hispano el señuelo de que los tenía presentes en su corazón y que por encima de su desgracia prevalecía el sentimiento de amistad. Homenajearon a su amigo y César en respuesta, y lo acompañaron a inaugurar el Odeón, un centro de saber universal con el que procuraba aliviar la pobreza cultural de los romanos. Besó sus mejillas con infinito afecto, y aunque parecía ausente y desalentado, les contó con su habitual afabilidad:

—Quiero mostraros mi nuevo retiro, que inauguraré en breve y que para mi desolación no pudo contemplar en vida mi alma gemela, el eterno Antinoo.

Los condujo a su idílica quinta de recreo de Villa Adriana en el Tíbur^[90], un elíseo de palacios, lagos, jardines y temples, donde se veneraba al arte de Fidias y Praxíteles y la estética griega se enaltecía. Aquel mismo día el emperador les presentó a un nuevo miembro de la tribu hispana, un muchacho singular llamado Marco Annio Vero, al que Adriano había apodado *Verisimus*^[91] por la vasta dimensión de sus conocimientos y el estoicismo de sus costumbres. Era hijo del poderoso Annio Vero, senador oriundo de Ucubi, en la Bética, y líder del partido ibérico. Con el tiempo, ese joven meticuloso y austero que tan sólo bebía hidromiel de Frigia, la célebre *aqua mulsa*, y que no creía en la felicidad terrenal, sucedería a Antonino Pío en el trono de los Césares. Mientras Diocles platicaba con él de las benignidades de Hispania y de los caballos de sus tierras, le reveló un principio

político que a la postre se vería cumplido.

—Amigo Diocles —le dijo—, mantiene Platón que el mundo marchará venturosamente cuando los príncipes sean filósofos, o los filósofos príncipes.

Villa Adriana era un paraíso regido por misteriosas jerarquías, y el emperador, que sentía horror por la fealdad, se ajustó con exactitud y pasión los cánones de la hermosura griega. Les mostró la nueva Academia, las cuadras, presididas por una cabeza jaspeada de *Borístenes*, la pinacoteca y las dos bibliotecas, una griega y otra latina, donde atesoraba sus pinturas más queridas y su abastecida colección de papiros. Los árboles que rodeaban los lagos, los temples egipcios y los teatros acuáticos parecían teñidos de oro, y la sinfonía de sus aguas escondidas, los trinos de los pájaros y el olor de los frutos maduros, el jazmín y el azahar, cautivaban por su belleza.

Presenciaron una tragedia escrita por el emperador en un edificio llamado Poikile en memoria del ágora ateniense, y al que llegaron atravesando en una trirreme un estanque denominado Canopus, como el canal alejandrino. Después sacrificaron una tórtola y una paloma en el templo del dios Serapis, del que Adriano era piadoso seguidor, en recuerdo de su amante desaparecido, y con lágrimas en los ojos les confesó que no soportaba la ausencia de Antinoo y que el caso judío lo irritaba hasta el punto de la ira, pues se enfrentaban a Roma las armas de la obcecación y la intolerancia, para las que él carecía de argumentos.

—¡Los judíos!, otra vez esa intolerante raza semita —se lamentó—. Propalan a los cuatro vientos que su dios, para humillar a Roma, ha enviado a su ungido, el Mesías Prometido lo llaman, y que el día de la liberación ha llegado a Judea. ¡Qué estéril lucha, por Venus!

—Es un pueblo altivo y sectario que desprecia la duda sobre su religión —dijo Galo.

Adriano era un alma atormentada, con una idea fatalista del mundo, resultaba evidente. Sus grandiosos planes no eran entendidos por los judíos, que a cada decisión del emperador creían descubrir una profanación a su dios y una infamia a sus leyes. El César les habló frío y desapasionado:

—Pero ¿en qué los hemos ultrajado? Esta absurda guerra me confunde. El gobernador Rufo me informa desde Jerusalén de que el pueblo aclama a ese mesías que no es sino un fanático oportunista lleno de odio hacia Roma. Se llama Simeón Bar Kochba, el Hijo de la Estrella, al parecer un gigante pelirrojo al que invocan como rey de Israel. Además, aseguran que los libraré de nuestro dominio, lo que, tristemente, me obligará a abandonar estas bonanzas y resolver el asunto en la misma Judea.

—Otros emperadores han dirigido las guerras desde Roma. ¿Pot qué has de arruinar tu precaria salud en esos pedregales? —le dijo Galo, temiendo por él.

—Mi buen Galo, la política es una ciencia práctica y preciso conocer cuanto allí acontece por mis propios ojos, pues lo primero que suelen aniquilarse en una guerra

son la verdad y la razón —replicó cerrando sus párpados rosados.

Como un espléndido maestro de la política, los informó apesadumbrado de que el sumo sacerdote judío, Eleazar, y el jefe del sanedrín de Jerusalén, el nonagenario Akiva, apoyaban al visionario líder, pues, según lo profetizado en sus escrituras, en la fecha del levantamiento se había producido la conjunción de los planetas Saturno y Júpiter en el signo de Piscis y había lucido en el firmamento la estrella de Jacob, padre de la patria hebrea, signo inequívoco de que su dios sin nombre los conduciría a una victoria inapelable sobre Roma.

El César aspiró el perfume y, protegiéndose con elegante ironía, les dijo:

—Y para empeorar la situación, Rufo me notifica que esos bárbaros zelotes han pasado a cuchillo a dos guarniciones y atacado a los legionarios de Publio Marcelo que acudieron en su ayuda desde los acantonamientos de Egipto. Y para mortificarme más aún, la nueva ciudad que mandé levantar ha sido incendiada. El cerebro de la rebelión, Akiva, rabino de gran reputación en Judea y con el que mantuve en mi anterior viaje valiosos diálogos, y los sabios rabinos Ieoshua ben Janania, Tarfón y ben Azariat atizan las brasas de la rebelión, atreviéndose incluso a emitir monedas con la provocadora inscripción JERUSALÉN Y LIBERTAD, pues dan por supuesta su victoria. ¿No es una afrenta inadmisibles para Roma?

—Judea es una espina clavada en la mano extendida de Roma —intentó sosegarlo Galo—. ¿No enviaste como emisario a Jerusalén a Quieto el Nabateo para negociar la paz?

Adriano, obligado a justificarse, les aseguró contrariado:

—Así es, pero nada se ha sabido de su legación. Es más, Rufo cree que ha sido una pieza clave para poner a buen recaudo el dinero judío en los bancos sirios y armenios. Siempre me inspiró recelos y nunca me fié de él, y como detesto que este asunto se convierta en el gran fracaso de mi gobierno, volveré a hacerme a la mar y prestaré el consuelo de mi presencia en los cuarteles de Judea.

—«Recuerda, romano, que tu destino es gobernar el mundo» —recordó Cómodo la máxima del poeta Virgilio Nasón—. Pero no dilates tu ausencia, César.

—Parto dentro de seis días para el puerto de Sidón, y espero regresar pronto. Estableceré mi cuartel general en Antioquía, donde habré de convertirme en maestro de ceremonias de lo que más detesto, la guerra —les explicó, abatido—. He ordenado trasladar desde Britania al escenario de la contienda a dos legiones experimentadas en la guerra de emboscada, la Fulminans y la Ferrum, bajo el mando de Julio Severo, un general leal que arrasaría Roma, para que recoja la jabalina ensangrentada^[92].

—Que Venus Victrix te ayude, nuestro señor y César —le desearon sus fieles.

—Así lo espero, amigos míos. Ni Roma ni mi debilitado cuerpo pueden soportar una guerra larga y agotadora, y la victoria ha de ser completa y rápida. Rezad a los dioses por mí, os lo ruego.

Adriano cumplió su palabra y renunció a las umbrías de Tíbur por los áridos desiertos de Judea, a su succulenta mesa por el rancho del campamento militar, al

ónice de sus vajillas por el latón de las escudillas de los legionarios y a la corona de oro por la armadura y las botas de legionario.

* * *

Pasaron los meses y la guerra se enquistó, para infortunio de Adriano. Arribaban correos de Judea en los que se aseguraba que el César quebrantaba poco a poco su depauperada salud, viéndose incapaz de solucionar el amargo conflicto, a pesar de la crudeza mostrada con el enemigo por el general Severo.

Diocles, mientras tanto, seguía ascendiendo en su carrera como *agitator* y héroe de los hipódromos, convirtiéndose en auriga miliario, vencedor en mil competiciones, algo nunca visto hasta entonces en los circos del Imperio. La visión del espejo cóncavo de Julia Balbila se cumplía con religioso rigor, y Diocles lo traía a su memoria continuamente, como el que acarrea un sueño pavoroso pero dichoso, imposible de borrar de su memoria.

Camila, en un parto delicado que casi le cuesta la vida, había alumbrado a su hijo Nevio, un nuevo eslabón de la *gens* Apuleva en la inacabable marea de la vida, que también apadrinó Galo, brindándole un festín inolvidable.

Todas las tardes, acompañando al prefecto Marcio Turbo, el clan hispano se reunía en las termas de Trajano; pero un atardecer del sofocante estío, mientras sesteaban en el *frigidarium*, observaron la llegada de una litera vigilada por dos lictores y adornada con penachos de pavo real y esferas doradas, de la que descendió el elegante senador Lucio Cómodo, quien, con un papiro en la mano, los buscaba con sus ojos miopes para informarles de las nuevas que el emperador enviaba al Senado.

Su semblante denotaba júbilo, y aguardaron impacientes.

—¡Valiosas noticias, amigos míos! Al fin pueden cerrarse las puertas del templo de Jano. Nuestro augusto y amigo regresa de Oriente victorioso.

—¿Ha concluido la guerra de Judea? —se interesaron.

—*Roma victrix, Adrianus victor!* —exclamó Galo, y todos lo secundaron.

—Así es —dijo jubiloso—. Os relataré lo que anuncian las cartas enviadas por Adriano desde Tiberíades^[93]. Nuestro César y amigo, a costa de un infierno de privaciones, ha liquidado el caso judío por la vía expeditiva. Ya conocíais por mi boca que Jerusalén había sido reconquistada, pese a la ferocidad de los judíos; y conforme a la costumbre romana, ha sido quemada hasta los cimientos y arada con una yunta de bueyes, borrando así su ingrato recuerdo y obligando a su líder o mesías, ese tal Simeón el Hijo de la Estrella, a huir a las montañas y hacerse fuerte en Bethas, un nido de víboras del que no podía escapar con vida.

—Una tierra roída por el desvarío y la ira, ¡y merecían ese fin! —sentenció Marcio Turbo.

—Pues la campaña posterior no ha podido ser más provechosa para nuestros

ejércitos, que no obstante han tenido que dirimir una lucha sin gloria en un territorio adverso y sin enfrentamientos dignos. Tras dos años de contiendas, la sublevación ha sido sofocada y los miembros del Sanedrín ejecutados.

—Demos gracias a Marte Vencedor —lo interrumpió Galo.

—Los cautivos han sido vendidos como esclavos en los mercados de Gaza y Sidón al precio de un jumento, y el resto de esa raza insidiosa se ha dispersado por Antioquia, Alejandría y Pérgamo. Judea ha sido borrada del mapa y Adriano le ha impuesto un nuevo nombre, Palestina. Según su epístola, han perecido seiscientos mil insurgentes, y sus ciudades han sido arrasadas hasta los cimientos. Por fin Elia Capitolina se yergue donde se alzó la antigua Jerusalén, pregonando al mundo el poder y el orden de Roma.

—*Vae victis!*, ay de los vencidos —se alegró Turbo—. Y ese iluminado de Bar Kochba, el Hijo de la Estrella, ¿qué ha sido de su pellejo?

—Ha perecido como una bestia rabiosa abatido en su escondrijo, y Akiba, el instigador en la sombra, ejecutado. El levantamiento, amigos, ha sido sofocado en su propia sangre. Ningún judío puede acercarse a Elia Capitolina más de una vez al año, el artero Sanedrín ha sido trasladado a Tiberíades, y en ausencia de su odioso templo, las sinagogas se han convertido en el centro de las comunidades dispersadas. No obstante, sostiene el emperador en su carta que los profetas han lanzado una maldición contra Roma y que sus rabinos, por boca del gran sacerdote Josué ben Kisma, se han juramentado para humillar a los romanos mientras vivan. ¡Locos exaltados!

—Y de Quieto de Nabatea, ¿se sabe algo? —preguntó Gayo con malsana curiosidad.

—Ha desaparecido de la faz de la tierra, escapando del cerco de nuestros espías.

—Y, ¿cómo se encuentra el ánimo del Augusto? —se interesó Galo.

—Mezcla de dulzura y amargor. Asegura en sus pliegos sentirse cansado y reposa en Sidón. Disfruta de la compañía del joven tribuno Céler y de un nuevo amante griego, Diótimo de Gadara, que difícilmente saciará el vacío de su alma inconsolable tras la muerte de Antinoo. Pronto lo conoceremos, pues ha partido para Roma, donde se le prepara un apoteósico triunfo.

—Toda guerra posee su héroe, y Adriano lo merece —sentenció Diocles—. ¡Larga vida para nuestro agosto!

—Ha acompañado su carta de un cofre con las monedas que esos cerriles sacerdotes emitieron para solemnizar su fallido levantamiento —y les mostró una de ellas—. La podéis examinar antes de que la devuelva al tesoro de Saturno.

—¡Magnífica aleación! —observó el numismático Galo.

—Te he reservado una bolsa para tu colección, Galo —le explicó Cómodo—. Mi secretario te la llevará a tu *domus*. Así recordarás siempre el poder de Roma.

Se trataba de unas rutilantes piezas de oro de fusión perfecta. En el anverso destacaba un templo con tres columnas, el santuario de su dios sin nombre, y en el

reverso una estrella, la de su legendario rey David, así como una leyenda en arameo y griego: JERUSALÉN Y LIBERTAD. Si bien la guerra había concluido y el César regresaba, sus amigos temían, no a su colérico dios, que los había abandonado a merced de las legiones romanas, sino al poder del oro judío y a la desaparición de Quieto el Nabateo, que de negociador se había convertido en cómplice de la causa hebraica, pudiendo causar en el futuro un daño irreparable a los proyectos de Adriano en Oriente, por lo que presintieron que la serpiente de la traición se había escurrido sigilosa bajo el trono del Palatino. ¿Espía, enemigo, conspirador? ¿Acaso la conducta del romano árabe no debería ser considerada sospechosa?

Bien le valdría a Marcio Turbo, el sagaz prefecto de Roma, no perder la pista del escurridizo y falso negociador, por el bien del Imperio.

* * *

Adriano, con las esperanzas aniquiladas y los sueños rotos, regresó a Roma de los desiertos de Judea un día cargado de nieblas en el que las Hiades, hermanas en el firmamento de las Pléyades, derramaban sobre Roma densas lluvias.

Casi no lo reconocieron cuando sus amigos le besaron el anillo imperial en su aislamiento del Tíbur, pues se había operado en él una súbita transformación. No era aquel hombre hermoso y de estimulante vitalidad que conocían, sino un anciano prematuro y caduco. ¿Tal era el tributo que pagaba por su terrorífica responsabilidad de gobernar al mundo en soledad?

Mientras disponía la sucesión al trono, rodeado por los abejorros de su familia, se centró en sus aficiones favoritas, la flauta, los caballos, las charlas filosóficas y la pintura, aunque su terco celo en la discusión se había mudado en obsesivos soliloquios. Por alguna desconocida causa, ya no procuraba la intimidad con Julia Balbilla, que de nuevo compartía su vida con la emperatriz Sabina. Se las veía juntas por el Palatino, viajaban a Bayas en secreto y organizaban fiestas de esplendor asiático en palacio, a las que asistía Galo, Eurímaco y los vates, filósofos y escritores de Roma, como Seutonio, el secretario de la emperatriz, a quien Adriano, tal vez por despecho, separó de su séquito tachándolo de necio, decisión alejada de su proverbial tolerancia; la inagotable actividad del emperador de antaño se fue transformando en una retahíla de eventos trágicos, cuando siempre se le había atribuido la perfección suma.

Como no había tenido descendencia de Sabina, Adriano acudió a la fórmula legal de la adopción de un hijo para designar al príncipe que debía sucederle en el trono imperial. La noche había caído sobre los tejados de Roma, los pebeteros exhalaban sahumeros a incienso de Arabia y, descorazonado, Adriano confió a sus fieles los dilemas que oscurecían su alma:

—Los hijos adivinan a las personas que han de amar, pero ése es un don natural

que yo no podré disfrutar nunca —se lamentó.

—Es cierto que los hijos atenúan la soledad de la muerte, César, pero posees amigos de acrisolada lealtad —le dijo Turbo, que anhelaba para sí la sucesión.

—Un heredero de mi sangre endulzaría mis penas, pero también convertiría en más amargas mis desgracias. He de buscar pronto a quien me suceda y no sumir a Roma en la incertidumbre como hizo Trajano conmigo —se sinceró.

Pensó primero en Marcio Turbo, el garante del orden público en Roma, pero el viejo pretoriano era considerado como un rústico soldado sin instrucción, por lo que desechó esa opción. Pasó también por su mente el nombre del general Julio Severo, hombre honesto pero huraño y cruel, y tras reflexivas meditaciones Adriano se decidió al fin por Lucio Cómodo, el elegante senador que encarnaba las virtudes de las viejas estirpes de Roma. Tras nombrarlo cónsul, lo adoptó como hijo y le otorgó el nombre de Lucio Helio César.

Tan inesperado nombramiento exacerbó la indignación de los elementos más inmovilistas del Senado, y sobre todo de su cuñado, el nonagenario Serviano, y del nieto de éste, Fusco, que ansiaban para sí la púrpura. Se sucedieron las conjuras contra el César *extranjero*, las reuniones secretas con generales ambiciosos y el tratamiento en privado como imperator a Serviano, que llegó incluso a sentarse en el sillón regio de la Domus Augustana. La conspiración llegó a oídos de Adriano, quien la frustró con mano de hierro brindando una muerte digna a ambos, padre e hijo. Su físico les cortó las venas en el baño familiar, un ejemplar castigo que serviría de escarmiento al resto de los conjurados. En presencia de su círculo, escupió una frase cargada de ira que sonó como una maldición:

—El único propósito de la vida de ese hombre ha sido humillarme, y además ha rogado una agonía interminable para mí. ¡Que las Parcas lo confundan!

—La traición es tanto más pavorosa cuanto más cercana al corazón y a la sangre, Augusto —le manifestó Diocles.

—Gracias a Venus que mi hermana Paulina ya no vive entre nosotros, pues esta maldad le hubiera traspasado el alma, Gayo —le confesó el emperador, apesadumbrado.

Tras la fallida conspiración, se atrincheró en sus recuerdos como un misántropo que odiara la vida y a sus semejantes, y se sentaba bajo las moreras del palacete sumido en silencios de ansiedad. En ese ambiente de abatimiento, una noche, concluida la cena, se oyeron los sordos crujidos del metal de un pretoriano que llegaba de Roma para anunciar a un Adriano cariacontecido:

—Mi agosto, la emperatriz Sabina ha entregado su alma a los dioses. Ha expirado hace una hora en el Palatino, asistida en todo momento por la princesa Julia Balbilla, que ha cerrado sus ojos en tu nombre.

—Que Proserpina la conduzca con mano firme por la Estigia —dijo el agosto, sin el menor atisbo de dolor.

En sus ojos se dibujó un súbito abatimiento. No oía nada, no sentía nada y se

encerró en un mutismo impenetrable que duró varios días. La muerte de su esposa vino a llenar su retiro, si no de dolor, sí de sospechas. Había muerto de un cólico desgarrador, rodeada de la *gens* hispana adicta a su persona y de la inefable Julia, quien, desde la disputa con Camila, jamás se había dirigido a Diocles ni con su palabra ni por escrito, como si no existiera. Algunos quisieron ver un veneno oportuno en la muerte de Sabina, quizás incluso procurado por la mano siempre extraña de la princesa siria, presente en todos los actos oscuros del Palatino.

—¿Por qué habría yo de mandarla asesinar, cuando hace ya muchos años que no representaba nada para mí? —se defendió Adriano con desprecio—. Como sostiene Platón, la única ventaja de gobernar es no ser gobernado por alguien con menos talento que tú, y esta casa imperial está llena de imbéciles y medradores.

En sus ojos fulguró una mirada altiva, pero sin pasión, y la luna, ajena a sus tribulaciones, aparecía a ratos ocultándose enseguida entre nimbos de nubes blanquecinas.

* * *

Una lluvia melancólica sacudió días después los tejados de Villa Adriana, cuando una tarde invernal los leales se ejercitaban en el gimnasio junto al emperador y el nuevo príncipe Lucio Cómodo. Diocles conversaba con él, cuando de repente sufrió un vahído. Se apoyó en una columna lívido como el estuco, sobreviniéndole a continuación un vómito de sangre que los estremeció. Expulsaba la vida por la boca ante los atónitos ojos del clan hispano, y asustados avisaron a los físicos; sin embargo y pese a ello, el distinguido sucesor de Adriano expiró en sus trémulos brazos una hora después. Eran las calendas de enero, Roma tiritaba y el heredero acababa de cumplir treinta años.

—Que Némesis lo tenga en su frío seno, pues era un romano honesto La fortuna no puede serme más esquivada.

El emperador, incapaz de tolerar más desdichas del destino, adoptó un ademán de seria gravedad, pues el futuro de Roma le inspiraba temor, y auscultaba los astros presa de la angustia. Los escrúpulos y el pavor al más allá lo atormentaban, y se consolaba con sus favoritos y con la lectura de Lucano y Séneca, el filósofo que había conducido a Adriano al estoicismo, pues a Platón y Virgilio los aborrecía. Recelaba de todos, no probaba el agua y apenas si comía, convirtiéndose en un misántropo.

No obstante, el asunto de la sucesión lo conturbaba y así lo expresaba a sus amigos, por lo que en los idus de abril, en un momento de sutil lucidez, convocó en Villa Adriana a la familia hispana, con el anciano senador Annio Vero a la cabeza. En su presencia fue desgranando nombres de posibles sucesores, y tras muchas discusiones, fijó sus preferencias en Tito Aurelio Antonino, el piadoso censor de la Moral Pública, que encarnaba la sobriedad del antiguo romano. Hombre íntegro y

acaudalado (había heredado una inmensa fortuna), se comportaba con sus semejantes con virtuosa bondad. Casado con una Vero, Annia Faustina, su abuelo había sido íntimo de Trajano y su afinidad al clan hispano era proverbial y conocida.

Se le convocó con urgencia en la villa del Tíbur, y ante su estupor, Adriano le anticipó la púrpura imperial con la condición de que a su vez adoptara como hijo y sucesor a Annio Vero, *Verísimus*, el joven y entusiasta seguidor de los blancos, que sentía pasión por los filósofos griegos y a quien Diocles tenía por un joven incomparablemente hábil para la política. De compleja personalidad y reservado carácter, aquel mismo día asumió el nombre de Marco Aurelio.

Adriano no pudo estar más acertado en el nombramiento de los dos hombres que habrían de sucederle, pues sus virtudes fueron señaladas y ambos amados por el pueblo y los dioses de Roma.

* * *

El día de su investidura, la tribu hispana se hallaba bajo los efectos de la emoción. Una luminosidad velada gravitaba en la estancia Poikile, repleta de senadores, magistrados y cónsules. En el perfil de Adriano se afinaba un rictus de desolación cuando Antonino penetró en el salón, con sus ojos saltones apagados, la toga púrpura algo desaliñada y la barba espesa, según la moda de los filósofos cínicos. Lo acompañaban su esposa Faustina y el joven Verísimus, quien escudriñaba con sus penetrantes retinas cuanto le rodeaba.

Antonino, patricio sensible a la música y amante de la agricultura —a menudo se le veía cuidando árboles en su huerta de la Vía Salaria—, aceptó los términos de la transmisión imperial. Adriano se aclaró la garganta antes de replicarle, y se hizo un silencio de los que quedan para la posteridad y cuya duración no es posible medir. Con la respiración contenida, nadie osaba moverse:

—Padres Conscriptos^[94] —empezó, emocionado—. La mucha confianza en la vida hace que no apreciemos su belleza, y yo ya me hallo en trance de perderla. La naturaleza no me ha concedido el bien de la paternidad, pero el poder elegir a mis hijos me permite poseer los mejores. El primero, Lucio Cómodo, probó antes la sepultura que el trono de los Césares, y Antonino, mi segundo sucesor, un romano íntegro y de condición sencilla, os brindará lo que yo os hurté: sosiego y misericordia. Ha sido antes pretor y procónsul en Siria, por lo que conoce las pasiones de los pueblos, la maldad de la guerra, la clemencia y el castigo. A él y a su sucesor Marco Aurelio, paradigmas ambos de virtud, les traspaso el Imperio con la seguridad de que suplirán mis muchas flaquezas para con la República, y que sus valiosos gobiernos exculparán mis yerros. ¡Amadlos como yo!

Nadie pudo ocultar su turbación cuando Adriano, con trémula torpeza, colocó en el cuello de Antonino la Pirámide de la Luna, el talismán de Nerva, así como el anillo

imperial que antes habían llevado Trajano y él mismo. Lo abrazó como a un padre natural, articulando el más bello elogio que un hijo puede pronunciar:

—Padre mío, augusto Adriano, abrigaste un entusiasmo apasionado por la vida, empleando tu talento en provecho de tus semejantes sin preocuparte de las alabanzas. Menospreciaste cosas que otros aprecian, e incluso trataste tu persona con el rigor del soldado, ¿y hablas de fracasos? La historia ya se ha pronunciado: nadie como Publio Helio Adriano se afanó tanto por la paz, la universalidad de las razas y la prosperidad de Roma, que siempre estará en deuda contigo. Que Júpiter te ensalce.

Adriano, que secaba a hurtadillas sus lágrimas, se sintió complacido y disfrutó del instante más bendito de su agonía.

—Aunque aseguran que Antonino es más tacaño que Catón de Utica, no hallaremos en él falta de fervor piadoso —aventuró Galo, y el tiempo lo corroboró.

—Antonino posee un alma atemperada por la ecuanimidad, conoce la naturaleza del alma humana y su corazón está impregnado de bondad —le dijo el auriga—. Un día presencié cómo cargaba a costas a su anciano suegro para que no pisara los charcos antes de entrar en el Senado. Pero Adriano es irrepitible.

Hasta los senadores que lo detestaban abandonaron el Tíbur apesadumbrados. Era la declinante hora de un crepúsculo que enrojecía los olivos y almendros. La quietud de la tarde consumaba el día en una oscuridad espesa, y la confusión por la inminente muerte de un amigo mordía el alma de sus más afectos.

* * *

La exigencia de su alma insaciable consumió a Adriano, quien únicamente en la amistad de sus afectos encontró remedio contra el dolor y el abatimiento.

—Diocles, siento en mis sueños el relinchar de *Borístenes* que me convoca desde la otra vida. Pronto lo cabalgaré por los Campos Elíseos —le confesó.

El auriga de Hispania se angustiaba al no poder brindar el sosiego que precisaba el emperador, que ya había renunciado a vivir y que, en una maniobra de rebeldía, determinó quitarse la vida discretamente. En una noche de dolores desgarradores, le rogó a Mástor, su inseparable servidor, que lo atravesara con su espada, pero el infeliz huyó horrorizado del Tíbur. También se lo exigió de rodillas a uno de sus médicos, el pulcro Iollas de Alejandría, que para no faltar al juramento hipocrático prefirió beber la cicuta él mismo antes que envenenar a su César. Aquellas dos decepciones lo ensimismaron en una reflexión misteriosa, y su rostro se convirtió en un pellejo de arrugas, ilegible y aterrador. Comparecieron los calores de julio, y ni tan siquiera en las frescuras del lago Canopus podía conciliar el sueño.

—Oigo ladrar a Cerbero, y Caronte me llama, amigos —les decía a menudo.

Una mañana luminosa, Marco Aurelio, Galo, Turbo y Diocles, sentados en las gradas del Campo de Marte, contemplaban a unos legionarios hispanos alanceando

toros salvajes, una exhibición muy aplaudida en Roma. Al mediodía distinguieron al senador Antonino, el sucesor, jadeante y acalorado, que los avisaba con una mueca de turbación en el rostro.

—La salud del César se ha quebrado definitivamente. ¡Acompañadme!

Villa Adriana se convirtió en una vorágine de idas y venidas de los más insignes personajes del Estado, que convencieron al emperador para que se trasladara al mar a respirar las vitalizadoras brisas de Bayas y recuperar así su ánimo en las aguas sulfurosas. Y después de renegar de sus médicos, recogió la estatuilla de su genio y dos tallas en arcilla de Antinoo y *Borístenes*, rogando irónico a sus fieles que en su epitafio se tallara este mordaz verso: TURBA MEDICORUM REGEM INTERFICIT^[95]. Y antes de abandonar el edén del Tíbur, para no volver nunca más, regaló a sus devotos con voz apagada el último de sus poemas, que jamás podría haber sido pronunciado por un tirano de espíritu ruin.

—Mi minúscula alma —les recitó—, que aprecio tan delicada, vieja amiga del cuerpo donde vives, ahora eres llamada al lugar de los inmortales, pálida, desnuda, tan consumida, tú que ayer fundamentabas mi vida y mi alegría.

En la vaguedad del crepúsculo del décimo día del mes de julio, sus ojos melancólicos extraviaron el fulgor de la vida y una cruel rigidez se apoderó de su rostro, anunciando el inminente fin. Soportó dolorosas hemorragias y la vil consunción^[96] terminó por devorarlo por dentro. Uno a uno, los miembros de la tribu hispana estrecharon su mano larga y blanca, helada como el aliento de Proserpina, y sintieron como si les apretara la garra despiadada de Hades. Adriano había cumplido los sesenta y tres años cuando su espíritu, que se alimentaba de inexplicables concordias, atravesó el umbral de la vida.

La Era de Oro y las grandes liberalidades de Roma agonizaron con él. Era la hora del gobierno de las inmutables estrellas, y el alma del César de la idea fatalista del mundo, del erudito y capaz Augusto, voló a los Campos Elíseos.

Antonino y Marco Aurelio posaron sobre su cabeza una corona etrusca antiquísima y su Augusto cadáver fue conducido por la guardia pretoriana a una aldea llamada Ciceroniana, donde lo velaron hasta que el Senado se hizo cargo de los restos mortales del que ellos habían llamado despectivamente el *Extranjero*, mientras para sus adentros festejaban su fallecimiento.

«Sean los siglos pretéritos quienes lo juzguen —pensaba Diocles—, no esa turba de insidiosos».

¿Pero acaso los grandes favores no engendran grandes ingratitudes?

* * *

En Roma, que acopiaba las llamaradas de la severa canícula, el ceremonial de inhumación resultó imponente. Las damas patricias cantaron los himnos elegiacos

ante una pira en forma de pirámide, mientras un águila real era soltada al cielo desde las terrazas del Palatino, simbolizando el vuelo de su alma inmortal al reino de Hades. El sol acuchillaba los tejados, y también las cabezas de las vestales, los magistrados, los sacerdotes de Marte, los tribunos, los senadores, las plañideras de Juno y la marea humana que se habían dado cita en las orillas del Tíber.

Una gigantesca y silenciosa procesión presidida por el emperador Antonino, Marco Aurelio y los cónsules había partido del Capitolio, donde se había expuesto el cuerpo durante seis días sobre un lecho de púrpura adornado con lirios blancos de Venus, su flor preferida. Incinerado en el Campo de Marte, donde Antonino declamó la exaltación fúnebre invocando los honores divinos, era escoltado por centuriones de seis legiones. Sus cenizas fueron depositadas en una urna de alabastro coronada con un águila imperial, y apostadas en un arcón tirado por seis corceles de la Bética, su cuna.

Lo seguían los cónsules, las matronas de la casa imperial y la princesa Julia Balbila, bellísima en su atuendo sirio y que desde hacía algunas semanas frecuentaba ya el palacete de la hija menor del nuevo emperador, Faustina Galeria, siempre empeñada en instalarse cerca del calor de la jerarquía. «¿Qué extraño instinto poseerá esta mujer que no puede vivir sin el aliento del poderoso?», se preguntaba Diocles, contemplando su hermosura, que, aunque apagada por los años, resultaba aún fascinadora. Los libertos palatinos portaban las efigies triunfales del emperador, seguidos de la guardia pretoriana con yelmos empenachados y los generales, tribunos y centuriones de sus legiones preferidas, la Minerva y las germanas Alauda y Primigenia, que hacían sonar las severas tubas y los roncros timbales de campaña.

Roma lloró a su emperador viajero, al hombre dual y contradictorio, al gobernante creador del alma de la nueva Roma, cuya secreta naturaleza no habían comprendido: «Esta Roma es el epílogo del viejo mundo y la aurora del nuevo orden basado en la paz y no en las guerras», había asegurado un día en el Tíbur a Gayo.

Cruzaron el puente Helio hasta llegar a la inacabada tumba que se había hecho construir al otro lado del Tíber, el Mausoleo de Adriano, el emblema de su inmortalidad, una imponente mole cuadrada de seis pisos rematada con una torre circular ceñida por un peristilo de columnas^[97] de mármol parió y cipreses, donde reposarían eternamente sus cenizas junto a las de su esposa Sabina y las de su hijo adoptivo Lucio Helio César. Un escueto epitafio lo recordaría perennemente a las postreras generaciones: *AL DIVINO ADRIANO AUGUSTO*.

Al fin, el César de los dos rostros, el emperador obsesionado con fascinar a sus semejantes, gozaba de la dicha de las moradas eternas. Galo y Diocles, inmersos en una silenciosa meditación, contemplaban el monumento funerario, y unas apacibles lágrimas resbalaron por sus pómulos.

Muchas veces después, Diocles se prosternó a sus pies y rezó contrito a su Genio, como aquella tarde en la que suplicaba valor y sabiduría para salvar de la ignominia al amigo de ambos, el honorable edil de los Juegos Romanos Aulio Galo Cimber.

El alma de Diocles se había estremecido con el recuerdo de su emperador, cuya memoria se esfumaba de su mente como las hojas secas con el céfiro inoportuno del otoño. Y aún rememoraba la luctuosa noche de su entierro y la fina lluvia que cayó como una catarata de lágrimas de Juno, derramando su frescura sobre la dolorida urbe que acababa de perder al mejor de sus gobernantes.

Y con la raya del alba, un sortilegio de soledad reinaba en el cielo de Roma.

Gayo volvió de sus remembranzas a la realidad y observó con arrobó la alabastrina urna de Adriano, el César que más había glorificado a Roma, y luego pensó que tanto su imagen como la de *Borístenes* no eran sino inanimadas estatuas de sal que el tiempo había dejado tras de sí.

Silencioso, pero pletórico de ánimo, salió del panteón cesáreo.

XV

LA DOMUS SESTIA

Gayo Diocles bajó las escalinatas del Mausoleo de Adriano con el alma liberada y el rostro bañado por el fulgor del crepúsculo.

Debía proseguir con las pesquisas y los entrenamientos, pues el día de las carreras se aproximaba con celeridad. Volvía a su casa transformado y recordando con orgullo la amistad serena que mantuvo con Adriano, que lo hizo partícipe de acciones tumultuosas de su vida y de las pesadumbres misantrópicas de su agonía. Adriano había sido un hombre mundano con genio y talento, un alma fuera de lo común, sólo apreciable por espíritus selectos. Pero lo consumía un sueño idealista y no toleraba la obstinación, la vulgaridad ni la petulancia del mal gusto. Esas eran sus lacras, pero también su grandeza. «Fue la suya la edad de la felicidad plena, de la amistad, de la fama y del amor», pensaba Diocles. Pero aquel tiempo pasado le parecía tan lejano como el sol que se ocultaba por los matacanes de la Puerta Flaminia, y por su mente rondaba la visita que debía cursar al día siguiente a las oficinas de los misteriosos Poseidonistas de Delos. ¿Disiparían sus dudas, o lo abatiría en la sombra de la decepción?

* * *

Los tajos de un amanecer vigoroso quebraban la noche y una ondulación de tonos amarillos se adueñaba de la jornada. Faltaban seis días para los juegos, y Diocles se despertó angustiado por unas pesadillas aterradoras, con el Circo bañado en sangre y rodeado de plañideras que lloraban ante un féretro recubierto de fuego. Había vuelto a soñar con el espejo egipcio de Julia, pero no había contemplado ráfagas de caballos hacia la gloria, sino carros que se le precipitaban encima, espectadores vociferantes y una tormenta de negra lluvia sobre la arena, como si el cielo se hundiera derrumbado sobre su cabeza. Estaba empapado de sudor y el augurio lo había conturbado, atropellando su mente de negros presagios.

Reprimió sus sospechas, y sin despertar a Camila, se puso en manos del barbero, que le rasuró la barba, de Ninfia, la *omatrix*, y de su masajista personal, un cartaginés de prodigiosas manos; tras asearse con agua de *nardium oleum*, un costoso unguento fabricado con nardos indios, se colocó elegantemente la toga pretexta con los *sinus* impecables cayéndole sobre las sandalias.

Acompañado por Paulo y Lauso, tomó una litera y se dirigió con el boato que la ocasión merecía a la Basílica de Neptuno. Dos esclavos nubios portaban una arqueta de marfil, a la que Lauso no le quitaba ojo, mientras enjambres de moscas y tábanos sobrevivían a la noche, convirtiéndose en los erráticos ejércitos de la mortificación romana.

En la Basílica de Neptuno, centro de las finanzas y operaciones bancarias del Imperio, y donde también tenían lugar las actividades más lucrativas de la bolsa romana, una luz ambarina penetraba a raudales, fulgurando los artesonados, las pizarras con las fluctuaciones del dinero y los miles de rollos que atiborraban las blancas celdillas de las paredes.

Una colosal estatua crisoelefantina^[98] del dios de los océanos Neptuno, Poseidón para los griegos, desde su prodigiosa perspectiva presidía las actividades de los escribanos, juristas, banqueros y negociadores, que, reclinados en las mesas, invertían sus caudales en las calzadas de Aquitania, en las minas de la Bética, en los impuestos de Judea, las aduanas del Egeo o los fletes del trigo de Egipto que arribaban diariamente al puerto de Puteoli. Las bóvedas amplificaban el ensordecedor bullicio de los comerciantes que iban de un lado para otro, pues operaban tanto en aquella nave como en la basílica Argentaría, o en la basílica Emilia, trajinando con las haciendas, las rentas de los intereses, el marfil nubio, el Falerno añejo, el *garum*, el aceite, los esclavos, las especias, las gemas de Etiopía y los artículos de lujo de Oriente.

Lauso aguardó en la entrada con los esclavos, y Diocles y Paulo se hicieron anunciar al tesorero de la compañía de Delos. La oficina parecía una cripta de enigmas y ocupaba una sala lateral custodiada por un vigilante. En la puerta lucía el distintivo de la sociedad, un tridente de Neptuno y un lema en letras doradas que indicaba: EL ORO SÓLO SIRVE PARA PROBAR EL CORAZÓN DEL HOMBRE.

—Oportuna sentencia, Paulo, y a eso acudimos, a comprobarlo.

Los recibió con obsequiosa amabilidad el tesorero, un burócrata de tez rosada, ojillos azules de rata y cortés talante. La cámara destacaba por sus cortinajes púrpura, el costoso mobiliario de Menfis y los bustos de jaspe que, según sus inscripciones, representaban a Plutón, deidad de la riqueza, al fundador de la compañía Marco Sestio, también al abuelo de Augusto, famoso banquero romano, muy parecido al conocido de Séneca el retórico, y a los emperadores Nerva, Trajano y Adriano, protectores de la sociedad mercantil.

La cámara se cargó de un denso halo de expectación.

El banquero decidió medir sus palabras, pues ignoraba que había traído hasta su

contaduría seguramente a la persona más conocida del Imperio, que por otra parte, era *vox populi*, pasaba por ser incalculablemente rico.

—Esta casa se siente honrada con tan noble presencia, Gayo Diocles, y Roma entera aguarda aclamar de nuevo a su inolvidable héroe, que regresa para honrar a la emperatriz Faustina. ¿Dónde has guardado tan celosamente tu anonimato durante todos estos meses?

Diocles, indolente, exteriorizó su particular confianza y camaradería.

—En Preneste y también en Oriente, Crispino Casio —le mintió—. He seguido los pasos del divino Adriano y visitado Grecia. Casualmente, realicé parada en Delos, en el mar Egeo, en cuyo puerto decidí desempolvar ciertos caudales que se adormecían en las arcas de la Fortuna en Preneste, donde ahora resido.

El semblante del banquero adoptó un gesto beatífico.

—Ya lo decía Juvenal: «Quien mantiene ociosos sus caudales, nunca será rico» —citó con gravedad—. El dinero carece de pasiones y se agranda sólo en la prosperidad. Y entonces, ¿dices que has visitado Delos?

Diocles pensó que debía jugar sus cartas con audacia y sus mentiras con sutileza si pretendía alcanzar sus propósitos.

—Así es, y en el Agora ática, donde se negocian los derechos de aduanas y los impuestos, el *epimeleta*^[99] del puerto, un amigo ateniense llamado Crisias me aconsejó, al sorprenderme del trajín de los navíos arribados de Eumenes, Pérgamo, Corinto, Gades, Alejandría y Tarento, invertir en la compañía más segura del Mare Nostrum, es decir en los Poseidonistas. Llegado a Roma, no he dejado pasar la ocasión de interesarme por vuestros negocios, que por mi dedicación a las carreras ignoraba.

Las palabras del auriga reverberaron en el techo, y la sonrisa del banquero se ensanchó hasta la exageración. Pavoneándose como un pájaro fatuo, resolvió aprovechar la oportunidad que se le presentaba de captar a un cliente millonario e influyente.

—¿De veras? Pues nos concedes un alto honor. ¿Y en qué deseas invertir, Diocles? Nuestras ganancias son seguras y pingües.

—Él me aconsejó que lo hiciera en las tasas de aduanas.

—¿En las *portoria*^[100]? Sabio consejo, pues se trata de una especulación segura amparada por el tesoro de Saturno, aunque el trigo, las antigüedades áticas y la recaudación de impuestos también son juiciosas inversiones en estos momentos.

Diocles, ganada su fidelidad, lanzó la primera andanada, no exenta de una exquisita cortesía y circunspección.

—¿Y las *sponsio*, las apuestas de las carreras, no son acaso buena especulación?

La mal dirigida saeta del auriga fue replicada con seriedad y rechazo:

—Va contra la ley, amigo Diocles, y nuestros estatutos lo prohíben —dijo esquivo—. Eso es cosa de banqueros judíos y negociadores egipcios y alejandrinos, aunque, privadamente, como cualquier ciudadano romano, solemos apostar elevadas sumas.

Te sigo sugiriendo otros empleos.

El hispano asintió, y cambió la estrategia, adulándolo.

—Sólo se trataba de una frivolidad —fingió—. No obstante, el ateniense me parangonó la excelente organización de vuestra sociedad. ¿Puedo estar seguro de vuestra solvencia y seriedad?

El tesorero lo observó con orgullo, y lo tranquilizó:

—No hallarás en todo el Imperio garantía mejor. El Consejo de Roma está formado por ocho ciudadanos del rango senatorial, aunque no es muy conocido en el exterior, para preservar su respetabilidad. Lo preside el príncipe Lucio Vero, y sus siete consejeros son los hermanos Marcelo y Fulvio Sestio, el banquero Asiático, el senador Messala y yo mismo, entre otros. La Cámara de Oriente también está compuesta por lo más granado de la aristocracia persa, egipcia y griega. ¿Te sirve esto de seguridad, Diocles?

«Ha pronunciado seis nombres. Así que ya sólo faltan dos para conocer al completo al selecto grupo de la sociedad —dijo para sí—. Insistiré, pues entre ellos ha de hallarse a quien busco».

—Evidentemente, no se podría encontrar en Roma respaldo más seguro para invertir parte de mis ahorros —continuó su farsa—. El ignorante precisa ser guiado por sabios consejeros, y si te he demandado esa particularidad de saber quién os respalda sólo ha sido para cerciorarme; créeme, Casio.

—Por descontado —contestó—. ¿Y qué cantidad pensabas invertir?

Había llegado el momento en que debía impresionar al ávido banquero, por lo que evitó el naufragio de su gestión apostando fuerte y olvidándose de estúpidas digresiones. Llamó a Lauso y a los esclavos, y teatralizando sus evoluciones, abrió el cofre, en el que relució como el Vello de Perseo un farrago de monedas de oro, tan poderosas como el más heroico de los ejércitos. Luego sacó un papel firmado en el que destacaba una alta cantidad.

—Negociaré con este crédito bancario contra la banca Tulia de tres millones de sestercios y con lo que contiene este cofre, o sea treinta mil dracmas de oro^[101], parte de las ganancias de mi circuito por Oriente. Y si los beneficios me satisfacen, incrementaré mis inversiones en el futuro.

Un complaciente asombro enrojeció las mejillas de Casio, que no esperaba un dispendio tan abultado ni operación tan expedita y beneficiosa.

—¡Apreciable cantidad, por Júpiter! —reconoció azorado—. Pierde cuidado, tu dinero estará más seguro en las bóvedas de este santuario que un infante en el seno materno; y cual madre fecunda, parirá lustrosos hijos. El Consejo se mostrará complacido de contar entre sus inversores al predilecto de los dioses.

Los deseos ocultos de Diocles retornaron con fuerza y trató de obtener los nombres de los dos consejeros cuya identidad aún no conocía, pues los había omitido el tesorero. ¿Sería uno de ellos a quien buscaba? Estaba seguro de ello, por lo que le lanzó un señuelo con el que esperaba que sucumbiera.

—Lo celebro, y espero mostrarles muy pronto mis estimas personalmente a los socios de ese honorable consejo. Quedo reconocido a tus excelentes servicios, Casio, y así se lo expresaré de viva voz al ilustre Vero, mi franco amigo, cuando lo vea en el Palatino.

No fue necesario ningún aliciente más, pues el tesorero, ostensiblemente entusiasmado tras escuchar el nombre de Vero, respondió a sus deseos con una rapidez que no esperaba, aun cuando él mismo la había precipitado con astuta maestría.

—Gran Diocles, los jueves los miembros del Consejo consagramos un sacrificio y un banquete en Villa Sestia, junto al templo de Isis, en honor de Poseidón, nuestro favorecedor. Supondría un honor impagable que nos honraras con tu presencia. Allí conocerás al resto de los dignatarios de la sociedad, entre los que no dudo muy pronto podrás tú encontrarte por méritos propios, y podrás saludar al príncipe Vero, el *flamen* y regente de nuestra sociedad.

—Aunque dedico muchas horas al entrenamiento con los carros, lo haré con sumo gusto, y así podré recomendar también a este amigo y noble patricio, Paulo Valerio Basso, de la noble *gens* Valeria, y del que deseo un *cursus honorum* adecuado a su rancia estirpe.

Sorpresivamente, Casio se ofreció con ardor a ayudarlo.

—Déjalo en mis manos, Diocles. Te aseguro que el joven Paulo ingresará en la carrera pública en un puesto de la dignidad que le corresponde. Roma precisa de sangre vetusta para regenerarse.

—Que Venus Victrix te lo premie, Casio —dijo satisfecho.

Paulo, que no salía de su asombro, y ante tan conmovedora decisión que no esperaba, apretó las manos del auriga con la arrogancia de un patricio romano, dándole también las gracias al tesorero. La Fortuna, aliada de su amigo Diocles, le sonreía de nuevo allanándole un futuro hasta entonces incierto, que de la mano de personajes tan principales lo conduciría a cotas impensadas en las magistraturas del Imperio.

Paulo, vivamente reconocido, le dedicó una mirada de agradecimiento que sobrecogió al auriga, de quien pensaba que poseía la cualidad más importante de un hombre: el saber insinuarse en el corazón de sus semejantes y lograr de ellos lo mejor que albergaban sus almas. El tesorero, entre tanto, se deshizo en un repertorio de congratulaciones, y mientras lo obsequiaba con una copa de oro con el anagrama de la banca Sestia y una libación con oloroso vino de Campania, lo aduló por su decisión.

—Has sumado un crédito más a tus méritos, Diocles.

—Entonces, firmemos las garantías y los recibos, y que la divinidad que abraza la tierra bendiga esta operación —se expresó satisfecho, pues había conseguido meterse en la dorada guarida del lobo.

—Que el dios de los Cabellos Azules^[102] alumbre tu regreso a la arena del Circo

—le contestó el tesorero, con la felicidad enseñoreada de su rostro.

El calor se dispersaba por el aire inmóvil y, mientras transitaban de regreso por los apestosos andurriales del Foro de la Paz, camino del Circo Máximo, Diocles, preocupado, preguntó al patricio:

—¿No te parece, Paulo, que todo ha resultado demasiado fácil?

—No lo creo, a no ser que Casio sea un insuperable comediante. El dinero todo lo puede. Si lo tienes, todo está en venta, hasta la traición —respondió.

—Me ronda en todo esto el aleteo de un tábano zumbón cuya naturaleza desconozco, pero que resultará crucial para dilucidar este dislocado jeroglífico —se sinceró—. Hay una pieza que no encaja, pero que a la vez pugna por revelárseme.

—Tú eres el gran Gayo Diocles, el auriga de Roma, y tu solo nombre abre puertas para otros cerradas. ¿Cómo si no explicar su dadivosidad contigo y el ofrecimiento a buscarme un futuro tan generoso sin conocerme, por mucha sangre Valeria que fluya por mis venas?

—Tienes razón, no existe montaña que no allane un asno cargado de caudales. El cerco de ese renegado conspirador se va ajustando, Paulo, y aún nos quedan en el zurrón dos pistas muy valiosas.

—¿Cuáles, Diocles?

—La primera, y la más espinosa de rastrear, una arqueta con monedas judías, el pago de una traición. Y la segunda, el lugar donde se realizó esa entrega secretamente, es decir, La Colina de las Musas, donde ese conspirador perpetra sus desafueros para luego desaparecer como la niebla. ¡Qué extraño!

—Ciertamente, no debemos desdeñar esos rastros. Su dueño es buen amigo mío, como lo fue de mi padre, y podemos sondearlo por una buena bolsa de sestercios. Ese liberto vendería a su misma madre por unas monedas.

—Mi plan va cumpliéndose, Paulo. Primero, aun a costa de desembolsar una señalada cantidad, debía introducirme en ese círculo selecto de financieros; después, conocer a sus principales magnates, cosa que se cumplirá mañana, y luego, desenmascarar entre ellos a quien por su ambición desmedida ha intentado despacharme dos veces, ha corrompido a Epafrodito y puesto en evidencia la decencia de los juegos, e incluso pretende arruinar la honradez de Galo.

Paulo pensó que el día se había cargado de asombrosas sorpresas, y aunque tenía a Diocles por la agudeza personificada, en sus almendrados ojos fulguraban chispeos de dudas e inquietudes.

* * *

El tiempo se consumaba, y en el atardecer del jueves siguiente, la *domus* Sestia, exquisita como los jardines colgantes de Babilonia, resultaba hechizadora.

El lusitano había recuperado su aspecto anterior y recobrado su singular perfil de

halcón, la mandíbula angulosa y la frente despejada y hermo­seada con rizos castaños serpeados ahora de hebras grises. Una tenue marca blanquecina en forma de media luna junto a la oreja revivía el asalto en el templete de Silvanus, pero con la toga libera elegantemente vencida sobre los hombros, los doce dobleces marcados con galanura, los brazos adornados con brazaletes sirios y un collar de oro con el sol de Mitra cayéndole sobre el pecho, ofrecía a quienes le miraban el aspecto de un héroe troyano.

A Diocles, que compareció con Paulo, le maravilló el lujo asiático, la proliferación de flameros argentados, los relieves de mármol y los lechos damasquinados que revelaban la opulencia de los dueños, los hermanos Sestio, dos senadores de rasgos aristocráticos labrados en siglos de decadente alcurnia. El peristilo deslumbraba, y cuando fue presentado por el *nomenclátor*, un selecto grupo de invitados rodearon al auriga, interesándose por su inminente regreso y recordándole sus glorias.

Los invitados, ataviados con togas trabeas, eran en su mayoría senadores y caballeros hispanos que desde la época de Nerva dominaban las instituciones políticas y financieras del Imperio. Se trataba de patricios distinguidos que en invierno se refugiaban en Misena o Sorrento, y en la época estival se­steaban entre los lujos de Bayas, Capri o en la pródiga isla de Nesis. Ante sus ojos tenía a la verdadera jerarquía romana, una poderosa sociedad de potentados que gobernaba el Imperio desde la sombra.

Y mientras discurseaban sobre las carreras y los caballos más laureados del momento, apareció el arrogante Lucio Vero ataviado con una túnica de púrpura de Tiro, anillo de oro turdetano y tan seductor como Diocles lo recordaba. Lo escoltaban los dos miembros del Consejo que le faltaba conocer y que resultaron ser, para su sorpresa, su antiguo amigo Marcio Turbo, el exprefecto, con su proverbial nariz salpicada de venillas violáceas, indicadoras de su impenitente amor por los vinos y su oronda barriga, que apenas si podía disimular con su toga picta, así como el detestable Fábato Dives, el banquero amigo de Quieto de Nabatea y que también había conspirado al lado de Serviano contra Adriano, siendo indultado después por Antonino, a quien debía la vida.

Diocles dio un respingo y se lamentó de no haberlo imaginado antes. Fábato era un individuo que se asemejaba a un tonel de cerveza del Rin. Pero ¿acaso no daba aquel tonel hidrópico y grasiento de Fábato el perfil de un traidor capaz por despecho de perjudicar al emperador y fastidiar a la patria que lo humilló? El corazón le dio un vuelco, pues creía haber encontrado al fin, al traidor que bien pudo entrevistarse con el fallecido Zacab de Cirene y con Epafrodito. «Así que el detestable Fábato, el estirado príncipe Vero y el sibarita Turbo completan la nómina de consejeros de la sociedad. Curiosos azares del destino —pensó—. ¿Pero con quién de ellos se reuniría Zacab de Cirene?».

Fijó luego sus ojos en su admirado hermano en la fe de Mitra, Turbo, como

siempre risueño, pero desechó la idea de que fuera éste el enlace de los prestamistas judíos, recordando sus puestos de confianza en el gobierno del Imperio, y más aún cuando, abriendo los brazos, se dispuso a estrechar entre ellos al auriga demostrándole su amistad.

—¡Salve, Gayo!, el provinciano más ilustre de Roma. Loada sea Venus.

Se interesó por su desaparición del mundo, y, como siempre, le parangonó sus reiteradas proezas sexuales con esclavas púberes de todas las razas y su insaciable apetito para con amantes de alta prosapia.

—Te creía retirado como un patán en tu terruño de Preneste, cuando he almorzado hoy con la noticia de tu vuelta a la competición. Por nada del mundo me perderé ese momento, hermano Arión —dijo, recordando su credo de Mitra.

—Y yo te hacía rodeado de beldades en las delicias de Capua, amigo Marcio.

—Para los idus de junio me trasladaré definitivamente allí, ya que Antonino ha decidido prescindir de mis servicios, y además me detesta, como toda Roma sabe. A los viejos nos rechazan por inútiles. ¡Es ley de vida!

—Tú, mi buen Marcio, que pudiste convertirte en emperador... —Lo aduló—. Desconocía que estuvieras metido tan de lleno en los negocios.

—Y no marchan del todo bien, Gayo. Las especulaciones atraviesan una seria crisis; pero nuestro consorcio pasa por ser la mayor potencia comercial de Roma, has obrado sabiamente invirtiendo en esta sociedad que multiplica los beneficios.

—Estoy seguro de ello, Marcio —dijo, y se interesó—: ¿Y tu esposa e hijos?

—Gastando mi fortuna a manos llenas —ironizó—. Bienvenido a Delos.

Mientras departían fraternalmente, Diocles, salvo a Fábato, al que no le quitaba ojo, confirmó la nobleza de los miembros del Consejo y el respeto con el que lo trataban, siendo como era plebeyo. Lucio Vero, el patriarca de la *gens* hispana Annia y suegro del emperador, lo animaba a reverdecer viejos triunfos, pero su desilusión crecía conforme conversaba con ellos y empezó a preguntarse si no había errado en sus previsiones.

¿Quién de aquellos hombres con tan celebrados servicios a Roma en sus historiales se aventuraría a traicionar a su emperador y poner en riesgo su posición? ¿Osaría Fábato por segunda vez violentar la magnanimidad del emperador? ¿Los hermanos Sestio, el banquero Arrio, el senador Messala, la cabeza del Senado o el chancero de Turbo? No, nos lo imaginaba, y le resultaba doloroso admitir que aquellos próceres de Roma obraran con doblez. Había errado el lugar y a los sospechosos.

—Paulo, mis sospechas andan descaminadas. Aquí no se halla quien busco —le susurró desalentado—. Aunque ese barrigón de Fábato, no me gusta.

—Hemos tirado el anzuelo en un vado equivocado, pero no desesperes y sigamos las otras pistas —lo alentó Paulo.

De todos ellos, únicamente dos eran de figura corpulenta, el *princeps* Vero y su amigo Turbo, pero ambos poseían para él virtudes incontrovertibles: su probada

honorabilidad y su lealtad a Roma.

«Me estoy convirtiendo en el histrión de mis propias dudas. Me he equivocado de guarida y aquí me resultará difícil probar la inocencia de Galo. Qué fiasco más lamentable y qué pérdida de tiempo y dinero», se lamentó, negando sus hipótesis por descabelladas.

La serena placidez de la noche se interrumpió cuando Vero y Fábato hablaron entre ellos y el último salió precipitadamente. Diocles, que no había perdido detalle, receló de tan extraña conducta, y por su mente se atropellaron nuevamente nubarrones de dudas. Lo sacó de su ensimismamiento el tesorero Casio, quien, envuelto en un manto de brocado y con una corona de pámpanos, hizo sonar un batintín convocando a los lechos a los invitados, todos hombres:

—Loa sea otorgada al dios de los mares Neptuno, nuestro valedor y protector, para que libre de la cólera de las aguas embravecidas a nuestros navíos. Sacrifiquemos y honremos al que abraza la tierra.

Al punto apareció Fábato con dos esclavos que traían atado a un cordero, y Diocles, entristecido porque sus hipótesis no se cumplían, desechó de su mente todos los recelos. Lucio Vero se tocó con un velo blanco la cabeza y, como *flamen* del dios, sacrificó el animal, cuya hiel le ofreció, pues a causa de la amargura evocaba la salinidad de los océanos. La atmósfera se transfiguró con los efluvios del incienso, instante en el que unos efebos con túnicas bordadas con sardónices, topacios y amatistas, y unas muchachas ataviadas con gasas y cinturones de coral, comparecieron de detrás de unos cipreses entonando las antífonas del dios de los piélagos:

—Eterno hijo de Cronos y Rea, divinidad de las Aguas y del vasto mar, de los ríos y torrentes regidor, vencedor de los Titanes, amante de las Pléyades, guiador de los navegantes, tridente dominador de los hipocampos que arrastran la concha de tu carro. ¡Padre de nautas, domina tu cólera, señor!

—¡Mystes^[103] y adoradores de Poseidón, entreguémonos a su poder y protección y participemos en su culto místico! —los animó Casio.

Y al son de los himnos y de los címbalos, iniciaron un culto semejante a los ritos órficos de la legendaria Hélade, representando en un fresco de sensualidad el mito del casamiento de Neptuno con Anfitrite, la ninfa de cuya belleza estaban enamorados todos los varones del Olimpo, y que a causa de la fealdad del poderoso dios Neptuno, desarreglada melena, pringosa barba y cuerpo descomunal, detestaba casarse con él.

Los invitados bebían de los olorosos elixires y entraban en un estado de delirante ebriedad, buscando a los efebos y esclavas para aliviar sus deseos, exaltados por las evoluciones de los danzantes. Diocles, que para mantenerse sobrio sólo simulaba beber, no perdía pormenor de las evoluciones de Fábato, y a veces se fijaba en el ceremonial y en el trajín de los cómicos y en el exotismo de las esclavas, quienes, como etéreas crisálidas, completaban las escenas de la boda del dios, ofreciendo a los invitados sus manos finísimas, sus cabelleras y sus vientres ansiosos.

De improviso, la carnal escena se paralizó de golpe para Diocles.

Una imagen del pasado recobró vida, y esa espina que se escondía clavada en la vaguedad de su mente saltó de repente y trajo a su memoria una frase pronunciada por el rabí Jehudá, el judío del Transtíber, que venía a explicar lo inexplicable, despejando de golpe sus sospechas. «¿Podrá ser posible?», musitó sin conseguir creerlo.

XVI

LA COLINA DE LAS MUSAS

Gayo se resistió a admitirlo, pero poseía todos los visos de la certeza. Un fognazo de la luz de las antorchas amplificó la recia figura de Marcio Turbo, quien, de pie en una columna de pórfido, copulaba salvajemente por detrás con una danzarina de pechos pródidos.

«Era un hombre robusto que escondía algo en la barriga y la silueta parecía una vasija enorme tras el cristal», según lo había descrito con exactitud Jehudá el archisinagogo. Y eso era lo que parecía ahora mismo su amigo el antiguo prefecto de Roma con su enorme panza, semejante a una ánfora de ancho vientre, como si ocultara algo bajo la toga. «Es la misma figura que vio el criado al trasluz en la vidriera del albergue. ¡No puede ser! Turbo es mi amigo y un hombre franco —pensó tironeado por la incertidumbre—. Pero si antes me protegió con su amistad, ¿cómo pudo desear mi muerte? Tengo que esclarecer esta sospecha, o mi cabeza saltará en pedazos. Se trata de una simple corazonada, pero he de probarlo», recapacitó, y su corazón se aceleró.

Lo contempló más detenidamente y el acicate de una sugestión real tomó cuerpo. Esforzaba su mente para lograr una seguridad, vacilaba interiormente, pero la idea de que Turbo fuera el hombre que buscaba revoloteó en su intelecto, y paulatinamente, al compás lógico de las certezas, fue atando los cabos que conducían al esclarecimiento del enigma. Diocles poseía ese olfato innato, fruto de un aprendizaje de años con su abuelo Ático, que le permitía discernir lo correcto de entre el caos de la mente, y en un análisis metódico, recomponer rompecabezas imposibles. Era una pista débil, pero una pista, al fin y al cabo: no lo dejaría escapar.

«Con qué apremio obra el azar cuando la verdad asoma. El enigmático desconocido que ordenó quizá mi muerte y el que espía para los apostadores alejandrinos puede ser Turbo, al que Adriano llamaba cariñosamente el adúltero o *moechus*, y que un día pudo sucederle en el *Imperium Maius* —especuló desconcertado—. He de probarlo inmediatamente y descifrar este jeroglífico, antes de que sea demasiado tarde; pero para ello aún me faltan dos piezas cruciales...».

Pensó que podría estar en un lamentable error, pero ¿por fortuna no era Marcio Turbo hombre de exacerbaciones tremendas, e inclinado a caros vicios, y acaso su conducta, en lo que a dinero y sexualidad se refería, era al menos reprobable? ¿No había confesado con sus propias palabras que atravesaba por dificultades?

Su estampa, semejante a una vasija de cuello largo y panza abultada, le era tan familiar como los caballos que conducía en los circos, y mientras los danzantes escenificaban el drama litúrgico del casamiento de Neptuno y la ninfa, Diocles corroboraba con clarividencia el parecido de su figura con la del anónimo receptor del pago fraudulento en el albergue. E impaciente por confirmarlo, tiró de la manga a Paulo, y susurrándole al oído lo conminó:

—Paulo, nos marchamos a La Colina de las Musas. Hemos de probar un presentimiento que ha surgido en mi mente como un volcán. Podemos andar descaminados, pero es una firme posibilidad. La luz disipa la bruma del misterio y algo me dice que en la hospedería se halla la clave del embrollo. Qué necia ceguera la mía.

El joven patricio, reparando en que la escapada pasaría inadvertida, marchó tras él. Mientras, por la Villa Sestia los rectores del Consejo de Delos seguían entregados, en una enloquecida lujuria, a los misterios de Poseidón. Alguien de allí, guarecido en su impunidad, había querido suprimir a su viejo amigo Galo, pero a él no le espantaba llegar hasta las últimas consecuencias, aunque tuviera que desenmascarar al mismísimo príncipe Vero, quien en esos momentos acariciaba el bello de un muchacho.

Una luna rotunda difundía sobre Roma su limo de blancura, mientras los porteadores de la litera atravesaban el Argileto y el Foro de Augusto, donde resonaban las ruedas de los carros de avituallamiento que atestaban la ciudad desde la primera vigilia. Desembocaron en el Quirinal, donde al amparo de las sombras los borrachos y prostitutas disputaban como comadres, hasta alcanzar el Pórtico de Vipsania. Allí, los gladiadores de Ascón hubieron de emplearse a fondo con unos crápulas pendencieros que intentaban volcar la litera e impedirles el paso con una audacia desconocida.

Sin hacer el menor ruido, las sombras de Diocles y Paulo se deslizaron hacia la entrada del alojamiento de viajeros distinguidos, La Colina de las Musas, cuyas oscilantes lámparas de entrada esparcían en la vía fulgores ambarinos. Debían de medir sus palabras y poner a contribución de sus pesquisas todas las dotes de persuasión de las que eran capaces, pues un desliz daría al traste con sus intenciones.

Los recibió en el peristilo el gerente, un liberto griego de modales selectos y hablar cadencioso, Licómedes, que confirmó personalmente su sospecha de que el acompañante del joven Valerio era el renombrado auriga Diocles el victorioso, cuya reaparición había convulsionado Roma y llenado de paso sus habitaciones de admiradores. Experimentó la sensación de un lucrativo negocio, y se esmeró en el trato.

Sin embargo, su desconcierto alcanzó un nuevo punto cuando, tras las fórmulas de cortesía e invitarlo a un salón fastuoso, el auriga le desveló el motivo de su visita, que no era precisamente reservar habitáculos para amigos o conocidos. Le insinuó el nombre de Zacab de Cirene, del que se declaró falsamente amigo, rogándole que rememorara su presencia en el hostel dos o tres meses atrás, donde se había entrevistado con un miembro de los Poseidonistas, y que le revelara la identidad del patricio con el que había tratado, para hallar su paradero, pues tras abandonar la hostería había desaparecido sin dejar rastro. Después de unos instantes de mutismo, y como si no deseara recuperar del olvido el encuentro, el griego, comprimiendo sus dedos contra la mesa, se expresó receloso:

—No sé de qué me habláis, ilustres ciudadanos. No recuerdo una cita como la que describís entre estas paredes —intentó escabullirse—. Pasan por aquí tantos clientes, comprendedlo...

En un tono abrumador, Diocles le narró cuanto le había declarado Jehudá, y el anfitrión se revolvió incómodo:

—Ahora me vienen a la memoria algunos detalles de lo que me refieres —dijo arteramente—. Ignoro si ese hombre ha desaparecido y qué propósitos os traen hasta aquí, pero ¿sabéis a quién pertenece este establecimiento y a quién debo mi libertad y mi prosperidad?

—...

Acortó juiciosamente unos segundos de intranquilidad, y aseveró:

—Pues a la poderosa sociedad a la que pertenece ese ilustre personaje por el que preguntáis, y del que nada revelaré, pues en algo estimo mi pellejo. ¡No!, lo siento, no puedo divulgar las conductas privadas de mis clientes.

—Licómenes —se pronunció el hispano—, sólo nos anima la filantropía y la compasión por un hogar amigo que conocí en mis viajes a Oriente. Su afligida familia hace meses que no sabe de su paradero y desearía enviarles un mensaje de tranquilidad. Se trata de influyentes banqueros judíos que podrían apelar al emperador, y esa entrevista acaecida en este establecimiento es conocida por gente poderosa.

Paulo, intentando contribuir, añadió nuevas mentiras:

—Los hijos de ese hombre han provisto a Diocles de una succulenta bolsa para recompensar a quien proporcione una pista de su paradero, y tal vez quisieras aceptar ese óbolo que ayudaría a su localización.

—O si lo prefieres, podría divulgar cuanto sabemos al prefecto urbano, mi afecto amigo Licinio Druso, y notificarle que Zacab fue visto aquí por última vez antes de desaparecer. Tú decides, Licómedes, pero mi obligación es consolar a quien padece y confortar a una esposa amiga que sufre —insistió sin ambages el auriga.

Paulo, con una entereza consumada, siguió acorralándolo con la posibilidad de denunciarlo por sus turbios negocios.

—Una investigación de la policía urbana no te beneficiaría, Licómenes. En este

barrio nadie desconoce tu dudoso comercio de compra de niños perdidos o robados, apuestas clandestinas, orgías con sangre derramada y otros desbarros semejantes. Ayúdanos, te lo rogamos, una casa angustiada lo precisa, y en nada perjudicaremos a tu cliente. Sólo un nombre, nada más, y nos iremos olvidando cuanto aquí se haya dicho; lo juramos por los sagrados Dióscuros.

El liberto los taladró con una mirada de irrefrenable pavor, y comenzó a ordenar sus ideas. Meditabundo, se preguntaba cómo podría soslayar aquel inesperado embrollo sin comprometer a nadie y salvando sus prebendas. Decididamente, no tenía clara la forma de huir del lance, y el tenso instante empezaba a crispár sus nervios.

—Sólo te pedimos su nombre para seguir con la búsqueda —reiteró Gayo—. ¿No te mueven a la caridad unos hijos privados de la protección de un padre?

Pasó el tiempo, y Diocles empezó a dudar que el griego cayera en una trampa tan burda. Pero, por otra parte, el hospedero, ajeno a cualquier trama, elucubraba que tal vez al ilustre auriga lo moviera en verdad un afán bienintencionado y que en modo alguno podría lesionar los intereses del huésped que se entrevistó con el banquero judío, por lo que, persuadido por una oculta razón de filantropía, cambió de actitud y apuntó balbuciente:

—De mi boca no saldrá nombre alguno, pero, si os señalo adonde se encaminó ese patricio, ¿os olvidaréis de mí para siempre? Os lo ruego, puede irme la libertad e incluso la vida en ello, *séniores* —rogó con nerviosismo.

Diocles dejó caer una bolsa de piezas de plata, que el griego cogió al vuelo.

—¿Qué quieres decirnos? Cualquier pista nos sirve.

—Puedo recordar vagamente que ese distinguido judío salió muy complacido de esta hospedería, tomó una litera y, acompañado por unos individuos que lo esperaban, se encamino hacia el Transtíber —relató, y tragó saliva—. No obstante, a quien buscáis, que departió con él amistosamente, incluso se abrazaron, se dirigió ayudado por un esclavo con un cofre hacia el burdel de al lado, un lugar que frecuenta con asiduidad. Es cuanto os puedo decir.

Del agitado interior del auriga escapó una queja de ira y reproche.

—¿Nos quieres engañar y cubrir de dolor a una esposa abrumada, Licómedes? Sabemos tan bien como tú que no abandonó en toda la noche esta hospedería y que una litera partió sin el cliente que había transportado hasta aquí.

El liberto protestó y torció el labio con ira mal contenida.

—¡Claro está que lo sé! Pero salió por un corredor que aquí llamamos de Venus, pasó sin ser visto a La Cítara de Apolo, el prostíbulo que se alza aquí al lado, como suelen hacer algunos de nuestros clientes en secreto para evitarse así explicaciones a sus esposas. Recuerdo que me contó que se aprestaba a pagar una deuda por una esclava de excepcional belleza, una *intacta* creo, cuya compra tenía apalabrada —les reveló, señalando al jardín de la posada.

«¿De modo que un pasadizo comunica el albergue y el burdel? —pensó Diocles—. ¡Claro, así desaparecía una y otra vez sin ser visto, y nadie podía señalarlo con el

dedo acusador! ¡Qué taimado!».

—Es cuanto puedo declararos —insistió el griego—, y que Zeus exculpe mi lengua impúdica.

Diocles se quedó tan erguido como un virote, mientras una mueca de sorpresa se enseñoreaba de su rostro. Ya no había duda, Marcio Turbo era el hombre a quien buscaba y con el que, con toda seguridad, se habían entrevistado Zacab de Cirene y también Epafrodito, y que luego desaparecía como un trago por un pasaje oculto refugiándose en el prostíbulo. Pero ¿cómo explicar su relación con el burdel?

El indescifrable enigma tomaba un derrotero imprevisto, y el auriga movió la cabeza con asombro. ¿Sería su amigo el exprefecto quien, por una sorprendente cabriola del azar, se disponía a comprar a Altea con el dinero recibido por los apostadores? ¿Y no coincidía acaso su personalidad libidinosa con la espectacular revelación del griego? ¿Era entonces Marcio Turbo el último eslabón de la infame cadena que pretendía alterar la hasta entonces honorable maquinaria de las apuestas?

Reaccionó enseguida pese a su estupor. Se despidió con frialdad del griego, asegurándole absoluta reserva acerca de lo conversado allí, que juró por los dioses.

—Conociendo a la matrona que regenta el prostíbulo, Paulo, contamos con un aliado poderoso. Ya sólo queda una pieza por ajustar, y la acoplaremos, ¡te lo aseguro!

—¿Cuál, Diocles?

—La avidez de la vieja *loba* Calidia por el dinero, por lo que jugaremos con ventaja. La avaricia corrompe la fidelidad, la honradez y todo el corolario de las virtudes. Esa mujer no nos negará su apoyo cuando husmee el oro.

Era llegada la hora de exponerlo todo en una única jugada, o volver a su *domus* derrotado y sin ninguna pista para atrapar a Turbo. El hispano, cuyos celos bullían incontrolados, apartó a unos borrachos que se interponían en su camino.

—No me fío de ese griego, puede avisar a Turbo —confesó al patricio.

—Tal vez lo haga, Paulo, pero le hemos metido el miedo en el cuerpo y debería explicar a Marcio por qué hemos visitado el burdel tras entrevistarnos con él. Callará y aguardará acontecimientos, y mientras tanto yo ya habré mantenido un encuentro con el prefecto Druso y el consejo de Aclanus; y Turbo habrá sido desenmascarado.

—¡Venus nos asista, Gayo! Estoy viviendo una de las noches más excitantes de mi vida. Vamos, el tiempo apremia y el corazón se me escapa por la boca.

—Pues aún no ha concluido, pero comprende que la menor nota de titubeo puede desembocar en un fracaso absoluto —lo conminó—. Una palabra mal tasada puede dar al traste con todo. Déjame hacer a mí. Seamos osados, pero precavidos, y al entrar anúnciame con todo boato a Calidia. Escenificaremos el último acto del plan con insolencia, y que Mitra me conceda claridad de mente.

Paulo, desde el dintel de la puerta, convocó con gran aparato de gestos a Calidia, la regentadora de la casa de citas, que él tan bien conocía. Algunas meretrices salieron de sus cubículos y escucharon de su boca que el gran Diocles, antes de

afrontar su vuelta a los hipódromos, deseaba deleitarse con alguna de las afamadas y caras pupilas, probar un filtro afrodisíaco que excitara sus apetitos carnales y gastar su dinero a manos llenas. Algunas de las rameras reconocieron en el auriga al anónimo galanteador de Altea y murmuraron entre ellas con asombro.

Allí no ejercían las desdichadas *prostíbulos*, las putas callejeras, pues el local era una casa de trato elegante y de alta calificación, con efebos y cortesanas tan cultas como Safo, las *doctae puellas* que cantaban ditirambos griegos y tañían la cítara con primor. Varias meretrices de insólita feminidad salieron de sus *estábulas*, unas de Nubia y Numidia, con los senos al descubierto, y otras bárbaras circasianas, consumadas maestras en los refinamientos de la prostitución sáfica, que se alegraron al ver ante ellas a sus vecinos.

A la proxeneta, una mujerona entrada en años y carnes y aderezada con una estrambótica peluca violácea, se le desorbitaron las pupilas ante la promesa de fáciles ganancias, y llamó a sus criados, que enseguida le ofrecieron una copa de vino de Mesina. Calidia identificó a Diocles como el anónimo vecino, antes barbado y de sentimientos compasivos, con quien conversara en la fuente con Altea y armara un gran alboroto la noche de las Cenizas de Vesta, asombrándose de que se hubiera escondido en el anonimato tan afamada personalidad de Roma.

«Si lo hubiera sabido antes lo hubiera exprimido bien», pensó, avariciosa.

Por doquier surgían desnudas formas femeninas de exótica lubricidad, hijas del placer adornadas con pendientes egipcios y ajorcas sirias, dispuestas a dispensar sus encantos a tan acaudalados clientes. Y aunque a Calidia le sorprendía su espectacular mudanza de aspecto, pensó que no le costaría convertirse en el capricho de tan ilustre héroe, a quien recibió regaladamente, perfumándolo y ofreciéndole una laura de rosas que colocó en su cuello.

—Veo que salisteis sanos y salvos del atropello de la otra noche.

—Consus, señor de los caballos, protege al gran Diocles —replicó Paulo.

El auriga adoptó inesperadamente el fingimiento de hallarse embriagado y comenzó a tambalearse torpemente con pasos incoherentes y traspies, hablando en un tono gangoso y con eficaces tartamudeos que extrañaron incluso al mismo Paulo, quien sin embargo enseguida comprendió que formaba parte de su estrategia para aligerar la lengua de la *loba* y sonsacarle lo que precisaba saber.

—Venimos a divertirnos, Calidia, y te pagaremos espléndidamente —tartamudeó—. Además, si me agrada tu género, hasta estoy dispuesto a proponerte un ventajoso negocio, pues hace tiempo que ando buscando una *intacta* que caliente mi lecho y proporcione lustre a mis recepciones, así que ofrécenos lo mejor de tu casa y que nos transporten hasta el Jardín de las Hespérides.

El hechizo que supuso para ella la esperanza de un negocio dadivoso hizo que la matrona le brindara una acogedora sonrisa, y comenzó a roerle la duda pensando para sus adentros que si el achispado auriga sucumbía antes las artes amatorias de alguna de sus mejores pupilas, le aligeraría la bolsa largándole alguna de las jóvenes con las

que traficaba. El anzuelo estaba echado, y Diocles pensó que Calidia era una meretriz cuya conducta llegaba a desconcertar por su simplicidad.

—Os puedo proporcionar niñas expertas en los más venusinos placeres, pero ¿qué negocio quieres ofrecerme? —se interesó—. Habla, galán, antes de que tu atolondrada lengua se convierta en un guiñapo.

Volviendo al titubeo de su falsa borrachera, que parecía convertirlo en presa fácil, decidió salir de dudas de una vez por todas.

—Soy tu invitado esta noche, Calidia, y no quisiera frustrarte un trato que, me consta, has firmado con un buen amigo mío, Marcio Turbo, el exprefecto, con el que me une una amistad antigua acrecentada a la sombra del divino Adriano.

La declaración llevaba el sello de la astucia, y aguardó la respuesta.

—Supongo que os liga la intimidad, claro está, ilustre amigo..., pero...

—Lleno de vino hasta las orejas, el muy putaño me confesó —y aquí eructó ruidosamente, arriesgando en sus supuestos conocimientos— que se había comprometido a comprarte a la dulce Altea, por la que sabes que siento una especial inclinación, pues la traté en unas semanas en las que me retiré del mundo. Sé que Marcio estuvo hace dos meses por aquí para cerrar el trato. ¡Dichoso ese lascivo!

Diocles había arriesgado con exceso en sus predicciones, pero percibió que la vieja se había tragado el señuelo, pues sus ojos chispearon ávidos.

—No suelo dar información a nadie de mis tratos —replicó, sin embargo.

Sin remilgos, el auriga le mintió con simulada franqueza:

—¡Vamos, mujer!, yo me hallaba con él celebrando los fastos de Eneas en la hospedería de las Musas, ahí al lado, cuando por el pasadizo de Venus —la embaucó, para darle veracidad a su testimonio—, vino a verte arrastrando un cofre de ágatas con extraños signos judíos y repleto de caudales. ¡Si lo sé todo, Calidia!

La precisa información de la fecha, el lugar y los detalles de la arqueta desarbolaron a la meretriz, quien enrojeció de pasmo.

—Sí, esa noche apareció por aquí, pero tú estás tan borracho como un Sileno de Baco y no creo que te halles en condiciones de cerrar negocios —sonrió sin aparentar sorpresa—. Y entonces, ¿deseas pujar por Altea?

La *loba* había revelado que Turbo había estado esa noche allí y pagado por la joven Altea, por lo que Diocles suspiró con hondura, pues la confesión progresaba y la revelación definitiva estaba al caer.

—Sí, y estaría dispuesto a pagarte el doble de lo ofrecido por Turbo.

—No puedo faltar a mi palabra, aspirante enamorado —dijo melosa.

—¿Tu palabra? —Se envalentonó—. Tus tratos valen menos que una promesa de amor de una de tus *lobas*, ¡por Consus vengador!

Calidia, llevada por su fatuidad y avaricia, se fue entregando con la promesa de incrementar sus ganancias por la joven tesalonicense.

—No es posible, gran Diocles; ya he cobrado de Turbo un sustancioso anticipo, aunque tal vez ahora le pida más, pues veo que dos machos están dispuestos a pujar

por esa dulce gacela. Me entregó a cuenta cien piezas de oro que guardo a buen recaudo, y concluidos los *ludí* depositará otra cantidad igual por Altea. Se te ha anticipado, lo lamento, aunque ella te preferiría a ti, lo sé.

Diocles fingió hallarse contrariado e insistió, pues debía consumir su postiza interpretación.

—¿Ves? Tus trapiés me dan la razón, Calidia —la aduló, para luego entrar a saco en sus intenciones—. ¿Puedo ver el documento de compra, o el recibo del adelanto? La venta ha de ser justa y legal, y aunque no quiero perjudicar a ese viejo mujeriego, a quien aprecio, sin un documento mercantil un pretor avisado no la consideraría válida. Me he encaprichado con ella, e insistiré hasta conseguirla, pues me tiene sorbido el seso.

El ejercicio de la prostitución había convertido a la vieja Calidia en una fuerte competidora, por lo que meditó sus palabras y, echando fuego por sus ojos pintados de antimonio, alzó la voz:

—Escucha, auriga de los demonios, Altea me pertenece por derecho propio, aunque carezca de títulos y papeles, y ni tú ni nadie va a dar al traste con el mejor negocio que he realizado desde que trabajo con carne de hembra, y con cuyos beneficios pronto podré retirarme a Tarento, lejos de esta cloaca. ¡Y no, no poseo ningún papel firmado; pero ni falta que me hace!

El auriga buscaba otra confesión no menos crucial que la anterior que demostrara definitivamente la participación de Turbo en la sucia trama de los apostadores, e insistió indolentemente.

—¿Y qué prueba tan poderosa te ha entregado, que no te asusta un juez?

—Pues, precisamente, las piezas de oro que guardaba en la arqueta que tú viste. Son monedas únicas y no han circulado jamás por Roma —sonrió triunfante—. Me las entregó como garantía y lo podría demostrar ante cualquier tribunal, pues sólo él las posee, según me dijo. ¿Entiendes, Diocles?..., aunque puedo buscarte otra intacta de no menos hermosura y de pura condición.

—Eso es una petulancia tuya, mujer. El oro carece de nombre.

Una acentuada palidez invadió de súbito el rostro maquillado de la meretriz, que no estaba dispuesta a permitir una subasta pública de los encantos de Altea.

—¡Pues este no! —gritó escamada, rogándole al auriga y al patricio que la acompañaran a su alcoba, donde les mostró un puñado de las piezas de oro que Diocles tan bien conocía y que le hizo murmurar para sí: «Al fin hallo la prueba concluyente que señala con el dedo acusador a Turbo».

La vieja prostituta, que demostraba más arrogancia que inteligencia, manifestó sin poder dominar su gesto triunfal:

—Mira y convéncete, Diocles, piezas talladas en la ceca judía de Cesárea.

—Por Júpiter Miode, protector de las picaduras de los tábanos, ¡es cierto!, y con el anagrama de Jerusalén y Libertad —aparentó sorprenderse el hispano—, dos palabras que tengo buriladas en mi alma a sangre y fuego como una condena.

—¿Te convences ahora, rey de los caballos? —rió la fulana.

—Ante tan apabullante prueba, me rindo a la evidencia y nada he de objetar. Su rara distinción sirve de testimonio, claro está. Que sea Altea para el viejo exprefecto, ese cabrón lujurioso, y que la disfrute en su tálamo con placer.

Calidia, satisfecha y recuperando su natural afabilidad, señaló:

—Ahora sí veo en ti a un romano decente y razonable.

—Pero como soy porfiado y esa joven me tiene embelesado, estableceré un trato contigo, Calidia. Turbo está caduco, desmemoriado y chocho, y bien puede olvidar fácilmente su negocio, pues en breve se retira del mundo, a Capua.

Aquella insólita información avivó su codicia de dinero:

—¿Un trato de qué naturaleza, Diocles?, ¿no habías quedado conforme? El vino de Cécubo te hace desvariar. Pero te escucho.

Logrados los primeros pasos de su plan, inició el segundo asalto.

—Te resultará ventajoso, Calidia, y nada arriesgas. Presta oídos —dijo—. Si cuando concluyan los Juegos Turbo no comparece a recogerla, para que no pierdas la mitad que te debe yo me arrogo el derecho a comprar a Altea, comprometiéndome a pagarte el resto; y hoy, para que no malicies de mis intenciones, te haré un regalo adicional de cincuenta ases de plata. ¿Lo aceptas?

Una cortesana que vivía de los apetitos más ruines de los hombres no podía renunciar a pacto tan propicio, y aunque estaba firmemente persuadida de que Turbo no tardaría ni un día en pasar a recogerla, se decidió a asegurar este negocio adicional, con el que sacaría además una buena tajada.

—Bueno, no me arriesgo a nada y lo tomo como un juego, pero ¡qué iluso eres! ¿Cómo va a dejar escapar ese truhán tan amante de los coños virginales a una ninfa de tal delicadeza y hermosura? Hace unos días estuvo por aquí y, efectivamente, me dijo que se retiraba a su villa de Capua pero que antes pasaría a recogerla.

—Ya sabes, Calidia, el caprichoso destino se comporta con los mortales de forma veleidosa. A veces el viento contrario del azar, o los mismos dioses, entorpecen nuestros deseos y hay que mostrarse precavido.

—Creo que eres un loco de atar, pero alabo tu previsión. ¡Sea!, firmemos un papiro y vengan esos ases —le conminó, asegurándose una venta segura—. Así, si me falla el viejo chivo, tengo a un sustituto rico e ilustre. Me gusta hacer negocios tan fáciles, pero ni una palabra de todo esto a Turbo o me rajará el pescuezo.

—¿Cómo voy a dejar escapar mi deseo, si ambiciono con toda mi alma a esa cervatilla inocente? Que Venus bendiga tu comprensión, Calidia.

—Siempre realicé negocios tratando con lo que más os pierde a los hombres, vuestra incontiente verga. Ese miembro caprichoso e impaciente es la fuente de todos vuestros males y de mis mejores negocios; créeme que llevo años abriéndome de piernas ante sus fluyentes chorros.

Paulo y Diocles salieron de la estancia regocijados, y, para no levantar sospechas, se emparejaron con dos muchachas egipcias de ojos rasgados y lustrosas trenzas

recogidas con peinecillos de marfil. Se retiraron a un cubículo iluminado con lámparas griegas y exornado con lechos purpúreos, donde las jóvenes desplegaron su maestría amatoria ante los dos varones, que ansiaban compartir con ellas las delicias del amor después de una noche de inquietante tensión. La cuarta vigilia moría lentamente y, con los párpados caídos, Diocles, alegando ante Calidia su cansancio y borrachera, abandonó la casa sumido en una jubilosa cavilación. Paulo, que no salía de su asombro sobre el espectacular comportamiento y la sagacidad del auriga para extraerle tan jugosa información, le preguntó con delicadeza:

—Me ha sobrecogido la forma tan ladina de sonsacar a esa mujer con tan sólo conjeturas. No sabías a ciencia cierta que fuera Turbo nuestro hombre, ¿verdad?

—Antes de salir de la Villa Sestia sólo lo presentía, era una sospecha, una intuición, pero también he sido consciente del riesgo corrido, tanto en la hospedería como en el prostíbulo; la avaricia y la fatuidad humana han obrado el resto. Y ahora sí estamos seguros, Turbo es nuestro hombre y te aseguro que pagará por lo que ha hecho.

—¿Cómo ha podido incurrir en semejante traición quien fue la mano derecha del emperador Adriano? Me cuesta admitirlo, Gayo.

—Y yo me pregunto consternado por qué quiso eliminarme, siendo mi amigo y hermano en la fe de Mitra —le confesó, y un halo de tristeza cruzó su franca mirada.

—Por dinero, quizá por despecho; o por simple venganza, y porque tal vez supiese que te habías convertido en la pieza clave para neutralizar la conjura si regresabas a la competición. Te has cruzado en su perverso camino, nada más.

—Evoco la memoria de Adriano como la de un juez implacable que hubiera detestado conducta tan impía. Pero Turbo siempre se comportó con exceso de ambición y Antonino no confió nunca en él. Se me escapa, no obstante, qué papel desempeñó en Roma en esta trama y por qué razón fijó sus malévolas intenciones en mí.

—Las piezas del jeroglífico aún no están claras, ¿verdad?

—Lo están, pero no el peligro conjurado mientras los prefectos no acepten mis argumentos y la flagrante evidencia que les proporcionaré en unas pocas horas. No obstante, el único sortilegio que puede dar luz a la oscuridad de la trama es la palabra Cocles que aparece en el papel robado en el cementerio por Galo. Sólo entonces podremos leer este intrincado jeroglífico con meridiana claridad.

—Muévete con prudencia y no cometas ningún desliz, Diocles. Hechos que ignoras podrían lesionar tus generosos intentos. Que Júpiter te ampare.

—Durmamos unas horas y al orto del sol visitaré la Prefectura. Esta noche ha sido demasiado larga y extremadamente apasionante. ¿No lo crees así, Paulo?

—Ha sido una experiencia irreemplazable para mí —le dijo admirado.

Una luna apresurada iluminó el tránsito de la litera desde el Foro de los Ganaderos y el Pórtico de Minerva hasta las frondosidades del Celio, donde se alzaba la *domus* familiar de Diocles. Se oía casi imperceptiblemente el bordoneo de los

molinos y el trajín de los hornos y las panaderías de la Puerta Carpena, cuando al fin, exhausto, consiguió adormecerse. Mientras, pensaba que la traición de Turbo poseía su lógica, pues las delaciones del vicio y el desenfreno de los sentidos no constituían para él un pretexto, sino una razón de su depravada vida de placeres. Se entristeció.

XVII

CICUTA DE SÓCRATES

El último canto del gallo anunció la consumación de la aurora, y la traza desfigurada de Roma adquirió la tonalidad del bronce dorado.

Diocles no podía disimular su impaciencia y, seguido de los gladiadores de Ascón, atravesó el *Cardo Argenti* en una silla de manos. Rodeando el altar de Júpiter Elicio y la biblioteca de Polión, compareció en la patibularia Prefectura Urbana, donde lo recibieron los tres cerebros que quedaban del asunto *Aclasus*, el *praefectus urbis* Licinio Druso, el banquero Arrio y Décimo Longino, que fingían un solícito interés tras el urgente aviso del auriga.

¿Qué es lo que pretendía de nuevo el impredecible auriga? Su aviso los había inquietado e ignoraban de qué naturaleza podían ser sus declaraciones. Compusieron una respetuosa inclinación de cabeza, prueba de que su decisión de correr en los *ludi* los había satisfecho, aunque al hispano le irritaban su prepotencia y oscuras intenciones. Druso, con su talante de poder siempre presto a ser ejercido, lo interpeló con interés, demostrándole su desasosiego:

—Hemos recibido tu apremiante mensaje, Gayo, y sus términos nos han llenado de recelos. ¿Qué ocurre?

Al lusitano le temblaron los labios, pues aún pervivían en su mente los sucesos vividos la noche anterior y las acusaciones contra Galo de aquellos hombres en los que se presuponían las viejas virtudes romanas de la rectitud y la justicia. Alzando la mirada, declaró con sequedad:

—La última vez que nos reunimos os manifesté que me inspiraba muchas dudas la imputación atribuida a Aulio Galo, y a tal efecto he acometido en estos días ciertas averiguaciones ya iniciadas por Galo que confirman su inocencia.

En las retinas de sus interlocutores centelleó una dudosa conformidad.

—Nada nos satisfará más que desvelar la verdad y exonerar de toda culpa al edil Galo. ¿A qué hechos te refieres? Te escuchamos —le invitó a explicarse el pretoriano, solícito.

En medio de una actitud de hostilidad, pues aún no estaba seguro de sus

sospechosos propósitos, Diocles espoleó sus ansias de hablar. Y sin omitir uno solo de sus pasos, pues la seguridad suele enardecer la elocuencia, les narró la visita al archisinagogo judío, las increíbles revelaciones sobre la visita a Roma del banquero Zacab de Cirene, su desaparición, la entrevista con el desconocido personaje en la hospedería, el cofre de marfil con la *magen* de David, las monedas de la rebelión de Bar Kochba, el Hijo de la Estrella, el corredor de Venus y la compra de la joven ofrendada a Afrodita, así como las confidencias del posadero griego Licómedes y de la *loba* Calidia, todas relacionadas con Marcio Turbo.

Los prefectos y Arrio no salían de su asombro, pero no perdían detalle.

—¿Y no me asegurasteis que Epafrodito se reunió en La Colina de las Musas con un desconocido que se esfumó? Es el mismo hombre, el exprefecto de este castro, Marcio Turbo, que solía utilizar para escabullirse el secreto pasadizo que une ambos establecimientos.

Se sucedieron murmullos de extrañeza y las mentes de los prefectos se convirtieron en un torrente de sospechas. No obstante, la sola mención del nombre de Turbo dibujó en sus bocas un asomo de perplejidad y también de dilemas; salvo en Licinio Druso, quien pareció recibir la noticia con cierta complacencia, pues habían sido rivales en otro tiempo.

—¿Marcio Turbo, mi predecesor, y el contacto de los apostadores alejandrinos en Roma son la misma persona? ¡No puedo creerlo!

Diocles, sopesando el éxito de su revelación, insistió con una sonrisa:

—Turbo se ha comportado como un consumado actor y puedo probarlo. Él ha sido, y no Galo, quien les ha ido revelando cuanto aquí se fraguó. Así que resulta ineludible despojarlo cuanto antes de su careta y que se justifique ante este consejo y ante el príncipe Marco Aurelio.

Longino, sobrecogido por la noticia, lo acosó a preguntas:

—Pero ¿qué testimonios nos traes? ¿Cómo podrás probarlo?

—Mediante las muestras de su falsedad, es decir, de las piezas judías con el emblema «Jerusalén y Libertad» que aún siguen en su poder o en las bóvedas de la Banca Sestia a su nombre, así como con los testimonios de Jehudá bar Esra, el liberto Licómenes y de Calidia la *loba* —respondió con énfasis, y extrayéndola de la toga les mostró la moneda.

—¡Inconcebible! —exclamó Druso, atónito—. No obstante, un tribunal serio rechazaría el testimonio de una prostituta por inadmisibles, aunque tendría en cuenta el del liberto griego y el del judío, ambos ciudadanos romanos.

—Un juez precisa de pruebas contundentes, no conjeturas —objetó Longino.

La contrariedad de Diocles iba en aumento, pareja a la desconfianza de los prefectos; pero los interrumpió, adusto:

—Poseo ese argumento y la irrefutable evidencia que solicitáis.

Los desconcertó la desenvoltura del auriga, quien, en una reacción impulsiva, sacó de la bocamanga la prueba definitiva en la que cifraba las esperanzas de

fundamentar la defensa de Galo: el papel que había robado en el cementerio del Esquilino. Sosteniéndolo en su mano lo mostró antes sus pupilas. En una rápida ojeada, Décimo Longino y Druso, que dieron un paso adelante, intuyeron su importancia.

—¡Un papiro con el emblema de esta Prefectura! —exclamó Druso.

—Esta evidencia con la marca de la Prefectura Urbana de Roma resultará concluyente, y estimo que será atendida por el pretor Manda, o por el mismísimo emperador Antonino, a quien acudiré si no le prestáis la solicitud debida —declaró, contundente—. Hoy mismo lo mediaré, si no se retiran los cargos contra Galo y se le exculpa de las acusaciones imputadas.

A Druso le temblaron las manos y se le abrieron sobremanera los ojos, dándose cuenta de que había cometido un grave desatino. Diocles la leyó en voz alta, y durante unos instantes los magistrados reflexionaron. Intercambiando miradas de connivencia con el pretoriano y el banquero, finalmente Longino se pronunció:

—Te asiste la razón, Diocles. Nadie puede burlarse impunemente de la autoridad de Roma. Ni el mismísimo Turbo.

—No es menester sacar las cosas de quicio, Diocles, ni importunar a los augustos —se excusó Druso—. Aquí todo está clasificado y en estos anaqueles se guardan rollos y tablillas con los informes cotidianos de los agentes secretos que actúan en la urbe. Los revisaremos y averiguaremos si partió de aquí la orden.

Diocles mostró un brillo de esperanzadora excitación cuando el prefecto entresacó de entre los estantes unos legajos que estaban etiquetados con el distintivo de CEMENTERIO ESQUILINO correspondientes al mes de *februarius*. Como un juez omnipotente, los leyó antes de pronunciarse. Unas gotas de sudor resbalaron por su rostro, hasta que musitó con voz apagada el contenido del pliego:

—Efectivamente, ese día el agente de guardia escribió algo análogo a lo que tú nos presentas. Escuchad lo que aquí se consigna: «Prefectura Urbana; el cadáver de un banquero judío, de nombre Zacab de Cirene, ha sido consignado en la mañana de las Lupercales por Cocles *el Tuerto* y enterrado en una tumba sin nombre con la letra L y los dígitos xxxv. Carecía de orden de la Prefectura, aunque venía validado con el sello de la Prefectura. M. Anicio lo testifica. Dixi».

—¡Sorprendente! —se extrañó Longino—. ¿Cómo pasamos por alto testimonio tan decisivo sobre el correo que pagaba a los traidores, Druso?

¡*Aquila non capit muscas*^[104]! —replicó éste, airado—. Me resulta imposible leer a diario la totalidad de los asientos de los agentes desperdigados por Roma. Pero ¿por qué no nos revelaste antes la existencia de esta nota? Hubiera sido crucial para la investigación y nos hubiera evitado mucho dolor y nadar en la negrura de la duda, ¡por todas las Furias!

—Porque supe de su existencia sólo hace tres días, cuando un esclavo anónimo —mintió Diocles—, la trajo a mi casa, desapareciendo después. Y porque, francamente, no me fiaba de vuestras intenciones. Obrasteis despiadadamente contra

Galo y podíais hacer desaparecer la prueba.

En su fuero interno, el prefecto se reprochaba la dura conducta hacia Galo Cimber, y olvidando su inicial tono áspero, reconoció:

—Este papel cambia los planteamientos, ¡por Marte Vengador! —Sin poder controlar un gesto colérico, ordenó al guardia que vigilaba la puerta—: ¡Que se presente aquí el Tuerto inmediatamente!

A pesar del sofocante bochorno de la sala, el hispano sintió un escalofrío por la espalda, y un tanto inquieto preguntó:

—¿Quién es el Tuerto?

—Un *sordidatus*, un asesino a sueldo de la Prefectura —fue la seca respuesta.

Mudo de asombro, Diocles supo al fin que Cocles era un criminal oficial del Estado, e intuyó que su testimonio había resultado crucial para solucionar el problema. Druso cooperaba al fin con lealtad. Pero su capacidad para asombrarse no había concluido, pues cuando ingresó en la sala un sujeto contrahecho, entre grotesco y brutal, y con matas de pelo que le salían de las orejas y de la nariz, un hormigueo de agitación le corrió por el vientre. El matón, de una ferocidad temible, denotaba poseer las facultades mentales menoscabadas, y sus manos descomunales no sabía dónde colocarlas debido a la intranquilidad. Apestaba a vino y a ajo, vestía como un patibulario y farfulló un saludo que le heló la sangre.

—¡Ave, jefe Druso!, ¿qué quieres de mí? Hay que pasaportar a alguien.

De lo más oculto de la memoria del auriga brotó una figura olvidada pero aborrecida que tensionó su cuerpo. La imagen del verdugo le traía fragmentos irrecuperables del pasado, aunque una lúcida percepción lo avocaba al más doloroso de sus recuerdos vividos y a la locura que padeció tras la *amnesia*. Aunque intentaba espantarla de su mente, cada vez la evocaba con más claridad, por lo que, con una cólera mal contenida, el hispano detuvo la mirada en el sayón; como expelida por un resorte, palpitó en sus labios una denuncia que retumbó en la cámara:

—¡Es él...!, el que me atacó en el templo de Silvanus. ¡Lo reconozco!

Quizá por efecto del sobresalto, el prefecto, incrédulo, lo interrogó:

—¿Cómo?, ¿seguro que tú conoces a este hombre, Cocles? ¡Contesta!

El esbirro, incapaz de cualquier rasgo de piedad, fijó su mirada miope en el corredor, y sin poder disimular el tono de fingimiento, respondió con voz estridente.

—No lo sé con claridad, jefe Druso.

—Procedamos con detenimiento, porque este asunto encierra más perversidad de la que creemos. Dejadme que lo interrogue, pues la diosa de la Fortuna no le ha dado muchas luces a esta bestia sin alma —explicó Druso, y el sicario rió como un bobalicón.

—¡Cocles, escucha! En este papel se consigna que tú, en el mes de febrero, trasladaste al Esquilino el cadáver de un judío y que el *vespillón* que te atendió, cumpliendo con su deber, anotó en el margen tu nombre. ¿Recuerdas ese episodio? Si me ayudas, cuenta con una bota de vino y con una *loba* para ti solo; de lo contrario, te

colgaré de un gancho con un hierro candente metido en el ano hasta que recuperes los olvidos. ¿Entendido? —le espetó, reprobador.

Cocles, ante tan poderosos argumentos, compuso una aterradora mueca y dejó ver unas encías sangrantes, y aterrorizado por el tormento que le auguraban, se apresuró a confesar:

—Ilustre prefecto, este trabajo me lo ordenó el jefe Marcio Turbo. Aquella tarde hacía mucho frío y llovía a cántaros. Me pidió que estrangulara a ese judío porque era un enemigo de Roma. Luego lo trasladé al Esquilino y le dije al sepulturero de guardia que lo enterrara. Eran órdenes de la Prefectura. Cocles no hace preguntas, señoría, Cocles sólo obedece órdenes. ¿Es que hice algo malo?

—¡En absoluto, Cocles!, obraste conforme a las ordenanzas.

—Yo siempre ejecuto con prontitud lo que me ordenan, *domine*. ¿Verdad?

—¿Y no recuerdas alguna orden que te diera el «jefe» Turbo concerniente al ilustre Diocles, aquí presente? —preguntó con rudeza.

El sicario optó por no irritar al prefecto y replicó al instante:

—¡Cómo no recordarlo!, lo espí en Preneste por mandato del prefecto Marcio días después, helado hasta los huesos, pues ni el vino me calentaba. Yo me resistí, pues es un *agitator* muy querido por el pueblo, pero me dejó dormir una noche entera con una de sus esclavas y me pagó diez ases por raptarlo y esconderlo en una casa rústica de los Albanos. Debía retenerlo hasta que él decidiera, aunque nunca matarlo, pues decía que era un predilecto del cielo; pero nos sorprendió. Es un hombre fuerte, ¡por los cuernos de Diana! Dejó fuera de combate a mi ayudante, y como escucháramos a la patrulla urbana, lo abandonamos sin sentido en las escalinatas.

—¡Malditos seáis tú y Turbo que llevasteis el dolor a mi gente! —gritó henchido de ira el auriga.

—Considera que lo siento, pero cuando regresamos ya habías desaparecido. Ese descuido me costó veinte latigazos, que me propinó un esclavo de Marcio. Además, me obligó a buscarte por aquellos andurriales con los pies desollados durante una semana. No conseguí dar con tu pelleja. Excúlpame, ¡por los pechos de Venus! Una orden del jefe es una orden, y Cocles no piensa en otra cosa que en obedecer a los señores prefectos.

—Queda claro que Turbo lo sabía, pues aquí se habló en su presencia poco antes de convocarte Galo a Tres Tabernae. Estaba al tanto de que te íbamos a ofrecer que corrieras en los juegos, y pretendía inutilizarte, el muy ladino, para así dejar el paso franco a Epafrodito, al que ya tenía comprado —resumió el pretoriano—. Tú representabas para ellos un serio obstáculo ¡Ladina caterva de traidores!

—Cuando concluyan los juegos, ese Epafrodito se pudrirá en la cárcel. Dejemos que corra por el bien de los juegos y de las apuestas, que huelga la ambrosía del éxito, y luego pagará cara su felonía. Le han debido de ofrecer una fortuna.

—Créeme, Druso, nunca pensé que Epafrodito fuera capaz de deshonorar a unos compañeros que se juegan la vida en la arena, pero el oro es un imán irresistible para

el corazón del hombre —se lamentó Diocles, quien, observando al Tuerto, se resistía a tolerar las disculpas de aquel sanguinario matón.

—¡Cuántas vidas estranguladas con esas manos despreciables, Cocles!, aunque es más culpable quien te lo ordenó, que además nos ha engañado a todos mediante el arte de la distracción. Que Júpiter lo fulmine.

El prefecto Druso, que no daba crédito al grave desliz, que comprometía gravemente su gestión, prosiguió interrogando al asesino, que no demostraba una gran coherencia intelectual precisamente, y sí una inocente confusión de ideas.

—¿Y te sigue mandando algún trabajo todavía el exprefecto, Cocles?

—Sí, de vez en cuando; y además he de notificarle qué personajes importantes visitan la Prefectura, pues ha de informar al emperador.

~¿A1 César?, ¡claro! Pobre diablo, cómo te ha utilizado —dijo Druso, que mirando a sus interlocutores, afirmó—: Este no entiende de dimisiones, ni de cargos ni de mandos, y como perro fiel ha seguido sirviendo a su antiguo señor. Yo había depositado una confianza ciega en Turbo y todo esto me desalienta.

—Hay que hacerlo procesar por esta felonía —insistió el general.

—Y pensar que en el asunto Aclaus, Marcio Turbo aparentó una sinceridad auténtica, informándonos de cuanto deseábamos... ¡Qué decepción, por Hércules!

El pretoriano, que consideraba el mundo desde el punto de vista práctico, los conminó a actuar de inmediato. Indignado, tensó su rictus imperturbable.

—Turbo se ha convertido en una amenaza pestilente que hay que atajar de inmediato. Actuemos, Druso —dijo—. Pero ¿por qué ha traicionado a Roma?

—Porque los ataderos de la avaricia son mucho más sólidos que los de la lealtad y los del amor a la patria —apuntó el hispano.

La expresión de Longino ardía de cólera, y se lamentó:

—Bien que se ha vengado del emperador ese glotón grotesco y lascivo, por no haberle concedido el proconsulado de Siria por el que tanto ha medrado. ¿Lo sabíais? Le ha enviado hasta cinco instancias y todas le fueron denegadas.

—Quizá lo haya inducido su enfermiza necesidad del lujo y el sabido desenfreno por las jovencitas núbiles. Cuentan de él que hasta bebía el primer flujo menstrual de sus esclavas núbiles. No es hombre de gustos sencillos y ha despilfarrado miles de sestercios en placeres estériles, lo que lo habrá obligado a recurrir a recursos fabulosos —aseveró Druso.

—Poseía la soberbia del advenedizo, lo que viene a demostrar que un ser humano es un catálogo de contrasentidos —sentenció el hispano.

El pretoriano, comprometiendo información reservada, añadió:

—Se da la paradoja de que Quieto de Nabatea está entre la nómina de sus amistades y sabía de su rencor hacia el emperador, por lo que astutamente lo han utilizado para servir secretamente en Roma a los apostadores judíos. Mis agentes lo sabían y estábamos al corriente de que mantuvo correspondencia con el araberromano, pero ¿quién iba a sospechar del hombre que guardó a Roma de los

Carroñeros?

—Dinero y rencor unidos a la avaricia de un espíritu ingrato —le recordó el auriga—. Aunque esos son los atributos que rigen ahora en Roma, ¿de qué te extrañas, Décimo?

Druso ejecutó un gesto tajante con la mano, y aseveró:

—Esta vez no me perdonaría una falta de determinación. «Siempre diligente, nunca impulsivo», nos recomienda Tácito, así que tramitaré órdenes al procónsul de Siria para que envíe encadenados a Roma al rabí Josué ben Kisma y a Quieto de Nabatea, al que hemos localizado en Petra, y claro está, el fin del enclaustramiento de Galo, al que ofreceremos nuestras sentidas disculpas. Y no creas, Diocles, que nos servimos de él para presionarte; su conducta nos confundió, pero la seguridad de la República está por encima de intereses y amistades.

El auriga, con una excitación no exenta de desprecio, sintió que un alivio inundaba las tersuras de su alma, como si la desgracia que abandonaba Galo hubiera sido suya. Ahora comprendía que la amistad auténtica le había insuflado fuerzas para seguir adelante y que sus hipótesis, ayudadas por aquel providencial documento, habían demostrado su inocencia. Invaso por una triunfante paz interior, mantuvo una desdeñosa tirantez hacia la conducta de Druso, Arrio y Longino.

—Febril y extraordinaria búsqueda la tuya, Diocles. Rogaré a los dioses para que me concedan el favor de un amigo tan magnánimo como tú —dijo Druso, sonriéndole—. Deberías trabajar como agente del Pretorio, posees intuición y has demostrado una inteligencia innata para la indagación.

—Prefecto, sostiene Cicerón en su *De finibus* que los dolores intolerables que sufren nuestros semejantes han de movernos a la piedad, y vosotros olvidáis con frecuencia ese sentimiento. Me conmueve más la misericordia que el castigo, y eso no os serviría de gran cosa —admitió con una mueca de reticencia.

—Confiamos sobre todas las cosas en tu éxito en los juegos y rogaremos a Consus y a Hércules que fortalezcan tu brazo. Romper la trama depende ya sólo de ti.

El hispano sostuvo la mirada de sus interlocutores y les reveló:

—Ahora que todo parece esclarecerse con la luz de la verdad, he de confesaros que venía dispuesto a desdecirme de mi promesa. Sólo anhelaba huir de Roma y olvidar para siempre quién fui, pero ha sido esa plebe inculta e insolente como cálida y entregada a mi recuerdo, la que con su afecto me ha alentado a volver a correr. Los he visto en las tabernas ante un miserable plato de lentejas y col, alborozados con mi retorno. He notado que me aman y no debo decepcionarlos.

—Roma hierve a causa de tu retorno. No nos defraudes, gran Diocles.

—No hablan de otra cosa, se consumen por verme en la arena como si hubieran recuperado a un padre extraviado y han gastado hasta sus últimos ahorros para apostar por mi triunfo en la sexta carrera, que a la postre se ha convertido, sin yo pretenderlo, en la más crucial de mi vida —se sinceró—. Es el corazón apasionado de Roma el que me reclama, y esos desinteresados deseos me han animado a mantener

mi pacto; lo que ni tan siquiera había conseguido ni la inocencia de Gale ni la traición de Marcio Turbo, que me ha llenado de desolación.

—Ni un instante debes dudar de nuestra devoción —aseguró el general Décimo.

Los dos prefectos le dieron la espalda e hicieron un aparte. Conversaron durante unos instantes sobre Marcio Turbo, y Diocles pudo comprobar que no discrepaban sobre la actuación que debían llevar a cabo.

—Bien, el príncipe Marco Aurelio debe ser informado, pero antes Turbo nos debe una explicación y Galo merece nuestras disculpas. Acompáñanos, Diocles, hemos de cursar una visita de cortesía a ese traidor y tu presencia nos es necesaria para desbaratar sus argumentos.

—¿Lo vais a arrestar?

—Obraremos del mismo modo que con Galo. Por su participación en apuestas prohibidas, según la *Lex Publicia* es acreedor del castigo de cárcel pública y a trabajos forzados, e incluso a ejecución sumarásimas; pero, en consideración a su pasado honorable, nos mostraremos magnánimos. Además, los opositores a mi gestión en el Senado me importunarían con preguntas delicadas a las que es preferible no contestar. *Aclausus* es un plan secreto y nada ha de trascender.

—¿Y entonces, no le aplicaréis la *lex varia majestatis*^[105] por conjura?

—Se lo merece, pero se le castigará con la *interdiccio*, es decir, se le condenará al exilio deportándolo a una isla perdida del Egeo y se le confiscarán los bienes no testamentados; una vez que acaben los juegos, para no levantar sospechas.

—Esa es la condena que pensabais aplicar a Galo, ¿no es así?

—Posiblemente, pero nunca sin pruebas. Eso te lo garantizamos.

—Turbo no lo soportará, es demasiado orgulloso.

—Él fue magistrado y prefecto de Roma y sabe lo que le aguarda. ¡*Dura lex, sed lex Romae!*, la ley es dura, pero es la ley de Roma. Marchemos, el tiempo apremia.

* * *

En la ostentosa *domus* de Marcio Turbo, en las cercanías del Pórtico de Minerva, se respiraba una atmósfera de recelo y dolor.

Impacientes aunque extrañados, Diocles, los taciturnos prefectos, un escribano, los lictores y varios pretorianos atravesaron el atrio como si de la corte de un tirano se tratara. Acompañados por el *nomenclátor*, que sospechosamente los recibió con expresión de amargura, pasaron al *tablinium*, donde los esclavos se movían de un lado para otro silenciosos como espectros, sin que los recién llegados comprendieran la razón de tan inexplicable conducta, pues aún no habían formulado ninguna acusación. ¿Qué ocurría entonces? No entendían nada, mientras observaban que la casa estaba llena de suspicacias, las cortinas corridas y la nítida luz de la mañana apenas si penetraba por los ventanales.

En medio de un ambiente enrarecido, fueron recibidos con agasajo por la compungida esposa de Turbo, Domitila Antonia, una dama de grandes ojos negros y recatadas formas, y por sus dos hijos, dos muchachos togados que lloraban, según sus explicaciones, por la triste adversidad y la humillación a la que se había visto abocada la familia. Parecieron no sorprenderse con comparecencia tan señalada, y la insólita conformidad inquietó a los visitantes, que seguían sin comprender nada, mientras se intercambiaban miradas de asombro.

¿Cómo eran recibidos con agasajo, si eran portadores de la mayor y más ignominiosa desgracia que podría comunicársele a un romano, como era ver su nombre en el Foro entre la lista de proscritos condenados al exilio? ¿Por qué se lamentaban antes de conocer los cargos? ¿Qué había ocurrido en la casa de Turbo que escapaba a su alcance? ¿Se les había adelantado alguien?

—Salve, carísima Domitila —se interesó el prefecto del Castro Pretorio, que balbuceó ignorante y precavido, incluso nervioso.

La *domina* alzó la mirada con gesto de confusión, adoptando una actitud de protectora dignidad. Digna, replicó sin acritud:

—Habéis venido a honrar la muerte de mi marido, ¿no es así?

Un insidioso flujo de desconfianza corrió por la sala, y Druso fue incapaz de dominar su embarazo. Olvidando su autoridad y el sentido del deber que los había llevado hasta allí, compuso una mueca tan cómica como la de un histrión del teatro Pompeyo, sin saber qué responder.

—¿Su muerte? —farfulló incrédulo—. Claro está..., pero...

Una aceleración de ideas hizo que Longino reaccionara y recuperara la dignidad de sus cargos, puesta en entredicho.

—Pues la verdad es que sí..., hemos sido avisados de su... repentino y fatal..., que... —no supo decir más, aunque Domitila lo achacó a la zozobra por el fúnebre momento.

—¡Qué desgracia, ilustres prefectos y amigo Gayo! —gimió inconsolable—. No pudo soportar la noticia en la que se le comunicaba la bancarrota y la pérdida de sus acciones en Delos. Al menos, eso nos aseguró en su angustia; y atormentado por escrúpulos de conciencia, se despidió de su casa, convocó a su físico y se ha segado las venas, tomando la cicuta de Sócrates en un gesto definitivo que lo honra. Su orgullo y modestia no podían tolerar semejante vergüenza, según nos confesó. Subid a la cámara y contemplad el cadáver aún caliente de vuestro amigo, cuyo espíritu camina por los tenebrosos senderos de los Campos Elíseos.

—Ha agonizado ante nuestros ojos con la sobriedad y temple de un soldado —añadió su heredero, sollozando en el hombro de su hermano menor.

Los huéspedes, estupefactos y sin poder borrar la conmoción que les había provocado la insospechada novedad, no sabían qué decir, pues ignoraban las intenciones suicidas de Turbo. Las emociones se les agolpaban en la cabeza, pues la situación había superado las más imprevisibles conjeturas. Quedaba claro que la

justicia no podía seguir su curso y que Marcio Turbo, prevenido tal vez por Licómedes de que había sido descubierta su participación en la maniobra de las apuestas y que ésta sería conocida de inmediato por los prefectos, había tomado la decisión más honorable para un patricio: convertirse en su propio verdugo y preservar a su familia de la indignidad. ¿O aún les aguardaba alguna otra sorpresa?

Con recato y en silencio, ascendieron a una alcoba que daba a una terraza desde donde se divisaba la confusa planta del Coliseo y en cuyas paredes se abrían hornacinas de mármol travertino con los dioses *lares* de Turbo y Domitila. Al fondo, en un ambiente vaporoso, asomaba el baño matrimonial, una sugerente exedra embellecida con mosaicos de náyades y bustos de Afroditas.

Domitila, con un ademán de decoro y fortaleza, lo señaló entre lágrimas.

Las sombras proyectaban un haz de tenebrosidad sobre el cuerpo exánime de Marcio Turbo, arrasada su corpulenta humanidad por los estimulantes, la bebida y su incontinencia sexual, en una tina de ónice y de agua tan roja como la alberca de un tintorero. Yacía desnudo, con los brazos caídos, su largo cuello rígido y la barriga como un islote en un océano bermejo. En el suelo reposaba una tablilla de cera borrada con un punzón, posiblemente el mensaje del aviso, y una redoma de cristal que despedía un acre olor a cicuta.

La cabeza echada hacia atrás, la tez cérea, la mirada ciega, la nuez del cuello monstruosamente salida y un reguero blanco del veneno pegado a la comisura de los labios; la imagen impresionaba por su dureza. Las muñecas las había vendado el físico y las manos parecían garras de arpía. Las llamas oscilantes de las candelas deslizaban sombras cobrizas sobre el cuerpo sin vida del magistrado raptado por Caronte hasta los Infiernos no debía de hacer aún una hora.

—La noticia supuso para él una situación insoportable y, llevado por la impotencia, decidió traspasar el umbral de la vida con honor. Y como temía al dolor físico, le pidió a su médico un veneno análogo al que tomó el filósofo Sócrates — informó la matrona, reacia a aceptar la decisión de su esposo a quitarse la vida.

El amedrentador aspecto del finado avivaba en los huéspedes sentimientos contradictorios de asombro, mientras se miraban confusos. Allí yacía la tentación, la avaricia y el anhelo irreprimible de poder, arrasados por el sufrimiento de una agonía atroz. Diocles, que ya nunca satisfaría el repertorio de preguntas que pensaba hacerle a su otrora amigo, sintió un escalofrío difícil de explicar, y ante la tétrica visión y el rictus de la muerte impreso en el rostro del exprefecto, todo le parecía banal: su asalto en Preneste, las apuestas apañadas, la traición de Epafrodito, la muerte de Zacab y su retorno a la arena... Con recato, se dirigió a la viuda y le dijo:

—Que Proserpina, señora de las tinieblas, y Mitra, señor del cielo, le concedan la luz para caminar por el mundo sombrío, Domitila Antonia.

—Que así lo quieran, Gayo. Desde hacía tiempo, Marcio me hablaba de los presagios funestos de los horóscopos, y se había convertido en un hombre sin fe y sin esperanzas, operándose en su interior una súbita transformación. Él sólo ha acelerado

con este acto de valor romano el tránsito hacia la otra vida.

—Roma llorará a un hombre recto —mintió Druso—. No obstante, *cara* Domitila, te transmito una orden expresa del emperador. Hasta que no finalicen los *ludi* de Faustina Augusta, sería conveniente que no se celebraran las exequias públicas y que, dadas las circunstancias en que se ha producido, se silenciara en estos días fastos su muerte. Una pareja pretoriana quedará en tu casa y velará el cadáver.

La dama dispuso un rictus de ignorancia y extrañeza, pero repuso:

—Obedeceremos al César, como lo hubiera hecho él.

Diocles advirtió que Druso pretendía ocultar la noticia para que el plan pudiera cumplirse sin levantar suspicacias y sintió pena por la matrona, comprobando cómo el sufrimiento humano se adapta a la muerte con una insensibilidad dolorosa y brutal. Echándose hacia atrás, le susurró al oído al prefecto:

—Demasiados escrúpulos para un traidor, ¿no te parece? Pero no añadamos más dolor a esta inconsolable familia, Druso, que obedecerá la orden del Augusto a pies juntillas. Merecen nuestro consuelo, démoslo y vayámonos. ¿De qué sirve remover un pasado inútil que ya no puede recibir su castigo?

El magistrado, inflamado por la indignación, reflexionó sobre alguna fórmula que invalidara la ejecución de una sentencia, aunque el acusado se hubiera suicidado, pero pensó que al auriga le asistían la piedad y la razón, y que así no habría de dar ninguna explicación a nadie.

—Es lo más apropiado, aunque ignoro si lo ha hecho por insumisión o por cobardía; pero hemos cumplido con el espíritu de la ley de Roma, madre y juez de sus hijos. ¡Sea como dices!

La satisfacción afloró en el semblante del auriga, que contrastaba con la hipócrita actitud de los prefectos. El abismo entre ellos se había convertido en infranqueable, y ni su inminente participación en los *íudi* salvaría su desconfianza. En un mundo regido por el dinero y la crueldad, la compasión y la justicia no tenían cabida. Al abandonar la *domus*, convertida en un marjal de llantos, Druso y Longino pensaron que Turbo se había entregado a una muerte tan penosa huyendo de un juicio vergonzante. Y saludando al auriga, lo despidieron con reconocimiento.

—Ve en paz, Diocles —le desearon—. Fortuna y valor en los juegos.

Los brazos le pesaban de cansancio y los párpados se le cerraban solos. Sin embargo, pensaba que, gracias a su obstinado anhelo por liberar a quien lo alentó al pisar Roma, había nacido la fuerza capaz de desenmascarar al culpable, del que nunca hubiera esperado tal traición. No obstante, un sentimiento de éxito personal le hizo paladear la complacencia por una victoria sobre la ambición.

Ése era, y no el de la arena, el triunfo más deseado y perfecto.

Un palanquín cerrado lo alejó de la casa de Turbo, en dirección a la casa de Aulio Galo, donde ya debía reinar el alborozo y la alegría. Detuvo la silla ante la columna dorada del templo de Saturno, donde se guardaban las reservas de oro, y bordeó el templo de Juno Reina y el pórtico de Hércules y Flora, sumido en una profunda

cavilación. Ingresó radiante en la casa de Galo, y gozó con las muestras de gratitud que le dedicó su padrino, quien, con las mejillas mojadas por haber escapado de una cárcel injusta, publicó ante los suyos emocionado:

—Gayo Diocles del alma, cuando los poderosos se habían confabulado para borrar mi memoria de Roma, tú has ennoblecido tu sangre y rendido a este viejo amigo un tributo impagable.

—Amigo es el que socorre, no sólo el que complace con elogios, Aulio. No ensombrezcas tu alma con agradecimientos inútiles; tú me amparaste en la modestia de mis comienzos y ni yo ni mi familia lo han olvidado.

Galo, modesto por naturaleza, expuso con su magnética voz de orador:

—Gayo, tú desprecias las cosas del mundo que otros apreciamos, y sé que sientes atracción por la verdad. Te conozco lo suficiente para asegurar que tu corazón siempre estuvo impregnado por el deseo de la equidad, y no has consentido que profanaran nuestra amistad, restituyéndome la cordura y el deseo de vivir.

—Aún repele a mi alma la traición de Turbo, al que teníamos por amigo.

—Gayo, ya lo dijo el sabio Horacio, *Epicuri de gregeporcum*, o lo que es lo mismo, «era un cerdo del rebaño de Epicuro, dedicado sólo al goce del placer».

Se fundieron en un abrazo, olvidando lo acaecido como se olvidan las pesadillas surgidas en un mal sueño.

* * *

Diocles regresó con Camila y sus hijos a la *domus* del Celio complacido. Acomodado en el *impluvium*, degustó el placer de la soledad, como si se deleitara en una placidez clandestina. Apareció Camila con una copa de vino de Calenum aromatizado con tomillo y mirto. Ligera, risueña y con su mirada ensoñadora y diáfana, le acarició la nuca revelándole gozosa:

—Hoy he ido a ofrecer un sacrificio a Venus y su imagen estaba cubierta de ramos de lirios blancos. Ninguno estaba partido y olían a frescor y a gloria. No podía existir mejor augurio para tu retorno al Circo Máximo, esposo mío, del que sabes recelo y temo como si fuera el de tu estreno.

Diocles siempre había mantenido un amor sin grietas hacia Camila, y cuanto expresaba le agradaba, pero ¿qué quería decir con los lirios de Venus?

—¿Qué me pueden influir a mí los lirios de la diosa del amor?

—Son cosas mías, *caro*. Pero un día las flores quebradas de Venus nos acarrearón el más funesto de los presagios, jamás lo olvidaré.

El auriga no les concedió más importancia a las incongruentes palabras de Camila, y, ensimismado en la desfigurada imposta de la ciudad, pensó que no existía nada comparable a la vibración que experimentaba su alma al contemplar el mágico cielo de Roma acunando el espejismo de luces en el que estaba sumido el Circo

Máximo, donde en pocos días recibiría el homenaje de las multitudes, ¿para enaltecerse una vez más, para salir derrotado, para morir?

En la arena del hipódromo no había lugar para el ridículo, el fingimiento o la desesperación, sino la oportunidad para demostrar ante el mundo su valor y sabiduría con los caballos y para galopar por última vez contra las corrientes del siroco de su perturbado destino.

La memoria de *Pompeyano*

El hábito de soñar lo poseía Diocles desde la cuna, y cuando Camila se redro a la alcoba, el auriga relajó sus músculos y evadió su imaginación envuelto en los aromas del jardín.

La memoria imborrable de otro caballo crucial en su pasado pugnaba por brotar en su mente. Nadie comprendía la tensión y el miedo que se sentía las vísperas de las carreras, y para atenuar sus temores con la vuelta a las arenas del hipódromo, evocó en el espejo de sus cavilaciones al corcel en el que había depositado su suerte suprema y compañero de sus más resonantes éxitos, *Pompeyano*^[106], el amado nombre que lo había sanado de la *amnesia*.

Ahora que había desvelado lo que antes suponía un misterio para él y su alma recuperaba el sosiego, quería compartir sus recuerdos con un palafrén que había admirado. *Pompeyano* era un alazán ítalo que, sorprendentemente, poseía poco desarrollado el instinto del peligro, convirtiéndolo por su templanza en un arma inigualable para las carreras de cuadrigas. Era de color blanco con un lucero gris en la testud y despertaba asombro por su estampa, increíblemente indómita e insumisa. Sus crines estaban pobladas de remolinos y sus vigorosas patas marcadas por moteados negros o «armiños», muy raros entre los de su especie. En su cuadra, Tito Valens había hecho inscribir esta leyenda: LOS LÉMURES NUNCA OSARÁN HACER DAÑO AL QUE HA NACIDO PARA VENCER.

¿Y no había resultado a la postre que *Pompeyano* encarnaba la predicción que vio reflejada en el espejo del planetarium de Julia Balbila, y a aquel desdibujado caballo galopando hacia la gloria? Él siempre lo había creído así.

Se comportaba como un centauro y gustaba de lucir la cola larga y peinada y las crines sobre la cara. Disfrutaba en la arena como ninguno, y cuando Lupino o Lauso lo desyugaban del carro, se resistía a seguirlos a las cuadras. Para aquel purasangre, indomable y arrogante, el Circo Máximo era su hogar y el lugar más seguro para demostrar la fuerza y la belleza de sus impulsos.

Diocles, mientras sorbía la copa de vino y rememoraba sus galopadas más inolvidables, iba rezumando nostalgias y desgranando sus últimos recuerdos como auriga.

* * *

Los nuevos augustos también le mostraron al hispano una desprendida simpatía. La emperatriz Faustina, mujer compasiva, fundó un hospital para veteranos de guerra y pobres de solemnidad que vagaban por las calles de Roma, que fue sufragado por los devotos de Mitra con generosas contribuciones.

El tiempo, ese sabio pedagogo que enseña que la vida es la sabiduría del silencio, adiestró a Diocles a no confiar en él, pues cada día que transcurre nos acerca un poco más a la muerte.

La desaparición de Adriano acrecentó en el auriga una vacua indolencia y se volvió burlón con lo sagrado, distante con sus semejantes y tenaz censor de cuanto lo rodeaba. Pasaba largas temporadas en su campo de Preneste atraído por el rumor de los riachuelos y la frondosidad de las higueras, mientras se dejaba llevar por el zumbido de las abejas y el canto de las cigarras, en una bucólica tranquilidad que lo subyugaba. Y entre la apacible labor en la huerta y el cuidado de sus sementales, los deseos de triunfo que inspiraron sus comienzos se fueron oscureciendo. La excesiva gloria, como sostiene Ovidio, le infundía temor y prefería un instante de felicidad con los suyos más que todas las olas de celebridad; pero los laureles se amontonaban y el fervor del público, lejos de palidecer, recrecía.

El emperador Antonino, que lo tenía entre sus amistades, no abandonó nunca Roma, como hiciera Adriano. Se enfrascaba en el estudio de los anales de Tácito o la *Rustica* de Varrón, su libro favorito, o bien se trasladaba a su villa de Campania a podar las viñas. Sin embargo, su imperio fue una época dichosa para Roma, pues basaba su gobierno en los piadosos principios de la paz y la tolerancia, nada desdeñables en un mundo cruel y despiadado. No obstante, su austeridad e hipocondría lo condujeron a costumbres poco dignas de un emperador, y preocupado por lo que ingería, adoptó la costumbre de no beber agua cocida con almáciga y oro, como sus predecesores, sino que se hacía traer cubas de agua medicinal desde el lejano riachuelo Carpentaria de Toletum^[107].

Antonino, al que el pueblo impuso el sobrenombre de Pío por su bondad, se comportaba con sus semejantes como un remanso de moralidad, aunque se sometía con frecuencia a la femenina influencia de su alocada hija Faustina Galería, la amiga de intimidades de la intrigante Julia Balbila. Los romanos lo amaban y lloraron sinceramente cuando la caritativa emperatriz Faustina entregó su vida al reino de Hades, abandonándolo en la soledad de la viudez.

* * *

Insensiblemente, algo había ido cambiando en la vida de Diocles hasta convertirlo en un hombre anhelante del sosiego y borrando cuanto de candoroso había acumulado su corazón. Y así, tras una trayectoria en los hipódromos, se fue acercando a la encrucijada que conduce a las últimas frugalidades de la existencia, cuando todo hombre busca la cercanía del sudario de tierra que lo ha de cubrir.

Siempre se había resistido a correr en otros hipódromos que no fueran los de Roma o Italia, pero, como si una conjunción de fuerzas invisibles lo empujara a abandonarla, unos productivos contratos convenidos por Tito Valens y Galo con *editores* griegos consiguieron que emprendiera una gira por Oriente. Fue entonces cuando Gayo Diocles percibió en su verdadera dimensión el incalculable prestigio del que gozaba fuera de Roma. La fama es como un fuego invisible que se dispersa caprichosamente sin que fuerza humana pueda domeñarlo.

En Corinto, en medio de un fervor apasionado, participó en los Juegos Poseidonios junto a otro auriga de los blancos que por entonces apuntaba alto, Epafrodito de Esmirna, al que llamaban el *escévola* porque era zurdo en el manejo de las bridas, además de intrépido en la carrera. Era hosco y reservado, pero valiente.

El héroe de Roma corrió al modo griego, desnudo, y en olor de multitud acudió a orar en el arcádico templo de Apolo Phitio y solicitar de sus videntes los presagios de su devenir. Le auguraron larga vida y un fugaz raptó de locura, y aunque no comprendió tal predicción y mucho menos el augurio final sobre la transitoria demencia, para su tormento y con aterradora precisión, llegaría a cumplirse años más tarde, ¿o no habría de llamarse locura a la *amnesia* padecida?

En Megara, ciudad cercana a Atenas y embellecida por Adriano, compitió en los fastos Diocleos y en los juegos consagrados a un legendario héroe megarenses tocayo suyo que en una batalla contra Esparta cubrió el cuerpo del más joven guerrero de la ciudad ofrendando su vida. Le brindaron honores augustos y corrió en el hipódromo junto a las Largas Murallas, donde sus ciudadanos, adoradores de Artemisa e inventores del teatro, lo invitaron a intervenir en un ancestral concurso, el más insólito de cuantos había participado en su vida. La singular competencia, que rememoraba la partida de los guerreros a combatir contra Esparta, consistía en besar a las doncellas de Megara ante un tribunal formado por las esposas de los arcontes de la ciudad, ganando el que más apasionadamente besara a su pareja. A Diocles le concedieron uno de los premios por el beso más dilatado, que consistía en un valioso collar con el rostro de la diosa, quizá llevados por la hospitalidad más que por las dotes del hispano para hocicar labios femeninos. No obstante, la mujer que le tocó en la liza, Adrastea, una viuda hermosa, lo acompañó mientras residió en tierras áticas, pues aseguraba que el semidiós Diocles la premiaría con un marido rico, si atendía al auriga con fidelidad.

Debió de conseguirlo, pues la estancia del hispano fue deliciosa a su lado y alguna noche visitó su solitario lecho satisfaciéndolo con fogosidad y dulzura. Visitaron Atenas y la Acrópolis, colmada de tributos arquitectónicos a los dioses,

donde Palas Atenea posee el más bello cobijo fabricado por la mano del hombre, el Partenón, una diadema de oro que corona un paraíso de encanto inigualable. Cuando el auriga contempló la hermosa esbeltez de sus mármoles junto a Adrastea, experimentó una sensación como únicamente puede suscitar la armonía perfecta.

Aunque siempre consideró quebradizo el capricho de los públicos, allá donde se detenía, ya fuera en la provincia de Acaya, en Siria o en Egipto, era recibido como un héroe homérico y aclamado fervorosamente por la muchedumbre, que llenaba los estadios desde el día anterior a las carreras. Diocles reparaba en que las multitudes lo consideraban como la culminación de sus más ambiciosos sueños, mientras se disputaban las insignias, sus enseres más burdos, las sandalias y cualquier prenda que hubiera usado en las carreras; Lauso y Lupino se ocupaban de repararlas entre sus seguidores, que las veneraban como si del Vellocino de Oro se tratara. Agrandaban sus actuaciones y los príncipes lo invitaban a sus palacios, dispensándole la consideración de un semidiós descendido del Olimpo.

Las *sponsio*, las apuestas clandestinas, se disparaban allá donde participaba, y en la próspera Antioquía, en las orillas del río Orontes y en el populoso arrabal de Epifanía, escuchó como un susurro de dioses el *Nika-Nika!*, que le hizo rememorar su inolvidable carrera de Tarraco ante el divino Adriano.

Se impuso a aurigas egipcios, macedonios y griegos, y, entusiasmados con su maestría, lo coronaron de mirto bajo la roca Ónfalos, la que sirve de pedestal a la colosal estatua de Apolo de las Artes. Allí se sintió amado por el pueblo y el «*Diocles victor*» aún resonaba en sus oídos para su delectación. Añoraba todavía la conjunción de armonías de su paso por Alejandría y a su cosmopolita y entendido público. Verdaderamente, la ciudad de Alejandro era el gran bazar del mundo, y en su puerto contempló la poderosa flota que surte de trigo a la urbe, la Sitopompoia, formada por centenares de barcos con el signo de la espiga de Ceres en sus velas, aguardando para zarpar y llenar las barrigas de los romanos.

Desde el valle de Rhakotis donde se alzaba el hipódromo hasta el Serapeum, el templo de Serapis, lo transportaron sus partidarios a hombros y coronado de flores. Lo auparon hasta la monumental esfinge de Júpiter auxiliando a una doncella, la Sabia Biblioteca, y bajo su cenital amparo admiró las abastecidas salas del museo y las librerías repletas de papiros y tablillas, que aún persisten tras el incendio del tiempo de Julio César.

Adriano le había rogado, en una plácida tarde en el Tíbur: «Gayo, has de visitar algún día Alejandría, la ciudad de Helios, de Mitra y de Amón Sol. No puede asegurarse que sea griega, romana, egipcia o judía, pues es el compendio del universo y del hombre. En su biblioteca y en el museo se condensan las enseñanzas de los sabios de la antigüedad y los cálculos científicos de los caldeos, de Euclides, Arquímedes, Hiparco y Eratóstenes, el futuro que algún día conducirá a la humanidad a conquistar las estrellas».

Su súplica se había cumplido, y la mestiza y opulenta urbe de los Ptolomeos raptó

su alma; con el éxtasis de las muchedumbres y el apoyo de los mecenas y de sus admiradores, su corazón rebotó de deleite, consiguiendo relegar al olvido a Roma.

Sacerdotes de Bubastia, que celebran los rituales secretos de Sekhmet, la deidad con faz de gato, le regalaron un felino bendecido por el dios con un collar de ámbar, pero en la travesía a Italia murió. El capitán, hombre propenso a la superchería, lo arrojó a las aguas con su joya y un ánfora de vino para calmar a la divinidad y evitar así su venganza.

Al fin, Gayo Diocles pudo comprender la idea de la universalidad de Roma que le describiera su abuelo Ático y el divino Adriano. Las pasiones y gustos eran idénticos tanto en Efeso como Gades, Trípoli o Brindisium, y la Pax Romana unía a razas, pueblos y ciudades prósperas bajo el amparo de su civilización. «Gayo, tú eres uno de los símbolos de Roma en el Imperio», le solía decir Adriano, pero hasta entonces no llegó a comprender el valor de tales palabras.

Regresó a Tarentum cuando los puertos se cerraban hasta la primavera a toda actividad comercial, los vientos esteños se volvían fríos y las aguas se convertían en lúgamos cenicientos y embravecidos. La *gens* hispana lo recibió en Roma con una fiesta apoteósica, y en compañía de Galo asistió a los fastos del Palatino, a los que acudía con asiduidad acompañado de Camila y platicaba con el emperador Antonino Pío, un alma accesible a sus semejantes y el mejor príncipe con que Roma podía ser gobernada.

* * *

Antonino lo invitaba a cuantos festejos se celebraban en la Casa Imperial, y allí conoció a Faustina Galería, la hija menor del César, una joven arrebatadora, aunque nacida para la controversia y la incitación. De ella emanaba una vitalidad que magnetizaba, pero en sus ojos grises chispeaba la más refinada de las lascivias. Era sabido en toda Roma que, aun a pesar de su juventud, había desgarrado el corazón de muchos amantes, a los que atraía con la suavidad de la araña para luego arruinarlos con la impiedad de la pantera. A Diocles le recordaba a Julia y su manera de arrasar los corazones confiados. ¿Y acaso la asiática no se había convertido en su pedagoga?

Los cerezos florecían en los jardines de Agripa y un sol sumiso conquistaba Roma, coincidiendo con el día en el que se honraba a la loba que amamantó a Rómulo y Remo y que culminaba con la procesión de Isis, protectora de los navegantes, inaugurando la estación de la navegación propicia por los mares.

Un abigarrado gentío atestaba la Roma Cuadrata, el recinto trazado por Rómulo en la cima del Palatino, el Pórtico de Octavio, las inmediaciones del teatro Marcelo y el puerto fluvial, donde concluía la grotesca procesión del *carrus navalis* o *carnavalis*, como lo nombraba el populacho.

Gayo, Camila y sus hijos, desde un balconaje de la Domus Augustana

presenciaron el desfile burlesco que combinaba lo religioso, lo pícaro y la feroz crítica a los gobernantes. Se oían sátiras sobre los tribunos, los senadores y el emperador Antonino, del que se exageran su sobriedad y tacañería, cantadas por catervas de faunos con falos descomunales, remedando a Baco, Saturno y Vulcano. Los carniceros del *Aequimelium*^[108], los verduleros del Boario y los limpiadores de la Cloaca Máxima, disfrazados de silanos, repartían obscenidades ante las mujeres, y ruidosas comparsas imitaban a Afrodita y a las Gracias, mientras atletas de los gimnasios disfrazados de Eneas o de Hércules remedaban a conocidos senadores y magistrados.

Las muchachas romanas, disfrazadas de Artemisas, rodeaban el carromato de Helios, un joven con rayos de zafiros en la cabeza y espolvoreado su cuerpo de oro, al que vitoreaban lanzándole agua de rosas y flores, en un triunfo del humor, la belleza y la ingeniosidad. La multitud prorrumpió en una estruendosa aclamación y las trompetas del Palatino resonaron sus fanfarrias, cuando compareció una compañía de jinetes númeradas uniformados con pieles de león que rodeaban una carroza exornada con aureolas de laurel y mirto. Transportaba una barquichuela de oro, el *carrus navalis*, y dentro de él saludaba a la multitud Faustina Galería, la hija del emperador, a quien había correspondido el honor de representar a la diosa Isis. Exhibía los atributos de las faraonas egipcias, la corona azul, el *atef* con el creciente lunar, los pectorales del dios halcón en oro y una diadema de rubíes y lapislázuli. Roma entera se estremeció con su hermosura, demostrándole su fervor.

—¡Faustina Isis, augusta Isis! —coreaba el público, enfervorizado.

Sus insondables ojos de sirena y la espesada melena de hebras castañas la elevaban al paradigma de la belleza, y al pueblo le placía poseer como futura augusta a una auténtica diosa descendida del Olimpo.

—Por Afrodita que la princesa se ha convertido en una beldad —le confesó Gayo a Camila, que, enojada por la daga de los celos, le corrigió en un susurro:

—Mi padre asegura que está dilapidando la reputación de su padre, que su palacete del Palatino es un prostíbulo y que cuenta sus amantes por noches de desenfreno, en las que también participa tu «conocida» Julia Balbila. Uno de sus amantes preferidos, con quien celebra orgías e inconfesables ritos orientales, es Eurímaco, el liberto del padrino Galo.

Gayo creía que se trataba de una indiscreción femenina, pero pronto constataría sus nada esperanzadores augurios.

—Y en su descaró —siguió informándole Camila—, se considera inmortal y le ha rogado a su padre el emperador que le alce un templo en el monte Tauro, en Alalea, regido por una casta de vírgenes sacerdotisas, pues así se lo indican los auspicios que le descubre su amiga Julia, a quien Venus confunda.

Camila había introducido un sesgo de discordia en la alegría de Gayo y hubo de presenciar tenso la pompa y apenas si percibió la nutrida representación de la Basílica del Mar, de los Padres de la Patria, de las compañías navieras del Mare Nostrum, del

templo de Neptuno y de los navarcas, que lucían sus mejores galas.

La comitiva se perdió con sus oscuras conjeturas en la orilla del Tíber, donde el barco sería incinerado a medianoche junto al Pons Fábrius de la isla de Esculapio. Yantes de que las multitudes se desperdigaran por la urbe, desde un elevado púlpito el *pontifex maximus* de Roma, el emperador Antonino, leyó el libro de oraciones, perorando sobre la liberalidad de Isis, a la que rogó felicidad para su pueblo, así como bonanza para los marineros y las naves imperiales.

—¡Que las galeras romanas crucen las aguas de Poseidón con vientos propicios, e Isis las cubra con su manto protector! —clamó en voz alta, a lo que el gentío respondió con una atronadora ovación:

—¡Faustina Isis, augusta Isis!

Así conoció Roma a Faustina Galeria, la voluptuosa hija del César y prometida de *Verisimus*, Marco Aurelio, su sucesor; una mujer que por nada en el mundo estaba dispuesta a pasar inadvertida. Gayo sacó una conclusión personal sobre ella: carecía de las virtudes de su padre y del prudente Marco Aurelio y le sobraban excesos y pretensiones.

Como en el Palatino cualquier conducta poseía un equilibrio demasiado inestable, pasados unos meses un asunto grave concerniente a Faustina Galeria y a Julia Balbila, siempre en el lado intrigante de la vida de los augustos, bien pudo ser preludio de desgracias para la familia imperial, salpicando con sus intrigas a Eurímaco, el amante y liberto de Galo.

Gayo lo trasladaba al primer plano de su memoria porque fueron las últimas Saturnales que pasó en Roma antes de retirarse, y también las más ingratas. Los granos del reloj de su tiempo iban cayendo con premura, y decidió descansar hasta los siguientes *ludi*; como imágenes huidizas, rememoró aquellos idus de diciembre en los que las inclemencias dieron paso a unas grandiosas lunas de color amarillento que presagiaban unas solemnidades sin agua, las fiestas en las que los romanos saludan el retorno de la fuerza del sol y la mudanza de las jerarquías en las casas. El amo se muda en esclavo y el esclavo en señor. Es decir, el mundo al revés.

Las Saturnales eran para la familia Apuleya unas fiestas delirantes, pues, ¿en qué otro lugar del mundo se subvierte el orden establecido y se permite que los esclavos se mofen de sus amos y remeden sus defectos sin temor a ser castigados? Sólo en Roma, donde la plebe, durante siete días enloquecidos, escarnece al emperador y a sus amos con bromas y caricaturas que bien merecerían la crucifixión o el látigo.

Acudieron al templo de Saturno, recinto en el que se guarda el tesoro público y las insignias de las legiones, donde los augures sacrificaron dos bueyes blancos, dando paso a siete jornadas dominadas por el capricho de los siervos, permisividad e intercambio de papeles entre amos y esclavos, que ponen a Roma bocabajo, pudiendo acontecer cualquier desatino, al grito festivo de: «*lo Satumalia*».

Los romanos, en honor de los Inocentes y del dios Saturno o Satur, divinidad de los campos y cosechas, rememoran la llegada a Italia del dios, quien, expulsado del

cielo, había recalado en el Lacio, para dar lugar a una Edad de Oro próspera e irreplicable. Se suspendieron las actividades en los foros y mercados, las disciplinas en las escuelas y las audiencias en las basílicas, permitiéndose en público los juegos de azar. Siguiendo una ancestral costumbre, se regalaba a amigos y seres queridos bolsas de nueces y muñecos de arcilla. Aquel año, Diocles obsequió a Camila con un idolillo de la fecundidad céltico, *Lug*, un dios procurador de beneficios que había comprado en Britania Galo en su época de cuestor.

Días antes, en una ceremonia íntima, Diocles había concedido la libertad a Lauso, su inseparable amigo de la infancia lusitano, que había conseguido hacer de su apego una virtud, regalándole sus bien ganados títulos de emancipación; no obstante, en su condición de liberto decidió, aunque Gayo le traspasó una casa en el Pincio y una valiosa recompensa, seguir viviendo con la familia Apuleya en calidad de administrador de sus bienes, y en ella seguía para ventura de todos.

Nombraron rey de las Saturnales, monarca absoluto por siete días, a Lupino, y *el Altramuz*, quien revolucionó la *domus* con sus burlescas ocurrencias y chistes, en los que remedó con jocoso humor a todos los miembros de la familia. Con un discurso bufo, Gayo le cedió los poderes del gobierno de la vivienda, proclamando el nuevo orden en la villa de Diocles el auriga.

—¡Salud al rey Lupino! —gritaron—. *Lo Satumalia!*

—Vuelve la Edad de Oro —lo aclamaban—. ¡Salve, inocentes!

Le plantaron en la cabeza la corona de príncipe de las Saturnales, un orinal de latón con una corona de sarmientos y laurel mustio, un manto púrpura andrajoso que le arrastraba por el suelo, en una mano la hoz y las espigas de Saturno y en la otra un mugriento cetro que en verdad era un atizador para mover los braseros, demostrando desde el principio ingenio y una gracia innata para divertir.

A la mañana siguiente apareció con un carro tirado por cuatro asnos famélicos y, parodiando los gestos del auriga, al parecer reconocidos por el pueblo, como fruncir el entrecejo o resoplar al llegar a la meta, recorrió el barrio del Celio chanceándose de sus victorias, entre el jolgorio general, Diocles incluido.

Los esclavos se sentaban a la mesa y Galo, Camila y Gayo les servían las viandas, mientras Roma entera se convertía en una vorágine de ruidos, con miles de pilluelos haciendo sonar cacerolas y cacharros. Todo el mundo gritaba en las calles el *lo Satumalia!* Y o ¡Salve, inocentes!, y cantaban los himnos de la era dorada del dios, al son de las flautas. Los hombres regalaban castañas, higos secos, frutas y flores a las prostitutas, que extendían sus mantones en las puertas de los burdeles; y a las turbas menesterosas que dependían de la indulgencia de la Anona estatal les entregaban bolsas de comidas y golosinas, para que nadie en Roma quedara excluido de la diversión y de la abundancia.

Fue el séptimo día, el del gran banquete, cuando Roma se transmutó en una grandiosa bacanal. Lupino lucía un parche púrpura en el ojo derecho, presidió la última cena vestido de fauno, con dos nabos brillantes a modo de cuernos, un embudo

de latón como corona y una vestimenta risible confeccionada con pelo de conejo. Atado a la cintura acarreaba un enorme falo de madera que de vez en cuando soltaba por el enrojecido prepucio un chorro de leche de cabra que ocultaba en una vejiga. Lo pasearon entronizado en una suntuosa silla por las dependencias de la casa al grito saturnal, mientras impartía órdenes remedando a Lauso con los gestos de un mimo profesional. Con su semblante de fauno y las enormes orejas coloradas, parecía un duende salido de las selvas, y con penetrante ingenio no paró de burlarse de sus iguales y de emborracharse como una cuba.

Las matronas iban disfrazadas con estolas y pallas de las Nueve Musas, Camila con la máscara cómica de Talía, y los hombres con mofletes colorados y adornos de las divinidades de los vientos, Bóreas, Céfiro, Euros y Notos. Otros invitados, como Scopus, Galo y su suegro Floro, se disfrazaban con máscaras grotescas de Plutón, dios de la riqueza, y de Pan, el dios pastor. Durante la comida y después de ella se aprovechó Lupino de su transitoria regencia, mientras soltaba fingidas ventosidades, se reía de la delgadez de Camila, exageraba los defectos de Diocles en el Circo, ironizaba acerca de Floro, a quien tachaba de avaro, y de camino manoseaba a las esclavas imitando los escarceos entre amos y siervas.

Sin embargo, y puesto que el monarca Lupino era hombre sensato, dedicó a Camila y Diocles unos brindis afectuosos, en los que lloró como una plañidera, y tras entonar el cántico de Saturno y rogar que los protegiera sembrando de prosperidad la morada Apuleya, regaló a los esclavos, a su costa, vasijas de garum gaditano, bolsas con monedas, ungüentos y clámides de lana, e, invocando a Venus Citerea, patrona de los amantes escondidos, emparejó a los esclavos que él sabía eran amantes en la clandestinidad; y tras ordenar las libaciones en honor del emperador Antonino, la cena se convirtió en una orgía desenfadada en la que los esclavos y criados se apareaban bajo las mesas.

Mientras, otros comensales trenzaban en un armonioso círculo el *cordax*, un arcaico baile etrusco en el que las damas se iban desnudando paulatinamente al son de las cítaras y cuyo erotismo inflamaba los sentidos. Las lámparas se fueron apagando, por orden del fugaz rey Lupino, y a un mandato suyo se entabló la ritual batalla en la que los convidados se escondían y se lanzaban dulces, aceitunas y los almohadones de los divanes, en tanto otros se perdían en las oscuridades del *tablinium* entre algazaras, gemidos de voluptuosidad y estrépitos de sofocos.

Scopus, Floro, Gayo y Diocles se cubrieron con una capa y salieron en dirección a los jardines de Mecenas para contemplar la procesión nocturna de Saturno, llamada en Roma «de las antorchas». Se armaron con espadas, pues los robos y las muertes eran corrientes aquellos días, y se incorporaron a la bulla. Reinaba la misma confusión que en los hogares y un tropel de gente disfrazada y con teas en la mano componía un báquico desfile, saltando al son de un pandero colosal alrededor de unas angarillas que portaban la efigie del padre Saturno, rodeado de velas encendidas y ramos secos de trigo.

—*Salve, pater Saturnus, ave innocenti* —coreaban—. *Lo Saturnalia!*

El lujurante jubileo formado por cientos de mujeres y grotescos dioses narigudos siguió hacia el estadio de Domiciano, mientras algunos abandonaban la extravagante procesión y se apareaban a la vista de todos en las escaleras del templo de Claudio o en los muros de las termas de Trajano, en medio de una locura colectiva de carnal lubricidad. Regresaron a casa a la siguiente vigilia, momento en el que los romanos arrojaban por las ventanas los muebles y objetos inservibles que luego serían quemados en grandiosas hogueras, descalabrando a más de un beodo que dormía la mona en los portales.

Roma, convertida en una alucinación de caos y erotismo, parecía una ciudad devastada, un yermo desierto tomado por los perros y las ratas, enfangada con los detritos humanos y los bártulos viejos que se desparramaban por doquier, como si hubiera sido asaltada por las hordas bárbaras de Germania.

A la misma hora, y al amparo de las tinieblas, cinco siluetas presurosas —dos mujeres, un adivino caldeo, un esclavo y un escolta palatino— abandonaban un palacete en el Janículo, una fortaleza dentro de otra fortaleza propiedad de la familia imperial frecuentada por lechuzas y gatos asilvestrados. Resonaban las canilleras y correas del peto del escolta pretoriano golpeando sobre la espada, mientras un abrumador mutismo cerraba sus gargantas, pero no sus escrúpulos, que les roían hurgándole las entrañas. Las sombras se cargaron de luciérnagas y se escabulleron por un portillo de la Domus Augustana.

Habían cometido una impiedad contra los dioses y lo sabían, por lo que se apresuraron y, para no ser vistos por los devotos del dios Saturno que se retiraban a sus casas, aceleraron el paso. Ignoraban sin embargo que al nuevo prefecto, Licinio Druso, no se le podía escapar un bocado tan succulento. Era los ojos y los oídos de Roma, y cumplía su oficio con la sagacidad del zorro y la presteza certera del hurón.

Diocles dormía plácidamente tras la algarada de la última noche de las Saturnales, cuando retumbaron unos pasos en el atrio de su casa. La clepsidra anunciaba el inicio del día y varios faroles, como bocas de fuego en la oscuridad, se detuvieron ante la puerta. Aulio Galo, lívido como la cera y escoltado por esclavos armados, entró en el *triclinium*. Diocles compareció adormilado y al verlo entre lamentos ahogados, lo miró con ojos interrogativos.

—¿Qué ocurre, padrino? —Se temió lo peor.

—Gayo, preciso de tu ayuda. ¡Eurímaco ha muerto!

Diocles no preguntó nada más, pues un vago recuerdo sobre la advertencia de Camila acerca de la conducta de la hija del César y de Julia Balbila venía a llenar de desgracias unas fiestas que representaban para la familia alegría y diversión. Llamó a Lauso, recogió la capa y el *gladius*, y tras besar el *lararium* siguió a Galo en silencio, sin participarse ninguna confidencia. Las losas, cubiertas de residuos y orines de los borrachos, eran peligrosamente resbaladizas y las tinajas de detritos de las ínsulas olían con fetidez. Galo, que siempre había sido un torrente de palabras, callaba

mirándolo de reojo con gesto de pesadumbre. Las estrellas se retiraban del firmamento silenciosas y habían cesado las músicas de los banquetes; tan sólo se escuchaba el lejano retumbar de los carros de la *Annona* por la Vía Sacra y el crepitar de las llamas devorando los trastos viejos.

Al poco irrumpieron en el palacete que habían abandonado las intrigantes cinco sombras hacía sólo unas horas. Una llama oscilante iluminaba los corredores y las fuerzas oscuras del Orco parecían andar sueltas. Licinio Druso, un tribuno condecorado por Adriano en la campaña de Judea, los recibió cariacontecido. Lo acompañaban dos triunviros de la policía criminal, un centurión, dos lictores y un asustado hombrecillo de barba rala y túnica andrajosa que, maniatado, temblaba de pavor. Galo lo reconoció como uno de los individuos que se dedicaban a la adivinación en el Circo Máximo y que solía frecuentar también las Criptas de Lucina, el cementerio de la secta cristiana.

—¡Ave, edil Galo; ave, gran Diocles! —los saludó Druso, con adustez.

—*Vale et tu* —contestaron ambos con una mueca de incomodidad.

Druso los invitó a penetrar en la casona, por la que deambulaban media docena de esclavos, y luego a pasar a una estancia enriquecida con lampadarios y pinturas mitológicas que narraban la lucha de Aquiles contra Pantesilea, reina de las Amazonas, ahora poblada por una tibieza opaca.

Frente a la puerta se encumbraba un altar con imágenes de idolillos etruscos y arambeles de cristal que ocultaban la faz de una estatua de la *Magna Mater Terrea* cretense, aún envuelta en extintas volutas de incienso. Y como si regresaran al abismo de los siglos o asistieran a un ritual macabro de los coribantes de Ceres, observaron atónitos los restos del arcaico ritual del gallo negro, severamente penado por la Promana. Al hispano, si bien los dioses de sus padres siempre habían sido sinceramente venerados en su corazón, los ajenos le inspiraban un estremecedor espanto.

—Han conjurado ante el gallo inmolado —le susurró Galo—. Que la diosa de la Fortuna nos preserve de su mal.

Bajaron los ojos al frío suelo y, rodeado de lamparillas de aceite, descubrieron en medio de un charco de sangre el cuerpo sin vida de Eurímaco, el cantor de la voz delicada, el liberto y amante de Galo y asiduo a las bacanales de la hija del emperador Faustina Galeria, a quien primero había requerido sus atenciones y luego lo había matado en una inexplicable nigromancia de sexualidad y horror.

Su tez de bronce se había trocado en una rigidez agarrotada, su pelo estaba pegado a la frente por el sudor y la sangre, y *el píleo*, el gorro de la libertad, lo asía con mano exánime. Un aliento nauseabundo emanaba de la boca del cadáver, y la atmósfera se llenó de un halo electrizante. Galo y Diocles, taciturnos como Hermes el dios sabio, se miraron descorazonados. La atroz impresión sensorial, la sangre derramada y el hedor del sacrificio expiatorio los llenaban de congoja.

Los verdugos de Eurímaco lo habían mutilado con furia. El pecho y el vientre

estaban manchados de sangre y la cabeza separada del tronco, como la de la Medusa cercenada por Perseo. Por la estancia se veían dispersos rollos de pergaminos caldeos, tablillas de cera y restos del sacrificio ofrendado a las fuerzas del mal, con un propósito que desconocían los recién llegados.

—Los poderes del Averno se han cebado en una criatura inocente, y equivocada —dijo Galo, incrédulo—. ¿Por qué lo elegirían como víctima?

El prefecto Druso conversaba con el centurión palatino, reconocible por la insignia de la cepa de vid en la coraza. Al cabo, alzó su huesudo rostro, antes abstraído en una indescifrable cavilación. Resultaba evidente que no podía fijar sentencia alguna, bien por lo extraño del caso, o bien porque quienes se escondían tras la alevosa ofrenda y la telúrica orgía de sangre fueran personajes cercanos al trono imperial. En sus pupilas Galo pudo adivinar que el caso le resultaba una pesada carga y que no podía ejercitar la justicia para la que había sido nombrado. Balbuceando, se expresó con desconfianza:

—Ilustre edil Galo y amigo Diocles, esta piltrafa humana que hemos detenido y que se dedica a elaborar horóscopos falsos en el Circo Máximo —dijo señalando al añoso vejete que habían apresado—, nos ha revelado que dos mujeres cercanas a la estirpe imperial, y cuyos nombres podéis adivinar, han consentido este sacrificio para deshacer una maldición amorosa; evidentemente, con desconocimiento del César Antonino, ajeno a esta horrible perversidad.

—¿Un conjuro, prefecto? —se interesó Gayo—. ¡Por las Nueve Musas!

—¿Quiénes son en verdad esas mujeres, prefecto? —se interesó Galo, aun sabiendo que se trataba de la hija del augusto y de la disoluta Julia Balbila.

—¿Tengo yo que descubrirlos a esas *dominas* y sus costumbres depravadas? —replicó, adusto—. Tu liberto era uno de los amantes de la augusta, y con el fin de que su sangre sacrificada sanara el mal de amor que padece, ese furor uterino que aseguran que la induce a una insatisfacción constante y a atestar su lecho de amantes, acabó con su vida como si de un chivo expiatorio se tratara. Según la predicción de este conjurador, que se pudrirá en la Mamertina, si la mujer se embadurnaba con la sangre de uno de sus amantes, en este caso Eurímaco, se libraría del deseo desmedido por los hombres para siempre.

—¡Mujeres supersticiosas, que Júpiter os arruine! —exclamó Galo, incrédulo—. *Asinus asinum fricat*^[109], «el perverso ayuda al perverso». ¿Y este crimen va a quedar impune, prefecto? La tolerancia tiene sus límites.

Licinio Druso le contestó con una lisonja envenenada:

—¿Quién soy yo para interponerme entre la hija del emperador y mi amigo Galo Cimber? Según este agorero, tu liberto Eurímaco se ofreció voluntario a la inmolación, y de todos era conocida su estima por la hija del César. De llevar el caso al pretor, sólo acarrearía más dolor, más muertes y el menoscabo del prestigio de la casa cesárea. Sería como soplar al sol para aplacar su ardor.

—Terrible desigualdad —exclamó Galo, indignado. Buscaron una víctima para

saciar sus sucias supercherías y la encontraron en el candoroso Eurímaco.

—Pero con la anuencia de tu liberto, Galo —insistió el prefecto.

—Ciertamente, Eurímaco abandonó mi casa y se instaló en el Palatino en contra de mis deseos, a pesar de que yo lo saqué de la cloaca y lo protegí como a un hijo —se resignó el edil—. Que su exquisito espíritu encuentre su estrella. Ya nada podemos hacer por él, y mi corazón destila desconsuelo y pena.

—No sé si la noticia terminará por propagarse —dijo el prefecto—, pero esta extraña muerte no debe traspasar nuestros labios; por nuestro provecho, el del agosto y el del príncipe Marco Aurelio.

Galo, en una declaración comedida, hastiado por la ingrata conducta de su liberto y obligado por las circunstancias, dio por zanjada la irreparable cuestión.

—El emperador, concedor de su relación con Eurímaco, me suplicó antes de viajar a Campania que protegiera a su hija bajo el ala de mi prudencia, y le he fallado. No he sido capaz de guiar sus pasos —suspiró el edil de los juegos—. Cubriré este desagradable asunto con mi reserva, aunque mi corazón sufra, hecho jirones.

—No te sientas responsable, Galo, y que Venus Viriplaca^[110] te conceda valor. Esa hembra se ha revelado contra los decretos de su piadoso padre.

Salieron cabizbajos, y Galo permanecía con el rostro vuelto hacia el atrio para que las lágrimas no delataran su dolor, mientras, en su desesperación, mordía el sello de oro de su dedo. Faustina Galería le había robado el afecto de Eurímaco, y su corazón hacía tiempo que sufría por tan dura separación.

—Era su *fatum*, Aulio —lo consoló el auriga—. Cuando se recobra la libertad, hay que saber escoger a los compañeros de travesía; y él erró en la elección.

Se veían malezas pisoteadas, huellas de pies en la arena y los reflejos de un sol rojizo e intimidante lamían las columnatas del peristilo. Dañado profundamente en su integridad, Galo confesó desolado:

—Un áspid y una arpía, Julia y Faustina, han unido sus empeños y muy pronto el aire del Palatino se volverá irrespirable. El mal habita en ellas, mi dilecto Gayo. ¡Vámonos de aquí, me falta el aire!

Diocles apretó su brazo y Galo gimió en su hombro, deslizándose de la felicidad de unas Saturnales imperecederas al más hondo amargor.

* * *

Los meses se precipitaron, y el abatido edil, encerrado en sí mismo, vegetaba abúlico en su *domus*. Interrumpió su vida social y los contactos con Julia y la hija del César, que fueron señaladas por el dedo acusador de los cortesanos honestos que se enteraron de lo acontecido. El asunto de la muerte del liberto se olvidó, y la absurda inmolación no trascendió del Palatino, aunque luego se supo que Julia Balbilla, instigadora de las prácticas de superchería de la joven Faustina, fue conminada por

Antonino a abandonar Roma por un tiempo, consiguiendo a cambio no ser juzgada, en consideración a sus ilustres antepasados seléucidas y gaditanos.

Astrea, diosa de la justicia, última deidad que abandonó la tierra cuando los dioses desampararon a los mortales, no había sido honrada con equidad, pues Julia merecía mayor castigo por las malquerencias con sus semejantes. Pero ¿quizá la maldad no da sino frutos de muerte? Gayo recordó su gélida hermosura, e intentó sin conseguirlo relegar al olvido su nombre como quien olvida un amargo recuerdo.

* * *

Diocles fue promovido en la fe de Mitra al grado de *heliodromos*, precursor del sol, como su abuelo Ático, a instancias del *pater* mistagogo, el emperador Antonino; y a sus enseñanzas fraternas se entregó colaborando en la filantrópica labor de recoger a los niños abandonados de Roma, que solían llegar desnutridos y enfermos a la fundación de la augusta Faustina.

Antes de su primera retirada de los hipódromos, como si el cielo estuviera en desacuerdo con ello, se avistaron estrellas de fuego en el firmamento y prosperaron los augurios interesados de los adivinos, que dieron paso a una oleada de suicidios entre gente crédula, pues se sucedieron desgarradoras pestilencias y el fragelo del hambre azotó a los más débiles. No bastó la hecatombe sacrificada a Juno y los sacrificios a los dioses tutelares de Roma. En Cumas, una mujer alumbró un hijo con dos cabezas, una de ellas de perro, y el gobernador de Siria comunicó que en Petra había aparecido una serpiente monstruosa que aterraba a los naturales del país.

Para que los infortunios no prevalecieran únicos en la confusión de la adversidad, se rebelaron los britanos y, ¡cómo no!, otra vez los pérfidos judíos, que se habían refugiado en la Pentápolis y en la Arabia Pétreá tras la destrucción de Jerusalén, y que mantenían una rebeldía latente a la que no era ajeno el camaleón de la intriga, Quieto de Nabatea, los banqueros de Antioquía, Efeso y Alejandría y el rabino Josué ben Kisma, tras la última guerra judía y la devastación de Jerusalén, quienes habían jurado venganza eterna contra el divino Adriano y Roma.

El veneno de la insidia se deslizaba desde Oriente hacia Roma, y pronto Antonino, como en otro tiempo el divino Adriano, sabría de la perfidia del nabateo; así se lo advirtieron sus fieles amigos durante el banquete dedicado a Consus, el que precede a la siega de las cosechas, desembocando tristemente en la espectacular y taimada trama de las apuestas, cuyo ignorado desenlace se resolvería al cabo de dos días.

—Mi César, ese hombre se comporta como un chacal del desierto en espera de la ocasión propicia —le dijo el auriga al emperador—. Cuidado con él.

—Nuestros agentes lo buscan por toda Siria, y te aseguro que regresará a Roma cargado de cadenas —le respondió sin titubeos Antonino.

Cesaron las calamidades, y Roma, agradecida, celebró la fiesta de las Fuentes Divinas ofreciendo a sus dioses el tributo de unos juegos resonantes en el Anfiteatro y en el Circo Máximo. En medio de un gozo indescriptible, se cumplieron sacrificios de gratitud a Cástor y Pólux, los protectores de Roma, y se restablecieron las distribuciones de pan en el pórtico de Municio.

Era el momento que Gayo Diocles había esperado para alejarse del Circo para siempre.

Tempus fugit —El tiempo no se detiene—, y al cumplir los cuarenta y dos años, y veinticuatro de perseverante actividad en los hipódromos del Imperio, el auriga de Hispania había decidido dar por concluida su trayectoria como *agitator*. Anhelaba cambiar el griterío abrumador de los graderíos por los sonidos melodiosos de la naturaleza y el alboroto tumultuoso de las arenas por la meditación solitaria.

Gozaba de una posición elevada, impensable para su modesta condición, y había conseguido ganarse el favor de las multitudes. Se había convertido en *miliario*, vencedor en mil carreras, meta que se había propuesto alcanzar desde su primera galopada, elevando de este modo su fortuna personal a más de cien millones de sestercios, que administraba Lauso con su proverbial fidelidad y aptitud. El mundo de la notoriedad, que también puede convertirse en el vacío más espantoso, comenzaba a asfixiarlo, y estaba harto de servir de diversión a la chusma y a los encumbrados *séniores* jugándose el pellejo en cada *ludi*.

La pompa de honor de los Juegos de Apolo se convirtió en el ansiado escenario de su retirada. Roma conmemoraba la victoria en Zama de Escipión el Africano sobre Aníbal y el aniversario del nacimiento del gran Julio César con naumaquias en el Anfiteatro, representaciones de histriones en los teatros y carreras en el Estadio Máximo. Acudieron gentes de muchas partes del Imperio a presenciar el inolvidable acontecimiento. «Gayo Diocles se retira», se oía por doquier, ante la incredulidad y la decepción de sus multitudinarios partidarios.

Sin embargo, su decisión, prudentemente reflexionada, era irrevocable.

Fueron cuatro días imperecederos para su recuerdo, pues ofreció a sus seguidores una síntesis maestra del arte ecuestre, compitiendo con tiros de cuatro, seis y siete caballos, con *Pompeyano* convertido por la multitud en mito y su estampa blanca y poderosa cruzando la meta en una imagen que quedaría indeleble en las retinas de los asistentes. En el último día, flotaba en el aire el perfume del otoño romano y los pájaros cruzaban en bandadas las alturas como jirones de buen agüero sobre el cielo.

En la postrera carrera, *Pompeyano*, que parecía intuir que se trataba de su despedida, se erigió en dominador de sus iguales, no dejando opción alguna a sus adversarios. Irrumpió como un vendaval en la meta tirando de los otros tres, con el Circo Máximo en pie y cubierto el graderío con un sudario de pañuelos y mantos que se agitaban como las olas del mar.

—*Diocles, Auriga Romae victrix!* —Lo ensalzaban atronadoramente—. *Diocles et Pompeyanus!*

Lo escoltaron en la vuelta de honor el veterano Scorpus a su derecha y el prometedor Epafrodito a la izquierda, y con ellos, que sostenían el látigo y el yelmo ibero, ascendió al palco imperial a recoger su última palma y recompensa.

—*Salve, Roma!* —gritó enardecido, mirando al público—. *Salve, Imperator!*

—*Diocles victor, Diocles victor!* —atronaron trescientas mil gargantas, reconocidas y roncas, y el eco se perdió por los rincones de la desierta Roma—. ¡Larga vida a Diocles!

—Te has convertido en una gloria para Roma; que los dioses premien tu esfuerzo —le dijo el emperador Antonino, que lo abrazó alzando su brazo.

Descendió las escalinatas con una extraña laxitud en los miembros, pero respiraba satisfecho, pues comprendía que los hacía felices con sólo proponérselo. Con la corona de laurel ciñendo sus sienes y los ojos arrasados en lágrimas, descubrió al emperador Antonino dirigiendo desde el *pulvinar* la multitudinaria coral de aplausos y ovaciones. El Circo Máximo despedía enfervorizado aunque entristecido a su ídolo, compartiendo el festín de sus sentimientos con intensidad. Ya nunca volverían a ver en el Circo a Diocles, el victorioso auriga, y lo rodeaban de un afecto sólo comparable al de los que más aman.

El hispano denotaba en sus gestos agradecimiento a Roma y a sus moradores, pero estaba cansado del despotismo de la fama y de la lucha en la arena, por lo que ya nunca más pisaría el estribo de un carro griego. Había prestado por última vez sus servicios a Roma, aunque desconocía en aquel momento que el azar le tenía destinado otro final aún más espinoso y tal vez menos glorioso.

Horas más tarde, las colgaduras del gran teatro de las carreras de carros romanas se cerraron y Diocles se quedó solo en la vasta quietud del Circo vacío. Saboreó la secreta satisfacción de un deseo anhelado, y olió con delectación el olor de la arena y el aroma impalpable de las presencias invisibles de quienes habían muerto en el coso. Imaginó los rostros de los que los jaleaban, ebrios de sangre, ahora en los corrillos y las *termopolia* de la ciudad hablando de sus logros y de su última carrera, agrandados quizá por el celo hacia el mito. «Que los dioses los recompensen con fortuna por su devoción», pensó.

Epona, Mitra y su genio guardián le habían salvado la vida, y oró contrito agradeciendo su auxilio, pues sus alas poderosas lo habían preservado de la muerte otorgándole el don de la invulnerabilidad. El sol parecía menos brillante que otras tardes de gloria, y las desiertas gradas, lamidas por el sol del crepúsculo, recogieron las palabras exhaladas por su boca agradecida:

—Antepasados míos, he cumplido con la misión de la sangre Apuleya y os agradezco el soplo de valor que me transmitisteis desde lo alto. No he incurrido en el deshonor, y la dignidad que me enseñasteis ha presidido cada una de mis acciones. Que Mitra y Epona protejan nuestra sangre eternamente.

Se arrodilló emocionado y besó la arena, en la que dejó caer sus lágrimas. Alzando luego los ojos, recordó a *Bóreas* y aquel lejano día en el circo de Tarraco

evocando la máxima que recordaba a Fusco, el corredor que nunca había conocido: «De tus triunfos se hablará en la eternidad».

—Su genio me ha protegido y favorecido. Gracias, anónimo amigo del alma — musitó.

Luego evocó sucesivamente a *Bóreas*, a *Gálata*, a *Lúcidas* y sobre todo a *Pompeyano*, el compendio de todos los caballos que había guiado, el más veloz, el más astuto, el más valiente y capaz, su *alter ego*, y caminando lentamente se acercó a la *spina*. Se inclinó frente a uno de los altares de los Siete Dioses planetarios y escarbó en la arena hasta que le dolieron los dedos. Entresacó de su bocamanga el medallón de Fama que le regalara en Tarraco el divino Adriano, su amigo y César, y lo enterró como signo inequívoco de que la memoria de Diocles el hispano de Lusitania quedaba para siempre allí, sepultada junto a la imagen de Fama, la dea de los cien ojos abiertos, que tan meritoriamente lo había protegido.

Sin embargo, cuando abandonaba ya el gran estadio, recordó con pesar, en aquel momento de soledad, que las predicciones de la pitonisa de Gades y de Julia Balbila, que unían su carrera de auriga de multitudes al nombre de El Rayo de Júpiter, no se habían cumplido. ¿A qué se referirían en realidad? Lo olvidó y pensó en el descanso que le esperaba en Preneste, sumido en el anhelo de una vida retirada.

Al dejar la arena, vio a un mozalbete que al parecer lo esperaba.

—¡Salve! —dijo éste, temeroso—. Un mensaje para ti de mi ama Julia Balbila.

A Diocles le dio un vuelco el corazón, y tras tomar el mensaje y regalar un cobre al muchacho, dudó entre leerlo o rasgarlo en mil pedazos. La curiosidad lo incitó a romper el lacre y sumergirse en las atildadas letras de la asiática, a la que creía lejos de Roma.

Salutem, Gayo.

Sé que hoy te retiras de tu gloriosa actividad de *agitor*; que el espejo de la faraona Tiy, madre del gran Akhenatón, predijo como brillante, aunque no exenta de dolor, pues tu nombre inmortal lo corean por igual tus admiradores en Armenia, Britania, Egipto o la Galia. Aquellos caballos hacia la fama, el duelo, la lucha y el triunfo, así lo predijeron, pero, para mi asombro, al conocer tu decisión de abandonar tu profesión cubierto de oro y honores, volví a consultar a las estrellas y al espejo de la Gran Esposa Real de Amenhotep III, y los caballos volvieron a surgir, y no paraban de correr, galopando hacia los más altos laureles y esfumándose luego.

Créeme, aunque me detestes más aún si cabe y blasfemes a los dioses en mi nombre, Gayo Diocles aún no ha cumplido su hora en el Circo Máximo. Esto es lo que dictan los presagios incuestionables de las estrellas, y te aseguro por el divino Athor que se realizarán, como que la noche sigue al día. No me aborrezcas en el fondo de tu corazón, Gayo, pues el amor puede retornar del odio y de la ausencia, aunque nunca del desprecio y del hastío. Yo nunca te ofendí, nunca me cansé de ti, solamente sucedió que la fantasía abandonó nuestro afecto.

JULIA BALBILA

El auriga se quedó meditabundo y pensó que bien podía ser una nueva simulación de la princesa; y se negó a prestar la menor consideración a sus augurios. Al pasar junto al fuego sagrado de Hércules, arrojó con irritación el papiro, que las llamas consumieron en un instante. Después postergó a la indiferencia el mensaje, como el que arrincona un doloroso suceso que jamás debió vivir. Pero ¿acaso no está escrito

nuestro sino en las estrellas y ni los mismos dioses pueden mudarlo?

* * *

Días después disfrutó hasta el gozo cuando sus admiradores y amigos le erigieron la estela y la escultura en el Circo de Calígula, el eslabón que lo había unido a su pasado perdido. Se dio cita Roma entera al otro lado del Tíber, y no faltó a la inauguración desde el más alto señor al más miserable plebeyo.

—¡*Diocles in memoriam, Diocles in aeternum!* —lo elogiaron por última vez.

La imagen en metal áureo de Gayo Apuleyo Diocles, aquel muchacho provinciano que había arribado a Roma con el morral vacío pero henchido de ilusiones, se alzaba veinte años después hacia el límpido cielo romano. Cubierta de las ofrendas de sus partidarios, perpetuaba su efigie tal como era, con el rostro de halcón impasible a la loa y su cálida mirada prendida más allá del horizonte, hacia el reino del ocaso; hacia Hispania.

Aquel momento estaba esculpido en su corazón y perviviría más perenne que el bronce en la linfa de sus venas. En la obra del artista Anquises de Argos, en cuyo taller del Viminal posó, pensaba que sobreviviría a su condición de mortal, amparado bajo las estrellas que soplan las velas de la vida antes de apagarse.

Había llegado el momento de la partida a las benditas probidades de Preneste y de transformarse en un sencillo agricultor de los que miran al cielo recelando sólo de las nubes. Él no era, como Adriano o Galo, un erudito, sino un hombre sencillo, amante de placeres simples y de los caballos. Había conservado su dignidad enhiesta hasta el último momento, y no hubo romano esclarecido que no celebrara un festín en su honor. No obstante, su espíritu, extenuado, le exigía desanudar los vínculos con sus semejantes y conciliar las voces de la popularidad con las del sosiego, para tratar de acariciar así, en su retiro, la cándida ilusión de la eternidad.

Al fin, Gayo Diocles, abandonando Roma, lograría la paz y la *serenitas*^[111].

Sin embargo, unos son los deseos de los mortales y otros muy distintos los caprichos de los dioses y los senderos del sino. Diocles lo sabía muy bien, a su pesar, y no pudo por menos que traer a su memoria el augurio del espejo de Julia, que de nuevo pronosticaba una visión de caballos pugnando en la arena.

Se había sosegado al evocar los recuerdos que unían su pasado a las astucias de *Pompeyano*, haciendo así más tolerable su regreso al Circo Máximo. Aunque cavilaba que habían existido momentos en los que su soledad había sido más ruidosa que el tumulto de las gargantas gritando en la arena. Y antes de regresar a la alcoba, alzó los brazos al sereno firmamento seguro de que su súplica le otorgaría el coraje para abordar la última prueba con la que lo retaba el azar:

—Divino Adriano, almas de mis antepasados y dea Epona, en vuestros alientos deposito mi suerte y mi valor, y que el honor guíe mi mano en las carreras. Genios de

Bóreas, Gálata y Borístenes, alentad las crines de Pompeyano.
Aquella noche, la legendaria Roma exhibía una belleza sobrenatural.

XVIII

RAYO DE JÚPITER

Jamás se había conocido en la urbe tal estado de excitación.

El regreso al Circo Máximo del más laureado corredor de todos los tiempos, después de su inolvidable despedida, había convulsionado la vida de Roma; y según se decía, hasta estremecido los cimientos de las apuestas, pues se jugaban *sponsio* fabulosas desde los más alejados rincones del Imperio.

Llegó el día en el que Roma, ignorándolo sus vecinos, se jugaba parte de su reputación y de su orgullo al valor y la destreza del legendario auriga que no pisaba las arenas de los hipódromos desde hacía casi dos años, y a quien le sudaban las manos de excitación. Diocles acarició el morro de *Pompeyano*, que bufaba oliendo la mano amiga del hispano. Se movía Diocles silencioso y huraño, y apenas si escuchaba los consejos de Lauso y de Tito Valens. No obstante, la sensación de recuperar los sonidos y los viejos olores del Circo, de sentir el latido del corazón de *Pompeyano* y las impresiones sensoriales tan amadas lo alentaron.

El gentío se agitaba en olas de ansia, crepitaba el sol y no cabía un alma en las gradas.

Presa de la emoción, Diocles se ajustó el peto, la clámide verde puerro, las correas, el cinturón áureo de Mitra y la cimera de cuero; encastró a continuación en el carro la imagen regalada por Adriano de la diosa Fama, la de los Cien Ojos, que el día anterior había desenterrado con sus propias manos. Le asaltaron oleadas de imágenes que creía perdidas, recordó de nuevo la predicción de Julia y fue sucumbiendo poco a poco a una dicha olvidada que todavía seguía enardecándolo; en su día fue acogido por el público con el homenaje de sus aplausos.

—¡Diocles y *Pompeyano*! —lo aclamaban—. *Diocles Víctor!*

El hispano había regresado a su mundo y sonrió con un repentino placer.

Auxiliado por los *iubilatores*, sacrificó una tórtola en el altar de Hércules, a quien rezó contrito, mientras miraba de reojo a Epafrodito, que aparentaba tranquilidad, pero también recelo, pues se resistía a creer que Diocles volviera únicamente para honrar a la emperatriz fallecida y sospechaba de sus intenciones. Se jugaba una

recompensa munífica y maliciaba hasta de su aliento.

Retumbaron las tubas que anunciaban la llegada del desfile triunfal, la pompa sagrada de Flora, presidida por el cónsul en ejercicio, jinete sobre un carro aqueo y ataviado con la toga picta y una corona de roble sobre la cabeza. Lo acompañaba lo más granado de la juventud romana guiando lujosos carros, los esclavos del Palatino, los epulones, siervos de los banquetes sagrados de Júpiter, las Vestales, los flamines de Augusto, Trajano y Adriano y los Arvales, quienes, en honor de Flora y para imitar a la madre natura, vestían túnicas de colores.

Un coro multitudinario que rodeaba los *thensae*, los carromatos que transportaban las efigies amarfiladas del panteón romano y de Faustina Augusta, en cuyo honor se celebraban los juegos, cantaban los versos de Ovidio dedicados a Flora: «Veo florecer los olivos, crecer las mieses y huelo la buena esperanza en la viña. Llega hasta el cielo el efluvio de la fiesta votiva y de los *ludi* que me ofrece la Ciudad de la Loba y por ello le dispensaré fortuna y abundancia».

El hipódromo era un estallido de color evocando cada gremio a su patrono, los labradores a Ceres, los comerciantes a Mercurio y los *quintes* a Cástor y Pólux. Los grádenos, perfumados con esencias de rosas y azafrán, irradiaban destellos tornasolados, mientras los verdes, los azules, los rojos y los blancos, encarnizados rivales, pugnaban por hacerse oír en la lucha eterna entre las simpatías de los romanos.

Diocles, mientras tanto, percibía el familiar piafar de los caballos, el entrechocar de los carros, y aunque entendía que el espectáculo de las carreras carecía de piedad, le atraía el olor del polvo, el cuero mojado de los tiros, el aliento templado de los corceles y la mirada de acero de los aurigas, hoy sus adversarios. «¡Bendito sea el Circo Máximo, porque en él nadie escapa a su destino; y si duro es morir en él, no lo es menos competir con dignidad!», se dijo, mientras oraba a Consus con los ojos cerrados. Y, pues el espíritu guarda razones heroicas, había entregado por última vez su corazón al albur incierto del instinto de *Pompeyano*. No se había entrenado cuanto hubiera deseado y había perdido agilidad y pericia, pero percibía que el saber del corcel ítalo seguía latente en sus entrañas. Lupino le entregó una copa, de la que bebió un sorbo mientras Lauso le colocaba bajo el corselete un amuleto fálico de Lusitania contra el aojo, susurrándole al oído:

—Gayo, descubro fuerzas ocultas cerca de ti, como las que percibí el primer día que corriste en Emérita. La Luna y Zéfiro, deidades protectoras de Olissipo, están contigo, aprovéchalas.

—Huelo el olor de las crines de los caballos y ya mis venas arden, Lauso. La espina de la pasión por las carreras aún sigue clavada en mi corazón.

Expirada la glorificación de la pompa, el presidente se situó en el proscenio encima de las *cárceles* y una tuba y un *tympanum*^[112] colosal tocaron una fanfarria, instante en el que compareció en el *pulvinar* Antonino Pío y la familia imperial, aclamados cariñosamente por el pueblo. Atrás, entre la guardia pretoriana, Diocles

adivinó al rehabilitado Galo, el edil de los *ludí*, que conversaba con un afable Marco Aurelio. Y cuando los cuatro carros comparecieron en la arena, un alarido salido de trescientas mil gargantas atronó la topografía romana, envuelta en un velo de luz astral tras el obelisco de Heliópolis.

—¡*Diocles victor!* ¡*Diocles miliarii*^[113]! ¡Diocles, Diocles!

Sus tres últimas y más arriesgadas carreras iban a comenzar; sudaba copiosamente. Se convertiría en su sombra y trataría de desbaratar la Trifecta Combinata con la ayuda de los dioses.

—*Anerriphtho kybos*, ¡el dado de la suerte está echado! —exclamó el hispano, recordando una frase oída a menudo durante su periplo por Grecia.

La presión le resultaba insoportable, y entre él y el ingrato Epafrodito, que corría ajeno a la suerte que le esperaba al finalizar la disputa, se alzó una corriente de desconfianza que se extendió a los otros tres corredores, quienes parecían conjurados para desbaratar su propósito. Que la curiosidad se agitaba en los espectadores era una evidencia, pues murmuraban todos entre sí, preguntándose si el ídolo de sus corazones sería capaz de reverdecer sus triunfos aquel día. No obstante, un coro inmenso de voces lo empujaba a la victoria.

«Si he de encontrar la muerte lo haré con una sonrisa, pero no los defraudaré», murmuró para sí, besando el amuleto de Lauso.

Rozó la arena el pañuelo blanco del edil, y las cuadrigas partieron de las *cárce*res como centellas. Se había iniciado la primera apuesta de la mañana, con los cuatro carros superando el cipo de meta primera, cuidadosos de evitar un naufragio^[114] prematuro. Diocles, mal situado desde el inicio, extravió la posición y perdió un terreno considerable durante las cinco primeras vueltas, ante la decepción de la muchedumbre, que no obstante lo alentaba sin cesar.

Según Tito Valens, conducía el mejor tiro de la temporada, con tres caballos jóvenes de Apulia que ayudaban a *Pompeyano*, que actuaba de *funalis* en el introyugo, pero sólo se había entrenado con ellos en contadas ocasiones y no los sujetaba a sus modos. Epafrodito, en cambio, dominador de la situación y desconfiando de la más que sospechosa presencia del hispano, impedía sus avances con malas artes, que a punto estuvieron de lograr sus propósitos de no ser el hispano un auriga experimentado.

—Bastardo, ahora veo claras tus intenciones —se decía Diocles.

En la última vuelta y ante el desencanto de la concurrencia, el carro rojo entró en primer lugar, favorecido por las artimañas de Epafrodito, que llegó segundo, tal como requería la apuesta por la que se había vendido, seguido de Diocles, quien no pudo conseguir el primer objetivo de entorpecerlo.

Volvió jadeante y decepcionado a las cuadras, ante la mirada airada de Epafrodito. Aún le quedaban dos carreras para desbaratar la *combinata* de los apostantes judíos, pero en su semblante se dibujó la decepción tras un desilusionador desarrollo que no auguraba optimismo para las dos siguientes. Diocles no se veía capaz de salir airoso

del trance y refunfuñaba henchido de ira:

—No lo conseguiré —balbució ante Valens—. Tengo que compensar mi falta de preparación contra Epafrodito y un tiro mal aparejado. Olvidaos de impedir la combinación de los apostadores. No me veo con fuerzas. Ese zurdo maneja las galopadas con poderío, y conseguirá lo que tanto desea.

—A mí me parece que has concebido una sabia lucha, y estoy seguro de que lo lograrás, si no en la tercera, en la sexta —lo confortó Tito Valens, mientras limpiaba el belfo de las caballerías—. Epafrodito está nervioso.

—¿Nervioso, dices? Está jugando conmigo y me destrozará en la próxima carrera. Su mirada destila ironía y desprecio, y teme que nos hayamos aliado en su contra, lo presiento. Ese zurdo barrunta algo y ha adivinado desde el primer momento que he regresado para frustrarle su lucrativo negocio.

—Haz lo posible para que en la próxima no llegue el primero a la meta y habremos vencido sin esperar a la sexta. Gayo, por lo que más quieras, echa el resto, te lo ruego. Roma depende de ti —lo alentó Tito.

—Eso sólo lo puede conseguir Mercurio con su poder y sus alas.

—Tú eres un dios para ellos, ¡ demuéstralo! —saltó Lauso—. No des la batalla por perdida.

La marea humana, horas más tarde, recibió a los aurigas de la tercera carrera con gritos de ánimo, aunque proseguían los murmullos en los graderíos, donde el público hacía apuestas sobre si el mago Diocles conseguiría al menos mantenerse en el carro, vistas su debilidad y aparente apatía. «¿Ha regresado para degradarse a sí mismo, o sólo para exhibirse?», empezaban a preguntarse.

Epafrodito, aparte del soborno, podía embolsarse una suculenta bolsa de sesenta mil sestercios si vencía. Había recelado al no descubrir a Marcio Turbo en el palco y miraba al hispano con arrogancia. Colocándose a su lado le soltó un improperio, antes de escupirle en la cara un salivazo, acción que corroboró los presentimientos del lusitano:

—¿Has vuelto para morir en la arena, patético espantajo?

Al hispano le asombró tanta aversión y odio, y le replicó:

—¡No! Solamente para honrar a una augusta que amó a Roma.

—Te han usado como un trapo viejo que luego arrojarán al cieno, pero yo les ahorraré el trabajo, pues no saldrás vivo de aquí. ¡Te lo juro!

Diocles ya estaba firmemente persuadido de que su rival se temía algo y que ese sentimiento lo convertiría en un enemigo temible en la arena, pues lo expondría todo por ganar su recompensa traidora.

—No sé a qué te refieres, amigo mío, pero recuerda que los dioses nunca desdeñan el valor, y sólo ellos decidirán quién ceñirá la corona.

—¡Palurdo lusitano, me das pena! —dijo, dirigiéndole una negra mirada.

—Que la diosa Fortuna nos reparta su ventura —le replicó, mientras se limpiaba el escupitajo—. Démosle al público un noble espectáculo y no nuestra sangre, necio.

Diocles le volvió la espalda y fijó las correas de *Pompeyano* para que girara con más estabilidad en las circulaciones, pues era el más vigoroso. Mejoró la coordinación de la cuadriga, y aunque el hispano perdió la voz dirigiéndolo, no malgastó las ansias del triunfo y a medida que caían uno tras otro los *huevos* y los *delfines*, indicando el paso implacable de las vueltas, aguantó con seguridad, jaleado por un público enfervorizado que al fin reconocía en sus magistrales adelantamientos a su inolvidable campeón.

—*Diocles victor!* —Lo animaban, enloquecidos.

El polvo les nublaba la visión, el estruendo de los caballos y el restallar del látigo se elevaban por encima del clamor de la multitud, en tanto que los aurigas jadeaban sudorosos, atentos a sus antagonistas. Diocles, sin la presión de la primera pugna y en una maniobra premeditada, se situó a la rueda de Epafrodito con el propósito de adelantarlo poco antes de la meta, como tantas veces había ejecutado en el pasado, ya que los otros dos aurigas no eran ya enemigos a tener en cuenta. Sin embargo, el corredor zurdo, intuyendo lo que intentaba Diocles, pensó sorprenderlo frenando su carro para que se estrellara contra la *spina* cuando se hallaran a cien pies de la meta.

Sin embargo, Diocles no era un advenedizo, sino un miliario con inigualable experiencia, por lo que, sin perderlo de vista, mantuvo con precaución la segunda posición que le brindaba el *escévola*. Aun así, en el último recorrido, con una tenacidad pasmosa, Epafrodito le cortó la salida manteniéndolo pegado a la *spina*, y cuando Diocles se dio cuenta de la treta, intentó seguirlo y escalar la primera posición para desbaratar sus pretensiones, pero resultó inútil.

Sin flaquear un instante en su posición, Epafrodito hostigó los lomos de sus monturas, que relincharon furiosas y salieron como rayos, cruzando la cal en primer lugar entre el triunfal clamor del público. El zurdo había conseguido sin grandes esfuerzos una apabullante victoria, cumpliendo con su cometido de llegar primero en la segunda apuesta de la *combinata* amañada. Una carrera más y conseguiría sin mayores esfuerzos su fraudulento pago y la ruina para el Tesoro de Roma.

La multitud se preguntaba qué había sido de la excepcional táctica y el furor de Diocles y no reconocía a su ídolo, el capaz de las más inconcebibles estrategias. Había despreciado el laurel y la cuantiosa bolsa, y Epafrodito le había dispensado un duro correctivo, venciéndolo como a un principiante. Hinchado como un batracio, Epafrodito le lanzó una mueca de frialdad. Diocles se sentía pavorosamente desamparado y osciló ante sus ojos, por vez primera en su dilatada vida de corredor, el fantasma del miedo y la impotencia. La bóveda del cielo, vacía de nubes, nimbaba de un ardor azulado y el lujurioso sol del mediodía invadía con su incendio los graderíos.

Hipnotizados con el arrojado de Epafrodito, los espectadores aguardaban expectantes las evoluciones de la última y más esperada pugna de los Juegos Floralia. Mientras, las irritantes moscas revoloteaban entre los palios anaranjados, las sombrillas y los toldos, y los espectadores consumían la comida regalada y

participaban en las loterías. Hablaban de Epafrodito y del portentoso Diocles, que seguía sorprendiéndolos con sus arteras tretas, aunque dudaban que estuviera preparado para ganar al *escévola* de Esmirna en una carrera donde se jugaba una bolsa tan cuantiosa y la doble corona. «¿Se derramaría sangre?», se interrogaba el enjambre humano, ebrio de emociones.

Diocles aguardó pensativo y en solitario la sexta carrera, y con el corazón oprimido por la ansiedad se dirigió al altar de Hércules, un ara donde ardía el fuego sagrado del circo bajo una estatua del semidiós cubierta por un arco de bronce y adornada con vasos de alabastro y exvotos de los corredores agradecidos. Allí rezaban los aurigas y era el único lugar donde se permitía que las mujeres, madres, esposas o hijas saludaran a los corredores.

Sonreía falsamente serena, en medio del calor y la excitación. Su penetrante perfume resultaba para Diocles inconfundible. Julia Balbila se hallaba frente a él mirándolo con desafiante orgullo, atractiva en su cobriza madurez. Esbelta, y con una túnica levísima de color esmeralda realzada por unos coturnos dorados y ricos abalorios embelleciéndole los brazos y el cuello, parecía una visión. Para él seguía siendo una tentación irresistible, y aunque todavía no había redimido su deuda, se notaba magnetizado por su figura. Las mejillas de Diocles palidecieron, pues la temía, y compuso un gesto de indignación. ¿Acaso no sabía que más de un hombre se había suicidado por ella?

—¿Vienes a procurar una nueva tormenta en mi alma?

—¿Ya has olvidado que te predije que el día de tu retiro no había llegado?

—No, no lo he borrado de la memoria, pero tu presencia es una amenaza para mí.

—Gayo, he abandonado mi palco sólo para ayudarte, pues veo que te dejas llevar por el desánimo y la plebe murmura contra ti —dijo, y se quitó del cuello una campanilla de oro puro esmaltado, una joya rutilante que colgó en la coraza del perplejo auriga—. Este talismán de la preservación que lleva esculpido el diminuto signo de la inmortalidad, perteneció a Artajerjes, el rey persa seguidor de Zoroastro y de Mitra, entusiasta como tú de los caballos. Lo socorrió siempre ante las asechanzas de sus enemigos. Llévalo en esta última carrera y te favorecerá; he soñado con el Circo Máximo salpicado de sangre y me siento turbada.

—¿No se tratará de una de tus imposturas? Aún no he olvidado la atroz muerte de Eurímaco —le recordó él, con gesto burlón.

—Yo nada tuve que ver en eso, créeme. Fue un capricho de Faustina, cuya voluntad es difícil de moldear y torcer; Eurímaco, hastiado de una vida de excesos, deseaba morir y el mago caldeo la convenció. Traté de evitarlo, pero no fui capaz. Yo sólo creo en los dioses luminosos, no en los sangrientos, y tú lo sabes. Te lo juro por Istar, Gayo, y por nuestro extinto afecto —aseguró, con su voz persuasiva.

—¿Qué sabes tú del amor, Julia? —le reprochó.

—El nuestro fue tan intenso como fugaz y tan vital como bello, pero exaltamos demasiado nuestros deseos e impulsos, que lo consumieron.

—Te hacía lejos de Roma. Se habló de que el emperador censuró tu presencia en el Palatino y que se acabó definitivamente tu influencia ante la familia augusta.

—El único regalo divino de mi paso por Roma fue intimar contigo, con Sabina Augusta y con Adriano, un hombre que orquestaba la armonía a su alrededor; el resto no me ha seducido. Y para olvidar las infames intrigas de la Domus Augusta, parto en breve hacia Gades, donde mis antepasados, los Balbo, son sacerdotes perpetuos del templo de Venus Astarté. Allí, en su milenario oráculo, frente al mar atlántico, ejerceré la adivinación con el aliento de la diosa tiria.

—Si Consus me conserva la vida, quiero viajar a Hispania para visitar Tarraco, Emérita, Itálica y Gades, donde he prometido una visita, pues he de agradecer a la diosa gaditana de Tiro su favor y ofrendarle mi última corona.

—Te aguardaré y podrás descubrir la prodigalidad de mis sentimientos —dijo insinuadora—. ¡Sal y vence!

Con una sonrisa distante, le besó la mejilla, para desaparecer luego como una diosa burlona pero hechicera, tal como había aparecido, como un sueño, con su rostro de cobre y sus ojos hondísimos que pregonaban la fatalidad del amor. Diocles se quedó paralizado durante unos instantes, y tras haberse enfrentado al más amado y también al más repudiado fantasma del pasado, estaba dispuesto a batirse con redoblado ánimo al obstáculo real que lo aguardaba en la arena.

Su alma estaba llena de confusión y sintió un ansia espantosa hasta que retumbaron las trompetas y timbales. Las cabezas reaccionaron expectantes ante el vozarrón del edil que anunciaba el inicio de la gran carrera, la sexta, la más esperada de la temporada, y nombraba a los aurigas por sus patronímicos y sus procedencias. Gayo besó la campanilla persa y resopló enérgico:

—¡Por la *faccio albata* Epafrodito, el amado de Venus, el ciclón de Esmirna; Avilio de Tarento, el as de la Magna Grecia y campeón de la *veneta* —azul—; Sotes de Heraclea, el torbellino del Ponto Euxino adalid de la *russata*! —E hizo una pausa para clamar—. ¡Y vuelto de las indulgencias de Preneste a la convocatoria de la Madre de la Patria, por los verdes puerro, la *faccio prasina*, el inmortal auriga, el halcón de Roma, el águila del Circo Máximo, Diocles el hispano lusitano!

El gentío rugió de emoción y el estrépito de los clarines se hizo ensordecedor. No existía espectáculo semejante en el mundo, ni tan siquiera en el Anfiteatro. La carrera iba a comenzar, la multitud guardó un silencio vigilante. Diocles se hallaba en un estado de excitación interna, mientras observaba a Epafrodito sonreírle con mordacidad. Éste debía mantenerse y llegar el segundo, consiguiendo así lo que se habían propuesto los apostadores alejandrinos; la empresa se le presentaba cómoda, pues conseguir el segundo puesto estaba al alcance de su experiencia.

Los carros escaparon de las *cárceles* como engendros mitológicos, echando espuma por la boca, mientras las crines de *Pompeyano* golpeaban como fustas de seda en el rostro de Diocles, quien desde el primer instante convirtió lo peligroso en sencillo. Estaba decidido a echar el resto y morir si fuera preciso, ¿o no se lo requería

así su mítica fama? Corveteaban los corceles, chillaban miles de gargantas, y las cuadrigas corrían al unísono con un ruido parecido al fragor del mar. La carrera se volvía cada vez más peligrosa y las ruedas de los carros chispeaban entre remolinos de polvo, mientras los anfiteatros se convertían en una olla en ebullición.

Diocles, que había retraído las correas del balancín para que *Pompeyano* dominara mejor a los otros équidos, regateaba a sus rivales con la habilidad de un prestidigitador ante el clamoreo de los asistentes, que se deleitaban con su elegante maestría en la conducción. La arena, el olor de los caballos y el sordo rugido de los graderíos se habían convertido en el alimento que Diocles precisaba. Se asemejaba a un diablo montado en el viento y disfrutaba con el encanto irresistible de guiar el tiro, y si antes se había mostrado impreciso en un desorden que hacía temer por su vida, en aquella carrera se le veía pleno de recursos.

Sabía que los caballos eran criaturas tímidas que sienten el peligro sin comprender su razón, y los jaleaba conduciéndolos con el halago y no con el azote, armonizando sus fuerzas, apaciguando sus temores y recurriendo a la astucia para esquivar las provocaciones de Epafrodito, cuya estrategia resultaba evidente desde el principio, consumir la codicia de quienes lo habían comprado con oro y mantenerse el primero, para luego, cerca de la meta, improvisar un ardid que no lo comprometiera ante el público y colarse el segundo. Pero Diocles le guardaba una estratagema que no esperaba.

En las primeras tres vueltas, Epafrodito se entregó a apuradas maniobras que conllevaban una violencia inaudita, jaleada por la marea humana que, oliendo la sangre, agitaba mantos y pañuelos. Se lanzó hacia delante, despreciando el riesgo, para colocarse en primer lugar y conseguir su artero propósito. A falta de sólo dos vueltas, los *huevos* y los *delfines* habían caído cinco veces; Diocles puso en práctica su estrategia. La arena se había cubierto de profundos surcos, y al girar en la *spina*, el público palideció y se incorporó de los asientos para fijar los ojos en el carro de Diocles, quien, en una expuesta maniobra, adelantó a Epafrodito en lo más comprometido de la curva, ajustándose rueda contra rueda, de las que saltaron partículas de metal, adornos destrozados, chispas y centelleos.

Con una osadía temeraria, se había colocado a medio cuerpo por delante de Epafrodito, dejando pasar por su derecha al carro rojo y al azul, y relegando al zurdo armenio a la última posición. La acción del hispano duró un suspiro apenas, y Epafrodito, sorprendido, no daba crédito a su inesperada situación, a todas luces nefasta para sus propósitos y para la consumación de las apuestas arregladas, por lo que dispuso todas sus artes para remediarlo.

Lejos de separarse del carro rival, arremetió contra el hispano acorralándolo contra la *spina*. A Diocles únicamente le quedaban dos opciones: o estrellarse contra sus mármoles y morir aplastado, o saltar sobre la rueda de su adversario, con el riesgo de naufragio que conllevaba tan peligrosa evolución. Diocles tensó sus músculos, besó la campanilla con devoción y reflexionó con rapidez, optando por jugarse la

vida. En sus ojos resplandeció un brillo rebelde, y rememorando reacciones de antaño, precipitó al vacío sus caballos y el carro, como brinca el halcón de la mano del adiestrador.

Azuzó a *Pompeyano*, que, intentando liberarse de la traba que les impedía huir, hizo saltar a un tiempo y por puro instinto a los otros corceles en una evolución de apurada plasticidad. Las ruedas, untadas de sebo, se deslizaron vertiginosamente por los ejes del carro de Epafrodito, en un equilibrio imposible. Durante un desesperante segundo, Diocles quedó suspendido en el aire, asido al carro por las correas que anudaban su cintura, hasta posarse en la arena cien pies más adelante, superando el carro del *escévola*, que quedó atónito ante el arrojado ardid. Las sienes le golpeaban con el martillo de la extenuación, pero había escapado indemne del comprometido movimiento. Sentía la boca como el esparto y la presión había llegado a convertirse en insoportable, pues aún no había vencido y era en las dos últimas vueltas donde se decidiría la pugna.

Piafaban los corceles, se encabritaban a cada galope y sus relinchos se alzaban por encima del griterío del público. No obstante, la atrevida maniobra había quedado grabada en las retinas de los espectadores. El Circo Máximo pocas veces se había sumido en una mudez tan reverente, y al cabo, cuando el hispano galopaba por el hipódromo tras la airosa evolución, el hormiguero humano prorrumpió en un clamor grandioso, que venía al fin a cumplir el augurio auspiciado por la pitonisa de Astarté en Gades y por Julia Balbila en el planetarium:

—¡Rayo de Júpiter! —gritaron desde las gradas.

—¡Diocles, Rayo de Júpiter! —bramó a una la facción blanca y la verde.

—*Diocles, victor!* ¡Victoria, victoria! —clamoreó el gentío en pie.

Una vez sobrepasado y relegado al último puesto, Epafrodito vio cómo Diocles controlaba su salida con el rabillo del ojo y se situaba tras las grupas del rojo y el azul. Epafrodito era consciente de que sería difícil escapar de la celada, dada la maestría del lusitano, y de que todo estaba perdido si no se obraba un milagro. Adelantar a tres carros, con Diocles de por medio, resultaría imposible, y colérico, golpeó con saña los lomos de sus caballos, cuatro jacos de pelaje blanco moteado de gris. Ya no podría cumplir la última apuesta y perdería la oportunidad de su vida de hacerse inmensamente rico. «¿Respetarán los apostadores mi vida si fracaso?», pensó. Con una enquistada animosidad y dispuesto a finalizar de una forma dramática, decidió atropellar el carro del hispano, desentendiéndose por completo del resultado de la carrera. Al verse perdido, morirían los dos. Con los rasgos deformados por la rabia, parecía un perturbado, y víctima de sus propias trampas buscaba la muerte como única salida para su vergüenza. Diocles sintió miedo, pues comprobó que su adversario había perdido la razón.

—¡Has abierto tu tumba, Diocles de los infiernos! —gritó Epafrodito—. ¡No ganaré, pero te aplastaré contra la *spina* y moriremos juntos! —gritó desahogado por encima del fragor, para dirigirse a continuación contra el carro del hispano como un

huracán.

Adivinó en el *zurdo* una mirada de locura y, antes de ser arremetido por sus caballos, que se le venían encima como centauros enfurecidos, esquivó la agresión lateral del corredor asiático gracias a que *Pompeyano*, un caballo impasible ante el peligro, lejos de asustarse ejecutó un espectacular escorzo para zafarse del peligro que le venía encima y desapareció de la trayectoria de Epafrodito, quien vio consternado cómo su objetivo se esfumaba de la línea de su ataque y que los mármoles de la *spina* se le venían irremisiblemente encima. Tiró de las riendas con fuerza, pero no pudo detener el curso desenfrenado de sus corceles, que, ante el terror de un público atónito, se estrellaron contra la *spina*. Con el violento impacto pereció al instante su conductor, con el cráneo hendido y ensangrentado, y el carro saltó hecho pedazos.

El público ahogó un grito de horror.

Un fárrago de huesos torcidos, estertores de muerte, nervios al descubierto, patas rígidas, vísceras palpitantes y sangre derramada eran el tétrico resultado de una pérfida maniobra dominada por la ira y la venganza. El público se alzó como un ejército de lanzas en silencio, y al cabo chilló como una horda de bestias insaciables que precisaran del tributo de la vida para subsistir.

La tortuosa trama de los apostadores judíos y de Quieto de Nabatea había acabado aplastada en el obelisco egipcio del Circo de Roma, y aunque la muerte de Epafrodito parecía el cumplimiento de una sentencia dictada de antemano, Diocles la sintió dolorosamente. Y como si la arena del estadio se hubiera convertido en la cripta de un banquete funerario o en un sacrificio ritual, los espectadores no pudieron dominar sus pasiones y empezaron a gritar de nuevo sin cesar, exacerbados por la espectacular acción, pocas veces vista en el Circo Máximo.

Diocles no renunciaba a ganar la carrera, aunque los dos adversarios menos fuertes, el rojo y el azul, se habían lanzado raudos hacia la meta libre de rivales, e incrédulos ante la oportunidad de hacerse con el fabuloso premio. Orientó ágilmente su cuadriga con un experto impulso a *Pompeyano*, y como si éste, como el corcel *Jauto* de Aquiles, poseyera el don del entendimiento, se proyectó hacia delante arrastrando a sus compañeros. Galoparon hacia la gloria, pletóricos y magistralmente guiados por el hispano, dispuestos a arrollar cuanto se les pusiera delante de sus ollares sudorosos.

Pompeyano lanzó al aire un furioso bufido, mientras Diocles ejecutaba su movimiento predilecto, el adelanto en doble zigzag aprendido de su abuelo Ático, que dejó atrás a sus dos confiados competidores, para luego dar rienda suelta al tiro y aprovechar el olfato de escapada de los caballos, quienes, con las crines al viento, rebasaron como una exhalación la línea de meta a una cabeza del corredor tarentino, el *agitator azul*, que ya se veía vencedor impensado de la más grande carrera de cuantas se habían celebrado en Roma.

El estupefacto pueblo de Roma estalló en una apoteosis.

Las palomas que anidaban en los aleros, antes sumisas, revoloteaban como hojas de plata por un cielo que abrazaba el delirante hipódromo romano, y entre un vértigo embriagador, se oyó el clamor unánime del gentío, verdes, blancos, rojos o verdes, que en medio del entusiasmo dedicaban vítores a su proeza.

—¡Rayo de Júpiter! —gritaba la multitud, y Diocles recordó el augurio de los sacerdotes de Astarté de Gades, hacía más de veinte años—. ¡Rayo de Júpiter!

«Al fin y a la postre se ha cumplido, aunque fuera de mi tiempo», dijo para sí.

Como para él el Circo Máximo era un lugar de amistad, un universo donde campaban las mejores virtudes de unos hombres esforzados, de repente, como un heroico vengador que anhelara escapar del envilecimiento en el que había caído la profesión de auriga, se dirigió hacia donde yacía ensangrentado Epafrodito, y con el cuchillo cortó las riendas que mantenían su cadáver mutilado y aún caliente junto a su carro partido en dos. Tomándolo en sus brazos, lo colocó a los pies de uno de los altares dedicado a los Siete Dioses Planetarios. Ante el espontáneo acto de camaradería, el gentío sofocó un clamor de asombro; el ídolo de sus anhelos, vencido por la compasión, había detenido por unos momentos el curso del tiempo con una magnánima acción desconocida en la arena del Circo Máximo.

—La muerte, juez, madre, amante y compañera, nos iguala a todos —musitó—. Que tu espíritu vague por los cielos.

Diocles acaparó la atención de trescientas mil miradas que elogiaban el gesto compasivo de su campeón, quien, aun a pesar de haber sufrido los fieros ataques del rival, se mostraba más piadoso que los mismos dioses. Para el hispano, el *escévola*, intentando limpiar su honor de una conducta más que reprobable, se había desacreditado a sí mismo, pero merecía la compasión por su temeridad. Una mueca de amargura flotaba en su rostro, pero constató que las carreras se habían transformado en una guerra de engaños donde prevalecían las más miserables de las intenciones humanas. Antes eran espectáculos de leyenda donde supervivían las virtudes de Roma; ahora se envilecían como resultado de la ambición, el odio y el deseo de orgías de sangre.

«Espero que esta carrera tenga algún propósito para el futuro —se dijo—. Guardaré en un rincón de la memoria mi última victoria para evocarla en mis solitarias cavilaciones como la más grande y triste de cuantas corrí». Se repuso y sustituyó el gesto de amargura por el de una inefable alegría, mientras contemplaba al público tributarle una clamorosa ovación que se redobló cuando dio la vuelta triunfal al coso. Vivía una situación de gloria como jamás había vivido antes, y se le agigantó el corazón.

—¡Diocles, hijo del viento! —gritaba la multitud—. ¡Predilecto de la Loba!

Un universo efímero acababa para él en su despedida definitiva. Lágrimas de alegría resbalaron por sus pómulos, donde la vida había delineado sutiles estrías. Se acercó al palco donde Camila, Valens, Paulo, Ascón, Lauso, Lupino y sus hijos lo vitoreaban exultantes de júbilo y percibió que la mirada de orgullo de Galo y los

suyos era la más inestimable recompensa que podía recibir.

Al fin y a la postre, había conseguido alterar la combinación de los apostadores alejandrinos más por desmérito de Epafrodito que sus virtudes, y como si hubiera sucedido un hecho maravilloso, la multitud le lanzaba flores y ramos de laurel y mirto, mientras él ascendía las escalinatas camino del pulvina con rastros de la sangre de su rival en la cara. Miró por última vez el campo del honor, donde el sol romano dispensaba su luz con la tasa cercana de la tarde. El Circo Máximo irradiaba color, luminosidad y el eco complaciente de las aclamaciones, mientras el auriga de Roma recibía las felicitaciones del emperador Antonino, de los cónsules, de los príncipes Marco Aurelio y Lucio Vero y de los prefectos Druso y Longino, en una amalgama de púrpuras y mantos bordados con laureles de plata.

Antonino Pío, en su sobria grandeza, le entregó la palma y laureó su testa con la corona cívica, rara distinción reservada sólo a quienes auxiliaban a un compañero en la batalla, a generales victoriosos o a magistrados que hubieran rendido un servicio excepcional al Imperio. Burilada en oro con pequeñas hojas de roble, pregonaba su leyenda: POR SALVAR LA VIDA DE TUS CONCIUDADANOS.

—Compasivo Rayo de Júpiter y amigo del César Gayo Diocles, Roma nunca olvida a sus hijos predilectos —lo abrazó como a un hermano el César—. Tu nombre ha sido tallado en la piedra, pero tu recuerdo permanecerá en nuestros corazones *in aeternum*. Que la divina emperatriz te proteja desde los cielos.

—Todo ha resultado en una combinación perfecta y los enemigos de Roma han sido burlados, Diocles —le susurró al oído Marco Aurelio, al abrazarlo.

—La perfidia lleva el veneno en su propia sangre, príncipe, y tarde o temprano se nutre de él; pero ¿era necesario tanto dolor?

Un citarista imperial entonó con su voz potente un canto de la *Ilíada* que los concurrentes escucharon en escrupuloso silencio: «Unció los corceles de pies de bronce y sus áureas crines que volaban como el viento. Vistió la túnica escarlata, tomó el látigo y subió al carro. Espoleó los caballos, y éstos, gozosos, emprendieron el vuelo entre la tierra y el cielo estrellado. Luego, en la cima, ufano de su gloria, contempló la ciudad troyana y las naves aqueas, complacido».

Nunca se desvanecería de su memoria el griterío del estadio al concluir el canto, la cara de satisfacción de Druso, el cariño de los suyos y los meses de tribulaciones que concluían con el más truculento capítulo de su vida. Ignoraba si el placer que experimentaba era físico o espiritual, pero su alma era besada por la paz. El laureado Diocles abandonó las cuerdas, pero se detuvo ante el ara de Hércules, donde encendió una candela y depositó la campanilla de Artajerjes con el gozo de quien se desprende de un fetiche del que teme su misterioso poder. La justicia y la dicha, la misericordia y la verdad se habían unido, pero se preguntó con ironía: «He satisfecho cuanto ambicionaba, pero ¿con qué fin? ¿A quién importa mi lección? Pienso en verdad que el resultado de mis éxitos no es sino una derrota sin paliativos». Se sonrió, pues ya sólo la tranquilidad interior le interesaba.

Giró sobre sus talones al oír el chirrido de unos goznes. Había corrido con óptima fortuna, pero no sintió satisfacción alguna. Sin embargo, se le iluminó el rostro al cerrarse tras él y para siempre las pesadas puertas de bronce del Circo Máximo.

—«*Acta est fabula*», la comedia ha terminado —musitó con un hondo suspiro.

XIX

EL COMPROMISO

Invadido por la felicidad, Diocles ascendió al Capitolio para agradecer a Júpiter el nuevo plazo que le concedía de vida.

Como en su franco corazón no tenía cabida el fingimiento, no había asistido a las exequias de Marcio Turbo, quien había labrado su propia desgracia. Había jurado no perdonar a quienes se habían cebado en su dolor y en el de los suyos, y lo había cumplido con la frialdad de un alma herida. Tan sólo anhelaba borrar las sombras de las ruindades pasadas y entregarse a la merecida *serenitas* de Preneste.

Remontó las escalinatas bajo la sombra de la estatua cabalgante de la Victoria, seguido de su familia, de Paulo, de Ascón y de Galo, para rogar al Padre Capitolino por un futuro libre de sobresaltos. Camila disfrutaba al fin del sosiego, y vencidos los temores recientes, anhelaba agradecerle sus dádivas. El auriga le adjudicaba a su esposa las capacidades de la serenidad y la sencillez, y porque sabía que había secado a escondidas sus lágrimas daba gracias por haberla unido a su vida.

Se presentaron ante los flamines y augures con una pareja de tórtolas, y cubriendo su cabeza con el manto y elevando los brazos, Diocles oró una arcádica oración etrusca que le enseñara su madre Leticia. Se inclinó ante la estatua de Apolo Palatino, el guardián de los Libros Sibilinos, agradeciéndole que Roma lo hubiera considerado digno de su grandeza. El templo de Júpiter deslumbraba por la majestuosidad de sus mosaicos y el entramado de sus columnas corintias, una montaña de jaspe apuntando al cielo, un navío varado en la colina del Capitalino colmado de tesoros, cuya cúpula destapada dejaba ver un cielo limpio de nubes.

Escoltaban al Padre de los Dioses dos estatuas de Minerva y Juno, las deidades tutelares de la ciudad, sobre el fondo de unas paredes repletas de trofeos de guerras legendarias, ofrendas de reyes y expolios arribados desde Judea, Persia, Eubea, Tiro, Egipto y Grecia. Se oyó el aleteo de las aves, mientras uno de los sacerdotes consumaba el sacrificio sobre la piedra sagrada, el Ombligo del Lacio, un altar adornado de mirto por el que resbalaban menudos chorros de sangre.

—Que Júpiter lave tu corazón, Gayo Apuleyo Diocles, Rayo de Júpiter, hijo

predilecto de Roma.

—¿Qué vaticinan las entrañas de este animal, aurúspice? —preguntó.

El sacerdote, que portaba el sagrado *litus* etrusco, una vara retorcida en espiral y que había concluido al amanecer en el *tripodium* ocular un examen de la voracidad de los gansos sagrados, confesó:

—Aquel que fue consagrado a Consus, Mitra y Zéfiro no debe temer a nada. Y aunque la vida es un manto de sufrimiento, los Inmortales te predicen largo tiempo de vida, pues ellos te desafiaron y tú les respondiste con valor. Concluirás tus días con miel, y Venus te premiará con una descendencia dilatada.

Por un momento, Diocles, abrazado a Camila, Drusila y Nevio, se sintió subyugado por el halo de las envolturas invisibles del santuario y notó una extraña sensación de la que no gozaba desde hacía mucho tiempo, el sosiego del alma, y frente a las colosales estatuas de los padres de Roma, suplicó:

—Cuando en mi espíritu todo eran confusiones, acudisteis a mi llamada, dioses inmortales. Todos los dones de la vida provienen de ti, Padre de la Tierra, y de Mitra, dios de las estrellas; gracias por vuestra largueza.

Camila lo miró enternecida, con los ojos límpidos como un rincón de firmamento. La cascada de su pelo, del color del trigo maduro, caía por sus hombros y al entregar como ofrenda un sol de oro y una de las coronas triunfales de su esposo, una luz acuática se filtró por la claraboya iluminando su faz de rosas y la fisonomía amarfilada de Júpiter Soberano.

* * *

Gayo Diocles no podía abandonar Roma sin cumplir tres compromisos que su corazón y los dioses le reclamaban. Y así, la mañana de Vesta, en los sofocantes idus de junio, cuando los romanos honran el fuego sagrado en el corazón del Foro, subió con Paulo a una litera y se dirigió a la casa de Galo, al que sacaron de la cama contra sus deseos.

—Vamos, Aulio, hoy he de disponer mi corazón en paz conmigo mismo.

Visitaron primero al prefecto Druso, que le proporcionó un cuero anudado en el que se encerraba una autorización para retirar del cementerio los restos de Zacab de Cirene. Lo envió con un esclavo al alabarca judío a la sinagoga Herodiana del Emporio, con la moneda que le había prestado, junto a un papiro en el que se leía:

Amigo Jehudá bar Ezra,

el Derecho, el más bello invento de Roma contra la injusticia, ha prevalecido; pero como el hombre es un ser contradictorio, a veces por la amistad es capaz de elevarse por encima de la ruindad, y vencerla. Que tu dios único, celoso e invisible, nos asista. Salud.

GAYO APULEYO DIOCLES.

Consumieron unas salchichas humeantes y un vaso de hidromiel caliente en una *termopolia* de la bullanguera calle de Quirino, en compañía de una batahola de carreros y mercachifles de la más baja jaez que lo vitorearon cuando abandonó la taberna. Las resbaladizas calles de la ciudad y las colinas estaban vacías debido al tórrido calor, y los romanos se cobijaban bajo los cobertizos y se escabullían por las alargadas sombras que proyectaban los templos y basílicas.

Se presentaron ante un prestamista sirio que abría el tenderete cerca de la Puerta Colina, lugar de alojamientos de viajeros arribados a la urbe, para rescatar el amado talismán regalado por Galo el día de su consagración como adorador de Mitra y que, empeñado por Paulo, había servido para excarcelarlos. Más allá de la complacencia, cuando Diocles tuvo en sus manos el medallón y lo anudó en su cuello, notó un calor envolvente y una reconfortante seguridad, como si hasta entonces hubiera caminado desnudo. Lo besó y aseguró, alegre como un niño:

—Hubiera registrado los infiernos por rescatarlo. Todo vuelve a su lugar ahora.

Y no bien lo hubo recuperado, cuando rogó a sus acompañantes en un tono misterioso:

—Acompañadme a La Cítara de Apolo. Debo cumplir el acuerdo firmado con Calidia y satisfacer una promesa hecha a mis *manes*.

Galo los siguió malhumorado, pues desconocía qué negocio debía tramitar en tan extraño e indecoroso lugar. Cruzaron las travesías de la Alta Semita, donde se erguía la estatua del temido estratega Aníbal el cartaginés, y bordeando las callejas del Pórtico de Vipsania, comparecieron en la calle del Porfirio, frente a la ínsula de Paulo. Galo protestó por lo reservado de su actitud y se preguntaba, sin hallar respuesta, qué compromiso del que no podía sustraerse pretendía consumir Gayo en aquel lujoso prostíbulo.

—Aguarda, padrino, te lo ruego —dijo enigmático al llegar—. Paulo y yo concluiremos con prontitud un asunto de sumo interés que dejamos inconcluso.

La alcoba donde al cabo concurrieron Diocles, Paulo y Calidia estaba iluminada con estrellados puntos de luz que se colaban por los postigos. La vieja *loba* apretaba los labios pintados de carmín en una sonrisa agazapada y sardónica.

—Tú sabías que Turbo nunca vendría por ella, ¿verdad?, y simulaste aquella comedia —dijo al fin—. Me enteré ayer de su suicidio y comprendí que tú no eras zyeno a él.

—Así es, jugué con ventaja; pero tú me proporcionaste una prueba irrefutable que salvó a un inocente del deshonor y condenó a un infame.

—Si el negocio concluye conforme convinimos, ¿a mí qué más me da? ¿Traes el dinero? —Lo miró con ojos de avidez.

—Lo traigo conmigo, pero llama antes a Altea.

Una atmósfera de quietud reveló a la esclava con los cabellos trenzados y vestida con una etérea clámide anudada por un cinturón de plata. Un perfume de aromas de Arabia emanaba de la joven, que irradiaba una suprema sensualidad.

—Tu sueño se cumplió y nuestros destinos se encontraron no sólo por el azar, sino por deseo de Afrodita. Hoy he venido a cumplirlo. ¿Aceptas cambiar de dueño y pasar a pertenecer a mi casa? —le preguntó Diocles.

El rubor cubrió su piel blanquísima, pero contestó asombrada:

—Ayer llorabas junto a mí tu infelicidad, y hoy llegas como venturoso mensajero de la diosa. Yo no tengo voluntad para decidir, pero te prefiero como amo.

Se observaron en silencio, hasta que el auriga se dirigió a la dueña del burdel, esperando concluir el provechoso negocio.

—Conforme convinimos, te entrego la otra mitad de su precio. Quien debía abonarla vaga por los Infiernos con su negra conciencia a cuestas. ¿Te satisface la compensación que te ofrezco?

Con avaricia y una nota de alivio y satisfacción, respondió la *loba*:

—Altea es tuya, Diocles —dijo recogiendo la bolsa y recontando las piezas—. Recuerda que es virgen y una sublime arpista tocada por el soplo de Apolo. La he mantenido y cuidado como a una hija y le he enseñado cuanto sabe.

La adolescente, que observaba la almoneda con estupor, comprobó la firmeza de su transformado vecino, de quien adivinaba en el porte de su toga señorial y en sus alhajas, su rostro rasurado y perfumados cabellos, riqueza y notoriedad. La cautiva sonrió levemente, pues creía haber hallado un futuro más prometedor que el que le esperaba con el viejo senador, aunque la congoja seguía quebrantando su ánimo. Pues, ¿acaso no era su nuevo dueño quien en definitiva gobernaría su vida en lo sucesivo?

Mientras las otras cortesanas miraban por las celosías Diocles y la matrona del prostíbulo sellaron con su firma las condiciones de compra de la *intacta*, quien sentía el fuego de la vergüenza clareando en sus mejillas. No obstante, algo le dictaba en su fuero interno que un sesgo de fortuna le aguardaba si pasaba a pertenecer a aquel hombre de naturaleza enigmática.

—Altea, recoge tus pertenencias; desde este momento perteneces a la casa del gran Gayo Diocles, el auriga más laureado del Imperio. Que Venus y Eros te protejan y conduzcan tus pasos. ¡Márchate!, no quiero que me rompas el corazón.

¿Esa era la verdadera identidad que escondía su anónimo vecino?, ¿el héroe del que se hablaba con fervor en toda Roma y cuyo nombre no había parado de escuchar en todas las bocas? No podía creerlo, e impaciente se dejó envolver por la conmoción del momento en una reflexión melancólica. Al fin sus plegarias a Afrodita obtenían su fruto y le enviaba un futuro halagüeño; y si antes se sentía como unaavecilla confinada en jaula de hierro, ahora se veía revoloteando en un jardín dorado, aunque lejos de los suyos.

Un gesto de agradecimiento le afloró a los labios y en sus pupilas centelleó una chispa de agradecimiento. Sus temores nocturnos se convertían en esperanza, y las imágenes de una oscura esclavitud dedicada a satisfacer los más bajos instintos de un viejo libidinoso se habían diluido milagrosamente. Abrió su boca perfecta y con una

voz inhibida agradeció a Diocles su decisión.

—No lamentes tu destino —dijo extrañamente premonitorio—. Vamos, Altea, sígueme, el signo de los mortales resulta a veces más simple de lo que se cree. Muy pronto averiguarás que tu futuro no resultará tan adverso.

La esclava tembló con las insondables promesas de su nuevo dueño, y lanzó un suspiro al aire estático, mientras se arrancaba la cadena y la placa de cautiva que le colgaba del cuello con la leyenda: Altea de Tesalia, esclava *intacta* de La Cítara de Apolo. Luego lloró dócilmente, ¿de deseo, de frustración, de agradecimiento?

Abandonaron sin mirar atrás la casa de lenocinio, y asegurar que la aparición de la joven esclava sacudió el ánimo de Galo Cimber hasta el arrebato no sería sino ajustarse a una verdad palmaria. El edil, que reconocía la distinción a mil pies de distancia, quedó prendado al instante de la aureola de hermosura que aleteaba alrededor de Altea, quien, sin las voluptuosidades de las jóvenes romanas y dorada como las espigas maduras de Sicilia, respondía a los cánones de belleza que lo enardecían.

Su grácil silueta, enaltecida por los contraluces y la ternura que transmitía su expresión, lo hicieron palpar de arrobamiento. El rostro fino de la esclava imploraba protección y su boca temblorosa, delicadamente entreabierta, se esforzaba por sonreír. Galo, presa de la conmoción, exclamó:

—Por Venus Genetrix. ¿Quién es esta beldad salida del Olimpo?

—Altea, una joven destinada en su niñez a Afrodita Anosia. —La presentó como si fuera de su sangre—. Fue robada por los piratas tracios en un templo de Tesalia. Como tú, ama la música, la poesía y el arte. Hice voto a mis dioses *matres*, que si salía vivo del Circo Máximo compraría su libertad.

—Pero ¿la conocías? —se interesó Galo.

—Durante mi *amnesia* se convirtió en el dulce lenitivo de mi padecimiento, y además fue pieza clave en el asunto de tu liberación. Ya te contaré, padrino.

Galo, estupefacto, no lograba entender qué le quería expresar Diocles.

—No pudiste escoger bálsamo más delicado, y ya ansío conocer por qué Mitra el previsor quiso unir a esta exquisitez con mi suerte.

—Hoy lo sabrás todo. Ahora, alejémonos de este lugar. Deseo olvidar cuanto antes los lugares de mi reciente pasado.

La duda que revoloteaba por la mente de la recién comprada y de los dos acompañantes del auriga se vio pronto aclarada. Diocles los condujo, con expresión hermética, al Registro de los Censores de la calle de los Barberos, junto al templo de Flora, donde, en presencia del escribano del pretor y de sus dos testigos, Galo y Paulo, legalizó ante sus ojos atónitos la emancipación de Altea amparándose en la ley *Per Vindictan*, a la que sorprendentemente añadió una cláusula testamentaria por la que le donaba una cantidad de cien mil sestercios para iniciar con holgura su nueva existencia de ciudadana romana con todos los derechos.

La muchacha, que había asistido al trajín como si el devenir de su vida dependiera

de las inexplicables decisiones de su dea protectora, no podía creer lo que la fortuna y aquel benefactor que obraba con exceso de generosidad le deparaban. Concluido el ritual, tomó la mano de Diocles y pasó sus dedos perfectos por la cara de su salvador, a quien besó abandonándose a continuación en la hondura de su pecho. En sus pómulos, la huida de una lágrima mostraba reconocimiento.

—Mi gratitud hacia ti será eterna, pero sólo la diosa podrá recompensarte tu acción como mereces. No existe modo humano de pagar tu largueza —proclamó, para luego rogarle—: Pero ¿podré permanecer un tiempo en tu casa, Diocles? Sabes que sola en Roma, mi estrenada libertad no valdría ni un as.

—Claro que sí, y eres libre de volver o no al regazo de tu Tesalia natal, como de vivir en mi casa hasta que tú lo decidas.

Galo, que la contemplaba arrobado, se irguió e intervino en la escena con no menos desinterés y agrado:

—¿Aceptarías ser mi huésped, Altea? Mi villa del Celio carece del calor de una criatura como tú y lo precisa desde hace tiempo —le suplicó—. Convertirías mi soledad en compañía, y mi sufrimiento en alivio. Con tu hermosura llenarás el doloroso vacío dejado en mí hace años por la muerte de mi esposa Livilla y luego de Eurímaco.

Diocles, que ya había pensado hospedarla con Galo, se alegró.

—Altea, mi padrino Aulio Galo es el edil delegado de los Juegos Romanos, patricio *quinte* y amigo de tres emperadores. No existe *domus* más lujosa en Roma que la suya, ni espíritu más honesto nacido para el arte que el suyo. Pensaba rogártelo, Aulio, y si ella no pone objeciones, cuídala mientras decide o no regresar a Tesalia, o restaurar su vida aquí en Roma.

—Cuando un mundo se desbarata sin remedio, sólo el altruismo entre los mortales puede recomponerlo; y tú eres uno de esos seres, Gayo. Haré cuanto me pidas —dijo Galo sin falsas lisonjas—. Me has hecho inmensamente dichoso.

—¡Bien, no me aduléis más!, tan sólo cumplí lo que prometí. Te presentaré a mi esposa Camila y a mis hijos Nevio y Drusila. Lauso está preparando el banquete de despedida antes de regresar a Preneste, y contaremos con las presencias del cesar Antonino y de los príncipes Lucio Vero y Marco Aurelio, que me atribuyen proezas que únicamente fueron voluntariosos empeños.

Galo esbozó una mueca irónica, aunque cariñosamente íntima, y, colocando su brazo en el hombro del hispano, preguntó con humor:

—¿Acaso estás llamando banal empeño el salvar del hambre segura en este invierno a miles de necesitados de Roma, liberarla de una manada de hienas inmundas, rescatarme del deshonor y del destierro y redimir de las cadenas a esta paloma de Venus? Siempre actuarás con prodigalidad hacia tus semejantes, Gayo. Que Mitra premie tu magnanimidad, amigo mío, y te conceda larga vida.

En varias semanas Diocles regresaba a Preneste con sus hijos, Lauso y Camila, su constante amor, tan admirable con su instintiva dulzura, hastiado de la tediosa vida en

la capital del mundo.

Paulo Valerio, el patricio que había compartido sus penas, la cárcel y sus incertidumbres, había sido convocado por el tesorero de los Poseidonistas, Crispino Casio, quien había cumplido su palabra y hallado un lugar para el joven en la cohorte que partía en los idus de septiembre con el príncipe Marco Aurelio a Maguncia, en la frontera del Rin. El aristócrata era un hombre ambicioso, como todos los de su clase social, y su *cursus honorum* hacia las más altas magistraturas de Roma había comenzado. Paulo, asiduo a la *domus* del auriga, daba cada día gracias a la diosa Fortuna por haberse cruzado en su camino.

Un soplo perezoso venteó por encima de los cipreses, los árboles de la hospitalidad romana, y una lozana fragancia a frutas sazonadas se filtró por entre los visillos de las literas, que enfilaron los vericuetos del Celio entre un hervidero de gárrulos romanos.

* * *

El prefecto de Roma, Licinio Druso, tras infructuosos intentos por conservar la confianza con Diocles, hizo todo lo posible por congraciarse con él y reconquistar su amistad. A tal efecto, unas semanas antes de que abandonara Roma, le envió un mensaje, que el hispano leyó con fría indiferencia:

Salutem dat Gaius.

Roma no olvida sus deudas, y aquellos que instalan sus intereses particulares por encima de su gloria, tarde o temprano lo pagan. Has demostrado, Diocles, ser digno de nuestra admiración y confianza, y por ello he de comunicarte que nos han llegado propicias noticias del gobernador de Siria que te reconfortarán. Los prestamistas judíos de Alejandría han sufrido un serio revés económico tras la frustrada inversión en la trama de las apuestas, desbaratada por ti y por los dioses tutelares de Roma, que les impedirán en lo sucesivo controlar el comercio del grano, por lo que, con tan enormes pérdidas, no creo que levanten cabeza durante mucho tiempo.

El rabino Josué ben Kisma, tras ser torturado para arrancarle pruebas, señaló antes de morir con el dedo inculpador al miserable Epafrodito como el auriga comprado, a Marcio Turbo como su informador en Roma y, como instigador principal del fraude, al falsario Quieto de Nabatea, quien, al verse descubierto, huyó disfrazado de camellero de Petra a Antedón, cerca de Gaza, donde era vigilado por nuestros agentes, refugiándose en los roquedales de Edón de Judea.

Seguido hasta allí por nuestros espías, y en un viaje aterrador, atravesó el desierto hasta las fuentes del Éufrates con la intención de perderse en las montañas de Partia, pero la presencia de nuestros soldados lo empujaron hasta Armenia, y allí, en un arrabal de Satala, el despreciable agitador fue arrestado y ejecutado. Pero ¿qué se podía esperar de quien se cubrió de deshonor y conspiró contra el Senado y el Pueblo Romano?

Roma te guardará memoria y gratitud imperecederas, Gayo Diocles, favorito de la Fortuna y Rayo de Júpiter, el nuevo título con el que te reconocen los quirites. Espero que la ausencia de los viejos valores no corrompa a más romanos íntegros. Tus glorias están esculpidas en piedra, pero tu valor quedará indeleble en nuestros corazones, créenos. El príncipe Marco Aurelio y Décimo Longino, con rendida adoración al héroe, me ruegan que te declare la seguridad de su estima, y me testifican que Roma mantiene una deuda contigo.

Salutem.

M. LICINIO DRUSO, PREFECTO DE ROMA.

Se revolvió contra aquellas palabras con rechazo, pues sabía que no estaban alentadas

por una amistad sincera; con las manos crispadas estrujó la misiva, encerrando su artificioso contenido en las simas de su memoria. Deploraba que su nombre estuviera asociado a magistrado tan camaleónico, falto de sensibilidad y experto en la coacción y el asesinato.

La expresión de felicidad en los ojos de Camila y en los de Galo y Altea había constituido su suprema recompensa; eso le bastaba.

* * *

Altea reemplazó en el corazón de Galo la aflicción por optimismo, consiguiendo conquistar su alma selecta y rescatarla de la melancolía.

Su recién iniciada amistad entre la joven y el maduro edil curul adquirió un inexplicable sesgo, pues la liberada curó con el unguento de su dulzura la orfandad en la que se hallaba sumido Galo. Altea se dejaba conducir con docilidad por el elegante regidor y, con la espontaneidad de sus agradecidos sentimientos, entendió su abatimiento, sirviéndole de refugio; y aunque desde hacía tiempo Aulio Galo tan sólo sentía inclinación por las damas encopetadas y los hermosos efebos, junto a Altea había hallado las fuerzas que precisaba para recuperar las ansias de vivir.

Como era de esperar, la naciente intimidad entre Galo y Altea se vio recompensada con una decisión tan inesperada como desconcertante. Embargado de orgullo, y cuando ya se murmuraba en los círculos de la *gens* hispana sobre la afectuosidad entre el experimentado magistrado y la joven del prostíbulo más selecto de Roma, se presentó ante la parentela, en la que se sabía amado. Lo acompañaba Altea, que parecía deslizarse por el mundo con un candor que magnetizaba.

—Mi amada familia, quiero haceros partícipes de una decisión muy madurada que he tomado con respecto a Altea y su futuro —manifestó con espontaneidad—. Tú, Gayo, me confiaste el destino de esa joven con alma de ninfa, y contraí desde aquel día, contigo y con los dioses, el sagrado compromiso de protegerla.

—Así es, y por esa misma causa te la entregué, Aulio —le recordó.

—Pues, desde aquel día, mi única obsesión fue su bienestar, por lo que en las antecalendas de junio he decidido, si tú das tu beneplácito como tutor, unirnos en matrimonio y hacerla la dueña de mis sentimientos. Hace tiempo que deseaba renunciar a las seguridades de Italia y pasar una larga temporada en Grecia, así que las verdes viñas del Olimpo y las delicias de Arcadia nos aguardan.

Diocles, que conocía los elevados principios que regían el intelecto de su padrino, no se sorprendió, y en su fuero interno se alegró. Amaba a aquellos dos seres humanos entrañables, y bendecía la sorprendente unión. Sin embargo, también comprendía las otras causas de su repentina resolución, como el tormento sufrido los días de reclusión, el resentimiento, la confusión y la rabia que lo roían soterradamente, así como el deseo de poner tierra de por medio entre él y Roma

debido a la ingratitud y el despreciable comportamiento de Marcio Turbo, Longino y Druso, Julia y Faustina Galeria. Los nobles sentimientos de su corazón habían sido heridos gravemente, y él no era insensible a las falsas imputaciones ni a la infidelidad.

—¿Has tenido en cuenta que os separan más de veinte años, Aulio?

—Como dijo Cicerón a sus amigos cuando se casó con una casi niña, «mañana será mujer» —respondió con expresión irónica.

Procurando no perturbar su ánimo, le señaló Camila:

—Nos sorprendes, Aulio, pero alabamos tu determinación. Tu madurez suplirá su falta de experiencia, y debo confesarte que mis amigas me atestiguan que formáis una pareja elegante y exquisita. Pero ¿qué haremos sin ti y sin la inagotable fuente de tus ocurrencias?

—Con el transcurso del tiempo, las heridas se restañarán —replicó.

—Estoy seguro de que recuperarás tu fe en Roma —dijo Diocles.

—¿La has recuperado tú, mi buen Gayo? —lo rebatió—. Ríndete a la evidencia, la felonía de Marcio ha resultado dolorosa y la desdeñosa conducta de los prefectos, intolerable. Estuve a punto de ser desterrado como Ovidio a Tomis, más allá de las brumas del Danubio, donde hubiera muerto por el desamparo, las incomodidades y el tedio. Su sola evocación me resulta irritante y no podría cruzarme con ellos por las calles de Roma. No me han dejado otra opción que tomar el exilio voluntario y olvidarme de cuanto me ha acontecido en estos últimos meses —explicó, apesadumbrado.

—¿Y no sentirás nostalgias? Tú eres un *quinte* genuino —dijo Diocles para infundirle ánimo, aunque embargado de tristeza—. Nunca dudes que tu honestidad ha quedado incólume.

—Sabes que hace tiempo, tras la muerte de Eurímaco, ansié disfrutar de la *serenitas* y de una vida retirada, y ese momento ha llegado; pero unido a esta ninfa, cuyo corazón no conoce sino las sendas de la ternura, y que además ama el arte, la música y la literatura. Yo seré su Pigmalión y recompondré mi vida en Grecia junto a esta chiquilla vulnerable que ha penetrado en mi alma como una daga persa.

—Siempre fuiste un espíritu independiente, viejo bribón, pero me reconforta que hayas encontrado la placidez de espíritu al lado de esta sílfide —reconoció Diocles, mirándolo con afabilidad.

—Estaba sumido en el desamparo, creedme, pero en estas semanas con Altea he alcanzado la paz interior de la que carecía. Y bien, ¿aceptáis ser mis padrinos?

Los ojos de Galo se colmaron de espesas brumas y, con la cabeza hundida en el pecho, no pudo reprimir el llanto. Se abrazó a Camila y a Diocles y animó a sumarse en la fusión a Drusila y Nevio.

—Vamos, mis pequeños ahijados, uníos a mí. ¡Soy tan feliz!

Camila, que había recuperado la armonía de su carácter y su sereno aplomo, valoró su decisión con una mirada de ternura y rompió también a llorar.

XX

LA PARTIDA

Diocles, antes de abandonar Roma, celebró en la villa de Galo la ceremonia de la *coemptio*, el paso anterior a la boda: un simulacro de compra de la novia.

El hispano asumió el papel de *libripens* o portador de la balanza en el acto de la compra, que lo convertía en padrino de la boda que celebraría una semana después. Aulio Galo le entregó emocionado el *nummus unus*, las arras, trece monedas de oro halladas en una tumba de Micenas, y que según el edil habían pertenecido al tesoro de Agamenón, el Rey de Reyes y vencedor de Troya. Diocles comprendió que el amor más puro es el que se basa en la admiración, y ese sentimiento adivinó en las miradas de Galo Cimber y de Altea, que incubaban una felicidad perpetua.

* * *

El vuelo de las alondras los despertó el día de la ceremonia matrimonial. Un cortejo de amigos presididos por Diocles, en su papel de espléndido padrino, y unos cómicos siracusanos que cantaban los himnos de Venus le anunciaron que los augures del Capitolio, escudriñado el vuelo de los gansos del Capitolio, habían declarado la jornada como propicia para la boda.

Roma se desplegaba alucinante sobre el tapiz de sus siete colinas la mañana del casorio. El edén cargado de vergeles de la villa de Galo en el Aventino sirvió de escenario al banquete. Acogió a más de quinientos invitados, que presenciaron el ofrecimiento a su prometida Altea de los regalos rituales y del anillo de hierro cubierto de oro, en señal de la fortaleza de la promesa.

Los atrios aromados con pebeteros, las mesas adornadas de láureas, el vino de Messina, Setinum y Qyos cayendo en cascadas en las jarras de ónice, las viandas exóticas, los eunucos cantores de Alejandría y la reputación de los invitados colaboraron a una boda esplendorosa. Festearon el casorio según el ceremonial

etrusco, con el sacrificio a Júpiter de un carnero y unas tórtolas y el ofrecimiento del pan en presencia del Pontífice de Júpiter, un anciano amigo de Galo que inspiraba autoridad. El *auspex* familiar leyó los presagios y con el sello de la *gens* Gala estampó las tablillas de compromiso y de mutua ayuda.

—Que Hera, valedora de los matrimonios, os proteja —rogó el sacerdote.

Camila, que había consagrado la noche anterior a acompañar a la novia, que carecía por ser extranjera de sus *lares* y de los símbolos de su niñez, les prestó los suyos. Cuando Altea apareció ante los invitados, los cautivó por su mirada melancólica y su piel de porcelana de Palmira. Se recogía el pelo con la ritual redecilla roja y vestía la túnica de desposada con un cinturón de oro doblemente anudado y el manto azafranado de las damas romanas. Seis rodetes trenzados con fíbulas de plata y un velo de color naranja cubrían sus cabellos de oro, adornados con la protocolaria corona de mejorana y azahar.

Resplandecía como un joyel colmado de promesas, con sus delicadas manos adornadas de anillos y con una sonrisa de placer que dilataba sus labios afresados. Altea representaba para Galo la dulzura del oasis tras la fatiga del desierto, el puerto tras la tempestad del mar; una ofrenda inmerecida a su vida.

Sellaron su compromiso con una libación a los dioses familiares y a Himeneo, el hijo de Venus y patrón de los desposorios, bajo una estatua coronada de rosas y con una tea en la mano. Rubricaron el ritual los testigos, mientras unos púberes bailaban la danza del amor de Dionisio y Ariadna. Y pronunciaron emocionados la fórmula ritual de los sponsales con la que quedaban unidos eternamente, ante el jubileo de amigos: «*Ubi tu Gaius, ego Gaia*^[115]».

—¡*Feliciter, Aulius et Altea!* —gritaron a una los invitados.

Con la salutación al cielo se entregaron al placer de una fiesta amenizada por un órgano hidráulico y una orquestina de flautas y arpas que duró hasta el amanecer, cuando el cuarto de la luna se desvanecía del firmamento, y en la que los invitados se atracaron de excitantes platos guisados por el cocinero griego de Diocles: el garum, las ubres de cerda traídas de Germania, las lenguas de alondras en miel, los lucios de Partia conservados en hielo del Cáucaso, los faisanes con ostras, los balanos negros del Ponto Euxino, las morenas de Gades y los cabritos de Ambracia, que Diocles había pagado munícamente y cuyas sobras donó a los ciegos que pedían limosna en el templo del Pudor.

Altea, con los ojos, mejillas y labios sombreados con tintura de ligustro, se asemejaba a una nereida del cortejo de Poseidón, y el cantor de la *domus*, Poliodoro de Tarso, ataviado como Orfeo, el mortal que recibió de Apolo la lira de las siete cuerdas, los obsequió con un hermoso epitalamio de Safo de Lesbos, estrofas de las *Heroidas* de Ovidio, y un canto de la *Ilíada* dedicado al generoso padrino, que el bello rapsoda recitó con su voz sublime:

—«Éste es Héctor, Diocles reencarnado, el guerrero más señalado de los teucros, los domadores y aurigas de caballos que combatieron en las murallas de Troya».

Altea, arrobada con la música del liberto de dulces ojos y el embrujo del ritual, apenas si probaba bocado, y con los postres en la mesa, los amigos del Circo Máximo de Galo, entre ellos Scorpus, arrebataron a Altea de su lecho, inspirados en la costumbre del rapto de las Sabinas, y la transportaron al tálamo adornado con lirios, espino blanco, la flor nupcial, y azucenas de Toscana, que esparcían una fresca lozanía por la alcoba. La recibieron en el *tablinium* las damas de la pureza con los símbolos domésticos de la virtud, un bastidor y un huso para hilar, símbolos de las honestidades romanas; y entre cánticos, la condujeron al *lectus genialis*, el lecho conyugal protegido por el genio de los recién casados, una estatuilla de jaspe con un miembro viril colosal que le habían regalado los aurigas del Circo, ante el que oró el edil y al que ofrendó una moneda de plata por su favor.

Las teas poblaron de resplandores la mansión cuando Galo cruzó el umbral del salón entre el bullanguero séquito de sus íntimos. Diocles le entregó una candela con el fuego sagrado y una crátera con agua del nacimiento del Tíber, los atributos de las familias romanas.

—Que la felicidad cubra para siempre tu techo, padrino.

Al despedirse, una ola de sosiego se adueñó del hogar. Altea aguardaba a su esposo en actitud modesta, resplandeciente entre los pliegues de su clámide anaranjada. Una lágrima le resbalaba por los pómulos, pero su temor se había desvanecido. Se había convertido en la esposa del distinguido patricio Aulio Galo Cimber, quien la estrechó en un abrazo prolongado, mientras los amigos, simulando una retirada, les cantaban cancioncillas en el atrio, donde los esclavos repartían monedas entre los chiquillos y necesitados.

Altea le concedió su cuerpo puro, que palpitaba como una flor ante el rocío de la alborada. Su cintura se dobló como una caña vencida por la lucha de dos cuerpos unidos por el amor. Y con las caricias de la entrega, contemplados por el risueño genio de la fecundación, se sintieron alentados a proseguir el flujo de la vida. Los iris acuosos de Altea se cerraron, y su rostro pareció reunir toda la luminosidad del sol que se levantaba por oriente, bendiciéndolos.

En aquel momento, una luz argentada espejeaba los jardines de Lamia y Mecenas, cuyas esencias eran perfumes de dioses.

* * *

El día de la separación había llegado, y se resignaban a ello abatidos.

Conscientes de que tardarían tiempo en encontrarse de nuevo, se abrazaron en silencio, en medio del trajín de los estibadores y la algarabía de las gaviotas que cruzaban las aguas del Adriático crestadas de espumas. Decenas de barcos, en su mayoría *victoria* y *oraría*, cargueras de velas cuadradas con destino a Corinto, Delos, Efeso, Creta y Alejandría, entraban y salían del puerto de Brindisium, donde Galo,

Altea y su secretario, el fiel Léntulo, zarpaban tras la boda con la primera marea rumbo a las ciudades del Egeo.

Como en los tiempos de felicidad, se reunieron en la pontana Paulo, que en breve partiría hacia Germania, Lauso, Ascón, Lupino y Diocles, que habían acudido juntos a despedirlos. Lupino, radiante y sereno, había aceptado un cargo de responsabilidad en el Circo Máximo, y el britano abría en Bayas una escuela de gladiadores, tras recibir una nueva laureada en el Anfiteatro Flavio.

La luz del orto ascendía lentamente y, mientras estibaban el equipaje, Aulio y Diocles recordaban los avatares vividos juntos, el inmensurable gesto de desinterés que había supuesto demostrar su inocencia y la inolvidable ceremonia nupcial. Y aunque el azar los separaba, el auriga estaba seguro de que su padrino, espíritu inquieto, volvería a Italia con Altea como el viento estesio retorna del Jónico a los abrigos tarentinos.

—Nuestras vidas se cruzarán de nuevo, padrino. Rezaré a Mitra para que eso ocurra pronto, cuando tu corazón esté sosegado.

—Os abandonamos con pesadumbre, Diocles. Escríbenos, te lo ruego, no soportaremos no saber de vosotros.

El vivificador aire marino lanzó al viento la dorada cabellera de Altea, y unas palabras ansiosas escaparon de sus labios rojos:

—Concluyeron las amistosas confianzas que tanto me alentaban entre la esclava prometida y el vecino de triste mirada, ahora convertido en mi padrino. Otros te recordarán por tus hazañas y levantarán estelas en tu honor, pero yo te evocaré en la distancia por ser mi libertador y por tus sentimientos clementes, tan raros en este mundo perverso. Cuando llegué a Roma cargada de cadenas y con el alma desollada, te convertiste en el único ser humano del que recibí compasión. Nunca lo olvidaré.

—Visitaré tus sueños y te recordaré, hermosa muchacha. Cuídate y vela por la salud de este engreído amigo y hazlo feliz. Vuestra amistad es lo más valioso que poseo en este mundo —aseveró espontáneo.

La obsequiosidad de Diocles y el sentimiento de concordia que les manifestaba hicieron que Altea reprimiera sus sollozos. Amaba la firmeza de espíritu de su salvador y jamás abandonaba un afecto conquistado, por lo que su nombre había quedado en su memoria grabado a fuego. Sus mejillas estaban pálidas por la agitación de la despedida, y al fin la emoción la traicionó y derramó un llanto manso y fluyente.

—Que los dioses guíen tus pasos y entendimientos —dijo Galo.

—Que Venus, la favorecedora del entendimiento entre mortales, sople las ascuas de vuestros corazones. Sois dos espíritus excelsos unidos por los dioses.

Lágrimas clandestinas obligaron a volver su rostro de halcón, y con una emoción no exenta de abatimiento comprobó que a Aulio también le brillaban los ojos tras un velo de lágrimas. Una oleada de vacío le inundó el espíritu, y pensó que el destino de los hombres toma a veces un rumbo incomprensible que rebasa al parco intelecto de

los mortales.

Diocles fijó su mirada en el Odisseus, cuyas velas blancas desaparecían por la bocana del puerto, y con él, las alas de sus recuerdos encadenados, aquellos que había liberado al bucear en la memoria de los caballos.



Narrativas Históricas



JESÚS MAESO DE LA TORRE es un escritor, conferenciante y articulista español nacido en Úbeda (Jaén), el 1 de diciembre de 1949. Conocido fundamentalmente por sus novelas históricas, algunas traducidas a varios idiomas, es considerado por la crítica como uno de los grandes creadores de este género. Es autor de novelas históricas y de ficción histórica, en la que se caracteriza por la rigurosidad hasta el detalle, y narrando los usos y costumbres de las épocas en que se desarrollan.

Estudió bachiller en los Escolapios de Sevilla, magisterio en la Escuela SAFA de su ciudad natal y posteriormente se licenció en Filosofía e Historia en la Universidad de Cádiz.

Ha ejercido como profesor en dicha provincia y simultaneado la docencia con la investigación y la divulgación histórica. Es miembro de mérito del Ateneo Científico y Artístico de Cádiz, de quien recibió en 2003 el galardón Gaditano del siglo XXI. Es precisamente en Cádiz donde reside, dedicado a la labor literaria y colaborando en diversas publicaciones culturales provinciales y nacionales, *El País*, *Andalucía en la historia*, *Clío*, *Historia y Vida*, *Qué Leer*, *Ibiut*, *La Voz* y *El Diario de Cádiz*.

Finalista del Premio Ateneo de Sevilla, en 1999, y del Alfonso XII de narrativa histórica, en 2010 cosechó el premio de Novela Histórica Caja Granada, el mejor dotado y más prestigioso de literatura hispana, con la novela *La Cúpula del Mundo*.

Notas

[1] *Fanum*: Templo. <<

[2] Oricalco: Bronce de la Bética, cuya secreta aleación procedía de los orfebres tartessos y turdetanos. <<

[3] Los romanos, inclinados a los horóscopos, llamaban al signo de Acuario el Ánfora.

<<

[4] *Februarius*: Mes de la purificación, donde se celebraban las «februas» o ceremonia del año nuevo. El año 857 de la fundación de Roma corresponde al 104 d. C. de nuestra era, en tiempos del emperador Trajano. <<

[5] Palacio de los cesares en la colina Palatina de Roma. <<

[6] La milla romana equivalía aproximadamente a un kilómetro y medio actual. <<

[7] *Argeos*: Figurillas de barro, junco o mimbre que ofrecían los romanos a sus dioses.

<<

[8] Lanista: Entrenador y organizador de juegos con gladiadores. <<

[9] *Caya*: Sinónimo en Roma de esposa. <<

[10] *Morbus sacer*: Nombre con el que se conocía en Roma a la epilepsia, enfermedad de los dioses. <<

[11] *Quirite*: Denominación aplicada a los ciudadanos de Roma y de origen acaudalado. *Equite*: caballero romano, que había de detentar cierta fortuna para acceder a cargos de responsabilidad y honor. <<

[12] Establecimientos donde se vendían bebidas calientes y vinos de todas clases. <<

[13] Acaya: Nombre impuesto a la provincia de Grecia por los romanos. <<

[14] Espada de los gladiadores, y por extensión en Roma también llamaban *gladius* al «pene masculino». <<

[15] Dios del rayo nocturno. <<

[16] Saturno, por ser una divinidad ansiosa de sangre, era adorado por los gladiadores del Imperio. <<

[17] Hades: Dios de los Infiernos en la mitología grecorromana. <<

[18] Coribantes: Sacerdotes de Cibeles célebres por sus irrefrenables y lascivos misticismos. <<

[19] Mediolanum: Milán. <<

[20] *Prandium*: comida del mediodía. <<

[21] *Carísima*: Queridísima; de *cara*, querida. <<

[22] Fuerzas, o poderes invisibles del ámbito doméstico, presentes en la vida cotidiana de los romanos, en cuyo altar, el larario de la casa, se ofrecían sacrificios y ofrendas.

<<

[23] *Collegia Funeraticia*: Funerarias que ofrecían sus servicios de enterramiento en Roma. <<

[24] Mar Mediterráneo. <<

[25] Cubrehombros de las damas romanas que les llegaba hasta las rodillas. <<

[26] *Fascinum*: Miembro viril, para los romanos. <<

[27] Saludo: «que te vaya bien». <<

[28] «Felicidades, orador». <<

[29] En el Campo de Marte se alzaba un gigantesco reloj de sol, cuyo indicador o *gnomon* era un obelisco egipcio. <<

[30] *Retiario*: Gladiador equipado de tridente y red que luchaba contra un oponente, el *secutor*. <<

[31] *Fatum*: El destino marcado desde el nacimiento. <<

[32] *Subucula*: calzoncillos. <<

[33] *Arbiter bibendi*: En los festines romanos, el encargado de elegir los vinos y hacer las mezclas. <<

[34] Sombra o parásito: Los romanos permitían en los festines invitados tolerados, o sea gorriones llevados por los comensales o que se colaban sin haber sido invitados.

<<

[35] *Salinum*: Salero. <<

[36] *Jentaculum*: desayuno. <<

[37] *Kole*: en griego, bilis, y origen de la palabra *cólera*. <<

[38] *Intacta*: mujer virgen. <<

[39] Nombre popular del sesterno. <<

[40] *Kurós*: señor, noble griego. <<

[41] Los romanos, no muy preocupados por la hora exacta, dividían el día, aparte de las horas, en: *mane*: por la mañana; *antemeridium*: antes del mediodía; *postmeridium*: después, y las Vigilias nocturnas, por la noche. <<

[42] *Agitator*: Auriga, conductor de carros de carreras. <<

[43] Según las noticias epigráficas que han llegado hasta nosotros, Gayo Diocles nació en Hispania en el año 104 d. C., y tras una carrera gloriosa como auriga se retiró a los cuarenta y dos años en olor de multitudes (146 d. C.), cargado de fama, honores y dinero. Fue considerado el corredor más completo de cuantos existieron y el as indiscutible del Careo Máximo. Este monumento a Diocles se alzaba en la actual basílica de San Pedro. Se conservaron dos lápidas, ésta de Roma y otra en Preneste. (*Corpus Inscriptionum Latinarum*, XIV). <<

[44] Traído por Calígula del templo de Augusto en Alejandría (Egipto). <<

[45] *Gusapas*: Toallas. <<

[46] *Signiferus*: Portaestandarte. <<

[47] Anas: Guadiana. <<

[48] Coninbriga: Coimbra; Astúrica: Astorga; Olissipo: Lisboa; Scaballis: Santarén;
Pax Augusta: Beja; Norba: Cáceres. <<

[49] Matres: Diosas protectoras de la naturaleza, la vida y la fecundidad. <<

[50] Enobarbo entre los romanos era sinónimo de pelirrojo. Nerón fue apodado así, como su padre. <<

[51] *Flamen*: Sacerdote dedicado al culto de una divinidad determinada. <<

[52] 7. Cestro: Planta parecida a la actual dama de noche originaría de la vieja Turdetania. <<

[53] Carro de competición tirado por dos corceles. <<

[54] *Cárcer*: Cubículos de los hipódromos donde aguardaban el inicio de la carrera los carros y sus aurigas. <<

[55] *Ludi*: Juegos. <<

[56] Arco honorífico, no triunfal, conocido como de Bará, levantado en tiempos de Trajano por el citado tarraconense, general muy influyente durante los reinados de Nerva y Trajano. <<

[57] Genio personal: Los romanos le tenían gran devoción y celebraban su fasto el día de su nacimiento. Algo así como el ángel de la guarda cristiano. <<

[58] Las puertas de este templo de Roma sólo permanecían abiertas en tiempos de guerra. <<

[59] Arelate: Arlés (Francia). <<

[60] El circo de Tarraco, de los más suntuosos del Imperio, alcanzaba 325 metros de largo por 115 de ancho. <<

[61] Antiguas colonias griegas en el Mediterráneo occidental; Ampurias, Marsella y Rosas. <<

[62] *Nika*: Victoria (en griego). <<

[63] *Sponsio*: Apuestas en tiempos del Imperio sobre las carreras del Circo Máximo.

<<

[64] *Fornices*: Fornices o arcos donde ejercían la prostitución las *lobas*, de ahí el vocablo «fornicar». <<

[65] En la actualidad un lugar desértico y baldío, el Circo Máximo medía 600 metros de largo por 200 de ancho. <<

[66] Hoy día, el obelisco se ubica en la Piazza del Popolo. <<

[67] Esclavo que recibía a los visitantes y anunciaba su nombre. <<

[68] Parece ser que la *haoma* de los ritos de Mitra es la efedra, hierba medicinal que se usaba en Siria. <<

[69] En las tumbas de la Vía Apia se han hallado numerosas *devotio* o *tabulae defixionum*, preferentemente maldiciones dirigidas contra aurigas del Circo Máximo.

<<

[70] Denominaciones mitológicas de los infiernos. <<

[71] Zaratán: Nombre que en la antigüedad recibía el cáncer. <<

[72] La que vivía del trigo y de los regalos del gobierno de la ciudad. <<

[73] Overo: Mezcla de blanco y alazán. <<

[74] Aproximadamente, unos 4,350 kilómetros. <<

[75] Equis, Perotoa, Acteón y Filegón eran los cuatro corceles que tiraban del carro del Sol. <<

[76] El pie romano medía 0. 29 metros. <<

[77] Arión: caballo de Poseidón y nombre impuesto a Diocles como adorador de Mitra. <<

[78] «Cuanto más corrupto es el Estado, más leyes decreta». <<

[79] Ecumene: Palabra griega que hacía referencia a todo el mundo conocido. <<

[80] Actual castillo de Sant'Angelo. <<

[81] Regnum Bospori: Actual Crimea; Río Borístenes: río Dniéper; Ponto Euxino: Mar Negro. <<

[82] *Archimagirus*: Cocinero de gastronomía selecta, muy caros y escasos. <<

[83] Adriano festejaba la fiesta de su genio o día de nacimiento el 24 de enero. <<

[84] La Columna Trajana narra en piedra la campaña contra los dacios. En el s. XVI una estatua de san Pedro sustituyó a la de Trajano. <<

[85] El baldaquino de Bernini en San Pedro está construido con el bronce del Panteón.

<<

[86] «Quien no sabe disimular, no sabe reinar». <<

[87] *Latrunculi*: Juego muy parecido al ajedrez con figuras de soldaditos de vidrio que se capturaban entre sí. <<

[88] «El amor todo lo vence». <<

[89] *Delenda est Carthago*: «Hay que destruir Cartago». Frase pronunciada por Catón el Mayor tras la segunda guerra púnica pidiendo la destrucción de la ciudad enemiga de Roma. <<

[90] Villa Adriana del Tíbur o Tívoli: Suntuosa residencia campestre edificada por Adriano en los montes Albanos. <<

[91] Verisimus: Superlativo de *Vero*, «el más verdadero». De familia hispana, sucedería por deseo de Adriano en el trono imperial a Antonino Pío con el nombre de Marco Aurelio. <<

[92] Los romanos tenían una ancestral costumbre de enviar una lanza tinta en sangre a sus enemigos como declaración de guerra. <<

[93] Tiberíades: Capital erigida por Herodes Antipas en honor de Tiberio. <<

[94] *Pater* Conscriptus: Nombre usual con el que se designaba a los miembros del Senado Romano. <<

[95] «Por ponerme en manos de médicos di presto al fin de mis días». <<

[96] Consunción: En aquel tiempo, nombre de la tisis y de la tuberculosis, enfermedad que venció a Adriano. <<

[97] Las veinticuatro columnas de la basílica de San Pedro fueron expoliadas de este mausoleo. <<

[98] Crisoelefantina: Estatua de oro y marfil. <<

[99] *Epimeleta*: Intendente, rector o director de las cargas y descargas de un puerto comercial. <<

[100] *Portoria*: Derechos de aduanas en el Imperio Romano. <<

[101] Una dracma equivalia en la Roma imperial a una pieza grande de plata. <<

[102] Los griegos, entre otras denominaciones, designaban así a Poseidón, Neptuno para los romanos. <<

[103] Mystes: En griego, fieles o adoradores de una deidad determinada. <<

[104] «El águila no caza moscas». <<

[105] Ley aplicada a casos de alta traición. <<

[106] En las lápidas que se alearon en honor de Diocles, tanto en Roma como en Preneste, se mencionaba a este caballo, unido a su gloria. <<

[107] Toletum: Toledo (Hispania). <<

[108] Aequimelium: Mercados de las aves. <<

[109] «El asno frota al asno». <<

[110] Venus Viriplaca: Aceptación venusina a la que se encomendaban los cornudos y amantes engañados. <<

[111] Los romanos llamaban *serenitas* al retiro definitivo tras una vida de trabajo. <<

[112] *Tympanum*: Tambor. <<

[113] *Miliarii*: Que había conseguido mil victorias. <<

[114] En las carreras de carros se denominaba «naufragio» al choque, caída o muerte de un auriga. <<

[115] «Donde tú seas Gayo, yo seré Gaya» (de ahí deriva la palabra *tocayo*, o igual).

<<